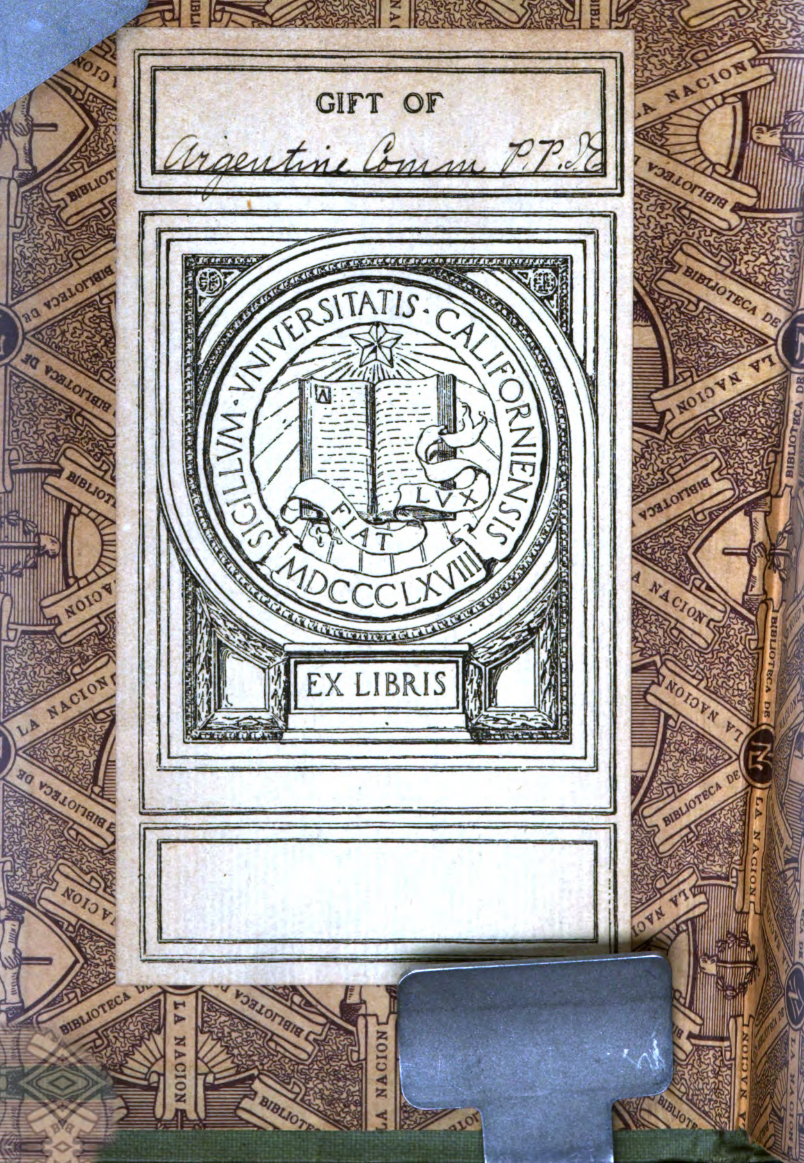

BIBLIOTECA DE LA NACION
Bartolomé Mitre
HISTORIA
DE BELGRANO
TOMO I
NL
VOLU 28 MEN


GIFT OF
Argentine Comm P.P.I.E.
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
BIBLIOTECA DE LA NACION


BIBLIOTECA DE
LA NACION

no 106.

HISTORIA DE BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

TOMO I

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

HISTORIA

DE

BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

SEXTA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



BUENOS AIRES
1913

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Págs.

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

La sociabilidad argentina

1770-1794

Proemio.—El Virreinato del Río de la Plata.—La colonización argentina y la fusión de las razas.—Antecedentes históricos sobre la sociabilidad argentina.—La constitución geográfico-argentina.—El sistema colonial español.—Las leyes prohibitivas en violación de las naturales.—El contrabando.—El comercio americano.—Revolución económica.—El comercio libre.—Buenos Aires mercado americano.—Bosquejo del Río de la Plata á fines del siglo XVIII.—La familia y la educación colonial.—Manuel Belgrano.—La ciencia económica y el derecho público en España.—Erección del consulado de Buenos Aires.—Nuevos horizontes.

I

Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento, es el desarrollo gradual de la idea de la «Independencia del Pueblo Argentino,» desde sus orígenes á fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que tiende á normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos.

Combinando la historia con la biografía, vamos á presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política; el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

La sociabilidad argentina

1770-1794

Proemio.—El Virreinato del Río de la Plata.—La colonización argentina y la fusión de las razas.—Antecedentes históricos sobre la sociabilidad argentina.—La constitución geográfico-argentina.—El sistema colonial español.—Las leyes prohibitivas en violación de las naturales.—El contrabando.—El comercio americano.—Revolución económica.—El comercio libre.—Buenos Aires mercado americano.—Bosquejo del Río de la Plata á fines del siglo XVIII.—La familia y la educación colonial.—Manuel Belgrano.—La ciencia económica y el derecho público en España.—Erección del consulado de Buenos Aires.—Nuevos horizontes.

I

Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento, es el desarrollo gradual de la idea de la «Independencia del Pueblo Argentino,» desde sus orígenes á fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que tiende á normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos.

Combinando la historia con la biografía, vamos á presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política; el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de

los sucesos; los hombres, las tendencias, los instintos, las ideas, la fisonomía varia de esa revolución de un pueblo emancipado, que lucha, busca su equilibrio y se transforma obedeciendo á su genialidad, sirviéndonos de hilo conductor al través de los tiempos y de los acontecimientos, la biografía de uno de sus más grandes protagonistas, precursor, promotor y campeón de la idea de independencia que, como se ha dicho, constituye el argumento del libro. En unos casos, la historia contemporánea servirá de fondo á la figura principal del cuadro, y en otros aparecerá confundida entre las grandes masas ó perdiéndose en la penumbra del grande escenario. En ambos casos será un tipo de virtudes republicanas copiado del natural, cuya grandeza moral, sin exceder el nivel común, hará converger hacia ella los rayos luminosos de la historia.

Para dar unidad y colorido á la narración histórica, para hacer comprender el modo cómo la transición de un sistema á otro se produce, para presentar en su verdadera luz el cuadro de las acciones y reacciones de la revolución argentina, es indispensable ante todo, hacer conocer el teatro y el medio en que esas grandes evoluciones se operan. Esto es lo que haremos, procurando ligar las causas á sus efectos, al dar una idea de la constitución social, política y geográfica del país en que los sucesos que vamos á narrar se desenvuelven, obedeciendo á la ley fatal de su organismo propio.

II

Lo que al finalizar el siglo XVIII se llamaba el Vireinato del Río de la Plata, dentro del cual se ha constituído como nación independiente la República Argentina, era un vastísimo territorio, que ocupaba la cuarta parte de la América del Sur. Situado en una extremidad del nuevo continente, se extendía, sin solución de continuidad, desde los 55 grados de latitud sur, hasta cerca de los 10 grados dentro del tró-

pico de capricornio. Casi todos los climas del globo se encerraban en él, y todas las producciones de la tierra crecían en su suelo. Abierto por el oriente y su extremidad austral á las comunicaciones con el resto del mundo, por un extenso litoral marítimo que medía más de la mitad de su extensión longitudinal, estaba limitado al poniente por la gran cordillera de los Andes, accidentes que modificaban favorablemente sus condiciones climatológicas. Los terrenos, ascendían gradualmente, desde las pampas horizontales de la cuenca del Plata, hasta la cumbre de las elevadas montañas del Alto Perú, que dividen los dos grandes sistemas hidrográficos de la América Meridional. Sus grandes ríos en la parte austral, corriendo de norte á sur por sus planos inclinados, articulaban admirablemente el territorio, formando un magnífico sistema fluvial, que ponía en comunicación á los países mediterráneos con el litoral marítimo, derramándose todos ellos en el gran estuario del Plata al cual podían traer por tributo, juntamente con el caudal de sus aguas, todos los productos de las zonas alternadas que atravesaban.

La gran porción que hoy constituye la República Argentina, las Repúblicas del Paraguay, del Uruguay y de Bolivia actualmente, formaban parte integrante de este inmenso imperio territorial.

Dentro de los límites de estas inconmensuradas regiones, asentábase la colonización raquítica de una metrópoli en decadencia, que las había descubierto, conquistado y poblado, imponiéndoles su civilización, su ley y la índole de su sociabilidad.

La población, diseminada en esta vasta extensión de territorios, apenas sumaba un total de 600.000 almas al finalizar el siglo XVIII, correspondiendo más de la mitad á las cuatro provincias del Alto Perú y sus circunscripciones de Moxos y Chiquitos; una sexta parte próximamente al Paraguay, y como un quinto del todo, á las provincias que propiamente componen el país argentino, incluyendo en ellas las Misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay después despobladas,

y la Banda Oriental constituída posteriormente en nación independiente. Al estallar la revolución argentina en la primera década del siglo XIX, la población de todo el Virreinato apenas alcanzaba á 800.000 habitantes, pudiendo computarse en poco menos de la mitad el número de indígenas salvajes ó reducidos á vida civil que contribuía á formar la suma total.

Con esta población diminuta, y heterogénea, se inició la revolución de la Independencia Argentina, que ha fundado en el continente sudamericano seis repúblicas, constituyendo con los elementos incoherentes del antiguo virreinato, cuatro naciones independientes, que hoy suman cerca de seis millones de habitantes.

III

Dos corrientes humanas contribuyeron á fundar esta colonización, depositando por el espacio de cerca de tres siglos en el seno de su bastarda población, los gérmenes de la civilización europea que leyes fatales debían modificar. La una, venía directamente de la madre patria, la España, atravesando los mares, y ocupaba y poblaba los litorales de la cuenca del Río de la Plata en nombre del derecho de descubrimiento y de conquista, fecundándola por el trabajo. La otra, venía del antiguo imperio de los Incas, ya sojuzgado por las armas españolas, explorando el interior del país, que cruzaba desde el Pacífico al Atlántico, ocupando los territorios con los mismos derechos, y explotándolos bajo un sistema de servidumbre feudal.

Las dos corrientes fueron tan sincrónicas, que el mismo año (1515) en que Díaz de Solís descubría el Río de la Plata por el Atlántico, tomando tierra en una isla del Plata, los expedicionarios que seguían las huellas de Vasco Núñez de Balboa en el mar del sur, pisaban las islas de las Perlas en el Pacífico, estableciendo esa doble corriente encontrada. Unos y otros buscaban la extremidad del continente americano (suponiéndolo de menor extensión de lo que

realmente era), ó por lo menos un estrecho que comunicase ambos mares. Así, en 1527, después de descubierto el Perú, Pizarro se establecía provisionalmente en la isla del Gallo, y trazaba con su puñal aquella famosa raya de oriente á poniente, mientras que sus asociados iban á Panamá á buscar nuevos auxilios para conquistar la tierra descubierta. En el mismo año de 1527 se establece Gaboto de igual modo sobre los márgenes del Paraná en el Carcarañá, levantando los muros del fuerte «Sancti-Spiritus», primer establecimiento europeo en estas regiones, mientras envía á España algunos de sus compañeros en busca de más recursos para colonizar el país. En el mismo año de 1535 se fundaban las ciudades de Buenos Aires y de Lima, centros de esas evoluciones del descubrimiento y la conquista; y treinta y ocho años después, simultáneamente y en el mismo año de 1573, los conquistadores del Perú fundaban la ciudad de Córdoba del Tucumán, á sesenta leguas del Paraná, mientras los del Río de la Plata fundaban la ciudad de Santa Fe sobre las márgenes del mismo río, como primera escala de las comunicaciones marítimas con la madre patria. Poco tiempo después, los del Perú se acercaban al Paraná en busca de un puerto para comunicar por otra vía con la España, y unos y otros se encontraban inopinadamente en el puerto de «Sancti-Spiritus», confundiéndose ambas corrientes, y estableciéndose así las primeras comunicaciones terrestres entre el Atlántico y el Pacífico.

A su vez, la corriente que partía del Pacífico se bifurcaba en las altiplanicies de los Andes, siguiendo los antiguos caminos de las conquistas de los Incas. Después de implantar allí la colonización española del Alto Perú, y bajar á las pampas argentinas por los desfiladeros orientales de sus altas montañas, se extendía por las orillas del Pacífico faldeando la cadena occidental de la cordillera. Ocupaba y poblaba el reino de Chile, llevaba la guerra hasta las fronteras de Arauco, atravesaba la gran cordillera á la misma latitud de Buenos Aires, y casi al mismo tiem-

po que en un extremo se consolidaba la ocupación del Paraguay, se fundaba en el otro, al oriente de las montañas, la provincia de Cuyo, abriendo así un nuevo camino terrestre entre el Atlántico y el Pacífico.

En el mismo año (1547) en que el caudillo de la conquista chilena regresaba al Perú para tomar parte en sus discordias intestinas, el caudillo de la colonización argentina cruzaba el Gran Chaco y llegaba á Chuquisaca, dando por resultado esta expedición, fundar á Santa Cruz de la Sierra entre los grandes valles del Amazonas y del Plata.

Por el norte, las corrientes opuestas, de la colonización española y portuguesa se encontraban y se chocaban, fundándose al mismo tiempo los establecimientos que debían complicar en lo futuro la política internacional. Entonces se cruzaron por la primera vez en el nuevo mundo las espadas de ambas conquistas, sobre la misma línea divisoria trazada por la bula de Alejandro VI, encontrándose así la España y el Portugal, limítrofes en Europa y limítrofes en América, y en antagonismo en los dos hemisferios.

Estos sincronismos, que no eran meras coincidencias, sino efectos de causas que debían repetirse bajo otra forma, á la par que establecían los puntos de contacto, y la acción recíproca ó antagónica de la colonización española en la América Meridional, trazaban los encontrados itinerarios del comercio colonial y los caminos futuros de la revolución continental. Confundíanse las razas, agrupábanse ó dividíanse los intereses, y determinando las afinidades de las diversas partes, creábanse de este modo nuevos centros de atracción y repulsión recíprocas.

La colonización peruana y argentina de los primeros tiempos, aunque impulsada por los mismos móviles, difería esencialmente una de otra, así en su organismo, como en sus medios y fines inmediatos. La peruana, lo mismo que la de Méjico, implantada en un imperio conquistado y explotando el trabajo

de una raza dominada, se imponía como el feudalismo europeo, distribuía entre los conquistadores el territorio y sus habitantes, teniendo exclusivamente en mira la explotación de los metales preciosos. Tal fué el tipo en que se modeló la colonización del Alto Perú (hoy Bolivia) y cuyo carácter y fisonomía conserva todavía.

Trasladada al territorio chileno con el mismo objetivo, esa colonización, conservando sus rasgos característicos, se modificaba notablemente al chocar en son de guerra con la varonil raza indígena que defendía su suelo, teniendo que proveer por el trabajo á las primeras necesidades de la vida; y se hacía agrícola á la vez que minera, constituyendo de hecho el núcleo de una sociabilidad más espontánea.

IV

Los conquistadores, ó más bien dicho, colonos del Río de la Plata, ocupaban un país, poblado por tribus nómades sin cohesión social, sin metales preciosos y sin recursos para proveer á las exigencias de la vida civilizada. Los indígenas ocupantes del suelo, obedeciendo á su índole nativa, se plegaban mansamente; los unos bajo el yugo del conquistador; los más belicosos intentaban disputar el dominio de las costas, pero á los primeros choques cedían el terreno y se refugiaban en la inmensidad de los desiertos mediterráneos, donde sólo el tiempo y la población condensada podría vencerlos, prolongando indefinidamente la guerra de la conquista.

La colonización del Río de la Plata tuvo, pues, de especial, ser la única en la América del Sur, que no debió su establecimiento, su formación y su desarrollo gradual, al aliciente de los metales preciosos, aun cuando éste fuera el incentivo que la atraía. Bautizada con un nombre engañador, que sólo el porvenir debía justificar, defraudada en sus esperanzas, todo su capital se componía de llanuras cubiertas de malezas,

donde únicamente el salvaje podía existir; montañas estériles que la limitaban en los confines; bosques vírgenes poblados de animales feroces, terrenos caóticos ó pantanosos que matizaban la vasta extensión del territorio, y por todo recurso los productos silvestres y una agricultura primitiva que apenas bastaba á las premiosas necesidades de los indígenas. Así nació y creció la colonización argentina en medio del hambre y la miseria, pidiendo á la madre tierra su sustento, y se fortaleció en medio de dolorosos sufrimientos, ofreciendo en Sud América el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo reproductor.

Esta colonia, estaba sin embargo condenada á perecer ó á vegetar en la obscuridad y la miseria, si no hubiese encerrado en sus propios elementos un principio fecundo de vida y de progreso, producto de la combinación de los hombres y de las cosas y resultado lógico de las leyes naturales, como va á verse.

Los indígenas sometidos, se amoldaban á la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban á ellos, sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen. De este modo, los indígenas sujetos á servidumbre social y no á esclavitud, compartían con sus amos las ventajas y las penurias de la nueva vida civil, trabajando para ellos y con ellos, pero comiendo del mismo pan. Y como la falta de minas de oro y plata que explotar eliminaba un elemento de opresión, la tiranía de su trabajo forzado en forma de mita, no pesaba sobre ellos como en el Perú. Las mismas encomiendas (lotes de tierras y hombres que tocaban á los colonos europeos á título de conquistadores), no revestían el carácter feudal que en el resto de la América española, limitada por otra parte su duración á sólo dos vidas de encomenderos, tendiendo por consecuencia todos los elementos humanos á refundirse en la masa de

la población, bajo un nivel común. Esta suma menor de opresión relativa, esta limitación á la explotación del hombre, por el hombre que nacía de la naturaleza de las cosas; esta especie de igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la colonia y neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados, hacía que la conquista fuese comparativamente más humana y se impusiera con menos violencia. De aquí proviene que la conquista del Río de la Plata no ofrezca el espectáculo de esas hecatombes humanas que han ensangrentado el resto de la América, ni ese consumo espantoso de hombres que sucumbían por millares condenados al trabajo mortífero de las minas, sometidos á un régimen inhumano. De este modo, la raza indígena, sin extinguirse totalmente, se disminuía considerablemente, y su sangre mezclada con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada á ser la dominadora del país. Lo contrario sucedía en la colonización peruana, en que la raza indígena prevalecía por el cruzamiento y por el número, sin asimilarse á los conquistadores. Así se ve, que á los treinta y ocho años de ocupado el Río de la Plata, los hijos de los españoles y de las mujeres indígenas, eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia. Ellos reemplazaban á los conquistadores envejecidos en la tarea, á ellos estaban encomendadas las expediciones más peligrosas, con ellos se fundaban las nuevas ciudades, como sucedió en Santa Fe, ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública inoculando á la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia, los gobernantes destinados á regirla, los ciudadanos del embrionario municipio, y una individualidad marcada con cierto sello de independencia selvática, que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y calidades.

En tal orden de cosas, como los dones gratuitos de la naturaleza y los frutos del trabajo eran más ó menos el patrimonio de la comunidad; como la vida civil era poco complicada y el roce de los intereses me-

nos áspero; como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más ó menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad ó equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana.

V

La constitución geográfica contribuía poderosamente á estos resultados. La pampa inmensa y continua daba su unidad al territorio. El estuario del Plata centralizaba todas las comunicaciones. Los prados naturales convidaban á sus habitantes á la industria pastoril. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo por medio de la navegación fluvial y marítima. Su clima salubre y templado, hacía más grata la vida y más reproductivo el trabajo. Era, pues, un territorio preparado para la ganadería, constituído para prosperar por el comercio, y predestinado á poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra. Así se ve, que la ocupación útil del suelo empieza á realizarse por medio de los ganados traídos por tierra del Perú y del Brasil; que las corrientes comerciales del interior van convergiendo poco á poco hacia el Plata; que la abundancia y el bienestar se difunde por este medio, y que el primer acto externo de los colonos después de la fundación de Buenos Aires en 1580, es la exportación de un cargamento de frutos del trabajo propio (cueros y azúcar), que provoca el comercio de importación y la inmigración. De este modo se establece la doble corriente del intercambio de productos, y se crea el centro de atracción al cual debían afluir los inmigrantes en grandes masas, á pesar del sistema colonial que contrariaba su desarrollo y de las leyes prohibitivas que tendían á obstruir los canales naturales del comercio, como se verá después.

A este resultado contribuyeron en no pequeña parte, así el temple moral de los conquistadores, como las aptitudes de los principales caudillos de la colonización.

La América española fué poblada en su mayor parte por aventureros intrépidos, ávidos y rapaces, y á esto debe atribuirse en mucho los prematuros gérmenes de descomposición que inocularon á su colonización. Agréguese que ella no tuvo á su frente verdaderos colonizadores, y se tendrá la explicación de los vicios de conformación del molde en que las nacientes sociedades fueron vaciadas. El mismo Colón, el grande descubridor del nuevo mundo, no obstante su elevación moral, creía que la América y sus habitantes debían ser tratados como país conquistado y como esclavos (contra lo cual para honor de la humanidad protestó Isabel la Católica), y poseído de esta idea, fué un desgraciado colonizador de las Antillas. Las Casas, imbuído de la idea opuesta, no fué más feliz en su empresa de reducir á vida civil á los indígenas, creando en el nuevo mundo el tipo de las misiones apostólicas, que eran la continuación de la barbarie bajo otra forma, y aconsejando la importación de esclavos negros. Cortés y Pizarro fueron más bien extraordinarios hombres de acción, que dilataron su genio en un vasto teatro, luchando con una semicivilización orgánicamente débil, que no contenía ningún germen progresivo, en cuyo tronco podrido ingertaron la civilización europea. Así, pues, si se exceptúa á Valdivia en Chile y á Martínez Irala y Garay en el Río de la Plata, fundadores de las más obscuras y pobres colonias del nuevo mundo, puede decirse que la conquista española no cuenta con verdaderos colonizadores, en el sentido de poblar y civilizar un país desierto y bárbaro, y dotarlo de elementos de vida propia.

Los descubridores y exploradores del Río de la Plata establecieron los primeros jalones de su colonización. Díaz de Solís, uno de los primeros navegantes de su tiempo, descubre el Río de la Plata, y bautiza con la sangre del martirio el suelo destinado á recibir la semilla de la civilización humana. Magallanes, en el primer viaje de circunnavegación del mundo, da su nombre á Montevideo, marcando uno de sus futuros emporios. Sebastián Gaboto, que disputa á Colón, con

nos áspero; como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más ó menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad ó equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana.

V

La constitución geográfica contribuía poderosamente á estos resultados. La pampa inmensa y continua daba su unidad al territorio. El estuario del Plata centralizaba todas las comunicaciones. Los prados naturales convidaban á sus habitantes á la industria pastoril. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo por medio de la navegación fluvial y marítima. Su clima salubre y templado, hacía más grata la vida y más reproductivo el trabajo. Era, pues, un territorio preparado para la ganadería, constituído para prosperar por el comercio, y predestinado á poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra. Así se ve, que la ocupación útil del suelo empieza á realizarse por medio de los ganados traídos por tierra del Perú y del Brasil; que las corrientes comerciales del interior van convergiendo poco á poco hacia el Plata; que la abundancia y el bienestar se difunde por este medio, y que el primer acto externo de los colonos después de la fundación de Buenos Aires en 1580, es la exportación de un cargamento de frutos del trabajo propio (cueros y azúcar), que provoca el comercio de importación y la inmigración. De este modo se establece la doble corriente del intercambio de productos, y se crea el centro de atracción al cual debían afluir los inmigrantes en grandes masas, á pesar del sistema colonial que contrariaba su desarrollo y de las leyes prohibitivas que tendían á obstruir los canales naturales del comercio, como se verá después.

A este resultado contribuyeron en no pequeña parte, así el temple moral de los conquistadores, como las aptitudes de los principales caudillos de la colonización.

La América española fué poblada en su mayor parte por aventureros intrépidos, ávidos y rapaces, y á esto debe atribuirse en mucho los prematuros gérmenes de descomposición que inocularon á su colonización. Agréguese que ella no tuvo á su frente verdaderos colonizadores, y se tendrá la explicación de los vicios de conformación del molde en que las nacientes sociedades fueron vaciadas. El mismo Colón, el grande descubridor del nuevo mundo, no obstante su elevación moral, creía que la América y sus habitantes debían ser tratados como país conquistado y como esclavos (contra lo cual para honor de la humanidad protestó Isabel la Católica), y poseído de esta idea, fué un desgraciado colonizador de las Antillas. Las Casas, imbuído de la idea opuesta, no fué más feliz en su empresa de reducir á vida civil á los indígenas, creando en el nuevo mundo el tipo de las misiones apostólicas, que eran la continuación de la barbarie bajo otra forma, y aconsejando la importación de esclavos negros. Cortés y Pizarro fueron más bien extraordinarios hombres de acción, que dilataron su genio en un vasto teatro, luchando con una semicivilización orgánicamente débil, que no contenía ningún germen progresivo, en cuyo tronco podrido ingertaron la civilización europea. Así, pues, si se exceptúa á Valdivia en Chile y á Martínez Irala y Garay en el Río de la Plata, fundadores de las más obscuras y pobres colonias del nuevo mundo, puede decirse que la conquista española no cuenta con verdaderos colonizadores, en el sentido de poblar y civilizar un país desierto y bárbaro, y dotarlo de elementos de vida propia.

Los descubridores y exploradores del Río de la Plata establecieron los primeros jalones de su colonización. Díaz de Solís, uno de los primeros navegantes de su tiempo, descubre el Río de la Plata, y bautiza con la sangre del martirio el suelo destinado á recibir la semilla de la civilización humana. Magallanes, en el primer viaje de circunnavegación del mundo, da su nombre á Montevideo, marcando uno de sus futuros emporios. Sebastián Gaboto, que disputa á Colón, con

mejores títulos que Américo Vespucio, la gloria del primer descubrimiento del continente americano, deposita en el seno de la tierra el primer grano de trigo que fructificó en estas regiones, y funda su primer establecimiento, iniciando su ocupación y conquista.

Los primeros pobladores del Río de la Plata, sin ser menos ávidos ni menos toscos por lo general, que los hombres de su época y la masa del país á que pertenecían, fueron más bien que aventureros, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra. Nacidos y criados una gran parte de ellos en comarcas laboriosas, en puertos de mar como Cádiz, Sevilla y San Lúcar, en ciudades como Madrid, Toledo, Valladolid, Córdoba, Zaragoza y Salamanca, traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces, que faltaban á los habitantes de los valles y aldeas de Extremadura, de Galicia ó de Castilla la Vieja, que dieron su contingente á la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre.

La primera expedición colonizadora del Río de la Plata en 1535, fué organizada en Sevilla en una grande escala, enrolándose bajo su bandera más de ochocientos guerreros y trabajadores, muchos de los cuales venían acompañados de sus mujeres é hijos, «muy buena gente y lucida,» como dice el cronista Herrera. A su cabeza se puso un gentilhombre que había militado en Italia, enriqueciéndose en el saco de Roma bajo las órdenes del Condestable de Borbón. Acompañábanle muchos veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los cuales venía como simple soldado el primer historiador de la colonia, un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de

Santa Teresa de Jesús y muchos capitanes y oficiales, «gentes que fueron sin duda (dice Azara) los más dis»tinguidos é ilustres entre los conquistadores de In»dias.» Provista de armas, herramientas, municiones y víveres, esta expedición traía además cien yeguas y caballos, que debían servir de base á la fabulosa riqueza pastoril del Plata. La segunda expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fué concebida bajo el mismo plan, trayendo en sus elementos personales nuevas fuerzas morales á la colonia. La tercera expedición, de la misma procedencia, y la más notable por su composición, trajo un gran número de labradores, artesanos y hombres de ciencias y letras, entre los cuales se encontraba el Homero ramplón de aquella trabajosa odisea. Además importó un número crecido de mujeres jóvenes, rico contingente que venía á vivificar la sangre europea, que operaba la conquista pacífica por la fusión de las razas.

Estos núcleos de población así compuestos, entrañaban otros tres elementos de lucha, de conservación y de vida, que debían desenvolverse con energía en el nuevo medio, en el sentido del bien y del mal: el espíritu guerrero, que á la vez de pelear con los indígnas, promovería disturbios en la colonia naciente; el espíritu municipal, que encontraría su aplicación en la actividad de la vida colectiva, y la preparación para el trabajo, que para ellos era condición de existencia.

VI

Todos estos elementos mancomunados y hasta cierto punto ponderados, constituían una democracia rudimental, turbulenta por naturaleza y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal, á la vez que con tendencia á la arbitrariedad, en que la fuerza y la opinión intervenían activamente, con más eficacia que en el resto de la América. Así vemos pasar la colonia, de la anarquía al orden, del absolutismo al sistema electivo, y que, cuando faltaron á su cabeza los mandatarios le-

mejores títulos que Américo Vespucio, la gloria del primer descubrimiento del continente americano, deposita en el seno de la tierra el primer grano de trigo que fructificó en estas regiones, y funda su primer establecimiento, iniciando su ocupación y conquista.

Los primeros pobladores del Río de la Plata, sin ser menos ávidos ni menos toscos por lo general, que los hombres de su época y la masa del país á que pertenecían, fueron más bien que aventureros, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra. Nacidos y criados una gran parte de ellos en comarcas laboriosas, en puertos de mar como Cádiz, Sevilla y San Lúcar, en ciudades como Madrid, Toledo, Valladolid, Córdoba, Zaragoza y Salamanca, traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces, que faltaban á los habitantes de los valles y aldeas de Extremadura, de Galicia ó de Castilla la Vieja, que dieron su contingente á la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre.

La primera expedición colonizadora del Río de la Plata en 1535, fué organizada en Sevilla en una grande escala, enrolándose bajo su bandera más de ochocientos guerreros y trabajadores, muchos de los cuales venían acompañados de sus mujeres é hijos, «muy buena gente y lucida,» como dice el cronista Herrera. A su cabeza se puso un gentilhombre que había militado en Italia, enriqueciéndose en el saco de Roma bajo las órdenes del Condestable de Borbón. Acompañábanle muchos veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los cuales venía como simple soldado el primer historiador de la colonia, un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de

Santa Teresa de Jesús y muchos capitanes y oficiales, «gentes que fueron sin duda (dice Azara) los más dis»tinguidos é ilustres entre los conquistadores de In»dias.» Provista de armas, herramientas, municiones y víveres, esta expedición traía además cien yeguas y caballos, que debían servir de base á la fabulosa riqueza pastoril del Plata. La segunda expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fué concebida bajo el mismo plan, trayendo en sus elementos personales nuevas fuerzas morales á la colonia. La tercera expedición, de la misma procedencia, y la más notable por su composición, trajo un gran número de labradores, artesanos y hombres de ciencias y letras, entre los cuales se encontraba el Homero ramplón de aquella trabajosa odisea. Además importó un número crecido de mujeres jóvenes, rico contingente que venía á vivificar la sangre europea, que operaba la conquista pacífica por la fusión de las razas.

Estos núcleos de población así compuestos, entrañaban otros tres elementos de lucha, de conservación y de vida, que debían desenvolverse con energía en el nuevo medio, en el sentido del bien y del mal: el espíritu guerrero, que á la vez de pelear con los indígnas, promovería disturbios en la colonia naciente; el espíritu municipal, que encontraría su aplicación en la actividad de la vida colectiva, y la preparación para el trabajo, que para ellos era condición de existencia.

VI

Todos estos elementos mancomunados y hasta cierto punto ponderados, constituían una democracia rudimental, turbulenta por naturaleza y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal, á la vez que con tendencia á la arbitrariedad, en que la fuerza y la opinión intervenían activamente, con más eficacia que en el resto de la América. Así vemos pasar la colonia, de la anarquía al orden, del absolutismo al sistema electivo, y que, cuando faltaron á su cabeza los mandatarios le-

gales, por acefalías ocasionales ó por efecto de revoluciones, el sufragio popular dió razón de ser á sus gobernadores ó caudillos, los que apoyados en esta sola fuerza moral y material, se mantuvieron por largos años en sus puestos, sin provisión real, y contra las provisiones del monarca metropolitano, dominando á todos con su popularidad y su elocuencia, á la vez que con su habilidad y energía.

Esta grosera república municipal en embrión, tuvo la fortuna de tener á su frente, en los primeros días de su fundación y en la primera época de su dilatación por el litoral del Plata y sus afluentes, dos hombres dotados del verdadero genio colonizador y de grandes calidades. Fueron éstos Domingo Martínez de Irala y Juan de Garay, vizcaínos ambos, fundador el primero del Paraguay, y el segundo de Santa Fe y Buenos Aires. Ambos eran capitanes notables, hombres sagaces y perseverantes, administradores entendidos y desinteresados, tan firmes como moderados en el mando, que obraron cónscientemente teniendo en vista grandes proyectos, según lo acreditan los documentos contemporáneos que originales se conservan. Irala, el más grande de los dos, á quien Azara califica de «carácter maravilloso», diciendo de él «que aventaja »á todos los conquistadores en que redujo y civilizó »un país bárbaro en sumo grado, dictándole leyes las »más humanas, sabias y políticas», es el verdadero colonizador del Río de la Plata, siendo el autor de su organización municipal y el reformador del sistema colonial en estos países, á los que supo dar el temple viril de su alma. Garay, dilatando metódicamente la ocupación del país, complementando la ley agraria de la colonia y fundando su riqueza pastoril, consolidó la obra de Irala, y dejó por herencia á la posteridad la ciudad de Buenos Aires, la Alejandría de Sud América, reedificada por 60 soldados, con lo que aseguró la organización del futuro Virreinato del Río de la Plata, dentro del cual debía constituirse más tarde la Nación Argentina, independiente, libre y rica.

Aun cuando la colonización del litoral del Plata, no siempre fué acertada en la elección de los lugares que se poblaron y en los medios que al efecto se emplearon, ella obedecía empero á un plan preconcebido, que tenía en vista la producción, el comercio y la población. No así la colonización mediterránea del país, debida á la corriente del Perú, la cual, teniendo siempre presente su modelo, marchaba por instinto tras las huellas de la antigua civilización quichúa desde Salta hasta Córdoba, y fundaba sus ciudades al acaso, sin consultar las condiciones geográficas, ni tener en mira ninguna idea económica para lo futuro. Así, las dos colonizaciones, aun cuando después se han amalgamado por la influencia del medio, la continuidad del territorio, la comunidad de intereses y sus afinidades políticas y sociales, tenían una constitución distinta, siendo la consecuencia más notable de esto la desigual distribución del progreso.

Estas dos colonizaciones independientes, conocidas en la historia bajo la denominación colectiva de Provincias del Río de la Plata, eran dos cuerpos informes, sin cohesión y casi sin vitalidad, que crecieron lentamente en medio de la pobreza, bajo la dependencia del gran virreinato del Perú, resolviéndose sus negocios políticos en Lima y sus litigios en la audiencia de Charcas.

VII

En 1617 se dividió en dos la gobernación, llamada propiamente del Río de la Plata. El Paraguay, bajo la denominación de Provincia del Guayrá, formó una circunscripción separada con su gobernador independiente, dentro de los límites que actualmente ocupa la república del mismo nombre. Bajo la denominación de Provincias de Buenos Aires, se erigió otra, de que formaba parte la Banda Oriental del Uruguay, el Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, la Patagonia, el Gran Chaco (y las Misiones jesuíticas del Paraná y Uru-

gales, por acefalías ocasionales ó por efecto de revoluciones, el sufragio popular dió razón de ser á sus gobernadores ó caudillos, los que apoyados en esta sola fuerza moral y material, se mantuvieron por largos años en sus puestos, sin provisión real, y contra las provisiones del monarca metropolitano, dominando á todos con su popularidad y su elocuencia, á la vez que con su habilidad y energía.

Esta grosera república municipal en embrión, tuvo la fortuna de tener á su frente, en los primeros días de su fundación y en la primera época de su dilatación por el litoral del Plata y sus afluentes, dos hombres dotados del verdadero genio colonizador y de grandes calidades. Fueron éstos Domingo Martínez de Irala y Juan de Garay, vizcaínos ambos, fundador el primero del Paraguay, y el segundo de Santa Fe y Buenos Aires. Ambos eran capitanes notables, hombres sagaces y perseverantes, administradores entendidos y desinteresados, tan firmes como moderados en el mando, que obraron cónscientemente teniendo en vista grandes proyectos, según lo acreditan los documentos contemporáneos que originales se conservan. Irala, el más grande de los dos, á quien Azara califica de «carácter maravilloso», diciendo de él «que aventaja »á todos los conquistadores en que redujo y civilizó »un país bárbaro en sumo grado, dictándole leyes las »más humanas, sabias y políticas», es el verdadero colonizador del Río de la Plata, siendo el autor de su organización municipal y el reformador del sistema colonial en estos países, á los que supo dar el temple viril de su alma. Garay, dilatando metódicamente la ocupación del país, complementando la ley agraria de la colonia y fundando su riqueza pastoril, consolidó la obra de Irala, y dejó por herencia á la posteridad la ciudad de Buenos Aires, la Alejandría de Sud América, reedificada por 60 soldados, con lo que aseguró la organización del futuro Virreinato del Río de la Plata, dentro del cual debía constituirse más tarde la Nación Argentina, independiente, libre y rica.

Aun cuando la colonización del litoral del Plata, no siempre fué acertada en la elección de los lugares que se poblaron y en los medios que al efecto se emplearon, ella obedecía empero á un plan preconcebido, que tenía en vista la producción, el comercio y la población. No así la colonización mediterránea del país, debida á la corriente del Perú, la cual, teniendo siempre presente su modelo, marchaba por instinto tras las huellas de la antigua civilización quichúa desde Salta hasta Córdoba, y fundaba sus ciudades al acaso, sin consultar las condiciones geográficas, ni tener en mira ninguna idea económica para lo futuro. Así, las dos colonizaciones, aun cuando después se han amalgamado por la influencia del medio, la continuidad del territorio, la comunidad de intereses y sus afinidades políticas y sociales, tenían una constitución distinta, siendo la consecuencia más notable de esto la desigual distribución del progreso.

Estas dos colonizaciones independientes, conocidas en la historia bajo la denominación colectiva de Provincias del Río de la Plata, eran dos cuerpos informes, sin cohesión y casi sin vitalidad, que crecieron lentamente en medio de la pobreza, bajo la dependencia del gran virreinato del Perú, resolviéndose sus negocios políticos en Lima y sus litigios en la audiencia de Charcas.

VII

En 1617 se dividió en dos la gobernación, llamada propiamente del Río de la Plata. El Paraguay, bajo la denominación de Provincia del Guayrá, formó una circunscripción separada con su gobernador independiente, dentro de los límites que actualmente ocupa la república del mismo nombre. Bajo la denominación de Provincias de Buenos Aires, se erigió otra, de que formaba parte la Banda Oriental del Uruguay, el Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, la Patagonia, el Gran Chaco (y las Misiones jesuíticas del Paraná y Uru-

guay poco después), con jurisdicción superior en lo económico dentro de los límites de la antigua gobernación. La Provincia de Córdoba del Tucumán, conservó la misma organización, incluyéndose entonces en ella, además del territorio de Córdoba, el de Salta, Jujuy, Tucumán, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero y parte del Chaco. Los territorios de San Juan del Pico y Mendoza de la Frontera, hasta la Punta de San Luis, bajo la denominación de Provincia de Cuyo, continuaron por entonces bajo la dependencia inmediata de Chile, que la había fundado.

La división de la gobernación del Río de la Plata, respondiendo á necesidades nuevas, marca una de las más trascendentales evoluciones en el desarrollo de su colonización. Iniciada ésta cerca de la embocadura del gran estuario, en época en que se tenían en mira las comunicaciones con el Oriente por el Estrecho de Magallanes, fué trasladada más tarde al interior del país buscando una comunicación con el Perú, y fijóse su centro de operaciones en la ciudad de la Asunción. Por el espacio de más de cuarenta años (1538-1580), fué la cabeza de esa colonización, á la que sólo el genio de Irala pudo dar alguna consistencia, haciendo germinar en su seno elementos expansivos. Garay, al reedificar la ciudad de Buenos Aires en 1580, después de fundar Santa Fe en 1573, la vivificó sacándola del aislamiento en que se atrofiaba, y la puso en comunicación con el mundo y en contacto inmediato con la que adelantaba por la parte de Chile y del Perú. Así se articulaba la población futura del Río de la Plata volviendo la colonización al punto de partida.

Desde entonces, el Paraguay empezó á decaer, en la misma proporción en que el puerto de Buenos Aires iba prosperando. Las corrientes del comercio marítimo fueron sucesivamente convergiendo hacia el nuevo establecimiento, se establecieron comunicaciones regulares de intercambio con las costas del Brasil y con el interior del país, haciéndose más fáciles las de la metrópoli; se multiplicó su producción, y la inmi-

gración europea fué paulatinamente afocándose en él. Así, antes de cumplirse los cuarenta años (1580-1617) que había durado la supremacía paraguaya, Buenos Aires era el centro de la población del Río de la Plata, su verdadera capital y su único mercado. Allí residían por lo común los gobernadores, allí estàba centralizada la contabilidad, allí acudían á proveerse de mercaderías europeas los habitantes del interior del país.

Mientras tanto, el Paraguay, aislado, reducido á sus propios elementos, privado de las corrientes vivificadoras de la inmigración y del intercambio de productos, se inmovilizó y dejó de ser el centro de una civilización expansiva y fecunda. En contacto con la civilización portuguesa por la parte del sur del Brasil, chocó con ella en las fronteras del Alto Paraná, y hubo de retroceder vencida, viendo devastada por los colonos brasileñoportugueses de San Pablo, la Provincia del Guayrá, donde se asentaban tres ciudades que desaparecieron para siempre. Concurrió simultáneamente á esta decadencia, otro elemento de descomposición, el cual aunque condenado á eterna esterilidad, se inoculó por entonces á su sociabilidad. Nos referimos á las famosas Misiones jesuíticas, que en aquel tiempo (1617) ya constituían un imperio teocrático, compuesto exclusivamente de elementos indígenas, sujetos á un régimen comunista y á una disciplina monástica. La influencia de estas reducducciones, favorable hasta cierto punto en el sentido de oponer un dique á las invasiones del Portugal por el Brasil, fué funesta al Paraguay. Ella detuvo el impulso de la colonización por el predominio del elemento europeo, el único que llevaba en sus entrañas el don de la reproducción. Puso un obstáculo á la fusión de las razas, que operaba la conquista pacífica, y substrajo á los indígenas del contacto con la inmigración europea. Ocupó una gran parte del país con una población inconsistente y una civilización artificial, que entrañaba toda la debilidad y todos los vicios de la barbarie, combinados con los del gobierno

eclesiástico. Paralizó así sus fuerzas eficientes, creó un nuevo antagonismo, y enervó la constitución de la naciente sociabilidad. Empero, los instintos del individualismo, que Irala había inoculado á la colonia eran tan vigorosos, que por mucho tiempo pudieron luchar con ventaja, aunque circunscriptos al recinto de la ciudad de la Asunción, donde se mantuvo enérgico el espíritu guerrero y municipal de los primitivos conquistadores. Merced á esto, las semillas vivaces de la civilización europea en el Paraguay no fueron del todo sofocadas por la semibarbarie indisciplinada del jesuitismo.

La obra de Irala y de Garay había sido continuada por un hombre de la misma familia, el célebre Hernando Arias de Saavedra, conocido en la historia bajo el nombre de Hernandarias, cuya fama ha sido algún tanto exagerada por los historiadores jesuíticos por espíritu de proselitismo. Era un hijo de la tierra, el primer criollo que en América fué levantado al gobierno por sus méritos y servicios. Nombrado primeramente gobernador por elección popular con arreglo á la cédula de Carlos V de 1537, y posteriormente por provisión de los virreyes y reales cédulas, Hernandarias completaba su quinto período gubernativo (en el espacio de cerca de 30 años), cuando se verificó la división de la Provincia, tocándole á él quedar al frente de la del Paraguay. Hombre dotado de genio emprendedor y animado de gran celo por el progreso de la colonia nativa, había asegurado su población y tenía ya medida toda su extensión desde los Xarayes hasta las tierras magallánicas, cuando esa división tuvo lugar.

Para llegar á estos mezquinos resultados, los pobladores habían tenido que luchar con los indígenas dueños del suelo, con la naturaleza bruta, con el hambre, el aislamiento, la pobreza, y sobre todo, contra la madre patria, que mal inspirada, hizo todo lo posible por ahogar en su cuna esta colonización rubusta, que sólo se salvó de una temprana muerte merced á su propia vitalidad.

VIII

El sistema de explotación, basado en el monopolio comercial, que la España adoptó respecto de la América casi inmediatamente después de su descubrimiento, tan funesto á la madre patria como á sus colonias, lo fué más aún para el Río de la Plata. Calculado erradamente para que todas las riquezas del nuevo mundo pasaran á España, y que ésta fuese la única que la proveyese de productos europeos, toda la legislación de la metrópoli tendió exclusivamente á este objeto desde los primeros tiempos. A este fin se prohibieron en América todas las industrias y cultivos que pudieran hacer competencia á la Península, para centralizar el monopolio, se creó la famosa casa de «Contratación de Sevilla» (1503), declarando que era la única puerta de España por donde podían expedirse buques con mercaderías para América y entrar los productos coloniales de retorno. Para asegurar la exclusiva, hasta del tráfico intermediario, á los mercaderes españoles, se prohibió toda comunicación comercial de las colonias entre sí, de manera que todas ellas convergiesen aisladamente á un centro único. El sistema restrictivo se complementó con la organización de las flotas y galeones llamadas de Tierra Firme, reuniendo en un solo convoy anual ó bianual, todas las naves de comercio (escoltadas por buques de guerra), que al principio se despachaban sueltas por la Casa de Contratación, y declarando que á su vez la América no tendría para su tráfico con la madre patria sino una sola puerta de entrada y de salida (1538-1561). Fijóse ésta en Portobelo por el lado del Atlántico, y en Panamá por el del Pacífico, puntos en donde en época fija del año, tenían lugar dos ferias de cuarenta días. Allí se verificaban los cambios, atravesando las mercaderías el Istmo de Panamá y retornábanse por la misma vía los productos con que se cargaban la flota y los galeones, que regresaban inmediatamente. Pasa-

eclesiástico. Paralizó así sus fuerzas eficientes, creó un nuevo antagonismo, y enervó la constitución de la naciente sociabilidad. Empero, los instintos del individualismo, que Irala había inoculado á la colonia eran tan vigorosos, que por mucho tiempo pudieron luchar con ventaja, aunque circunscriptos al recinto de la ciudad de la Asunción, donde se mantuvo enérgico el espíritu guerrero y municipal de los primitivos conquistadores. Merced á esto, las semillas vivaces de la civilización europea en el Paraguay no fueron del todo sofocadas por la semibarbarie indisciplinada del jesuitismo.

La obra de Irala y de Garay había sido continuada por un hombre de la misma familia, el célebre Hernando Arias de Saavedra, conocido en la historia bajo el nombre de Hernandarias, cuya fama ha sido algún tanto exagerada por los historiadores jesuíticos por espíritu de proselitismo. Era un hijo de la tierra, el primer criollo que en América fué levantado al gobierno por sus méritos y servicios. Nombrado primeramente gobernador por elección popular con arreglo á la cédula de Carlos V de 1537, y posteriormente por provisión de los virreyes y reales cédulas, Hernandarias completaba su quinto período gubernativo (en el espacio de cerca de 30 años), cuando se verificó la división de la Provincia, tocándole á él quedar al frente de la del Paraguay. Hombre dotado de genio emprendedor y animado de gran celo por el progreso de la colonia nativa, había asegurado su población y tenía ya medida toda su extensión desde los Xarayes hasta las tierras magallánicas, cuando esa división tuvo lugar.

Para llegar á estos mezquinos resultados, los pobladores habían tenido que luchar con los indígenas dueños del suelo, con la naturaleza bruta, con el hambre, el aislamiento, la pobreza, y sobre todo, contra la madre patria, que mal inspirada, hizo todo lo posible por ahogar en su cuna esta colonización rubusta, que sólo se salvó de una temprana muerte merced á su propia vitalidad.

VIII

El sistema de explotación, basado en el monopolio comercial, que la España adoptó respecto de la América casi inmediatamente después de su descubrimiento, tan funesto á la madre patria como á sus colonias, lo fué más aún para el Río de la Plata. Calculado erradamente para que todas las riquezas del nuevo mundo pasaran á España, y que ésta fuese la única que la proveyese de productos europeos, toda la legislación de la metrópoli tendió exclusivamente á este objeto desde los primeros tiempos. A este fin se prohibieron en América todas las industrias y cultivos que pudieran hacer competencia á la Península, para centralizar el monopolio, se creó la famosa casa de «Contratación de Sevilla» (1503), declarando que era la única puerta de España por donde podían expedirse buques con mercaderías para América y entrar los productos coloniales de retorno. Para asegurar la exclusiva, hasta del tráfico intermediario, á los mercaderes españoles, se prohibió toda comunicación comercial de las colonias entre sí, de manera que todas ellas convergiesen aisladamente á un centro único. El sistema restrictivo se complementó con la organización de las flotas y galeones llamadas de Tierra Firme, reuniendo en un solo convoy anual ó bianual, todas las naves de comercio (escoltadas por buques de guerra), que al principio se despachaban sueltas por la Casa de Contratación, y declarando que á su vez la América no tendría para su tráfico con la madre patria sino una sola puerta de entrada y de salida (1538-1561). Fijóse ésta en Portobelo por el lado del Atlántico, y en Panamá por el del Pacífico, puntos en donde en época fija del año, tenían lugar dos ferias de cuarenta días. Allí se verificaban los cambios, atravesando las mercaderías el Istmo de Panamá y retornábanse por la misma vía los productos con que se cargaban la flota y los galeones, que regresaban inmediatamente. Pasa-

lo esto, se echaban los cerrojos de ambas puertas, y la América y la España quedaban comercialmente incomunicadas por un año ó dos más, estándolo perpetuamente las colonias entre sí.

Las mercaderías europeas así introducidas por el Istmo, proveían á Venezuela, el Reino de Granada, Perú y Chile, haciendo escala las últimas en el Callao; de allí se llevaban á Chile las que les correspondían, y á Arica las que á lomo de mula debían introducirse en el Alto Perú, centralizándose en Potosí. A este mercado, finalmente, debían acudir á proveerse los habitantes de las provincias del Río de la Plata y Córdoba del Tucumán, teniendo éstas sus puertos secos para el caso de internación, recibiéndose las mercaderías en los últimos puntos con un recargo de 500 á 600 por ciento y aun más, sobre su costo primitivo.

Tal era el itinerario y el sistema comercial, que en violación de las leyes de la naturaleza y de las reglas del buen gobierno, estaba en vigor cuando se pobló el Río de la Plata, y especialmente cuando se reedificó Buenos Aires. Excluída por él la concurrencia, suprimida en realidad la navegación, recargados artificialmente los fletes, exagerados los precios de los productos europeos y envilecidos los de los americanos, tasado el consumo y limitada la producción, estancados los capitales, desalentado el trabajo, provocando el abuso, fomentando la corrupción administrativa en la metrópoli y las colonias, y creando intereses sórdidos que lo explotaban en daño de la comunidad, tal sistema envolvía la ruina de la España y de la América á la vez. Así, antes de transcurrir un siglo, la población de España estaba reducida á la mitad, sus fábricas estaban arruinadas, su marina mercante no existía sino en el nombre, su capital había disminuído, su comercio lo hacían los extranjeros por medio del contrabando, y todo el oro y la plata del nuevo mundo, iba á todas partes, menos á España.

IX

El error fundamental del sistema colonial de España no era empero una invención suya: era la tradición antigua, era la teoría económica de la época reducida á práctica. La Inglaterra, en la explotación de sus colonias del norte de América, tendió á ese mismo resultado, propendiendo por medio de leyes coercitivas á que la metrópoli fuese la única que las proveyera de productos europeos, la única de donde partiesen y á donde retornasen los buques destinados al tráfico cometiendo mayores errores teóricos en la institución de compañías privilegiadas á las cuales entregaba el territorio como propiedad á título de conquista, y á sus habitantes indígenas como esclavos, reservándose el monarca la absoluta potestad legislativa. En la práctica, sin embargo, estos errores tenían su correctivo. Los resultados que buscaba la Inglaterra, realizáronse sin gran violencia, con ventajas para la madre patria y beneficio de las colonias. Sus leyes de navegación (1650-1666) dieron á la marina inglesa la supremacía y á sus puertos la exclusiva al desterrar de sus mercados la competencia extranjera quedando en mejor condición sus fabricantes y negociantes, y monopolizando de hecho y de derecho el comercio colonial. Este monopolio, explotado por un pueblo apto para el tráfico mercantil, con población superabundante, marina mercante libre en su esfera, con fábricas suficientes para abastecer sus colonias, con instintos de conservación para acrecentar el capital sin cegar las fuentes de la riqueza misma, con tradiciones de propio gobierno que trasplantaba á sus colonias sin que un absolutismo como el de Carlos V ó Felipe II las sofocase, y con una energía individual no coartada por la minuciosa tiranía fiscal de la España, este monopolio decíamos, entregado á otras manos, fundó la colonización norteamericana, y corrigió de hecho sus errores, sin incurrir en sus abusos. Aca-

bó por imprimirle un sello moral, la colonización libre de los que, huyendo en Europa de la tiranía religiosa, buscaron en América la libertad de conciencia, estableciendo en ella de hecho y de derecho el gobierno del pueblo por el pueblo, sobre bases más sólidas y más justas aún que en la misma madre patria.

De todos modos, el sistema colonial español, tan absurdo y brutal como era, satisfacía hasta cierto punto, al principio, las necesidades de una parte de sus posesiones, proveyéndolas de algo de lo que necesitaban; hacía posible el intercambio de las que tenían oro, plata, perlas y piedras preciosas que exportar; daba alguna participación en sus beneficios, á los más inmediatos á la puerta legal de entrada y salida, que producían el cacao, tabaco, añil, la cochinilla, la vainilla, las substancias tintóreas, la quina y otros artículos, que concurrían á las ferias y soportaban el recargo. Además, favorecía directamente al Perú, constituyendo en el Callao un nuevo monopolio, á cuya sombra se realizaban inmensas ganancias. Sus efectos desastrosos, no se sentían desde luego en el Alto Perú, país mediterráneo, condenado de todos modos á proveerse por las vías terrestres, que sólo explotaba minas con el trabajo de los indios, exportando únicamente barras de plata, y ganaba en los «repartimientos» de las mercaderías que con ellas adquiría el doble de lo que le costaban quedando bajo su dependencia comercial las Provincias de Córdoba del Tucumán y Río de la Plata. En cuanto á Chile, como tenía oro que cambiar por el camino marítimo, al menos hasta Panamá, y el Pacífico era una especie de mar clausurado, aun después de conocido el Estrecho de Magallanes, su situación era soportable, y por lo pronto no aspiraba á más, mientras no se descubriera el pasaje por el Cabo de Hornos, que debía redimirlo de esa esclavitud.

El Río de la Plata estaba totalmente excluído de esos beneficios, que aunque parciales y transitorios, hacían posible el comercio, ó cuando menos alimenta-

ban la vida. No teniendo plata, oro, ni productos preciosos de poco volumen que transportar por tierra al través de toda la América Meridional, no le era posible acudir á las ferias de Panamá y Portobelo, ni aun á la del Callao, hasta donde sus cueros, sus sebos y sus cereales no podían llegar. No podían venirle por esa vía las substancias alimenticias, como el vino y el aceite, ni menos el fierro, y las ropas mismas les llegaban con un recargo que las ponía fuera del alcance de su pobreza, teniendo que acudir por ellas á Potosí, el mercado más caro de Sud América. No pudiendo realizar sus frutos por esa vía, ni proveerse de lo necesario por ella, carecía además hasta de la materialidad de la moneda para comprar, pues estaba prohibido que ella pasase de Potosí, ni que llegara al Río de la Plata el oro ó la plata, aunque fuese en forma de vajillas; ni se permitía á los pasajeros que transitaban de una provincia á otra llevar más cantidad de moneda que la indispensable para el viaje, previo permiso y registro en la aduana seca de Tucumán, la cual tenía orden hasta para no dejar pasar en esa forma ni el producto de la venta de mulas que los de Buenos Aires realizaban en Salta.

X

Buenos Aires, llave de un sistema geográfico que se ligaba por la navegación fluvial al Paraguay y por la vía terrestre con el Alto Perú y Chile, lindero con el Brasil, colocado frente al Cabo de Buena Esperanza, escala necesaria de las comunicaciones por el Estrecho primeramente, y por el Cabo de Hornos después, situado á la inmediación del más vasto estuario del mundo, centro del más admirable y vasto sistema hidrográfico de la América del Sur, y en franca y directa comunicación marítima con la Europa, era sin duda el punto más digno de llamar la atención de la metrópoli, si ésta hubiera tenido entonces un gobierno previsor, ó por lo menos una opinión pública

que corrigiese sus extravíos. Pero la España, despojada de sus libertades municipales, era presa del más atrasado absolutismo, y como se ha dicho, cuando el Río de la Plata se descubrió, ya estaba planteado el absurdo sistema colonial que debía arruinar á la vez á la América y la España. Cuando empezó á poblarse en 1535, se estableció casi simultáneamente el tráfico de flotas y galeones de Tierra Firme, cuyo itinerario y efectos hemos señalado. Por último, cuando se reedificó Buenos Aires, teniendo sus fundadores en vista los grandes objetos que se ocultaban á la ceguedad del gobierno español, el sistema del monopolio exclusivo por medio de los comerciantes de Sevilla y las ferias de Portobelo, imperaba en todo su vigor, y los intereses sórdidos y los abusos por él fomentados, eran más poderosos que el mismo monarca, en cuyo imperio no se ponía el sol.

La España, preponderante en Europa por la política y las armas, señora de Las Antillas, de la América del Sur y parte de la del Norte hasta La Florida, con posesiones en Asia, habiendo incorporado á sus dominios el Portugal y sus colonias y por consecuencia el Brasil, Las Molucas y la Costa de Africa (Guinea y Angola, según denominaciones geográficas de la época); árbitra por algún tiempo del comercio de las Indias Orientales, poseyendo la primera marina del orbe, constituía el conjunto más colosal de países situados bajo los más diversos climas, y el más rico que la imaginación pudiera concebir. Con sólo dejar crecer y multiplicar sus productos, y permitir que se cambiasen entre sí, rindiéndoles sus tributos, la España pudo y debió ser la nación más poderosa y más próspera de la tierra, á haber permitido que se cumplieran las leyes de la naturaleza, aun sin poner de su parte, inteligencia ni trabajo. No lo hizo así, porque le faltaba hasta el instinto de la propia conservación. Por lo tanto, no es extraño que aplicara á la obscura y miserable Colonia del Río de la Plata, la regla á que estaba sometido todo el Imperio, y que le negara hasta el derecho de navegar para vivir, que ella

se negaba á sí misma para engrandecerse y perpetuarse en los tiempos. Los que de estos hechos han sacado argumentos para acriminar á la España, atribuyéndole entrañas de madre despiadada para sus colonias, no han sido equitativos. Á un absurdo sistemático, que refluía principalmente en daño propio, no puede negarse la inconsciente buena fe.

XI

El puerto de Buenos Aires, señalado por la naturaleza para ser el emporio de la América Meridional, fué considerado por la España como un presente funesto, y como tal se declaró puerta condenada, aun para el uso de sus propios habitantes. Por el espacio de más de un siglo, toda la legislación española á su respecto, no tuvo más objeto que impedir la navegación y el intercambio que por él podía efectuarse. Prohibíase bajo severas penas, la entrada y salida por esta vía de hombres y mercaderías, y especialmente de los metales preciosos, declarándose expresamente que los frutos del país estaban incluídos en la prohibición absoluta. Dábase por razón para ello, que no produciendo el país oro ni plata, allí acudirían atraídos por su comercio los caudales de Potosí, saliendo con más facilidad que por la vía de Panamá; que las mercaderías entrarían por esta puerta franca á Chile y al Perú, con más de un 50 por ciento de economía en los precios, y otro tanto en los fletes y gastos, lo que perjudicaría al comercio de flotas y galeones de Tierra Firme, que tenía que luchar con mayores obstáculos y más gastos; y por último, que siendo el país sano y abundante, sus habitantes podían pasarse sin vender sus frutos, y que si por ello sufrían, era menos malo esto que el que se amenguaran las ganancias de las ferias de Portobelo.

Por el espacio de cerca de medio siglo (1535-1580) subsistió en todo su rigor esta prohibición absoluta. Durante ese período, la Colonia sólo se proveyó de

instrumentos de trabajo y de las cosas esenciales á la vida, por medio de las expediciones que según las capitulaciones con los Adelantados conducían á los mismos pobladores. Por acaso, algunas de las naves destinadas á Las Molucas ó al Estrecho de Magallanes, arribaba al solitario puerto, y expendía en él parte de su cargamento pagando el «almoxarifazgo» (derechos de aduana) fundando la violación de la ley escrita en la ley natural.

En fuerza de la ley de la necesidad unas veces, por premiar servicios de conquistadores otras, ó por mero favor á determinadas personas, se empezaron á conceder un año antes de reedificado Buenos Aires (1579) algunas «permisiones de navíos de registro», ó sea buques sueltos, que con licencia expresa, pudieran ir hasta Cádiz ó Sevilla á comerciar con la costa del Brasil, entonces dependencia de la corona de España bajo el cetro férreo de Felipe II. Por esta vía pudieron los colonos proveerse de fierro, acero, ropas y azúcar, que era lo que más necesitaban, introduciéndose á la vez algunos negros esclavos con licencia especial. Este tráfico, más bien consentido por gracia ó tolerado por necesidad, que reconocido como derecho, tuvo su sanción legal en el año 1587 en que se reconoció la imposibilidad de que los habitantes del Río de la Plata acudieran al mercado de Potosí. Desde entonces, la corriente de importación se regularizó algún tanto, y no obstante disposiciones que mediaron en contrario, se mantuvo por el espacio de diez y seis años hasta el comienzo del siglo XVII (1586-1602). Empero, muy poco aprovecharon de estas limitadas franquicias los pobres pobladores del puerto de Buenos Aires, quienes sin salida para sus frutos, carecían como se ha visto de moneda, tenían que contentarse con recoger algunas migajas de este festín comercial, que beneficiaba principalmente á los mercaderes del Perú, los cuales no obstante las prohibiciones acudían á aquel mercado á comprar las mercaderías con oro y plata sonante.

Hemos dicho que esta corriente se mantuvo no obs-

tante disposiciones que mediaron en contrario. En efecto, en 1594 y 1595 recrudecieron las prohibiciones, ordenándose nuevamente que «si fuese posible» no entrase ni saliese nada ni nadie por el Río de la Plata. La corriente de la importación marítima, no se interrumpió, empero, del todo, porque como los rescriptos del rey lo preveían, la prohibición absoluta era imposible. Contribuyó á darle nueva actividad el «asiento» de negros (mercado de esclavos con privilegio) que por entonces se estableció en Buenos Aires (1595-1596). Aunque al asentista general y á los factores del asiento, les era prohibido comerciar ni aun con el sobrante de las ropas y víveres destinados á los negros «bajo pena de la vida», sin embargo, como tenían autorización para introducir hasta 600 negros en buques propios, bajo la protección del pabellón negrero pasaba el contrabando. Como además podían vender licencias sueltas, que se explotaban por segundas manos, con buques patentados por el asiento, el tráfico fué ensanchándose gradualmente, poniendo al Río de la Plata en contacto con la costa de Africa. Este establecimiento, á la vez que activó su comercio, introdujo un nuevo elemento étnico y social en el núcleo primitivo de la colonización argentina.

Tres razas concurrieron desde entonces al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea ó caucasiana como parte activa, la indígena ó americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión resultó ese tipo original en que la sangre europea ha prevalecido por superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y á cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que se ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior.

En cuanto á la esclavitud como institución, ella alteró muy poco las condiciones económicas y morales de la naciente sociabilidad. El negro era simplemente un nuevo colono, que entraba á formar parte en cierto modo de la familia con que se identificaba, siendo tratado con suavidad y soportando un trabajo

instrumentos de trabajo y de las cosas esenciales á la vida, por medio de las expediciones que según las capitulaciones con los Adelantados conducían á los mismos pobladores. Por acaso, algunas de las naves destinadas á Las Molucas ó al Estrecho de Magallanes, arribaba al solitario puerto, y expendía en él parte de su cargamento pagando el «almoxarifazgo» (derechos de aduana) fundando la violación de la ley escrita en la ley natural.

En fuerza de la ley de la necesidad unas veces, por premiar servicios de conquistadores otras, ó por mero favor á determinadas personas, se empezaron á conceder un año antes de reedificado Buenos Aires (1579) algunas «permisiones de navíos de registro», ó sea buques sueltos, que con licencia expresa, pudieran ir hasta Cádiz ó Sevilla á comerciar con la costa del Brasil, entonces dependencia de la corona de España bajo el cetro férreo de Felipe II. Por esta vía pudieron los colonos proveerse de fierro, acero, ropas y azúcar, que era lo que más necesitaban, introduciéndose á la vez algunos negros esclavos con licencia especial. Este tráfico, más bien consentido por gracia ó tolerado por necesidad, que reconocido como derecho, tuvo su sanción legal en el año 1587 en que se reconoció la imposibilidad de que los habitantes del Río de la Plata acudieran al mercado de Potosí. Desde entonces, la corriente de importación se regularizó algún tanto, y no obstante disposiciones que mediaron en contrario, se mantuvo por el espacio de diez y seis años hasta el comienzo del siglo XVII (1586-1602). Empero, muy poco aprovecharon de estas limitadas franquicias los pobres pobladores del puerto de Buenos Aires, quienes sin salida para sus frutos, carecían como se ha visto de moneda, tenían que contentarse con recoger algunas migajas de este festín comercial, que beneficiaba principalmente á los mercaderes del Perú, los cuales no obstante las prohibiciones acudían á aquel mercado á comprar las mercaderías con oro y plata sonante.

Hemos dicho que esta corriente se mantuvo no obs-

tante disposiciones que mediaron en contrario. En efecto, en 1594 y 1595 recrudecieron las prohibiciones, ordenándose nuevamente que «si fuese posible» no entrase ni saliese nada ni nadie por el Río de la Plata. La corriente de la importación marítima, no se interrumpió, empero, del todo, porque como los rescriptos del rey lo preveían, la prohibición absoluta era imposible. Contribuyó á darle nueva actividad el «asiento» de negros (mercado de esclavos con privilegio) que por entonces se estableció en Buenos Aires (1595-1596). Aunque al asentista general y á los factores del asiento, les era prohibido comerciar ni aun con el sobrante de las ropas y víveres destinados á los negros «bajo pena de la vida», sin embargo, como tenían autorización para introducir hasta 600 negros en buques propios, bajo la protección del pabellón negrero pasaba el contrabando. Como además podían vender licencias sueltas, que se explotaban por segundas manos, con buques patentados por el asiento, el tráfico fué ensanchándose gradualmente, poniendo al Río de la Plata en contacto con la costa de Africa. Este establecimiento, á la vez que activó su comercio, introdujo un nuevo elemento étnico y social en el núcleo primitivo de la colonización argentina.

Tres razas concurrieron desde entonces al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea ó caucasiana como parte activa, la indígena ó americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión resultó ese tipo original en que la sangre europea ha prevalecido por superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y á cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que se ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior.

En cuanto á la esclavitud como institución, ella alteró muy poco las condiciones económicas y morales de la naciente sociabilidad. El negro era simplemente un nuevo colono, que entraba á formar parte en cierto modo de la familia con que se identificaba, siendo tratado con suavidad y soportando un trabajo

fácil, no más penoso que el de sus amos, en medio de una abundancia relativa que hacía grata la vida. A esto se debió el espontáneo movimiento abolicionista, que en el espacio de menos de dos siglos (1596-1776) produjo el resultado proporcional de 174 libertos por cada 100 esclavos, siendo la proporción de la población general de un hombre de color, por cada cinco blancos, según lo comprueba la estadística del Paraguay y Buenos Aires en aquella época.

Esto explica también por qué, cuando llegó el día de la insurrección de la Colonia, los antiguos libertos y los esclavos, tomaron las armas como hijos y hermanos de sus antiguos amos domésticos, se hicieron ciudadanos de la nueva democracia, formaron el núcleo de sus batallones veteranos, y derramaron generosamente su sangre al lado de ellos, sellando con ella el principio de la igualdad de razas y derechos, proclamado por la Revolución de la Independencia Argentina.

XII

El primer año del siglo XVII (1601) comenzó para la Colonia del Río de la Plata con una Real Cédula, reforzando las antiguas prohibiciones de todo comercio por el puerto de Buenos Aires, las cuales debían renovarse más tarde «bajo pena de ejemplar castigo.» Al mismo tiempo, se fundaba la primera escuela para enseñar á leer y escribir á sus niños, y su primer molino de viento para moler sus trigos. No obstante esto, sus progresos habían sido lentos en el espacio de veintidós años. En 1602 la población del puerto de Buenos Aires no pasaba de 500 vecinos, sin contar los indios repartidos y los negros esclavos, correspondiendo el aumento sobre los sesenta primitivos pobladores, á razón de un hombre de armas por año. Aunque la producción se había acrecentado por el procreo de los ganados, y la agricultura había hecho algunos progresos, según lo prueba la fundación de un molino, como los frutos del país no tenían salida, ni valor venal, su acción se limitaba á servir de mone-

da para las transacciones domésticas, y en el Paraguay el lienzo fabricado en la tierra y la yerba mate hacían el mismo oficio.

No por esto desmayaban en su fatigosa empresa los animosos pobladores de la ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de Buenos Aires, en cuyo blasón municipal, dado por su glorioso fundador, se ostentaba «una águila negra pintada al natural, con »su corona en la cabeza, con una cruz colorada san»grienta saliendo de la mano, y con cuatro hijos de»bajo demostrando que los cría.» Los aguiluchos habían crecido, y el instinto de su propia conservación los alentaba á la lucha y al trabajo, persiguiendo la tradición de abrir los «pueblos cerrados», como ellos decían.

Los pobladores nombraron procurador que los representase en la Corte á un sobrino ilustre de San Ignacio de Loyola, y apoyados por su gobernador Hernandarias de Saavedra, suplicaron y reclamaron de las prohibiciones, alcanzando al fin que el sistema colonial se dulcificase á su respecto. En atención á «la pobreza de la tierra, á lo poco que se aumentaba »su población por falta de todo lo más preciso para la »vida humana, y no tener con qué proveerse sus habi»tantes por estar prohibida la entrada y salida por »su puerto y los demás de toda su costa» el rey, más por conmiseración que por justicia, expidió en 1602 una cédula modificando las restricciones comerciales. Por esa cédula, manteniendo en todo su vigor el principio de que «no convenía que por las Provincias del »Río de la Plata se abriese puerto á la contratación »con España, ni con ninguna otra parte, y que la pro»hibición se guarde inviolablemente y que no entren »ni salgan personas sin expresa licencia del rey», se concede, empero, por merced, que los pobladores puedan por tiempo de seis años extraer de los frutos de su cosecha en buques propios y por su cuenta hasta 2.000 fanegas de harina, 500 quintales de cecina y 500 arrobas de sebo, y conducirlas al Brasil, Guinea y otras islas circunvecinas, pudiendo introducir de retor-

no «las cosas forzosas y necesarias.» Del beneficio de esta concesión, fué excluída la Provincia de Córdoba del Tucumán, no obstante la opinión en contrario de la Audiencia de Charcas, ordenándole por cédula posterior, que no se permitiera que de ninguna ciudad del interior, se llevase á Buenos Aires harina, cecina, ni bizcochos, ni otros bastimentos ó frutos, sino en caso de gran necesidad, y en la cantidad estrictamente precisa.

Expirando el término de la permisión, renováronse las súplicas y reclamaciones; y como la razón suprema de la necesidad subsistía siempre, hubo de prorrogarse y renovarse, por tres veces consecutivas, en 1608, en 1614 y 1618, extendiéndose á los cueros al pelo, no obstante la oposición del Perú empeñado en el mantenimiento de las prohibiciones.

La gracia estaba tasada con tanta mezquindad, que debiéndola gozar en común el Paraguay y Buenos Aires, en la distribución proporcional que se hizo de la carga, cupo á cada habitante un cuero y medio de vaca! Bien se alcanza que en proporción de tan pobre exportación debía ser el retorno, y que éste apenas bastaría á llenar las más premiosas necesidades de la vida. Tanto en el sentido de la exportación como de la importación, la gracia era insuficiente y precaria, y á veces ilusoria, por la condición impuesta de que, el doble tráfico debía verificarse en buques propios y no fletados, y por cuenta y riesgo de los vecinos, que no tenían más moneda permitida que los cueros y la yerba mate.

Para conciliar las imperiosas necesidades de los pobladores, con las tiránicas exigencias de las prohibiciones y la clausura del puerto, se determinó por la cédula de 1618, que pudiesen importar y exportar hasta 200 toneladas anuales, en dos buques que no excediese cada uno de 100 toneladas, con sólo 10 toneladas de tolerancia, pena de decomiso. Al mismo tiempo se autorizaba la introducción de «algunas» de las mercaderías de retorno al Tucumán y al Perú, pero con la precisa condición de que se estableciese

una aduana seca en Córdoba, que cobrara nuevo derecho de importación á razón de 50 por ciento, afocando los géneros á los precios del Perú, con el objeto de equilibrar los del forzado comercio por Panamá. De este modo las mercaderías introducidas por el puerto, además de pagar derechos de extracción en España, sufrir los quebrantos del cambio forzoso, volver á pagar derechos en Buenos Aires y cargar con los fletes marítimos y terrestres, tenían que abonar un 50 por ciento más á precios de aforo por Panamá, los cuales representaban el doble de su costo al llegar á Córdoba, ó sea un 300 á 400 por cieno de valor de fábrica. ¡Tan absurdo era el sistema del monopolio por Tierra Firme, tan natural y ventajosa la vía comercial obstruída por la ley, que á pesar de esto, las mercaderías introducidas por el Plata, soportaban el recargo, y podían competir ventajosamente con las de las flotas y galeones una vez puestas en Córdoba!

Esto indujo á la corte á restringir la merced á los términos más estrictos, dictando nuevas ordenanzas para el puerto, en que hacía depender las licencias del beneplácito especial del monarca, debiendo ser los buques de menor porte, no pudiendo la moneda de plata de Potosí llegar ni á veinte leguas antes de Córdoba, y abonar, además de los otros derechos, los correspondientes al almojarifazgo en Sevilla bajo las penas más severas.

En esta ocasión se levantó en España, una voz autorizada abogando por los derechos de Buenos Aires, declarando injustas las nuevas ordenanzas, imposible su ejecución, y sosteniendo ante el monarca su derecho natural, aun con violación de la ley escrita. Fué éste el famoso Antonio de León Pinelo, relator del Consejo de Indias y procurador nombrado por la ciudad de Buenos Aires al efecto. En un memorial que con tal motivo dirigió al rey le decía: «Años ha que »á Buenos Aires se hizo esta merced con alguna lar»gueza, que fué bastante para sustentar la tierra, sin »cometer excesos, los cuales fueron naciendo al paso »que la merced limitándose, que como la falta de lo

no «las cosas forzosas y necesarias.» Del beneficio de esta concesión, fué excluída la Provincia de Córdoba del Tucumán, no obstante la opinión en contrario de la Audiencia de Charcas, ordenándole por cédula posterior, que no se permitiera que de ninguna ciudad del interior, se llevase á Buenos Aires harina, cecina, ni bizcochos, ni otros bastimentos ó frutos, sino en caso de gran necesidad, y en la cantidad estrictamente precisa.

Expirando el término de la permisión, renováronse las súplicas y reclamaciones; y como la razón suprema de la necesidad subsistía siempre, hubo de prorrogarse y renovarse, por tres veces consecutivas, en 1608, en 1614 y 1618, extendiéndose á los cueros al pelo, no obstante la oposición del Perú empeñado en el mantenimiento de las prohibiciones.

La gracia estaba tasada con tanta mezquindad, que debiéndola gozar en común el Paraguay y Buenos Aires, en la distribución proporcional que se hizo de la carga, cupo á cada habitante un cuero y medio de vaca! Bien se alcanza que en proporción de tan pobre exportación debía ser el retorno, y que éste apenas bastaría á llenar las más premiosas necesidades de la vida. Tanto en el sentido de la exportación como de la importación, la gracia era insuficiente y precaria, y á veces ilusoria, por la condición impuesta de que, el doble tráfico debía verificarse en buques propios y no fletados, y por cuenta y riesgo de los vecinos, que no tenían más moneda permitida que los cueros y la yerba mate.

Para conciliar las imperiosas necesidades de los pobladores, con las tiránicas exigencias de las prohibiciones y la clausura del puerto, se determinó por la cédula de 1618, que pudiesen importar y exportar hasta 200 toneladas anuales, en dos buques que no excediese cada uno de 100 toneladas, con sólo 10 toneladas de tolerancia, pena de decomiso. Al mismo tiempo se autorizaba la introducción de «algunas» de las mercaderías de retorno al Tucumán y al Perú, pero con la precisa condición de que se estableciese

una aduana seca en Córdoba, que cobrara nuevo derecho de importación á razón de 50 por ciento, afocando los géneros á los precios del Perú, con el objeto de equilibrar los del forzado comercio por Panamá. De este modo las mercaderías introducidas por el puerto, además de pagar derechos de extracción en España, sufrir los quebrantos del cambio forzoso, volver á pagar derechos en Buenos Aires y cargar con los fletes marítimos y terrestres, tenían que abonar un 50 por ciento más á precios de aforo por Panamá, los cuales representaban el doble de su costo al llegar á Córdoba, ó sea un 300 á 400 por cieno de valor de fábrica. ¡Tan absurdo era el sistema del monopolio por Tierra Firme, tan natural y ventajosa la vía comercial obstruída por la ley, que á pesar de esto, las mercaderías introducidas por el Plata, soportaban el recargo, y podían competir ventajosamente con las de las flotas y galeones una vez puestas en Córdoba!

Esto indujo á la corte á restringir la merced á los términos más estrictos, dictando nuevas ordenanzas para el puerto, en que hacía depender las licencias del beneplácito especial del monarca, debiendo ser los buques de menor porte, no pudiendo la moneda de plata de Potosí llegar ni á veinte leguas antes de Córdoba, y abonar, además de los otros derechos, los correspondientes al almojarifazgo en Sevilla bajo las penas más severas.

En esta ocasión se levantó en España, una voz autorizada abogando por los derechos de Buenos Aires, declarando injustas las nuevas ordenanzas, imposible su ejecución, y sosteniendo ante el monarca su derecho natural, aun con violación de la ley escrita. Fué éste el famoso Antonio de León Pinelo, relator del Consejo de Indias y procurador nombrado por la ciudad de Buenos Aires al efecto. En un memorial que con tal motivo dirigió al rey le decía: «Años ha que »á Buenos Aires se hizo esta merced con alguna lar»gueza, que fué bastante para sustentar la tierra, sin »cometer excesos, los cuales fueron naciendo al paso »que la merced limitándose, que como la falta de lo

»necesario suele compeler á lo ilícito («Cap. licet. de »servis») nunca está más mejorado aquel puerto que »cuando se le concede lo que no excusa, y faltándole, »como «necesitas caret leges», carecen de ley y de »orden las cosas de Buenos Aires, cometiéndose algu»nos excesos, que requieren más el remedio que la »pena... y no habiendo permisión habrá de ser sin »ella.» Y refiriéndose á la injusticia de la ley escrita y á la prohibición de la moneda, agregaba con firmeza: «Es rigor obligar á unas Provincias á que por be»neficio de otras compren más caro lo que han me»nester; que se prohiba el comercio por allí á efecto »de lo que tenga por Portobelo, que está mil doscientas »leguas, por el beneficio de los mercaderes de Sevi»lla. Mándanse cosas que no se pueden ejecutar, por»que las leyes han de ser conformes á la naturaleza, »sitio y naturaleza de la tierra, y la de aquélla no »está bien entendida, por haber sido mal explicada »en lo que ha de consistir la conservación. Pudiera »representar los inconvenientes é imposibles que ha »de tener la ejecución de las nuevas ordenanzas que el »año pasado (1622) se enviaron para aquel puerto y »para la ciudad de Córdoba, donde se mandó formar »una aduana; por lo cual no sólo se prohibe comer»cio de Buenos Aires con Tucumán, siendo tan justo »y necesario como se ha tocado, sino que se imposibi»lita el tener los vecinos de aquellas dos gobernacio»nes, lo que el derecho de las gentes introdujo, que »es la moneda.»

En condiciones tan violentas, el contrabando tenía necesariamente que corregir tamaños errores y tantas injusticias, reivindicando el legítimo derecho de vivir; y así fué como empezaron á difundirse las sanas ideas del buen gobierno, á formarse ese espíritu de resistencia y á establecerse por su vía natural la corriente comercial que debía engrandecer al Río de la Plata, preparando la insurrección económica.

Tal era el estado del Río de la Plata al tiempo de dividirse en dos provincias en 1617, y su situación económica en 1623.

XIII

Un año antes de la división de la Provincia del Río de la Plata, descubró (1516) Guillermo Schouten el Estrecho de Lemaire y el paso del Cabo de Hornos. Este acontecimiento memorable, destinado á operar una revolución comercial, abrió á la navegación de todas las naciones el cerrado mar del sur, que hasta entonces era una especie de lago, sobre el cual la España se consideraba con derecho exclusivo, pretendiendo atravesar cadenas en el Estrecho de Magallanes, pasaje que por otra parte era apenas frecuentado por sus dificultades y peligros para la navegación á vela. La Europa soportaba impaciente la arrogante pretensión de la España de que, en ambos mares «el viento sólo había de soplar sobre sus velas, y sus aguas humedecer no más que sus quillas.» La Holanda sublevada en Europa contra la dominación de la España, fué la primera en enarbolar la bandera de la libertad de los mares, cuya doctrina formuló Hugo Grocio en páginas inmortales. Tras las huellas de Schouten se lanzaron las invencibles urcas holandesas, coronadas de cañones, tripuladas por marinos resueltos, cargadas de armas y mercaderías, y dominaron ambos mares. En menos de trece años (1623-1636) botó á la mar más de 800 naves haciendo arriar su pabellón á cerca de 550 buques españoles cargados de oro y plata. En 1630 se apoderó del Brasil desde Bahía hasta el Amazonas, estableciéndose así á pocos días de navegación del Río de la Plata.

En 1640 el Portugal recobró su autonomía sacudiendo el yugo de la España, y poco después recobraba sus colonias del Brasil, expulsando á los holandeses y abríase en ellas un vasto mercado, destinado principalmente á surtir á Buenos Aires por el contrabando.

Así se inició la gran revolución comercial, de que los vecinos de Buenos Aires fueron obscuros promotores, á que el descubrimiento del pasaje del Cabo

de Hornos dió más ancho campo de acción, y que el Portugal á la par de las marinas de las demás naciones de Europa debían completar, lanzando el comercio por sus caminos naturales. El comercio de flotas y galeones por Panamá podría existir legalmente un siglo más; pero desde ese día quedó herido de muerte. La Inglaterra, los filibusteros de Las Antillas, los corsarios franceses de Saint-Malo, debían darle el último golpe, al mismo tiempo que el emporio del Río de la Plata se levantaría triunfante del antiguo monopolio, redimiendo á una parte de la América meridional de su cautiverio comercial.

Los portugueses nuevamente dueños del Brasil, continuaron el avance sobre las fronteras, unas veces en paz y otras en guerra, hasta situarse río de por medio frente á Buenos Aires en la Colonia del Sacramento á distancia de diez leguas. Allí levantaron una fortificación, que fué por el espacio de más de un siglo la ciudadela del contrabando organizado.

Al mismo tiempo, otras naciones comerciales de la Europa acudían al gran estuario antes desierto, y proveían á la Colonia á cambio de cueros, recogiendo los ópimos frutos que la España en su ceguedad se negaba á sí misma, negando lo que por derecho natural debía á sus vasallos. En 1660, varios cargamentos holandeses fueron públicamente despachados por la aduana de Buenos Aires, y uno solo de ellos realizó en cambio un valor de tres millones de pesos fuertes, lo que levantó el crédito del nuevo mercado. Mercado se llamaba el gobernador de Buenos Aires entonces, y aunque severamente reprendido por esta transgresión escandalosa de la política colonial, puede decirse que fué la mano de la misma autoridad la que derribó las puertas del monopolio en el Plata, abriéndolas de par en par al ilícito y necesario comercio del mundo. Así se cumplía la predicción de León Pinelo cuarenta años antes: «que la necesidad no tiene ley, »y que á falta de licencia los colonos se habían de »pasar de ella, porque tenían derecho á vestirse, á »alimentarse, á existir!»

Los portugueses, que al principio habían elegido la pequeña isla de San Gabriel frente á la Colonia del Sacramento, como centro de sus operaciones, á donde acudían los pobladores de Buenos Aires á proveerse por medio del contrabando, se fijaron definitivamente en la misma colonia, poniendo sus navíos bajo el amparo de los cañones. El punto en que se asentaba el nuevo establecimiento, correspondía al territorio de la banda oriental del Río de la Plata, encerrado entre el Uruguay y el Cabo de Santa María en la embocadura del estatuario, y aunque perteneciente por derecho á los dominios de España, era una continuación de el del Brasil, con el cual lindaba inmediatamente. Apenas ocupado por los colonos españoles en uno que otro punto del litoral del Uruguay, los ganados habíanse multiplicado en sus feraces campos, los cuales eran considerados como una servidumbre de los vecinos de Buenos Aires.

Así que tuvo conocimiento de esta población el gobernador de Buenos Aires, que lo era entonces don José de Garro, llamado el «Santo» y que era un hombre justo y animoso, púsose á la cabeza de 260 hombres de armas y gran número de indios misioneros, con los cuales tomó por asalto la fortaleza (7 de agosto de 1680), quedando prisionera de guerra toda la guarnición portuguesa. Esta fué la primera hazaña militar de los argentinos, como lo dice un historiador nacional.

La España decadente bajo el reinado del decrépito Carlos II, que gozaba perezosamente de la estéril paz á tanta costa alcanzada en Nimega, ilógica como siempre, reprobó la hazaña de sus colonos, que aseguraba su política de monopolio, y mandó devolver la plaza desmantelada á los portugueses. Desde entonces, el contrabando constituyó el verdadero comercio, y sus operaciones se efectuaron con la regularidad de un acto lícito al amparo del interés común. Los mercaderes del puerto, tenían agentes para el efecto en Río de Janeiro y en Lisboa, y hasta en Sevilla, y recibían con seguridad sus cargamentos, desembarcán-

dolos ya en las costas inmediatas á la ciudad, ya procurándolas al costado de los buques en embarcaciones construídas á propósito. La autoridad era impotente para contener ese tráfico y tuvo que tolerarlo ó consentirlo, como un hecho ó como una necesidad.

La guerra de sucesión que estalló á principios del siglo XVIII (1701), indujo á Felipe V á ceder la Colonia del Sacramento, á trueque de una alianza con el Portugal. Embanderado más tarde éste (1704) entre los enemigos del nieto de Luis XIV, que había suprimido los Pirineos, el virrey de Lima, comprendiendo mejor que la metrópoli sus intereses, mandó al gobernador de Buenos Aires apoderarse á todo trance de la plaza. Este cumplió la orden con las milicias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, reunidas á 4.000 indios misioneros, y obligó á la guarnición á evacuar la plaza por agua. A la terminación de la guerra de sucesión, que duró cerca de trece años, la Colonia del Sacramento fué nuevamente cedida por el tratado de Utrecht (1713) á los portugueses, quienes la volvieron á ocupar en 1716. La bandera vencedora del contrabando flameó desde entonces en las aguas de la colonia, y á su sombra continuó el tráfico en más vasta escala que antes.

Durante la guerra de sucesión, las expediciones de las flotas y galeones á Tierra Firme, se interrumpieron de hecho, y durante trece años las ferias de Portobelo permanecieron desiertas, sin que se divisara una vela española en los mares americanos. En este interregno, los franceses, aunque aliados de la España, se encargaron de proveer las colonias, cambiando en el Río de la Plata cueros por negros que traían de Africa, y corrompiendo á sus gobernadores, cuya complacencia compraban á precio de oro.

A la terminación de la guerra, los ingleses, á título de aliados, obtuvieron por el tratado de Utrecht la concesión de concurrir á las ferias de Portobelo que ya la España no podía alimentar con sus productos. De este beneficio participaron muy luego de hecho los holandeses y las demás naciones manufactureras de

Europa. Así, llegó un día en que de las once partes del valor total del comercio por esa vía, diez correspondieron á los extranjeros, que hacían el contrabando en complicidad con los mercaderes españoles y con la tácita autorización del gobierno de la metrópoli. A esto quedó reducido el comercio por Panamá.

La Inglaterra obtuvo por el tratado de Utrecht otra concesión, y fué establecer asientos de negros en las posesiones españolas de la América. Uno de esos asientos se estableció en Buenos Aires, y á la sombra de él se abrió una nueva vía al contrabando organizado, con sus reales, sus privilegios y sus depósitos, dentro del mismo puerto, que todavía la España se empeñaba en mantener cerrado. Las guerras que sobrevinieron poco después entre Inglaterra y España, ensancharon y consolidaron este comercio ilícito.

Siendo los derechos que se cobraban en Portugal más bajos que en España, y los costos menores, las mercaderías de esta procedencia, abastecían con ventaja no sólo á las provincias del Río de la Plata, sino también á Córdoba del Tucumán, Cuyo, Chile y el Alto Perú, llevándolas hasta Lima. Así, mientras la España surtía sus vastos dominios en América, compuestos de ochenta provincias y cincuenta ciudades, con el cargamento de seis ú ocho embarcaciones, enviando al Río de la Plata una expedición cada cuatro años, los portugueses con sólo cinco ciudades en el Brasil, despachaban de 105 á 120 buques cargados cada año.

Los ingleses á su vez, convirtiendo los asientos de negros en factorías, abusaron de la licencia de introducir géneros para vestir á los esclavos, alimentándolo con ellos el comercio clandestino, al amparo de sus inmunidades. Al mismo tiempo, sus audaces contrabandistas expendían sus cargamentos bajo la protección de sus cañones, llevando algunos de sus buques por retorno más de dos millones de pesos fuertes á los puertos de la Gran Bretaña.

El sistema del monopolio colonial entraba en el período de su descomposición. Pocos años más, y la úl-

tima flota de galeones llegaría á Tierra Firme, levantándose Buenos Aires en el extremo opuesto como un nuevo emporio.

XIV

Al cumplirse un siglo de la división de las dos gobernaciones del Río de la Plata (1717), fué nombrado gobernador de Buenos Aires D. Bruno Mauricio Zabala. Era el hombre destinado á poner orden en las cosas de la colonia, si el desorden no hubiese residido en las cosas mismas. Vizcaíno como Irala y Garay, guerrero de nota y de buena escuela, administrador probo, magistrado firme y justiciero, estaba animado de un verdadero celo por el bienestar del país, que procuraba conciliar con los derechos de la corona.

En medio de las empresas y trabajos útiles que Zabala llevó á buen término, tocóle presidir un período de descomposición y agitación, en que los intereses á la par de las pasiones condensadas, intervinieron con una perseverancia y una violencia cual nunca se habían manifestado antes. A los pocos años de estar en posesión del gobierno (1721), estallaron grandes disturbios en la provincia del Paraguay, que por orden del virrey del Perú le fué encomendada, reuniéndose así en sus manos la dirección de ambas gobernaciones del Río de la Plata.

El Paraguay, después de constituído en provincia separada, había continuado agitándose, presa del antagonismo del antiguo espíritu municipal de sus fundadores, combinado con los intereses sórdidos de los encomenderos de indios, en pugna con el sistema de las misiones jesuíticas, cuya tendencia era aislar la influencia española, para hacer prevalecer el elemento indígena semibárbaro, subordinado á un gobierno eclesiástico. Lo que propiamente se llamaba en aquella época el Paraguay, era hostil al jesuitismo y sus Misiones, como que éstas no eran sino un obstáculo puesto al desarrollo lógico de la conquista y de la civilización europea, con todas sus consecuencias. Las

ruidosas controversias entre el famoso obispo del Paraguay Fr. Bernardino Cárdenas, pusieron de manifiesto este antagonismo que fermentaba latente. El obispo se declaró contra los jesuítas, y el pueblo en masa se declaró en favor del obispo. La cuestión no era del episcopado contra el apostolado, sino del elemento europeo y del espíritu municipal formado por el desarrollo de la conquista, contra el proselitismo que acaudillaba el elemento indígena, organizado y armado en forma de reducciones de salvajes, sometidos á un régimen teocrático, que entrañaba la barbarie, sin llevar ningún principio fecundante en su seno. Con todas sus insanias y sus extravíos, el pueblo adoptó por su caudillo al obispo Cárdenas. La conmoción profunda que esto produjo, se extendió hasta Corrientes, y amenazaba invadir el resto de la gobernación de Buenos Aires hasta Santa Fe. El resultado fué, que el gobernador del Paraguay, depuesto por el pueblo, fuese repuesto por fuerza de armas, bajo los auspicios de los padres de la Compañía de Jesús, al frente de sus bandas de catecúmenos armados. Esta fué la segunda gran derrota que experimentó el elemento civilizador del Paraguay, en lucha con la semibarbarie indígena, organizada y armada por los jesuítas, bajo la apariencia de una semicivilización artificial.

Durante el gobierno de Zavala, el odio concentrado, pero no domado, del Paraguay contra los jesuítas, estalló como un volcán, iluminando con fuegos siniestros los horizontes de la futura democracia del Río de la Plata. Con motivo de las contestaciones entre el gobernador del Paraguay nombrado por el rey, y el Cabildo de la Asunción que invocaba los antiguos fueros municipales de los fundadores de la colonia, entró á figurar en la escena de la historia el famoso Antequera, fundador del partido de los «Comuneros del Paraguay», que enarbolando el pendón de Padilla caído en Villalar, proclamaron á voz en cuello, que «la autoridad del pueblo era superior á la del rey.» Con esta bandera y este credo, el Paraguay se levantó

como un hombre, más que en defensa de sus fueros, en contra de los jesuítas. Con esta bandera y este programa se dieron batallas, se hizo una verdadera revolución, siendo el resultado, que los jesuítas volvieron á reponer al gobernador del rey, haciendo prevalecer la influencia absoluta de su orden, y la fuerza bruta de los indígenas por ellos disciplinada. Los Comuneros perecieron unos en un cadalso, los otros expiaron sus crímenes de lesa majestad en las prisiones ó se salvaron en el destierro, mártires de una causa del porvenir, de que no tenían verdaderamente conciencia, no obstante su osadía y sus proféticos postulados. La causa comunal recibió el último golpe, aboliendo Zavala el privilegio de los primitivos colonizadores del Río de la Plata, que conservaba el Paraguay como fuero municipal, de nombrar por elección popular sus gobernadores en caso de acefalía, con arreglo á la célebre cédula de Carlos V de 1537, de que ya se ha hecho mención antes.

Con la autoridad moral que le daba este triunfo, á la par de su carácter recto y severo, emprendió Zavala la fundación de la ciudad de Montevideo en 1726, después de haber expulsado del terreno á los portugueses, que intentaban fortificarse en él, lo mismo que antes en la Colonia del Sacramento. El objeto del gobernador era simplemente contener la invasión del contrabando por esa parte, debiendo á esto su origen esta colonia filial de Buenos Aires, que debía ser con el tiempo el segundo emporio del Plata.

Animado de igual celo, prendió á los factores del asiento inglés de Buenos Aires, embargando sus propiedades, en previsión de las hostilidades que los ingleses intentaban contra España, y que después de una guerra de corta duración, debía reponer las cosas al estado anterior, con más desafuero aún que al principio.

Empeñado con la porfía de un vizcaíno, en extirpar el contrabando, Zavala embargó más de 200.000 cueros en la época de su gobierno, decomisó en una sola ocasión como 8.000 marcos de plata piña salidos de

Potosí, impuso castigos, redobló su actividad y vigilancia; todo fué en vano. Las mercaderías del contrabando, transportadas por naves inglesas y portuguesas, ó almacenadas en la Colonia del Sacramento, continuaron surtiendo á Chile y al Perú; la plata de Potosí, continuó afluyendo al puerto del Plata y saliendo al extranjero por canales ocultos, y el espíritu de resistencia contra las malas leyes económicas se vigorizó cada día más y más. Así decía por ese tiempo el virrey del Perú: «Es Buenos Aires ruina de los dos »comercios, la puerta por donde se huye hoy la rique»za, y la ventana por donde se arroja al Perú.» Era que el contrabando, protesta en acción contra un absurdo monopolio, se había convertido en una función normal, como la circulación de la sangre vital, que tenía por agentes á la mitad de la América Meridional, mancomunada por el interés recíproco.

XV

Concurrieron á esto muchas causas más ó menos mediatas ó inmediatas, todas las cuales venían á converger al puerto de Buenos Aires.

El sistema del monopolio colonial por medio de las flotas y galeones de Tierra Firme, sólo pudo ser concebido por la demencia de un poder absoluto, y soportado por la inercia de un pueblo esclavizado. La ruina de la marina y de las fábricas españolas, la miseria consiguiente de la metrópoli y sus colonias, las guerras insensatas con holandeses, ingleses y portugueses, el ensanche que con tal motivo tomó la marina y la colonización francesas en las Antillas, y sobre todo, el contrabando, que era una necesidad de vida para los americanos, acabaron por destruir totalmente el comercio que se efectuaba por la vía del Istmo de Panamá. Desde el primer año del siglo XVII había cesado de hecho el sistema de flotas y galeones á Tierra Firme. La última feria de Portobelo que recuerda la historia, se verificó el año de 1737.

Cuando la España, aleccionada por la experiencia,

quiso reaccionar contra su ruinoso sistema, ya era tarde: estaba irremisiblemente perdida como metrópoli, y la América para ella como colonia. Ni el vínculo de la fuerza eficiente, ni el del amor, ni el de interés siquiera, ligaba á los hijos desheredados á la madre patria. Desde entonces la separación fué un hecho, y la independencia de las colonias americanas, una simple cuestión de tiempo y de oportunidad.

El descubrimiento del Estrecho de Magallanes primero, la fundación de Buenos Aires después, y la nueva ruta señalada por el Cabo de Hornos últimamente, al lanzar la navegación y el comercio por nuevos caminos, y abrir dos grandes puertas en ambos mares á la extremidad opuesta, por donde podía comunicarse con más facilidad y baratura con más de la mitad de la América del Sur, hicieron materialmente imposible el monopolio por el Istmo. Buenos Aires, á menos distancia de la Europa respectivamente, y en inmediato contacto terrestre con los países á que esta revolución natural debía favorecer, se hizo gradualmente el centro del nuevo movimiento, y empezó á ser el verdadero mercado americano. Chile, interesado en la navegación directa y las relaciones terrestres con Buenos Aires; el Paraguay, que á su vez recogía los beneficios de este último tráfico según se verá después; el Alto Perú, que encontraba mayores ventajas en surtirse por Buenos Aires y traer allí su plata, llevando en cambio las mercaderías que necesitaba; la provincia de Córdoba del Tucumán, que veía en Buenos Aires su puerto natural; todos aspiraban á emanciparse del predominio enervante de Lima, y hacían causa común con los habitantes del Río de la Plata, para quienes el comercio directo era una condición de vida. Así decía el virrey del Perú: «El comercio de este reino, »aunque se agotaba con sus ferias, se volvía á llenar »con sus expendios, siendo Lima la única mano por »donde daba á Portobelo sus millones, y los volvía »á recibir de Potosí, y de las demás minas, hasta que »abierta por la codicia «la puerta del Océano», se co»menzaron á salir por ella.»

Chile, á la vez que empezaba á gozar por el contrabando de los beneficios del comercio directo por el Cabo de Hornos, encontraba su conveniencia en el tráfico por la cordillera con el Río de la Plata, á donde enviaba su oro y sus vinos (y más tarde sus cobres); en cambio de mercaderías, recibía además de retorno la yerba del Paraguay por esa vía, á cuyo efecto se declaró puerto preciso el de Santa Fe. El Alto Perú acudía al mercado del Plata con sus pastas preciosas, y llevaba en cambio mercaderías y mulas, desligándose casi enteramente del de Lima. La provincia de Córdoba del Tucumán, se identificaba cada vez más con Buenos Aires, y éste exportaba con ventaja sus frutos, que la ganadería había multiplicado prodigiosamente, provocando la demanda y determinando la oferta.

Este núcleo de intereses legítimos, minaba por su base el poder colonial fundado en intereses sórdidos, presagiando la futura alianza con Chile, establecía corrientes simpáticas con el Alto Perú, que más tarde se convertirían en relaciones políticas y militares, y condensaba los elementos que debían componer en lo futuro la nacionalidad argentina, consolidando por lo pronto un mercado, que algún día había de encontrar para independizarse, el apoyo de las naciones comerciales, con las cuales iniciaba sus relaciones amistosas por medio del contrabando.

Así, pues, el contrabando era una función normal del organismo económico, un hecho superior al poder del rey de España y de sus autoridades subalternas en América, y en la lucha de intereses vitales, la ley natural tenía necesariamente que prevalecer, como en efecto sucedió.

XVI

Con el advenimiento de la casa de Borbón al trono de las Españas, nuevas ideas económicas penetraron á los consejos de su gobierno, duramente aleccionado por la experiencia.

Extinguido el comercio de flotas y galeones por Pa-

namá, la España adoptó el sistema de navíos de registro, con licencias especiales, después de trasladar la contratación de Sevilla al puerto de Cádiz, que sin duda ofrecía mayores facilidades para el tráfico interoceánico. El derecho de comerciar con América, que hasta entonces había sido exclusivo de los castellanos, se hizo extensivo á todos los españoles. Pero los mercaderes peninsulares, creyéndose como antes en posesión de la exclusiva, siguieron el viejo sistema de escasear las mercaderías y retardar los envíos, para elevar los precios, de manera que en realidad dejaban libre el campo al contrabando lo mismo que antes. Así, los navíos españoles de registro que doblaban el Cabo de Hornos ó arribaban al Río de la Plata, encontraban los mercados coloniales abarrotados de mercaderías extranjeras, las cuales activaban el comercio interior del Paraguay, Tucumán, Chile, Alto Perú y hasta del Perú mismo en su centro principal, que era el Callao, con ventaja de los países que se constituían en agentes de eso tráfico.

Tres grandes estadistas se sucedieron por estos tiempos en el gobierno de España, después del ministerio histórico de Alberoni, que inició el movimiento reformador: Patiño, bajo Felipe V, el marqués de la Ensenada bajo Fernando VI, y Gálvez bajo Carlos III. Bajo sus inspiraciones, el sistema colonial fué radicalmente reformado, si bien no se abolió del todo el monopolio de la madre patria, pues, como lo observa un historiador del comercio universal (Scherer), «el espíritu de la época no lo permitía.»

Patiño, apellidado el «Colbert de España», simplificó el sistema aduanero. Substituyó el «palmeo», ó sea el cobro de derechos por la capacidad medida en palmos cúbicos que ocupaban las mercaderías, aboliendo el complicado proceder del tonelaje, á la vez que redujo todas las contribuciones marítimas (avería, San Tolmo, señorío, tonelada, almirantazgo, millones, etc.) á un veinte por ciento de derecho específico, á más del derecho del palmeo, que era de cinco reales vellón por palmo.

Ensenada abolió las licencias especiales, rompiendo con la vieja rutina que tasaba el consumo, renunciando á la tutela que hasta entonces se había atribuído al soberano, consiguiendo luchar hasta cierto punto con el contrabando.

Ultimamente, bajo Carlos III, rompiendo con la tradición del privilegio exclusivo de Sevilla trasladado á Cádiz, se estableció una línea de avisos entre la Coruña y el Río de la Plata, autorizando á los comerciantes á ocupar la mitad del cargamento con mercaderías españolas y tomar de retorno una cantidad igual de frutos del país. Esta medida fué precursora de la célebre ordenanza, que derribando las barreras artificiales, autorizó á los doce puertos principales de España (con excepción de los de Vizcaya) á comerciar directamente con las colonias americanas.

Estas reformas sucesivas, cuyo complemento debía levantar á su apogeo el mercado de Buenos Aires, lo fueron colocando gradualmente en las condiciones de un verdadero emporio, categoría á que le daban derecho su situación geográfica y los intereses continentales que con él se ligaban. Desde 1748 á 1753 se exportó por el puerto de Buenos Aires por valor de 1.620.752 pesos fuertes ,estando representada la producción del país por 150.000 cueros al pelo, y lo demás en oro y plata de Chile y del Perú. Desde 1754 á 1764 (víspera de la gran reforma) el valor de los metales preciosos ascendió á 35.811.519 pesos fuertes, figurando el oro por más de 10 millones y la plata por cerca de 25 millones. De 1748 á 1753, la exportación de Chile y el Perú por esta vía, ascendió en el quinquenio á 5.967.151 pesos fuertes, representados en pastas preciosas ó monedas de oro y plata, y el resto en cacao, quina, lana de vicuña, cobre y estaño, correspondiendo como la mitad al rey y la otra mitad á especuladores particulares.

A pesar de todo, el contrabando continuó luchando con éxito, obteniendo sobre el comercio permitido, utilidades que alcanzaban á un 64 por ciento.

XVII

Durante más de medio siglo, toda la atención de la España en el Río de la Plata, se concentró sobre dos puntos: el contrabando y la cuestión de límites con el Portugal por la parte del Brasil. Estas dos cuestiones, se reducían á una sola: el antagonismo de ambas naciones. La Colonia del Sacramento, fué tomada, arrasada, devuelta y reedificada varias veces, sin dejar por esto de ser el foco del contrabando. Sus límites fueron sucesivamente adelantados por una y otra parte, fijados por tratados ó treguas pasajeras, volviendo una y otra á empuñar las armas en Europa y América para dirimir sus cuestiones, sucediendo á veces que las hostilidades continuaban en un hemisferio, cuando la paz estaba ajustada en el otro.

El tratado de 1750, producto de un acuerdo entre las familias reinantes de España y Portugal, pareció poner en paz á los contendientes, aunque sin resolverse sus cuestiones. La España reconoció implícitamente por él á los portugueses derechos de soberanía sobre la Colonia del Sacramento en el hecho de aceptarla por vía de cesión, dando en cambio los siete pueblos de Misiones situados á la margen izquierda del Uruguay, cuya entrega resistieron con más previsión que el monarca los Padres de la Compañía de Jesús. A la anulación de ese tratado por el convenio de 1761 (que no debe confundirse con el llamado «pacto de familia» del mismo año), se siguió muy luego el estado de guerra declarada. Fué entonces que hizo su aparición en la historia argentina el famoso D. Pedro Zeballos, de quien se ha dicho que fué la última llamarada de la grandeza española en América. El fué quien rindió la Colonia por capitulación y reconquistó el Río Grande, invocando la letra del antiguo tratado de Tordesillas. La paz, llamada de París, en 1763, devolvió la Colonia á los portugueses otra vez.

La guerra volvió á estallar en 1776, y entonces la

España se decidió á hacer un esfuerzo supremo, para dirimir definitivamente sus cuestiones pendientes en el Río de la Plata.

Con tal objeto se erigió el Virreinato del Río de la Plata que se formó de las tres gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay y Córdoba del Tucumán, á que se agregaron las provincias del Alto Perú y Cuyo, cuya constitución geográfica y antecedentes hemos bosquejado ya.

Don Pedro Zeballos fué colocado á su frente, en calidad de virrey y general en jefe de la gran expedición de 9.000 hombres salida de la Península, que debía fijar sus límites con la espada del vencedor.

La gran empresa de Zeballos fué coronada por la victoria. La Colonia, rendida á discreción, vió volar sus murallas, cayendo así para siempre la ciudadela donde había flotado por cerca de un siglo la bandera triunfante del contrabando. La guerra terminó por el tratado de 1777, llamado de San Ildefonso.

Resuelta así la cuestión de límites y del contrabando, por la espada y por la diplomacia, Zeballos contrajo su atención á colocar el comercio del Río de la Plata en sus condiciones normales. Hasta entonces, la España había dado por motivo para no extender todas las franquicias comerciales al Río de la Plata, la permanencia de los portugueses en la Colonia, siendo así, que era el sistema prohibitivo el que daba razón de ser al comercio ilícito. Removido este incomveniente, Zeballos por sí, y á petición del Cabildo de Buenos Aires, dictó un auto inmortal declarando libre el comercio del Río de la Plata con la Península y las demás colonias, abriendo sus puertos á las naves mercantes españolas, y permitiendo la franca introducción de mercaderías ultramarinas á Chile y al Perú. Como un río detenido al que se rompen repentinamente los diques, el comercio se precipitó como raudal que busca su nivel, derramando á su paso la riqueza y la abundancia. Este auto memorable, aprobado y ampliado por la Corte, precedió al famoso reglamento del «Comercio libre» que la metrópoli dictó

para sus colonias en el año siguiente, incluyendo en él sin restricciones al Virreinato del Río de la Plata.

La guerra que en el año siguente (1779) estalló entre Inglaterra y España, con motivo de la revolución de los norteamericanos apoyada por la última, coincidiendo con la gran sublevación de los indios del Perú, neutralizó por el momento los saludables efectos de esta reforma trascendental. La estagnación de frutos y caudales con tal motivo, á la vez que la consiguiente carencia de mercaderías, obligó á la Corte á otorgar una nueva franquicia, permitiendo el comercio del Río de la Plata por la vía del Brasil, bajo pabellón neutral, de acuerdo con la Corte de Lisboa. La paz de Versalles en 1783, en que quedó reconocida por la Inglaterra la independencia de los Estados Unidos de América bajo los auspicios de la España, á la vez que restableció las corrientes del comercio, proclamó ante el mundo el derecho que tenían las colonias americanas á insurreccionarse, emanciparse de la madre patria y constituirse en naciones independientes y libres.

Aquí empiezan los grandes días del apogeo comercial para el Río de la Plata. Buenos Aires, cabeza de línea respecto de la metrópoli, se convertía en el gran mercado de una parte de la América Meridional, al mismo tiempo que Sevilla, la antigua reina de las Indias, se convertía en un puerto enfangado y en una ciudad abandonada por el movimiento comercial. Emancipado de la servidumbre de Lima (aunque no rescatado del todo del monopolio de los comerciantes de Cádiz), el Alto y Bajo Perú, Chile, el Paraguay y las provincias del interior, le enviaban sus ricos productos, que exportaba á la par de los suyos, introduciéndose á su vez por la misma puerta los cargamentos que llegaban de Cádiz, Barcelona, Málaga, Santander, Vigo, Gijón, San Lúcar, la Habana, Lima, Guayaquil y Guinea, á la par que el asiento de negros de los ingleses contribuía por su parte á alimentar esa doble corriente.

En 1791 se amplió el comercio con la costa de Africa, estableciéndose el comercio directo, limitado hasta entonces á la trata de negros. En 1792, los productores ganaderos pidieron completa libertad de salida para sus frutos, y en el año siguiente fué concedida por cédula firmada por el ministro Gardoqui.

Durante los años de 1792 á 1795, llegaron al puerto de Buenos Aires 53 buques de la Península y salieron 47, recibiéndose y despachándose además varios cargamentos que hacían el tráfico de la Habana, de Guayaquil y del Callao. El valor de las importaciones y exportaciones ascendió en ese período á 7.879.968 pesos fuertes, sin computar el de los productos de la compañía de las pescas, que elevaban la cifra á más de de ocho millones, quedando á favor del comercio local más de un tercio de su totalidad. A la vez, el comercio interior era activísimo: Mendoza expendía en el mercado central más de siete mil trescientos barriles de vino por año; San Juan más de tres mil barriles de aguardiente; Tucumán gran cantidad de sus cueros curtidos y sus tejidos, el Paraguay su yerba, su tabaco y maderas, vendiéndose más de sesenta mil mulas con destino al Perú. El solo comercio del Paraguay con Buenos Aires, ascendía á 327.000 pesos fuertes contra 155.000 de retorno (siempre al año). De los productos del Paraguay, Chile consumía anualmente ciento cincuenta mil arrobas de yerba mate, recibiéndose en cambio oro y cobre, que activaba la circulación.

La exportación del país estaba representada por productos del reino animal, principalmente; cueros al pelo, de toro, de caballos y curtidos, que tenían una demanda universal; lanas de carnero, que empezaban á ser apreciadas en Europa por su largura, y carne salada (tasajo), preparada por un nuevo proceder recién introducido en el país, además de otros productos de menos importancia, como el sebo, las plumas y peleterías, cuyo valor reunido ascendió en el mencionado quinquenio á cerca de cinco millones.

La población de sólo la Provincia de Buenos Aires

(incluso la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe) que era sólo de poco más de 37.000 almas antes del comercio libre, se había casi más que triplicado en el espacio de 22 años, alcanzando al finalizar el siglo XVIII la cifra de 170.000 almas, según Azara.

Así se enriquecía, se poblaba, se regeneraba y se educaba por el manejo de los propios negocios y por su contacto con el mundo, este núcleo robusto de una nación futura, al cual algunos han llamado «poderosa aristocracia» y otros «inteligente burguesía.» Era simplemente una asociación libre de estancieros y mercaderes, en que los agricultores no dejaban de figurar en segunda línea; en que sobre el pie de una igualdad que la dignificaba, gozaban todos á la par de los dones gratuitos de la naturaleza y del trabajo remunerador, constituyendo una democracia de hecho, que se organizaba en la vida civil, y se desarrollaba espontánea y selvática en las campañas, con un temple de independencia genial.

XVIII

No obstante este bienestar general, esta condensación de los elementos de la vida orgánica, de este nuevo espíritu difundido en todas las clases sociales, el Virreinato del Río de la Plata, como cuerpo político y social, era una masa incoherente, sin afinidades íntimas, sin articulaciones poderosas, sin esa unidad armónica que es el resultado del equilibrio de la vida, que se distribuye igualmente en toda la economía. Buenos Aires era el alma y la cabeza de este cuerpo informe; pero ni su espíritu penetraba la masa general, ni su acción se hacía sentir simultáneamente en las extremidades.

Lo que constituía su verdadero núcleo, que eran las Provincias Argentinas, constituídas después en cuerpo de nación, diseñaban ya su carácter democrático. Méjico y el Perú fueron verdaderas cortes coloniales,

con aristocracia de condes y marqueses, que profesaban el culto de la nobleza y sostenían la institución con todas sus consecuencias. Chile, medio agricultor y medio minero, aunque constituído sobre bases menos aristocráticas, había implantado en su suelo la institución de los mayorazgos y mantenía un sistema semifeudal de señores del suelo y arrendatarios, cuya influencia se hizo sentir aún después de la revolución. El Alto Perú, cuya colonización estaba calcada sobre la del Perú, como queda explicado, conservaba en su seno una clase desheredada, que representaba más de la mitad de su población, dividiendo así á la sociedad en amos y siervos. La influencia de este sistema se hacía sentir en las Provincias Argentinas del norte, colonizadas en los primeros tiempos por el Perú, y se complicaba en el Paraguay, por los gérmenes que le habían inoculado las Misiones jesuíticas y los vicios primitivos de la conquista, no corregidos ya por el espíritu municipal extinguido. Sólo las Provincias del Río de la Plata presentaban la homogeneidad de una democracia genial, en que todos eran iguales de hecho y derecho. Sin nobles, sin mayorazgos, despreciando por instinto los títulos de nobleza, sin clases desheredadas, sin antagonismos de razas ni de intereses, viviendo en un clima templado y una tierra abundante, que alimentaba la fuente de la vida con un trabajo fácil, y animados de un espíritu de igualdad nativa, un mismo nivel pesaba sobre todas las cabezas. El virrey no era sino un alto funcionario de la armazón artificial del gobierno colonial; no tenía más corte que la de sus empleados, ni más apoyo real que el de los españoles peninsulares que habitaban el país. Un profundo observador, que estudiaba el país por aquel tiempo, decía de los criollos argentinos: «Tienen tal idea de su igualdad, que creo que, aun »cuando el rey acordase título de nobles á algunos »particulares, ninguno los consideraría como tales. »El mismo virrey no podría conseguir un cochero ó un »lacayo español» (criollo). El mismo escritor agrega: «Existe una especie de alejamiento, ó más bien dicho,

»aversión decidida de los criollos ó hijos de españoles »nacidos en América, hacia los europeos y el gobierno »español. Esta aversión es tal, que la he visto reinar »entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, »cuando unos eran europeos y los otros americanos. »Los abogados especialmente se distinguen por este »sentimiento.»

Esta sociabilidad naciente, con instintos democráticos, entrañaba empero todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del molde colonial en que se había vaciado, á la par de los que provenían de su estado embrionario y de su propia naturaleza. Los desiertos, el aislamiento, la pereza, la despoblación, la falta de cohesión moral, la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo ideal, y sobre todo, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos, que produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían á viciar el organismo, en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba, y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar.

El comercio que nutría las riquezas en las ciudades, el pastoreo que imprimía un sello especial á la población diseminada por las campañas, el sentimiento de individualismo marcado que se manifestaba en los criollos, el temple cívico de ciertos caracteres, la energía selvática de la masa de la población, la aptitud para todos los ejercicios que desenvuelven las fuerzas humanas, el valor nativo probado en las guerras con indios y portugueses, el antagonismo secreto entre la raza criolla y la raza española, el patriotismo local que no se alimentaba en la lejana fuente de la metrópoli, la indisciplina, el desprecio de toda regla, eran otros tantos estímulos y gérmenes de independencia inconsciente; pero no constituían aún por sí una sociabilidad orgánica, ni una civilización progresiva. Tenía en su brazo la fuerza que destruye, sin abrigar en su cabeza la idea que edifica, ni el poder creador dentro de sus propios elementos. Antes de ponerse en

la vía del verdadero progreso, antes de dilatarse en la atmósfera vital de los pueblos socialmente bien constituídos, tenía muchos dolores que sufrir, mucho camino que andar, muchas enfermedades que curar y muchos elementos nuevos de vida durable que inocularse, así en el orden étnico como en el orden intelectual y moral. Llevaba fatalmente la revolución en sus entrañas fecundas, y la revolución, emancipándola de hecho, debía prolongarse en la sociedad misma, por acciones y reacciones internas, que al fin fijarían su tipo definitivo, poniéndola en vía de perfeccionarse en los tiempos.

La colonia y la metrópoli no constituían una substancia homogénea. Entre una y otra no existía más vínculo de unión que la persona del monarca, armado de un poder absoluto, que excluía la idea de una patria común. De aquí la debilidad orgánica de la dominación española en América, de que surgiría más tarde la teoría revolucionaria, como se verá en el curso de este libro. Así, durante las largas y ruinosas guerras que sostuvo la España en los siglos XVII y XVIII, la América fué neutral, ó más bien indiferente, sin que su corazón se agitase por el sentimiento del patriotismo, como sucedía en las colonias inglesas identificadas con la madre patria.

La unidad de creencia religiosa, era lo único que daba cierta cohesión á la sociabilidad, dispersa en una inmensa extensión de territorio. Pero el clero, poderoso en el resto de la América, se hallaba con raras excepciones, bajo el nivel común en el Río de la Plata, sin prestigio jerárquico, sin poder eficiente y sin acción sobre las masas seminómades. Así, todo el clero argentino, fué revolucionario y republicano el día en que la colonia se insurreccionó contra la madre patria, á la inversa de lo que sucedió en el resto de la América, donde fué el agente más activo de la contrarrevolución, aun en Méjico, donde los curas acaudillaban las masas populares levantando el pendón de la independencia.

En lo administrativo el Virreinato del Río de la

Plata, cuya organización fué improvisada para hacer frente al Portugal en América, era una máquina pesada, cuyas ruedas mal engranadas, más eran las fuerzas que desperdiciaban por el roce, que las que utilizaban por su continuo movimiento estéril. Ella no respondía á un sistema político en sus partes componentes y carecía de armonía en su conjunto. La Ordenanza de Intendentes expedida en 1782, le dió una constitución administrativa de forma, una regularidad más aparente que real, y bosquejó en el mapa algunas de las futuras divisiones; pero sin radicar las nuevas autoridades creadas en el espíritu municipal de las localidades, que más bien tendía á sofocar.

El virrey y la audiencia, dominando en lo alto, fiscalizándose y contrapesándose en representación de la autoridad absoluta de la corona, y los Cabildos, sombra de la sombra de los antiguos Cabildos libres de la madre patria, representando nominalmente el comercio del pueblo, tal era en bosquejo la constitución colonial.

Los Cabildos fueron la única institución de la antigua constitución española, borrada con sangre de mártires por Carlos V y Felipe II, que la madre patria legó á sus colonias, despojada de su antiguo significado y de su importancia, con privilegios más aparentes que reales, aunque autorizada con la ficción de una elección popular, y con los atributos y formas externas de las corporaciones libres; empero, los Cabildos de América, ejercían funciones de propio gobierno en cuanto á la gestión de los intereses comunes y á la administración de la justicia popular. Eran en teoría los representantes del pueblo, tenían el derecho de convocarlo á son de campana, podían á veces levantarse como un poder independiente ante los representantes de la corona, y en ocasiones solemnes el pueblo reunido en congreso era llamado á decidir de sus deliberaciones por el voto directo como en las democracias de la antigüedad. Traían la tradición histórica de las arrogantes comunidades de Toledo y Aragón

en lo pasado, y entrañaban el principio de la soberanía popular en lo futuro, por el simple hecho de ser en ellos reconocido en teoría, bien que en esfera limitada y como mera fórmula. De su seno debía brotar la chispa revolucionaria; desde lo alto de su humilde tribuna había de proclamarse en un día no lejano el dogma de la soberanía del pueblo; porque basta que una representación se reconozca, aunque sea en teoría y que se cometa una atribución popular que pueda ponerse en acción, aun cuando por el momento no tenga eficacia, para que la representación y la atribución se convierta en realidad, el día que las fuerzas populares concurran á darle nervio y punto de apoyo. Así sucedió con los comunes de Inglaterra, humildes representantes de los conquistados, que con esta sola representación se convirtieron en el omnipotente Parlamento de la Gran Bretaña y ejercieron sus altas atribuciones el día en que la opinión pública y las fuerzas populares le dieron su punto de apoyo y la invistieron de su autoridad inmanente.

La verdad de esta premisa se verá prácticamente comprobada en las páginas de este libro.

XIX

En el seno de esta sociedad así constituída, existía por los años de 1760 una familia, extranjera en parte por su origen, y con cierta notoriedad en el municipio y el comercio. Era su jefe don Domingo Belgrano y Peri (conocido por Pérez), natural de Oneglia en la Liguria, que trasladado en 1750 á Cádiz con el objeto de buscar fortuna en el comercio, pasó á la América en 1759, después de obtener del rey carta de naturalización. Constituyó en Buenos Aires su hogar, casándose allí con doña María Josefa González Casero, cuya familia radicada en el país fundó el Colegio de Niños Huérfanos de San Miguel, base de la Sociedad de Beneficencia, que más tarde debía llamar á la mujer á compartir las tareas del gobierno en la esfera de su generosa actividad. Aunque extran-

jero naturalizado, el italiano Belgrano y Peri, llegó á ser regidor de Cabildo y alférez real de la ciudad de Buenos Aires. Favorecido por la fortuna en sus especulaciones comerciales, «adquirió riqueza (como lo »dice uno de sus descendientes en sus Memorias), pa»ra vivir cómodamente y dar á sus hijos la educación »mejor en aquella época.» De este enlace fecundo nacieron once hijos: siete varones y cuatro mujeres. Los primeros siguieron con honor las distintas carreras de las armas, del sacerdocio, de la magistratura y del comercio, ocupando algunos de ellos elevados puestos en la administración del Estado y en las Asambleas Legislativas.

Uno de estos siete hermanos era en 1787 maestro en artes y colegial del Consistorio de Monserrat, en la ciudad de Córdoba del Tucumán. Regentaba este establecimiento un teólogo profundo y un inspirado orador sagrado, hijo de Buenos Aires, llamado Fray Pantaleón García. En la dedicatoria de un Panegírico de Santa Catalina de Sena, que corre impreso en Cádiz, el sabio maestro decía del joven discípulo: «En todo se nos presenta un joven ajeno á las pueri»lidades de la primera edad. ¡Yo descubro el tesoro »que se oculta! Un entendimiento sano y lleno de lu»ces, bellas cualidades que entre los hombres son un »género de felicidad que parece los diviniza. El temor »de Dios, que llama la Escritura, ya el principio de »la sabiduría, ya la sabiduría misma, ya la plenitud »de la corona de la sabiduría, es el móvil de sus »acciones. Alcanzará sin duda á ser un hombre cual »todos lo deseamos, útil á Dios y al mundo, á la »religión y al Estado.»

Estas verdes promesas, que el elocuente orador colocaba sobre la cabeza de su joven discípulo, inspiradas por la contemplación extática de la belleza moral, debían ser cumplidas en toda su plenitud por otro hermano menor, que á la sazón no había cumplido los diez y siete años. Era éste Manuel Belgrano, el cual al leer aquellas alentadoras palabras, debió sin duda sentirse impulsado á obrar grandes cosas, realizan-

do las esperanzas de aquel apóstol de la verdad, que le revelaba la grandeza del destino de los hombres que se consagran al bien de sus semejantes. Hay palabras que en la primera edad deciden de los destinos futuros. En los escritos y acciones posteriores de Belgrano, se nota más de una vez la marca de fuego que la predicción de Fr. Pantaleón García debió estampar en su alma juvenil, blanda cera que se modelaba bajo la mano de aquel grande artífice de hombres.

Manuel Belgrano había nacido en Buenos Aires el 3 de junio de 1770 y era uno de los mejores entre sus hermanos. Fué bautizado en la iglesia Catedral de la misma ciudad al día siguiente de su natalicio, con el nombre de Manuel Joaquín del Corazón de Jesús. Puso sobre su frente el óleo sagrado, el doctor Juan Baltasar Maciel, célebre por sus escritos y sus desgracias, y poseedor de la más rica biblioteca de los conocimientos humanos que hasta entonces se hubiese conocido en el Río de la Plata.

Belgrano creció en años bajo el amparo del ala maternal. Cursó en Buenos Aires las primeras letras. A la edad competente estudió en la misma ciudad el latín y la filosofía, siendo su maestro en el Colegio de San Carlos el doctor Luis Chorroarín, de quien recibió lecciones (á la par de otros futuros hombres ilustres) en los ramos de lógica, física, metafísica, ética y literatura, según el orden de los estudios de entonces. No tenía aún diez y seis años y ya había aprendidc cuanto podía enseñarse en las aulas de aquella época. Notando sus bellas disposiciones, decidiéronse sus padres enviarle á España, para que completara allí sus estudios.

Por el año de 1786 pasó Belgrano á España, donde estudió leyes en la Universidad de Salamanca, matriculándose en ella el 4 de noviembre de 1786. El joven estudiante debió formar un triste concepto del saber geográfico de sus maestros respecto de la América, cuando al recibir su certificado de matrícula, que original tenemos á la vista, leyó que se le lla-

maba «natural de la ciudad y obispado de Buenos Aires en el reino del Perú.»

En febrero de 1789 graduóse de bachiller en Valladolid, en cuya chancillería se recibió de abogado el 31 de enero de 1793, después de haber pasado algún tiempo en Madrid completando sus estudios profesionales, y cultivando otros ramos de los conocimientos humanos á que se sentía más inclinado.

«Confieso», dice Belgrano en su autobiografía, «que »mi aplicación no la contraje tanto á la carrera que »había ido á emprender, como al estudio de los idio»mas vivos, de la economía política y el derecho pú»blico, y que en los primeros momentos en que tuve »la suerte de encontrar hombres amantes del bien »público, que me manifestasen sus ideas, se apoderó »de mí el deseo de propender en cuanto pudiese al »provecho general, y el de adquirir renombre con mis »trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos »particularmente á favor de mi patria.»

Su ambición juvenil debía estimularle naturalmente al cultivo de aquellas ciencias que eran casi totalmente desconocidas en las colonias españolas, y en especial de las que tienen por objeto la mejora y la felicidad de la especie humana. La idea de importar á su patria ciencias nuevas y de aplicarlas algún día á su engrandecimiento, debió halagar sus tempranas aspiraciones á la gloria, y esto le estimuló sin duda á contraerse al estudio de las ciencias sociales, y con particularidad á la economía política. En la Universidad de Salamanca se había iniciado en sus principios, y mereció ser nombrado miembro de su Academia de Economía Política, adelantando sus conocimientos en la materia con la lectura de los mejores libros y el trato con los hombres de letras durante su permanencia en Madrid. Allí fué donde se ligó con otra sociedad del mismo género, denominada de «Santa Bárbara», que lo puso en contacto con algunas notabilidades españolas, en mérito, tanto de sus conocimientos económicos, cuanto de la traducción de un tratado conexo con aquella ciencia.

Al terminar Belgrano sus estudios por el año 1793 «las ideas de economía política cundían en España con furor», valiéndonos de sus propias palabras. La ciencia económica, que había sido cultivada en España desde principios del siglo XVII bajo los reinados de Felipe IV y Carlos II (época en que empezaba á alborear en el resto de la Europa), estaba totalmente relegada al olvido, cuando á mediados del siglo XVIII, casi al mismo tiempo que Adam Smith publicaba su gran libro sobre la «Riqueza de las Naciones», se hizo sentir un movimiento en el sentido de rehabilitarla. Los antiguos trabajos económicos de Moncada, de Martínez Matta, de Osorio, y los más recientes planes comerciales de Ward y de Campillo fueron rejuvenecidos, popularizados y complementados por el genio observador de Campomanes, quien con sus discursos y con sus tratados populares, presidió á este movimiento saludable en el sentido del estudio de los intereses materiales. A este movimiento se asoció el célebre Jovellanos, que ya presagiaba su famosa «Ley Agraria», Cabarrus, el fundador del Crédito Público en España, y el limeño Olavide que realizaba con audacia las teorías de los economistas en las colonias de Sierra Morena. En medio de esta atmósfera calurosa de ideas nuevas, que cautivaban la atención de los primeros hombres de la época, bajo los auspicios de un ministro ilustrado como Gardoqui, que acababa de llegar de los Estados Unidos, lleno de su espíritu progresista, y al mismo tiempo que se decretaban nuevas franquicias para el comercio de América, y con especial para el Río de la Plata, dilatáronse los horizontes del pensamiento de Belgrano poblando su imaginación impresionable de visiones risueñas para el porvenir de su patria.

La dirección de estos estudios sólidos, que tenían en vista el bienestar de los pueblos, fortalecieron su recto juicio y encendieron en su alma ese amor por sus semejantes, que es uno de los rasgos distintivos de su carácter. Estos estudios, de que él fué importador, y que ayudado por Castelli, por Vieytes, Moreno y

otras inteligencias argentinas, popularizó en las orillas del Río de la Plata, contribuyeron eficazmente á dar forma y dirección práctica á las ideas de progreso, ilustrando á la generalidad sobre sus verdaderos intereses. Ellos influyeron más poderosamente aún, en la preparación de la revolución política que estalló más tarde, la que fué presidida por la revolución económica del comercio libre, que emancipó mercantilmente á la colonia de su metrópoli, triunfo pacífico al cual no es extraño el nombre y la influencia de Belgrano, como luego se verá.

El estudio de las ciencias políticas, que tienen por objeto el mejor gobierno de las sociedades, contribuyó á formar su conciencia de ciudadano, ilustrándole sobre los verdaderos derechos y deberes de los pueblos; así como el estudio de las cuestiones económicas le había ilustrado respecto de sus verdaderos intereses. Ansioso de adquirir conocimientos, y de penetrar los misterios del pensamiento humano ensanchando al mismo tiempo el círculo de sus ideas, solicitó licencia para poder entregarse libremente á la lectura de libros prohibidos, cuando apenas hacía dos años que el célebre Olavide había sido procesado por la inquisición, y condenado á penas afrentosas, por haber cometido entre otros delitos, el de tener en su biblioteca la Enciclopedia y los escritos de Bayle, Montesquieu, J. J. Rousseau y Voltaire. El papa Pío VI se la concedió «en la forma más amplia para »que pudiese leer todo género de libros condenados »aunque fuesen heréticos», á excepción de los de «astrología judiciaria y las obras obscenas.» Provisto de esta licencia y poseyendo varios idiomas, debieron serle familiares los escritos de Montesquieu y de Rousseau, así como los de Filangieri, cuyos tratados en aquella época empezaban á ser populares. En las páginas de aquellos dos grandes pensadores y de este ilustrado filántropo, debió beber sus ideas teóricas sobre el mejor gobierno de las sociedades. Algunos años después, esas ideas de buen gobierno le sirvieron

para dar su carácter á la revolución americana, impulsándola en el sentido de las instituciones liberales, cuya noción trajo de la madre patria.

XX

Estos estudios teóricos, comenzados bajo un gobierno absoluto, aunque ilustrado y suave para la España, como era el de Carlos III, y continuados en presencia de una administración híbrida como la de Carlos IV, no podían dar á Belgrano ideas completas sobre los derechos del hombre en sociedad. Uno de aquellos acontecimientos extraordinarios que conmueven profundamente la conciencia humana, vino á iluminar con súbitos resplandores las profundidades de su ser moral, y á completar las ideas sin aplicación práctica, que hasta entonces había recogido en sus lecturas. Hablamos de la revolución francesa, que produjo en el alma de Belgrano otra revolución no menos radical. He aquí como él mismo se explica en sus Memorias al hablar de esta especie de transfiguración moral, que hace presentir el futuro campeón de la libertad de un pueblo oprimido. «Como en la época »de 1789 me hallaba en España, y la revolución de la »Francia hiciese también la variación de ideas, y par»ticularmente en los hombres de letras con quienes »trataba, «se apoderaron de mí las ideas de libertad, »igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos »en los que se oponían á que el hombre, fuese donde »fuese, disfrutara de unos derechos que Dios y la natu»raleza le habían concedido», y que aun las mismas »sociedades habían acordado en sus establecimientos »indirectamente.»

Nutrida su inteligencia con estos estudios sólidos y éstas meditaciones severas, que son el pan de los fuertes, era ya un hombre de ideas formadas, cuando á fines de 1793 recibió una comunicación del ministro Gardoqui, datada en el Escorial á 6 de diciembre del mismo año, en la que le anunciaba haber sido

nombrado secretario perpetuo del Consulado que se iba á erigir en Buenos Aires. Aun no se había expedido la cédula ereccional que lleva la fecha de 30 de enero de 1794, lo que manifiesta que Belgrano fué el primer hombre en quien se pensó al constituir la corporación. En esa cédula se lee su nombre, á la par del de los Lezicas, Las Heras y Anchorenas, cuyos descendientes debían tener relación con sus destinos futuros. Al tiempo de extender los nombramientos, fué requerido por la secretaría á fin de que indicara candidatos para los diversos Consulados, que en aquella época se erigieron en varios puntos de la América, distinción que manifiesta el grado de consideración de que ya entonces gozaba por sus talentos y la circunspección de su carácter, aun cuando á la sazón no hubiese cumplido los veinticuatro años.

El Consulado de Buenos Aires fué instituído á petición del comercio de Buenos Aires, apoyado por el virrey Arredondo. En la época en que su erección fué decretada, no existían en América sino dos corporaciones de este género: el de Méjico y el de Lima. El consulado de Lima, como se ha visto, había sido siempre hostil al comercio directo de la metrópoli con los puertos del Río de la Plata, y el sostenedor del monopolio de que estaban en posesión los comerciantes de Cádiz. Así decía el consulado de Lima, en una representación hecha al marqués de Villa García, virrey del Perú en 1744, lo siguiente: «El comercio de Buenos »Aires siempre ha sido pernicioso al del Perú, y no »menos á los derechos reales, y por esto, nuestros ca»tólicos reyes han resistido á abrir esta puerta, como »que no sujetándose el reino á la estrecha garganta »de Panamá y Portobelo, se disipan y evaporan los »más nobles espíritus del oro y la plata, extrayéndose »por los resquicios que maquina la industria, cuyo per»juicio se conoció aun antes que lo enseñase la expe»riencia.» A lo que contestaba el apoderado del comercio de Buenos Aires en Madrid en un memorial datado en 1750, patentizando las ventajas del comercio libre y el interés egoísta que animaba al consulado

de Lima, diciendo al rey entre otras cosas: «Continúa el comercio limeño su antigua emulación declarada, maquinando cada día nuevos arbitrios para embarazar la frecuentación de navíos por la carrera de »Buenos Aires, no tanto con razones justificadas, cuanto con pretextos paliados con apariencia de justicia, etc.: sin atender más que á su propio interés. No »contento con haber obtenido la prohibición de que los »comerciantes de Buenos Aires pudiesen retornar por »esa vía los caudales producidos de su negociación, »etcétera, ha logrado posteriormente una nueva orden, etc., para que dentro del mismo año salgan de »aquella ciudad los efectos conducidos en los Permisos »á su puerto.»

A virtud de estas y otras reclamaciones, las provincias del Río de la Plata obtuvieron las franquicias que ya quedan detalladas, y que hacen época en la historia colonial. La erección del Consulado de Buenos Aires era, pues, el sello puesto á su carta de libertad; y el nombre de Belgrano, asociado al origen de esta institución, lo recomienda á la posteridad. Más adelante se verá la parte principal que le cupo en la tarea de popularizar los principios de libre cambio por medio de esa institución, y esto es lo que nos ha obligado á ilustrar una cuestión histórica, que tan íntimamente se liga con los trabajos económicos que llenaron la primera época de su vida.

El Consulado de Buenos Aires fué instituído con un doble carácter. Al mismo tiempo de concedérsele la jurisdicción mercantil, debía tener el carácter de junta económica, fomentando la agricultura, la industria y el comercio, razón por la cual tomó el título de «Junta de gobierno», obrando con independencia en lo relativo al fomento de esos tres ramos. Esto explicará algunas creaciones importantes que Belgrano realizó después con su auxilio.

Entre los deberes del secretario, uno de los más interesantes era, según el tenor del artículo xxx de la cédula ereccional, «escribir cada año una memoria sobre los objetos propios de su instituto.» Belgrano,

que había salido muy joven de Buenos Aires, sin tener ocasión de palpar los abusos de que eran víctimas las colonias españolas en América, y que por otra parte, veía que en su nuevo empleo podría utilizar los conocimientos económicos que había adquirido, dió á la creación de los consulados más importancia de la que realmente tenían. Aun llegó á persuadirse, que por este medio llegaría á obrarse la regeneración de un mundo y podría labrarse su felicidad. Así nos dice en sus memorias: «Se abrió un vasto campo á mi »imaginación, como que ignoraba el manejo de la »España respecto á sus colonias, y sólo había oído »entre los americanos un rumor sordo de quejas y dis»gustos. ¡Tanto me halagué y me llené de ilusiones »favorables á la América, cuando fuí encargado por »la secretaría de que en mis memorias describiese las »provincias, á fin de que conociendo su estado pudiesen »tomar providencias acertadas para su felicidad!» Poco faltó para que estas ilusiones se realizaran, si, como se verá luego, el Consulado de Buenos Aires hubiese estado compuesto de hombres que se le parecieran.

Bajo la influencia de estas risueñas esperanzas, abandonó la España, aspirando las emanaciones de una gloria misteriosa que le embriagaba, como esos perfumes que sorprenden, en la obscuridad de la noche, y que no se atina de dónde vienen. Cuando se dió á la vela en Cádiz, faltaban seis años para que finalizara el siglo XVIII, de cuyas ideas políticas y económicas debía ser uno de los heraldos en el Río de la Plata.

CAPITULO II

La vida colonial.—El Consulado

1797-1806

Arribo á Buenos Aires.—Instalación del Consulado.—Su composición.—Debates sobre libertad de comercio.—El Consulado se pronuncia por el monopolio.—Notables discusiones sobre la materia.—Influencia de Belgrano y Castelli en estas cuestiones.—Ideas atrasadas sobre el libre cambio.—El Consulado y el comercio interior.—Obra del muelle.—Proyecto de comunicación interoceánica.—Memorias económico-sociales de Belgrano.—Sus planes de educación popular.—Sus ideas para mejorar la condición de la mujer.—Análisis de estos trabajos.—Belgrano y don Manuel Salas de Chile.—Premios á la industria, al trabajo y al estudio propuestos por Belgrano.—Sus trabajos en favor de la educación especial.—Funda la Escuela de Náutica y la Academia de Dibujo.—El rey manda cerrar estos establecimientos.—Errores de los biógrafos de Belgrano.—Honores consulares que se le acuerdan.

Restituído Belgrano á Buenos Aires, sintióse circundado desde luego por una atmósfera simpática. Joven, rico y de bella presencia, todas las puertas se abrían á su paso. El prestigio de un viaje al viejo mundo, su instrucción variada, sus conocimientos en la música, su título de abogado, las consideraciones que había merecido en la metrópoli, y sus maneras afables y cultas, contribuyeron á darle un lugar distinguido en la sociedad y á ponerlo en relación con los jóvenes más inteligentes de la época. Entre éstos, se ligó más íntimamente con Castelli, á quien comunicó su gusto por los estudios económicos, recibiendo en cambio los efluvios magnéticos de aquella alma de fuego, puesta en contacto con la suya. Estos jóvenes debían pertenecer muy luego al número de los fundadores, los mártires, los campeones, y los apóstoles de una nueva nación, cuya bandera había de ser enarbolada por Belgrano.

Tal vez las pasiones fogosas de la primera edad lo extraviaron como á Simón el Ateniense, en los floridos senderos de la vida; pero no le distrajeron de sus meditaciones serias, ni de sus deberes. Consagróse desde luego con ardor al desempeño de las obligaciones de su empleo de secretario del Consulado, y en este punto tuvo ocasión de aplicar sus conocimientos y de conquistar una página en el libro de la historia colonial. Los modestos lauros literarios del secretario del Consulado, han sido obscurecidos por las coronas cívicas y militares que el patriota y el guerrero conquistaron más tarde en la palestra política y en los campos de batalla; pero esta hermosa página de su vida, digna de figurar en la biografía de Franklin, será también una de las que cautivarán las miradas simpáticas de la posteridad: en ella resplandece la gloria sin sangre, el progreso con los atributos de la paz, y la propaganda de las ideas adelantadas, que aun hoy mismo tendrían el interés de la aplicación y la novedad. Esta página de su vida, completamente desconocida hasta hoy, merece que se le consagre alguna atención.

El Consulado de Buenos Aires se instaló solemnemente y celebró su primera sesión el día 2 de junio de 1794, «bajo la protección del Poder Divino por la »intercesión de la Virgen María en su Purísima Con»cepción, patrona de España é Indias, para que ins»pirase á su insuficiencia.»

He aquí la pintura que el mismo Belgrano hace de los miembros del Consulado: «No puedo decir bas»tante mi sorpresa cuando conocí á los hombres nom»brados por el rey para la junta que había de tratar »de agricultura, de industria y comercio, y propender »á la felicidad de las provincias que componían el »virreinato de Buenos Aires: todos eran comercian»tes españoles, y exceptuando uno que otro, nada sa»bían, más que de su comercio monopolista, á saber, »comprar por cuatro para vender por ocho con toda »seguridad.»

En este terreno debía renovarse la lucha de la li-

bertad contra el monopolio de Cádiz, que años antes había sostenido el comercio de Buenos Aires contra el Consulado de Lima. Belgrano aunque en minoría, estuvo á la cabeza de uno de esos partidos, sosteniendo las doctrinas más adelantadas del comercio libre, en la acepción que entonces se daba á estas palabras. En una de las sesiones de la Junta de Gobierno, él enunció y sostuvo esta proposición, que aun hoy mismo es el principio elemental de la libertad de los cambios: «El comerciante debe tener libertad para »comprar donde más le acomode, y es natural que lo »haga donde se le proporcione el género más barato »para poder reportar más utilidad.» Estas ideas, tan vulgarizadas en lo presente, eran entonces un escándalo en las colonias españolas, y tenían por competi dores á todos los comerciantes españoles, que sólo mi raban la cuestión del punto de vista de las ganancias de los negociantes de Cádiz, y sostenían con impudencia la proposición contraria. A tal extremo llegaba la ojeriza de los monopolistas contra la doctrina de comprar barato, que habiendo D. Pedro Cerviño leído un discurso ante el Consulado, apoyando las ideas de Belgrano y desacreditando el monopolio, el prior pidió que se mandase recoger y quemar el borrador, por contener entre otras la siguiente proposición herética: «Nuestras embarcaciones irán á los puertos »del norte. Los españoles harán sus compras en las »mismas fábricas.» Con este motivo decían D. Martín Alzaga, refutando á Cerviño: «El comercio que »hasta ahora se ha hecho es el que han permitido las »leyes como útil y proficuo, para mantener y estre»char los vínculos de los vasallos de estas remotas re»giones con los de la metrópoli por medio de la recí»proca dependencia en sus giros comerciales; pues es»ta es una verdad tan innegable, como evidente el »riesgo de que, tolerándose las exportaciones de fru»tos y dineros en derechura, desde los puertos de Amé»rica á las potencias del norte y en igual modo las »importaciones de efectos comprados en aquellas fá»bricas, como insinúa el autor del papel (Cerviño), se

»aflojarían y extenuarían hasta el extremo en breve »tiempo los mencionados vínculos, con perjuicio irre»parable de la monarquía.»

Si al instituir el Consulado, la metrópoli hubiese tenido en vista poner un obstáculo insuperable al desarrollo del comercio marítimo de las colonias, no habría podido adoptar medida más acertada. El fué la cabeza de columna del monopolio, y hasta el año 1810 no cesó de combatir por los privilegios de los comerciantes peninsulares, con una tenacidad digna de mejor causa. Las ideas económicas de Belgrano, aunque hallaron acogida en aquello que no hería sus intereses, se estrellaron en lo demás contra este obstáculo invencible, en el cual se había figurado encontrar un auxiliar de sus planes para la felicidad y engrandecimiento de su patria.

Uno de los primeros asuntos de que se ocupó el Consulado, en su calidad de Junta de Gobierno, fué informar en un ruidoso pleito, que hacía años se seguía entre los monopolistas y los traficantes de negros.

Por real orden de 1784, ampliada por otra de 24 de noviembre de 1791, se había permitido nuevamente el tráfico de negros en Buenos Aires, con la franquicia para los buques extranjeros que los introdujesen, de poder exportar libremente frutos del país por vía de retorno. Esta franquicia alarmó á los monopolistas, que vieron en los negreros nuevos competidores, que iban á hacer que los frutos del país tomasen mayor estimación abriéndoles nuevos mercados. Siendo los cueros el producto más valioso de exportación, y cuyo monopolio más les interesaba, suplicaron de la real orden, sosteniendo que los cueros no debían considerarse como frutos. El Consulado, de acuerdo con los monopolistas, declaró por gran mayoría que «¡ los cueros no eran frutos !»

Aconteció, que en momentos en que se trataba esta cuestión, súpose que una fragata inglesa negrera, que había arribado á Montevideo, llevaba parte de su cargamento en cueros. A esta noticia el Consulado

se puso en movimiento. El prior pronunció con este motivo un vehemente discurso, diciendo entre otras cosas: «Esto es un perjuicio irreparable de la real »Hacienda, del comercio nacional y del Estado en »general, y se encarga desde luego al señor síndico, »que sin perder instante de tiempo, haga las más ac»tivas representaciones y gestiones ante el superior »gobierno y demás tribunales, á fin de que expidan »á la mayor brevedad posible las órdenes, á efecto de »que no se den pases, ni permitan cargar cueros en »la fragata inglesa, y que los ya cargados se echen á »tierra. Así se evitará el trastorno, descompostura y »fatales consecuencias de difícil reparación, que cau»sará al comercio nacional el ejemplar del arribo á »Londres ó á cualesquiera otros puertos de la Gran »Bretaña, de esta fragata cargada de cueros al pe»lo procedente en derechura de este Gran Río de la »Plata.»

Otra cuestión no menos ruidosa y de más vastas proporciones, se suscitó con motivo de una nueva franquicia comercial, concedida por la metrópoli á sus colonias del Río de la Plata. Á consecuencia de la guerra en que la España se hallaba comprometida, y que no le permitía atender á la explotación de sus colonias, autorizó, á proposición del conde Liniers, el comercio entre Buenos Aires y demás colonias extranjeras (4 de marzo de 1795). Las primeras expediciones, que á consecuencia de esta franquicia arribaron al Río de la Plata, volvieron á hacer cundir la alarma en el campo de los monopolistas. El Consulado, como de costumbre, se puso á su cabeza, y por gran mayoría sancionó que se pidiera al rey la revocación de su real orden, fundándose en los abusos á que este tráfico podía dar lugar, dando el nombre de abusos á la introducción por esta vía de los artículos de comercio cuyo monopolio tenían los negociantes de Cádiz.

Fué en esta ocasión, que el conciliario D. Francisco Antonio Escalada, órgano de las doctrinas de Belgrano, hizo oir la voz de los oprimidos por el mo-

»aflojarían y extenuarían hasta el extremo en breve »tiempo los mencionados vínculos, con perjuicio irre»parable de la monarquía.»

Si al instituir el Consulado, la metrópoli hubiese tenido en vista poner un obstáculo insuperable al desarrollo del comercio marítimo de las colonias, no habría podido adoptar medida más acertada. El fué la cabeza de columna del monopolio, y hasta el año 1810 no cesó de combatir por los privilegios de los comerciantes peninsulares, con una tenacidad digna de mejor causa. Las ideas económicas de Belgrano, aunque hallaron acogida en aquello que no hería sus intereses, se estrellaron en lo demás contra este obstáculo invencible, en el cual se había figurado encontrar un auxiliar de sus planes para la felicidad y engrandecimiento de su patria.

Uno de los primeros asuntos de que se ocupó el Consulado, en su calidad de Junta de Gobierno, fué informar en un ruidoso pleito, que hacía años se seguía entre los monopolistas y los traficantes de negros.

Por real orden de 1784, ampliada por otra de 24 de noviembre de 1791, se había permitido nuevamente el tráfico de negros en Buenos Aires, con la franquicia para los buques extranjeros que los introdujesen, de poder exportar libremente frutos del país por vía de retorno. Esta franquicia alarmó á los monopolistas, que vieron en los negreros nuevos competidores, que iban á hacer que los frutos del país tomasen mayor estimación abriéndoles nuevos mercados. Siendo los cueros el producto más valioso de exportación, y cuyo monopolio más les interesaba, suplicaron de la real orden, sosteniendo que los cueros no debían considerarse como frutos. El Consulado, de acuerdo con los monopolistas, declaró por gran mayoría que «¡ los cueros no eran frutos !»

Aconteció, que en momentos en que se trataba esta cuestión, súpose que una fragata inglesa negrera, que había arribado á Montevideo, llevaba parte de su cargamento en cueros. A esta noticia el Consulado

se puso en movimiento. El prior pronunció con este motivo un vehemente discurso, diciendo entre otras cosas: «Esto es un perjuicio irreparable de la real »Hacienda, del comercio nacional y del Estado en »general, y se encarga desde luego al señor síndico, »que sin perder instante de tiempo, haga las más ac»tivas representaciones y gestiones ante el superior »gobierno y demás tribunales, á fin de que expidan »á la mayor brevedad posible las órdenes, á efecto de »que no se den pases, ni permitan cargar cueros en »la fragata inglesa, y que los ya cargados se echen á »tierra. Así se evitará el trastorno, descompostura y »fatales consecuencias de difícil reparación, que cau»sará al comercio nacional el ejemplar del arribo á »Londres ó á cualesquiera otros puertos de la Gran »Bretaña, de esta fragata cargada de cueros al pe»lo procedente en derechura de este Gran Río de la »Plata.»

Otra cuestión no menos ruidosa y de más vastas proporciones, se suscitó con motivo de una nueva franquicia comercial, concedida por la metrópoli á sus colonias del Río de la Plata. Á consecuencia de la guerra en que la España se hallaba comprometida, y que no le permitía atender á la explotación de sus colonias, autorizó, á proposición del conde Liniers, el comercio entre Buenos Aires y demás colonias extranjeras (4 de marzo de 1795). Las primeras expediciones, que á consecuencia de esta franquicia arribaron al Río de la Plata, volvieron á hacer cundir la alarma en el campo de los monopolistas. El Consulado, como de costumbre, se puso á su cabeza, y por gran mayoría sancionó que se pidiera al rey la revocación de su real orden, fundándose en los abusos á que este tráfico podía dar lugar, dando el nombre de abusos á la introducción por esta vía de los artículos de comercio cuyo monopolio tenían los negociantes de Cádiz.

Fué en esta ocasión, que el conciliario D. Francisco Antonio Escalada, órgano de las doctrinas de Belgrano, hizo oir la voz de los oprimidos por el mo-

nopolio, fundando su protesta en un escrito, en que se reconoce, á la par de la inspiración de Belgrano, el nervio de la elocuencia de Castelli transmitido á la pluma del secretario. En ese documento notable, que ha permanecido sepultado hasta hoy en el polvo del olvido, se establecen los fundamentos de la libertad de comercio, precursores de la revolución económica que más tarde acaudilló Moreno con su famosa «Representación de los hacendados.» En él, después de establecer como punto de partida, que el atraso del comercio, de la agricultura y de la industria en América, desde la época de la conquista, reconocía por origen la falta de libertad, y que el fomento de ella, por medio de la libre extracción de sus productos, debe ser «todo el fin y el único objeto de la política del soberano,» pinta con negros colores el estado de decadencia de las Provincias del Río de la Plata. Ante ese espectáculo, su indignación estalla contra los monopolistas en palabras elocuentes, exclamando: «Sólo un gobierno indolente pudiera despre»ciar estas ganancias, que resultarían de la exporta»ción de nuestros productos á las colonias extranje»ras: ellas no tienen cotejo con el momentáneo y mal »entendido perjuicio que puedan causar á algunos »países de la España. Acaso estos mismos, con todo »de desconocer sus verdaderos intereses, penetrados »sin embargo de la máxima de que el mayor bien de»be preferirse al menor daño, se avergonzarían de so»licitar lo contrario. Conque menos nosotros debemos »proponerlo, ni aun imaginarlo; pues aunque haya »uno ú otro que, por establecimiento y conexión de sus »giros con Cádiz, Lima, La Habana, etec., tenga par»ticular interés en sostenerlo para fijar el monopolio, »y por lo tanto para entorpecer, cuando no ultimar »en su nacimiento el comercio recíproco de nuestros »frutos con el de las colonias extranjeras, debe sacri»ficar al común interés el suyo propio; debe preferir »á todo otro el país que lo abriga y que quizá le ha »formado toda su fortuna; y si así no lo hace, debemos »nosotros salirle al encuentro en bien general del Es-

»tado y de nuestros propios hijos, que en el día ten»drían ya razón de acusarnos, si, habiendo tomado »otro tono y estimación nuestras producciones, no tra»táramos seriamente de redimirlas de la inopia, per»petuándoles en lo posible nuestros fungibles cauda»les, y contrayendo nuestros afanes á restablecer al »fin y al cabo las haciendas de campo, que hasta aho»ra sólo habían merecido nuestro justo desprecio.»

Más adelante, dirigiéndose á los explotadores del monopolio de Cádiz, agrega estas enérgicas palabras, en que parece haberse inspirado Moreno, al ocuparse más tarde del mismo punto: «Esto sería acredi»tarnos de aturdidos, fanáticos y abandonados; esto »sería echar á puerta ajena el bien con que se nos »convida, trastornar el orden inalterable de la cari»dad y de la naturaleza, que no da lugar á preferen»cias. Esto sería contribuir al tiránico estanco mer»cantil á que aspira Cádiz, habituado á la dominación »y á conseguir cuanto ha querido, como lo consiguió »á los pocos años de haberse establecido por primera »vez el comercio libre, por concesión del emperador »Carlos V en el año 1529; sería empeñarnos nosotros »en lo mismo, que ahora no han podido lograr sus vi»gorosos esfuerzos, singularmente contra Buenos Aires, »de que son claro testimonio los papeles que andan »en manos de todos; sería... pero dejémonos de lo »que sería, y vamos á lo que es; es, en una palabra, »hacernos traición á nosotros mismos. Poco nos im»porta que se perjudique Cádiz en uno, ó más propia»mente que deje de ganarlo, si nosotros con ese uno »aventajamos ciento. Nosotros no somos apoderados »del comercio de Cádiz, ni de Lima, ni de La Habana, »ni tenemos representación para reclamar sus fantás»ticos derechos sobre nosotros, ante nosotros y contra »nosotros mismos. Así, pues, cualquiera que lo haga »bajo este especioso velo, sépase que desde ahora lo »denuncio como que, es el interés propio el que le »anima, y no el común ni el ajeno.»

Entre otros muchos conceptos notables, que se contienen en este documento notable, en que la lógica

nopolio, fundando su protesta en un escrito, en que se reconoce, á la par de la inspiración de Belgrano, el nervio de la elocuencia de Castelli transmitido á la pluma del secretario. En ese documento notable, que ha permanecido sepultado hasta hoy en el polvo del olvido, se establecen los fundamentos de la libertad de comercio, precursores de la revolución económica que más tarde acaudilló Moreno con su famosa «Representación de los hacendados.» En él, después de establecer como punto de partida, que el atraso del comercio, de la agricultura y de la industria en América, desde la época de la conquista, reconocía por origen la falta de libertad, y que el fomento de ella, por medio de la libre extracción de sus productos, debe ser «todo el fin y el único objeto de la política del soberano,» pinta con negros colores el estado de decadencia de las Provincias del Río de la Plata. Ante ese espectáculo, su indignación estalla contra los monopolistas en palabras elocuentes, exclamando: «Sólo un gobierno indolente pudiera despre»ciar estas ganancias, que resultarían de la exporta»ción de nuestros productos á las colonias extranje»ras: ellas no tienen cotejo con el momentáneo y mal »entendido perjuicio que puedan causar á algunos »países de la España. Acaso estos mismos, con todo »de desconocer sus verdaderos intereses, penetrados »sin embargo de la máxima de que el mayor bien de»be preferirse al menor daño, se avergonzarían de so»licitar lo contrario. Conque menos nosotros debemos »proponerlo, ni aun imaginarlo; pues aunque haya »uno ú otro que, por establecimiento y conexión de sus »giros con Cádiz, Lima, La Habana, etec., tenga par»ticular interés en sostenerlo para fijar el monopolio, »y por lo tanto para entorpecer, cuando no ultimar »en su nacimiento el comercio recíproco de nuestros »frutos con el de las colonias extranjeras, debe sacri»ficar al común interés el suyo propio; debe preferir »á todo otro el país que lo abriga y que quizá le ha »formado toda su fortuna; y si así no lo hace, debemos »nosotros salirle al encuentro en bien general del Es-

»tado y de nuestros propios hijos, que en el día ten»drían ya razón de acusarnos, si, habiendo tomado »otro tono y estimación nuestras producciones, no tra»táramos seriamente de redimirlas de la inopia, per»petuándoles en lo posible nuestros fungibles cauda»les, y contrayendo nuestros afanes á restablecer al »fin y al cabo las haciendas de campo, que hasta aho»ra sólo habían merecido nuestro justo desprecio.»

Más adelante, dirigiéndose á los explotadores del monopolio de Cádiz, agrega estas enérgicas palabras, en que parece haberse inspirado Moreno, al ocuparse más tarde del mismo punto: «Esto sería acredi»tarnos de aturdidos, fanáticos y abandonados; esto »sería echar á puerta ajena el bien con que se nos »convida, trastornar el orden inalterable de la cari»dad y de la naturaleza, que no da lugar á preferen»cias. Esto sería contribuir al tiránico estanco mer»cantil á que aspira Cádiz, habituado á la dominación »y á conseguir cuanto ha querido, como lo consiguió »á los pocos años de haberse establecido por primera »vez el comercio libre, por concesión del emperador »Carlos V en el año 1529; sería empeñarnos nosotros »en lo mismo, que ahora no han podido lograr sus vi»gorosos esfuerzos, singularmente contra Buenos Aires, »de que son claro testimonio los papeles que andan »en manos de todos; sería... pero dejémonos de lo »que sería, y vamos á lo que es; es, en una palabra, »hacernos traición á nosotros mismos. Poco nos im»porta que se perjudique Cádiz en uno, ó más propia»mente que deje de ganarlo, si nosotros con ese uno »aventajamos ciento. Nosotros no somos apoderados »del comercio de Cádiz, ni de Lima, ni de La Habana, »ni tenemos representación para reclamar sus fantás»ticos derechos sobre nosotros, ante nosotros y contra »nosotros mismos. Así, pues, cualquiera que lo haga »bajo este especioso velo, sépase que desde ahora lo »denuncio como que, es el interés propio el que le »anima, y no el común ni el ajeno.»

Entre otros muchos conceptos notables, que se contienen en este documento notable, en que la lógica

nopolio, fundando su protesta en un escrito, en que se reconoce, á la par de la inspiración de Belgrano, el nervio de la elocuencia de Castelli transmitido á la pluma del secretario. En ese documento notable, que ha permanecido sepultado hasta hoy en el polvo del olvido, se establecen los fundamentos de la libertad de comercio, precursores de la revolución económica que más tarde acaudilló Moreno con su famosa «Representación de los hacendados.» En él, después de establecer como punto de partida, que el atraso del comercio, de la agricultura y de la industria en América, desde la época de la conquista, reconocía por origen la falta de libertad, y que el fomento de ella, por medio de la libre extracción de sus productos, debe ser «todo el fin y el único objeto de la política del soberano,» pinta con negros colores el estado de decadencia de las Provincias del Río de la Plata. Ante ese espectáculo, su indignación estalla contra los monopolistas en palabras elocuentes, exclamando: «Sólo un gobierno indolente pudiera despre»ciar estas ganancias, que resultarían de la exporta»ción de nuestros productos á las colonias extranje»ras: ellas no tienen cotejo con el momentáneo y mal »entendido perjuicio que puedan causar á algunos »países de la España. Acaso estos mismos, con todo »de desconocer sus verdaderos intereses, penetrados »sin embargo de la máxima de que el mayor bien de»be preferirse al menor daño, se avergonzarían de so»licitar lo contrario. Conque menos nosotros debemos »proponerlo, ni aun imaginarlo; pues aunque haya »uno ú otro que, por establecimiento y conexión de sus »giros con Cádiz, Lima, La Habana, etec., tenga par»ticular interés en sostenerlo para fijar el monopolio, »y por lo tanto para entorpecer, cuando no ultimar »en su nacimiento el comercio recíproco de nuestros »frutos con el de las colonias extranjeras, debe sacri»ficar al común interés el suyo propio; debe preferir »á todo otro el país que lo abriga y que quizá le ha »formado toda su fortuna; y si así no lo hace, debemos »nosotros salirle al encuentro en bien general del Es-

»tado y de nuestros propios hijos, que en el día ten»drían ya razón de acusarnos, si, habiendo tomado »otro tono y estimación nuestras producciones, no tra»táramos seriamente de redimirlas de la inopia, per»petuándoles en lo posible nuestros fungibles cauda»les, y contrayendo nuestros afanes á restablecer al »fin y al cabo las haciendas de campo, que hasta aho»ra sólo habían merecido nuestro justo desprecio.»

Más adelante, dirigiéndose á los explotadores del monopolio de Cádiz, agrega estas enérgicas palabras, en que parece haberse inspirado Moreno, al ocuparse más tarde del mismo punto: «Esto sería acredi»tarnos de aturdidos, fanáticos y abandonados; esto »sería echar á puerta ajena el bien con que se nos »convida, trastornar el orden inalterable de la cari»dad y de la naturaleza, que no da lugar á preferen»cias. Esto sería contribuir al tiránico estanco mer»cantil á que aspira Cádiz, habituado á la dominación »y á conseguir cuanto ha querido, como lo consiguió »á los pocos años de haberse establecido por primera »vez el comercio libre, por concesión del emperador »Carlos V en el año 1529; sería empeñarnos nosotros »en lo mismo, que ahora no han podido lograr sus vi»gorosos esfuerzos, singularmente contra Buenos Aires, »de que son claro testimonio los papeles que andan »en manos de todos; sería... pero dejémonos de lo »que sería, y vamos á lo que es; es, en una palabra, »hacernos traición á nosotros mismos. Poco nos im»porta que se perjudique Cádiz en uno, ó más propia»mente que deje de ganarlo, si nosotros con ese uno »aventajamos ciento. Nosotros no somos apoderados »del comercio de Cádiz, ni de Lima, ni de La Habana, »ni tenemos representación para reclamar sus fantás»ticos derechos sobre nosotros, ante nosotros y contra »nosotros mismos. Así, pues, cualquiera que lo haga »bajo este especioso velo, sépase que desde ahora lo »denuncio como que, es el interés propio el que le »anima, y no el común ni el ajeno.»

Entre otros muchos conceptos notables, que se contienen en este documento notable, en que la lógica

campea á la par de la erudición y del talento observador, que era peculiar al jefe de la escuela del comercio libre en el Río de la Plata por el año de 1797, terminaremos este extracto citando los siguientes, que no son menos notables: «Veo al rey empeñado en hacer prosperar estas provincias, desatando las trabas y abriendo los cerrojos enmohecidos y los caminos antes cerrados, y este noble ejemplo me estimula más y más, como á buen patriota, y me hace mirar con desprecio los abultados perjuicios del comercio de Cádiz, así como lo ha hecho S. M. con todos sus clamores y representaciones, en que pretendían persuadir con más artificio que verdad, que la monarquía iba á su ruina, á no abolirse el comercio libre.»

Esta elocuencia sencilla y llena de nervio haría honor á los colonos de Norte América que prepararon su revolución, y ella presagia una nación futura en esos arranques vehementes del patriotismo que la calientan, y esos estallidos súbitos de la indignación contra los abusos, que harían creer que es un documento forjado, si no fuese tan fácil probar su autenticidad.

La valiente protesta de Escalada tuvo sus imitadores, aunque no con tanta decisión, y en esta nueva resistencia como en la anterior, se reconoce la mano de Belgrano y de Castelli. Al tiempo de nombrarse la comisión que había de redactar la petición sobre la abolición del comercio libre, expuso D. Tomás Fernández: «Trátase de informar al soberano sobre los inconvenientes que abraza la libre exportación de los efectos del país á colonias extranjeras, y el retorno de lo que ellas producen y necesitamos nosotros. Trátase de representar al soberano la triste necesidad de estancar las fecundas producciones, con que la naturaleza liberal ha enriquecido esta provincia; la de minorar su población con el atraso de su agricultura é industria, y hacer por un contraste el más extraño, que en el seno mismo de la fertilidad y la abundancia, reine la pobreza y la miseria. ¡Quién lo creería! Este es el grande asunto que ha ocupado

»la atención de esta Junta y que vamos á sostener á »la faz del mundo.»

Ni la elocuencia, ni la ironía, pudieron nada contra un propósito deliberado, que cerraba el oído á la razón y sólo escuchaba la voz de intereses sórdidos. La representación se elevó al rey, y la franquicia fué anulada de hecho á petición de los mismos beneficiados con ella.

Pero la libertad de comercio, como verdadera hija de la tierra, recobraba nuevas fuerzas al caer sobre el suelo generoso que la alimentaba. En el mismo año en que el Consulado de Buenos Aires decretaba su muerte, la corte de España, urgida por las dificultades de la guerra, permitía el franco comercio en la América bajo la bandera neutral, fundándose en el estancamiento que sufrían los productos de las colonias. Esta concesión no carecía de precedentes, pues ya se había otorgado en el año de 1779 por iguales causas.

Apenas la noticia de aquella concesión llegó á Buenos Aires, volvieron á entrar en campaña el Consulado y los monopolistas, y volvieron á encontrar nuevas resistencias en los prosélitos que Belgrano había conquistado á sus doctrinas en el espacio transcurrido. Más adiestrados los defensores del monopolio en el arte de la argumentación sofística, emplearon esta vez las armas de sus enemigos en el año anterior. El administrador de aduana sostenía la conveniencia de ampliar la franquicia, con arreglo al espíritu de la real orden, negándose á lo cual D. Mariano Esteban Anchorena decía: «Extendería mis razones con la me»moria de los padecimientos que aniquiló el incre»mento natural de estas provincias, por los permisos »concedidos á los ingleses y portugueses, para intro»ducir en esta ciudad y puerto sus negociaciones, que »trascendieron al Perú.» Haciendo una alusión irónica á Belgrano y á Castelli, que dirigían las operaciones de los «librecambistas», añadía: «Los legos, »que no usan como yo de consultores letrados para »formar idea corriente de los arbitrios y manejos nacio-

»nales, no desconocen que, si se franquease á los ex»tranjeros conducir de su cuenta mercaderías de sus »provincias para comerciar en la América española, y »regresar á su voluntad los productos, sería no sola»mente privar y arruinar el comercio de los españoles, »sino que se reduciría á los de estos países á la cons»titución más miserable y desamparada, dejando des»truída la de los reinos de Castilla, al mismo tiempo »que despojando á estas colonias de todo el jugo de sus »intereses; y constriñéndolas á la mayor debilidad »con la lleva de caudales y frutos, se fortificarían los »neutrales, para cuando quisieran enemistarse con la »corona de España.»

Este era el eco de España en decadencia, que sentía que su presa se le escapaba, y procuraba asirse á los abusos, perpetuándolos. Mientras tanto, el hecho estaba patente: la estagnación de frutos del país no podía negarse, la miseria cundía por todas partes, y las poblaciones carecían hasta de ropas para vestir su desnudez. A pesar de esto, y á pesar de los nobles esfuerzos de los que en esta ocasión sostuvieron los buenos principios, el monopolio volvió á obtener una victoria completa, y los nuevos reclutas de economía política que Belgrano había disciplinado con tanto afán, fueron rotos y dispersos, como le sucedió más de una vez en el curso de su carrera militar.

Defraudado en sus esperanzas, en lo relativo á reformar los abusos comerciales, contrajo sus afanes á otros objetos no menos interesantes, y que fueron coronados en parte por el éxito, conduciéndole al mismo fin por distintos caminos. Como él mismo dice en sus Memorias: «Me propuse al menos echar las se»millas que algún día fuesen capaces de dar frutos, »ya porque algunos estimulados del mismo espíritu »se dedicasen á su cultivo, ya porque el orden mismo »de las cosas las hiciese germinar.»

Tan funesta como fué la influencia del Consulado en lo relativo á las franquicias del comercio exterior, fué benéfica y poderosa en el sentido de la educa-

ción, de la agricultura, de las obras de utilidad y fomento del comercio interior. Para llevar á cabo estas mejoras, el secretario encontró siempre cooperación en la Junta de Gobierno, y los obstáculos con que tuvo que luchar, y que al fin inutilizaron parte de su obra, provinieron esta vez de la corte de España.

La obra del muelle, fué una de las primeras en que pensó el Consulado. Para llevarla á cabo, mandó levantar un plano del puerto á los matemáticos Cerviño y Gundín, haciendo sondear el río; y con aprobación del virrey se había comenzado ya su ejecución en el año 1799, cuando llegó la desaprobación de la corte, y hubo que interrumpirla.

El comercio interior fué aliviado de las exacciones que pesaban sobre él, suprimiendo los derechos de seis y cuatro pesos que pagaban las cargas de aguardiente y de azúcar que iban á Jujuy; el gravamen sobre la extracción de suelas de Tucumán; el tres por ciento de los efectos del Pacífico que venían por Valparaíso al Río de la Plata; los cuatro y medio pesos con que se imponía á cada libra de oro que salía de La Paz, y otros muchos abusos de este género.

Abrió nuevas vías al comercio interior, facilitando la navegación fluvial y allanando nuevos caminos, como los de Catamarca y Córdoba; de Santiago del Estero y Tucumán; Chile y el Perú por Atacama; San Luis y Mendoza, y proyectó la apertura de una antigua vía que hasta hoy permanece cerrada, la comunicación del Atlántico y el Pacífico por Patagones. Este proyecto, que fué uno de los que Belgrano tomó con más empeño, se promovió en 1798 y la corte de España lo aprobó condicionalmente con fecha 25 de septiembre de 1799. Su objeto era adelantar los conocimientos geográficos, continuando el reconocimiento del Río Negro hasta sus nacientes, desde el punto adonde había llegado el piloto D. Basilio Villarino; formar, según las indicaciones de Viedma, un establecimiento fortificado en la isla de Choele-Choel, cor-

tando de este modo la línea del comercio de ganados robados, que ya entonces se hacía entre pampas y araucanos, y al mismo tiempo, rehabilitar el antiguo camino de ruedas que creían transitable en todo tiempo, sin necesidad de atravesar las cordilleras. Azara, que en esta ocasión auxilió con sus luces al Consulado, poniendo á su disposición todos sus planos, fué sin duda quien inspiró á Belgrano este proyecto, que aunque ilusorio por entonces, tiene su grandeza.

Cuando se trató de las franquicias del comercio interior, el Consulado siempre se manifestó tan liberal como su secretario. Habiendo solicitado D. Pablo Soria el monopolio de los transportes terrestres entre Chichas y Jujuy, con exclusión de todo otro arriero, «declaró de unánime acuerdo que no se hiciese »lugar á la propuesta por ser contraria á la libertad »de comercio y sumamente perjudicial el privilegio ex»clusivo.»

La introducción de nuevas máquinas, las mejoras de procederes industriales, la apertura de puertos, los faros, las ciencias, las artes, las nuevas culturas, todo fué protegido por el Consulado bajo la inspiración de Belgrano, cuya influencia en todos estos adelantos consta de documentos auténticos, y forman una de las más hermosas páginas de su laboriosa vida.

Sus estudios económicos le habían inspirado amor á la agricultura, y ella le ha sugerido una bella página que podría figurar entre las contemplaciones de la naturaleza de Bernardino de Saint-Pierre. «En to»dos los pueblos antiguos—dice en una de sus me»morias económicas,—la agricultura ha sido la deli»cia de los grandes hombres, y aun la misma natura»leza parece que se ha complacido y complace en que »los hombres se destinen á ella, y si no ¿por qué se »renuevan las estaciones? ¿por qué sucede el frío al »calor para que repose la tierra y se concentren las »sales que la alimentan? Las lluvias, los vientos, los »rocíos, en una palabra, este orden maravilloso é in-

»mutable que Dios ha prescripto á la naturaleza, no »tiene otro objeto que la renovación sucesiva de las »producciones necesarias á nuestra existencia.» La admiración de las bellezas de la naturaleza siempre fué indicio de una bella alma, y la de Belgrano supo comprender sus maravillas. Pero este sentimiento elevado de las obras del Creador, no se circunscribía á los estrechos límites de un platonismo sin aplicación: el economista buscaba siempre la utilidad de los frutos, al paso que aspiraba el perfume de las flores que engalanan la creación.

Guiado por este instinto de lo bueno y de lo bello que le distinguía, á su vuelta de Europa se ligó con los agrónomos que había en el país, siendo el más notable de la época D. Martín Altolaguirre, cultivador de plantas exóticas, en cuya quinta inmediata á la Recoleta se entregaba Belgrano á sus experimentos agrícola-industriales. Habiendo introducido Altolaguirre la cultura del lino y del cáñamo en Buenos Aires, hizo que el Consulado decretara una erogación de quinientos pesos fuertes, para hacer experiencias sobre esos productos naturales. Estos ensayos le dieron la idea de un trabajo económico, de que daremos cuenta más adelante.

Pero donde brilla más la inteligencia, la instrucción y la filantropía de Belgrano, es en las Memorias que escribió como secretario del Consulado, cumpliendo con el encargo de la cédula ereccional. El se había trazado un vasto plan en el orden sucesivo de estas Memorias, de modo que cada una de ellas fuese la descripción de una provincia del virreinato, con noticias sobre el estado de su agricultura, artes y comercio, medios de fomentarlas y relaciones de unas provincias con otras. Desgraciadamente, no pudo realizar su idea, y los trabajos que nos ha dejado en este sentido hacen más sensible su falta.

Su primer trabajo económico en Buenos Aires, lleva por título: «Medios generales de fomentar la agri»cultura, animar la industria, proteger el comercio »en un país agricultor.» Este escrito, que entonces

era una especie de revelación, tendría hoy mismo su novedad y su aplicación práctica, hallándose todavía en estado de promesas muchos de los pensamientos que en él se contienen. Merece por lo tanto una atención especial.

Belgrano, como lo hemos dicho, pertenecía á la escuela de Campomanes, el más grande economista que la España haya producido. Los célebres discusros sobre la «Educación popular», publicados de 1775 á 1777 debieron ser las primeras revelaciones luminosas que tuvo de la verdad. En ellos se hace consistir la riqueza de los pueblos en la inteligencia, y el fomento de la industria en el de la educación. Tal es la idea que desenvuelve Belgrano en su Memoria, que no es en realidad sino un vasto programa de educación pública, del cual todavía estamos lejos.

Estableciendo como punto de apoyo de sus tesis «que »no hay objeto más digno de la atención del hombre »que la felicidad de sus semejantes» sienta este principio: «Las ideas morales en el hombre, cuando no »tiene algo de físico, llegan á hacerse entidades nega»tivas.» Pasando á ocuparse del comercio como parte de su teoría físico-moral, dirige estas severas palabras á los ignorantes acaudalados de la época: «La ciencia »del comercio no se reduce á comprar por diez y ven»der por veinte: sus principios son más dignos, y la »teoría que comprenden es mucho más elevada de lo »que puede parecer á aquéllos, que sin conocimientos »han emprendido sus negociaciones, cuyos productos »habiéndoles deslumbrado les han persuadido que es»tán inteligenciados de ellos.» En consecuencia propone para fomentar el comercio, el establecimiento de una Escuela de Comercio, en que se enseñe aritmética, teneduría de libros, principios de cambio, reglas de navegación, leyes y costumbres mercantiles, elementos de geografía, estadística comercial comparada, y que además se establezca una Compañía de Seguros marítimos y terrestres. Propone además una Escuela de Náutica, «sin cuyos principios—dice,—nadie puede ser patrón de lanchas en el río;» pen-

samiento que debía realizarse más adelante bajo sus auspicios.

Medios tan complicados de fomentar el arte de comprar y vender, debieron hacer sonreir á algunos de los economistas prácticos de la época, que veían su prosperidad en el monopolio, y previendo esto, dice él: «Bien veo que éstas parecerán ideas aéreas á muchos de aquellos que no han detenido su atención para meditar, que aspirando sólo á lograr las utilidades para sí, no han pensado dejar á sus sucesores medios para encontrar su bienestar. No vivamos en la persuasión de que jamás será esto otra cosa, y de que la abundancia es el castigo que el Todopoderoso ha dado á estos países, así como á otros la escasez; pues el hombre por su naturaleza aspira á lo mejor, y por consiguiente desea tener comodidades y no se contenta sólo con comer.» No es posible leer estas palabras sin admirarse de la penetración de este obscuro pensador de una colonia casi desconocida, que proclamaba estas verdades sobre las necesidades morales y materiales, sobre la teoría de la abundancia y la carestía, verdades que aun hoy mismo cuentan con incrédulos.—Parecían una página arrancada á los «Sofismas Económicos» de Federico Bastiat.

Arrojando una mirada simpática hacia los desgraciados habitadores de la campaña, exclama en seguida, poseído de un verdadero espíritu filantrópico: «Esos miserables ranchos donde se ven multitud de criaturas, que llegan á la edad de la pubertad, sin haberse ejercitado en otra cosa que en la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto.» ¿Cómo? He aquí la gran cuestión á que contrae sus investigaciones el economista social: «Uno de los principales medios que se deben adoptar á este fin—dice,—son las escuelas gratuitas, á donde puedan los infelices mandar sus hijos, sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción: allí se le podrán dictar buenas máximas, é inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde reine la ociosidad, decae el comercio y toma su lugar la miseria.» Cuando esta verdad se pro-

clamaba, la estadística no había demostrado aún, que la producción y la riqueza de un pueblo están en razón directa de su instrucción, que ésta es el agente más activo del trabajo y que la educación gratuita es una función pública.

Explotando esta idea fundamental la aplica á la educación de las mujeres, y considerando á éstas como agentes de producción, y al trabajo como un medio de enseñanza moral, agrega: «Igualmente se de»ben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde »se les enseñará la doctrina cristiana, á leer, escribir, »coser, bordar, etc., y principalmente inspirarles »amor al trabajo, para separarlas de la ociosidad, tan »perjudicial, ó más en las mujeres que en los »hombres.» Propone en consecuencia que se funden escuelas para niñas, donde se les enseñe á hilar el algodón y la lana, proporcionándoles educación, que es con corta diferencia la misma idea que Aimé Martín ha propuesto en Francia con relación al cultivo de la seda.

Aconseja que se abran escuelas en todos los barrios de la ciudad y en todas las villas de campaña para los niños de ambos sexos, en circunstancias en que no existía en Buenos Aires más que una sola escuela de primeras letras, que se llamaba «del rey», por ser la única que costeaba la corona de España.

Para los labradores, propone que se funde una Escuela práctica de Agricultura, en que se dicte un curso práctico de la materia, y se estimule la aplicación con premios adecuados, proponiendo otros premios honoríficos para las memorias de los hombres de letras que se contraigan á estos estudios. Ofrece presentar para las escuelas una cartilla rural traducida del alemán, y al paso que, con una previsión que se adelanta á su época, inculca sobre la conveniencia de aclimatar animales de otros países, que puedan prosperar en nuestro clima, manifiesta una copiosa erudición y un conocimiento poco común de las leyes de la física y de la química, con motivo de los fenómenos de la naturaleza que menciona, y de la cuestión de

abonos que trata con extensión. Allí se lee esta máxima tan vulgarizada hoy, y tan extraña entonces, para los que creían que la tierra se fatigaba de producir: «El verdadero descanso de la tierra es la mutación de producciones.»

No es menos notable el consejo que da de poblar de bosques las llanuras de la pampa para evitar las grandes secas, pensamiento que después ha sido presentado por muchos como original. «No se debe menos aten»ción á los bosques—son sus palabras.—Es indispensa»ble poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos »en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tie»rras llanas, que son propensas á la sequedad cuando »no son defendidas: la sombra de los árboles contri»buye mucho para conservar la humedad, los troncos »quebrantan los aires fuertes y proporcionan mil ven»tajas al hombre.»

Es verdaderamente de admirar el crecido número de ideas útiles y adelantadas, de proyectos fecundos, de observaciones exactas y de verdades luminosas que se contienen en este pequeña escrito, el primero en su género que haya producido un argentino, y que aunque no fuera más que por esta circunstancia merecía ser sacado del olvido. A su tiempo veremos «germinar estas semillas,» como este jornalero del progreso denominaba con tanta propiedad sus ideas.

En su segunda Memoria volvemos á encontrar al economista filosófico, que afectando contraer toda su atención á los intereses materiales, se ocupa con preferencia de la mejora física y moral de sus semejantes. Su título es el siguiente: «Utilidades que resultarán »á esta Provincia y á la Península, del cultivo del »lino y cáñamo; modo de hacerlo; la tierra más con»veniente para él; modo de cosechar estos ramos, y por »último se proponen los medios de contraerse á este »ramo de la agricultura.» ¿Quién creería encontrar bajo este título un estudio social sobre la condición desgraciada de la mujer y medios de mejorarla? Tal es, sin embargo, el fondo de este escrito, notable principalmente bajo este aspecto.

clamaba, la estadística no había demostrado aún, que la producción y la riqueza de un pueblo están en razón directa de su instrucción, que ésta es el agente más activo del trabajo y que la educación gratuita es una función pública.

Explotando esta idea fundamental la aplica á la educación de las mujeres, y considerando á éstas como agentes de producción, y al trabajo como un medio de enseñanza moral, agrega: «Igualmente se de»ben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde »se les enseñará la doctrina cristiana, á leer, escribir, »coser, bordar, etc., y principalmente inspirarles »amor al trabajo, para separarlas de la ociosidad, tan »perjudicial, ó más en las mujeres que en los »hombres.» Propone en consecuencia que se funden escuelas para niñas, donde se les enseñe á hilar el algodón y la lana, proporcionándoles educación, que es con corta diferencia la misma idea que Aimé Martín ha propuesto en Francia con relación al cultivo de la seda.

Aconseja que se abran escuelas en todos los barrios de la ciudad y en todas las villas de campaña para los niños de ambos sexos, en circunstancias en que no existía en Buenos Aires más que una sola escuela de primeras letras, que se llamaba «del rey», por ser la única que costeaba la corona de España.

Para los labradores, propone que se funde una Escuela práctica de Agricultura, en que se dicte un curso práctico de la materia, y se estimule la aplicación con premios adecuados, proponiendo otros premios honoríficos para las memorias de los hombres de letras que se contraigan á estos estudios. Ofrece presentar para las escuelas una cartilla rural traducida del alemán, y al paso que, con una previsión que se adelanta á su época, inculca sobre la conveniencia de aclimatar animales de otros países, que puedan prosperar en nuestro clima, manifiesta una copiosa erudición y un conocimiento poco común de las leyes de la física y de la química, con motivo de los fenómenos de la naturaleza que menciona, y de la cuestión de

abonos que trata con extensión. Allí se lee esta máxima tan vulgarizada hoy, y tan extraña entonces, para los que creían que la tierra se fatigaba de producir: «El verdadero descanso de la tierra es la mutación de producciones.»

No es menos notable el consejo que da de poblar de bosques las llanuras de la pampa para evitar las grandes secas, pensamiento que después ha sido presentado por muchos como original. «No se debe menos aten»ción á los bosques—son sus palabras.—Es indispensa»ble poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos »en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tie»rras llanas, que son propensas á la sequedad cuando »no son defendidas: la sombra de los árboles contri»buye mucho para conservar la humedad, los troncos »quebrantan los aires fuertes y proporcionan mil ven»tajas al hombre.»

Es verdaderamente de admirar el crecido número de ideas útiles y adelantadas, de proyectos fecundos, de observaciones exactas y de verdades luminosas que se contienen en este pequeña escrito, el primero en su género que haya producido un argentino, y que aunque no fuera más que por esta circunstancia merecía ser sacado del olvido. A su tiempo veremos «germinar estas semillas,» como este jornalero del progreso denominaba con tanta propiedad sus ideas.

En su segunda Memoria volvemos á encontrar al economista filosófico, que afectando contraer toda su atención á los intereses materiales, se ocupa con preferencia de la mejora física y moral de sus semejantes. Su título es el siguiente: «Utilidades que resultarán »á esta Provincia y á la Península, del cultivo del »lino y cáñamo; modo de hacerlo; la tierra más con»veniente para él; modo de cosechar estos ramos, y por »último se proponen los medios de contraerse á este »ramo de la agricultura.» ¿Quién creería encontrar bajo este título un estudio social sobre la condición desgraciada de la mujer y medios de mejorarla? Tal es, sin embargo, el fondo de este escrito, notable principalmente bajo este aspecto.

Los ensayos de Altolaguirre y los experimentos que hizo para extraer linaza, debieron inducir á Belgrano á escribir su segunda Memoria. Ella es, por lo que respecta á la teoría económica, una amalgama de las doctrinas de los dos célebres jefes de la escuela fisiócrata, Quesnay y Gournay; y reposa en un error, cual es el de pretender convertir simultáneamente, en fabril á un país por medio del mismo producto que se quiere introducir. Pudiera decirse en abono de Belgrano, que tal vez con esto no pretendía sino obtener mayores ventajas para sus proyectos, halagando á la metrópoli, que, teniendo en vista idénticas miras, había prohibido el cultivo del lino, por las leyes de Indias, reglamentos de intendentes y otras reales órdenes posteriores. Aunque esta suposición hiciera honor á su habilidad, no es probable en el candor y en la buena fe de su carácter, sobre todo, cuando se sepa que su Memoria no es sino una ampliación, copiando casi literalmente las premisas de un trabajo sobre la materia del célebre Campomanes.

La parte relativa á la condición de la mujer y á su mejora, contiene estos pasajes: «Ved aquí (la fa»bricación del lino) un recurso para que trabajen tan»tos infelices, y principalmente el sexo femenino, sexo »en este país, desgraciado, expuesto á la miseria y »desnudez, á los horrores del hambre y estragos de »las enfermedades que de ella se originan: expuesto »á la prostitución, de donde resultan considerables »males á la sociedad, tanto por servir de impedimento »al matrimonio, cuanto por los funestos efectos con »que castiga la naturaleza este vicio.» En una nota al fin de la Memoria agrega: «No podrá menos de las»timarse (el que estudie su condición) de la miserable »situación del sexo privilegiado, confesando que es »el que más se debe atender por la necesidad en »que se ve sumergido, y porque de su bienestar, que »debe resultar de su aplicación, nacerá la reforma de »las costumbres y se difundirá el resto de la sociedad.» Es el moralista eneñando que el bienestar y la vir-

tud de la mujer instruída, constituyen la base de la sociabilidad.

La tercera Memoria anual tuvo por objeto el desarrollo de este tema: «El origen de la felicidad de »estas provincias es la reunión de los comerciantes »y de los hacendados, á la par del premio y la ilus»tración en general.» El virrey, que asistió á su lectura, ordenó en el acto que se imprimiera «para »que llegasen á conocimiento de todos tan útiles »ideas.»

El argumento, sugerido por una real orden que disponía que el Consulado se compusiera en lo sucesivo «de hacendados y comerciantes en igual número, instruídos en sus respectivos ramos,» y que se propusiesen premios sobre los objetos más útiles de comercio, agricultura y artes, no es sino el epígrafe de su disertación. Empieza por presentar bajo la forma de una hipótesis el estado miserable del comercio y de la industria del Río de la Plata, describiendo «un »país dotado por la naturaleza de toda la feracidad de »que es susceptible la tierra, en el que se encuentran »todas las producciones para satisfacer las primeras »necesidades del hombre, y en que se producen los opi»mos frutos de que abundan las regiones del orbe.» Adelantando su hipótesis, concede á este país imaginario, «que sus habitantes son industriosos, se hallan »poseídos del amor patriótico, que no consiente que »el extranjero les traiga sus frutos; en una palabra, »que quieren ser independientes, y para ello sacrifican »sus comodidades, tienen una vida menos que frugal, »que casi degenera en miseria.» Por último, abandonando el terreno de la alusión y generalizando, se extiende á concederle, que tiene todo lo necesario en fábricas, y que sus manufacturas no tienen comparación por su finura y bellas calidades.

Trazado este cuadro ideal del proteccionismo y del sistema prohibitivo para fomentar la industria nacional, que como se ha visto, era el mismo que había arruinado el comercio de España y de sus Indias, reduciendo á la más triste condición las colonias ameri-

canas, formula en términos categóricos su condenación: «Este país, que al parecer del que no reflexiona »ni tiene conocimientos económicos, será el más feliz »de la tierra, este país, digo, sin comercio, será un país »miserable y desgraciado. Si por algún tiempo florece, »será tan fugaz su primavera, que ni aun rastro que»dará de sus felicidades; pues el invierno de la men»dicidad vendrá con sus nieves á destruir cuanta ri»queza hubiese tenido. Su misma abundancia sería el »azote más cruel: ella lo pondría hidrópico con sus »propias aguas, y no pudiendo darles salida, era in»dispensable que falleciese. La feracidad vendría á ser »esterilidad; la industria se convertiría en holgaza»nería.»

Sienta en seguida esta definición de los economistas ingleses: «El comercio es el cambio de lo sobrante por lo necesario,» y la refuerza con la máxima de la escuela fisiócrata, formulada por Quesnay «dese plena »libertad al comercio interior y exterior, que consiste »en la libre concurrencia.» Apoyado en teorías correctas, refuta y ataca de frente las preocupaciones vulgares, que habían opuesto obstáculos á la realización de sus ideas sobre el libre cambio, diciendo: «Muchos »creen que si se concede entera libertad para la ex»tracción de frutos, el país quedará pobre y misera»ble, y todo vendrá á ser caro, y se presenta á su ima»ginación un cuadro que lo hacen pasar á la de los »otros, que avisionadas contra todo lo nuevo, ponen »en movimiento algunos resortes, que desgracian los »proyectos más útiles.»

Pasa luego á ocuparse de los premios como estímulo al trabajo y al desarrollo de las aptitudes industriales, «pues sin ellas—agrega,—nada se podrá adelan»tar, ni la agricultura será otra cosa, que arañar un »poco la tierra, como hasta aquí se ha ejecutado, sin »principios, sin ideas, sin conocimientos; ni el comer»cio saldrá de la esfera de comprar barato para ven»der caro.» Y formulando en dos palabras su programa, hace esta reminiscencia: que revela una idea fija: «anualmente he clamado siempre por «la escuela» y

el premio.» Desenvuelve esta parte de su disertación, manifestando con Campomanes las ventajas de los congresos especiales y de las exposiciones industriales, como medio de extender la instrucción y de mejorar los productos por la comparación, el estímulo y la divulgación, ideas que las exposiciones del siglo XIX han hecho prácticas.

Estas lecciones indirectas, se cierran con un consejo indirecto al pueblo y al gobierno, incitando á éste á emanciparse de la tutela de los gobiernos dignificados por el trabajo propio, y así dice: «Llegarán sin »duda (las provincias) al grado mayor de prosperidad »sobre fundamentos permanentes, haciendo independiente el poder de nuestro soberano: estas son las ricas minas cuyos tesoros jamás se agotan, ellas aseguran la fuerza y poder de un estado, que, como dice »un economista, no dependen de la vana política que »desde el gabinete forma alianzas inútiles y poco seguras, que se rompen luego que se forman, por negociaciones frívolas, sino un pueblo, laborioso, rico y »bien mantenido.»

Su última palabra es: «Sin que se ilustren los habitantes de un país, ó lo que es lo mismo, sin enseñanza, nada podríamos adelantar: si al contrario nos »penetra esta dulce filosofía de la humanidad; si nos »reunimos, premiamos é ilustramos cada uno según »podamos, no dudemos ver entre nosotros los hermosos días de Saturno.»

Lástima es que tan bellas páginas tengan un borrón que las afee, cuando al hablar de las razas, refiriéndose á los africanos y á sus descendientes mixtos, los presenta como perjudiciales al adelanto de la industria, insinuando la separación de su trabajo. Bien que esto sea á consecuencia de que, según él «los blancos »prefieren la miseria y la holgazanería, antes de ir »á trabajar al lado de negros y mulatos,» se extraña en un hombre de su elevación moral, no encontrar al lado de esas palabras el correctivo.

De todos modos, luego veremos convertirse en realidades una parte de estos proyectos, de los que de-

cía modestamente su promotor: «Yo me contentaré si consigo que por un momento se piense en esto.»

Sin dar á estas especulaciones económica-filantrópicas más importancia de la que en sí tienen, ni suponer en su vulgarizador una intención revolucionaria, el hecho es que ellas entrañaban una reforma radical, incompatible con el sistema colonial, que con el tiempo debían dar naturalmente sus frutos. Sugeridas por el atraso y la miseria de la colonia, la desgraciada condición y la ignorancia de sus habitantes, la falta de iniciativa de las autoridades, y las leyes coercitivas de la metrópoli que obstaban al progreso de la agricultura, de la ganadería. del comercio y de todo trabajc reproductor, ellas respondían á necesidades reales, determinaban un objetivo inmediato y creaban un ideal. A la par que Belgrano hacía las más sinceras protestas de vasallo leal y de buen español, presentaba el espectáculo de la miseria de un país, que podía serlo todo, y por el cual ni el individuo ni el gobierno habían hecho nada, por los efectos perniciosos de un mal sistema económico, que tenía por base la explotación egoísta de una metrópoli avara y estaba fundado en el derecho de conquista. Las recientes discusiones sobre el comercio libre, las valientes protestas de los librecambistas en el Consulado contra el monopolio de Cádiz, y por lo tanto contra la explotación y el sistema colonial, prueban que Belgrano no era un mero utopista, y que hasta cierto punto no le faltaba la consciencia de su tarea, aun cuando por el momento no tuviera la intuición de su alcance.

Estas ideas, estos proyectos, estas aspiraciones hacia un estado mejor, en presencia de una situación desgraciada, no eran aisladas. Las mismas causas debían producir los mismos efectos, y en el resto de la América existían pensadores adelantados y trabajadores animosos, que propendían á los mismos resultados que Belgrano, luchando por el bien, sin darse tal vez cuenta de toda la extensión del mal que querían remediar. Distinguíase entre éstos D. Manuel de Salas, síndico

del Consulado de Chile, con quien el secretario del de Buenos Aires mantenía una correspondencia activa sobre todos estos tópicos. Inteligencia más penetrante que la de Belgrano, con ideas más metodizadas y un estilo más literario, pertenecía á su misma escuela económica y filantrópica, cuyos principios habían bebido ambos en un viaje hecho á la madre patria. Ambos se comunicaban sus ideas, se alentaban en sus trabajos y realizaban en dos puntos apartados del continente americano, las mismas teorías, impulsados por iguales móviles. Muchas veces las ideas brotaban simultáneamente en ambas cabezas, y á veces las de Belgrano no eran sino la repetición de las de Salas, como las de ambos no eran sino el reflejo de los economistas españoles, con aplicación á un país que querían redimir del cautiverio de la ignorancia y la miseria. A un mismo tiempo casi promovieron en sus respectivos países, como miembros del Consulado, el fomento de la agricultura y el estudio de las ciencias exactas, luchando ambos con los mismos obstáculos sin desalentarse, y consolándose de sus fracasos con la esperanza de mejores tiempos. En una carta que Belgrano dirigía á Salas, le decía: «Desapareció la esperanza de reforma, y ha venido á substituirla la ejecución de un proyecto fiscal. Sigamos en nuestros trabajos, dejando al tiempo su medro. Tal vez corriendo los días llegarán las circunstancias oportunas para que se conozca el mérito. Entretanto, nos queda la satisfacción de obrar como debemos.»

Como se ve, la historia del Consulado de Buenos Aires, íntimamente ligada á la vida de su secretario, que le inoculó sus ideas y le imprimió dirección desde su origen, está igualmente ligada al movimiento de ideas y planes de reforma en Sud América. Bajo su influencia se ve, que esta corporación fué en Buenos Aires lo mismo que en Chile, un especie de gobierno en el gobierno, en que Belgrano hizo las veces de ministro; y á esta circunstancia deberá el lugar que ha de ocupar en nuestros anales.

La salud delicada de Belgrano no le permitía con-

traerse sin descanso á los deberes de su empleo, y en una de sus ausencias, habiéndosele substituído por el escribano del tribunal, comprendió el peligro que había en fiar tan delicado encargo á manos inexpertas, malogrando así sus afanes. En consecuencia, escribió directamente á la corte proponiendo para suplente al Dr. D. Juan José Castelli, «por ser sujeto— »dice en el oficio,—muy versado en la economía polí»tica, en quien concurren apreciables circunstancias, »que le han adquirido la estimación de todo el pueblo,» y la corte ordenó en 6 de marzo de 1796 que Castelli supliera á Belgrano en todas sus ausencias. Así se ayudaban mutuamente estos dos futuros revolucionarios, ensayándose en el reducido teatro del Consulado, para las arduas tareas y para las severas luchas que los esperaban.

A consecuencia de la real orden de 31 de marzo de 1797, y de la Memoria á que dió origen, acordó el Consulado á propuesta de Belgrano, fundar premios generales al trabajo, á la industria y al estudio, encomendándose el programa al secretario, quien lo formuló en los siguientes términos:

«1.° Al labrador que con certificación de los párro»cos y diputados del Consulado, ó en su defecto de los »jueces ordinarios, hiciese constar haber introducido »un cultivo provechoso con arreglo al clima y cir»cunstancias de la provincia en que lo ejecute, y ha»ga ver en una memoria las ventajas que traería al »comercio en particular de su país y general de la »Nación, se le asignarán cincuenta pesos.

»2.° Al individuo que en toda forma hiciese constar »haber establecido una huerta y monte de árboles »útiles en el puerto de la ensenada de Barragán, se le »asignarán cincuenta pesos. Será preferido el que hi»ciese constar haber plantado mayor número de árbo»les, y haber cultivado más hortalizas.

»3.° ¿Qué medio se podría adoptar, para hacer »grandes plantaciones de árboles útiles en la jurisdic»ción de esta capital sin necesidad de poner cercos? »Al mismo tiempo, díganse las utilidades que resulta-

»rían á la Provincia con el medio ó medios que se »propongan. El que merezca el premio lo obtendrá de »cincuenta pesos.

»4.° Al que manifieste el modo de tener aguadas »permanentes en la campaña, cincuenta pesos.

»5.° ¿Cómo podrán preservarse los cueros de la po»lilla? Este asunto es el más importante para el co»mercio actual de esta Provincia, y se asignará el »premio de quinientos pesos por ahora, al que con la »experiencia manifestare las ventajas del medio que »proponga, en la inteligencia de que se señalará una »pensión de quinientos pesos al año por el discurso de »su vida al que lo encuentre.

»6.° Quien manifieste el estado de población de »cualquiera de las provincias de este Virreinato, con »la distinción de clases, sus ocupaciones, ya por el »cultivo, ya por la industria, los productos de estos »ramos, sus consumos, etc., obtendrá el premio de cien »pesos. Será preferido el que escribiese particularmen»te sobre la provincia de esta capital en iguales cir»cunstacias.»

Tal fué el programa de Belgrano, que la Junta aprobó por unanimidad, acordando su impresión, programa que, después de un medio siglo, está por cumplirse todavía en muchas de sus partes.

Su solicitud en favor de la educación y del trabajo para las mujeres, inspira una irresistible simpatía, y contrasta con sus hazañas militares, contraste que se repite más de una vez, aun después de sus memorables victorias. Así fué que, inspirado por estos nobles anhelos, había conseguido, antes que se fundasen los premios generales, que se destinaran al Colegio de Huérfanos de San Miguel, fundado por su familia, premios de treinta y cuarenta pesos fuertes á las niñas que presentasen «una libra de algodón hilado, igual, delgado y pastoso», dice el Acuerdo, palabras que manifiestan el carácter metódico y minucioso de Belgrano y su propensión hacia los detalles, calidades que le han distinguido siempre, así en sus grandes como en

sus pequeñas cosas, y que han dado origen á una es cuela militar en la República Argentina.

Pero las creaciones que le hacen acreedor á la gratitud de la posteridad, como al fundador del estudio de las ciencias exactas y de las bellas artes en su patria, son las que realizó bajo los auspicios del Consulado, que en esto obedeció no sólo al impulso de las ideas enunciadas en su primer Memoria anual, sino también á sus perseverantes exigencias.

El animó á don Juan Antonio Hernández á que se presentase al Consulado pidiendo su protección para fundar una escuela de geometría, arquitectura, perspectiva y de toda clase de dibujo. Autorizado por la corporación, aunque con repugnancia manifiesta, por no estar debidamente autorizada para hacer esta clase de erogaciones, presentó su presupuesto en una de las sesiones próximas. Según consta del acta de 15 de marzo de 1799, el presupuesto ascendió á doscientos ochenta y un pesos cuatro reales de gastos de establecimiento y veinte pesos mensuales, quedando á su cargo los emolumentos del director. Después de algunas resistencias, consiguió que se aprobara el presupuesto, con la expresa condición de dar cuenta á la corte para su aprobación, á excepción de don Juan Esteban Anchorena, el orador del monopolio en la cuestión del comercio libre, que opinó «porque no se pusiese en planta el gasto hasta las resultas de S. M.» La escuela de dibujo quedó planteada en el mes de marzo de 1799 con aprobación del virrey.

Por el mismo tiempo se estableció la Escuela de Náutica, promovida por el mismo Belgrano, sobre las bases que suministró don Félix Azara, anunciándose por carteles públicos su establecimiento con fecha 3 de abril, y su instalación se verificó el 26 de noviembre del mismo año. Asignáronse mil pesos anuales á su director y seiscientos al segundo, con la condición de que no debían percibir sus sueldos hasta la aprobación real; obteniendo las cátedras por oposición el ingeniero geógrafo don Pedro Cerviño y el

agrimensor del virreinato don Juan Alsina, siendo Azara uno de los examinadores.

Belgrano hizo que se fundasen premios para la escuela de dibujo, que consistían en medallas de plata con las armas del Consulado por el anverso y leyendas alusivas al reverso, con exposición pública de las obras premiadas. Los progresos fueron tan rápidos, que á los siete meses de la instalación del aula, ya se acordaban premios por dibujos acabados de cuerpos y cabezas.

La Escuela de Náutica, aunque contrariada al principio por el gobernador de Montevideo, instigado tal vez por los marinos españoles, empezó á dar muy luego sus benéficos resultados. Su reglamento fué encomendado á Belgrano, y en él es digno de notarse su primer artículo, que es como sigue: «El general »objeto de este establecimiento es fomentar, con tras»cendencia á estos dominios, el estudio de la ciencia »náutica, proporcionando por este medio á los jóvenes »una carrera honrosa y lucrativa, y á aquellos que no »se destinen á ella, unos conocimientos los más á pro»pósito para sus progresos, bien sea en el comercio, »bien en la milicia ó cualquier otro estudio, de donde »se infiere que la causa pública logre con esta ins»trucción una utilidad singular, cual se deja compren»der, prescindiendo de otros adelantamientos que son »bien notorios.» En él se prescriben los premios, se prohibe el castigo de azotes, y se dispone que se eduquen en la escuela ocho niños huérfanos, cuatro de los cuales deberán ser indios, en lo que manifiesta ya Belgrano su solicitud por esta raza desvalida, que más tarde debía hacerle incurrir en uno de sus mayores errores políticos. El reglamento termina con estas palabras: «Como los estudios humanos son nada, sin »los auspicios de la Divinidad, el Consulado ha pues»to por mediador para alcanzar aquélla en favor del »establecimiento, á San Pedro González Telmo, para »que recaigan las bendiciones del Señor en este útil »establecimiento, dirigido en beneficio universal del »Estado.»

Las dos escuelas se refundieron más tarde en un mismo local, en un salón contiguo á la secretaría, desde la cual podía Belgrano inspeccionar sus trabajos y deleitarse en la contemplación de su obra. Cuando él creía haber cumplido sus votos y veía «fructificar sus semillas», después de tres años de afanes, llegaron órdenes terminantes de la corte mandando suprimir los dos establecimientos, por ser de «mero lujo» y reprobando severamente al Consulado por haberlos autorizado; acto de barbarie, digno de un gobierno tiránico y enemigo de la ilustración. Así se cumplió: la academia de dibujo y la escuela de náutica, que ya habían dado discípulos adelantados, fueron suprimidas con escándalo del país.

No se desanimó por esto, y él mismo nos dice en sus confesiones: «Otros varios objetos de utilidad y »necesidad promoví, que á poco más ó menos tuvieron »el mismo resultado, y tocará al que escriba la his»toria consular dar una idea de ellos; diré yo por lo »que hace á mi propósito, que desde el principio de »1794 hasta julio de 1806 pasé mi tiempo en igual »destino, haciendo esfuerzos impotentes á favor del »bien público; pues todos, ó escollaron en el gobierno »de Buenos Aires, ó en la corte, ó entre los mismos »comerciantes.»

Así, en estas páginas ignoradas de nuestra historia consular, encontramos ya el germen fecundo de las grandes instituciones que inmortalizaron más tarde la administración de don Bernardino Rivadavia. ¡Cuánto no hubiera podido hacer el secretario del Consulado en favor de los progresos morales y materiales del país, á haber tenido á su disposición los elementos del gobierno, ó si por lo menos no hubiera sido tan contrariado en sus miras y propósitos! Sin embargo, hizo lo bastante para su gloria en la temprana edad de veinticinco á treinta años, en que por lo general la savia de la vida y la energía del alma se consume en la disipación. En presencia de esta contracción laboriosa y de estas creaciones, obra de su anhelo por la mejora del hombre y la felicidad de la patria, no

se comprende cómo uno de sus panegiristas haya pc dido decir sobre la tumba de Belgrano hablando de él: «Aneguemos en un profundo olvido los años de su »juventud, en que por lo común se confunden el genio »y los talentos, por falta de piedra de toque que los »descubra; en que vive el hombre sin más interés que »el de vivir, sin aspiraciones, sin miras y sin fijarse »en lo porvenir. No dispensemos elogios, ni derrame»mos hieles sobre este período de su vida, que ningún »influjo tuvo en la sociedad de que fué miembro.» Por eso hemos dicho antes, que ni aun sus propios panegiristas han comprendido su carácter, ni conocido sus servicios. Si la revolución no hubiese magnificado sus cualidades en una escena más vasta, Belgrano habría sido siempre un hombre notable de su época, y su nombre se habría salvado del olvido en alguna página de la historia local. La Academia de dibujo y la Escuela de Náutica bastan para perpetuar su nombre, y muchos de nuestros personajes célebres no han hecho para merecer la celebridad, lo que Belgrano había ejecutado y pensado ya antes de cumplir los treinta años.

Sea desaliento, sea que la vida monótona de la sociedad colonial embotase momentáneamente sus facultades, el hecho es que en esta época de su vida se nota una especie de eclipse. Sólo en los pueblos libres se ve constantemente en escena á los hombres públicos condenados á vivir sobre la trípode, y á dar día por día sus vaticinios en medio de convulsiones y dolores. En un pueblo como Buenos Aires, donde en la época á que nos referimos, el despotismo era un mal crónico, este período de la vida de Belgrano, refleja la vida negativa de la sociedad colonial, especie de agua dormida, sin corrientes y sin tempestades. Sin embargo, se ve que sus trabajos anteriores le habían granjeado gran crédito, y que era uno de los nativos que más influencia tenía entre los mandatarios de aquella época.

De la consideración de que gozaba en su tiempo y de la gratitud pública que premió sus inteligentes y

desinteresados afanes, da testimonio un documento que se encuentra en el archivo de su familia, en que el cuerpo consular, dirigiéndose colectivamente al rey, le dice con fecha 4 de febrero de 1806: «Llevamos »nuestras súplicas á S. R. P. para premiar al secreta»rio de este real Consulado, por su distinguido méri»to, desempeño y atención eficaz á cuanto puede decir »á la felicidad de estos dominios; pero como estas »súplicas permanecerían en silencio, y por consiguien»te el premió merecido quedaría sin aquellas distincio»nes que lo hacen valer; suplicamos á V. R. M. se »digne concederle los honores de su secretario, para »que añadiendo estímulos á la dedicación de sus tra»bajos, fomente las buenas ideas con el celo que hasta »aquí.»

Ahora vamos á verle desplegar sus calidades en otro teatro, ensayándose para sus futuras hazañas militares, y prepararse para ser uno de los autores de la independencia americana, y uno de los campeones de la libertad de su patria.

CAPITULO III

La conquista y la reconquista

1806

na nueva época.—Ensayos militares.—Inglaterra y España.—El apresamiento de las cuatro fragatas.—Planes de Inglaterra sobre Sud América.—El general Miranda y Pitt.—Expedición al Cabo de Buena Esperanza.—Boceto de Home Popham.—El general Berresford.—Primera invasión inglesa al Río de la Plata.—Berresford se apodera de Buenos Aires.—Paseo triunfal de los tesoros en Londres.—Planes de reconquista.—Conjuración popular.—Noticias sobre Liniers.—Combate de Perdriel.—Expedición de Montevideo.—Sucesos de la reconquista.—Jornada del 12 de Agosto.—Rendición de los ingleses.—Revolución del 14 de Agosto.—Delegación forzada del virrey.—Gobierno de tres cabezas.—Corolario.—Falsa capitulación y sus consecuencias.

Vamos á entrar en una nueva época. Grandes acontecimientos, que cambiarán la faz del país van á desenvolverse. El escenario de la vida pública va á dilatarse y á ser ocupado por nuevos actores en el drama de la historia. Un nuevo derecho y una nueva fuerza van á surgir, apoyándose recíprocamente. La vetusta armazón del sistema colonial comenzará á desmoronarse y concurrirán inconscientemente á ello sus mismos custodios. La opinión pública hará su primera manifestación de soberanía, y empezarán á destacarse de la masa del pueblo, los que lo han de guiar en esta evolución y en su próxima revolución.

En medio de este gran movimiento inicial, hará Belgrano sus primeros ensayos militares, que por cierto no fueron brillantes. Empezó por ser un oficial de milicias, que no tenía de tal sino el uniforme, y oyó disparar los primeros tiros en la guerra en uno de esos simulacros de combate, que tan comunes son en los pueblos que por la primera vez empuñan las ar-

mas. En 1797 había sido nombrado por el virrey Melo de Portugal capitán del regimiento de milicias urbanas de infantería, empleo puramente honorífico que aceptó «más por capricho que por inclinación á la carrera militar», como él mismo lo confiesa. En 1806, agregado al regimiento de que era capitán, fué comisionado por el virrey Sobremonte para formar una compañía de caballería compuesta de jóvenes del comercio; pero sus esfuerzos escollaron en la repulsión general que inspiraba el servicio militar. Mientras tanto, las posesiones del Río de la Plata se hallaban amenazadas por la invasión de una nación poderosa, que hacía años tenía fijos sus ojos sobre la América del Sur, y las personalidades se refundían en la colectividad.

Para comprender mejor esto, y dar su verdadero significado á los hechos que van á seguirse, ligando los efectos á sus causas inmediatas, se hace necesario exponer algunos antecedentes históricos.

La España fué una de las primeras naciones que en Europa y á la par de la Prusia, desenvainó su espada contra la revolución francesa de 93, invadiendo su territorio por los Pirineos, en nombre del principio de la legitimidad monárquica. Fué también una de las primeras que, vencida á la par de la primera coalición contra la nueva república, se adhirió á la paz de Basilea (1795), reconociendo la legitimidad del pueblo y del gobierno, que había hecho rodar en un cadalso la cabeza de un rey, en señal de desafío á las testas coronadas. A esta paz se siguió el vergonzoso tratado de San Ildefonso, negociado por la influencia del favorito Godoy, por el cual la España se constituyó en humilde aliada de la República Francesa. En esta desdorosa posición, había acompañado á la Francia con el arma al brazo, durante la segunda coalición de la Europa contra Napoleón, batiéndose en los mares con la marina inglesa y debilitando la suya en una serie de reveses. La paz de Amiens (1802) ahorrándole mayores sacrificios, no le restituyó, empero, su libertad de acción para lo futuro. Ligada por el funesto tratado de

San Ildefonso y colocada bajo la presión de su terrible aliada, hubo de pactar con ella la entrega de fuertes subsidios pecuniarios para el caso de una guerra que ya se preveía, á trueque de su concurso armado. Esta política vacilante y esta posición equívoca, le impidieron restablecer sólidamente sus buenas relaciones con la Inglaterra, no obstante la oferta que hizo de ajustar con ella un tratado de comercio, pretendiendo así salvar su neutralidad aparente, y mantener un equilibrio imposible. Tal era su situación ante las dos grandes potencias destinadas á chocarse, cuando en 1803 estalló de nuevo la guerra continental, en que se puso resueltamente la Inglaterra al frente de la tercera coalición contra Napoleón. Instada por ambos contendores para que asumiese una actitud decidida, la España, sin poder y sin voluntad, se veía fatalmente arrastrada por sus compromisos y por las exigencias de Napoleón á ponerse del lado de la Francia. En tal situación, una ruptura con la Inglaterra era inminente.

La Inglaterra, en previsión de tal eventualidad, adoptó una resolución que la moral y el derecho de las naciones condena, que ni la necesidad ni el resultado justifica, y que ha sido severamente reprobada hasta por sus propios historiadores.' En plena paz, sin previa declaración de guerra, hallándose el embajador español en Londres, cuatro fragatas de guerra españolas, procedentes del Río de la Plata y cargadas de caudales, fueron alevosamente atacadas á la altura del Cabo de Santa María (1804) por igual número de fragatas inglesas, volando una de ellas en el combate, y quedando apresadas las tres restantes. Esta brutal agresión decidió á España á romper las hostilidades, la que, uniendo su marina á la de Francia, sucumbió gloriosamente en el año siguiente (1805) en Trafalgar, dejando á la Gran Bretaña señora de los mares de ambos mundos.

El comercio inglés, afligido por los efectos de la guerra europea (aun antes de expedirse el famoso decreto del bloqueo continental de 1806 en Berlín), ne-

cesitaba abrirse nuevos mercados á fin de dar salida á los productos estancados de sus fábricas; á la vez, su gobierno procuraba asegurarse en el otro hemisferio posesiones que le ofrecieran compensaciones en un tratado de paz. Años hacía que con tal objeto tenía fijas sus miradas en la América del Sur. Ya en 1793, al estallar la guerra europea, había reunido en la Isla de Santa Elena una fuerte expedición con el objeto de lanzarla sobre el Río de la Plata; pero la paz que sobrevino paralizó este proyecto. El genio de Pitt, que dirigía los destinos de aquella nación, no abandonó empero esta idea, teniendo en mira, no sólo su engrandecimiento mercantil, sino también abatir el poder colonial de la España en América, á fin de desmembrarla de la madre patria, y vengarse así del auxilio que había prestado á la insurrección y emancipación de las colonias inglesas.

Un hombre extraordinario, campeón y apóstol de la libertad humana en ambos mundos, que fué el primero que abrigó en su mente la idea de emancipación de las colonias españolas del nuevo mundo, implantando en ellas las instituciones republicanas, y que hacía años solicitaba auxilio de todos los gobiernos europeos para realizar su atrevida empresa, golpeó un día las puertas del gran ministro y le manifestó su plan. Era éste, el célebre general venezolano Miranda, que desde 1790 trabajaba con tal propósito. En 1797, estos planes empezaron á tomar alguna consistencia. En ese año reuniéronse en París varios americanos españoles, miembros de una asociación secreta, fundada con aquel objeto por Miranda, y en ella se acordó solicitar formalmente el apoyo de la Gran Bretaña, sobre la base de una alianza ofensiva y defensiva, ofreciéndole en compensación 30 millones de libras esterlinas, y algunas ventajas comerciales y territoriales, de que debían participar igualmente los Estados Unidos. Pitt acogió la idea, sobre la base de una expedición de 10.000 hombres de los Estados Unidos, protegida por una escuadra inglesa. Al efecto hizo que el ministro de negocios extranjeros Dun-

das escribiera al gobernador de Trinidad encomendándole «promover los medios más adaptables para libertar las colonias españolas, á fin de ponerlas en términos de resistir á la autoridad opresiva de su gobierno, con la certeza de contar con todos los recursos de la Gran Bretaña, así con sus escuadras como con armas y municiones en cuanto las pudieran desear, bajo el concepto que el ánimo de S. M. B. no es otro sino conservarles su Independencia, sin pretender ninguna soberanía, ni tampoco mezclarse en nada de sus privilegios ó derechos políticos, civiles y militares.» A la vez Miranda púsose en correspondencia con el célebre Hamilton, á quien había conocido en la época en que, bajo las órdenes de Wáshington y de Lafayette, había combatido por la independencia de las colonias inglesas. No habiéndose decidido el presidente Adams á prohijarlo, el proyecto quedó aplazado.

La idea volvió á surgir bajo otra forma en 1801, y cuando se firmó la paz de Amiens estaba en vísperas de llevarse á ejecución. Al romperse nuevamente las hostilidades en 1803, fué tomada otra vez en consideración por el gabinete inglés, siendo los intermediarios de la negociación con Miranda el vizconde de Melville, primer lord del almirantazgo, y sir Home Popham, quien la acogió con ardor, y redactó sobre ello una memoria después de conferenciar con Pitt. En consecuencia, después de la toma de las cuatro fragatas españolas, estaba convenido en diciembre de 1804, que Popham acompañaría á Miranda con la fragata Diadema, de 64 cañones, á fin de cooperar á sus planes sobre América, teniendo en mira «aprovechar toda oportunidad que se presentase para asegurar en el nuevo continente una posición favorable al tráfico de la Inglaterra.» Por deferencia á la Rusia, se abandonó otra vez el proyecto; pero de él debía nacer muy luego la idea de invadir las posesiones españolas del Río de la Plata.

El gobierno británico se contrajo entonces á asegurar su comercio con las Indias Orientales, y resol-

cesitaba abrirse nuevos mercados á fin de dar salida á los productos estancados de sus fábricas; á la vez, su gobierno procuraba asegurarse en el otro hemisferio posesiones que le ofrecieran compensaciones en un tratado de paz. Años hacía que con tal objeto tenía fijas sus miradas en la América del Sur. Ya en 1793, al estallar la guerra europea, había reunido en la Isla de Santa Elena una fuerte expedición con el objeto de lanzarla sobre el Río de la Plata; pero la paz que sobrevino paralizó este proyecto. El genio de Pitt, que dirigía los destinos de aquella nación, no abandonó empero esta idea, teniendo en mira, no sólo su engrandecimiento mercantil, sino también abatir el poder colonial de la España en América, á fin de desmembrarla de la madre patria, y vengarse así del auxilio que había prestado á la insurrección y emancipación de las colonias inglesas.

Un hombre extraordinario, campeón y apóstol de la libertad humana en ambos mundos, que fué el primero que abrigó en su mente la idea de emancipación de las colonias españolas del nuevo mundo, implantando en ellas las instituciones republicanas, y que hacía años solicitaba auxilio de todos los gobiernos europeos para realizar su atrevida empresa, golpeó un día las puertas del gran ministro y le manifestó su plan. Era éste, el célebre general venezolano Miranda, que desde 1790 trabajaba con tal propósito. En 1797, estos planes empezaron á tomar alguna consistencia. En ese año reuniéronse en París varios americanos españoles, miembros de una asociación secreta, fundada con aquel objeto por Miranda, y en ella se acordó solicitar formalmente el apoyo de la Gran Bretaña, sobre la base de una alianza ofensiva y defensiva, ofreciéndole en compensación 30 millones de libras esterlinas, y algunas ventajas comerciales y territoriales, de que debían participar igualmente los Estados Unidos. Pitt acogió la idea, sobre la base de una expedición de 10.000 hombres de los Estados Unidos, protegida por una escuadra inglesa. Al efecto hizo que el ministro de negocios extranjeros Dun-

das escribiera al gobernador de Trinidad encomendándole «promover los medios más adaptables para libertar las colonias españolas, á fin de ponerlas en términos de resistir á la autoridad opresiva de su gobierno, con la certeza de contar con todos los recursos de la Gran Bretaña, así con sus escuadras como con armas y municiones en cuanto las pudieran desear, bajo el concepto que el ánimo de S. M. B. no es otro sino conservarles su Independencia, sin pretender ninguna soberanía, ni tampoco mezclarse en nada de sus privilegios ó derechos políticos, civiles y militares.» A la vez Miranda púsose en correspondencia con el célebre Hamilton, á quien había conocido en la época en que, bajo las órdenes de Wáshington y de Lafayette, había combatido por la independencia de las colonias inglesas. No habiéndose decidido el presidente Adams á prohijarlo, el proyecto quedó aplazado.

La idea volvió á surgir bajo otra forma en 1801, y cuando se firmó la paz de Amiens estaba en vísperas de llevarse á ejecución. Al romperse nuevamente las hostilidades en 1803, fué tomada otra vez en consideración por el gabinete inglés, siendo los intermediarios de la negociación con Miranda el vizconde de Melville, primer lord del almirantazgo, y sir Home Popham, quien la acogió con ardor, y redactó sobre ello una memoria después de conferenciar con Pitt. En consecuencia, después de la toma de las cuatro fragatas españolas, estaba convenido en diciembre de 1804, que Popham acompañaría á Miranda con la fragata Diadema, de 64 cañones, á fin de cooperar á sus planes sobre América, teniendo en mira «aprovechar toda oportunidad que se presentase para asegurar en el nuevo continente una posición favorable al tráfico de la Inglaterra.» Por deferencia á la Rusia, se abandonó otra vez el proyecto; pero de él debía nacer muy luego la idea de invadir las posesiones españolas del Río de la Plata.

El gobierno británico se contrajo entonces á asegurar su comercio con las Indias Orientales, y resol-

vió apoderarse de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza. Al efecto dispúsose una expedición, confiando el mando de las fuerzas navales á sin Home Popham, y al general David Baird el de las tropas de desembarco, compuestas de 6.600 hombres, llevando por su segundo jefe al brigadier Guillermo Carl Berresford. Por un singular encadenamiento de hechos, que se explica por los antecedentes expuestos, estos tres hombres estaban destinados á hacer conocer del mundo la obscura colonia del Río de la Plata, dándole ocasión de conocerse á sí misma.

La expedición se apoderó del Cabo á poca costa en 1805, después de tocar en su travesía la costa del Brasil, y estableciése allí dominando el Océano Indico, no sin alarmar á la España, que expidió con tal motivo órdenes anticipadas en el sentido de poner en estado de defensa sus colonias. El marqués de Sobremonte, palaciego que por un capricho de la fortuna había sucedido al virrey Pino en el gobierno, se limitó á reconcentrar en Montevideo las pocas tropas regladas de que podía disponer, que apenas alcanzaban á 1.000 plazas, y citar á algunas milicias, que fueron licenciadas cuando se supo que la expedición se dirigía á Buena Esperanza. El virrey, creyendo conjurado el peligro, se entregó á la más ciega confianza, manteniendo la ciudad de Buenos Aires completamente desguarnecida.

Mientras tanto, Popham desde el Cabo de las Tempestades, tenía fijos sus ojos sobre la América del Sur, soñando aventuras y tesoros. Era Popham un marino distinguido, de variada instrucción y de talentos políticos, que había tomado parte en todas las guerras marítimas de la Gran Bretaña en los Estados Unidos, en la India, en Egipto y en Europa; pero que gobernado más por la imaginación que por el juicio, daba á todas sus empresas un colorido de novela casi charlatanesco, no estando exento su carácter del reproche de codicia. Tal hombre era el indicado para entenderse con Miranda, quien en medio de sus grandes calidades tenía mucho del soñador, que sin

cuidar de las leyes del tiempo ni del espacio, se adelanta á los sucesos. Sus conferencias con él en Londres, le habían impresionado fuertemente, y recordando que Miranda aseguraba que los colonos americanos odiaban el dominio español, y estaban prontos á sacudir su yugo así que contasen con algún apoyo, su vista debió fijarse en la embocadura fronteriza del Río de la Plata, situada casi en el mismo paralelo á pocos días de navegación.

Sucedió que en esos momentos arribó al Cabo un capitán norteamericano llamado Wire, procedente del Río de la Plata, el cual había hecho tres viajes por motivos de comercio. El informó al almirante inglés, que el Río de la Plata se hallaba casi indefenso, no contando con más de 500 á 600 hombres de línea, que Buenos Aires era una ciudad abierta, que las fortificaciones de Montevideo estaban en ruinas, y que existían allí ricos tesoros y víveres en abundancia, y que contando con la buena voluntad de los naturales, mil hombres bastarían para su conquista, ofreciéndose en prueba de ello á acompañarlo en su empresa. Combinando estas noticias, con las que un comerciante le había suministrado en Londres al tiempo de su salida, con las que un carpintero inglés residente once meses en el Río de la Plata le había dado en la costa del Brasil, y con las de otro inglés, que habiendo sido intérprete de la aduana de Buenos Aires durante ocho años las confirmaba Popham no vaciló en acometer la empresa de la conquista del Río de la Plata. Al mismo tiempo cayó en sus manos un número del «Telégrafo Mercantil de Buenos Aires» que había empezado á publicarse al principio del siglo, en el cual se daba una idea de su importancia comercial y de sus riquezas. Ligando remotamente todo esto con sus instrucciones, con las confidencias de Pitt, las conferencias con Miranda, y con el proyecto de expedición al Río de la Plata en 1793, á la par que de su ambición de popularidad y oro, su imaginación acabó de inflamarse, trazando varios planes de ataque sobre un mapa del Río de la Plata que tenía á la vista. Según

él, «los naturales estaban en estado de revuelta, y »ellos obligarían á las tropas de línea á rendirse sin »disparar un tiro, siendo su disposición tan adversa »al gobierno existente, que ayudarían naturalmente »á la conquista de la plaza.»

Con estas convicciones, con su insinuante elocuencia y la autoridad moral que le daban sus conexiones políticas, persuadió al general Baird á que le cediese el regimiento número 71, fuerte como de 800 plazas, compuesto de escoceses (highlanders), que se había distinguido en Georgia durante la guerra norteamericana, señalándose en Siria en la defensa de San Juan de Acre contra Bonaparte. Esta columna, reforzada con algunos artilleros y dragones, fué puesta bajo el inmediato comando del general Berresford, que había acreditado su valor y pericia en la guerra contra la Francia en el Mediterráneo, y en las campañas de la India y del Egipto, y que estaba destinado á adquirir renombre en lo futuro.

La expedición zarpó del Cabo á mediados de abril. Componíanla las fragatas Diadema y Raisonable, de 64 cañones; la Diomedes, de 50; y las corbetas Leda, Narcisus y Encounter, de 32 cañones cada una, y más cinco transportes. En Santa Elena solicitó y obtuvo del gobernador el auxilio de un destacamento de infantería y dos obuses, y puso la proa á su destino á principios de mayo. El 10 de junio de 1806 se hallaba la expedición en las aguas del Río de la Plata. La intención de Popham era apoderarse de Montevideo, para lo cual había combinado durante el viaje cuatro distintos planes, en previsión de todas las eventualidades; pero los informes que suministró un práctico inglés que tomaron en el río, le decidieron á emprender el ataque sobre Buenos Aires, que como queda dicho, se hallaba completamente desguarnecida, sin una cabeza que pudiera dirigir la resistencia.

Al anuncio de que una escuadra enemiga estaba en el río (15 de junio), el virrey perdió la cabeza. Las medidas que dictó para precaverse del peligro fueron á cual más desacertadas, limitándose ellas en

suma, al acuartelamiento de las milicias. El 24 por la noche llegó á la ciudad el aviso de que los enemigos habían intentado desembarcar en la ensenada de Barragán y sido rechazados, lo que era incierto, pues los ingleses tenían ya acordado el punto de desembarque, que procuraban ocultar por un medio simulado. Hallábase á cargo de aquel punto el capitán de navío don Santiago Liniers, personaje destinado á realizar la más sorprendente improvisación histórica, elevándose á una altura superior á sus cualidades, empero bien merecida por sus servicios.

El 25 presentóse la expedición inglesa en la costa de Quilmes, y á las nueve de la mañana los buques afianzaron sus banderas con un cañonazo en la capitana, que fué el único que necesitaron disparar para apoderarse de la ciudad, según la gráfica expresión de un contemporáneo. A la una de la tarde empezó el desembarco de la tropa en botes, protegido por una corbeta, tomando tierra el regimiento número 71 de escoceses, un batallón de infantería de marina, el destacamento de Santa Elena y tres compañías de marineros, en todo 1.600 á 1.800 hombres, con cuatro piezas de artillería. Berresford formó en batalla su pequeño ejército sobre la playa, teniendo á su frente una columna de observación de la plaza, situada sobre la altura en que se asentaba la población de Quilmes, llamada entonces La Reducción. El 26 avanzó resueltamente la columna inglesa, atravesando con el agua más arriba de la rodilla un bañado como de dos millas que tenía á vanguardia. El inspector de armas, don Pedro de Arce, que gozaba de gran reputación militar, ocupaba la altura con una división de poco más de mil hombres de caballería y seis piezas de artillería, y salió á su encuentro en dos columnas, rompiendo el fuego de cañón, el que no dejó de causar algún daño en los invasores. A los primeros tiros disparados por los cazadores escoceses, que cubrían el frente en línea de guerrillas, las columnas de la plaza con el inspector á la cabeza, dieron vuelta cara, abandonando en el campo cuatro piezas de artillería.

No hubo ni un muerto ni un herido de parte de los argentinos. Berresford, estableció una batería en la población de Quilmes, y después de un corto descanso, siguió avanzando sobre la línea del Riachuelo que cubre la ciudad por la parte del Sur.

Al mismo tiempo que ocurrían estos sucesos, el cañón de alarma tronaba sobre la ciudad y se batía generala por sus calles. A su llamada Belgrano había acudido á la fortaleza, que era el punto de reunión. Todo era allí desorden. No había quién mandase y las tropas urbanas sin instrucción ni disciplina, formaban grupos informes, que disputaban con el virrey en persona. Al fin, organizáronse aparentemente las compañías, y Belgrano agregado á una de ellas, tan ignorante como los demás de las reglas de la milicia, obedeció las órdenes de un cabo de escuadra, que de su propia autoridad tomó el mando. Esta fué la primera tropa que salió formada de la fortaleza, pasando á ocupar su puesto en una casa situada sobre la Barranca de Marcó, al sur. Al mismo tiempo, la columna inglesa al mando del impertérrito Berresford derribaba á su paso todos los obstáculos que se le oponían, desalojando las fuerzas que sostenían la línea del Riachuelo. Antes que el enemigo estuviese á tiro de fusil, rompió el fuego parte de la milicia urbana que guarnecía las barracas del sur, y entre otras compañías la de Belgrano. «Fuegos fatuos», como él los llama en sus Memorias, no podían ni aun intimidar al enemigo. Recibieron en consecuencia aquellas tropas orden para replegarse y tomar nuevas posiciones á retaguardia. Al emprender la retirada, oyó Belgrano una voz que salía de sus filas, diciendo: «Hacen bien en mandarnos retirar, porque no somos para esto.» Indignado por aquellas palabras, ruborizado de sentirse tan ignorante en la milicia, y atormentado por la humillación de su patria, siguió el movimiento retrógado de las tropas, bajo las órdenes del primero que dió la voz de mando. Tal fué el bautismo de fuego del futuro vencedor de Tucumán y Salta.

El día 27 de junio de 1806, una columna inglesa

de 1.560 hombres entraba triunfante por las calles de Buenos Aires, á tambor batiente y banderas desplegadas, tomando así posesión de una ciudad de 45.000 almas, mientras su virrey huía vergonzosamente. Oigamos lo que dice Belgrano en esta circunstancia, en que los hombres lloraban de vergüenza por las plazas y las calles: «Mayor fué mi vergüenza cuando »vi entrar las tropas enemigas, y su despreciable nú»mero para una población como la de Buenos Aires. »Esta idea no se apartó de mi imaginación, y poco »faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza. »Me era muy doloroso ver á mi patria bajo otra do»minación, y sobre todo, en tal estado de degradación »que hubiese sido subyugada por una empresa aventu»rera, cual fué la del bravo y honrado Berresford, »cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peli»grosa empresa.»

El intrépido general vencedor entró á la ciudad bajo un copioso aguacero, después de contestar á los parlamentarios que salieron á su encuentro, que una vez dueño de la plaza acordaría las capitulaciones que se le pedían. Siguió en columna por la calle de la Residencia (hoy Defensa), y á las tres de la tarde entró á la fortaleza al son de gaitas escocesas, con banderas desplegadas, rindiendo las armas su guarnición, y quedando toda ella prisionera de guerra. Al día siguiente, enarbolóse solemnemente el pabellón de la Gran Bretaña, saludándolo la artillería de mar y tierra, al cumplirse en ese mismo mes de junio doscientos veintiséis años en que el pabellón de España se había enarbolado en las mismas murallas. Inmediatamente expidió una proclama, procurando tranquilizar al pueblo, garantiendo la administración de justicia por sus propios tribunales, la propiedad privada y el libre ejercicio de la religión católica, haciendo saber que era «la agraciable intención de S. M. B. »abrir un comercio libre y permitido semejante al de »las otras colonias inglesas, especialmente de La Tri»nidad, cuyos habitantes se hallaban bajo el gobier»no del mismo soberano.» A esto se siguió la publi-

No hubo ni un muerto ni un herido de parte de los argentinos. Berresford, estableció una batería en la población de Quilmes, y después de un corto descanso, siguió avanzando sobre la línea del Riachuelo que cubre la ciudad por la parte del Sur.

Al mismo tiempo que ocurrían estos sucesos, el cañón de alarma tronaba sobre la ciudad y se batía generala por sus calles. A su llamada Belgrano había acudido á la fortaleza, que era el punto de reunión. Todo era allí desorden. No había quién mandase y las tropas urbanas sin instrucción ni disciplina, formaban grupos informes, que disputaban con el virrey en persona. Al fin, organizáronse aparentemente las compañías, y Belgrano agregado á una de ellas, tan ignorante como los demás de las reglas de la milicia, obedeció las órdenes de un cabo de escuadra, que de su propia autoridad tomó el mando. Esta fué la primera tropa que salió formada de la fortaleza, pasando á ocupar su puesto en una casa situada sobre la Barranca de Marcó, al sur. Al mismo tiempo, la columna inglesa al mando del impertérrito Berresford derribaba á su paso todos los obstáculos que se le oponían, desalojando las fuerzas que sostenían la línea del Riachuelo. Antes que el enemigo estuviese á tiro de fusil, rompió el fuego parte de la milicia urbana que guarnecía las barracas del sur, y entre otras compañías la de Belgrano. «Fuegos fatuos», como él los llama en sus Memorias, no podían ni aun intimidar al enemigo. Recibieron en consecuencia aquellas tropas orden para replegarse y tomar nuevas posiciones á retaguardia. Al emprender la retirada, oyó Belgrano una voz que salía de sus filas, diciendo: «Hacen bien en mandarnos retirar, porque no somos para esto.» Indignado por aquellas palabras, ruborizado de sentirse tan ignorante en la milicia, y atormentado por la humillación de su patria, siguió el movimiento retrógado de las tropas, bajo las órdenes del primero que dió la voz de mando. Tal fué el bautismo de fuego del futuro vencedor de Tucumán y Salta.

El día 27 de junio de 1806, una columna inglesa

de 1.560 hombres entraba triunfante por las calles de Buenos Aires, á tambor batiente y banderas desplegadas, tomando así posesión de una ciudad de 45.000 almas, mientras su virrey huía vergonzosamente. Oigamos lo que dice Belgrano en esta circunstancia, en que los hombres lloraban de vergüenza por las plazas y las calles: «Mayor fué mi vergüenza cuando »vi entrar las tropas enemigas, y su despreciable nú»mero para una población como la de Buenos Aires. »Esta idea no se apartó de mi imaginación, y poco »faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza. »Me era muy doloroso ver á mi patria bajo otra do»minación, y sobre todo, en tal estado de degradación »que hubiese sido subyugada por una empresa aventu»rera, cual fué la del bravo y honrado Berresford, »cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peli»grosa empresa.»

El intrépido general vencedor entró á la ciudad bajo un copioso aguacero, después de contestar á los parlamentarios que salieron á su encuentro, que una vez dueño de la plaza acordaría las capitulaciones que se le pedían. Siguió en columna por la calle de la Residencia (hoy Defensa), y á las tres de la tarde entró á la fortaleza al son de gaitas escocesas, con banderas desplegadas, rindiendo las armas su guarnición, y quedando toda ella prisionera de guerra. Al día siguiente, enarbolóse solemnemente el pabellón de la Gran Bretaña, saludándolo la artillería de mar y tierra, al cumplirse en ese mismo mes de junio doscientos veintiséis años en que el pabellón de España se había enarbolado en las mismas murallas. Inmediatamente expidió una proclama, procurando tranquilizar al pueblo, garantiendo la administración de justicia por sus propios tribunales, la propiedad privada y el libre ejercicio de la religión católica, haciendo saber que era «la agraciable intención de S. M. B. »abrir un comercio libre y permitido semejante al de »las otras colonias inglesas, especialmente de La Tri»nidad, cuyos habitantes se hallaban bajo el gobier»no del mismo soberano.» A esto se siguió la publi-

cación de las «condiciones concedidas» por el vencedor (2 de julio), que firmaron Berresford y Popham que autorizó con su firma el brigadier D. José Ignacio de la Quintana, jefe de la plaza, en obediencia á las órdenes del virrey. Estos documentos revelaron á Buenos Aires que las miras de la expedición eran de conquista y no de independencia, y humillados como se sentían sus habitantes, ellos produjeron un efecto contrario al que se había tenido en vista, no obstante su moderación y benevolencia. Bajo estos auspicios, la ciudad conquistada prestó juramento de obediencia al monarca de la Gran Bretaña por el órgano de sus autoridades, quedando el Cabildo al frente del gobierno civil.

Bien que la dominación española no fuese amada, que todos odiaran sus abusos, y que sus vínculos con la metrópoli estuviesen muy aflojados, no existiendo comunidad de ideas y sentimientos entre criollos y españoles, ella era sin embargo respetada por costumbre, y hasta cierto punto querida por lo poco que su autoridad se hacía sentir en medio de una vida patriarcal. Por otra parte, la influencia de los españoles europeos aún era prepotente, y por más que la derrota la hubiera quebrado algún tanto, los criollos aún no tenían la consciencia de su poder para sacudir su tutelaje. Así es que, amo por amo, debían preferir al que ya conocían, y al cual estaban ligados por el común origen, la religión y la lengua, lo que establecía un antagonismo de raza y de creencias respecto de los invasores, en quienes sólo veían enemigos de su fe y de la tierra natal que habían humillado. Muy luego lo comprendieron así los mismos vencedores, sin alucinarse por su fácil conquista, y en consecuencia se reconcentraron al corazón de la ciudad, pidiendo refuerzos á Inglaterra y al Cabo de Buena Esperanza, para asegurarla.

Entre los trofeos de la victoria contaban los ingleses 1.438.514 pesos fuertes, que habían arrancado á la debilidad del virrey, incluyéndolos en las condiciones de la capitulación.

Una parte de esta cantidad fué empleada en gastos de la expedición, otra se dividió entre Popham y Berresford según se cree, y el resto hasta poco más de «un millón» se envió á Inglaterra en el buque que se despachó en demanda de auxilios. Estos caudales entraron en Londres en medio de una pompa triunfal, en carros tirados por seis caballos pintorescamente adornados. El primer carro iba cubierto con la bandera real de España tomada en la fortaleza, y en cada uno de ellos se leía en letras doradas la palabra: «Tesoro», haciendo flamear banderolas con las inscripciones: «¡ Popham, Berresford, Buenos Aires, Victoria !» Precedían y seguían al convoy dos destacamentos de marineros, de los que habían combatido en Buenos Aires, llevando dos de los cañones tomados en Quilmes, y las banderas de las milicias provinciales de la ciudad conquistada. Con esta solemnidad fué depositado el dinero en el Banco de Londres, en medio del entusiasmo popular, que aclamaba los nombres de Popham y Berresford, imaginándose que el Río de la Plata era el antiguo «Eldorado», según la expresión de un historiador de la época.

Como lo había calculado Popham al preparar este espectáculo, los refuerzos pedidos fueron inmediatamente acordados, y el comercio inglés se apresuró á expedir sus cargamentos de mercaderías. El delirio fué tal, que entre los objetos enviados en aquella ocasión, se incluyeron picos fabricados de intento para cortar las venas de oro macizo, de que se suponía pletórico el país invadido.

Mientras tanto, la humillada ciudad se aprestaba á volver por su honor, no obstante el cobarde abandono de su virrey, y la debilidad de los principales jefes españoles, que se habían apresurado á cumplir con el deber impuesto por la derrota, rindiendo su espada á los pies del vencedor y jurándole obediencia, después de haber comprometido el honor de las armas con su incapacidad. Repugnando á Belgrano seguir este ejemplo, hizo presente, que debía trasladarse con el archivo y el sello del Consulado al punto en que se ha-

llara el virrey, y el general vencedor defirió noblemente á esta exigencia. Pero los miembros del Consulado se opusieron á ello, y siguiendo el ejemplo del Cabildo, prestaron el juramento de obediencia á la dominación británica. Llamado por Berresford para hacer otro tanto, se fugó de Buenos Aires, pasando á la Banda Oriental.

Los síntomas de la reacción no se escaparon al ojo perspicaz de Berresford, que habiendo podido medir lo temerario de la empresa de Popham, conocía los peligros de su situación, y hacía frente á ellos manteniéndose con serenidad á la defensiva, mientras le llegaban los refuerzos pedidos. El retraimiento de los habitantes, la tristeza de la ciudad, la administración del Viático que se conducía velado para ocultarlo á las miradas de los profanos, circunstancia que impresionaba profundamente al pueblo creyente, eran otras tantas señales ostensibles del estado de los espíritus. A esto se agregaban algunos hechos que empezaron á difundir alarmas. Los naturales, desobedeciendo el mandato del Cabildo, retenían las armas que habían llevado á sus casas, y la deserción promovida por ellos, empezó á hacerse sentir en las filas inglesas, especialmente entre los irlendeses católicos, lo que obligó á Brresford á fulminar dos bandos terribles, imponiendo penas, hasta la de muerte, á los que ocultasen armas ó ampararan desertores.

La humillada ciudad estaba poseída de nobles iras. A los diez días de ocupada, se abocaron el ingeniero D. Felipe Sentenach y D. Gerardo Esteve y Llac, catalanes ambos, y se comunicaron sus ideas de reconquista, poniéndose de acuerdo. A este núcleo, se reunieron espontáneamente con el mismo propósito, D. José Forneguera, D. Tomás Valencia, D. José Franci, D. Miguel Esquiaga (vizcaíno), D. Pedro Miguel Anzoategui y D. Juan de Dios Dozo. Era este último escribiente de D. Martín Alzaga, acaudalado comerciante español y hombre de grande influencia en el municipio, así por sus notables calidades como por sus importantes relaciones, y por su intermedio se

arregló que Alzaga proporcionaría los fondos necesarios para la empresa, haciéndola autorizar éste por el obispo y por algunos miembros del Cabildo.

Casi simultáneamente, tres hombres obscuros, llamado el uno Juan Trigo, antiguo sargento de la expedición de Zeballos, y el otro Juan Vázquez Feijoo, cadete de las milicias provinciales, y D. Sinforiano de la Iglesia, se ponían de acuerdo en el mismo sentido, y por medio de Valencia se agregaban al núcleo primitivo, incorporándose á él un Juan José López y otros varios, que se juramentaron solemnemente, á fin de expulsar de la ciudad las tropas invasoras. Reuniéronse por la primera vez los conjurados en la Plaza de Toros (hoy del Retiro) y allí se comunicaron sus planes. Vázquez Feijoo, el más ardiente de todos, fué de opinión que se armaran de cuchillos las gentes que se pudieran reunir, y acometiesen á los ingleses, degollándolos en el momento en que pasasen lista fuera de sus cuarteles, como acostumbraban hacerlo. Sentenach, con más prudencia y mejores conocimientos científicos, propuso que se trabajasen dos minas (que él mismo dirigiría como entendido en el arte), una sobre la fortaleza y otra sobre el cuartel de La Ranchería; que se organizase una fuerza armada de 500 á 600 hombres en la ciudad, para obrar oportunamente; y que á la vez se estableciese un campo fortificado fuera de la ciudad, donde se iría reuniendo un cuerpo de tropas disciplinado, y en oportunidad empeñar el combate con estos elementos, ó agregándolos á los que pudiesen venir de Montevideo, haciendo volar las minas si fuese necesario. Este plan fué aprobado por la mayoría, á pesar de las protestas de Vázquez Feijoo, que no quería oir hablar sino de cuchillo y degüello.

Esta comisión directiva dividió sus trabajos, encargándose unos de reclutar gente, otros de reunir armas, otros de fomentar la deserción, otros de recolectar fondos, y todos ellos de promover por todos los medios la insurrección popular. A este fin tenían reuniones frecuentes, ya en casa de Sentenach ó Llac,

ya en casa de Valencia que era librero, y en cuya trastienda se juntaban los conjurados con el pretexto de conversar. A la influencia secreta de este centro debióse que los habitantes resistieran á entregar sus armas, ocultándolas en sus casas ó trasladándolas á las afueras de la ciudad. Por su intermedio se promovió con éxito la deserción de los ingleses, valiéndose al efecto de un marinero que hablaba inglés. Por último diéronse una organización masónica para el reclutamiento, nombrando cuatro jefes de sección, los cuales á su vez designaron cinco cabos de grupos, que sólo se comunicarían con ellos, debiendo cada uno por su parte reunir otros cinco hombres, de manera que, forformando cada sección 125 hombres, todas ellas reunidas componían el número de 500 hombres que debía mantenerse en la ciudad. La divisa que adoptaron era blanca y roja, en señal de fidelidad, dicen ellos mismos. Esta fuerza así reunida y organizada, era abonada á razón de cuatro reales diarios por persona, los cuales eran entregados por mano de Valencia, á cuya librería acudían los jefes de grupos. Establecióse á la vez un laboratorio de municiones, contratáronse trabajadores para las minas, y se dió cuenta al gobernador de Montevideo para que autorizara y protegiese los trabajos, como lo hizo. Estos preparativos misteriosos, que por el momento no dieron resultado, explican cómo el día en que un ejército reconquistador llegó á los suburbios de Buenos Aires, pudo instantáneamente triplicar su número con fuerzas armadas y organizadas, que se hallaban preparadas de antemano.

Estaban ya iniciados estos trabajos, cuando se introdujo en la capital con permiso del general Berresford, bajo el pretexto de ver á su familia, el capitán de navío D. Santiago Liniers y Bremond, substrayéndose así al vergonzoso deber de prestar juramento de fidelidad á los conquistadores. Este personaje, á quien hemos visto al cargo del puerto de La Ensenada, era natural de Francia, en Niort, y pertenecía á la antigua nobleza, siendo Liniers por su padre y Bremond por su madre, uno de cuyos antepasados ha-

bía asistido á la batalla de Maupertuis, en 1356. Poco afortunado en la tierra de su nacimiento, donde empezó su carrera militar, se trasladó á España en 1774, donde tomó servicio en calidad de aventurero. Allí tuvo ocasión de distinguirse en la marina por su valor y conocimientos náuticos, asistiendo á las dos expediciones de Argel, en 1775 y 1784; conquista de Mahón, en 1782; ataque de Gibraltar en el mismo año, habiendo en el intermedio formado parte de la última expedición de D. Pedro Zeballos, al Río de la Plata, con cuyo motivo se le destinó en 1790 á esta colonia, en calidad de segundo jefe de su armadilla fluvial. Hacía más de treinta años que estaba al servicio de la España, y habiendo nacido en 1753, tenía á la sazón cincuenta y tres años de edad. La fortuna, que al principio pareció sonreirle, le había sido adversa. Sucesivamente comandante de la escuadrilla sutil del Plata y gobernador interior de los pueblos de Misiones, hacía diez y seis años que residía en el país, donde se había casado y enviudado, y en la época á que hemos llegado, hallábase relegado á un mando subalterno, cuando la invasión inglesa vino á presentarle la ocasión de alcanzar la celebridad. Alma fogosa, imaginación impresionable, carácter ligero, disipado por temperamento, con más bondad que energía y más ardor que perseverancia para ejecutar, era inteligente, activo y valiente, reuniendo á una intermitente ambición heroica las pasiones frívolas de un hombre superficial, aunque no carecía de elevación moral y fuera susceptible de rasgos caballerescos, bien que tuviera el corazón mejor puesto que la cabeza. Con estas calidades, con su varonil belleza, sus maneras populares, su acreditada experiencia en la guerra, y la circunstancia de ser el único que se había mantenido en su puesto sin entregarse al enemigo, este personaje debía atraer sobre sí las miradas simpáticas del pueblo, y así sucedió.

Luego que se supo la llegada de Liniers, muchos se le acercaron, invitándole á ponerse á la cabeza de la insurrección, para emprender inmediatamente la re-

conquista. Sea que él no fiara lo bastante en la consistencia de los elementos populares, sea que por prudencia deseara asegurar el éxito de la empresa, ó lo que parece más probable, que quisiera autorizarla con un nombramiento oficial, ello es que se mostró muy reservado con todos, procurando disuadir á los que en tal sentido trabajaban, aunque prometió volver muy pronto con tropas organizadas para llevar á cabo la reacción. No se descuidó, empero, en tomar todos los datos respecto de la fuerza enemiga, de sus posiciones y método de servicio, así como de los recursos con que podría contar para la empresa que meditaba. Con este propósito atravesó el Río de la Plata en los primeros días de julio, y se dirigió en demanda de auxilios á Montevideo, donde mandaba á la sazón el general don Pascual Ruíz Huidobro, que era el jefe militar más caracterizado en la ausencia del virrey, y digno de mandar á los demás por las cualidades que lo adornaban.

La noble impaciencia de los ciudadanos de Buenos Aires, no les permitió esperar el regreso de Liniers para ponerse en armas. Los conjurados activaron su reclutamiento, y organizaron además de los asalariados varios grupos de voluntarios, elevándose así el número de juramentados en la ciudad á cerca de 2.000 hombres, más ó menos armados. El trabajo de las minas se emprendió con empeño, á cuyo efecto el mismo Sentenach penetró disfrazado en la fortaleza y el cuartel de La Ranchería, tomando sus medidas á ojo y observando los puntos en que se depositaba la pólvora y la tropa se aglomeraba para dormir. Con estos conocimientos, se abrieron las bocaminas en las casas fronterizas ó contiguas. El 27 estaba terminada la de La Ranchería, cargada con dos hornillos á quince pies bajo tiera. Desde el día anterior habían empezado á despacharse grupos armados, que sucesivamente se reconcentraron en la chacra de Perdriel, á tres leguas de la ciudad, poniendo el nuevo campamento á cargo de Trigo y Vázquez Feijoo, cuyo tropa era asistida con pan, vino y carne á discreción. Los catalanes de

Esteve Llac y Sentenach y algunos piquetes de veteranos y voluntarios sueltos, quedaron diseminados en la ciudad, en protección de las minas, y prontos á obrar oportunamente.

Al mismo tiempo, hacíanse reuniones de gente en la campaña, acudiendo de los partidos de Morón, Pilar y Luján grupos de vecinos armados, que se concentraban en el campamento de Perdriel, bajo la dirección de D. Juan Martín Pueyrredón, quien obraba de acuerdo con Liniers y con autorización del gobernador de Montevideo. Pueyrredón asistía á sus soldados con su propio peculio, y con auxilios suministrados por D. Diego Alvarez Baragaña (asturiano). A esta fuerza se reunió el comandante D. Antonio Olavarría con el regimiento de Blandengues y dos pedreros de 2 traídos de los fortines de la frontera, con lo cual se formó una división como de 600 hombres, tomando el mando en jefe Olavarría. Los conjurados, por su parte, continuaban el acopio de armas y municiones, y en la noche del 31 de julio expidieron una remesa de ellas, juntamente con cuatro carronadas, á cargo de Esquiaga y Anzoategui, y un refuerzo de 50 voluntarios reunidos en su mayor parte por el cabo natural de Canarias Juan Pedro Zerpa. Esta expedición llegó al campamento á las 5'30 de la mañana del 1.° de agosto, casi al mismo tiempo que el jefe de avanzada D. Martín Rodríguez avisaba la marcha de una columna enemiga sobre Perdriel. Inmediatamente se montaron en cureñas de mar las cuatro carronadas, poniéndolas en batería, se suplieron las cuñas con osamentas, y entraron en línea los dos pedreros que se colocaron al centro. La línea de defensa se improvisó á lo largo de una tapia recta, con dos grupos de tiradores á sus extremos, componiendo todos sus defensores un total de 85 hombres. Situóse á retaguardia la caballería voluntaria de Pueyrredón, formando la reserva los Blandengues. Media hora después presentábase el enemigo en son de combate.

Instruído Berresford por sus espías de los progresos que hacía la reunión de Perdriel, organizó una colum-

na de 500 hombres del 71 de escoceses, con seis piezas de artillería, y poniéndose personalmente á la cabeza de ella, había salido de la ciudad, en la misma noche del 31 de julio en que los conjurados hacían su remesa de armas y municiones.

A su vista, los de Perdriel enarbolaron la divisa blanca y encarnada de los conjurados de Buenos Aires, y á los gritos de «¡ Santiago ! ¡ Cierra España ! ¡ Mueran los herejes !» rompieron el fuego de artillería á las siete de la mañana. Las piezas estaban servidas por 24 artilleros, al cargo del capitán de marina mercante D. Francisco Trelles y el cabo Manuel Palominos. El cabo Zerpa á la derecha y á la cabeza de 23 fusileros, y Antonio Cuevas á la izquierda con 18 tiradores sin bayoneta, rompieron á su vez el fuego de infantería. Los ingleses, volviendo sus piezas, contestaron al fuego de artillería, y adelantaron una línea de tiradores, siguiendo el resto en columna de ataque. Desde ese momento se pronunció la derrota. El comandante Olavarría á la cabeza de los Blandengues, púsose en retirada con su tropa formada, diciendo: «que comprometer combate sería exponer el fin de la reunión, que era esperar el ejército de Montevideo y proveerlo de caballos, reforzándolo.» Quedaron únicamente 109 hombres (incluso 14 voluntarios de caballería) sosteniendo la línea, á lo que se debió que el número de prisioneros no fuera mayor.

Berresford hizo avanzar la infantería, dejando su artillería á retaguardia. Al llegar á la tapia, encontró los cañones de los de Perdriel desamparados, manteniéndose firme al pie de uno de ellos un solo hombre. Era éste un cabo irlandés, desertor de las tropas inglesas, llamado Miguel Skennon, que combatía por su fe católica y contra los herejes ingleses ¡ al lado de los argentinos !

En esos momentos, Pueyrredón poniéndose á la cabeza de doce jinetes, atacó por la derecha del 71 de artillería enemiga de su retaguardia, mató á uno de los artilleros y apoderóse de un carro de municiones de los ingleses; pero muerto su caballo por una bala

de cañón, hubo de salvarse en ancas de uno de sus compañeros, terminando así esta refriega con algún honor. Los muertos y heridos de esta jornada por una y otra parte no alcanzaron á una docena.

El general inglés, después de dar á sus tropas un ligero descanso, contramarchó á la ciudad, á la que entró al ponerse el sol, llevando por trofeos de su victoria dos cañones pequeños, la correspondencia del cabo Trigo, tomada en el campamento, y siete prisioneros, entre ellos el desertor Skennon, amarrado á la cureña de un cañón. Skennon fué fusilado, previo consejo de guerra, el 9 de agosto, administrándole la Eucaristía el obispo de Buenos Aires, mientras las tropas vencedoras presentaban las armas y batían marcha en honor del prelado de la Iglesia Católica.

El contraste de Perdriel, desalentando á unos y levantando el espíritu de otros, no tuvo por el momento más consecuencia que aumentar la confianza del enemigo, circunscripto á los límites de la ciudad, y aguijonear á D. Santiago Liniers para que apresurara la marcha de la expedición proyectada.

El futuro reconquistador al llegar á la Colonia, había escrito al gobernador Ruíz Huidobro, diciéndole que si le confiaban 500 hombres de tropa regular, él respondía reconquistar á Buenos Aires. El gobernador, que en esos momentos se ocupaba en preparar una expedición con el mismo objeto, á cuya cabeza debía marchar él en persona, le contestó invitándole á pasar á Montevideo. Allí concurrió á una junta de guerra en que quedó arreglado, que marcharían 600 hombres (que después se acordó fuesen 1.000) para cooperar á la reconquista de la capital. Habiéndose anunciado en esas circunstancias que la escuadra inglesa iba á bombardear á Montevideo, confióse el mando en jefe de la expedición á Liniers. Esta decisión fué recibida con entusiasmo por el vecindario de Montevideo, organizándose en el acto una columna de 600 hombres, cuya base la componían las tropas veteranas de Buenos Aires, que habían pasado á Montevideo al primer amago de la invasión inglesa. A ella se agregaron 100

catalanes bajo la denominación de «Miñones» y tres compañías de milicias disciplinadas de la plaza, con más muchos voluntarios. A la cabeza de esta columna emprendió su marcha por tierra hacia la Colonia. A su llegada encontró allí una escuadrilla de cañoneras y transportes armados en guerra, al mando del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha, la que debía transportarlo á la orilla occidental del río. Tripulaban los buques 320 hombres de pelea, además de 73 marinos, desembarcados de un corsario francés llamado el Dromedario, mandados por su intrépido capitán M. Hipolite Mordell, apellidado «Maincourt», porque le faltaba un brazo. En la Colonia se incorporaron como 60 milicianos, con lo cual se completó el número de los 1.000 acordados. Allí recibió Liniers la noticia del contraste de Perdriel.

El 3 dió la vela la expedición, protegida por una neblina, navegando por los bajos fondos del placer de Las Palmas, á fin de evitar las asechanzas del enemigo. El 4 desembarcó en el puerto de Las Conchas, á seis leguas de Buenos Aires. Más de quinientos hombres se le incorporaron inmediatamente. Detenido algunos días en su marcha por una tempestad, que echó á pique seis cañoneras enemigas, el 10 golpeaba Liniers las puertas de la capital á la cabeza de un ejército de más de 2.000 hombres, una parte de ellos desarmados. Situado Liniers en los Corrales de Miserere (hoy 11 de Septiembre) al oeste de la ciudad, intimó rendición al general inglés, dándole quince minutos de término para decidirse. La contestación de Berresford, aunque en sentido negativo, no correspondía á la audacia con que había iniciado su conquista. Limitóse á decir que «se defendería hasta el caso que le »indicase la prudencia, para evitar las calamidades »que podrían recaer sobre la población.»

La contestación de Berresford llegó á Miserere á las once de la noche. A las doce, el ejército reconquistador rompía la marcha, corriéndose por su flanco izquierdo, con dirección al Retiro al extremo norte de la ciudad. El camino que tenía que recorrer era de

media legua escasa; pero inundado por las continuas lluvias de los días anteriores, todo era un lodazal. La infantería marchaba con el barro hasta la rodilla á veces, apoyándose en los fusiles para no caer, y la artillería era arrastrada á brazo por la multitud, venciendo todo género de dificultades con verdadero entusiasmo.

A las cinco de la mañana del 11 ocupó Liniers la Plaza del Retiro, donde estaba situado el parque de artillería de la ciudad. Aquí tuvo lugar el primer encuentro. Un destacamento de ingleses lo sostenía; pero atacado inmediatamente con vigor á la bayoneta por los Miñones, fué desalojado, dejando en el campo varios muertos y prisioneros. Una columna de 500 ingleses avanzó en su auxilio; pera rechazada por las piezas de cañón que enfilaban las calles, tuvo que reconcentrarse al corazón de la ciudad á horas en que el sol se ponía. Entonces Berresford, con los restos de su pequeño ejército, redujo la defensa al estrecho recinto de la Plaza Mayor (hoy de la Victoria, en conmemoración de la batalla que se siguió), enfilando sus avenidas con cañones ligeros y ocupó los edificios dominantes, dando por punto de apoyo á su resistencia, la fortaleza artillada con 35 piezas, cuya situación sobre la ribera le hacía esperar poder mantener libres sus comunicaciones con la escuadra.

El día 12, el ejército reconquistador contaba con cerca de 4.000 hombres, aunque no todos ellos armados ni organizados. Se le habían incorporado los catalanes de Sentenach y Llac y muchos voluntarios armados, en número como de 600 hombres, enarbolando la divisa blanca y encarnada de los primitivos conjurados levantados en Perdriel. Todo el resto del vecindario estaba apercibido á la pelea.

Liniers se proponía llevar el ataque á las doce del día. En tal situación, se ocupaba en hacer contestar una invitación, que Berresford había dirigido en la noche anterior por medio de un neutral, pidiendo á Pueyrredón una conferencia, cuando á las 10 de la mañana sintió el ruido de las descargas de fusilería

y los cañonazos que se sucedían. El ardor de los novicios soldados no dió tiempo á los generales contendores, ni para entenderse diplomáticamente, ni para preparar el ataque, ni para desenvolver todos los medios de defensa. Comprometidas las primeras guerrillas en la mañana por los Miñones y los corsaristas franceses de Mordell, éstos se adelantaron hasta las inmediaciones de la Plaza Mayor, cubiertos de una neblina y se deslizaron en desfilada á lo largo de las aceras para precaverse de los fuegos de cañón que barrían las calles. Agotadas las municiones, corrió la voz de que los Miñones estaban cortados. A esta noticia se oyó por todas partes la voz: «¡Avancen! ¡Avancen!» La caballería de voluntarios se lanzó impetuosamente en su protección y la siguió una parte de la infantería en pelotones por las calles de La Merced (hoy Reconquista) y la de la Catedral (hoy San Martín), lo que obligó á las avanzadas inglesas á replegarse al recinto de la Plaza. Liniers, viendo comprometido el combate, avanzó con el resto por las calles colaterales á la de la Catedral, y desembocó casi simultáneamente las cuatro columnas de ataque por las Avenidas del Norte y Oeste que conducían á la Plaza, llevando cada una de ellas dos cañones á vanguardia, los que eran arrastrados á brazo por los muchachos de la ciudad. De este modo, el ejército inglés se encontró envuelto en un círculo de fuego. En esta disposición, los reconquistadores se apoderaron de la Catedral, penetrando por la puerta traviesa, desalojaron á los defensores del pórtico, tomaron el cañón enemigo situado en la misma esquina y ocuparon todos los edificios circunvecinos que dominaban la Plaza, obligando á los ingleses á desocupar los altos del Cabildo. Los ingleses desalojados de estas posiciones se replegaron á la azotea de la Recova, desde donde continuaron el fuego. En el momento en que esto se realizaba, la caballería de voluntarios invadía la plaza, y una parte de la infantería se establecía bajo los arcos del Cabildo, alcanzando el comandante D. Juan

Martín Pueyrredón á arrebatar una banderola de guía del famoso regimiento 71.

El fuego se hizo general de parte á parte. Berresford, situado bajo el arco grande de La Recova, dirigía estas operaciones. Viendo caer á su lado mortalmente herido á su ayudante y amigo el ingeniero Kennet, cruzó sobre el brazo izquierdo su espada que tenía desenvainada, y á esta señal los ingleses se replegaron á paso de trote hacia la fortaleza, perseguidos por los asaltantes. Berresford fué el último en atravesar el puente levadizo, que se cerró tras él.

El fuego continuó desde las respectivas posiciones. Hacía cerca de dos horas que se sostenía, cuando minutos antes de las doce del día, se vieron algunos oficiales ingleses asomarse á la muralla agitando pañuelos blancos, y enarbolarse poco después la bandera de parlamento. A su vista, Liniers mandó intimar á su guarnición, por medio de su ayudante de campo D. Hilarión de la Quintana, que no admitía más condición que la rendición á discreción. Quintana, precedido de un tambor de parlamento, entró á la fortaleza y llenó su comisión, asegurando al general inglés que se entregaba á una nación generosa, á lo cual se conformó llanamente.

Mientras tanto el pueblo encarnizado en el ataque, seguía imprudentemente en su avance hasta sobre el mismo rastrillo, pidiendo á grandes gritos el asalto, para lo cual se había provisto de algunas escalas de mano, y á su cabeza iba Mordell y sus marinos. Entonces apareció en el baluarte del oeste el mismo Berresford, gritando en portugués para que todos le oyeran y entendiesen: «¡No fogo! ¡No fogo!» á la vez que el ayudante Quintana dirigiéndose al pueblo desde lo alto de la portada, le anunciaba que el enemigo estaba rendido á discreción. No obstante esto, Berresford quiso entregar su espada al oficial parlamentario, quien la rehusó por dos ocasiones, visto lo cual por un oficial inglés la tomó en sus manos y la arrojó desde lo alto del muro, siéndoles devuelta en el acto, por medio de pañuelos atados con que fué suspendida, en

homenaje espontáneo á su valor y su desgracia. No satisfecho aún el pueblo, exigió que se enarbolase la bandera española, y como no la tenía la Fortaleza, le fué alcanzada una, que pocos momentos después se vió flamear en sus muros, saludándola un estruendoso «¡ Viva España !»

Las hostilidades se suspendieron. El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el general D. Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al pueblo desde el rastrillo: «¡ Pena de la vida al que insulte á las tropas británicas !» Liniers le recibió en sus brazos, concediéndole los honores de la guerra por «su bizarra defensa,» dice el mismo. El enemigo había perdido en el combate cerca de 300 hombres entre muertos y heridos, y rindieron las armas frente á las Casas Consistoriales 1.200 soldados, que quedaron prisioneros de guerra, dejando por trofeos de esta victoria sus banderas y estandartes, 35 cañones de batir y 4 morteros de la fortaleza, 56 desmontados, y 29 piezas de tren volante (de las cuales siete inglesas) además de 1.600 fusiles. El ejército reconquistador perdió como 200 hombres entre muertos y heridos. Entre los muertos de la reconquista de resultas de sus heridas, se contaban á D. Tomás Valencia y D. Diego Alvarez Baragaña, que tanto se habían distinguido por sus trabajos para prepararla. Hasta las mujeres recibieron la corona del triunfo en la cabeza de una heroína llamada Manuela la Tucumana, que combatiendo en ese día al lado de su marido, mató con sus propias manos á un soldado, á quien quitó el fusil, que presentó á Liniers, recibiendo en premio de su hazaña los despachos de alféraz.

Estos sucesos, aparte de su importancia militar, dieron origen á un cambio radical en el orden político de la colonia. Desacreditados los militares españoles, ausente y en vergonzosa fuga el representante del Soberano, exaltado el espíritu público, lleno el pueblo de un noble orgullo, dueño de las armas con que había conquistado el triunfo, «las fuerzas sociales, verdadera fuente de todo poder,» habían pasado á otras ma-

nos, faltando sólo la cabeza visible del gobierno, que hasta entonces las había representado. Según lo ha dicho un contemporáneo, «la victoria fué la única au»toridad que se encontró en Buenos Aires el día de la »reconquista.» La municipalidad, á pesar de las vacilaciones del jefe libertador, que temía comprometerse con la corte, y sobreponiéndose á las demás corporaciones, que no se atrevían á ponerse al frente de la situación, asumió como representante del pueblo, la actitud que le correspondía, para poner un término á la acefalía de la capital, y afianzar el triunfo alcanzado. Con arreglo á su constitución, y usando de las facultades que le reconocían las leyes españolas, resolvió convocar un Cabildo abierto, lo que importaba la reunión de un congreso popular llamado á deliberar sobre su propia suerte. Al efecto, fueron invitados cien individuos notables, como representantes de todas las clases de la sociedad. Abierto el Congreso popularmente, en presencia de más de cuatro mil espectadores resueltos á intervenir en la discusión si era necesario, el Cabildo manifestó, que para afianzar la victoria debía determinarse el número de tropas que era necesario levantar, arbitrando á la vez los medios para sostenerlas. La real Audiencia, corporación política y judicial á un mismo tiempo, que servía de equilibrio á la autoridad absoluta de los virreyes en América, según se explicó antes, se opuso á esta proposición, alarmada sin duda del giro que tomaba el Congreso. En cambio, propuso que la decisión de esta cuestión se remitiese á una junta de guerra, sin proveer nada respecto á la acefalía gubernativa. La mayoría del Congreso se adhirió á este modo de ver; pero apenas se difundió en el público esta resolución, la multitud agolpóse á las puertas del salón en que se celebraba el Congreso, pidiendo en altas voces que se proveyese al mando militar, y aclamó á don Santiago Liniers como al hombre que merecía la confianza del pueblo. Resistiéndose las clases privilegiadas que componían el Cabildo abierto, á entrar en este camino revolucionario en cierto modo, la multitud, tomando

homenaje espontáneo á su valor y su desgracia. No satisfecho aún el pueblo, exigió que se enarbolase la bandera española, y como no la tenía la Fortaleza, le fué alcanzada una, que pocos momentos después se vió flamear en sus muros, saludándola un estruendoso «¡Viva España!»

Las hostilidades se suspendieron. El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el general D. Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al pueblo desde el rastrillo: «¡Pena de la vida al que insulte á las tropas británicas!» Liniers le recibió en sus brazos, concediéndole los honores de la guerra por «su bizarra defensa,» dice el mismo. El enemigo había perdido en el combate cerca de 300 hombres entre muertos y heridos, y rindieron las armas frente á las Casas Consistoriales 1.200 soldados, que quedaron prisioneros de guerra, dejando por trofeos de esta victoria sus banderas y estandartes, 35 cañones de batir y 4 morteros de la fortaleza, 56 desmontados, y 29 piezas de tren volante (de las cuales siete inglesas) además de 1.600 fusiles. El ejército reconquistador perdió como 200 hombres entre muertos y heridos. Entre los muertos de la reconquista de resultas de sus heridas, se contaban á D. Tomás Valencia y D. Diego Alvarez Baragaña, que tanto se habían distinguido por sus trabajos para prepararla. Hasta las mujeres recibieron la corona del triunfo en la cabeza de una heroína llamada Manuela la Tucumana, que combatiendo en ese día al lado de su marido, mató con sus propias manos á un soldado, á quien quitó el fusil, que presentó á Liniers, recibiendo en premio de su hazaña los despachos de alférez.

Estos sucesos, aparte de su importancia militar, dieron origen á un cambio radical en el orden político de la colonia. Desacreditados los militares españoles, ausente y en vergonzosa fuga el representante del Soberano, exaltado el espíritu público, lleno el pueblo de un noble orgullo, dueño de las armas con que había conquistado el triunfo, «las fuerzas sociales, verdadera fuente de todo poder,» habían pasado á otras ma-

nos, faltando sólo la cabeza visible del gobierno, que hasta entonces las había representado. Según lo ha dicho un contemporáneo, «la victoria fué la única au»toridad que se encontró en Buenos Aires el día de la »reconquista.» La municipalidad, á pesar de las vacilaciones del jefe libertador, que temía comprometerse con la corte, y sobreponiéndose á las demás corporaciones, que no se atrevían á ponerse al frente de la situación, asumió como representante del pueblo, la actitud que le correspondía, para poner un término á la acefalía de la capital, y afianzar el triunfo alcanzado. Con arreglo á su constitución, y usando de las facultades que le reconocían las leyes españolas, resolvió convocar un Cabildo abierto, lo que importaba la reunión de un congreso popular llamado á deliberar sobre su propia suerte. Al efecto, fueron invitados cien individuos notables, como representantes de todas las clases de la sociedad. Abierto el Congreso popularmente, en presencia de más de cuatro mil espectadores resueltos á intervenir en la discusión si era necesario, el Cabildo manifestó, que para afianzar la victoria debía determinarse el número de tropas que era necesario levantar, arbitrando á la vez los medios para sostenerlas. La real Audiencia, corporación política y judicial á un mismo tiempo, que servía de equilibrio á la autoridad absoluta de los virreyes en América, según se explicó antes, se opuso á esta proposición, alarmada sin duda del giro que tomaba el Congreso. En cambio, propuso que la decisión de esta cuestión se remitiese á una junta de guerra, sin proveer nada respecto á la acefalía gubernativa. La mayoría del Congreso se adhirió á este modo de ver; pero apenas se difundió en el público esta resolución, la multitud agolpóse á las puertas del salón en que se celebraba el Congreso, pidiendo en altas voces que se proveyese al mando militar, y aclamó á don Santiago Liniers como al hombre que merecía la confianza del pueblo. Resistiéndose las clases privilegiadas que componían el Cabildo abierto, á entrar en este camino revolucionario en cierto modo, la multitud, tomando

una actitud más decidida, pidió á grandes gritos que se invistiese en el acto á Liniers con el mando de las armas, y el Congreso, bajo la presión popular, proclamó este nombramiento desde lo alto de los balcones consistoriales, á los gritos de «¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores!» Fué ésta una verdadera revolución, y la primera en que ensayó su fuerza el pueblo de Buenos Aires, preparándose «para otra no lejana de un género más sublime», según la expresión de Funes al hablar de este acontecimiento.

Una comisión salió á anunciar al virrey este nombramiento. Este mandatario, que había abandonado cobardemente la capital á su suerte, se hallaba á cuarenta leguas de distancia, con un ejército de tres mil hombres que había reclutado en Córdoba, con contingentes de las provincias interiores del Virreinato. A la cabeza de esta columna, aseguraba que venía á reconquistar la ciudad, que ya se había reconquistado á sí misma, y que estaba resuelto á todo, antes de volver á sometérsele voluntariamente. El virrey se resistió al principio á aprobar el nombramiento, pero tuvo que ceder al fin en presencia de la firmeza de la municipalidad y de la actitud amenazadora del pueblo, delegando el mando político en la Audiencia y el de las armas en Liniers, conservando el Cabildo la posición que los sucesos le habían asignado. Después de esta abdicación forzada, el virrey se trasladó con su ejército muy minorado ya á la banda oriental del Río de la Plata, y se dirigió á Montevideo, desde donde anunció que se hacía cargo de la defensa de aquella plaza, que continuaba amagada por el enemigo. Así quedó suspenso un virrey, operado un cambio radical en la constitución política de la colonia, y establecido un nuevo orden de cosas con un gobierno indefinido de tres cabezas. Los peligros de la situación constituyeron una dictadura de hecho en la persona del conquistador, título que se daba ya á Liniers, sin que por esto las dos corporaciones que compartían con él el mando superior, abdicasen su alta influencia en los negocios públicos, ya autorizando sus resolucio-

nes, ya oponiéndose á ellas, ya llamándole á su barra para pedirle cuenta de su conducta.

Todas estas novedades, llevaban impreso el sello de su origen democrático, y la popularidad del caudillo que presidía pasivamente á esta elaboración de un nuevo orden de cosas, á la par de la intervención de la multitud en el gobierno, daban á los actos colectivos, el carácter de leyes tribunicias, dictadas por la voluntad general con el consentimiento de todos y la sanción de los mandatarios legales. No se comprendería, sin embargo, cómo los mismos custodios y representantes del derecho colonial, las consintiesen, cuando no las promovían y autorizaban si no se supiese que, tanto el Cabildo como la Audiencia, obedecían por instinto á la naturaleza de su institución bajo el imperio de las circunstancias, con intereses y pasiones que les eran comunes. El Cabildo, aunque compuesto casi en su totalidad de españoles europeos, se consideraba legalmente el representante nato de la república municipal, en el sentido que el derecho romano daba á la palabra república, consagrada por la antigua Constitución de la madre patria, cuya tradición no se había borrado del todo. Por lo tanto, su tendencia natural era igualarse y aun sobreponerse á los demás poderes, en nombre de los fueros municipales, cifrando su orgullo en compartir la potestad que emanaba de la corona, en nombre del municipio que representaba. De aquí, el que fuese la única autoridad elemental y orgánica que nunca caducaba ni aun en presencia de la conquista. Como se ha visto, colocado en tales condiciones al frente del movimiento popular, no era extraño que asumiese inconscientemente una actitud revolucionaria, arrastrada por la corriente de los sucesos, inspirándose en el odio y el desprecio de que era objeto el virrey Sobremonte, y del cual los cabildantes participaban contaminados por la pasión popular. Por su parte, la Audiencia, representación genuina de la autoridad absoluta de la corona y oráculo del viejo derecho colonial, bien que obrase con más cautela y pretendiera oponerse á la corriente, com-

prendía que la autoridad del virrey era insostenible en toda su plenitud; que los peligros de la situación aconsejaban contemporizar con el pueblo dueño de las armas, y en tal conflicto creía salvar el principio de autoridad al conservar sus formas externas, reteniendo en sus manos la alta representación del poder político, que halagaba su vanidad. Entre estas dos autoridades tradicionales, administrativa la una y judicial la otra, llamada por los sucesos á desempeñar el gobierno en presencia de un movimiento nuevo, se levantaba una tercera entidad que daba su nervio á la situación. Era ésta el pueblo, y el pueblo armado victorioso, cuya personificación era Liniers, y cuya gran mayoría la componían los criollos. Un acontecimiento inesperado y singular, llamando una vez más á la opinión pública á intervenir en el gobierno, vino á acentuar más estas tendencias, que produjo resultados aparentemente contradictorios, pero no por eso menos lógicos.

Descansaba el pueblo sobre sus frescos laureles, entregado al legítimo orgullo de haber hecho rendir sin condiciones las tropas de una de las más poderosas naciones del mundo, cuando inopinadamente empezó á circular manuscrita la copia de unas capitulaciones (el 28 de agosto) que llevaban la fecha histórica del 12 de agosto, y por las cuales Liniers concedía el libre regreso de los prisioneros á Inglaterra. El pueblo indignado protestó enérgicamente «que no consentiría »nunca en que se permitiera la salida de las tropas »británicas», y las autoridades alarmadas apoyaron su decidida actitud. La formalista Audiencia, que soportaba impaciente la preponderancia del caudillo reconquistador, veía en esto un caso de lesa majestad digno del rigor de la ley. El Cabildo, que había reprobado oficialmente que Liniers atribuyese á su persona y á la tropa veterana mayores méritos que los que les correspondían en la reconquista, con menoscabo del pueblo que lo había hecho todo, no podía consentir fuera éste despojado nuevamente de la gloria legítimamente adquirida. Llamóle en consecuencia á

su seno para pedirle explicaciones. Liniers declaró, que en efecto había acordado á Berresford, con posterioridad á su rendición, una capitulación en aquellos términos, cediendo por generosidad á los ruegos del general vencido; pero al solo objeto de salvar su responsabilidad ante su gobierno, sin darle otra ulterioridad, é hizo notar en prueba de ello que había firmado con la condición, «en cuanto puedo», agregando que la fecha estaba alterada.

La verdad era que, el héroe reconquistador en la embriaguez de la victoria, cediendo á las seducciones del amor, á las influencias de la amistad y al prestigio de su ilustre cautivo, había incurrido en la culpable debilidad de falsificar el acto más solemne de la guerra, comprometiendo impremeditadamente el triunfo mismo y disponiendo de la gloria de todos, con una ligereza propia de su carácter inconsciente. El 16 de agosto había firmado en confianza un papel en inglés redactado por Berresford, poniendo sin más condición «concedido.» El 18, se dió á este papel la forma de un compromiso, redactado en inglés y en castellano; pero recapacitando, aunque tarde, Liniers puso por ante firma el día 20, la cláusula «en cuanto puedo.» Provisto Berresford del anterior compromiso, reclamó el 21 de esta restricción, protestando contra ella, porque importaba desvirtuar lo convenido. Envuelto Liniers en sus propias redes, indicó á Berresford se dirigiera al gobernador de Montevideo, quien contestó reprobando las capitulaciones, tanto por no ser auténticas cuanto porque eran contrarias á las instrucciones que de él tenía el general reconquistador.

Berresford continuó impávido en sus exigencias, y sostuvo que las condiciones habían sido «concertadas entre ambos antes de la entrega de la fortaleza», olvidando que sólo había visto á Liniers fuera de ella, después de rendido públicamente á discreción, lo que le hizo sentir éste en la contestación que le dió el 25, en los términos vacilantes propios de su falsa posición. Agravaba este olvido de sus más serios deberes, la circunstancia de que, inmediatamente después de la victo-

ria (al entrar en convenios privados con Berresford) había instado al Cabildo y á la Audiencia para que se permitiese regresar á los prisioneros á su patria, incluso los oficiales. Esta proposición fué enérgicamente rechazada, y así le escribía Liniers á Berresford, el 25: «Contra mis más fervorosos deseos de complacerle, »tengo hallado tanto en los jefes de la provincia co»mo con el pueblo una oposición irresistible de mis de»seos y de los de V. S. y este asunto pende ante la »autoridad de la provincia delante de la cual me »esfuerzo en reclamar el cumplimiento de las ex»presadas condiciones.» No obstante, insistió sobre lo mismo en una junta de guerra que reunió el 26 de agosto, y había ya obtenido su aquiescencia cuando se divulgaron las capitulaciones y la opinión hizo su estallido, lo que obligó á la junta á volver sobre sus pasos y conformarse al voto general. Intimidado por la actitud imponente del pueblo y ante su propia responsabilidad, vióse obligado á dar una satisfacción pública en un manifiesto en forma de carta dirigido á Berresford. En ella declaraba lo que era público y notorio á todos, incluso al mismo Berresford, que la rendición había sido á discreción, que no había existido ningún convenio previo, que la capitulación escrita era una mera complacencia al solo efecto de hacer de ella un uso privado, y que por lo tanto y por estar dolosamente adulterada la fecha, era nula y de ningún valor, ordenando en consecuencia que las tropas británicas fuesen internadas.

Las consecuencias de este incidente se hicieron sentir por largo tiempo y en diverso sentido. Los ingleses, no obstante la evidencia de lo contrario, se consideraron con derecho á sostener que la fe pública había sido violada, y á ejercer represalias en consecuencia. Las autoridades, que representaban el partido español, empezaron á mirar á Liniers con celos y desconfianza, sin olvidar que era extranjero; y más adelante, recordando el hecho de la falsa capitulación y su proceder equívoco en esta ocasión, llegaron á acusarle de conexiones con el enemigo y planes de inde-

pendencia, hasta que la escisión abierta se produjo. Los criollos, por instinto y obedeciendo á los impulsos de un patriotismo local que iba tomando consistencia, en vez de apoyar al partido español que ostensiblemente sostenía su causa, por una contradicción aparente, rodearon con sus simpatías á su glorioso caudillo, salvándolo de las resultas de un juicio y hasta del desprecio público, y lo reconocieron desde entonces como al jefe del partido criollo, esperando de él más de lo que su alma fugaz podía dar. Así, combatido por unos y sostenido por otros, coronado de nuevos lanreles, árbitro de los destinos de un pueblo en momentos supremos, Liniers se mostrará en adelante como en este incidente, aturdido, inconsistente y ligero, siempre inferior á su gloria y á la alta posición á que lo elevaron sucesos verdaderamente extraordinarios.

CAPITULO IV

Los ingleses en el Río de la Plata

1806-1807

Período de gestación.—Actitud de los ingleses después de la reconquista.—Refuerzos que reciben.—Ocupación de Maldonado.—Expedición en auxilio de la Banda Oriental.—Sitio y asalto de Montevideo.—Destitución del virrey.—Ideas de independencia.—Fuga de Berresford.—Sir Samuel Auchmuty.—Carácter histórico de su mando militar.—La política inglesa de conquista se define.—Sucesos correlativos en Europa.—Sir Home Popham.—Buenos Aires declarado colonia inglesa.—Política de la España en estas circunstancias.—Actitud de los generales ingleses respecto de planes de independencia.—Ideas políticas y militares de Auchmuty.—Expedición de los de Buenos Aires sobre la Colonia.—Nueva expedición inglesa contra Buenos Aires.

La permanencia de los ingleses en el Río de la Plata en los años de 1806 y 1807, durante el período que medió entre la conquista y reconquista y la defensa de Buenos Aires, cuya crónica pública y secreta no ha sido aún bien ilustrada, marca un período de gestación así en Europa como en América, con relación al pueblo argentino, que es un complemento necesario de los sucesos que la precedieron y explica muchos de los hechos que en consecuencia se desarrollaron inmediatamente ó se consumaron más tarde en la misma proyección.

Sir Home Popham, que al tiempo de la reconquista había reconcentrado á bordo su infantería de marina, permaneció con su escuadra en el río después de la rendición de Berresford, bloqueando los puertos de ambas márgenes. En esta actitud lo encontró el primer refuerzo de 1.400 hombres venido del Cabo de Buena Esperanza, con el cual se posesionó de Maldonado después de un simulacro de ataque sobre Montevideo, rechazando posteriormente una mal combinada ex-

pedición que los de esta plaza llevaron sobre aquel punto, en que perdió la vida su jefe el capitán de fragata Abreu. Al mismo tiempo salía de Inglaterra otro refuerzo de más de 4.300 hombres bajo las órdenes del general sir Samuel Auchmuty, convoyado por el almirante Stirling, destinado á relevar á Home Popham. Poco después llegaba á Londres la noticia de la reconquista, y entonces el gobierno inglés dispuso, que otra expedición de cerca de 4.400 hombres destinada á invadir á Chile, á las órdenes del general Crawfurd, acudiese á reforzar la del Río de la Plata, acompañado de una fuerte división naval mandada por el almirante Murray. El teniente general John Whitelocke, trayendo por su segundo al mayor general Lewison Gower y á la cabeza de 1.630 hombres más, fué nombrado para tomar el mando en jefe de todas estas fuerzas, y se le expidieron instrucciones en el sentido de «reducir á Buenos Aires al dominio británico, substituyéndolo al de la España.» Era Whitelocke un oficial general, más bien hijo del favor que de sus servicios, que sólo gozaba de crédito por su habilidad en las paradas. Había estado de guarnición en las Antillas, donde un casamiento con la hermana de un alto empleado del ministerio de la guerra, le abrió la puerta de los favores. Destinado á una expedición á Santo Domingo, había hecho derrotar las tropas de su mando por los colonos, siendo su más notable aventura en esta campaña, el cartel de desafío que recibió del jefe enemigo, á quien pretendió comprar con oro antes del combate, y que le exigió por ello satisfacción personal como de un insulto, á lo cual nada contestó. Tal era el general que la Gran Bretaña enviaba á la conquista del Río de la Plata, y que estaba señalado en los consejos de su gobierno para ser el virrey de Sud América.

Con la llegada de Auchmuty empezaron las nuevas operaciones. Este entendido general, después de refrescar sus tropas en Maldonado, se dirigió sobre Montevideo, desembarcó en el Buceo á la cabeza de 6.000 hombres, llevó por delante las tropas que pretendieron

interrumpir su marcha y estableció el sitio de la plaza. La guarnición hizo una salida, peleó bizarramente, pero fué derrotada y obligada á encerrarse dentro de sus muros. El virrey, que había tomado bajo su responsabilidad la seguridad de este importante punto, fué el primero en evacuar la plaza al amago del peligro, presenciando á la distancia todos estos descalabros al frente de su ejército colecticio, después de haber hecho para entorpecer la defensa, cuanto pudo sugerirle su ineptitud.

Al anuncio del peligro que corría Montevideo, y á pedido del Cabildo de esta ciudad, acordóse en Buenos Aires marchar en su socorro con un cuerpo de ejército de 2.000 hombres. Liniers quiso marchar en persona con tal objeto, pero el Cabildo de Buenos Aires se opuso, y sólo consintió en ello cuando ya el auxilio era tardío. Marchó en consecuencia la primera expedición, compuesta de poco más de 500 plazas veteranas, que logró penetrar oportunamente en la plaza, resistiendo las órdenes del virrey, que hizo todo lo posible para impedirlo. A ésta debía seguirse otra de 500 patricios y algunos destacamentos, voluntarios, todo bajo las inmediatas órdenes de Liniers. Belgrano solicitó formar parte de esta columna, pero don Cornelio Saavedra y la oficialidad del cuerpo expedicionario se presentó á Liniers diciéndole, que su salida importaba la disolución de la legión patricia; y hubo de quedar á su pesar, pues su espíritu militar empezaba á despertarse, y ansiaba por distinguirse en la guerra. La segunda expedición, en número de 1.500 hombres, se dirigió á la Colonia bajo la dirección de Liniers. Luchando con grandes dificultades, y especialmente con los obstáculos que le opuso el virrey retirándole los auxilios indispensables para su marcha, recibió en camino la noticia de que Montevideo había sucumbido heroicamente, y tuvo que regresar.

Los ingleses, después de estrechar el sitio y establecer baterías, abrieron brecha en el baluarte del Sur, y en la madrugada del 3 de febrero dieron el asalto á la bayoneta y se apoderaron de la plaza, bajo los

fuegos del flanco de las fortificaciones. Sus defensores perdieron más de 700 hombres entre muertos y heridos en los diez y siete días que duró el sitio, sufriendo especialmente grandes bajas los cuerpos de línea que habían marchado de Buenos Aires en su auxilio, á quienes tocó sostener la brecha. El gobernador don Pascual Ruíz Huidobro, los oficiales Rondeau y Vedia, y más de 600 hombres de tropa, quedaron prisioneros de guerra, y fueron enviados á Inglaterra en represalia, según se declaró, por la falta de cumplimiento á la supuesta capitulación entre Liniers y Berresford.

Este desastre, la conducta del virrey que lo había preparado ó facilitado, unido á los obstáculos, puestos por él para que la plaza recibiese auxilios oportunos, colmó la medida del sufrimiento público. El pueblo se agolpó en masa á las puertas del Cabildo pidiendo la destitución y la prisión del virrey. El Cabildo estaba presidido por don Martín Alzaga, que acababa de ser nombrado alcalde de primer voto, en la renovación anual de la corporación el día primero de año. Este personaje, á quien ya hemos visto figurar en los trabajos de la reconquista, y que estaba destinado á desempeñar un papel notable en los sucesos futuros, era el instigador del movimiento tumultuoso, no obstante considerarse el jefe natural del partido español. Bajo la presión popular se convocó una junta como la del 14 de agosto que había despojado del mando militar al virrey, y el 10 de febrero decidió con acuerdo de la Audiencia, que se le desnudase de toda autoridad suspendiéndolo, así del mando político como del militar, y decretóse la ocupación de sus papeles y declarando que su gobierno había caducado. Este plebiscito fué cumplido en todas sus partes, y por la primera vez se vió en las colonias americanas al representante legal del soberano, destituído y reducido á prisión. Era que en efecto el poder colonial había caducado de hecho y la revolución seguía su camino.

Casi al mismo tiempo que estos sucesos tenían lugar, ocurría otro hecho notable que se liga al des-

homenaje espontáneo á su valor y su desgracia. No satisfecho aún el pueblo, exigió que se enarbolase la bandera española, y como no la tenía la Fortaleza, le fué alcanzada una, que pocos momentos después se vió flamear en sus muros, saludándola un estruendoso «¡Viva España!»

Las hostilidades se suspendieron. El general inglés salió de la fortaleza bajo la garantía que le dió el general D. Juan Gutiérrez de la Concha, gritando al pueblo desde el rastrillo: «¡Pena de la vida al que insulte á las tropas británicas!» Liniers le recibió en sus brazos, concediéndole los honores de la guerra por «su bizarra defensa,» dice el mismo. El enemigo había perdido en el combate cerca de 300 hombres entre muertos y heridos, y rindieron las armas frente á las Casas Consistoriales 1.200 soldados, que quedaron prisioneros de guerra, dejando por trofeos de esta victoria sus banderas y estandartes, 35 cañones de batir y 4 morteros de la fortaleza, 56 desmontados, y 29 piezas de tren volante (de las cuales siete inglesas) además de 1.600 fusiles. El ejército reconquistador perdió como 200 hombres entre muertos y heridos. Entre los muertos de la reconquista de resultas de sus heridas, se contaban á D. Tomás Valencia y D. Diego Alvarez Baragaña, que tanto se habían distinguido por sus trabajos para prepararla. Hasta las mujeres recibieron la corona del triunfo en la cabeza de una heroína llamada Manuela la Tucumana, que combatiendo en ese día al lado de su marido, mató con sus propias manos á un soldado, á quien quitó el fusil, que presentó á Liniers, recibiendo en premio de su hazaña los despachos de alférez.

Estos sucesos, aparte de su importancia militar, dieron origen á un cambio radical en el orden político de la colonia. Desacreditados los militares españoles, ausente y en vergonzosa fuga el representante del Soberano, exaltado el espíritu público, lleno el pueblo de un noble orgullo, dueño de las armas con que había conquistado el triunfo, «las fuerzas sociales, verdadera fuente de todo poder,» habían pasado á otras ma-

nos, faltando sólo la cabeza visible del gobierno, que hasta entonces las había representado. Según lo ha dicho un contemporáneo, «la victoria fué la única autoridad que se encontró en Buenos Aires el día de la reconquista.» La municipalidad, á pesar de las vacilaciones del jefe libertador, que temía comprometerse con la corte, y sobreponiéndose á las demás corporaciones, que no se atrevían á ponerse al frente de la situación, asumió como representante del pueblo, la actitud que le correspondía, para poner un término á la acefalía de la capital, y afianzar el triunfo alcanzado. Con arreglo á su constitución, y usando de las facultades que le reconocían las leyes españolas, resolvió convocar un Cabildo abierto, lo que importaba la reunión de un congreso popular llamado á deliberar sobre su propia suerte. Al efecto, fueron invitados cien individuos notables, como representantes de todas las clases de la sociedad. Abierto el Congreso popularmente, en presencia de más de cuatro mil espectadores resueltos á intervenir en la discusión si era necesario, el Cabildo manifestó, que para afianzar la victoria debía determinarse el número de tropas que era necesario levantar, arbitrando á la vez los medios para sostenerlas. La real Audiencia, corporación política y judicial á un mismo tiempo, que servía de equilibrio á la autoridad absoluta de los virreyes en América, según se explicó antes, se opuso á esta proposición, alarmada sin duda del giro que tomaba el Congreso. En cambio, propuso que la decisión de esta cuestión se remitiese á una junta de guerra, sin proveer nada respecto á la acefalía gubernativa. La mayoría del Congreso se adhirió á este modo de ver; pero apenas se difundió en el público esta resolución, la multitud agolpóse á las puertas del salón en que se celebraba el Congreso, pidiendo en altas voces que se proveyese al mando militar, y aclamó á don Santiago Liniers como al hombre que merecía la confianza del pueblo. Resistiéndose las clases privilegiadas que componían el Cabildo abierto, á entrar en este camino revolucionario en cierto modo, la multitud, tomando

una actitud más decidida, pidió á grandes gritos que se invistiese en el acto á Liniers con el mando de las armas, y el Congreso, bajo la presión popular, proclamó este nombramiento desde lo alto de los balcones consistoriales, á los gritos de «¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores!» Fué ésta una verdadera revolución, y la primera en que ensayó su fuerza el pueblo de Buenos Aires, preparándose «para otra no lejana de un género más sublime», según la expresión de Funes al hablar de este acontecimiento.

Una comisión salió á anunciar al virrey este nombramiento. Este mandatario, que había abandonado cobardemente la capital á su suerte, se hallaba á cuarenta leguas de distancia, con un ejército de tres mil hombres que había reclutado en Córdoba, con contingentes de las provincias interiores del Virreinato. A la cabeza de esta columna, aseguraba que venía á reconquistar la ciudad, que ya se había reconquistado á sí misma, y que estaba resuelto á todo, antes de volver á sometérsele voluntariamente. El virrey se resistió al principio á aprobar el nombramiento, pero tuvo que ceder al fin en presencia de la firmeza de la municipalidad y de la actitud amenazadora del pueblo, delegando el mando político en la Audiencia y el de las armas en Liniers, conservando el Cabildo la posición que los sucesos le habían asignado. Después de esta abdicación forzada, el virrey se trasladó con su ejército muy minorado ya á la banda oriental del Río de la Plata, y se dirigió á Montevideo, desde donde anunció que se hacía cargo de la defensa de aquella plaza, que continuaba amagada por el enemigo. Así quedó suspenso un virrey, operado un cambio radical en la constitución política de la colonia, y establecido un nuevo orden de cosas con un gobierno indefinido de tres cabezas. Los peligros de la situación constituyeron una dictadura de hecho en la persona del conquistador, título que se daba ya á Liniers, sin que por esto las dos corporaciones que compartían con él el mando superior, abdicasen su alta influencia en los negocios públicos, ya autorizando sus resolucio-

nes, ya oponiéndose á ellas, ya llamándole á su barra para pedirle cuenta de su conducta.

Todas estas novedades, llevaban impreso el sello de su origen democrático, y la popularidad del caudillo que presidía pasivamente á esta elaboración de un nuevo orden de cosas, á la par de la intervención de la multitud en el gobierno, daban á los actos colectivos, el carácter de leyes tribunicias, dictadas por la voluntad general con el consentimiento de todos y la sanción de los mandatarios legales. No se comprendería, sin embargo, cómo los mismos custodios y representantes del derecho colonial, las consintiesen, cuando no las promovían y autorizaban si no se supiese que, tanto el Cabildo como la Audiencia, obedecían por instinto á la naturaleza de su institución bajo el imperio de las circunstancias, con intereses y pasiones que les eran comunes. El Cabildo, aunque compuesto casi en su totalidad de españoles europeos, se consideraba legalmente el representante nato de la república municipal, en el sentido que el derecho romano daba á la palabra república, consagrada por la antigua Constitución de la madre patria, cuya tradición no se había borrado del todo. Por lo tanto, su tendencia natural era igualarse y aun sobreponerse á los demás poderes, en nombre de los fueros municipales, cifrando su orgullo en compartir la potestad que emanaba de la corona, en nombre del municipio que representaba. De aquí, el que fuese la única autoridad elemental y orgánica que nunca caducaba ni aun en presencia de la conquista. Como se ha visto, colocado en tales condiciones al frente del movimiento popular, no era extraño que asumiese inconscientemente una actitud revolucionaria, arrastrada por la corriente de los sucesos, inspirándose en el odio y el desprecio de que era objeto el virrey Sobremonte, y del cual los cabildantes participaban contaminados por la pasión popular. Por su parte, la Audiencia, representación genuina de la autoridad absoluta de la corona y oráculo del viejo derecho colonial, bien que obrase con más cautela y pretendiera oponerse á la corriente, com-

prendía que la autoridad del virrey era insostenible en toda su plenitud; que los peligros de la situación aconsejaban contemporizar con el pueblo dueño de las armas, y en tal conflicto creía salvar el principio de autoridad al conservar sus formas externas, reteniendo en sus manos la alta representación del poder político, que halagaba su vanidad. Entre estas dos autoridades tradicionales, administrativa la una y judicial la otra, llamada por los sucesos á desempeñar el gobierno en presencia de un movimiento nuevo, se levantaba una tercera entidad que daba su nervio á la situación. Era ésta el pueblo, y el pueblo armado victorioso, cuya personificación era Liniers, y cuya gran mayoría la componían los criollos. Un acontecimiento inesperado y singular, llamando una vez más á la opinión pública á intervenir en el gobierno, vino á acentuar más estas tendencias, que produjo resultados aparentemente contradictorios, pero no por eso menos lógicos.

Descansaba el pueblo sobre sus frescos laureles, entregado al legítimo orgullo de haber hecho rendir sin condiciones las tropas de una de las más poderosas naciones del mundo, cuando inopinadamente empezó á circular manuscrita la copia de unas capitulaciones (el 28 de agosto) que llevaban la fecha histórica del 12 de agosto, y por las cuales Liniers concedía el libre regreso de los prisioneros á Inglaterra. El pueblo indignado protestó enérgicamente «que no consentiría »nunca en que se permitiera la salida de las tropas »británicas», y las autoridades alarmadas apoyaron su decidida actitud. La formalista Audiencia, que soportaba impaciente la preponderancia del caudillo reconquistador, veía en esto un caso de lesa majestad digno del rigor de la ley. El Cabildo, que había reprobado oficialmente que Liniers atribuyese á su persona y á la tropa veterana mayores méritos que los que les correspondían en la reconquista, con menoscabo del pueblo que lo había hecho todo, no podía consentir fuera éste despojado nuevamente de la gloria legítimamente adquirida. Llamóle en consecuencia á

su seno para pedirle explicaciones. Liniers declaró, que en efecto había acordado á Berresford, con posterioridad á su rendición, una capitulación en aquellos términos, cediendo por generosidad á los ruegos del general vencido; pero al solo objeto de salvar su responsabilidad ante su gobierno, sin darle otra ulterioridad, é hizo notar en prueba de ello que había firmado con la condición, «en cuanto puedo», agregando que la fecha estaba alterada.

La verdad era que, el héroe reconquistador en la embriaguez de la victoria, cediendo á las seducciones del amor, á las influencias de la amistad y al prestigio de su ilustre cautivo, había incurrido en la culpable debilidad de falsificar el acto más solemne de la guerra, comprometiendo impremeditadamente el triunfo mismo y disponiendo de la gloria de todos, con una ligereza propia de su carácter inconsciente. El 16 de agosto había firmado en confianza un papel en inglés redactado por Berresford, poniendo sin más condición «concedido.» El 18, se dió á este papel la forma de un compromiso, redactado en inglés y en castellano; pero recapacitando, aunque tarde, Liniers puso por ante firma el día 20, la cláusula «en cuanto puedo.» Provisto Berresford del anterior compromiso, reclamó el 21 de esta restricción, protestando contra ella, porque importaba desvirtuar lo convenido. Envuelto Liniers en sus propias redes, indicó á Berresford se dirigiera al gobernador de Montevideo, quien contestó reprobando las capitulaciones, tanto por no ser auténticas cuanto porque eran contrarias á las instrucciones que de él tenía el general reconquistador.

Berresford continuó impávido en sus exigencias, y sostuvo que las condiciones habían sido «concertadas entre ambos antes de la entrega de la fortaleza», olvidando que sólo había visto á Liniers fuera de ella, después de rendido públicamente á discreción, lo que le hizo sentir éste en la contestación que le dió el 25, en los términos vacilantes propios de su falsa posición. Agravaba este olvido de sus más serios deberes, la circunstancia de que, inmediatamente después de la victo-

ria (al entrar en convenios privados con Berresford) había instado al Cabildo y á la Audiencia para que se permitiese regresar á los prisioneros á su patria, incluso los oficiales. Esta proposición fué enérgicamente rechazada, y así le escribía Liniers á Berresford, el 25: «Contra mis más fervorosos deseos de complacerle, »tengo hallado tanto en los jefes de la provincia co»mo con el pueblo una oposición irresistible de mis de»seos y de los de V. S. y este asunto pende ante la »autoridad de la provincia delante de la cual me »esfuerzo en reclamar el cumplimiento de las ex»presadas condiciones.» No obstante, insistió sobre lo mismo en una junta de guerra que reunió el 26 de agosto, y había ya obtenido su aquiescencia cuando se divulgaron las capitulaciones y la opinión hizo su estallido, lo que obligó á la junta á volver sobre sus pasos y conformarse al voto general. Intimidado por la actitud imponente del pueblo y ante su propia responsabilidad, vióse obligado á dar una satisfacción pública en un manifiesto en forma de carta dirigido á Berresford. En ella declaraba lo que era público y notorio á todos, incluso al mismo Berresford, que la rendición había sido á discreción, que no había existido ningún convenio previo, que la capitulación escrita era una mera complacencia al solo efecto de hacer de ella un uso privado, y que por lo tanto y por estar dolosamente adulterada la fecha, era nula y de ningún valor, ordenando en consecuencia que las tropas británicas fuesen internadas.

Las consecuencias de este incidente se hicieron sentir por largo tiempo y en diverso sentido. Los ingleses, no obstante la evidencia de lo contrario, se consideraron con derecho á sostener que la fe pública había sido violada, y á ejercer represalias en consecuencia. Las autoridades, que representaban el partido español, empezaron á mirar á Liniers con celos y desconfianza, sin olvidar que era extranjero; y más adelante, recordando el hecho de la falsa capitulación y su proceder equívoco en esta ocasión, llegaron á acusarle de conexiones con el enemigo y planes de inde-

pendencia, hasta que la escisión abierta se produjo. Los criollos, por instinto y obedeciendo á los impulsos de un patriotismo local que iba tomando consistencia, en vez de apoyar al partido español que ostensiblemente sostenía su causa, por una contradicción aparente, rodearon con sus simpatías á su glorioso caudillo, salvándolo de las resultas de un juicio y hasta del desprecio público, y lo reconocieron desde entonces como al jefe del partido criollo, esperando de él más de lo que su alma fugaz podía dar. Así, combatido por unos y sostenido por otros, coronado de nuevos lanreles, árbitro de los destinos de un pueblo en momentos supremos, Liniers se mostrará en adelante como en este incidente, aturdido, inconsistente y ligero, siempre inferior á su gloria y á la alta posición á que lo elevaron sucesos verdaderamente extraordinarios.

CAPITULO IV

Los ingleses en el Río de la Plata

1806-1807

Período de gestación.—Actitud de los ingleses después de la reconquista.—Refuerzos que reciben.—Ocupación de Maldonado.—Expedición en auxilio de la Banda Oriental.—Sitio y asalto de Montevideo.—Destitución del virrey.—Ideas de independencia.—Fuga de Berresford.—Sir Samuel Auchmuty.—Carácter histórico de su mando militar.—La política inglesa de conquista se define.—Sucesos correlativos en Europa.—Sir Home Popham.—Buenos Aires declarado colonia inglesa.—Política de la España en estas circunstancias.—Actitud de los generales ingleses respecto de planes de independencia.—Ideas políticas y militares de Auchmuty.—Expedición de los de Buenos Aires sobre la Colonia.—Nueva expedición inglesa contra Buenos Aires.

La permanencia de los ingleses en el Río de la Plata en los años de 1806 y 1807, durante el período que medió entre la conquista y reconquista y la defensa de Buenos Aires, cuya crónica pública y secreta no ha sido aún bien ilustrada, marca un período de gestación así en Europa como en América, con relación al pueblo argentino, que es un complemento necesario de los sucesos que la precedieron y explica muchos de los hechos que en consecuencia se desarrollaron inmediatamente ó se consumaron más tarde en la misma proyección.

Sir Home Popham, que al tiempo de la reconquista había reconcentrado á bordo su infantería de marina, permaneció con su escuadra en el río después de la rendición de Berresford, bloqueando los puertos de ambas márgenes. En esta actitud lo encontró el primer refuerzo de 1.400 hombres venido del Cabo de Buena Esperanza, con el cual se posesionó de Maldonado después de un simulacro de ataque sobre Montevideo, rechazando posteriormente una mal combinada ex-

pedición que los de esta plaza llevaron sobre aquel punto, en que perdió la vida su jefe el capitán de fragata Abreu. Al mismo tiempo salía de Inglaterra otro refuerzo de más de 4.300 hombres bajo las órdenes del general sir Samuel Auchmuty, convoyado por el almirante Stirling, destinado á relevar á Home Popham. Poco después llegaba á Londres la noticia de la reconquista, y entonces el gobierno inglés dispuso, que otra expedición de cerca de 4.400 hombres destinada á invadir á Chile, á las órdenes del general Crawfurd, acudiese á reforzar la del Río de la Plata, acompañado de una fuerte división naval mandada por el almirante Murray. El teniente general John Whitelocke, trayendo por su segundo al mayor general Lewison Gower y á la cabeza de 1.630 hombres más, fué nombrado para tomar el mando en jefe de todas estas fuerzas, y se le expidieron instrucciones en el sentido de «reducir á Buenos Aires al dominio británico, substituyéndolo al de la España.» Era Whitelocke un oficial general, más bien hijo del favor que de sus servicios, que sólo gozaba de crédito por su habilidad en las paradas. Había estado de guarnición en las Antillas, donde un casamiento con la hermana de un alto empleado del ministerio de la guerra, le abrió la puerta de los favores. Destinado á una expedición á Santo Domingo, había hecho derrotar las tropas de su mando por los colonos, siendo su más notable aventura en esta campaña, el cartel de desafío que recibió del jefe enemigo, á quien pretendió comprar con oro antes del combate, y que le exigió por ello satisfacción personal como de un insulto, á lo cual nada contestó. Tal era el general que la Gran Bretaña enviaba á la conquista del Río de la Plata, y que estaba señalado en los consejos de su gobierno para ser el virrey de Sud América.

Con la llegada de Auchmuty empezaron las nuevas operaciones. Este entendido general, después de refrescar sus tropas en Maldonado, se dirigió sobre Montevideo, desembarcó en el Buceo á la cabeza de 6.000 hombres, llevó por delante las tropas que pretendieron

interrumpir su marcha y estableció el sitio de la plaza. La guarnición hizo una salida, peleó bizarramente, pero fué derrotada y obligada á encerrarse dentro de sus muros. El virrey, que había tomado bajo su responsabilidad la seguridad de este importante punto, fué el primero en evacuar la plaza al amago del peligro, presenciando á la distancia todos estos descalabros al frente de su ejército colecticio, después de haber hecho para entorpecer la defensa, cuanto pudo sugerirle su ineptitud.

Al anuncio del peligro que corría Montevideo, y á pedido del Cabildo de esta ciudad, acordóse en Buenos Aires marchar en su socorro con un cuerpo de ejército de 2.000 hombres. Liniers quiso marchar en persona con tal objeto, pero el Cabildo de Buenos Aires se opuso, y sólo consintió en ello cuando ya el auxilio era tardío. Marchó en consecuencia la primera expedición, compuesta de poco más de 500 plazas veteranas, que logró penetrar oportunamente en la plaza, resistiendo las órdenes del virrey, que hizo todo lo posible para impedirlo. A ésta debía seguirse otra de 500 patricios y algunos destacamentos, voluntarios, todo bajo las inmediatas órdenes de Liniers. Belgrano solicitó formar parte de esta columna, pero don Cornelio Saavedra y la oficialidad del cuerpo expedicionario se presentó á Liniers diciéndole, que su salida importaba la disolución de la legión patricia; y hubo de quedar á su pesar, pues su espíritu militar empezaba á despertarse, y ansiaba por distinguirse en la guerra. La segunda expedición, en número de 1.500 hombres, se dirigió á la Colonia bajo la dirección de Liniers. Luchando con grandes dificultades, y especialmente con los obstáculos que le opuso el virrey retirándole los auxilios indispensables para su marcha, recibió en camino la noticia de que Montevideo había sucumbido heroicamente, y tuvo que regresar.

Los ingleses, después de estrechar el sitio y establecer baterías, abrieron brecha en el baluarte del Sur, y en la madrugada del 3 de febrero dieron el asalto á la bayoneta y se apoderaron de la plaza, bajo los

fuegos del flanco de las fortificaciones. Sus defensores perdieron más de 700 hombres entre muertos y heridos en los diez y siete días que duró el sitio, sufriendo especialmente grandes bajas los cuerpos de línea que habían marchado de Buenos Aires en su auxilio, á quienes tocó sostener la brecha. El gobernador don Pascual Ruíz Huidobro, los oficiales Rondeau y Vedia, y más de 600 hombres de tropa, quedaron prisioneros de guerra, y fueron enviados á Inglaterra en represalia, según se declaró, por la falta de cumplimiento á la supuesta capitulación entre Liniers y Berresford.

Este desastre, la conducta del virrey que lo había preparado ó facilitado, unido á los obstáculos, puestos por él para que la plaza recibiese auxilios oportunos, colmó la medida del sufrimiento público. El pueblo se agolpó en masa á las puertas del Cabildo pidiendo la destitución y la prisión del virrey. El Cabildo estaba presidido por don Martín Alzaga, que acababa de ser nombrado alcalde de primer voto, en la renovación anual de la corporación el día primero de año. Este personaje, á quien ya hemos visto figurar en los trabajos de la reconquista, y que estaba destinado á desempeñar un papel notable en los sucesos futuros, era el instigador del movimiento tumultuoso, no obstante considerarse el jefe natural del partido español. Bajo la presión popular se convocó una junta como la del 14 de agosto que había despojado del mando militar al virrey, y el 10 de febrero decidió con acuerdo de la Audiencia, que se le desnudase de toda autoridad suspendiéndolo, así del mando político como del militar, y decretóse la ocupación de sus papeles y declarando que su gobierno había caducado. Este plebiscito fué cumplido en todas sus partes, y por la primera vez se vió en las colonias americanas al representante legal del soberano, destituído y reducido á prisión. Era que en efecto el poder colonial había caducado de hecho y la revolución seguía su camino.

Cási al mismo tiempo que estos sucesos tenían lugar, ocurría otro hecho notable que se liga al des-

arrollo de la idea de independencia del Río de la Plata. Nos referimos á la fuga del general Berresford. Hallábase confinado éste en Luján, juntamente con el coronel Pack y algunos otros oficiales ingleses. El encargado de entregarles sus sueldos era un capitán de la artillería de la «Unión», llamado Saturnino Rodríguez Peña, que gozaba del favor de Liniers. Peña y algunos otros se habían afiliado en las logias masónicas introducidas por los ingleses, y tenía este punto de contacto con el general británico. Este, después de su derrota, había empezado á insinuar en sus conversaciones algunas ideas de independencia del país, bajo la protección de la Gran Bretaña. En tal sentido se abrió con Peña y consiguió traerle á sus ideas, ofreciéndole todo género de garantías, y lo convirtió en un ardiente adepto de su propaganda secreta. Por medio de él y de un norteamericano llamado Guillermo White, que hacía algunos años residía en el país, púsose en comunicación con el general Auchmuty, dueño de la plaza de Montevideo, insinuándole la idea de que pudiera obtenerse por la diplomacia lo que por la fuerza creía difícil. A este respecto escribía Berresford á Auchmuty: «Sus »fuerzas son en mucho muy pequeñas para estar se»guro y poder intentar algo á este lado del río, á »menos que se consiga algo por convenio. Y de que sea »así hay muchas esperanzas. Cierto gran personaje »parece estar muy deseoso de ponerse del lado seguro »de la cuestión.»

El gran personaje á que se refiere Berresford, era don Martín Alzaga. Peña le había hecho entender que nada había que esperar de Liniers en el sentido de sus proyectos, pero que si Alzaga los aceptaba, todo estaba conseguido. Plenamente autorizado para garantirle su persona, sus intereses y los de sus amigos, asegurándole que el ejército inglés protegería la independencia del país si éste lo apoyaba, Peña se abrió con Dozo, el escribiente de Alzaga que ya conocemos, y que á la sazón era como él capitán de la artillería de la «Unión.» Grande fué el espanto de

Dozo al recibir aquella terrible confidencia; pero dominado moralmente por Alzaga, como todos los que rodeaban á este hombre soberbio, no se permitió rechazar por sí la invitación, y fué á transmitirla inmediatamente á su patrón. Este, sospechando que alguna de las personas que se decía estaban de acuerdo con el plan, pudiera ser Liniers, y queriendo averiguar quiénes eran los otros, dió á Peña una cita para el día siguiente, halagándolo con esperanzas vagas por medio del mismo Dozo.

La conferencia tuvo lugar el 4 de febrero (al día siguiente de la caída de Montevideo), á las ocho y media de la noche, en el gabinete de Alzaga. Expúsole Peña que era imposible la defensa de Buenos Aires en vista de los elementos que iba á reunir la Inglaterra en el Río de la Plata, y que el mismo Liniers lo sentía así. Que á él le constaba que el ánimo de la Gran Bretaña no era conquistar estos países, sino promover su independencia, protegiendo el libre comercio con sus escuadras y sus ejércitos, y asegurando su felicidad, sobre la base de desconocer el dominio del rey de España, idea que contaba ya con algunos adictos en la ciudad. Que para el efecto, podían entablarse negociaciones por conducto del general prisionero, de quien estaba seguro obtendría las credenciales correspondientes en que se garantizasen además de la independencia, el culto, la propiedad, las vidas y todos los demás derechos. Alzaga, encareciendo las dificultades de la empresa, procuró mañosamente sacar algo más de él respecto de sus confidentes; pero no pudiendo conseguirlo, se limitó á contestarle que, en vista de las credenciales y demás documentos resolvería si había de entrar en el plan para salvar el país de las calamidades que le anunciaba; á lo que Peña repuso que respondía con su vida traérselos inmediatamente, con lo cual terminó la conversación poco después de las diez de la noche. Inmediatamente de salir Peña, levantóse Alzaga de la silla en que estaba sentado frente á su mesa de despacho, colocada á la proximidad de una puerta que daba al

interior de la casa. Abrió esta puerta que comunicaba con un cuarto, que en aquel momento se hallaba obscuras. De él salieron el escribano público de provincia don Juan Cortés, el regidor don Miguel Fernández de Agüero y don Juan Díaz Dozo, que por el ojo de la llave habían podido cerciorarse de la identidad de la persona, oyendo al través de la puerta toda la conferencia, aunque imperfectamente. Bajo el dictado de Alzaga se labró en el acto la certificación de todo, firmando como testigos de vista Agüero y Dozo.

Algo había transpirado de estos trabajos secretos, y al mismo tiempo que por precaución se dispuso que Berresford fuese internado, la Audiencia ordenó la ocupación de sus papeles, entre los cuales nada se encontró que pudiera comprometer á nadie. Alarmado sin duda Peña, resolvió poner en práctica un plan de evasión que tenía ya acordado con el general inglés. Auxiliado por su confidente D. Manuel Aniceto Padilla, natural de Cochabamba, á quien acababa de hacer salir de la cárcel por su valimiento con Liniers, substrajeron al prisionero á la vigilancia de sus guardianes y lo trajeron á la ciudad, donde permaneció oculto dos días y dos noches en la casa del vecino D. Francisco González, que tenía prevenida al efecto. Un portugués, llamado Lima, proporcionó la embarcación para pasar á Montevideo, siendo de notarse que, en la noche en que lo efectuaron, varios marineros extranjeros tenían conocimiento del proyecto y lo comunicaron al norteamericano White, que había sido el agente principal de la correspondencia. Padilla y Peña pasaron á Montevideo en compañía del general fugitivo y del coronel Pack. Berresford, aunque faltó á su palabra de honor evadiéndose, respetó el juramento de no volver á hacer armas contra la España. Pack volvió á ceñirse la espada, y continuó haciendo la guerra en el Río de la Plata, por lo cual el Cabildo ofreció cuatro mil pesos al que lo encontrara. Padilla, que era un escritor de algún talento, tomó parte en la redacción de un periódico en castellano que los ingleses publicaban en Montevideo, en el sentido de

substraer las colonias americanas al dominio español, demostrando su incapacidad para gobernarlas bien y protegerlas. Peña se consagró desde entonces á la idea de la independencia, que fué uno de los primeros en iniciar, aunque sobre bases inconsistentes, y más adelante le veremos proponiéndolas en otra forma y bajo otros auspicios. Por el momento, ni la opinión estaba preparada para el cambio, ni las fuerzas que debían apoyarlo se habían robustecido lo bastante, estando por otra parte en abierta contradicción con las miras del gobierno británico, que prevenía en las instrucciones de que era portador Whitelocke, reconquistar por las armas su pasajero dominio, sobre las mismas bases de las primeras proclamaciones de Berresford; tratar como á insurrectos de la Gran Bretaña á todos los que habían tomado parte en la reconquista de Buenos Aires, y perseguir principalmente á los naturales del país, dejando de lado á los españoles.

Gobernaba á la sazón en Montevideo en nombre de la Gran Bretaña, su conquistador sir Samuel Auchmuty, cuyo mando político y militar constituye el nudo histórico de las dos invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1807, que se cortó por el rechazo definitivo de ambas. Colocado entre Berresford y Whitelocke, había venido en auxilio del primero para afianzar la conquista, y perdida ésta, abrió el camino de la segunda para sus ulteriores operaciones, dándole por punto de apoyo dos puertos de mar y dos plazas fuertes. Unico norteamericano nativo entre los jefes expedicionarios, no había acompañado á sus compatriotas de las colonias inglesas en la lucha por su independencia, lo que parecía augurar que no le sería simpática la de las colonias hispanoamericanas, y fiel á la bandera de la madre patria, habíase distinguido en las campañas de la India y del Egipto en 1783 y 1801, revelando grandes cualidades de mando, que justificó en el Río de la Plata. Por una doble singularidad mereció el doble honor de recibir simultáneamente los agradecimientos públicos del Parlamen-

interior de la casa. Abrió esta puerta que comunicaba con un cuarto, que en aquel momento se hallaba obscuras. De él salieron el escribano público de provincia don Juan Cortés, el regidor don Miguel Fernández de Agüero y don Juan Díaz Dozo, que por el ojo de la llave habían podido cerciorarse de la identidad de la persona, oyendo al través de la puerta toda la conferencia, aunque imperfectamente. Bajo el dictado de Alzaga se labró en el acto la certificación de todo, firmando como testigos de vista Agüero y Dozo.

Algo había transpirado de estos trabajos secretos, y al mismo tiempo que por precaución se dispuso que Berresford fuese internado, la Audiencia ordenó la ocupación de sus papeles, entre los cuales nada se encontró que pudiera comprometer á nadie. Alarmado sin duda Peña, resolvió poner en práctica un plan de evasión que tenía ya acordado con el general inglés. Auxiliado por su confidente D. Manuel Aniceto Padilla, natural de Cochabamba, á quien acababa de hacer salir de la cárcel por su valimiento con Liniers, substrajeron al prisionero á la vigilancia de sus guardianes y lo trajeron á la ciudad, donde permaneció oculto dos días y dos noches en la casa del vecino D. Francisco González, que tenía prevenida al efecto. Un portugués, llamado Lima, proporcionó la embarcación para pasar á Montevideo, siendo de notarse que, en la noche en que lo efectuaron, varios marineros extranjeros tenían conocimiento del proyecto y lo comunicaron al norteamericano White, que había sido el agente principal de la correspondencia. Padilla y Peña pasaron á Montevideo en compañía del general fugitivo y del coronel Pack. Berresford, aunque faltó á su palabra de honor evadiéndose, respetó el juramento de no volver á hacer armas contra la España. Pack volvió á ceñirse la espada, y continuó haciendo la guerra en el Río de la Plata, por lo cual el Cabildo ofreció cuatro mil pesos al que lo encontrara. Padilla, que era un escritor de algún talento, tomó parte en la redacción de un periódico en castellano que los ingleses publicaban en Montevideo, en el sentido de

substraer las colonias americanas al dominio español, demostrando su incapacidad para gobernarlas bien y protegerlas. Peña se consagró desde entonces á la idea de la independencia, que fué uno de los primeros en iniciar, aunque sobre bases inconsistentes, y más adelante le veremos proponiéndolas en otra forma y bajo otros auspicios. Por el momento, ni la opinión estaba preparada para el cambio, ni las fuerzas que debían apoyarlo se habían robustecido lo bastante, estando por otra parte en abierta contradicción con las miras del gobierno británico, que prevenía en las instrucciones de que era portador Whitelocke, reconquistar por las armas su pasajero dominio, sobre las mismas bases de las primeras proclamaciones de Berresford; tratar como á insurrectos de la Gran Bretaña á todos los que habían tomado parte en la reconquista de Buenos Aires, y perseguir principalmente á los naturales del país, dejando de lado á los españoles.

Gobernaba á la sazón en Montevideo en nombre de la Gran Bretaña, su conquistador sir Samuel Auchmuty, cuyo mando político y militar constituye el nudo histórico de las dos invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1807, que se cortó por el rechazo definitivo de ambas. Colocado entre Berresford y Whitelocke, había venido en auxilio del primero para afianzar la conquista, y perdida ésta, abrió el camino de la segunda para sus ulteriores operaciones, dándole por punto de apoyo dos puertos de mar y dos plazas fuertes. Unico norteamericano nativo entre los jefes expedicionarios, no había acompañado á sus compatriotas de las colonias inglesas en la lucha por su independencia, lo que parecía augurar que no le sería simpática la de las colonias hispanoamericanas, y fiel á la bandera de la madre patria, habíase distinguido en las campañas de la India y del Egipto en 1783 y 1801, revelando grandes cualidades de mando, que justificó en el Río de la Plata. Por una doble singularidad mereció el doble honor de recibir simultáneamente los agradecimientos públicos del Parlamen-

to de la Gran Bretaña por sus hazañas, y de ser apellidado «valeroso» por sus mismos contrarios vencedores, que se enorgullecieron al contar entre los capitulados más tarde, al único que les había hecho rendir tres veces las armas en el combate, con la gloria de ser el único que no fué rechazado en el ataque que los ingleses llevaron definitivamente contra Buenos Aires.

Durante el mando intermediario de Auchmuty, diseñóse claramente la política de la Gran Bretaña en relación á sus planes de conquista, así respecto del Río de la Plata como de la América del Sur, cruzándose éstos con la idea de independencia del país argentino, concebida por algunos nativos, sobre la base de la protección británica, y acogida con benevolencia por él, lo que dió un carácter político no bien definido aún en su doble aspecto.

El propósito de la Gran Bretaña, de independizar las colonias hispanoamericanas bajo la protección de sus armas con objeto de abrirse nuevos mercados, ha sido historiado ya en estas mismas páginas, y explicado queda cómo él dió su origen á la empresa de Home Popham sobre el Río de la Plata, obedeciendo á la impulsión primitiva dada por Pitt, en cuyas miras estaba iniciado, y con cuya aprobación contaba; pero muerto el gran ministro al tiempo de dar la vela la expedición salida del Cabo de Buena Esparanza, habíase llevado á la tumba su idea, idea emancipadora, y la política del gobierno inglés variado en consecuencia al realizarse la ocupación de Buenos Aires por Berresford.

Se ha asegurado por algunos historiadores que «cuando el gobierno inglés, cambiado por la muerte »de Pitt, supo que sir Home Popham, había partido »del Cabo para atacar la América del Sur, despachó »órdenes haciéndole inmediatamente retirar,» pero esta especie carece de fundamento, y tanto los hechos como los documentos confrontados la contradicen. Bien que el almirante aventurero procediera de su cuenta y aun contrariando sus instrucciones, él no con-

trariaba en realidad la política de su gobierno, ni en Europa ni en América, y esto alegó en su defensa al ser sometido á juicio, no por el hecho en sí, sino por su mal éxito. Así decía él: «En el curso del mes de »febrero (de 1806), dice Popham, recibí la noticia del »glorioso triunfo de lord Nelson en Trafalgar, y un »informe del estado de la coalición contra la Francia, »de cuya alianza «no había sido posible desligar á la »España.» Hacia el fin del mismo mes, un buque di»namarqués que llegó al Cabo trayendo periódicos in»gleses, me dió la noticia de la capitulación de los »austriacos en Ulm. Por la captura de la fragata »francesa Volontaire el 6 de marzo de 1806, supe la »derrota del ejército ruso en Austerlitz (el 2 de di»ciembre de 1805), y que Bonaparte estaba en pose»sión de Viena. La H. Corte no puede dejar de adver»tir que las causas que habían contribuído á suspen»der cualquiera expedición sobre la América del Sur, »eran de orden político, variando mi primitiva misión »por la del ataque del Cabo. La guerra continental se »había cerrado tan desastrosamente, que excluía toda »esperanza de hacer revivir ninguna coalición que »ofreciese el más remoto proyecto de intentar siquie»ra desligar «á la España de la Francia.» Esto demuestra que Popham estaba iniciado en los negocios de Estado, y que sabedor ó previsor del fracaso del acuerdo secreto para desligar á la España de la Francia, procedió en consecuencia, y por eso su expedición fué desaprobada como acto de disciplina, pero no como acto político y militar.

A los sucesos mencionados por Popham, que obraron en su resolución, siguióse la paz de Presburgo, al terminar el año de 1805, en que fué anonadada la coalición europea contra la Francia. Fué entonces cuando la Rusia, meditando formar una nueva coalición en alianza con la Suecia y la Prusia, invitó á España á formar parte de ella en unión del Portugal, sobre la base de su paz con la Inglaterra. La corte de Madrid, á la sazón ofendida con Napoleón por el destronamiento del rey de las dos Sicilias, hermano de

Carlos IV, y temerosa además de que éste hiciera la paz con la Inglaterra como lo pensó, dando como indemnización una de las Antillas, prestó oídos á la abertura, y aun antes de saber la noticia de la toma de Buenos Aires por los ingleses, despachó con tal objeto un comisionado confidencial á Londres (el 3 de octubre de 1806). Hallábase éste en Lisboa cuando le llegó la noticia de la tristemente famosa proclama del príncipe de la Paz (6 de enero), que llamaba á la nación española á las armas sin designar el enemigo que se iba á combatir. Este acto de imbecilidad del favorito, que desbarataba el plan violando el sigilo convenido, obligó á los embajadores de Rusia y de Portugal á recusar toda participación en él. Con este fracaso, el enviado español, aunque siguió á su destino, dió por abortada su misión, y la Gran Bretaña, que de antemano nada esperaba de la España, dió impulso á su plan de conquista en el Nuevo Mundo. Siguióse muy luego á esto la victoria de Napoleón en Iena, que puso la España á sus pies.

El 13 de septiembre de 1806 (23 días antes de la proclama del príncipe de la Paz) publicáronse oficialmente en Londres los despachos de Popham y Berresford, datados el 6 de julio del mismo año, que anunciaban la toma de Buenos Aires, con el envío de sus tesoros y los trofeos de la victoria. La empresa había sido tan feliz, las ventajas militares, políticas y comerciales eran tan patentes, el movimiento de opinión fué tan irresistible en su favor, que cuatro días después, el 17 de septiembre de 1806, el rey de la Gran Bretaña, presidiendo en persona su consejo de ministros, declaró «conquistada la ciudad de Buenos Aires y sus dependencias,» decretando el libre comercio con la nueva posesión, de conformidad con los reglamentos vigentes en sus demás colonias. A pesar de todo esto, la España perseveró en sus propósitos pacíficos y tomó la iniciativa de la primera abertura directa con el gobierno inglés, como se ha visto. En lo demás las fechas y documentos hablan por sí.

La Gran Bretaña, que, bajo los auspicios de Pitt y

las inspiraciones de Miranda, había iniciado una política respecto de la América Española con el propósito de independizarla, reaccionaba contra ella, y luego que supo la toma de Buenos Aires en 1806, se decidió por la de conquista, ó de mera ocupación bélica á fin de adquirir ventajas para el tiempo de la celebración de la paz. En este doble sentido no tardó en desenvolver resueltamente su acción gubernativa y militar.

El 11 de octubre zarpaba del puerto de Falmouth la expedición á las órdenes de sir Samuel Auchmuty, destinada á completar la conquista del Río de la Plata. Pocos días después, el 30 de octubre, ordenábase la salida de otra al mando del general Craufurd, destinada á conquistar á Chile, la cual partió el 12 de noviembre. En las instrucciones de la división destinada al Pacífico, se ordenaba capturar los puertos y fortalezas, reduciendo totalmente la provincia de Chile, ocupándola militarmente bajo la bandera británica; pero con la prevención de contener todo espíritu de insurrección contra la España, y de no contraer compromisos con sus naturales, ni prometerles apoyo para la época de la conclusión de la paz, ú «otras condiciones que eventualmente pudieran dificultarla.» Casi simultáneamente con estos movimientos militares llegó á Londres la noticia de la reconquista de Buenos Aires por sus habitantes. Ordenóse entonces á Craufurd que, desistiendo de su empresa sobre Chile, marchara á reforzar el ejército dirigido contra el Río de la Plata, bajo las órdenes de Auchmuty. Mientras tanto Auchmuty, asumiendo el mando en jefe, como queda dicho, se apoderó de Montevideo y estableció allí su cuartel general. Este es el momento en que las ideas de independencia del país argentino promovidas por algunos nativos, á que nos hemos referido antes, empezaron á cruzarse con los planes de conquista de la Gran Bretaña, asumiendo el mando de aquél el carácter políticomilitar que le hemos asignado.

Según informes verbales de un contemporáneo ilustre, la idea de independencia bajo la protección de las

armas inglesas, había asomado secretamente en 1806. A estar á ellos, el partido que aspiraba á la emancipación se habría dirigido en esa época á Berresford por medio del doctor Castelli, quien recibió del general inglés una repulsa perentoria, determinando esto una ruptura definitiva entre los nativos y los invasores. Sea de esto lo que fuere, es del dominio de la historia, que el general Berresford, una vez rendido y prisionero, fomentó las esperanzas de independencia, según se ha visto, y que en este sentido se abrió con Auchmuty.

Por este mismo tiempo abrióse una correspondencia entre Auchmuty y su gobierno, de la cual dos cartas esparcen una luz nueva sobre los misterios políticos de la época con relación á la suerte del Río de la Plata. La primera de esas cartas (de 7 de febrero) es puramente militar y administrativa, y manifiesta en ella que sus instrucciones se basaban «en la suposición »de que él se hallase en posesión de la provincia y de »la ciudad de Buenos Aires» cuando se veía reducido á la sola plaza de Montevideo sin medios materiales para emprender ulteriores operaciones. «La toma »de Buenos Aires, agrega, puede producir un cambio »en la actitud de los nativos: pero hasta lo presente »ellos nos son inveteradamente hostiles. Mis fuerzas, »después de dejar una guarnición en esta plaza, son »desproporcionadas al intento. Aun cuando no tenga »por qué temer encontrarme con ellos en el campo, »pueden al fin destruirme con sus irregulares ataques: »no puedo, pues, guardar y mantener sujeta una ciu»dad abierta de 70.000 habitantes. En mi opinión, se »requieren 15.000 hombres para conquistar y conser»var (keep) este país.»

La segunda (de 26 de marzo) es casi puramente política, y domina en ella otro tono. Habla de las ideas de independencia que germinaban en los hijos del país, se da cuenta de las tendencias de los dos partidos en que estaba dividida la sociedad: los españoles y los criollos; y como criollo norteamericano que había abrazado la causa de su metrópoli, condensa su

juicio en estos términos: «La opresión de la madre »patria ha hecho más ansioso en los nativos el anhelo »de sacudir el yugo de de España, y aunque por su »ignorancia, su falta de moralidad y la barbarie inna»ta de sus inclinaciones sean completamente incapa»ces para gobernarse por sí mismos, quisieran seguir »los pasos de los norteamericanos, erigiendo un esta»do independiente. Si les prometiésemos la indepen»dencia se levantarían inmediatamente contra su go»bierno, y la gran masa de sus habitantes se nos uni»ría. Pero si bien ninguna otra cosa que no sea la »independencia puede satisfacerlos completamente, »ellos preferirían nuestro gobierno si en cambio de su »presente anarquía, ó el yugo español, estipulásemos ó »prometiésemos no entregar el país á la España, aun »cuando se haga la paz; y mientras tal promesa no se »haga, debemos esperar tenerlos por enemigos decla»rados ú ocultos.»

En materia militar, es más explícito que en la anterior: «No creo tener fuerza bastante para intentar »el sometimiento de la capital (Buenos Aires). Tiene »un numeroso cuerpo de tropas y cuentan con una nu»merosa artillería. Mi actual adquisición (Montevi»deo) es demasiado importante para dejarla débilmen»te guarnecida; estoy persuadido que cada habitante »dentro de sus muros es un enemigo, dispuesto á »cometer cualquier acto desesperado, si el menor »aliento les fuese dado. Pienso, y aun soy de opinión, »que en combate campal puedo derrotarlos, y aun den»tro de la misma plaza: pero no puedo esperarlo sin »pérdidas, y estoy firmemente persuadido, que no po»dría guardarla, aun triunfando, y que por abarcar »demasiado comprometería el todo. Si las fuerzas que »se me han prometido no fuesen requeridas para otros »objetos, puedo anticipar un éxito feliz.» Los refuerzos prometidos eran los 4.400 hombres de Craufurd que le daban un total de cerca de 10.000 hombres, sin incluir los que debía traer Whitelocke, con los cuales no contaba. De todo esto se desprende, que comprendía que la promesa de independencia decidiría á los

hijos del país en favor de la Gran Bretaña; pero sin embargo de esto, preferirían la dominación inglesa á la de España, si se les garantizase su estabilidad, y que, para apoderarse de Buenos Aires y conservarla, bastarían diez mil hombres, con lo cual respondía del exito.

Cualesquiera que fuesen las vistas de Auchmuty—por otra parte bien definidas por sus mismas declaraciones,—no estaba en su mano torcer el curso de los acontecimientos. Cuando él escribía, ya Whitelocke estaba en marcha para asumir el mando en jefe con instruciones de recuperar por las armas su dominio en el Río de la Plata, sobre las mismas bases de las anteriores proclamaciones de Berresford (lo mismo que se había prevenido á Craufurd respecto de Chile), y tratar como insurrectos á los que habían tomado parte en la reconquista de Buenos Aires, persiguiendo principalmente á los naturales del país y dejando de lado á los españoles. El nuevo general llegó poco después con el último refuerzo ya mencionado, el que, unido al de Craufurd, completó el número de cerca de doce mil hombres, más de lo que el prudente general en su segunda carta, consideraba suficiente para triunfar en la batalla y asegurar la conquista.

Los dados estaban tirados. El combate iba á trabarse con la bandera de la conquista por parte de los ingleses, y con la de la resistencia por parte de nativos y españoles ,preparándose con el triunfo de ésta, al triunfo de la idea de independencia que debía venir más tarde, consciente, vigorosa, irresistible. De este modo debía cortarse este otro nudo, que no estaba en manos de sir Samuel Auchmuty desatar.

Auchmuty por su parte, comprendiendo que la solución de la conquista ó de la independencia estaba en Buenos Aires, mediante las armas, preparaba todo en la banda oriental del Río de la Plata, para dar una base sólida á la próxima invasión. En consecuencia, una vez asegurado de la posesión de Maldonado y Montevideo, se apoderó de la plaza de la Colonia, y confió su mando al coronel Pack. Los de Bue-

nos Aires, alarmados al ver establecerse á los ingleses á diez leguas de sus playas, río de por medio, resolvieron llevar inmediatamente una expedición sobre la Colonia, y se confió su mando al coronel Elío, nombrándosele comandante general de la banda oriental, que él prometió con la jactancia que le era habitual, redimir de la dominación extraña en poco tiempo. Elío llegó á reunir hasta 1.500 hombres bajo su bandera, y procediendo con su atolondramiento de costumbre, pretendió sorprender la plaza ocupada por el enemigo sin hacer sobre ella un previo reconocimiento, y fué completamente rechazado por la guarnición. Reforzado á poca distancia con nuevos contingentes, se situó en el arroyo de San Pedro, á tres leguas de distancia, y allí proclamó hiperbólicamente á su tropa, asegurándole que «jamás había tenido más probabilidades de vencer á un enemigo ignorante de la guerra de la tierra.» Pack, no obstante la inferioridad del número de sus soldados, y con sólo infantería, salió á pie de la Colonia, y cayó de improviso sobre el campamento de Elío, que dormía descuidado con su necia confianza y fué derrotado completamente, sufriendo alguna mortandad, especialmente entre los patricios, que formaban el núcleo y la mayoría de su fuerza, y que fueron los únicos que hicieron alguna resistencia. Los restos, en número de 400 hombres, se trasladaron á la banda occidental y se incorporaron al ejército que se había organizado para la defensa de Buenos Aires.

Mientras tanto el almirante Murray había tomado el mando de la escuadra británica surta en las aguas del Plata, y todo se aprestaba en Montevideo para la nueva invasión sobre Buenos Aires.

CAPITULO V

La defensa

1806-1807

El espíritu guerrero y las fuerzas cívicas.—Creación de un nuevo ejército.—Organización militar democrática.—Reaparición de Belgrano.—Los ingleses reabren las hostilidades.—Fuerzas de la nueva expedición.—Desembarco en la Ensenada.—Salida del puente de Gálvez.—Combate de Miserere.—Noche triste del 2 de julio. —El alcalde Alzaga.—Heroica defensa de la ciudad.—Jornadas del 5 y 6 de julio.—Los ingleses capitulan.—Rasgos de heroísmo.—Festividades públicas.—Funerales.—Manumisión de esclavos.—Patriotismo indígena.—Belgrano y Craufurd.—Estado de los espíritus en esta época.—Ideas de Belgrano sobre la independencia.—Influencia benéfica de las invasiones inglesas. —La revolución en las conciencias.

Uno de los efectos inmediatos de la reconquista, fué el espíritu guerrero que despertó en todas las clases; pero en un sentido diametralmente opuesto á las reglas disciplinarias de la milicia regular, ese espíritu refluía sobre el orden político. Era el producto de las fuerzas sociales llamadas á la acción, que se condensaban, armaban y regimentaban, animadas de un espíritu cívico, que improvisaba por instinto y bajo los auspicios de la victoria una milicia popular, que llevaba en germen la institución democrática de la guardia nacional en los pueblos libres. Contribuía á exaltar este sentimiento, la nulidad manifiesta de las antiguas reputaciones militares de la colonia, y la insignificancia de los elementos regularizados que habían concurrido á la acción. Los antiguos generales españoles que componían el estado mayor del Río de la Plata, ilustrados muchos de ellos en las guerras de Flandes y del Rosellón, habían mostrado unos su incapacidad y otros su cobardía en los días de la conquista y rendidos en su mayor parte al enemigo, no

figuraron en la reconquista. Los cuerpos de línea que estuvieron presentes en la acción del 12 de agosto, fueron escasos en número, y se mantuvieron lejos del peligro. El pueblo armado lo había hecho todo, y sin él nada se habría hecho. Abandonado por sus mandatarios y generales, sin tropas regladas que lo protegiesen, había iniciado la resistencia, preparado los elementos de la reacción, batídose sólo en Perdriel, alistádose en cuerpos francos y formado espontáneamente siete octavas partes del ejército de la reconquista, acudiendo el vecindario en masa al lugar del peligro, y decidido con su entusiasmo la victoria. La fuerza estaba, pues, de hecho en sus manos, sin contrapeso alguno, y los peligros de la situación conspiraban á que las autoridades fomentasen el espíritu militar en vez de entibiarlo, participando del mismo sentimiento así los españoles europeos como los nativos.

Siendo de temerse una nueva invasión inglesa, en vista de la actitud que después de la reconquista mantenía la escuadra enemiga, el Cabildo como representante del pueblo, se puso francamente á la cabeza de este movimiento. En la junta del 14 de agosto en que se despojó al virrey de su autoridad militar, de que ya se ha dado noticia, el Cabildo fijó como primera proposición á considerar la necesidad de asegurar la victoria, determinando el número de tropas que debían levantarse y los medios para sostenerlas. Esta proposición, combatida por la Audiencia, había sido sancionada por aclamación bajo la presión del pueblo dueño de la fuerza real.

Liniers, proclamado en la plaza pública como general en jefe por el voto popular, era el elegido del pueblo, levantado como un «imperator» romano sobre el escudo de los soldados cívicos vencedores. Revestido de esta autoridad en cierto modo tribunicia, no se ocupó desde ese momento sino en preparar los elementos bélicos que habían de hacer frente á la nueva invasión que se temía, desplegando grande actividad, mucha inteligencia profesional y revelando un verdadero genio organizador. En cuanto al material hizo montar

los cañones disponibles, fundir todos los caños pluviales y utensilios domésticos de plomo para convertirlos en balas, traer pólvora de Chile, la que pasó la cordillera en hombros de los artilleros, fundar maestranzas y arreglar un laboratorio de mistos en que se trabajaba de día y de noche. Fué eficazmente secundado en estos trabajos por el cuerpo municipal, que proveía á todo, reuniendo recursos por donativos, estableciendo hospitales, facilitando cuarteles, construyendo uniformes, distribuyendo premios y recompensas y acopiando el armamento disperso, cuyas operaciones registraba en su libro de acuerdos diarios, donde constan para perpetua memoria. En cuanto al personal, dispuso el alistamiento de todos los ciudadanos sin distinción de clases, poniendo las armas en manos del pueblo. Para crear estímulo entre los nuevos cuerpos, los dividió y los denominó por las provincias de que eran oriundos los soldados, así en España como en el Río de la Plata. Les dió banderas que juraron solemnemente, uniformes y divisas que exaltaron el espíritu militar, y para robustecer su constitución, les dió la facultad de nombrar sus propios oficiales por elección directa y á mayoría de sufragios, nombrando los oficiales reunidos sus respectivos jefes, á la manera de los somatenes de Cataluña y de las milicias plebeyas de las antiguas comunidades de España. Era la creación de una verdadera democracia militar, desde el general en jefe hasta el último soldado, en que Liniers, como lo dice él mismo, era el general, el ayudante de órdenes y el sargento instructor, pudiendo haber agregado, que también era el tribuno militar de la plebe armada como en la antigua Roma.

Entre los nuevos cuerpos que debían organizarse, figuraban en primera línea cinco batallones de nativos, que debían tener la denominación de Patricios y Arribeños, correspondiendo la primera á cuatro batallones de Buenos Aires, uno de ellos de pardos y morenos, y la última á los naturales de las provincias del interior. Organizáronse igualmente seis escuadrones de caballería, un batallón de granaderos pro-

vinciales y otro de cazadores correntinos, así como un cuerpo de artillería, compuesto todos de hijos de la tierra, alternando en las filas blancos, pardos, indios y negros. Los españoles formaron los suyos sobre el mismo pie, y dividieron en cinco tercios bajo la denominación de andaluces, cántabros, catalanes, gallegos y montañeses, en que entraron los nativos de todas las provincias de España y también algunos criollos hijos de españoles. El Cabildo, sobre la base de los catalanes de Sentenach y de Llac, organizó un cuerpo de artillería, llamado de la «Unión», equipado y pagado por los fondos municipales. Todos estos cuerpos, uniformados á su costa de blanco y azul y algunos de verde ó colorado, se distinguían por el color de las vueltas y de los penachos. Los patricios llevaban chaquetilla azul con vivo blanco y collarín encarnado, centro blanco, un penacho blanco y celeste con presilla del mismo color en el sombrero alto de paisano, y un escudo de paño grana al brazo, en cuyo centro se leía el nombre simbólico de Buenos Aires orlado de palma y laurel.

Aquí volvemos á ver reaparecer á Belgrano, perdido en medio de los grandes sucesos que hemos narrado. Después de su fuga á la banda oriental para substraerse á prestar el juramento de fidelidad á la Inglaterra, retiróse á la capilla de Mercedes sobre el Uruguay. Cuando sabedor de los planes de reconquista se disponía á incorporarse á las tropas que la efectuaron, tuvo noticia del éxito que los había coronado el 12 de agosto. Al acudir á formar parte del ejército que se organizaba para la defensa, acertó á llegar en la víspera del día en que iba á verificarse la elección de comandante de la nueva legión de patricios. A su asistencia á este acto debióse que salieran electos D. Cornelio Saavedra y D. Esteban Romero, como los más dignos, pues hubo intrigas y escamoteo de votos para nombrar á otros que no merecían la confianza del pueblo y habrían perjudicado á la causa de los nativos, de la cual esta falange lleva el pendón militar. Hubo protestas, y fué necesario que el mis-

mo Liniers recorriese las filas de la legión patricia, que en número de 1.500 hombres confirmó por aclamación el resultado del escrutinio practicado ya por Belgrano. En seguida fué electo sargento mayor del regimiento por el voto de sus capitanes en junta, y tomó en el acto posesión de su cargo. Desde este día se contrajo con empeño al estudio de la táctica y tomó maestro que le enseñase el manejo de las armas. Al poco tiempo se hallaba en aptitud de dar lecciones á su cuerpo, que puso en mediana disciplina, á cuyo resultado contribuyó el buen espíritu de los ciudadanos que habían tomado las armas con entusiasmo. La llegada de las tropas de refuerzo destinadas á emprender nuevamente la completa conquista del Río de la Plata bajo la bandera inglesa, le encontró en estas ocupaciones á principios de 1807.

Mientras los sucesos que en el capítulo anterior se han relatado tenían lugar, Montevideo se convertía, á la vez que en cuartel general y plaza de armas de la compañía británica, en el gran mercado del comercio inglés en el Río de la Plata, que á su tiempo debía operar otra conquista pacífica más segura. Una inmensa flota mercante conductora de mercaderías expedidas por el comercio inglés al primer anuncio de la toma de Buenos Aires, cuajaba su puerto. Los refuerzos ya detallados iban sucesivamente llegando, y se preparaban convenientemente para la empresa. En el mes de mayo de 1807 hallábase reunido allí, y pronto á emprender operaciones, un ejército de cerca de doce mil ingleses, con tres brigadas de artillería y una de ingenieros, apoyada por veinte naves de guerra y como noventa transportes á su servicio. Whitelocke lo organizó en cuatro grandes divisiones, cuyo mando confió á los generales Craufurd, Auchmuty, Lumley y coronel Mahón, y dispuso todo para entrar inmediatamente en campaña, contando de antemano con el triunfo, en la creencia de que nada ni nadie podría resistir tan formidable armamento. De estas legítimas esperanzas participaban los soldados, imbuídos del orgullo británico que les hacía considerar invencibles

las banderas de su grande y libre patria, triunfante hasta entonces en las cuatro partes del mundo en los mares y en la tierra.

El momento era solemne. Dueño el enemigo de las tres ciudades de la margen septentrional del Plata con un ejército tan poderoso, y al parecer irresistible, toda la esperanza estaba reconcentrada en la ciudad de Buenos Aires, defendida por un ejército de ciudadanos, que iban á hacer su segundo ensayo militar. Aunque inferior en número y en disciplina, su decisión y su confianza no eran menores, y lo mismo que los ingleses, contaban seguros el triunfo, porque estaban resueltos á pelear y morir, pues según la confesión de sus propios enemigos, cuando llegó el día del combate, «cada ciudadano era un soldado y cada soldado un héroe.» El ejército de la «vencida vencedora,» como desde entonces empezó á titularse la ciudad de Buenos Aires, no alcanzaba en su totalidad á 8.600 hombres, de los cuales apenas 847 tenían el nombre de veteranos. Su tren volante lo componían 49 piezas de calibre de 4 á 12, contando además con 99 cañones de á 24 para establecer baterías.

No parece que Liniers se hubiese trazado un plan militar de defensa, ni previsto las más vulgares eventualidades de la guerra. Al menos así lo indican sus operaciones posteriores y sus propios documentos. Después de haber desplegado tanta actividad y tanta inteligencia en la organización del ejército, no halló dentro de sí mismo las inspiraciones del general para manejarlo. Con su habitual aturdimiento y falta de previsión, creyó que los defensores de Buenos Aires podían medirse en campo abierto con las tropas inglesas, y nada previno para el caso de una derrota ó por lo menos un golpe de mano sobre la ciudad. Se limitó á establecer diferentes baterías en distintos puntos á inmediaciones de la ciudad, con el objeto de impedir un desembarco en sus cercanías, y esperó en los cuarteles el ataque anunciado, sin determinar una línea de defensa ni abrir una trinchera. A pesar de esto, todos tenían confianza en él, y su sola presencia,

aclamada con entusiasmo en todas partes, infundía á los soldados un espíritu heroico.

De este ejército así constituído formaba parte el secretario del Consulado. Algunos disgustos con los oficiales de la Legión Patricia le movieron á hacer renuncia del cargo de sargento mayor en que lo dejamos, quedando á las inmediatas órdenes del general Liniers para el caso de una invasión. Desde esta época empezó á manifestar en sus relaciones con los demás hombres cierta tendencia suspicaz, y á desenvolverse en él algunas pasiones rencorosas, que revelan las primeras agitaciones de la vida pública en el áspero roce de los individuos, y que imprimían al alma sus movimientos. Más de una vez veremos manifestarse en él esos lunares, que contrastaban con sus grandes calidades y con la elevada moderación de su carácter. Hallábase desempeñando sus antiguas funciones en el Consulado á la llegada del resto de la nueva expedición inglesa, que debía atacar nuevamente á Buenos Aires. De sus impresiones personales en aquel momento solemne, no nos ha dejado ninguna Memoria; pero puede juzgarse de las de sus contemporáneos por el testimonio de uno de sus compañeros. «Cuando las 110 velas de la gran armada británica »se divisaron en el horizonte, este espectáculo (dice »un actor en los sucesos) capaz de intimidar á los »más aguerridos, no causó el menor recelo á los co»lonos.»

El ejército inglés desembarcó el 28 de junio á inmediaciones de la ensenada de Barragán, á doce leguas de la capital. Transmitido el parte por las fuerzas de la ciudad apostadas en observación, se hizo la señal de alarma con toque de generala y clamor de la campana del Cabildo sonando á rebato, disparáronse los tres cañonazos convenidos desde la fortaleza. Todos acudieron á sus puestos con el mayor entusiasmo: el general Liniers pasó revista á sus tropas y el Cabildo se declaró en permanencia. El ejército se puso inmediatamente en marcha, dejando la ciudad sin fortificaciones, custodiada por 1.600 hombres, y en la no-

che del 1.° de julio se situó al sur del Riachuelo de Barracas en número como de siete mil hombres, atravesando el puente de Gálvez, situado en la prolongación norte-sur de las calles centrales de la ciudad. Esta salida era una imprudencia, y la posición adoptada un error que hace poco honor á la pericia militar de Liniers, pues debía dar por resultado seguro la pérdida de la capital, y con ella la del Río de la Plata probablemente, si otras faltas del enemigo no la hubiesen neutralizado, y otros no hubiesen suplido la deficiencia del general. No era posible suponer que con fuerzas tan inferiores en número y calidad, pudiera triunfarse de un enemigo tan superior bajo todos aspectos; y dada la salida, era una falta perder la ventaja del río de Barracas, evitar este obstáculo al enemigo, y dejarlo á su espalda con grave peligro de perderlo todo en el caso de un contraste, pues entonces la retirada se hacía imposible, habiendo dejado la ciudad indefensa con sólo un batallón de patricios organizado, y algunos artilleros y marinos.

El día 2 avistóse la vanguardia inglesa, compuesta de las brigadas de Craufurd y Lamley, en número de poco más de dos mil hombres á las órdenes del mayor general Lewison Gower. Liniers tendió su línea, ofreciendo la batalla, que el enemigo no aceptó, y corrióse por su izquierda como si intentara atravesar el río más arriba del puente. El ejército de la ciudad imitó este movimiento, emprendió una marcha de flanco á lo largo de la margen derecha del Riachuelo, venciendo las dificultades de un terreno pantanoso, dificultado por recientes lluvias, mientras el enemigo ocupaba las colinas del frente, ocultando detrás de ellas parte de sus movimientos. Puestas nuevamente las dos fuerzas una en frente de otra, se desplegaron ambas líneas. Entonces el general inglés, amagando un ataque falso sobre la izquierda de Liniers, se corrió rápidamente por detrás de las colinas, y efectuó el paso del río como á dos leguas arriba del puente de Gálvez por el punto llamado Paso Chico, incorporándose con la brigada Craufurd que le había pre-

cedido en su marcha. Liniers, engañado por la falsa maniobra de Lewison Gower, creyó que trataba de cortarle la retirada del puente, y tomando la división de la izquierda, se dirigió con rapidez al punto que suponía amagado cubriendo á la vez la ciudad por la parte del oeste, atravesó el rio en momentos en que la vanguardia inglesa ocupaba su margen izquierda. Entonces á marchas forzadas corrió en busca del enemigo, el que encontró posesionado de los Mataderos de Miserere al oeste de la ciudad. Allí tuvo lugar un combate desigual y desordenado, en que en menos de media hora una carga á la bayoneta dada por los ingleses, derrotó completamente la columna de la plaza, la que huyó en todas direcciones dejando en el campo de batalla ochenta prisioneros, como sesenta muertos y heridos y trece piezas de artillería. Liniers desmoralizado por este golpe, lo dió todo por perdido, y sin cuidarse de reunir sus dispersos, ni ponerse en comunicación con la ciudad, se refugió á una casa donde, según confesión propia, «pasó la noche más amar»ga de su vida, por el riesgo inminente de caer en al»guna avanzada de los enemigos.» Este fué el primer eclipse de su estrella.

Si en aquel momento Gower hubiese marchado sobre la ciudad, la habría tomado sin resistencia, y el ejército abandonado en Barracas, habríase disuelto ó sido indefectiblemente derrotado en campo abierto. Pero la vanguardia inglesa, triunfante, había hecho una larga y fatigosa marcha, atravesando el bañado de Quilmes inundado por las copiosas lluvias de los dos días anteriores, su tropa estaba exhausta de fatiga, la noche se acercaba y él ignoraba el estado de la plaza.

Por otra parte, desligado de sus reservas, aun cuando sus instrucciones (ú órdenes verbales, según su declaración) le prevenían pasar el Riachuelo y establecerse en los suburbios del oeste, y aun avanzar hasta la ciudad misma, si le era posible, para abrir comunicaciones con la escuadra, no sintiéndose apoyado,

titubeó y se detuvo, imponiéndole más tarde la iluminación súbita de la ciudad.

Mientras tanto, Whitelocke, con el cuerpo principal del ejército, en vez de seguir el itinerario de su vanguardia, y sin buenos guías que lo condujesen, hizo desde Quilmes un circuito sobre su izquierda, de manera que al salir por las puntas del Riachuelo, encontróse á mayor distancia de la ciudad que al tiempo de su partida, á lo que agregó la falta consiguiente de acampar en la noche al sur del Riachuelo en el paso de Zamora.

Esto, que tenía por causa anterior la mala elección del punto de desembarco (como quedó comprobado en el proceso que se le formó), fueron las dos faltas estratégicas que cometió al iniciar la invasión, y que impidieron que concurriese á la ación de Barracas decidiendo la victoria, apoyase oportunamente su vanguardia, aprovechando las ventajas obtenidas por ella, y sobre todo, que se operase en tiempo la reconcentración de todo el ejército británico en el día 2 de julio, en cuya noche se improvisó la salvadora defensa de Buenos Aires, circunstancias que no han sido señaladas por los historiadores argentinos, no obstante constar en todos los documentos y libros ingleses.

Después del descalabro de Miserere, en que Liniers se mostró más osado que entendido, el pueblo abandonado tuvo su momento de pavor; pero apareció el hombre de las circunstancias y el antiguo brío volbió á renacer. Bajo la dirección del Cabildo, que en esta circunstancia se colocó á la altura del peligro, siendo el alma de sus deliberaciones el alcalde de primer voto D. Martín Alzaga, se improvisó la defensa que el general había descuidado y comprometido. Instruído por los dispersos de Miserere de los sucesos del día, dispuso que la división que había quedado del otro lado del puente á órdenes de Balviani, se replegara sin pérdida de tiempo á la ciudad; que se reconcentrara la defensa á la plaza Mayor y sus inmediaciones, reuniendo en toda ella la artillería que se hallaba distribuída en los suburbios en baterías aisla-

das; abriéronse fosos y levantáronse trincheras en todas direcciones, y se ocuparon las azoteas circunvecinas con las tropas disponibles y con los vecinos que voluntariamente pedían armas para defender sus hogares. Al mismo tiempo se mandó iluminar toda la ciudad, en señal de desafío para el enemigo y punto de reunión para los dispersos. Pocos momentos después corría un reguero de luz por todas las calles de la ciudad, proyectándose á lo lejos su resplandor en la obscuridad de la noche. En tal situación entró la división de Balviani, trayendo casi todos sus cañones, salvados por la energía de las tropas, pues el jefe había dado orden de clavarlos. Belgrano, que había asistido al cuartel Maestre en su retirada, tuvo encargo de dirigir la apertura de la trinchera de la calle de San Francisco, y los preparativos de resistencia de las calles inmediatas á Santo Domingo, en cuyas comisiones dice aquel jefe: «acreditó su presencia de espíritu y »nociones nada vulgares, con el mejor celo y eficacia »para la seguridad de la plaza.»

Mientras tanto nada se sabía del paradero del general. Algunos de los jefes que le habían acompañado en la jornada de Miserere, iban llegando á la plaza sin sus tropas, entre ellos el ya conocido Elío, que desprendido con Liniers de Barracas, no había concurrido al combate de Miserere. El comandante general de artillería, que había estado presente en él, no parecía por ninguna parte, no obstante saberse haber entrado en la ciudad disperso. Para mayor confusión, al ir á cumplir la orden de reconcentrar en la plaza la artillería gruesa de las baterías de los suburbios, se encontraron clavados los cañones de la del Retiro, y sólo pudieron salvarse del pánico de sus comandantes (veteranos todos ellos) los do la batería del muelle y tres de la Residencia. No apareciendo ninguno de los jefes de la artillería, confióse el mando de la que se había reunido á un ciudadano llamado Juan Bautista Azopard, á quien veremos figurar después. Los jefes de los cuerpos se reunieron en junta de guerra bajo la presidencia de la municipalidad, y asistidos por las

acertadas indicaciones del coronel Balviani, recién llegado de Chile, se acordó el plan de defensa. Inmediatamente se asestaron los cañones de grueso calibre á las seis calles que conducían á la plaza Mayor, se improvisaron trincheras con tercios de hierba, se forzaron las avenidas en su prolongación á vanguardia, se encerró dentro del perímetro de la defensa el macizo de edificios que constituía el núcleo de la ciudad, y se estableció un recinto exterior de cantones que defendiese sus aproches. De este modo, la línea de atrincheramiento se desenvolvía este-oeste desde la Merced hasta San Miguel, corría de allí norte-sur hasta la calle de San Carlos (que se llamó después Alzaga y hoy es Potosí) y bajaba en dirección oeste-este hasta encontrar el colegio de los Jesuítas comprendiendo su manzana y se prolongaba hasta Santo Domingo, donde se cerraba con sus cañones avanzados. El centro de la defensa era la plaza Mayor protegida por la fortaleza y su punto destacado, la del Retiro, en la cual el edificio octógono del circo de Toros hacía las veces de reducto avanzado, protegía el parque de artillería y defendía los aproches del camino de la Recoleta. Las tropas, los vecinos, y hasta las mujeres, coronaron las azoteas, proveyéndose de agua hirviendo, granadas de mano, piedras y todo género de proyectiles reunidos por las familias. Se establecieron las competentes reservas, y previéndose todo con serenidad y coraje, se reforzó la guarnición del Retiro de modo de poder resistir un ataque formal. A las doce de la noche la ciudad estaba en estado de defensa. Así se pasó la angustiosa noche del 2 de julio, en que todo parecía perdido, en medio de tristes presentimientos, velando por todos el alma fuerte de D. Martín Alzaga.

Al amanecer del día 3 se rompió el fuego de las avanzadas de los suburbios, desprendiéndose varias guerrillas de catalanes que provocaban al enemigo, el cual aún no había operado la total reconcentración de sus fuerzas. Desde los primeros tiros volvió á renacer la confianza y el entusiasmo, así es que, cuando más tarde se recibió por un lado la intimación del enemigo

para que la plaza se rindiera, y por otro el parte de Liniers que noticiaba el desastre de Miserere, en términos irresolutos, que hacían dudar de su fortaleza de ánimo, contestóse al primero «que tenía tropas bas»tantes y animosas, llenas de deseo de morir por la »defensa de la patria, habiéndole llegado la hora de »manifestar su patriotismo;» y al segundo diciéndole, que entrase inmediatamente en la ciudad para tomar la dirección de la defensa ya organizada. A las doce del día, bajo una lluvia torrentosa, entró Liniers á la cabeza de mil hombres, y volvió á reasumir el mando en jefe, levantándose del abatimiento en que lo había sumergido el contraste del día anterior. Su presencia infundió nuevo aliento á los ciudadanos, y desde entonces nadie dudó de la victoria.

El enemigo reconcentró la mayor parte de sus fuerzas el día 4 en número de 8.500 hombres, intimando nuevamente rendición á la plaza, la que contestó con la misma entereza que el día anterior. La guarnición hizo una salida hasta San Nicolás, y se trabaron algunos tiroteos, replegándose en seguida unos y otros á sus puestos. El enemigo estableció su base de operaciones al oeste de la ciudad, ocupando la iglesia de La Piedad, y dividió su ejército en dos alas y un centro con su correspondiente reserva y líneas avanzadas, según el plan que se había propuesto, y en esta disposición pasó la noche. Amaneció el día 5: Una salva de veintiún cañonazos á bala, disparados en los suburbios del oeste á las seis y media de la mañana, fué la señal del ataque por parte del enemigo.

Varios caminos se presentaban á Whitelocke para apoderarse de la ciudad. El primero y el más sencillo, era estrecharla por un bloqueo, cricunscribiendo metódicamente el círçulo de los defensores. El segundo, aunque cruel, era bombardear la ciudad. El tercero, y el más militar de todos, era dar el asalto tomando sucesivamente puntos de apoyo, avanzar ordenadamente hasta el corazón de la defensa y desalojar progresivamente á los defensores que coronaban las azoteas, cortando las manzanas por el centro. El pre-

suntuoso general de la Gran Bretaña, mal aconsejado por Gower, se decidió por el peor de todos los planes, tomando por guía las altas torres de la ciudad, cuyas cruces divisaba á la distancia, y por objetivo la opuesta orilla del río al este, con la ocupación intermediaria de todos los puntos dominantes de su trayecto. Tal fué el itinerario y punto de reunión que dió á sus columnas de ataque, con orden de marchar en desfilada á lo largo de las calles, con el arma á discreción y sin disparar un solo tiro hasta llegar al río, debiendo converger entonces las alas hacia la plaza Mayor, último objetivo del ataque. Para colmo de desaciertos, fraccionó su ejército en tres gruesas divisiones, que á su vez debían subdividirse en catorse columnas parciales de ataque, marchando simultáneamente y paralelamente, con excepción de las centrales, que debían penetrar, á lo largo de las calles, avanzando en rumbo oeste-este. La división de la izquierda, formada de dos brigadas, al mando de Auchmuty y Lamley, debía obrar en combinación por el norte de la ciudad, y la de la derecha, mandada por Craufurd, operar al sur en tres secciones; pero desligados estos dos movimientos de los extremos, pues el centro y la reserva debían permanecer mientras tanto inmóviles, sus comunicaciones quedaban por el hecho interceptadas. El centro debía avanzar á su vez en el mismo orden y en la misma dirección paralela así que las dos alas hubiesen llegado á la orilla del río. En una ciudad como la de Buenos Aires, cuyas calles cortadas en ángulos rectos permiten ser enfiladas por la artillería en toda su prolongación, y cuyas azoteas hacen de cada casa un castillo fácil de defender, el resultado de tan mal combinado ataque desligado y alternativo, no podía ser dudoso.

Las tropas inglesas, dignas de ser mejor mandadas, marcharon resueltamente al sacrificio, avanzando impasibles á paso redoblado, y sin disparar un tiro, según la orden, por aquellas «sendas de la muerte», como llamó un inglés á las calles de Buenos Aires en aquel día. La primera señal de su atrevido avance

fué dada á la plaza por el cantón de vanguardia al oeste, situado en la «plaza Nueva» (hoy mercado del Plata), por medio de tres cohetes voladores, que fueron contestados inmediatamente por la fortaleza disparando los cañonazos de alarma. Batióse generala por las calles y echáronse á vuelo las campanas dentro del perímetro fortificado de la ciudad. Aun no había asomado el sol en el horizonte cuando empezaron á sentirse los primeros tiros en la parte del norte. El asalto había comenzado.

Los primeros ataques sobre las posiciones extremas de ambos flancos tuvieron un feliz éxito: los enemigos se posesionaron del Retiro al norte, y del hospital y templo de la Residencia al sur, experimentando suerte varia las demás columnas parciales que avanzaron en combinación por su izquierda y derecha respectiva en el orden indicado. La división de Auchmuty penetró en dos alas por las cuatro calles paralelas y contiguas, desde la calle del Temple (hoy General Viamont) hasta la de Santa Fe, dejando entre ellas una calle libre (la del Paraguay), y desprendió por su izquierda un destacamento á órdenes del coronel Nugent, á fin de que, efectuando un rodeo tomase de flanco y de revés la posición del Retiro, que era el objetivo inmediato de su ataque. El ala de la extrema izquierda, mandada por Auchmuty en persona, llegó á esta posición al amanecer, y fué recibida por el fuego nutrido de sus defensores, fortificados en el circo de Toros, establecido en el centro de la plaza del Retiro, que formaba un reducto destacado, obligando al general inglés á replegarse á las calles adyacentes. Poco después llegaba al mismo punto Nugent con su destacamento, y tomaba de revés la batería que defendía la ribera, bayoneteando á sus artilleros y rindiendo en seguida á sangre y fuego el reducto del circo de Toros, después de hora y media de combate, en que la mayor parte de sus sostenedores quedaron muertos ó prisioneros. Auchmuty plantó allí su bandera y se apoderó de 53 piezas de artillería que se encontraban depositadas en el parque adyacente. Mientras tanto, su ala

derecha se posesionaba sin resistencia del monasterio de las monjas Catalinas á quinientos pasos de distancia, y enarbolaba en su torre la segunda bandera del asalto.

Simultáneamente, la primera columna de Lumley mandada personalmente por él y en contacto con la derecha de Auchmuty, penetraba en dos alas por las calles de Lavalle y Corrientes, llegando sin obstáculos hasta la ribera del río, donde se fortificó en una casa aislada que la dominaba (la de Sotocá, hoy de Anchorena) izando en ella la tercera bandera inglesa por la parte del norte. La suerte de la columna derecha, fué desastrosa. Esta había penetrado también en dos alas por las calles contiguas de Cuyo y Cangallo; por la primera con el mayor Vandeleur á su cabeza, y por la segunda con el coronel Duff, que la mandaba en jefe. Vandeleur marchó rectamente, sembrando su trayecto de muertos bajo el fuego nutrido de los cantones á lo largo de él y de una lluvia de piedras y agua hirviendo que le arrojaban desde las azoteas, atronando el aire con estrepitosos «¡hurras!» Al llegar á la barranca del río, encontróse á espaldas de la iglesia de La Merced con una trinchera defendida por cuatro cantones, la que asaltó, salvándola, y se posesionó de algunas casas inmediatas, donde intentó mantenerse; pero atacado vigorosamente y aislado de los suyos, hubo de rendirse á discreción. El ala dirigida por Duff en persona, avanzó por la calle de Cangallo sin ser hostilizada hasta la altura de la plaza Nueva, y tropezando allí con los primeros cantones del perímetro exterior de la defensa, dobló por Suipacha bajo fuego, y luego por la de La Piedad, con el objeto de ocupar la iglesia de San Miguel como punto dominante, siguiendo sus instrucciones; pero no pudiendo forzar sus sólidas puertas, vióse obligado á refugiarse en tres casas inmediatas, donde después de cuatro horas de resistencia, hubo de rendirse también á discreción.

Animados los defensores de la plaza por estas ventajas, trataron de desalojar la fuerza establecida en la casa de Sotocá, á vanguardia de las Catalinas en la

prolongación de la ribera, donde se extendía el paseo llamado la Alameda. Al efecto se combinó una salida en dos columnas, una principal, con dos cañones ligeros, que inició su ataque desde el frente norte de la fortaleza bajo la protección de sus fuegos, á las órdenes del coronel Elío, y otra auxiliar que salió por la calle de San Martín con otros dos cañones volantes, con el objeto de envolver al enemigo si era posible. Elío fué arrollado hasta el pie de las murallas, abandonando sus dos piezas. La pequeña columna auxiliar, detenida en su avance, y unida á la tropa que guarnecía los cantones á espalda de La Merced, tomaron posiciones en las azoteas que dominaban la Alameda, y sostuvieron la artillería abandonada por Elío, y luego cargaron á la bayoneta sobre la casa de Sotocá, siendo rechazados con pérdida de muertos y heridos, pero salvando el honor de la jornada.

Por el sur las peripecias del combate eran análogas. Las columnas que debían operar en combinación por esta parte, componíanse de las mejores tropas del ejército expedicionario bajo el comando superior de Craufurd. La de la derecha, que la componía un regimiento á órdenes del teniente coronel Guard, ocupó sin dificultad el fuerte edificio de la Residencia y su iglesia adyacente, y allí enarboló su bandera en lo alto de sus bóvedas, dando su primer punto lateral de apoyo á los asaltantes. La que iba bajo la dirección inmediata de Craufurd, entró en el mismo orden de dos alas como las del norte, fuerte cada una de ellas de 600 hombres con un cañón de á 3. Este fué el ataque más recio, pero tuvo que retroceder y dividió su fuerza en dos columnas de ataque de 300 hombres cada una. La una al mando de Cadogan, avanzó sur-norte por la calle del Perú (entonces Correo) y fué rechazada en la plazuela del mercado viejo, por los patricios que ocupaban el edificio llamado de las «Temporalidades», perdiendo su cañón, y sus restos fueron rendidos poco después en la casa de la Virreina Vieja, en la intersección de las calles del Perú y Belgrano. La otra, dirigida por Pack en persona, atacó

por la calle de Bolívar con el objeto de posesionarse de la iglesia del colegio, teniendo por objetivo ulterior la plaza Mayor y la fortaleza, según sus instrucciones. A la altura de la calle que conduce á la espalda de San Francisco, fué rechazada con gran pérdida por los cantones avanzados, retrocediendo á la calle de Belgrano, donde después de conferenciar con Cadogan, lo dejó abandonado á su destino, y marchó con sus restos—setenta hombres,—á buscar la incorporación de Craufurd en la calle de Venezuela.

Sonaban las ocho de la mañana. A esa hora el general Craufurd, con su columna, se hallaba á inmediaciones de la ribera entre las calles de La Defensa y Balcarce, cubierto por el templo de Santo Domingo, y tenía á la vista el bastión sudeste de la fortaleza á 450 varas de distancia. Resuelto á atacar esta posición, que era la llave de la defensa, mandó orden al teniente coronel Guard que marchase desde la Residencia á reforzarlo con su regimiento. Poco después se le incorporaba Pack con sus 70 hombres. Craufurd había cruzado la bocacalle de La Defensa en la prolongación de Venezuela, sufriendo el fuego de los que la defendían desde la plaza con artillería y desde las azoteas inmediatas de San Francisco y Santo Domingo con fusilería. Pack había cruzado por la calle de Méjico y en la cruzada fué levemente herido en una pierna.

Este jefe, prisionero en la Reconquista, había sido juramentado y faltado á su palabra al fugarse con Berresford: en consecuencia, habíanse ofrecido 2.000 pesos de premio al que lo entregase vivo ó muerto. Durante la época que permaneció en Buenos Aires, estudió con atención las localidades, y el plano que sirvió á Whitelocke para combinar el asalto fué formado por él, según queda ya explicado. Con estos conocimientos, aconsejó á Craufurd que se replegase á la Residencia, porque el ataque por esa parte estaba malogrado, y el que intentaba no le daría éxito. Craufurd, sin contestar á sus observaciones y señalando los altos muros del edificio que tenían á la inmediación,

que entonces ocupaba toda la manzana, preguntóle: «¿No es ese el convento de Santo Domingo?» «Sí,» repuso Pack. «Pues esa es una de las posiciones que tengo orden de ocupar.»

A ese tiempo llegó el teniente coronel Guard con la compañía de granaderos de su regimiento, habiendo dejado el resto posesionado de la Residencia. Había recibido orden de buscar la incorporación de Craufurd marchando á lo largo de la calle más inmediata á la ribera, pero en vez de esto, avanzó sur-norte en la prolongación de la calle de La Defensa. Al aproximarse á los primeros cantones recibió el fuego de las dos piezas de artillería de grueso calibre que defendían el ángulo sudoeste de la plaza y el de fusilería de los montañeses á las órdenes del coronel D. Pedro Andrés García, acordonados en las azoteas desde San Francisco hasta Santo Domingo, con un cantón avanzado en Méjico frente al hospital de Belén (hoy Casa de Moneda), y dobló sobre la derecha, entrando por la calle de Balcarce y por ella se incorporó á Craufurd, en el momento en que éste se decidía al ataque. Craufurd al intentar posesionarse de Santo Domingo tenía por objetivo ulterior el convento de San Francisco, á fin de dominar la posición de la plaza y avanzar sobre la fortaleza, según su plan. Este propósito preconcebido puede únicamente explicar los movimientos preparatorios que practicó, empeñándose en avanzar con una parte de su fuerza por la calle de La Defensa, protegido por los fuegos de su pequeño cañón, á la vez que por otra parte lo hacía por la de Balcarce, para posesionarse de la plazuela adyacente al atrio de Santo Domingo, á cuya espalda á la sazón se encontraba, verificando sí un reconocimiento de las cuatro calles de la posición en que intentaba establecerse. Ambos ataques fueron rechazados por los fuegos de los montañeses acordonados en los frentes del convento sobre las calles de Belgrano y La Defensa.

El convento de Santo Domingo ocupaba entonces toda la manzana fronteriza á la Aduana vieja. Una pared que arrancaba de un claustro de bóveda, cuyos

cimientos aún se perciben, cerraba el recinto por la calle de Venezuela, donde estaba situada la puerta falsa, destinada al servicio doméstico, que no es la que existe actualmente á espaldas del templo, pues estaba situada algunas varas más al este. La pared continuaba por la calle de Balcarce, pero no en escuadra sino formando un ángulo obtuso en la dirección sudeste, siguiendo el relieve del terreno donde estaba el noviciado, la huerta y el corralón, limitados en la parte interior por el claustro antes indicado. Por esa puerta falsa penetró la columna inglesa, franqueándola con el cañón que se disparó sobre ella, según queda dicho. A causa de su estrechez «(from the narrowness of the entrance», dice Craufurd) el cañón no pudo penetrar por ella, y hubo de estacionarse en la calle con sus mulas atadas, pero no quedó abandonado. Tanto para proteger el cañón como para cubrir los aproches y avenidas de la posición tomada, los asaltantes se posesionaron de las casas fronterizas que miran al norte, donde colocaron dos piquetes.

Al tiempo de disparar el cañonazo sobre la puerta falsa que hizo estremecer las bóvedas del templo, revestíase del alba, en la sacristía un sacerdote joven, que iba á decir una de las primeras misas del día, pues el 15 de julio cayó en domingo. Llamábase el P. Maestre Fr. Miguel Angel Silva, y alcanzó larga vida, existiendo todavía muchos contemporáneos que le oyeron narar los episodios de que fué testigo. El acólito, espantado, arrojó el cíngulo que tenía en la mano, y huyó al interior del convento. Cuando el reverendo quiso seguirle después de despojarse de su vestidura, sintió los pasos de la tropa que invadía el claustro. Escondióse en un confesonario y poco después vió que algunos ingleses circulaban por el templo. Temiendo ser descubierto, se presentó á ellos, é inmediatamente fué rodeado. Aunque no entendía las palabras que se le dirigían, en lengua extraña, comprendió por los ademanes que le preguntaban por dónde podría subirse al cornisón de la nave principal. Allí estaban pendientes de las pechinas del cimborio las ban-

deras británicas tomadas al famoso regimiento 71 de escoceses en la rendición de la Reconquista. El buen padre se hacía el desentendido, y fué maltratado á culatazos. Entonces uno de los soldados subió por el altar del Divino Pastor, que aún existe, al coro pequeño de la nave lateral, y por el órgano que estaba hasta hace poco arrimado á la entrada de la derecha, subió á la cornisa y caminó por ella á rescatar las gloriosas banderas laureadas en San Juan de Acre.

Ya estaba próximo á ellas, cuando se apoderó de él un vértigo, y vínose abajo, fracturándose la cabeza en uno de los macizos escaños. Otro, de cabeza más fuerte, le siguió en su empeño, y arrebatadas las banderas fueron enarboladas en la torre de la iglesia, que era del este, la cual se distingue de la agregada después, por las balas incrustadas en ella para perpetua memoria.

La escuadra inglesa, que presenciaba el asalto desde la rada, dió tres «¡ hurras !» cuando vió flamear las banderas de la Gran Bretaña en la torre de La Piedad al oeste, en la plaza de Toros, Las Catalinas y la casa de Sotocá al norte, y en la Residencia y en Santo Domingo por el sur, y entre estas últimas, las de la Reconquista rescatadas; pero esta alegría fué de corta duración. Eran cerca de las diez de la mañana.

Simultáneamente rompieron el fuego los rifleros ingleses, desde la torre, las ventanas del coro y de los techos de la portería, abriendo aspilleras para fijar sus tiros. El fuego de los ingleses, posesionados de Santo Domingo, fué una verdadera sorpresa para los montañeses, que ocupaban las azoteas inmediatas á las casas de Sarratea, Martínez, Telechea y Botet, que quedaron desde ese momento en parte dominadas. Desde entonces la posición de los «montañeses» llegó á hacerse insostenible, y quedó cortada la comunicación con su cantón avanzado de Méjico. Muy pronto empezaron á caer muertos los defensores de las azoteas situados á inmediación del templo, siendo uno de los primeros el capitán Gómez Somevilla, que se empeñaba á todo trance en mantener su puesto. El coronel

García, viendo que iban á ser estérilmente sacrificados, ordenó el repliegue, verificándolo la tropa del cantón de Méjico al mando del capitán Díaz de la Riva, quien se abrió paso por entre los enemigos que lo interceptaban, tomando trece prisioneros en su retirada. En tal situación los montañeses se reconcentraron en las casas situadas entre San Francisco y Santo Domingo, y contestaron con vigor el fuego que se les hacía desde el último punto.

La situación era crítica. Cerca de mil hombres dueños de una posición fuerte como la de Santo Domingo, con un regimiento de reserva en la Residencia, amagaban serimente la plaza por aquella parte, y si lograban posesionarse de San Francisco y de las azoteas del barrio, la seguridad del núcleo del perímetro de la defensa estaba comprometida y fué este el momento en que los ingleses lanzaron su «¡hura!» triunfal. A la sazón, la reserva enemiga de Miserere había iniciado simultáneamente su ataque por el centro; pero la reacción de los bonaerenses no se hizo esperar.

Liniers, á quien todos los documentos contemporáneos acusan de inercia moral en aquel día, y cuya persona y acción no se ve ni se siente fuera del recinto de la plaza Mayor, en ninguno de los puntos donde se decidía la suerte de la jornada, no dictaba mientras tanto disposición alguna. El Cabildo instó porque se llevase inmediatamente un ataque formal sobre Santo Domingo, y es apoyado por Elío. Liniers, lleno de escrúpulos, vacilaba, diciendo que la operación no podía practicarse sin ofender el sagrado sitio; pero cedió al fin, é inmediatamente se organizó una columna de 800 á 1.000 hombres de varios cuerpos y piquetes, con un cañón de á 4 y un obús de á 18, que emprendió su marcha por la calle del Colegio (hoy Bolívar) dando vivas y tocando á degüello.

«Entre once y doce del día, dice el mismo Craufurd, una considerable columna enemiga avanzó por »el costado este del convento, con el objeto de apode»rarse del cañón que había quedado en la calle (de

»Venezuela)» á espaldas de Santo Domingo. A esa hora tronó el cañón del bastión sudoeste de la fortaleza para apoyar el avance de la columna, dirigiendo sus fuegos á la torre de la iglesia; pero esta hostilidad no era por sí sola eficiente para producir la rendición, pues las balas sólo herían un punto elevado, haciéndose las punterías por encima de las casas intermedias. Lo que la determinó fueron los fuegos de la artillería de salida dirigida por el oficial don José Forneguera, y el movimiento contorneante de la columna de ataque que se estableció alrededor de la posición embestida. Un cañón de á 4 fué colocado en la huerta de Telechea, introduciéndolo desarmado á la casa y emboscándolo entre los árboles que la poblaban, y un obús de 18 pulgadas en la «plaza Chica» (intersección de las calles Belgrano y Bolívar) con orden de romper el fuego simultáneamente y avanzar luego hasta la plazuela del convento para batir la posición con fuegos curvos. A una señal rompieron el fuego ambas piezas, dirigiéndolo el primero á bala y metralla á la torre, las ventanas, las azoteas y bóvedas y el otro arrojando proyectiles explosivos á los patios y calles adyacentes donde se ocultaba el grueso de la fuerza enemiga. El obús se adelantó por la calle de Belgrano hasta el pie de la torre en la plazuela, pero hubo de retroceder á su primera posición por descargas que recibió de las alturas. Desde allí continuó disparando por elevación, y metió algunas granadas en el interior del edificio, que esparcieron el espanto entre los sitiados. En seguida avanzó hasta la prolongación de la calle de Venezuela, y situándose en su intersección con la de Bolívar, rompió el fuego sobre el cañón inglés que estaba á espaldas del convento y una de sus granadas mató las mulas de tiro, obligando á los artilleros á abandonarlo.

Pero el cañón y obús por sí solos no podían tampoco decidir milagro de la rendición: era sólo una acción concurrente, aunque muy eficaz, y la gloria del éxito final corresponde á todos los que asistieron á aquella función. Simultáneamente con el avance de

la columna de ataque por la parte del oeste del convento, adelantóse por el este á lo largo de la calle de Balcarce, el capitán del Galicia don Bernardo Pampillo, y al frente de un piquete del tercio de «andaluces» y algunos voluntarios que se le agregaron se atrincheró en la esquina de la Aduana, así para llamar la atención de los enemigos como para dificultar su salida por la calle que conduce al río, única retirada que les quedaba franca. Desde allí rompió el fuego sobre las ventanas del convento.

Al mismo tiempo que estos diversos movimientos se ejecutaban y la artillería de la fortaleza y de salida concentraba sus fuegos sobre el frente, los asaltantes se condensaban á espaldas del convento y tomaban posiciones á lo largo de la calle de La Defensa hasta Méjico. El capitán de montañeses don Miguel Fernández Agüero, que era á la vez regidor del Cabildo, abandonó el puesto civil y se puso al frente de un destacamento que por la calle de Venezuela hostilizaba al enemigo alojado á espaldas del convento donde mantenía su cañón. El obús avanzó otra vez desde la plaza Chica hasta la altura de Venezuela, protegido por el fuego de una compañía de cántabros, pasando á colocarse á espaldas del convento la compañía de granaderos provinciales, con algunas gentes que se le agregaron y todos los fuegos de la fusilería y del cañón batían simultáneamente sus cuatro costados.

En aquel momento el fuego general iba apagándose en toda la línea: el asalto estaba rechazado en todas partes. La victoria del día estaba asegurada: la situación iba á cambiar. Rechazados los ataques centrales al norte de la plaza Mayor, la columna inglesa de la izquierda al mando de Auchmuty, permanecía inactiva en el Retiro, ocupando Las Catalinas. El ala izquierda del ataque central al norte al mando de Lumley, se había posesionado de los edificios al fin de las calles Veinticinco y Julio sobre la ribera, y simultáneamente con el de Santo Domingo, los bonaerenses organizaban sobre ella un ataque combinado. La reserva inglesa del centro había sido rechazada, según

se relatará después y se replegaba sobre Lorea, experimentando grandes pérdidas que la reducían á la impotencia. El fuego se apagó poco después en todos los ámbitos de la ciudad, y los ingleses circunvalados en Santo Domingo, no tenían esperanza de recibir protección, ni les quedaba más recurso de salvación que procurar abrirse paso para replegarse á la Residencia, ocupada por ellos.

Como á la una del día, la columna de ataque había empezado á condensarse entre las calles de Belgrano y Venezuela, teniendo por objetivo el cañón situado á espaldas del convento y la fuerza que lo sostenía, con el intento de cerrar el cerco y obstruir así la última y única salida posible de los sitiados (la puerta falsa). Entonces Craufurd arrió la bandera inglesa de la torre, y mandó levantar una bandera blanca para parlamentar, y bajando los rifleños de las alturas, preparóse á evacuar el punto, según su propia declaración—órdenes preventivas que en parte se cumplieron.

La bandera blanca enarbolada por los ingleses respondía simplemente á otra de la plaza que venía á intimarles rendición de parte de Liniers, imaginándose Craufurd que éste venía á ofrecerle capitulación. Por el parlamentario bonaerense supo que los demás ataques de sus compañeros habían fallado; pero halagado con la esperanza de poder evacuar la posición, rechazó la intimación.

Entretanto, la columna bonaerense desembocó en son de carga por la calle de Venezuela (aprovechándose de la tregua, dice Craufurd), con el objeto de apoderarse del cañón estacionado frente á la puerta falsa. Craufurd ordenó á Guard y á Trotter que con su compañía y con su piquete de cazadores rechazasen el ataque, lo que ejecutaron bizarramente, haciendo perder terreno en el primer momento á los atacantes. Entonces rompieron el fuego los cantones circunvecinos, y en el espacio de dos ó tres minutos (en un «instante», dice Whitelocke, en su parte), cayeron muertos 40 ingleses y el mayor Trotter con casi todos sus soldados,

obligando al resto á replegarse al interior del convento. El mayor Trotter había sido el que en la mañana, cuando Pack prudentemente aconsejaba á Craufurd replegarse á la Residencia, decidió á éste, que vacilaba, á posesionarse del convento. Pack, en su declaración, retrata el estado moral del general inglés en aquellos momentos: «Sus ojos, dice, parecieron abrir»se entonces á la realidad de la situación y empezó á »dudar del éxito que habíamos esperado. Yo aprobé »la idea de la retirada, y encargué, en consecuencia, »que se confiasen nuestras banderas á hombres segu»ros. El general parecía convencido cada vez más de la »conveniencia de retirarse. Me preguntó si podía »acompañarle y le contesté afirmativamente; pero en »realidad, la cuestión me parecía tan delicada, que »no insistí en decidirlo, y así, en la esperanza de reci»bir órdenes y obedeciendo á las sugestiones del de»ber, como yo también lo entendía, se decidió á pos»tergar la retirada, y en aquel momento, aun llegó »á ser materia de consideración abrir conferencias con »el enemigo. Según recuerdo, esto ocurría entre dos »y tres de la tarde.»

Intimada la rendición al enemigo, y habiéndose roto nuevamente las hostilidades, empezó en ese momento á jugar la artillería de la fortaleza, y frustrada por aquella causa la tentativa de evacuación á la sazón que el fuego había cesado en todos los demás puntos de la ciudad, Craufurd comprendió que el asalto había fallado y que estaba perdido. Fué entonces cuando reunió á sus jefes en junta de guerra, y decidió levantar banderas de parlamento, rindiéndose á discreción. El coronel Elío fué comisionado por Liniers para recibir la espada de Craufurd, y con él, 46 oficiales con 600 soldados (más de 960 dicen algunos documentos de la plaza) entregaron al mismo tiempo sus armas. Entre los rendidos, contábase el coronel Pack, cuya cabeza había sido puesta á talla como violador del juramento militar, siendo respetada su vida y generosamente asistido por sus vencedores.

Witelocke, que al ver flamear las banderas inglesas

en las alturas, se había halagado con el triunfo, trató de concurrir al ataque por medio de una diversión, haciendo avanzar por el centro, en la prolongación de las calles de Rivadavia y Victoria, una columna de mil hombres de dragones y carabineros con dos cañones ligeros, partiendo de la plaza de Lorea; pero antes de haber andado cuatro cuadras bajo fuego, encontróse con los patricios, gallegos y andaluces, que guarnecían el perímetro del oeste, y fué vigorosamente rechazado con gran pérdida. Mandábala el coronel Kington, que mortalmente herido, junto con su segundo el capitán Burrell, fueron abandonados por los suyos en el rechazo. Kington, al tiempo de expirar, dispuso que su cadáver fuese sepultado en el cuartel de patricios «para »dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los »valientes que lo habían vencido» y atendido, según las palabras de un historiador argentino.

Antes de ocultarse el sol en el horizonte, la armada británica que había saludado el triunfo de sus compatriotas, vió abatidas las banderas que momentáneamente halagaron sus esperanzas por el sur y replegarse vencidas las columnas del norte. Los ingleses habían perdido en toda la línea más de mil prisioneros, cerca de dos mil hombres entre muertos y heridos, ó sea más de la cuarta parte de su fuerza total, habiendo entrado solamente al combate 6.200 hombres, lo que importaba la pérdida de la mitad de sus combatientes. Pero aun se mantenía bajo las órdenes de Whitelocke una fuerza de cinco mil hombres, que ocupaba las posiciones de la Residencia, del Retiro y Miserere, con avanzadas hasta Lorea. En tales circunstancias, Liniers se disponía á proponer al general inglés la devolución de todos sus prisioneros, ofreciéndole el libre reembarco de sus tropas, cuando se presentó el alcalde don Martín Alzaga oponiendo su veto á estas proposiciones, que esterilizaban la victoria. En cambio exigió que se le ofreciese eso mismo, pero á condición de evacuar la plaza de Montevideo.—«¡Oh!», dijo Liniers, «eso no es del caso, eso

perjudicaría al negocio.»—«¡Pongámoslo!» insistió el enérgico alcalde, y así se puso y así se consiguió.

Al día siguiente (6 de julio) el general enemigo contestó á las proposiciones de Liniers acordadas con Alzaga, no aceptándolas, y proponiendo una suspensión de armas para recoger los heridos. El objeto no era otro que ganar tiempo para reunir sus dispersos, mientras se le incorporaba una división (la del coronel Mahon), que había dejado destacada sobre el puente de Gálvez, y hacer en seguida un esfuerzo decisivo para disputar la victoria. La contestación fué darle un cuarto de hora de plazo para aceptar las proposiciones, transcurrido el cual se organizó una columna para reconquistar la Residencia, dando á este punto distante de la plaza, mayor importancia que la que realmente tenía, y que ofrecía el inconveniente de descentralizar la defensa, invencible ya en sus primeras posiciones. Este ataque, encomendado al coronel Elío, que se hizo derrotar por la cuarta vez, fué desgraciado: la columna fué rechazada, y sufrió gran mortandad, dejando dos cañones en poder del enemigo. A las dos y media de la tarde se recibió un parlamentario inglés, ofreciendo adherirse á las proposiciones anteriormente hechas. En la tarde se ajustó la capitulación, y al día siguiente el general del ejército de tierra, y el almirante Murray de la armada de la Gran Bretaña, ratificaban la capitulación celebrada en su nombre el día anterior, señalándose el plazo de dos meses para su completa ejecución, incluso la entrega de la plaza de Montevideo por los ingleses en el estado en que la habían encontrado.

El estampido de los cañones y los repiques de las campanas anunciaron al pueblo la terminación de la lucha, y el gran triunfo que acababa de obtener, merced á sus varoniles esfuerzos. La pérdida de los defensores en los diferentes ataques desde el 2 al 6 de julio fué de 302 muertos y 514 heridos, de los cuales 37 oficiales. Casi todas las casas de los suburbios habían sido saqueadas por los invasores y todos los edificios estaban acribillados á balazos; pero dábase

todo por bien empleado en la embriaguez de la victoria.

La población nativa especialmente, estaba poseída de un noble delirio. Sus fuerzas, incluyendo en ellas los arribeños y la caballería, componían más de la mitad de la guarnición, y los patricios habíanse cubierto de gloria en los dos días de combate. Distribuídos en los puntos más peligrosos de la línea quedaron tendidos bajo sus fuegos regimientos enteros, apoderándose de la artillería, rindiendo al coronel Enrique Cadogan con su tropa, después de perder éste la cuarta parte de ella con arreglo á la ordenanza. Este bravo jefe británico preguntaba con admiración después de rendido: «¿Qué tropa es ésa de escudo en el brazo, tan valiente y tan generosa?» aludiendo á los escudos de paño grana con que los patricios se adornaban, y recordaba que apagado el fuego ellos fueron los primeros en trasladar los heridos enemigos á sus cuarteles y prodigarles todos los auxilios necesarios. Algunos rasgos individuales de heroicidad, contribuían á exaltar este entusiasmo, especialmente la acción del cabo de escuadra, Orencio Pío Rodríguez, quien con el estoicismo de un espartano, cortó con su puñal los tegumentos de que pendía su pierna rota por un balazo, y vendándose con su propia ropa, disparó el último tiro, gritando «¡ Viva el rey !»

Don Cornelio Saavedra, jefe de la legión patricia, le recordaba estas gloriosas hazañas, apostrofándola poco después (diciembre de 1807), en un lenguaje atrevido, que revelaba un arrogante sentimiento de nacionalidad. «Me atrevo á felicitar á los americanos», decía á los patricios, «pues á las pruebas que siempre »han dado de valor y lealtad, se ha añadido esta úl»tima, «que realzando el mérito de los que nacimos »en Indias, convence á la evidencia que sus espíritus »no tienen hermandad con el abatimiento, que no son »inferiores á los europeos españoles, que en valor y »lealtad á nadie ceden.» Así se iba formando la individualidad del pueblo, después de adquirir la consciencia de su propio valor.

Las fiestas con que en Buenos Aires y en toda la

América española se celebraron estos triunfos fueron graves, conmovedoras y dignas de un pueblo poseído de sentimientos generosos. Honores fúnebres á los muertos, pensiones vitalicias para las viudas y los huérfanos, premios á los inválidos, y la manumisión de setenta esclavos por la valiente comportación de sus compañeros en los días de la defensa; tales fueron las demostraciones públicas decretadas por los Cabildos, á que se asociaron todas las autoridades y todos los ciudadanos.

En Santiago de Chile celebráronse las exequias fúnebres en honor de los muertos de la defensa, en el templo de Santo Domingo, tremolando banderas negras en sus torres y fachada. Bajo su techumbre se elevaba un gigantesco cenotafio, en uno de cuyos frentes se leía esta inscripción orlada de palmas y laureles: «A los guerreros argentinos, que por su tierra »natal insultada, por sus hogares, sus hijos y sus »esposas, rindieron gloriosamente su vida.»

Al mismo tiempo que se rendían estos homenajes póstumos á los vencedores, se honraba el valor desgraciado en los vencidos, asistiendo á los funerales de los oficiales ingleses muertos en la defensa, el general Liniers á la cabeza de su estado mayor y las corporaciones civiles, acompañado de cuatro batallones de la defensa, que rendían sus armas y banderas ante los despojos de sus contendores pocos días antes. ¡Cuánta grandeza moral y cuánta cultura en estas ceremonias, á que todos daban su verdadero significado!

El acto de la manumisión de los setenta esclavos fué imponente. En un tablado elevado en la plaza al pie de los balcones capitulares, verificóse el sorteo, con asistencia de todas las corporaciones y en presencia de un inmenso concurso. En una urna colocada á la izquierda, se encerraban los nombres de seiscientos ochenta y seis esclavos, considerados por sus hazañas dignos de la libertad: á la derecha se escondían setenta suertes, interpoladas con otras bolillas blancas, y dos niñas colocadas al pie de ellas extraían simultáneamente los nombres y las suertes. Cuando se pro-

clamaba el nombre del esclavo libertado, un redoble de tambor anunciaba el premio, y entonces una diputación del batallón de pardos y morenos libres, lo conducía á son de música bajo sus banderas, incorporándolo en sus filas, con los ojos bañados en lágrimas de gratitud y alegría. La legión patricia, que había contribuído con una suscripción voluntaria á la libertad de una parte de los esclavos, decía en una alocución que dirigió á los no favorecidos por la suerte: «Valerosos esclavos, el cuerpo voluntario de patricios, »á la par que ensanchó su corazón al ver el lucido »número de los que entre vosotros la suerte y la elec»ción premiaron sus servicios á la patria, no puede sin »resentirse volver los ojos hacia vosotros los que con »igual mérito quedasteis por la suerte sin obtener el »premio á que fuisteis tan dignamente acreedores; »pero tened entendido que el no veros por ahora re»munerados con igual premio, es el único tormento que »angustia los corazones de los patricios.»

El carácter original y severo de estas festividades, que revelan un pueblo serio y culto, con una conciencia y una moral formada, no era el resultado de accidentes casuales, y los monumentos de la época prueban que los ciudadanos les daban su verdadero significado, y se proponían en ellas un objeto. Con motivo de la presentación de una magnífica lámina de oro y plata, que la ciudad de Oruro ofreció á la de Buenos Aires para imortalizar sus triunfos en metal duro, se decía en una publicación oficial: «La historia »nos presenta prolijos detalles de las fiestas que de»dicaron los pueblos célebres á la memoria de sus »triunfos; pero su mayor pompa se ve reducida á un »carro rodeado de trofeos en que recibía el vencedor »públicas aclamaciones, y al que atados los vencidos »sufrían el oprobio de un pesado cautiverio. Atenas en »sus días de glorias celebró solemnemente la victoria »de Maratón, y entre innumerables fiestas públicas »dedicó la más pomposa á la memorable reunión de »los pueblos del Atica. Pero eran estas festividades un »estéril entretenimiento, que sin tocar el espíritu del

»pueblo, acababan con los juegos y decoraciones que »ofrecían. Al ilustre Cabildo de Buenos Aires estaba »reservado celebrar los triunfos de la patria por un »acto solemne, que mereciendo el título de fiesta na»cional, fuese el premio de los vencedores, y de los »que habían tomado el debido interés en sus victorias.»

Es natural que Belgrano participase como los demás nativos, justamente orgullosos con los laureles conquistados, de las embriagantes emociones del triunfo, aunque él nos dice modestamente en su autobiografía, que poco ó nada pudo hacer el día de la defensa, á causa de haber sido cortado del grueso de su fuerza, y atribuye toda la gloria á los soldados y á los denodados oficiales (son sus palabras), que obraron por su propia inspiración, sin que los jefes dictasen disposiciones. De una conversación suya, digna de mención, que tuvo en aquella época, consta, sin embargo, que á pesar de sentirse fuertes los criollos, consideraban remota la época de la independencia.

El general Craufurd, que había sido juramentado por Balviani, se hospedó en el alojamiento de éste, donde desde luego entró en relación con Belgrano, creyéndole francés, á causa de hablar con él este idioma. Cuando el astuto prisionero supo que era americano dejó caer en su cabeza la idea de la independencia, insinuando la probabilidad de que la Inglaterra la apoyara. Belgrano contestó: «Nuestra resolución »es ésta: «Queremos al amo viejo ó á ninguno»; pero »nos falta todavía mucho para aspirar á la empresa. »Aunque ella se realizara bajo los auspicios de la In»glaterra, ésta nos abandonaría á cambio de la primer »ventaja que se le ofreciese en Europa, y volveríamos »á caer bajo la espada española.»—«Convengo con usted, »en lo mucho que les falta para lograr su indepen»dencia, y quedo convencido que tardarán un siglo en »conseguirla», repuso Craufurd. Belgrano aprobó la conclusión del prisionero británico. Este es un momento psicológico que determina con documentos auténticos el estado de los espíritus en circunstancias en que un pueblo llegado á su virilidad, vestido con las

armas del guerrero y coronado de laureles, sentía latir su corazón á impulso de emociones desconocidas, y germinar en su cabeza ideas nuevas y confusas que no acertaba á definir.

La contestación de Belgrano al rendido general de la Gran Bretaña, pertenece al número de aquellas palabras características que explican una época, y permiten eslabonar los movimientos íntimos de la conciencia humana á los acontecimientos visibles, que son los que de preferencia ocupan al historiador, no obstante que los últimos sean casi siempre el resultado de los primeros. Esa contestación marca un gran progreso en las ideas, que reconoce por único origen el sacudimiento que produjeron en los pueblos aletargados, las dos invasiones inglesas en el Río de la Plata. La primera generalizó en el país las ideas de comercio libre y mejora de condición, que circularon con las «Declaraciones» de Berresford; y al mismo tiempo cierto rumor misterioso de planes de independencia promovidos por Inglaterra, á que el mismo general dió origen con sus promesas y con sus cartas, después de su derrota. La segunda, precedida por los escritos de la «Estrella del Sur», periódico publicado por los ingleses en Montevideo, que reveló á los americanos la decadencia de la España, presentándoles en perspectiva una felicidad que no habían conocido jamás. La Audiencia, que prohibía la circulación de los papeles ingleses bajo las más severas penas, reconocía la eficacia de esos ataques diciendo: «Los enemigos de nuestra »santa religión, del rey, y del bien del género huma »no... «escogieron entre todas sus armas, como la más »fuerte para el logro de sus malvados designios, la »de una imprenta», por medio de la cual les fuese »fácil difundir entre los habitantes de esta América, »especies las más perniciosas y seductivas.» Tal fué la invencible vanguardia que precedió la marcha de las tropas inglesas en 1807, las cuales rendidas y prisioneras, conquistaban los corazones á sus ideas, depositando en ellos los gérmenes fecundos de la independencia y la libertad.

Los ingleses vencidos por las armas, habían operado por su fuerza moral la conquista de los espíritus, antes que la conciencia pública se diese cuenta de la transformación y de sus consecuencias, y así, vesé á Belgrano conquistado por esas ideas, resistir débilmente á las seducciones de su prisionero, aceptar su verdad, reconocer su conveniencia, y esperar su triunfo más ó menos remoto, disintiendo únicamente en cuanto á la oportunidad. En un hombre como Belgrano, uno de los representantes de la opinión en aquel tiempo, esto revela una revolución profunda en las ideas, al menos en la parte ilustrada de la sociedad nativa. Pero sus palabras revelan al mismo tiempo que nada hay más difícil de formar que la conciencia de los pueblos aun en la víspera de sus grandes transformaciones, y esta es la reflexión que debió ocupar al general Craufurd, cuando dió un siglo de plazo á la independencia de la América Española.

Belgrano es el reflejo de la conciencia pública en aquella época. La libertad era un anhelo vago hacia lo desconocido, la independencia era una esperanza remota, cuando ya los vínculos morales y materiales que habían ligado las colonias á su metrópoli, estaban completamente relajados. Los nativos, emancipados por los sucesos, habían pasado de la condición de siervos á la de iguales de los españoles, y como se ha visto, un sentimiento arrogante de nacionalidad se despertaba en ellos. Las palabras de don Cornelio Saavedra, dirigidas á los patricios, de que se ha hecho mención antes, y la inscripción de Chile en honor de los muertos, así lo revelan. El pueblo que escuchaba aquel lenguaje atrevido, que abandonado por sus mandatarios, habíase reconquistado á sí mismo, dando y quitando el poder supremo, en uso de su soberanía natural; que había adquirido el derecho de llevar las armas y el estandarte de la Nación, levantando fuerzas superiores á todas cuantas podían hacerle frente; ese pueblo que acaba de coronarse de gloria, y que veía rendida á sus plantas á la soberbia Albión, no comprendía aún el alcance de lo que había hecho, no sabía

que era árbitro de sus destinos, que tenía los medios para ser independiente y que sólo le faltaba la voluntad decidida de serlo. El día que unos cuantos hombres comprendieron esto, estalló la revolución. Por eso, la revolución incubada por una minoría ilustrada, fué recibida por las masas como una ley que se cumplía, sin sacudimientos y sin violencia. Los sucesos de la invasión francesa en España, aunque cooperan al éxito, no hicieron en realidad sino acelerar esa revolución, dando á los directores del pueblo el secreto de la debilidad del opresor y la plena conciencia de su propio poder.

Belgrano, que como los demás precursores de la revolución, envueltos en el torrente de los acontecimientos, no se daba cuenta racional de todo esto, lo atribuía á las miras inescrutables de la Providencia. «Tales son los cálculos humanos» (decía en 1814) : «pa»sa un año, y he aquí que sin que nosotros hubiésemos »trabajado para ser independientes, Dios mismo nos »presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España »y Bayona. Avívanse entonces las ideas de libertad »en América, y los americanos empiezan por primera »vez á hablar con franqueza de sus derechos.»

Aquí termina propiamente la vida del colono Manuel Belgrano, y comienza una nueva vida y un nuevo hombre. Elevado á la categoría de ciudadano de un pueblo que aspira á la independencia y á la libertad, se siente penetrado desde este día del fuego sagrado, que ha de inflamar su alma y devorar su carne. La historia de la revolución empieza desde este día, en que ella se opera en la conciencia de los hombres que debían acaudillarla, mucho antes de que se manifieste por hechos materiales. Por esto, los trabajos sucesivos de Belgrano puede decirse que pertenecen á la revolución, como que todos ellos fueron tendientes á obtener la independencia y la libertad al mismo tiempo.

Vamos á verle aparecer por última vez en la escena colonial, antes de enrolarse por siempre entre los libertadores de un pueblo.

CAPITULO VI

Precursores de la independencia

1807-1809

Revolución operada en las ideas populares y en la esencia del gobierno colonial.—El partido patriota empieza á manifestarse.—Liniers.—Alzaga.—Sucesos de España en 1808.—Españoles y americanos se pronuncian contra Napoleón.—Planes de unos y otros.—Arribo de un emisario francés á Buenos Aires.—Napoleón en el Río de la Plata.—Diplomacia napoleónica.—Situación confusa.—Conducta de Liniers.—Jura de Fernando VII.—Nuevas teorías revolucionarias.—Sinopsis político-jurídica de la situación.—Primer plan de independencia de los patriotas.—Correspondencia de Belgrano con la princesa Carlota.—Carta notable de Rodríguez Peña. — Consideraciones sobre la negociación con la princesa Carlota.

Las victorias de la Reconquista y de la Defensa, y las pasiones tumultuosas que estos sucesos exaltaron en todas las clases del Estado, dieron á la vida pública de la colonia un movimiento extraordinario. Los estrechos límites del foro argentino se ensancharon. El espíritu público de los nativos se despertó pujante, y por la primera vez se les vió tomar parte en la gestión de los negocios comunes, con voz y voto en ellos. Apoyaban esta actitud de los que en adelante llamaremos «Patriotas» las dos mil bayonetas del famoso regimiento de patricios, aliado con los arribeños y demás cuerpos americanos.

El Cabildo, aunque compuesto en su totalidad de españoles, dirigía las asambleas populares, en que se deponían virreyes y en que se decretaba su prisión, creando nuevas autoridades, concediendo honores, pensiones y cartas de libertad á los esclavos. Su actitud era la de una asamblea de tribunos, obrando en nombre y el interés de la comunidad. La audiencia, á la manera de un senado conservador y prudente, aunque

marchando mal grado á remolque de los acontecimientos, dirigía los negocios públicos, mientras que las legiones populares aclamaban á su caudillo, como al jefe supremo del Estado, después de haber conquistado el derecho de elegir á sus gobernantes. El presupuesto de gastos de la Reconquista y la Defensa, que había subido como á «dos millones» de pesos fuertes, cuando el erario colonial estaba exhausto, fué sufragado por el pueblo, por medio de donativos voluntarios, ofreciendo su dinero, sus ganados, sus alhajas y hasta su trabajo gratuito, fundando así un sistema financiero democrático, que permitiría hacer frente á los gastos de la futura revolución.

Era aquella una verdadera democracia con sus pasiones, sus tendencias y sus partidos. El fuerte sacudimiento impreso á las cosas y á los hombres por los memorables sucesos que acababan de tener lugar, había desajustado la débil y vetusta armazón colonial, y los elementos sociales, reunidos por afinidades, se manifestaban en toda la simplicidad de su organismo primitivo: los intereses sociales buscaban naturalmente su centro de gravedad, los diversos elementos se combinaban por atracciones recíprocas, los sucesos se deslizaban por su pendiente y los hombres obraban ó por necesidad ó por instinto en el sentido de una transformación esencial, sin que nadie tuviese todavía la plena conciencia de esta profunda revolución que se operaba por la fuerza de las cosas.

Los dos grandes partidos de la revolución que ya se preparaba, existían en germen en el seno de esta democracia embrionaria, y sus contornos se diseñaban en el horizonte nebuloso de la política colonial. El partido patriota representado por los nativos, apoyaba decididamente á Liniers, cuyo carácter indeciso y ligero, aunque fogoso, aceptaba la popularidad, sin imprimir á los sucesos la dirección de una poderosa voluntad. El pueblo de Buenos Aires, veía personificada en él su gloria, veía en su autoridad su propia hechura, y en la confirmación de esa autoridad por la Corte, la consagración de todos sus actos verdaderamente revo-

lucionarios. El partido español, que más tarde fué el partido realista, reconocía por cabeza al alcalde de primer voto don Martín Alzaga, carácter enérgico, lleno de ambición y soberbia, que reunía las calidades de un jefe de partido, ya fuese para acaudillar una revolución, ya para contrarrestarla. Imbuído en las ideas de superioridad y predominio de los españoles sobre los americanos, dictador en el Cabildo, hombre de acción en el peligro, era el representante nato de la población europea y el caudillo natural de los batallones españoles que se habían organizado antes de la invasión. Para dar á su poder una base de fuerza, que equilibrara la de su competidor, Alzaga hizo que el Cabildo mantuviese á sueldo el numeroso cuerpo de «Artillería de la Unión», en el cual estaban colocados sus más decididos partidarios, contando además con la fuerte reserva de los tercios de gallegos, vizcaínos y catalanes, que contrapesaban hasta cierto punto el poder de los patricios.

La rivalidad entre las dos entidades armadas, que llevaban el pendón de ambos partidos, no tardó en manifestarse, y se agravó más con motivo de haber pedido los europeos el desarme de los cuerpos nativos, ofreciéndose ellos á hacer el servicio de la guarnición sin sueldo alguno. Liniers, comprendiendo que de lo que se trataba era de destruir su base de poder se negó á esta solicitud; y los nativos por su parte, comprendiendo que lo que se pretendía era arrebatarles un derecho conquistado, para restablecer la antigua preponderancia de los españoles peninsulares se agruparon en torno de su jefe natural, que era Liniers, constituyéndose por el hecho, una especie de partido armado. Tal era el estado de los partidos al terminar el año de 1807.

En mayo de 1808, confirmado Liniers en el mando con el título de virrey á que lo había elevado el voto del pueblo, llegaron sucesivamente á Buenos Aires las noticias de la abdicación de Carlos IV, el motín de Aranjuez, la caída del príncipe de la Paz, el cautiverio de Fernando VII, y la proclamación de la dinastía na-

poleónica en Bayona, sucesos que hacían presagiar la próxima disolución de la monarquía española. Poco después, llegaba un comisionado de Napoleón, con el objeto de hacer reconocer la nueva dinastía en el Río de la Plata; y para colmo de confusión, las primeras autoridades de la Península invitaban á las autoridades españolas en América, á que se sometiesen al nuevo rey, y siguieran las colonias la suerte de la madre patria.

Españoles y americanos se unieron por un momento poseídos de un mismo espíritu y con un mismo propósito, aunque con tendencias opuestas. Este pensamiento fué resistir á la nueva dominación. Ni unos ni otros querían que las colonias americanas siguieran la suerte de la madre patria, caso que la España fuese conquistada; y al mismo tiempo, nadie dudaba que la monarquía española iba á sucumbir. Una gran parte de los españoles, en previsión de esta catástrofe, meditaban hacerse los herederos del monarca cautivo, substituyendo á la metrópoli en sus derechos de dominación y de conquista, y continuar gobernando las colonias como hasta entonces, lo que importaba un verdadero plan de independencia, con tendencia á la opresión de los naturales del país.

Los americanos por su parte, con la misma previsión, trabajaban activamente en reunir los elementos de un gobierno nacional, con independencia de la España, y emanciparse de la tutela de los españoles que monopolizaban los destinos públicos á título de conquistadores. En estas circunstancias arribó á Montevideo el emisario francés, con pliegos de los ministros españoles y del Consejo de Indias, invitando á las colonias americanas á que reconocieran la nueva dinastía napoleónica.

Por indirecta que haya sido la influencia napoleónica en los destinos del Río de la Plata, no por eso fué en su tiempo menos positiva. Ella contribuyó á cambiar, contra el orden natural de las cosas, el curso de los acontecimientos de la Europa, que refluyó sobre la América, ya arrastrando á la madre patria

en sus grandiosas aventuras y cálculos ambiciosos, ya alterando el orden de su constitución, ya modificando el sistema de sus relaciones internacionales, y en este sentido contribuyó á desligar de hecho á las colonias americanas de su metrópoli, á la vez que debilitaba á ésta, lo que dió ocasión al alzamiento de ellas, que sin esto tal vez, se habría retardado. A este título, su acción indirecta se hace sentir en la historia argentina, y por un cúmulo de circunstancias casuales, los perfiles de la gran figura del nuevo César se proyectan más de una vez en ella.

El nombre de Napoleón repercutió con los primeros días del siglo en las márgenes del Plata. En el año 1800, en circunstancias en que se había proclamado primer cónsul, arribaron á Montevideo tres fragatas de guerra francesas, que, salidas de la isla de Aix, fueron destinadas á hacer en las costas de Africa un crucero contra los ingleses, con instrucciones de recalar en los puertos del Río de la Plata. Aliada entonces la Francia á la España, por efecto de la política pusilánime de Godoy, y en guerra la última con los ingleses, los buques del crucero fueron recibidos como amigos: su llegada hizo sensación en la población por el prestigio del grande hombre, cuyo poder representaban en los lejanos mares, aun cuando las autoridades de la colonia se manifestaron reservadas, no obstante proveerlos de los auxilios necesarios. Venía en esa expedición el futuro almirante Jurien de la Gravière, muy joven entonces, el cuál contrajo íntima amistad con un compatriota suyo, jefe á la sazón de la escuadrilla sutil de lanchas cañoneras, organizada para la defensa del río contra los ingleses, y que hacía veinte años estaba al servicio de España. Era este don Santiago Liniers. Los dos marinos tenían un punto de contacto: su nacionalidad y su odio contro los ingleses, á lo que se agregaba, como soldados, su admiración por el gran guerrero de la época, cuya fama llenaba el mundo. A estar á lo que cuenta el almirante francés, ya desde entonces «preveía Liniers »que tendría muy pronto que defender aquel país contra

»los ingleses, cual si estuviera dotado de una segunda »vista.» Tres meses permanecieron los buques del crucero francés en las aguas del Plata, pasando en seguida á continuar su campaña en las costas del Brasil. Esta primera aparición de la bandera napoleónica á que la lejanía y el aislamiento daban mayor prestigio, debió hacer profunda impresión en Liniers que parece no haberla olvidado jamás.

La alianza de la España con la Francia, trajo muy luego sobre el Río de la Plata las invasiones inglesas, al mismo tiempo que la madre patria perdía en Trafalgar los últimos restos de su poder marítimo, y por lo tanto, su acción lejana, al través del mar, sobre las remotas colonias de su imperio. Fué entonces cuando Liniers hizo su primera aparición en la escena de estos países, inmortalizándose por su hazaña de la Reconquista de Buenos Aires. Vencedor, uno de sus primeros recuerdos fué para Napoleón: á los pocos días de su gran victoria (en septiembre de 1806) dirigíale una narración de la jornada, haciéndose presente al héroe del siglo, cuya memoria guardaba, y ante cuya gloria presentaba el homenaje de los laureles propios y ajenos. Al año siguiente, vencedor por segunda vez de los ingleses en la defensa de Buenos Aires, su primer recuerdo, después de cumplir los deberes oficiales para con su gobierno, es también para Napoleón: el 20 de julio de 1807, á los quince días de la batalla, le da el parte circunstanciado de ella, atribuyendo á la influencia de sus grandes hechos el heroico ardor que había animado en la pelea á los combatientes argentinos. «Es preciso creer, le decía, que los sucesos »constantes y siempre prósperos de vuestras armas, han »electrizado un pueblo hasta entonces tan pacífico.» Sean cuales fueran los móviles ocultos que pudieron concurrir á que Liniers diera ese paso—interés, vanagloria ó francesismo,—el hecho es que la última comunicación no llegó á su destino inmediatamente, y que ella produjo tarde otros efectos, en un sentido que no pudo prever entonces. El no hacía misterio de esa correspondencia, y le daba ostensiblemente, por lo

menos, otro objeto y otro alcance mayor aún, tendiente á la seguridad de las posesiones á su cargo, contra la renovación de las hostilidades que por parte de la Inglaterra se esperaban, en venganza de sus recientes derrotas. Según las instrucciones escritas y verbales que él confiesa haber dado al conductor—que lo fué su ayudante de campo y su favorito, M. Perichon de Vandevil, emigrado francés, que llevaba encargo de ampliar los informes escritos,—el objeto era «obtener »que el emperador de los franceses, conociendo la si»tuación del país, por sí ó por su influjo, activara »en su calidad de aliado de la España los auxilios béli»cos que tanto necesitaba para ponerse á cubierto de to»da invasión extranjera», y así lo comunicó á su gobierno.

Según los fiscales de la Audiencia: «el virrey fun»daba en esto toda su esperanza del auxilio de armas »por que tanto ansiaba»; y si bien «no aprobaban un »parte dirigido á un soberano extranjero, aun cuando »era un procedimiento nacido del tiempo y de la opi»nión que se tenía», concordaban en que, «habiendo »excedido (esforzado) sus deberes, representando á la »Corte la necesidad de tal socorro, sin que hubiese »surtido el efecto deseado, era recomendable haberse »valido de la ocasión de participarle la gloriosa defen»sa de Buenos Aires, como amigo y aliado de la Na»ción, para que se consiguiese el armamento, único »obstáculo que encontraban todos para confiarse ab»solutamente á cubierto de toda invasión.» Así, la primera impresión que produjo en las autoridades y el pueblo el anuncio de la llegada al Río de la Plata de un emisario de Napoleón, en circunstancias en que sólo se sabía que la España estaba militarmente ocupada por sus ejércitos, de acuerdo con su gobierno, fué de entusiasmo, de vacilación después, á que se siguió una violenta reacción, que introdujo nuevos gérmenes de descomposición en el gobierno colonial.

La proclamación del nuevo monarca estaba dispuesta en Buenos Aires y Montevideo para el día 12 de agosto, aniversario de la Reconquista. En vísperas de esta

»los ingleses, cual si estuviera dotado de una segunda »vista.» Tres meses permanecieron los buques del crucero francés en las aguas del Plata, pasando en seguida á continuar su campaña en las costas del Brasil. Esta primera aparición de la bandera napoleónica á que la lejanía y el aislamiento daban mayor prestigio, debió hacer profunda impresión en Liniers que parece no haberla olvidado jamás.

La alianza de la España con la Francia, trajo muy luego sobre el Río de la Plata las invasiones inglesas, al mismo tiempo que la madre patria perdía en Trafalgar los últimos restos de su poder marítimo, y por lo tanto, su acción lejana, al través del mar, sobre las remotas colonias de su imperio. Fué entonces cuando Liniers hizo su primera aparición en la escena de estos países, inmortalizándose por su hazaña de la Reconquista de Buenos Aires. Vencedor, uno de sus primeros recuerdos fué para Napoleón: á los pocos días de su gran victoria (en septiembre de 1806) dirigíale una narración de la jornada, haciéndose presente al héroe del siglo, cuya memoria guardaba, y ante cuya gloria presentaba el homenaje de los laureles propios y ajenos. Al año siguiente, vencedor por segunda vez de los ingleses en la defensa de Buenos Aires, su primer recuerdo, después de cumplir los deberes oficiales para con su gobierno, es también para Napoleón: el 20 de julio de 1807, á los quince días de la batalla, le da el parte circunstanciado de ella, atribuyendo á la influencia de sus grandes hechos el heroico ardor que había animado en la pelea á los combatientes argentinos. «Es preciso creer, le decía, que los sucesos »constantes y siempre prósperos de vuestras armas, han »electrizado un pueblo hasta entonces tan pacífico.» Sean cuales fueran los móviles ocultos que pudieron concurrir á que Liniers diera ese paso—interés, vanagloria ó francesismo,—el hecho es que la última comunicación no llegó á su destino inmediatamente, y que ella produjo tarde otros efectos, en un sentido que no pudo prever entonces. El no hacía misterio de esa correspondencia, y le daba ostensiblemente, por lo

menos, otro objeto y otro alcance mayor aún, tendiente á la seguridad de las posesiones á su cargo, contra la renovación de las hostilidades que por parte de la Inglaterra se esperaban, en venganza de sus recientes derrotas. Según las instrucciones escritas y verbales que él confiesa haber dado al conductor—que lo fué su ayudante de campo y su favorito, M. Perichon de Vandevil, emigrado francés, que llevaba encargo de ampliar los informes escritos,—el objeto era «obtener »que el emperador de los franceses, conociendo la si»tuación del país, por sí ó por su influjo, activara »en su calidad de aliado de la España los auxilios béli»cos que tanto necesitaba para ponerse á cubierto de to»da invasión extranjera», y así lo comunicó á su gobierno.

Según los fiscales de la Audiencia: «el virrey fun»daba en esto toda su esperanza del auxilio de armas »por que tanto ansiaba»; y si bien «no aprobaban un »parte dirigido á un soberano extranjero, aun cuando »era un procedimiento nacido del tiempo y de la opi»nión que se tenía», concordaban en que, «habiendo »excedido (esforzado) sus deberes, representando á la »Corte la necesidad de tal socorro, sin que hubiese »surtido el efecto deseado, era recomendable haberse »valido de la ocasión de participarle la gloriosa defen»sa de Buenos Aires, como amigo y aliado de la Na»ción, para que se consiguiese el armamento, único »obstáculo que encontraban todos para confiarse ab»solutamente á cubierto de toda invasión.» Así, la primera impresión que produjo en las autoridades y el pueblo el anuncio de la llegada al Río de la Plata de un emisario de Napoleón, en circunstancias en que sólo se sabía que la España estaba militarmente ocupada por sus ejércitos, de acuerdo con su gobierno, fué de entusiasmo, de vacilación después, á que se siguió una violenta reacción, que introdujo nuevos gérmenes de descomposición en el gobierno colonial.

La proclamación del nuevo monarca estaba dispuesta en Buenos Aires y Montevideo para el día 12 de agosto, aniversario de la Reconquista. En vísperas de esta

solemnidad (el 30 de julio), recibió Liniers, por conducto particular, un impreso dirigido desde Cádiz, en que se anunciaba la protesta de Carlos IV contra su abdicación, y haber reasumido nuevamente la corona. El virrey, con el voto unánime de la Audiencia y del Cabildo, acordó la suspensión del acto, en vista de tan grande novedad, y así lo comunicó en reserva al gobernador de Montevideo con fecha 6, diciéndole: «Como ella altera lo dispuesto en la real cédula sobre »la exaltación al trono de Fernando VII, parece con»veniente suspender por algún tiempo la proclamación »en el día señalado, mientras que se reciban nuevas »órdenes consecuentes con el impreso.» Dos días después (el 8 de agosto), recibía Liniers comunicación de su emisario Vandevil en Europa, que con anterioridad le había prevenido no haber podido entregar su carta personalmente á Napoleón, limitándose á ponerla en manos del embajador francés en Madrid. En ella le prevenía «que por el mismo conducto del embajador »acababa de recibir orden para pasar inmediatamente »á la presencia de Napoleón» que se hallaba á la sazón en Bayona. Al comunicar esto á Elío en Montevideo, agregaba con tal motivo: «Vandevil tiene talento, co»noce nuestra situación y no dudo que esforzará la »necesidad de armamento que padecemos, habiéndo»selo encargado de palabra y por escrito en mis ins»trucciones.» En cuanto á la promulgación del bando de proclamación no se hizo, empero, novedad, y se promulgó el 1.° de agosto.

Todo esto se complicaba con el reciente establecimiento de la corte de Portugal, que expulsada por las armas de Napoleón, se había trasladado al Brasil, y desde allí intrigaba á fin de apoderarse de las posiciones del Río de la Plata, de acuerdo con los ingleses, ya por la fuerza, ya por la persuasión, preparándose á hacer valer los derechos eventuales de la princesa Carlota al trono de España é Indias. En tal sentido habíase dirigido al Cabildo de Buenos Aires el ministro de Portugal don Rodrigo de Souza Coutinho, ofreciendo tomar la colonia bajo su protección y recon-

ciliarla con la Gran Bretaña, dando ya como un hecho indudable la completa sojuzgación de la monarquía española por la Francia, según él mismo lo decía. El Cabildo, de acuerdo con Liniers, rechazó la oferta y la amenaza, y encomendó á éste «tomase las medidas »conducentes á la seguridad de las provincias, ven»gando y castigando el temerario arrojo con que un »príncipe fugitivo, esclavo del gabinete de San James, »atacaba su honor y su lealtad, para desagraviar así los »vejámenes irrogados al soberano español y á su pode»roso aliado el emperador Napoleón.» Liniers, con su carácter impresionable y su ligereza habitual, tomó á lo serio el compromiso con el Cabildo, y meditaba nada menos que invadir el Brasil renovando la gran campaña de don Pedro Ceballos sobre el Río Grande, fiando á Elío el mando de un ejército de operaciones de 2.000 hombres, con lo cual, según él le escribía: «no dudaba que se merendaría los cinco mil portugueses.» Sólo desistió de esta calaverada, ante las juiciosas observaciones que le hizo Elío, quien esta vez se mostró cuerdo.

Para mayor confusión, un enviado de Río de Janeiro se hallaba á la sazón en Montevideo, diciendo que esperaba instrucciones de su Corte; y simultáneamente el virrey recibía la noticia de que su hermano, el conde de Liniers, venía del Brasil en calidad de parlamentario, conduciendo en una corbeta inglesa varios españoles, á quienes se había ordenado evacuar el país en término perentorio. Y como si todo esto no bastase, en medio de tan grandes novedades que conmovían al mundo entero, la gran tragedia del «Dos de Mayo» era anunciada oficialmente á los pueblos por el Supremo Consejo de Castilla por medio de un bando promulgado en Cádiz por el capitán general de Andalucía, diciendo que aquella conmoción era un acto anárquico, cuya represión se debía á la «beneficencia y hu»manidad del serenísimo señor gran duque de Berg »(Murat) que con la tropa y generales de su mando »restableciera el sosiego público.» Encargábase en consecuencia «á las audiencias, intendentes, corregidores

y justicias de los reinos y señoríos» observar este ejemplo como regla, amenazando con «castigo riguroso y se»vero á los que intentasen romper la alianza de estas »dos grandes naciones (la España y la Francia) y mal»tratasen de obra ó de palabra á los militares fran»ceses.» Y esto se publicaba en esos días en Buenos Aires con carácter oficial por medio de la prensa, en las hojas volantes que formando series eventuales reemplazaban entonces las gacetas, que reflejaban con más ó menos regularidad el movimiento europeo.

Fué en esta situación confusa y en medio de esta atmósfera ardiente y sombría, que se anunció la llegada del emisario de Napoleón al Río de la Plata. El traía en su cartera las últimas noticias que debían hacer la luz; pero hasta entonces nadie sabía á qué atenerse. Al anuncio de que traía también un cargamento de armas para continuar la guerra con Inglaterra, el entusiasmo público, de conformidad con las esperanzas de Liniers, de todas las autoridades, y aun del pueblo, manifestóse espontáneamente, participando de el así españoles como americanos, quienes recorrieron las calles durante dos noches con hachas encendidas á los gritos de: «¡Viva Napoleón!»

En efecto, el emisario francés traía consigo en un buque de guerra de su nación, un cargamento de 800 fusiles y municiones de fusil y de cañón para socorrer la abandonada colonia, y era al mismo tiempo portador de algunos papeles que respondían á las miras de ligar su suerte á la de la conquista de la metrópoli por las armas del usurpador. Napoleón en Bayona, árbitro á la sazón de la España, al ocuparse de los negocios de la Península, habíase encontrado con las colonias americanas, y acordádose de un francés al servicio de España, que allá en el Río de la Plata, dos años antes, le había ofrecido por dos veces en homenaje su admiración y sus laureles, y fué en tal ocasión que hizo llamar á Vandevil. El grande hombre de guerra, que á la vez de concebir vastos proyectos se ocupaba en sus detalles técnicos y prácticos, había encontrado en el astillero de Bayona—puerto que en aquella época em-

pezaba á comerciar con el Río de la Plata,—un buque de nuevo modelo, muy velero, de poco costo, pequeño, de arboladura baja, y que por consiguiente podía escapar fácilmente á la vista y á la persecución de los cruceros ingleses. Bajo el nombre de «moscas» mandó construir una flotilla de seis del mismo tipo, y el primero que se botó á la mar, fué destinado á Buenos Aires con comunicaciones para Liniers y armas para la colonia contra los ingleses, conduciendo á su bordo al emisario portador de ellas.

Pero esto no era sino el preliminar de un plan más vasto sobre las colonias de la América española. A la vez de expedir al comisionado cerca de Liniers, ordenaba que se aprontasen algunos armamentos navales en los puertos del Ferrol, Cádiz y Cartagena, aplicando á este objeto una parte del empréstito acordado á la España.

En el Ferrol se hallaban ya listos dos navíos y dos fragatas prontas á hacerse á la vela, á los cuales debían agregarse dos buques más, todos los que, cargados de armas y municiones de guerra, debían recibir á su bordo cuatro mil soldados españoles, á la sazón en marcha, guardándose secreto respecto de su destino.

«Esta expedición—según un gran historiador francés,—estaba destinada al Río de la Plata. Como unos »centenares de hombres bajo las órdenes de un oficial »francés, M. de Liniers, habían bastado para expulsar »á los ingleses de Buenos Aires, y un centenar de fran»ceses para frustrar las tentativas del insurgente Mi»randa, en Caracas, había motivos para esperar que »este auxilio bastase para poner las vastas posesiones »de la América del Sur al abrigo de toda tentativa.» Pero el destino dispuso las cosas de otro modo. Cuando el emisario de Napoleón llegó al Río de la Plata en la primera «mosca» ya el levantamiento de España había tenido efecto: los soldados españoles, destinados á expedicionar en las lejanas colonias, habían vuelto sus armas contra el conquistador: las fragatas de Cádiz y el Ferrol, en vez de armas, trajeron á Buenos Aires los comisionados de las Juntas soberanas de Se-

villa y Galicia, pidiendo auxilios á la colonia:—á la vez, la Inglaterra se aliaba con la España, y los papeles se invertían. Nada de esto se sabía en el Río de la Plata á la llegada del emisario imperial, y lo único que se conocía ciertamente era la anulación de la abdicación de Carlos IV, y el anuncio de haber vuelto á ceñirse la corona.

Dueño Napoleón de la corona de España y las Indias por la cesión de Carlos IV y la renuncia á sus derechos de Fernando VII, convocó en Bayona un congreso hispano con representantes nominales de las colonias americanas para reformar la constitución de su nueva conquista, con la mira de proclamar como rey á su hermano José. En el intertanto, fijó su vista en las lejanas posesiones de Ultramar, y principalmente en el Río de la Plata, á fin de asegurar su dominación y cerrar sus puertos á los ingleses.

La primera idea que cruzó como un relámpago por su cabeza, fué una aventura, cual si Liniers fuese un nabab como Tippo-Said y Buenos Aires un Seringapatam: despachar un buque con armamento y encargar al virrey se pronunciase por la Francia, para prevenir que la colonia se asociase á la protesta de la madre patria, ó pretendiera declararse independiente, ó se echase en brazos de la Inglaterra. En consecuencia, llamó á Decrés, su ministro de marina y le encargó presentarle inmediatamente un estudio sobre esta cuestión. Decrés llamó á su vez á Jurien de la Gravière, el mismo que en 1800 estuvo en Montevideo, y le encomendó la confección de una Memoria sobre el Río de la Plata, sobre su geografía y recursos militares, entrando en los más minuciosos detalles sobre la familia de Liniers, su carácter, sus gustos y su influencia en las provincias que gobernaba. El marino francés trabajó día y noche; y el ministro, al leer su manuscrito, le dijo: «Vais á desempeñar la más importante de las misiones; las puertas de las Tullerías »no serán bastante grandes para recibiros si tenéis »éxito. Guardad el más profundo secreto sobre esta »expedición, y haced misteriosamente vuestros prepa-

»rativos. Os acompañará un coronel de artillería con »25 soldados escogidos y 500 fusiles, que distribuiréis »entre nuestros partidarios.»

Sobre estas bases redactó Decrés sus instrucciones. Napoleón escribió al pie de ellas con sus jeroglíficos cuneiformes, que entraban como clavos en las carnes de los pueblos objetos de su codicia: «¡Nada de instruccio»nes escritas! El oficial á quien se confíe esta misión »procederá en el interés de la Francia. Al tiempo de »su partida le serán entregados dos ejemplares del «Monitor», para que esté al corriente de los sucesos.» La fragata de guerra La Créole, que se hallaba en Lorient, y por su nombre respondía al objeto de la comisión, fué puesta á órdenes de Jurien de la Gravière, dándosele instrucciones verbales respecto del modo cómo debía conducirse para decidir á los habitantes del Río de la Plata en favor de la causa napoleónica. Con esta ligereza se trataban los negocios de la América del Sur en el gabinete universal del que se creía árbitro del mundo.

Repentinamente la expedición militar se transformó en misión diplomática, y fué nombrado para desempeñarla M. Bernard de Sassenay, que había estado anteriormente en el Río de la Plata, y conocía personalmente á Liniers, de quien se decía amigo, como Jurien de la Gravière. Era Sassenay natural de Dijon, casado en Borgoña, á la que representó como diputado en los Estados Generales. Emigrado, combatió á las órdenes de Condé en las primeras campañas de la revolución. Asilado en los Estados, había estado dos veces en el Río de la Plata como comerciante, y parece que fué en 1798 cuando tuvo ocasión de conocer á Liniers. Vuelto á Francia, se hallaba á la sazón empleado en la secretaría del ministro Maret, duque de Bassano. Sin duda á esta circunstancia, y al cambio del buque «mosca» en vez de La Crèole, debióse que el ministro de relaciones exteriores Champagni, duque de Cadore, se fijara en él cuando la misión tomó un carácter diplomático.

El emisario fué despachado con pliegos de su sobe-

rano, y con instrucciones escritas, pero de mera forma. Con tal precipitación se hizo todo, que algunos de los pliegos ni firmados fueron. A ellos venían adjuntas: las renuncias de la corona de España hechas por Carlos IV y Fernando VII y demás miembros de la familia real en favor de Napoleón, y el anuncio de la cesión que éste iba á hacer en favor de su hermano José, así como de las Cortes que debían celebrarse en Bayona para exigir el consentimiento de la Nación «en el concepto de su independencia é integridad.» A la vez era portador de provisiones reales del Consejo de Castilla y órdenes de los ministros de estado españoles, Ofarril y Asanza para todos los virreyes de la América y Asia, propiciando la nueva dinastía napoleónica y mandando acatar lo dispuesto. Esto era lo que el enviado traía en su cartera, y el buque expedicionario en su bodega.

Sassenay había salido de Bayona el 30 de mayo, en el bergantín de guerra Consolateur, de cinco cañones —nombre que se había dado tal vez como una promesa al buque «mosca»,—bajo el comando del teniente de navío Dauriac, con 45 hombres de tripulación. Las instrucciones le prevenían simplemente, «entregar al »general Liniers los pliegos de que estaba encargado, »y sabedor de lo que tenía que decirle respecto del es»tado de la España, de la Francia y de la Europa, li»mitarse á informarle de lo que había visto, haciéndo»se eco de las lenguas de los españoles que se felicita»ban de una mudanza operada de un modo tan pacífi»co, que prometía el remedio de los males que aque»jaban á su patria.» Es característico del tiempo y de la misión este artículo de las instrucciones: «M. de »Sassenay hará conocer de la América esta gloria de »la Francia que llena toda la Europa, y esta influen»cia de un genio poderoso, que extendiéndose sobre »toda esta parte del mundo, parece haber llegado á »ser la ley.»

El Consolateur arribó á Maldonado el 7 de agosto y el emisario bajó á tierra el 9. Alcanzado casi inmediatamente por dos cruceros ingleses, lo atacaron con

cinco lanchas con veinte hombres cada una, y lo obligaron á embicar en tierra, donde los aprehensores lo hicieron volar, salvándose los tripulantes en la costa inmediata. La nave napoleónica del enviado estaba quemada, y él quedaba con sus papeles entregado á su destino, sin poder presentar la ofrenda bélica que el emperador de los franceses enviaba á sus presuntos vasallos del Río de la Plata. El día 10 llegó Sassenay á Montevideo, marchando por tierra, en momentos en que la población se preparaba á celebrar la jura de Fernando VII, que estaba fijada para el 12, y que Elío estaba resuelto á llevar adelante, no obstante lo dispuesto por el gobierno superior. Al pasar por la plaza notó que estaban construyendo en ella un tablado, destinado á levantar en él los pendones en honor del nuevo rey, y al apersonarse al gobernador se atrevió á decirle: «Sería prudente detener la jura que se proyec»ta, porque á esta hora tal vez, esté gobernando la »España otro soberano.» No obstante el enojo que esto causó á Elío, quien transportado por su carácter irascible hubo de atropellarle, lo dirigió á Buenos Aires por la vía de la Colonia, donde se embarcó el día 11 en la zumaca Belén, mandada por el hijo del virrey, don Luis Liniers, que expresamente había salido del apostadero de Montevideo con tal objeto.

El enviado de Napoleón llegó á la rada de Buenos Aires el 13 de agosto, y desde este momento todos sus gestos y palabras empiezan á tener mayor interés, no sólo por la natural curiosidad que este episodio misterioso despierta, sino también por las diversas interpretaciones que la historia les ha dado y las variadas suposiciones que al respecto se han hecho, sin que nada hasta el presente se haya publicado respecto de lo que en tal ocasión pasó entre él y Liniers. La situación era verdaderamente dramática. Un obscuro noble francés, que guardaba en su alma el amor de la patria nativa, y que después de largos trabajos al servicio extranjero, se encontraba en una tierra lejana, lleno de poder y de gloria en presencia de un enviado del soberano de su país, que era á la vez el hombre de los tiempos por

quien tenía mayor admiración, es una escena que tiene algo de novelesco y hace intervenir en el drama sentimientos que se presienten. Los impulsos del corazón de Liniers, como francés y como hombre, debían, naturalmente, hacerle simpático un cambio de situación que uniese su patria adoptiva á la de su nacimiento en la cual debía contar ser uno de sus poderosos en un teatro más vasto, en que podría satisfacer mejor sus ambiciones legítimas y sus apetitos sensuales. De ahí han provenido por deducciones racionales, más bien que de sus acciones ó palabras espontáneas, las sospechas que por aquel tiempo le hicieron aparecer como infiel á la España, con el ánimo de sostener la causa napoleónica; pero se equivocaban: su alma no era del temple de los Dupleix ó de los Clive, que con un puñado de hombres agregaron lejanas colonias á su patria. Carácter vacilante, sin equilibrio en sí mismo, y sin punto de apoyo para tales proyectos en la opinión de un pueblo viril que iba por otros caminos, su falsa posición lo enervaba más aún, y le faltaba, además de la voluntad y de la fuerza material, la fuerza moral, habiendo decaído inmensamente su antiguo prestigio. Compréndese entonces la reserva con que procedió en aquella ocasión y las minuciosas precauciones de que se rodeó, para alejar hasta la sombra de la influencia, entregándose esclavizado por su situación personal, al acaso de los acontecimientos, cualesquiera que pudieran ser sus inclinaciones secretas.

El emisario imperial del «genio, que, según las ins»trucciones de que era portador, se extendía por el »mundo y se decía ya haber llegado á ser su ley,» desembarcó en Buenos Aires el 13, acompañado del hijo de Liniers. Después de una larga antesala en el salón de gobierno de la Fortaleza, fué recibido por una junta presidida por el virrey, compuesta de la Audiencia y del Cabildo. Requerido de exhibir sus documentos, puso en manos de Liniers una maleta que los contenía, mandándosele retirar á la habitación inmediata. Entre los papeles que entregó encontróse una

provisión real del Consejo de Castilla—la misma autoridad que había ordenado la Jura de Fernando VII,—á la que se incluía la declaración de nulidad de la abdicación del rey padre y la voluntad manifestada por el hijo para que aquel volviese á ocupar el trono, que ya había reasumido, dando en consecuencia contraórdenes respecto á la jura á todos los virreyes y gobernadores de América. La Junta, en vista de esto, acordó hacer reembarcar al enviado para Montevideo, intimándole su inmediato regreso á Europa, y que guardase mientras tanto el más profundo silencio respecto de las noticias de que era portador, bajo pena de ser tratado con el mayor rigor si no lo observaba, lo que le fué notificado.

Durante el resto del día 13, permaneció Sassenay solo, hasta la hora de la comida en que fué llamado por Liniers á sentarse en su mesa, en compañía de su familia y otros convidados. Por la tarde, habiéndose puesto malo el tiempo, suspendióse su embarco, y pasó la noche en la Fortaleza, donde, según propia declaración, «conversó un rato á solas con el virrey,» quien le ofreció una carta de recomendación para que su apoderado en Montevideo lo proveyese de los recursos necesarios para su viaje de regreso.

Ninguna manifestación hizo el enviado de Napoleón en presencia de la Junta. Lo demás que pasó entre ellos, ha quedado envuelto en la sombra del misterio. Sassenay dice que no hablaron sino de la reconquista.. El día 14, á la madrugada, hallábase el enviado de Napoleón á bordo de la zumaca de guerra Aranzazú, cuando se indicó la llegada de un bote inglés con bandera de parlamento: pertenecía á una corbeta inglesa salida de Río de Janeiro, la cual conducía al hermano del virrey, el conde Liniers. Pidió que le ocultaran en la cámara, y que no revelasen su presencia, como se hizo. El día 17 estaba en la Colonia, y el 19 en Montevideo. Allí, no obstante las recomendaciones de Liniers de tratarle con consideración mientras se presentaba la ocasión de despacharlo á Europa, vigilándole de cerca, el gobernador Elío le intimó que él y todos sus com-

pañeros eran prisioneros de guerra: que todos los franceses que se hallaban dentro de España habían sido pasados á cuchillo, y que igual suerte correrían todos los que sirviesen á un tirano como Napoleón. En seguida fué encerrado en un calabozo de la ciudadela, donde se le instruyó un sumario que debía servir de cabeza de proceso contra Liniers.

En vano quiso guardarse reserva sobre este negociado: las exigencias de la opinión obligaron á Liniers á romper el silencio, en una proclama que se ha hecho famosa, por cuanto preparó su ruina, y que ha dado origen á que se le tache de infidelidad, no obstante haber sido expedida de acuerdo con su consejo de la Real Academia y del Cabildo, y redactada por uno de los oidores. Esa proclama, que lleva la fecha del 15 de agosto (aniversario de Napoleón), refleja á la vez que el estado agitado de la opinión, las vacilaciones de los gobernantes en presencia de una situación obscura. En ella decía á los fidelísimos habitantes de Buenos Aires: «que los consideraba ansiosos de fijar »su concepto sobre los acontecimientos ocurridos en »la metrópoli, punto que tanto interesaba á su lealtad »y deseo que se había aumentado notablemente con la »llegada del emisario francés», quejábase á la vez de «las vociferaciones de los ociosos que habían puesto en »conflicto su acreditado entusiasmo, cansándolos con »vanas conjeturas.» Sin levantar el velo que cubría el misterio diplomático, se limitaba á informarles «que »el emperador de los franceses, se había obligado á »reconocer la independencia absoluta de la monarquía »española, así como de todas sus posesiones ultramari»nas, y que, aun cuando no estaba decidida la suerte »de la monarquía, habíanse convocado Cortes en Ba»yona para el 15 de junio.» En seguida agregaba: «S. M. I. y Real (Napoleón), después de aplaudir vues»tros triunfos y constancia, os estimula á mantener »con energía la alta opinión que habéis adquirido por »vuestro valor y lealtad, ofreciendo asimismo todo gé»nero de socorros, y yo no me he detenido en contar »que la fidelidad de este pueblo á su legítimo sobera-

»no es el carácter que más le distingue, y que admitirá »con aprecio toda clase de auxilios, que consistan en »armas, municiones y tropas españolas.»

Estos síntomas de descomposición y presagios de una vida nueva, coincidían con un objetivo inmediato: la posesión del poder material, no sólo para sobreponerse un partido á otro, sino en previsión de los acontecimientos que todos veían ó creían ver venir, á fin de gobernarlo según sus intereses. Así los españoles como los americanos, en previsión de la calidad del gobierno general en la Península y con ella la de su dinastía reinante, querían estar en posesión del mando—sobre todo los españoles,—para el momento en que, producida de hecho la consiguiente separación entre la metrópoli conquistada y sus colonias, libres por la ausencia de toda autoridad suprema, pudiesen continuar los unos el mismo sistema de predominio y explotación secular bajo el manto de fidelidad á la antigua madre patria, y los otros, poder gobernarse á sí mismos como tenían derecho y lo anhelaban emancipándose de toda tutela. Mientras tanto, profundamente divididos por sus tendencias y sus intereses, coincidían también en otro punto, que era protestar contra la conquista de España por Napoleón, no someterse á la nueva dinastía impuesta por el conquistador, permanecer fieles al antiguo monarca, y para el efecto no reconocer en tal caso. más vínculo legal entre la metrópoli y sus colonias que la persona del monarca ausente y destronado, reasumiendo mientras tanto su soberanía para usarla por sí en las colonias, de hecho, según esta teoría—de derecho como emancipadas en cierto modo.

Es así como los españoles y los americanos de la colonia en descomposición revolucionaria, encontráronse fatalmente unidos en un mismo pensamiento con tendencias diversas, y preparando la reacción española, cuya explosión debia producirse en Montevideo y repercutir estruendosamente en la capital del virreynato, como se verá después. Unos y otros creían que la España sucumbía bajo la espada de Napoleón,

y en consecuencia se preparaban á romper los vínculos que ligaban las colonias á su metrópoli, para continuar su dominación los unos, é independizarse los otros, y la misma España daba el ejemplo de esta partición de la herencia del poder real, reasumiendo cada provincia de la metrópoli su soberanía. Era, pues, una verdadera revolución la que se operaba en la constitución de la monarquía española, y especialmente entre el pueblo y el gobierno, á la vez que un movimiento orgánico que formaba sobre las conciencias y los instintos nativos, sugiriendo ideas nuevas, que inmediatamente tendieron á convertirse en hechos que son del dominio de la historia comprobada.

Las antiguas leyes españolas codificadas según el espíritu filosófico del derecho romano, aplicadas únicamente en América á los encomenderos y á la servidumbre militar, vinculaban el juramento real, no sólo á la persona del monarca, sino también al territorio en toda su integridad de cosas y personas, mientras que en lo demás prevalecía la doctrina feudal que por ese acto ataba un hombre á otro hombre, no sólo por razón de tierra, sino principalmente por la de la persona. De aquí que el más profundo jurisconsulto español, expositor y comentador de la Constitución colonial en América, ajustándose á las interpretaciones auténticas de la misma corona combinadas con las de los teólogos, hiciese derivar el derecho de los reyes de España á las Indias, más que del derecho del descubrimiento, conquista, posesión y población del territorio, de la Bula de Alejandro VI que las constituyó en feudo personal por concesión pontificia en virtud de la jurisdicción que «como cabeza del linaje humano tenía el papa sobre todo el mundo.»

Esta teoría del gobierno personal estaba de perfecto acuerdo con el espíritu del gobierno monárquico absoluto, á la vez que por circunstancias extraordinarias desataba vínculos tradicionales, y es así como, españoles y americanos, consagraban una teoría nueva por las consecuencias revolucionarias que de ella podían deducirse. Esa teoría en concreto, era: que la Améri-

ca debía obediencia personal al legítimo soberano de que dependía únicamente, y sólo á él la debía: que destronado de hecho el rey legítimo y hallándose cautivo, ella existía en principio para sus vasallos fieles: que conquistada la España por un usurpador no debía á éste pleito homenaje por razón del territorio, quedando siempre atados al rey ausente, que reinaba aunque no gobernaba: que por consecuencia, faltando el monarca legítimo—y con más razón conquistado el territorio español, —la América no debía seguir la suerte de la España. De ahí á la independencia nó había sino un paso, que los sucesos se encargaron de precipitar, y la fórmula política de la revolución que ella entrañaba no fué otra, según la expusieron sus tribunos y los comentarios de sus publicistas el día en que estalló, como se verá á su tiempo.

Las opuestas tendencias de los partidos y el choque de los intereses antagónicos, dieron á la fórmula de común acuerdo consagrada, distinto significado y alcance, sin que por esto la teoría se alterase en su esencia ni variase en su contexto; pues mientras los españoles, que se consideraban como una raza superior destinada á dominar las colonias americanas por razón de la dependencia territorial como feudo de la España, los colonos, al mantener el único vínculo legal, roto de hecho, juraban un rey imaginario y se preparaban á recoger su herencia, surgiendo de aquí la lucha por la posesión del gobierno entre nativos y peninsulares, que vino inmediatamente y que ya existía latente.

Cuando esta situación anómala se diseñó, las tendencias de la época estaban representadas por tres entidades, armadas de fuerzas respectivas: la autoridad legal de la Colonia, los españoles y los criollos, aspirando la una al quietismo, los otros al predominio y los últimos á la independencia, según se desprende de los testimonios de los contemporáneos, coherentes con los sucesos de la época, así como con los que lógicamente fueron su consecuencia cuando el choque de los diversos elementos se produjo. Representada la

autoridad suprema por el virrey y la Audiencia, ésta, fiel al derecho tradicional de la soberanía delegada de que estaba investida, deseaba á toda costa la integridad de la monarquía española según el espíritu de las leyes escritas, mientras que Liniers, en su calidad de francés por nacimiento y español por elección, debía inclinarse, ya que no al reconocimiento inmediato de la dinastía napoleónica, por lo menos á permanecer á la expectativa, dejando á la suerte de las armas decidir de los destinos de la metrópoli. De aquí que una y otra autoridad hubiesen concordado en la proclama de 15 de agosto, en la que, después de anunciar con tibieza la jura de Fernando VII, ordenada antes por bando de 31 de julio, aconsejaban una política de neutralidad inerte, formulada por la docta mano de los intérpretes del derecho colonial y real, en términos que se han hecho célebres:

«Nada es tan conforme á vuestra seguridad en tiem»pos tan calamitosos, como la unión y conformidad de »opiniones en un punto tan interesante á la pública »felicidad. Sigamos el ejemplo de nuestros antepasa»dos en este dichoso suelo, que sabiamente supieron »evitar los desastres que afligieron á la España en la »guerra de sucesión, esperando la suerte de la metró»poli para obedecer á la autoridad legítima que ocupó »la soberanía.»

Esta proclama cuya primera parte en lo que se relaciona con Napoleón ha sido comentada ya, sublevó al partido español y arrastró en su corriente la opinión de los criollos, que á una dominación extranjera preferían el yugo antiguo.

Así es que la contestación definitiva al emisaric francés fué la solemne jura de Fernando VII, que se celebró con toda pompa el 21 de agosto, en medio del entusiasmo de españoles y americanos, presenciando este acto el general don José Manuel de Goyeneche, en calidad de emisario de la Junta de Sevilla, corporación hostil á la influencia napoleónica.

Los americanos consagraban con este acto una teoría nueva, teoría que aunque perfectamente de acuerdo

con el espíritu del gobierno monárquico absoluto, era revolucionaria en su esencia por las consecuencias lógicas que de ella se deducían. Ellos sostenían, como queda explicado, que la América no dependía de la España, sino del monarca á quien había jurado obediencia, y que en ausencia de él, caducaban todas sus delegaciones en la metrópoli. Esta teoría del gobierno personal debía conducirlos más tarde á desconocer las autoridades españolas en América, y á reasumir sus derechos y prerrogativas, en virtud de la soberanía absoluta convertida en soberanía popular.

Los españoles, á la vez que hacían ostentación de su fidelidad á la antigua monarquía, al jurar á Fernando VII en la desgracia, se preparaban á recibir la herencia del rey cautivo, perpetuando la supremacía de los españoles europeos en las Américas, ó como dice don Cornelio Saavedra, «formando una España Americana.» Así dice Belgrano en sus Memorias: «En »Buenos Aires se hacía la jura de Fernando VII y los »mismos europeos aspiraban á sacudir el yugo de la »España por no ser napoleonistas. Don Martín Alza»ga era uno de los primeros corifeos.» Este pensamiento está revelado en una proclama del Cabildo firmada por Alzaga, en que se decía al pueblo al siguiente día de la jura: «Dejad á la Europa el cuidado de »recuperar sus derechos», entretanto vuestra suerte »está decidida y nada será capaz de variar vuestros »honrosos destinos. No se escuchará entre nosotros más »voz que la del monarca que habéis jurado; «no se »reconocerán relaciones distintas de las que os unen á »su persona.» De este modo, los mismos españoles sancionaban la teoría revolucionaria, que los patriotas iban por su parte á poner en práctica.

Desde esta época datan los trabajos de Belgrano para fundar un Gobierno Nacional, con absoluta independencia de la España. Sus ideas políticas no habían tomado vuelo, y el estado social del país no podía sugerir otras que las generalmente recibidas, todas las cuales revestían la forma monárquica, pues hasta entonces los principios de la democracia norte-

americana no se habían vulgarizado, ni habían pene trado á la América del Sur. Una monarquía consti tucional en substitución de una monarquía absoluta y la proclamación de una nueva dinastía en el Río de la Plata, tal fué el primer plan político que Belgrano se trazó en su mente. Para realizar este plan, fijóse en la princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina de Borbón, hermana mayor de Fernando VII y esposa de don Juan de Portugal, conocido después con el nombre de don Juan VI, que residía á la sazón en Río de Janeiro en calidad de regente del reino.

Dejemos al mismo Belgrano hablar de este plan: «No viendo yo un asomo de que se pensase en cons»tituirnos, y sí de que siguiesen los americanos pres»tando una obediencia injusta á hombres que por nin»gún título debían mandarlos, traté de buscar los »auspicios de la infanta Carlota, y de formar un par»tido á su favor, exponiéndome á los tiros de los »déspotas que celaban con el mayor anhelo, para no »perder sus mandos y para conservar la América de»pendiente de la España, aunque Napoleón la domi»nase.»

El plan de Belgrano encontró prosélitos. Castelli, Vieytes, Los Passos, Pueyrredón, don Nicolás Peña y otros patriotas la aceptaron con calor, viendo en ella el medio más fácil de alcanzar la independencia sin sacrificios y de operar la revolución incruenta. La primera reunión de los patriotas con el objeto de concertar este plan verificóse una noche en la fábrica de jabón de Vieytes, donde se ensayaban por la primera vez en Sud América los hornos de Rumfort, autorizando á Belgrano para continuar la negociación. Tal fué el primer núcleo del gran partido de la independencia que dos años después debía dar á luz un nuevo mundo político.

Mientras las conferencias secretas de los patriotas continuaban, Belgrano se puso en comunicación directa con la infanta Carlota, sirviendo de intermediario á esta correspondencia el P. Chambo, de la orden de San Francisco, y posteriormente el secretario y el

favorito de la princesa, don José Presas y don Felipe Contucci, en Buenos Aires, siendo don Saturnino Rodríguez Peña, el agente de estos planes en Río de Janeiro. Este último, que había auxiliado á Berresford en su fuga, y fué el primer argentino que concibió el plan de emancipar á su patria bajo los auspicios de Inglaterra, según queda explicado, había abrazado la causa de la Carlota, buscando por este camino la independencia y el establecimiento de un gobierno libre, de acuerdo con lord Strangford, embajador á la sazón de la Gran Bretaña en la corte de Río de Janeiro, el cual aprobaba la idea, pero no la persona en quien se fijaba para realizarla.

En un documento en que se revela este pensamiento, Peña desenvuelve su plan político, y él es la mejor justificación de las sanas miras de los patriotas que cooperaron á su realización. En carta á sus amigos en Buenos Aires les decía: «Debemos decidirnos »á la mayor brevedad y admitir «algún gobierno ó »establecimiento bajo un sistema libre», honroso y »respetable, al mismo tiempo que heroico, útil y ven»tajosísimo á sus habitantes... Podemos constituirnos »de un modo, que imitando sólo lo bueno de los de»más gobiernos, y poniendo indestructible barrera á »lo malo, nos elevemos sobre todas las naciones.» En seguida, hablando de la traslación de la princesa Carlota al Río de la Plata, bosqueja un proyecto de petición, que parece previamente acordado en los consejos de la infanta, una de cuyas cláusulas merece reproducirse: «La aclamarán por su Regente en los »términos que sean compatibles con su dignidad y «la libertad de los americanos, convocando Cortes...» »acordando todas las condiciones y circunstancias que »tengan ó puedan tener relación «con la feliz indepen»dencia de la patria y con la dinastía que se esta»blece.» Y con relación á los motivos que le impulsan á aconsejar este partido, añade: «Mis intenciones »nunca fueron otras que las de sacrificarme al bien de »la patria, aprovechando la oportunidad de «sacudir, »sin los horrores de una sublevación ó tumulto una

»dominación corrompida» por el abuso de unos mi»nistros codiciosos, y que sin estos motivos «jamás »puede debidamente influir en la felicidad de los va»sallos, un rey que se halla á la distancia que el de »España de nosotros...» Aunque debemos afianzarnos, »y «sostener como un indudable principio que toda »autoridad es del pueblo, que éste sólo puede dele»garla», sin embargo, la creación de una nueva fa»milia real nos conduciría á mil desórdenes y riesgos.»

Además de que la oposición del príncipe al viaje de su esposa, y la que hizo lord Strangford como ministro de la Gran Bretaña en Río de Janeiro, en odio á la Carlota, influyó en que este proyecto no tuviera efecto, parece que contribuyó á su abandono el que estas ideas de libertad no fueron de la aprobación de la hermana de Fernando VII, pues en una carta suya dirigida á Liniers con fecha 1.° de noviembre, le denuncia á Peña como autor de una conjuración contra la seguridad del Estado, lo que impulsó al virrey á reclamar su persona como reo de alta traición con fecha 3 de enero de 1809. A esto contestaba ella en 8 de junio del mismo año: «Ciertas consideracio»nes de bastante consecuencia no me han permitido »hasta ahora realizar su solicitud acerca de la remi»sión de Saturnino Rodríguez Peña, lo que tengo bien »presente.» Esto prueba que la princesa no había encontrado en los patriotas los instrumentos que necesitaba para suceder á su hermano en el poder absoluto, y que lo que pretendía era una corona sin condiciones, á título de los derechos eventuales al trono español, que en aquella época quiso hacer valer ante los pueblos americanos, y para lo cual únicamente entendía tal vez que debiera tener lugar la convocación de Cortes en América.

Como se ve, el plan de Belgrano tenía por base la «independencia» y la «libertad», y cualquiera que sea la forma de gobierno bajo la cual concibieron su realización, todos los patriotas que cooperaron á él, son dignos de la gratitud de la posteridad por haber sido los primeros que meditaron sacudir las cadenas

de la esclavitud y establecer un orden de cosas regular, fundado en la justicia. Si en su impaciente anhelo por dar á la patria un ser independiente y libre, se equivocaron en cuanto á los medios; si seducidos por las combinaciones dinásticas, por cuyo medio habían visto operarse en Europa los grandes acontecimientos, no advirtieron que daban á una grande y bella causa una heroína indigna de levantar su bandera, esto no les quita la gloria de ser los primeros patriotas que abrigaron el osado pensamiento de fundar una nación independiente y libre. Si hay algo de admirable en este primer ensayo, es la fijeza y claridad de ideas políticas que presidió á su desenvolvimiento, y la persistencia con que sus autores persiguieron los dos grandes fines hacia los cuales tendían todos sus esfuerzos. Despojado este proyecto de sus formas externas y accidentales, y desentrañando de él lo que se ha llamado el alma de las cosas, encontraremos los dos grandes principios fundamentales, que definitivamente han triunfado: la independencia y la libertad. Esto explica el papel de Belgrano en esta mal apreciada negociación, que por la primera vez se presenta bajo su verdadera luz.

Bajo la dirección de Belgrano, el partido de la Carlota se propagó rápidamente hasta los pueblos interiores, burlando la vigilancia de los mandatarios españoles. Para formar la opinión á este respecto, Belgrano escribió en aquella época un «Diálogo» entre un español americano y otro europeo, que tuvo su influencia en los progresos de la opinión. Al mismo tiempo sostenía una correspondencia activa con la Carlota, con el objeto de decidirla á que se trasladase al Río de la Plata, sin que pudiera arribar á ningún arreglo definitivo en el espacio de un año que continuó la negociación: desde 1808 á 1809.

CAPITULO VII

La reacción española

1808-1809

Montevideo se declara contra Liniers.—Agitaciones en Montevideo. —La escisión entre las autoridades españolas se pronuncia.— Fórmase en Montevideo una junta de gobierno de españoles.— Cabildo abierto de los españoles.—Filiación española de estos sucesos.—Elío y Alzaga.—Llegada de Goyeneche.—Actitud de la Audiencia.—Primera provisión real «sobrecortada».—Rebelión de Montevideo.—Movimiento español del 1.° de enero.—Sus causas. —Triunfo de los nativos.—D. Cornelio Saavedra.—Desarme de los españoles.—Proceso de Independencia.—Belgrano insiste sobre el comercio libre.—Liniers es reemplazado en el mando por Cisneros.—Tentativa de resistencia de Belgrano.—Junta secreta de los patriotas.—D. Juan Martín de Pueyrredón.—Triunfo momentáneo de la reacción española.

Mientras el partido patriota trabajaba misteriosamente en el sentido de la independencia nacional, los españoles se movían ostensiblemente á fin de restaurar su antiguo predominio, desalojando á aquéllos de las posiciones que habían conquistado. Comprendiendo que Liniers era la cabeza visible de aquel partido, propusiéronse decapitarlo en su persona por medio de su deposición. Al efecto, enviaron á España agentes activos que le desacreditaran cerca de la Junta central, cuya autoridad había sido reconocida en el virreinato, y obtuviesen su reemplazo por otro mandatario que, apoyándose puramente en los elementos europeos, representara mejor sus intereses. La impaciente ambición de Alzaga, no permitió esperar este resultado oficial, más lento, pero relativamente seguro; obedeciendo á sus pasiones y confiando por demás en sus fuerzas, él dió la señal anticipada ó fatal de la reacción española en el Río de la Plata, y este paso

audaz á que arrastró á su partido, aceleró su pérdida, y aseguró definitivamente el predominio de los nativos en los destinos de la colonia.

Convencido Alzaga que por el momento no podían los españoles contrarrestar las fuerzas de los patriotas en la capital, buscó un punto de apoyo fuera de ella, y lo encontró en Montevideo, á la vez que el hombre que necesitaba para iniciar la lucha. Mandaba allí el general don Francisco Xavier Elío en calidad de gobernador. Era este personaje un militar bravo, pero atolondrado y fanfarrón como lo hemos pintado, absolutista y fanático, enemigo de Liniers y de los americanos, y enteramente adicto á los intereses exclusivos de la metrópoli y del predominio de los españoles europeos en América. Fácil fué, pues, decidirlo, y bajo el pretexto de que Liniers traicionaba la causa de la nación española, no vaciló en levantar contra el virrey la bandera de la rebelión intestina, que él llamó de la lealtad, y declaróse independiente de la suprema autoridad colonial, produciendo así la escisión entre las mismas autoridades españolas.

La sublevación del gobernador Elío contra la autoridad del virrey Liniers y la Audiencia, la separación de hecho de Montevideo de la dependencia política de Buenos Aires, la formación de una junta independiente de gobierno en la primera de estas ciudades, son hechos que todavía no han sido historiados, ni siquiera correctamente bosquejados en sus grandes lineamientos. Empero, en su conjunto ellos constituyen uno de los acontecimientos más importantes de la época que precedió y preparó la revolución, por cuanto señalan el momento preciso de la descomposición de la autoridad colonial en el Río de la Plata dentro de sus propios elementos, como efecto de causas, teniendo por móvil inmediato los sucesos que simultáneamente ocurrían en la madre patria, y porque contribuyeron á acelerar la ruina del partido español-europeo en Buenos Aires, al determinar la preponderancia del elemento nativo en el gobierno, en las armas y en el influjo sobre la opinión, aunque ejerció una acción perniciosa

en otro sentido y legaron á lo futuro males incurables.

La famosa proclama de Liniers de 15 de junio, que en la capital sólo había producido un poco de escándalo, y anticipado la jura de Fernando VII, hizo su explosión en Montevideo. El gobernador Elío, desentendiéndose de la contraorden superior respecto de la jura, la había llevado adelante en el día 12 de agosto prefijado. La proclama llegó á sus manos juntamente con una circular reservada del 17, que la acompañaba, dirigida á las autoridades subalternas, en la que se decía: «Después de un maduro examen sobre el es»tado violento y complicado en que se hallan los ne»gocios políticos y militares de Europa, y de haber »combinado la influencia que directa ó indirectamente »puedan tener en la suerte de España y sus Indias, »me ha sido forzoso establecer en el momento los prin»cipios que V. S. observará en el adjunto impreso, »principios que superando lo posible las dificultades »que pudieran derivarse de la incertidumbre de los »sucesos, cuyo éxito debemos esperar, llevan por obje»to principal cimentar un plan de fuerza y armonía »capaz de mantener en su integridad la autoridad de »nuestro legítimo soberano, y consolidar el grande edi»ficio de nuestra Constitución de la monarquía.» Y para acentuar esta actitud redujo á prisión estrecha al enviado Sassenay y le abrió proceso, según queda dicho, siguiéndose á estos actos irregulares otros más graves.

Con la llegada de las comunicaciones de Liniers á Elío coincidió la del brigadier D. José Goyeneche, destinado á adquirir siniestra celebridad combatiendo contra la causa de la América: venía enviado por la Junta Suprema de Sevilla, y desembarcó en Montevideo el 19 de agosto, gritando en el muelle: «¡Viva Fernando Séptimo!» grito que el pueblo repitió unísono acompañándole con él hasta la casa del gobernador. Traía la noticia de la declaración de guerra de España á Francia, del armisticio con la Inglaterra, y de las demás grandes novedades que habían seguido á

la prisión de Fernando VII en Bayona y al alzamiento del pueblo español el Dos de Mayo. Puede imaginarse fácilmente el efecto que en medio de esta atmósfera harían la proclama y la circular de Liniers.

Goyeneche, que asumía ya el papel de protector y árbitro, explotando las divisiones entre Montevideo y Buenos Aires, en un sentido equívoco, la excusaba por las circunstancias; pero Elío, la condenó decididamente, y estimulado por el partido español, procedió en consecuencia.

El rayo diplomático dirigido por el hombre del destino sobre la América, había fulminado á su propio héroe: Liniers quedó herido de muerte por él. Fueron sus labios balbucientes los que pronunciaron oficialmente por la última vez el nombre en otro tiempo prestigioso de Napoleón en el Río de la Plata: en adelante sólo sería pronunciado en medio de burlas y maldiciones, acompañando en su heroica pasión la invencible resistencia de la madre patria, que debía dar en tierra con el coloso del siglo, que indirectamente cooperaba á la independencia americana. En vano, para corregir el desastroso efecto de la proclama, publicóse un papel firmado por «El Americano», en que se estigmatizaba la «desenfrenada ambición del monstruo de la fortuna, abortado por Lebiatán para oprobio del género humano, y astuta serpiente que había querido enroscarse alrededor de las entrañas americanas» concitando al pueblo á la guerra contra Napoleón, al mismo tiempo que se revelaba inhábilmente algo de lo que había pasado entre él y la junta que lo recibiera y el emisario napoleónico, diciendo que «había tenido el atrevimiento de requerir al virrey la conservación de la colonia para José Bonaparte, hasta el extremo de hacerlo responsable.» En vano más tarde el mismo Liniers, conjuntamente con la Audiencia y el Cabildo, publicaba oficialmente un extenso Manifiesto, vomitando maldiciones contra Napoleón, apellidándolo «monstruo de vanidad, tirano ambicioso que había publicado el exterminio de los mortales, y cuyas bárbaras máximas la Francia daría al

»olvido.» El mal no tenía remedio y el remedio era peor. Los hados fatales habían pronunciado el fallo.

Liniers podía aún sostenerse en el gobierno un año más, galvanizado por el espíritu de los criollos, retardando su caída definitiva los horrores del partido español de la colonia; pero desde aquel día fué ya un cadáver político, destinado á disiparse como una grande improvisación histórica sin consistencia en la sombra de sus errores y debilidades, por la fatalidad de las circunstancias, hasta que llegase el momento de sentir apagarse los latidos de su blando corazón, traspasado por las balas de los mismos á quienes había conducido á la victoria, y que en un día le aclamaron su héroe y su caudillo, pidiéndole ó esperando de él más de lo que él podía dar á la tierra nativa, á la patria adoptiva, á Napoleón, al pueblo argentino que le dió el ser y aun á sí mismo.

En la noche de la llegada de la proclama de Liniers de 15 de agosto, que ha sido antes analizada, corría en los cafés de Montevideo la circular reservada del virrey que la acompañaba, y juntamente con ella una contestación de Elío, que importaba una declaración de guerra. Estos documentos eran ardientemente comentados en los corrillos, y nadie se reservaba de calificar á Liniers de traidor, ó por lo menos, de sospechoso de infidencia, así por su calidad de francés como por los conceptos velados de la proclama que cada uno interpretaba en el sentido más siniestro. Los españoles llegaban hasta suponer que el virrey había celebrado un pacto secreto con el emisario francés para entregarlos á Napoleón. La contestación de Elío estaba escrita en el tono hiperbólico que era propio de su carácter fanfarronesco, y contenía este párrafo que completa su retrato: «V. E. cree que para tomar su parti»do debía esperarse el éxito de los sucesos de España, »y «yo soy de muy distinto parecer:» jamás dudé de »los generosos y fieles españoles; los conozco mucho, »he hecho con ellos la guerra contra la Francia y hace »tiempo que los perdí de vista: por esto confío justa»mente en ellos; pero si por desgracia la España, «ó

»alguna otra parte de ella fuese de distinto parecer, á »la misma España le declararía la guerra,» como «á to»da provincia y á todo individuo» que no preste gue»rra y guerra contra el inicuo monstruo que ha que»brantado hasta tal punto las leyes de los hombres. »Estos son los sentimientos que por mi boca repiten »á V. E. los habitantes de este pueblo.» Después de esto, ya no quedaba sino declararse independiente, apoyando su actitud con la fuerza, y así lo hizo Elío.

Dándose cuenta Liniers de la situación, trató de hacer respetar su autoridad; pero desautorizado ante sí mismo por su posición equívoca, sin atreverse á tomar sobre sí la provocación de una guerra intestina, ó pensando tal vez que todo quedaría en palabras, se limitó, primero á llamar á Elío, y siendo desobedecido por éste, á suspenderlo del puesto de gobernador, oponiéndole por toda fuerza un tipo de su especie. Nombró en consecuencia gobernador interino al capitán de fragata D. Juan Angel Michelena, que tenía fama de valentón y aire de matamoros como su presunto rival, proveyéndolo por todas armas de comunicaciones dirigidas á los jefes de la guarnición de la plaza, cuyo mando iba á tomar, en que recomendaba le apoyasen en el relevo. Michelena, al llegar á la inmediación de la plaza, se hizo preceder de los oficios, encargando que se entregasen secretamente, y al anochecer del día 20 de septiembre entró á ella recibiendo excusas de mal presagio por única contestación. El objeto de su venida y sus medios de acción, eran ya del dominio público, y Elío le esperaba prevenido. Inmediatamente fué á verse con éste é intimarle á fuer de valiente la entrega de su puesto. Según consta del sumario que se mandó levantar, medió entre ambos una conferencia tempestuosa, de la que resultó que Michelena sacase una pistola y que Elío con sus puños le derribase al suelo, maltratándose recíprocamente. Después de esto, el primero se retiró á la casa en que se hospedara «descalabrado por el gobernador,» según la expresión del deponente.

El pueblo permanecía en silencio cuando á eso de

las diez de la noche hízose sentir un gran tumulto en el mismo patio del Fuerte, residencia del gobernador. Era una asonada que aclamaba á Elío, vociferando que no querían que ningún otro los mandase. Salió éste á saludar á lo que se llamaba el pueblo, que era una turba de plebe acaudillada por oficiales de la guarnición, y les dirigió la palabra, diciendo: «Ignoro por »qué me quieren llevar á la capital, y declaro que si »tengo delito quiero que me quiten la cabeza en Mon»tevideo, pues no quiero ir á Buenos Aires.» Con esto redoblaron los gritos de «¡Viva Elío! ¡Muera el trai»dor! ¡Muera Michelena! ¡Mueran los de Buenos »Aires!» y alzándolo la multitud en sus brazos lo pasearon en triunfo por todo el Fuerte, pidiéndole que saliese con ellos á la calle; á lo que él se negó, manifestando que estaba satisfecho de su afecto, y que si los acompañaba dirían que él era el promotor del alboroto: que se retirasen, que él les prometía que al día siguiente, aunque no asistiesen sino seis personas doctas, habría Cabildo abierto como lo deseaban y pedían. Los manifestantes se echaron á la calle precedidos por la música del regimiento de milicias del Río de la Plata, que formaba parte de la guarnición de la plaza, repitiendo los mismos «vivas y mueras,» dirigiéronse á la casa de Michelena, amenazando que le iban á matar. Amedrentado éste, se dejó conducir al muelle, por falsos amigos, donde bajo el pretexto de salvarle la vida lo embarcaron en una falúa, tomando tierra en la Aguada, desde donde se dirigió rápidamente á Buenos Aires á dar cuenta de su malograda expedición. Esto es lo que algunos historiadores han llamado una expedición militar.

Así fué como se produjo la ruptura entre Liniers y Elío: de ella debía venir fatalmente la escisión entre dos pueblos hermanos llamados á vivir unidos; y más tarde, por el orden de las cosas, la separación de la colonia y de su metrópoli, realizando en escala mayor lo que aquí ocurrió en punto menor por las mismas causas, con la misma doctrina, con casi idénticas formas, bien que con otros propósitos, otras fuerzas

eficientes y otros hombres. La escisión entre Montevideo y Buenos Aires no se volvió á soldar jamás: la hija predilecta arrastrada por el partido español, separóse por siempre de la madre, y dominada por la España como colonia, ó dominada por el partido español que estableció allí su cuartel general, ó dominada por sus caudillos como provincia independiente, dejó desde entonces de formar parte integrante del organismo argentino, acostumbrándose al antagonismo político y desligando sus intereses de las demás provincias del Río de la Plata.

Elío, al establecer el predominio de los españoles en Montevideo, preparó el cisma que debía manifestarse al tiempo de la próxima revolución entre una y otra ciudad en un período muy cercano, y entre la ciudad misma de Montevideo y la campaña de la banda oriental, por cuya causa su insurrección al estallar la revolución de la independencia, quedó decapitada, asumió fuerzas bárbaras, debilitó la acción reguladora del centro administrativo, y provocando la guerra civil y la guerra exterior, lo convirtió en masa inorgánica y foco de disolución política y social. Instrumento de intereses extraños, movido promiscuamente pos pasiones propias y ajenas, Montevideo fué, sin embargo, el primer teatro en que se exhibieron en el Río de la Plata las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto y la instalación de una Junta de propio gobierno nombrada popularmente. Es así como el más obstinado absolutista que haya tenido jamás la España, que murió en un suplicio profesando como un fanático la religión política del rey absoluto, sin constitución y sin pueblo, sirvió á la libertad de un pueblo que odiaba, dando con el primer ejemplo revolucionario el modelo del gobierno futuro, y legando á la vez la anarquía y las cuestiones internacionales que fueron su consecuencia definitiva.

Este suceso tuvo gran repercusión en América, y su alcance no se ocultó á la observación de los espíritus perspicaces, que presentían la revolución y la

independencia, y entre ellos el famoso doctor Cañete, fué uno de los que en este sentido vió más largo y más lejos, y propuso en oportunidad los medios de contener ó neutralizar el progreso de las ideas que conducían fatalmente á las colonias á la emancipación. Este sagaz observador, oriundo del Paraguay y residente en Potosí, que en el Alto Perú era considerado como el oráculo del derecho, de quien todos los gobernantes se aconsejaban, dió tanta importancia á la forma municipal de la sublevación de Montevideo y á la instalación de una Junta gubernativa, que fué la inmediata consecuencia, que cual si tuviese el presentimiento de la influencia que esta innovación debía ejercer, escribió con su docta pluma un tratado, desacreditando este medio de gobierno del común, autorizado por las mismas leyes de Indias. En él, después de epilogar en el estilo algo pedantesco que le era propio, los inconvenientes de un sistema de soberanía popular ó democracia pura, sobre todo, cuando el gobierno es compuesto de varios miembros, decía Cañete: «Atendiendo á estos gravísimos inconvenientes, es conforme al »derecho público, según la autoridad del sabio Bobadi»lla, que ya no es menester ni se usa en las ciudades »populosas el hacer Cabildo abierto (que así se llama »la congregación de todo el vecindario), porque los »regidores representan al pueblo, y todos los estados »de la república, y tienen el poder de ella para todas »las cosas que le tocan y conciernen. De suerte que los »regidores, según posteriores alteraciones que se han »hecho en los ayuntamientos desde el reinado del se»ñor D. Felipe II, se hallan constituídos á la manera »del cuerpo casi aristocrático municipal, para todo lo »relativo al gobierno económico de las ciudades, para »que ayuden á los gobernadores y corregidores en el »cumplimiento de sus obligaciones.»

Estas voces amigas de los sectarios de la tutela indefinida de las colonias, que aconsejaban á los españoles no usar del peligroso instrumento que con tanta imprudencia manejaban, y que sus enemigos podían, á su vez, esgrimir con más ventaja contra la metrópoli,

no fueron escuchadas por Elío, que estaba sordo, como estaba ciego el partido de que era el brazo, marchando uno y otro á su ruina por los mismos medios que empleaban para imponerse por la fuerza y dominar contra la fuerza de las cosas.

El Cabildo abierto como forma popular de la sublevación de Montevideo, era el pensamiento que estaba en todas las cabezas españolas; y como complemento, la erección de una junta de gobierno, era el plan que estaba de antemano combinado por los conjurados, siguiendo el ejemplo contagioso de la metrópoli. Con esta predisposición, de que participaban muchos de los criollos, bastó que uno formulase una petición popular al Cabildo, exigiendo en el siguiente día se convocase á los vecinos á Cabildo abierto, para que se cubriera con las firmas de los parciales en la misma noche. En la mañana siguiente, los primeros que fueron á oir misa á San Francisco, encontraron pegado en la puerta de la iglesia un papel firmado por el alcalde de primer voto, en que se convocaba á los habitantes de Montevideo á un Cabildo abierto, recordándole que el rey estaba preso en Francia, y que gobernaba el virreinato un francés sospechoso, que pretendía arrancarles al grande Elío, el mejor y más leal español, para poner en su lugar á un partidario francés. Todas las esquinas de la ciudad estaban cubiertas con pasquines análogos, á la vez que se amenazaba á los que no concurrieran al acto, con persecución y destierro.

Dados estos antecedentes, fácil es imaginar lo que pasó en el Congreso municipal, á que muchos se resistieron á concurrir, no obstante que el movimiento era popular. Las opuestas tendencias de la opinión entre Montevideo y Buenos Aires en aquella época, por el predominio de la influencia española ó criolla en uno y otro centro, se habían avivado en razón de los celos que la emulación de las respectivas hazañas de la reconquista, despertó entre ambas ciudades, lo que concurría á hacer más profunda la decisión. El resultado de la deliberación lo proclamó Elío en persona á la puerta de las casas consistoriales, diciendo: «Que

independencia, y entre ellos el famoso doctor Cañete, fué uno de los que en este sentido vió más largo y más lejos, y propuso en oportunidad los medios de contener ó neutralizar el progreso de las ideas que conducían fatalmente á las colonias á la emancipación. Este sagaz observador, oriundo del Paraguay y residente en Potosí, que en el Alto Perú era considerado como el oráculo del derecho, de quien todos los gobernantes se aconsejaban, dió tanta importancia á la forma municipal de la sublevación de Montevideo y á la instalación de una Junta gubernativa, que fué la inmediata consecuencia, que cual si tuviese el presentimiento de la influencia que esta innovación debía ejercer, escribió con su docta pluma un tratado, desacreditando este medio de gobierno del común, autorizado por las mismas leyes de Indias. En él, después de epilogar en el estilo algo pedantesco que le era propio, los inconvenientes de un sistema de soberanía popular ó democracia pura, sobre todo, cuando el gobierno es compuesto de varios miembros, decía Cañete: «Atendiendo á estos gravísimos inconvenientes, es conforme al derecho público, según la autoridad del sabio Bobadilla, que ya no es menester ni se usa en las ciudades populosas el hacer Cabildo abierto (que así se llama la congregación de todo el vecindario), porque los regidores representan al pueblo, y todos los estados de la república, y tienen el poder de ella para todas las cosas que le tocan y conciernen. De suerte que los regidores, según posteriores alteraciones que se han hecho en los ayuntamientos desde el reinado del señor D. Felipe II, se hallan constituídos á la manera del cuerpo casi aristocrático municipal, para todo lo relativo al gobierno económico de las ciudades, para que ayuden á los gobernadores y corregidores en el cumplimiento de sus obligaciones.»

Estas voces amigas de los sectarios de la tutela indefinida de las colonias, que aconsejaban á los españoles no usar del peligroso instrumento que con tanta imprudencia manejaban, y que sus enemigos podían, á su vez, esgrimir con más ventaja contra la metrópoli,

no fueron escuchadas por Elío, que estaba sordo, como estaba ciego el partido de que era el brazo, marchando uno y otro á su ruina por los mismos medios que empleaban para imponerse por la fuerza y dominar contra la fuerza de las cosas.

El Cabildo abierto como forma popular de la sublevación de Montevideo, era el pensamiento que estaba en todas las cabezas españolas; y como complemento, la erección de una junta de gobierno, era el plan que estaba de antemano combinado por los conjurados, siguiendo el ejemplo contagioso de la metrópoli. Con esta predisposición, de que participaban muchos de los criollos, bastó que uno formulase una petición popular al Cabildo, exigiendo en el siguiente día se convocase á los vecinos á Cabildo abierto, para que se cubriera con las firmas de los parciales en la misma noche. En la mañana siguiente, los primeros que fueron á oir misa á San Francisco, encontraron pegado en la puerta de la iglesia un papel firmado por el alcalde de primer voto, en que se convocaba á los habitantes de Montevideo á un Cabildo abierto, recordándole que el rey estaba preso en Francia, y que gobernaba el virreinato un francés sospechoso, que pretendía arrancarles al grande Elío, el mejor y más leal español, para poner en su lugar á un partidario francés. Todas las esquinas de la ciudad estaban cubiertas con pasquines análogos, á la vez que se amenazaba á los que no concurrieran al acto, con persecución y destierro.

Dados estos antecedentes, fácil es imaginar lo que pasó en el Congreso municipal, á que muchos se resistieron á concurrir, no obstante que el movimiento era popular. Las opuestas tendencias de la opinión entre Montevideo y Buenos Aires en aquella época, por el predominio de la influencia española ó criolla en uno y otro centro, se habían avivado en razón de los celos que la emulación de las respectivas hazañas de la reconquista, despertó entre ambas ciudades, lo que concurría á hacer más profunda la decisión. El resultado de la deliberación lo proclamó Elío en persona á la puerta de las casas consistoriales, diciendo: «Que

independencia, y entre ellos el famoso doctor Cañete, fué uno de los que en este sentido vió más largo y más lejos, y propuso en oportunidad los medios de contener ó neutralizar el progreso de las ideas que conducían fatalmente á las colonias á la emancipación. Este sagaz observador, oriundo del Paraguay y residente en Potosí, que en el Alto Perú era considerado como el oráculo del derecho, de quien todos los gobernantes se aconsejaban, dió tanta importancia á la forma municipal de la sublevación de Montevideo y á la instalación de una Junta gubernativa, que fué la inmediata consecuencia, que cual si tuviese el presentimiento de la influencia que esta innovación debía ejercer, escribió con su docta pluma un tratado, desacreditando este medio de gobierno del común, autorizado por las mismas leyes de Indias. En él, después de epilogar en el estilo algo pedantesco que le era propio, los inconvenientes de un sistema de soberanía popular ó democracia pura, sobre todo, cuando el gobierno es compuesto de varios miembros, decía Cañete: «Atendien»do á estos gravísimos inconvenientes, es conforme al »derecho público, según la autoridad del sabio Bobadi»lla, que ya no es menester ni se usa en las ciudades »populosas el hacer Cabildo abierto (que así se llama »la congregación de todo el vecindario), porque los »regidores representan al pueblo, y todos los estados »de la república, y tienen el poder de ella para todas »las cosas que le tocan y conciernen. De suerte que los »regidores, según posteriores alteraciones que se han »hecho en los ayuntamientos desde el reinado del se»ñor D. Felipe II, se hallan constituídos á la manera »del cuerpo casi aristocrático municipal, para todo lo »relativo al gobierno económico de las ciudades, para »que ayuden á los gobernadores y corregidores en el »cumplimiento de sus obligaciones.»

Estas voces amigas de los sectarios de la tutela indefinida de las colonias, que aconsejaban á los españoles no usar del peligroso instrumento que con tanta imprudencia manejaban, y que sus enemigos podían, á su vez, esgrimir con más ventaja contra la metrópoli,

no fueron escuchadas por Elío, que estaba sordo, como estaba ciego el partido de que era el brazo, marchando uno y otro á su ruina por los mismos medios que empleaban para imponerse por la fuerza y dominar contra la fuerza de las cosas.

El Cabildo abierto como forma popular de la sublevación de Montevideo, era el pensamiento que estaba en todas las cabezas españolas; y como complemento, la erección de una junta de gobierno, era el plan que estaba de antemano combinado por los conjurados, siguiendo el ejemplo contagioso de la metrópoli. Con esta predisposición, de que participaban muchos de los criollos, bastó que uno formulase una petición popular al Cabildo, exigiendo en el siguiente día se convocase á los vecinos á Cabildo abierto, para que se cubriera con las firmas de los parciales en la misma noche. En la mañana siguiente, los primeros que fueron á oir misa á San Francisco, encontraron pegado en la puerta de la iglesia un papel firmado por el alcalde de primer voto, en que se convocaba á los habitantes de Montevideo á un Cabildo abierto, recordándole que el rey estaba preso en Francia, y que gobernaba el virreinato un francés sospechoso, que pretendía arrancarles al grande Elío, el mejor y más leal español, para poner en su lugar á un partidario francés. Todas las esquinas de la ciudad estaban cubiertas con pasquines análogos, á la vez que se amenazaba á los que no concurrieran al acto, con persecución y destierro.

Dados estos antecedentes, fácil es imaginar lo que pasó en el Congreso municipal, á que muchos se resistieron á concurrir, no obstante que el movimiento era popular. Las opuestas tendencias de la opinión entre Montevideo y Buenos Aires en aquella época, por el predominio de la influencia española ó criolla en uno y otro centro, se habían avivado en razón de los celos que la emulación de las respectivas hazañas de la reconquista, despertó entre ambas ciudades, lo que concurría á hacer más profunda la decisión. El resultado de la deliberación lo proclamó Elío en persona á la puerta de las casas consistoriales, diciendo: «Que

»el pueblo se había levantado porque no quería á Mi»chelena de gobernador; y que para aquietarlo se ha»bía formado una Junta, de la que él había sido nom»brado presidente, ó en su lugar, quien mandara la »plaza: que de todo se daría cuenta á la superioridad »de las provincias para su determinación.»

La Junta quedó instalada con la denominación de «gubernativa», componiéndola exclusivamente el elemento español. La palabra de la revolución sudamericana fué así pronunciada por el más encarnizado enemigo de ella, y la teoría que los revolucionarios españoles proclamaron en tal ocasión fué la misma que ya los patriotas americanos habían consagrado, y que más tarde debían hacer práctica con propósitos más coherentes y trascendentales, reasumiendo el propio gobierno y la soberanía propia. El ejemplo que invocaban los juntistas, era el de España, y su doctrina fué formulada textualmente en estos términos, por boca de Elío: «La Junta se erige con el laudable, católico »y religioso designio de conservar incólumes é intactos »los derechos del rey natural D. Fernando VII en »el universal contraste padecido por el Estado, que »se intenta hacer trascendental á este Estado (del Río »de la Plata), á fin de uniformar las ideas y sentimien»tos con la metrópoli, juzgando sus habitantes que no »deben aguardar el resultado de la Península para re»solver sobre la unidad de la Santa Fe Católica y los »intereses del Estado, porque ésta será el áncora que »asegurará la nave fluctuante, contra la que se ha le»vantado una tempestad formada de combustibles infer»nales, y que será al fin una Junta que obrará en to»do «con acuerdo» de la capital, asegurando con su »actual Constitución, el cetro en las manos de su prín»cipe, consultando su seguridad individual.»

Esta conmoción tuvo su origen así en las pasiones de los hombres como en la naturaleza de las cosas, dándole razón de ser y objetivo los intereses antagónicos de los partidos que se disputaban en aquel momento la supremacía política en el Río de la Plata, y el Cabildo de Montevideo formuló su manifiesto de

guerra en los siguientes términos: «El pueblo de Montevideo ha levantado el grito contra la corrupción del »gobierno, él es quien pide la separación de un virrey »extranjero por sospechoso de infidencia. El mundo lo »sabe y nosotros estamos en el caso de convencerlo. Tene»mos justicia, pero nos falta el valimiento; necesitamos »de un apoyo, de un protector, y éste no puede ser otro »que V. E. (el Cabildo de Buenos Aires). Suya es la »causa que defendemos. Después de los sucesos de »nuestra invasión no se ha presentado otro lance más »digno de la protección de ese Ayuntamiento. A él »toca cortar los abusos, remediar los males y promover »por todos los arbitrios la felicidad. Montevideo ha »dicho y sostiene que ésta peligra, mientras el gobier»no permanezca en manos de un jefe nacido en el cen»tro de ese imperio sacrílego, cuyas depredaciones nos »han cubierto de luto. Por eso pidió su remoción. El »pueblo formó por eso voces equívocas, rompió los di»ques de la moderación, juró no permitir que un je»fe extranjero colmase la ruina, y para ponerse á cu»bierto pidió que se formase una Junta de gobierno.»

En Montevideo dominaba el elemento español, á la inversa de Buenos Aires, donde prevalecía el elemento nativo, que tenía la fuerza por suya, y estaba por entonces del lado de la autoridad legal. El partido español en minoría, conspiraba en Buenos Aires, según queda dicho, y buscaba su punto de apoyo en Montevideo, donde teniendo la fuerza creía contar con la mayoría que reaccionando á su vez sobre la situación de la capital, cambiase por los mismos medios la Constitución y el personal del gobierno superior. Elío, que era su brazo, en previsión de los sucesos, después que hubo conferenciado con Goyeneche y así que recibió la proclama y circular de Liniers, convocó á una consulta secreta á los regidores del Cabildo y algunos letrados de la localidad que participaban de las mismas ideas, y les manifestó sus sospechas contra el virrey, de lo cual resultó el acuerdo que debía dirigirse á éste pidiéndole que renunciase el mando de la Audiencia, por no ser propio que un francés lo ejerciese, cuando la

España estaba en guerra con su nación. Hay quien asegura que la intimación se hizo, pero esto es dudoso, no siéndolo el acuerdo, que por acaso se ha salvado del olvido por uno de sus confidentes. Así las cosas, don Martín Alzaga, que era la cabeza del partido español, se trasladó á Montevideo bajo pretextos de salud, y allí se concertó con Elío respecto del movimiento que debía él seguir en la capital ó simultáneamente, como se dijo al tiempo de instalarse la Junta, la que respondía á las tendencias y aspiraciones españolas en el Río de la Plata. Esta fué la señal de la insurrección contra la autoridad de Liniers y del influjo de los criollos en la capital. En todo caso, si la España se perdía como muchos lo preveían ó temían, ellos contaban quedar dueños del gobierno en América. Pero este movimiento reconocía además otras causas inmediatas, que han sido confusamente expuestas por los historiadores, y cuya filiación puede establecerse con presencia de documentos fehacientes.

Al tiempo de llegar el general Goyeneche á Montevideo rodeáronle todos los enemigos de Liniers, y él, por darse las ínfulas de árbitro, y excediendo y aun contrariando sus poderes é instrucciones, ofreció su apóyo á la novedad revolucionaria del gobierno de Juntas. En el mismo día de su llegada, y rodeado de un gran concurso en presencia del gobernador y del Cabildo, declaró en alta voz: «que veía con gusto reali»zado el objeto de su comisión en la fidelísima ciudad »de Montevideo, y que se trasladaba á la capital don »de juntaría todos los tribunales á fin de que se hicie»se la proclamación del rey Fernando VII, y después »de imponerlos de su carácter, y publicarse la guerra »contra la Francia y el armisticio con Inglaterra, tra»tarían de formalizar una Junta de Gobierno á imita»ción de la Suprema de Sevilla, que debía ser la su»perior del virreinato, para lo cual traía especial en»cargo, que después se formarían otras en los pueblos »subalternos, incluso Montevideo.» En sus confidencias con Elío, concordó con él que «Liniers, por su »calidad de francés, era incompatible en el mando,

»aun cuando no mediasen otros motivos.» Elío y Montevideo creían contar con el apoyo de Goyeneche, pero, una vez en la capital, les volvió la espalda, y los desautorizó privadamente. Al mismo tiempo que esto tenía lugar, la nueva Junta indirectamente fomentada por él, enviaba un comisionado á España á fin de propiciarse la autoridad suprema de la metrópoli y trabajar cerca de ella por la remoción de Liniers, procurando mientras tanto apoderarse á todo trance de la situación, y esperar dueño de ella las resultas.

El virrey, alarmado, cortó la comunicación con Montevideo, y envió varios buques de guerra para impedir la salida del enviado; pero no atreviéndose á proceder por sí solo en tan grave emergencia, convocó á la Audiencia que presidió en persona en acuerdo real como de derecho le correspondía en tal caso, y le dió cuenta (el 26 de septiembre) de las comunicaciones de Elío y la Junta, siendo el voto de la mayoría que debía contemporizarse para evitar mayores males. Desde este momento, Liniers se eclipsa y sólo quedan en la escena la Audiencia y Elío presidiendo, ó más bien dicho, acaudillando la Junta de Montevideo. El docto tribunal, avisado de las funestas consecuencias de la doctrina proclamada, juzgó sus tendencias á la luz del derecho, y consultando el interés de la unidad de la monarquía, la condenó por el órgano de sus fiscales, oponiendo en contraposición á ella misma con que más tarde debía ser combatida en la tribuna popular, la de la revolución americana. «En estos dominios, decían, »gobiernan los representantes del monarca que se ha »jurado y proclamado, con arreglo á las leyes que de»ben subsistir en todo vigor y observancia, cual corres»ponde á un gobierno monárquico, en que felizmente »han vivido estos leales vasallos. El procedimiento del »Cabildo de Montevideo puede ocasionar la ruina de »estas provincias, la absoluta subversión de nuestro »gobierno, el trastorno de su sabia Constitución, que »indudablemente conduciría al precipicio.» He ahí la revolución de la independencia presentida por los intérpretes del derecho colonial y los depositarios de

la suprema autoridad judicial y política en América.

La Audiencia, cumpliendo un deber á la vez que obedeciendo á un instinto de conservación, aprobó estas conclusiones fiscales, y apeló al gran recurso de las chancillerías coloniales, expidiendo el 26 de septiembre una Provisión Real, por la que se ordenaba la disolución de la Junta, mandando borrar de las actas capitulares de Montevideo los acuerdos que la autorizaran, por ser «contrarios á la Constitución del go»bierno establecido, y opuestos á la legislación de los »dominios de América.» Elío y la Junta, eludiendo el cumplimiento de lo mandado, contestaron colectivamente que estaban dispuestos á obedecer, pero que representaban en uso de su derecho, sometiendo á la consideración de la Audiencia varios puntos, y entre ellos uno, que decían «concerniente á la augusta per»sona del señor D. Fernando VII, por quien ha»bían jurado morir.» He aquí su texto: «Si el jura»mento de fidelidad obliga á cualquier vasallo á tomar »las medidas de seguridad que afiancen la diadema al »monarca, y si no es responsable á Dios ni al rey el »que sofoca, ó no descubre los indicios ó sospechas, »por leves que sean, que puedan directa ó indirecta»mente atentar contra la majestad en todo ó en par»te.» El tiro iba directamente dirigido á Liniers, y para disipar toda duda y darle mayor fuerza, lo acompañaban con una larga documentación que, según sus conclusiones, probaba á la evidencia la traición del virrey, figurando entre las piezas justificativas el sumario formado á Sassenay, convertido en cabeza de proceso. Sosteniendo la regularidad de sus procederes, decían: «La Junta por unánime consentimiento del pueblo fué legítima, y acaso inspirada por el cielo.»

Y haciendo una concesión al regio tribunal, agregaban: «Permanezcan los magistrados con todo su es»plendor ceñidos siempre con el cíngulo de la pureza, y »con la vara de la justicia en la mano: que Astrea no »quedará desairada.» Y acababan declarando, que era imposible que la Junta se disolviese, á menos que la Audiencia propusiera un medio «para contener á un

»pueblo intrépido que protestaba trucidar á sus vo»cales en el acto de su disolución y subrogar otros re»presentantes.»

Grande fué el escándalo que esta manifestación produjo entre los togados que veían en ella, no sólo menoscabados sus respetos sino en peligro el sistema de gobierno que estaban encargados de mantener ileso. Los fiscales Villota y Caspe, lumbreras de la justicia en aquella época, fueron de nuevo interrogados, y ellos contestaron que «la Junta ni era legítima ni era inspi»ración del cielo, sino una efervescencia popular tu»multuosa.» Y aludiendo á una cita de Cicerón de los de Montevideo, en que se censura la indolencia de los que aguardan los momentos fatales para decidirse, por lo cual «la república siempre es atacada bien y siempre es defendida mal,» los magistrados se la aplicaban. Estremeciéndose al solo nombre de república, decían con este motivo: «Los fiscales no pueden per»suadirse que los habitantes de Montevideo conspiren »al trastorno del orden, sino que es obra de la suges»tión de unos pocos inquietos y atrevidos, que por des»gracia existen en toda sociedad, á quienes estaría más »adecuado el pasaje de Cicerón que se cita, sin embar»go de que hablaba el ciudadano de una república y »no era el vasallo de un monarca. La monarquía es la »Constitución de España, á pesar de que causa dolor »al gobernador y vocales de la Junta de Montevideo el »oir que ésta es opuesta á aquella Constitución: mo»narquía es á pesar de que el rey nuevamente jurado »no ocupa en el día materialmente el trono de sus pa»dres: monarquía es á pesar de que en nombre del »soberano mande uno ó muchos, como lo ejecuta la »Suprema Junta de Sevilla por las circunstancias que »son notorias, y que ninguna conexión tienen con es»tas colonias.»

Los fiscales, tomando por suya la cuestión y haciendo la defensa de Liniers como fiel español y buen gobernante, pidieron se librase la real provisión anterior, «sobrecartada», es decir, reiterar su mandato con apercibimiento: y así lo dispuso el tribunal regio

por auto de 15 de octubre, expidiendo la correspondiente sobrecarta sellada con el sello real. Creemos que sea este el único caso en el Río de la Plata en que una sobrecarta haya sido librada por su Audiencia por causas políticas. Y sin embargo, este mandato solemne hecho con el nombre y la representación legal del monarca, no sólo fué desatendido y desobedecido, sino rebatido jurídicamente por sus fundamentos. Eran síntomas de los tiempos.

Pasaron más de quince días sin que Elío se diese por entendido, no obstante constar de oficio tener recibida la providencia sobrecartada el día 21 de octubre, y haber en el intertanto establecido un sistema de terror en Montevideo, desterrando á los empleados civiles y militares que no habían prestado homenaje á la Junta, y hecho amenazar hasta con la muerte á los ciudadanos remisos. Apremiado, contestó al fin, devolviendo la real provisión diligenciada, y refiriéndose por toda respuesta á un dictamen de su asesor de gobierno, el doctor Elías, con que se conformaba. El dictamen asesorado era una declaración de abierta insurrección contra las autoridades y un guante arrojado al primer cuerpo político del Estado. El asesor, apoyándose en opiniones de Solórzano, decía: «La obe»diencia de los Reales Rescriptos, Cédulas y Provisio»nes aun en los tiempos pacíficos suele padecer sus fa»lencias. El asesor dice: «que la real provisión debe»ría cumplirse siempre que no peligre la salud del »pueblo.» Con esta expresión ha dicho todo, y le ha »costado revestirse de la rigidez de un Catón y de toda »la constancia y fortaleza de un Régulo. Este tempera»mento acaso irritaría á un pueblo que no entiende el »dialecto de la razón cuando está enfurecido: á un pue»blo que no encuentra medio entre la permanencia de »la Junta y el derramamiento de sangre: á un pueblo »que no adopta arbitrios que pueda hacer fluctuar el »amor al monarca: á un pueblo que se jacta del más »fiel, y que jura á gritos llevar á sangre cuanto se le »oponga. Si esto se juzga una exageración hiperbóli»ca, que vengan á poner la ley algunos diputados, que

»se abrirán las puertas de los muros. Siguiendo el es»píritu de la ley, no sólo no debe disolverse la Junta, »sino que su constitución debe ser tolerada «cuando »menos» por la real Audiencia, ínterin nuestro monar»ca el señor D. Fernando VII, ó la Suprema de la »Nación resuelva lo que convenga.»

Al pie de este extraño documento, puso Elío: «Conformado,» y manifestó de oficio en secos y breves términos, «que las circunstancias de las cosas no exigían otro temperamento que el dictamen asesorado.» La Audiencia no aceptó el reto y se limitó á mandar levantar un sumario criminal á fin de averiguar quiénes eran los culpables, en cuya elaboración se insumieron dos meses dejando correr las cosas, cuando el estallido de Montevideo tuvo su repercusión inmediata en Buenos Aires.

El prudente tribunal se había dado cuenta desde un principio de la trascendencia de la conmoción y palpaba en aquel momento la exactitud de sus fatídicas previsiones. Según él, «la introducción era por sí sola »suficiente á trastornar el sosiego público como opues»ta al sistema de la legislación y del gobierno: de ella »debía seguirse el desenlace de las autoridades consti»tuídas en todas las provincias del virreinato.» Como corolario práctico, concluía. Pero al mismo tiempo objetaba: «¿Será capaz la fuerza de que puede valerse »el jefe de las armas á reducir al que manda en Mon»tevideo á la debida subordinación? ¿Sería convenien»te cortar el mal ejemplo que está causando al resto »de las provincias, con otro peor, cual sería introducir »una división entre ellas con la declaración de hosti»lidades que han de rechazar con otras los reducidos »habitantes de Montevideo?» En consecuencia de todo esto, opinó la Audiencia por poner en duda la eficacia de los medios, y dado que ellos existiesen, declararlos opuestos á sus fines, que eran «la conservación de los dominios del Río de la Plata á su legítimo soberano,» optando por dirigirse á él, «pidiendo el remedio que tan urgentemente necesitaban.»

De este modo fué como Elío quedó triunfante de he-

cho en su gobierno independiente; Liniers humillado y la Audiencia desautorizada, revelándose la impotencia física y moral del gobierno de la Colonia; y como, por fin, los criollos triunfantes más tarde en Buenos Aires por la victoria obtenida el 1.° de enero de 1809 sobre los españoles reaccionarios, quedaron á su vez á merced de la decisión del gobierno peninsular, que debía necesariamente pronunciarla contra ellos, como sucedió. Pero la nueva teoría estaba en todas las cabezas, y los mismos españoles, por pasión en Montevideo y por impaciencia en Buenos Aires, habían dado el ejemplo: la Junta de los patriotas de 1810 sería, con otros elementos y tendencias, la repetición de la de 1808 en Montevideo, y de la abortada en Buenos Aires en 1809, y encontraría en las autoridades coloniales la misma impotencia por efecto del quebrantamiento de sus fuerzas, á impulso de los ataques de sus mismos sostenedores.

La reacción del partido español-europeo del Río de la Plata en 1809, era un hecho que estaba en la atmósfera, en el antagonismo de los elementos étnicos, políticos y sociales en pugna, no porque fuese racional, sino porque era brutalmente fatal, obedeciendo á la impulsión inicial impresa á las pasiones, en que el instinto prevalecía sobre la razón, así como lo fué la repercusión del estallido de Montevideo en Buenos Aires con el mismo programa y con los mismos propósitos políticos. Formada una Junta independiente de gobierno en la primera ciudad, de acuerdo con los conjurados en la capital contra la autoridad de Liniers, era un complemento necesario la creación de otra Junta superior en la capital, que deponiendo al virrey uniformase el gobierno en el virreinato, concentrando el poder en manos de los peninsulares, con absoluta preponderancia sobre el elemento criollo. Este resultado así buscado, venía de suyo, más por efecto de las circunstancias externas que por la acción de los elementos políticos internos del país, y las recientes victorias de las armas españolas sobre las de Napoleón en la Península, como lo observa un historiador con

tal motivo, vigorizando el gobierno de la metrópoli, y gravitando con todo su prestigio y autoridad sobre las colonias, no necesitaba sino del poder oficial para imponerse pacíficamente.

Pero antes que esta noción simple penetrase en los espíritus apasionados, los sucesos iban por otro camino, obedeciendo á una impulsión anterior, que también venía de la metrópoli. Era la España la que había dado el ejemplo de las juntas soberanas de provincia, y que á la sazón todavía obraba sobre la opinión en el Río de la Plata, especialmente en los españoles de entonces. En uno de esos moldes rudimetales se había vaciado la Junta de Montevideo.

Con razón ha dicho el historiador del levantamiento de España en aquella época: «Conviene notar que »la formación de Juntas en América nació por imita»ción de lo que se hizo en España en 1808, y no de »ninguna otra causa.» Testigo de aquella anarquía de autoridades, consecuencia de la falta de una autoridad suprema, D. Juan Martín Pueyrredón, comisionado del Cabildo de Buenos Aires en España, le escribía: «Todos pretenden la herencia de ese rico país.» Por su parte, Murat, como general del ejército francés de ocupación, confirmaba á Elío en su gobierno de Montevideo. Y hasta la Junta Central, coronada con los frescos laureles de Bailén, en los momentos en que ordenaba desde Aranjuez y Madrid ser jurada en los dominios americanos, su diputado en Buenos Aires el brigadier Molina, despachado con anterioridad en la fragata Flora, se encontraba frente á frente del diputado de la de Galicia, el general Ruiz Huidobro, venido en la fragata Prueba. Este había sido portador de comunicaciones oficiales en que exigiendo el envío de auxilios, le decía al virrey del Río de la Plata que «el »reino de Galicia había reasumido en sí la autoridad »y potestad soberana de su rey,» y el otro venía á presentar el pleito homenaje debido á la supremacía, suponiendo el consentimiento. Esta impulsión anterior, que había obrado sobre la determinación de Elío en Montevideo, por instigación del partido español en

Buenos Aires, era la que continuaba gravitando sobre éste, empujándolo fatalmente á su perdición.

Las invasiones inglesas, como queda observado, poniendo por la primera vez las armas cívicas en manos de españoles y criollos, unificados al principio por una pasión común, puso en evidencia dos razas, la una acostumbrada á dominar, la otra que con la revelación de su fuerza había adquirido la conciencia de su importancia, y así la rivalidad consiguiente no tardó en hacerse sentir. Los nativos, poseídos de un espíritu cívico, incubaban un particularismo nacional, y los españoles, por su parte, veían con disgusto y desconfianza las armas en manos de los hijos del país, pero sin poder para arrebatárselas, procuraban desorganizarlos militarmente, ó bien destemplarlas. Esta rivalidad latente, que respondía á la tendencia de los dos partidos que se formaban, acentuada por la división que después de la reconquista se había establecido entre los de Buenos Aires y Montevideo—que representaban las dos tendencias opuestas,—había asumido una forma militar, casi de guerra, agrupándose los tercios españoles en torno de la personalidad de Alzaga y del Cabildo; y los batallones criollos aclamando al virrey Liniers como su héroe y su caudillo natural. Desde entonces cada uno de los partidos tuvo su jefe reconocido, y cada jefe su ejército, preparado en son de guerra. La enemistad pública entre Alzaga y Liniers, exacerbaba más el antagonismo y la sublevación de Elío con sus propósitos reaccionarios, vino á ahondarlo, definiendo más netamente las opuestas posiciones. Empero, estas fuerzas que el espíritu militar desenvolvió si bien se habían contado, no se habían medido ni pesado, y parecían ponderadas. En tal estado, los españoles pensaban que tenían medios suficientes para establecer su preponderancia tomando la ofensiva y decapitar en la persona del virrey el partido criollo, desalojándolo así de las posiciones oficiales. De aquí la idea de suprimir la autoridad virreinal, substituyéndola por la de una Junta compuesta

de elementos puramente españoles, como la de Elío en Montevideo.

A pesar de todo esto, la actitud de los partidos no era muy decidida, ni la composición de sus elementos constitutivos perfectamente definida. A la vez que los nativos en masa formaban un grupo coherente, no todos los tercios españoles estaban con el Cabildo, y algunos de ellos fraternizaban con los criollos, ó simpatizaban más con Liniers que con Alzaga. Por lo que respecta á los patriotas, su actitud era por el momento indecisa, por cuanto carecía de objetivo claro. Su proyecto de independencia con la princesa Carlota por heroína, había quedado en la nada, y sus vagos anhelos en tal sentido, despertados por la probable desaparición del gobierno de la metrópoli en 1808, se habían amortiguado con los recientes triunfos de las armas españolas en la Península. Agréguese á esto, que el prestigio de Liniers, muy decaído en el pueblo, también se había enfriado en ellos, no esperando ya nada de su carácter inconsistente, enervado por la posición falsa en que desde la misión napoleónica y la sublevación de Elío quedó colocado. La provocación de los españoles iba á darles el nuevo aliento que les faltaba, haciéndolos dueños exclusivos del campo.

Asegurado Montevideo como punto de apoyo de la reacción española, preparó todos los elementos para dar el golpe en Buenos Aires, y al finalizar el año de 1808, los españoles sólo esperaban la señal para levantar las armas, respondiendo á la sublevación de Elío. La ocasión fué la renovación del Cabildo de la capital el día primero de año. El 1.° de enero de 1809 se hizo oir la campana del Ayuntamiento que convocaba al pueblo á elección, y su tañido se convirtió bien pronto en toque de generala que llamaba al ejército municipal á sostener con las armas las decisiones de un remedo de congreso popular, complotado secretamente de antemano. Al clamor de la campana reuniéronse tumultuosamente en la plaza Mayor al pie del balconaje consistorial los tercios de Gallegos, Vizcaínos y Catalanes, armados y municionados, gritando:

«¡Junta, junta como en España! ¡Abajo el francés Liniers!» El Cabildo, que presidido por Alzaga había dado ya el primer grito sedicioso á la salida del rastrillo de la Fortaleza, después de dar cuenta al virrey de la elección de cabildantes, púsose desembozadamente al frente del movimiento, y en medio del tumulto procedió á recoger los votos de los asistentes. Entre ellos contóse el de don Mariano Moreno, el futuro repúblico de la revolución de la independencia, considerado como inclinado al partido español, sea por su desafección hacia Liniers, sea porque buscase su camino en medio de las tinieblas visibles de aquella época, según la expresión del poeta, que fué uno de los poquísimos criollos que concurrió al Cabildo abierto del complot, votando públicamente porque «debía »formarse una junta gubernativa que sirviese de con»trapeso al virrey y garantía de la tranquilidad in»terior.» Así se acordó, extendiéndose acta de todo en los libros capitulares.

Liniers, que sabía que los Patricios, dispuestos á sostenerlo, ocupaban sus cuarteles desde las seis de la mañana, mandó orden á don Cornelio Saavedra para que marchase á ocupar la Fortaleza, y poco después el regimiento de Patricios penetraba en ella á la sordina por la puerta de socorro, y ocupaba silenciosamente los baluartes.

El obispo Lue, que había sido uno de los directores del movimiento, y en cuya casa se habían reunido los conspiradores, acudió al Cabildo al toque de la campana; pero viendo el aspecto que habían tomado las cosas por la actitud decidida de los Patricios, ofrecióse á servir de intermediario de paz, y en tal carácter se presentó en la Fortaleza. Un diálogo animado se trabó entre él y el comandante Saavedra, en presencia del virrey. Aquél le pedía que se retirase para evitar la efusión de sangre, que él respondía que la reunión de la plaza se disolvería; y el segundo protestaba que el virrey no sería depuesto como lo intentaban los revoltosos. Ultimamente, viendo que el inconsistente Liniers estaba próximo á ceder, declaró terminantemen-

te que saldría si el virrey lo ordenaba: pero por la puerta principal de la Fortaleza, atravesando la plaza; y que permanecería con su tropa reunida en los cuarteles hasta que los cuerpos españoles abandonaran la plaza. Así se hizo, y los Patricios formados en columnas, después de atravesar la plaza, fueron á golpear á las puertas de los cuarteles de los tercios de Montañeses y Artilleros de la Unión, mandados por el coronel don Pedro Andrés García, con los cuales creían contar los revolucionarios, y que por el contrario se pusieron bajo las órdenes de Saavedra, á que se reunieron después los Andaluces. Con este nuevo refuerzo, y con la incorporación de los batallones de Arribeños y Pardos y Morenos, y los escuadrones urbanos de Húsares y Carabineros, hallóse á la cabeza de una fuerza incontrastable. Don Martín Rodríguez y el coronel García secundaban eficazmente los refuerzos de Saavedra, mientras se establecían comunicaciones entre los diversos cuarteles, por medio de portillos en las paredes interiores.

Separado el virrey de sus defensores, una diputación del Cabildo se dirigió á la Fortaleza, acompañada por los mismos gritos revolucionarios de la plaza á intimar al virrey su cese en el mando, para ser subrogado por una Junta de gobierno. El virrey, no obstante poder contar con el apoyo de la fuerza de los criollos y una gran parte de las españolas, convocó una junta de notables, á que concurrieron los Oidores y los diputados de las juntas de Sevilla y Galicia y los cabildantes entrantes y salientes. El resultado de la deliberación fué conformarse Liniers á dimitir el mando para evitar la efusión de sangre y mantener la integridad del virreinato, substituyéndolo la persona más caracterizada en el orden jerárquico, pero con la condición de que no se insistiera en la creación de la proyectada junta, contraria á las leyes y funesta para la América, y que todos se comprometiesen á rechazarla y resistirla hasta el último extremo. Esta proposición fué aceptada por unanimidad, pues lo mismo valía para los españoles una junta que un substituto de su

«¡Junta, junta como en España! ¡Abajo el francés Liniers!» El Cabildo, que presidido por Alzaga había dado ya el primer grito sedicioso á la salida del rastrillo de la Fortaleza, después de dar cuenta al virrey de la elección de cabildantes, púsose desembozadamente al frente del movimiento, y en medio del tumulto procedió á recoger los votos de los asistentes. Entre ellos contóse el de don Mariano Moreno, el futuro repúblico de la revolución de la independencia, considerado como inclinado al partido español, sea por su desafección hacia Liniers, sea porque buscase su camino en medio de las tinieblas visibles de aquella época, según la expresión del poeta, que fué uno de los poquísimos criollos que concurrió al Cabildo abierto del complot, votando públicamente porque «debía »formarse una junta gubernativa que sirviese de con»trapeso al virrey y garantía de la tranquilidad in»terior.» Así se acordó, extendiéndose acta de todo en los libros capitulares.

Liniers, que sabía que los Patricios, dispuestos á sostenerlo, ocupaban sus cuarteles desde las seis de la mañana, mandó orden á don Cornelio Saavedra para que marchase á ocupar la Fortaleza, y poco después el regimiento de Patricios penetraba en ella á la sordina por la puerta de socorro, y ocupaba silenciosamente los baluartes.

El obispo Lue, que había sido uno de los directores del movimiento, y en cuya casa se habían reunido los conspiradores, acudió al Cabildo al toque de la campana; pero viendo el aspecto que habían tomado las cosas por la actitud decidida de los Patricios, ofrecióse á servir de intermediario de paz, y en tal carácter se presentó en la Fortaleza. Un diálogo animado se trabó entre él y el comandante Saavedra, en presencia del virrey. Aquél le pedía que se retirase para evitar la efusión de sangre, que él respondía que la reunión de la plaza se disolvería; y el segundo protestaba que el virrey no sería depuesto como lo intentaban los revoltosos. Ultimamente, viendo que el inconsistente Liniers estaba próximo á ceder, declaró terminantemen-

te que saldría si el virrey lo ordenaba: pero por la puerta principal de la Fortaleza, atravesando la plaza; y que permanecería con su tropa reunida en los cuarteles hasta que los cuerpos españoles abandonaran la plaza. Así se hizo, y los Patricios formados en columnas, después de atravesar la plaza, fueron á golpear á las puertas de los cuarteles de los tercios de Montañeses y Artilleros de la Unión, mandados por el coronel don Pedro Andrés García, con los cuales creían contar los revolucionarios, y que por el contrario se pusieron bajo las órdenes de Saavedra, á que se reunieron después los Andaluces. Con este nuevo refuerzo, y con la incorporación de los batallones de Arribeños y Pardos y Morenos, y los escuadrones urbanos de Húsares y Carabineros, hallóse á la cabeza de una fuerza incontrastable. Don Martín Rodríguez y el coronel García secundaban eficazmente los refuerzos de Saavedra, mientras se establecían comunicaciones entre los diversos cuarteles, por medio de portillos en las paredes interiores.

Separado el virrey de sus defensores, una diputación del Cabildo se dirigió á la Fortaleza, acompañada por los mismos gritos revolucionarios de la plaza á intimar al virrey su cese en el mando, para ser subrogado por una Junta de gobierno. El virrey, no obstante poder contar con el apoyo de la fuerza de los criollos y una gran parte de las españolas, convocó una junta de notables, á que concurrieron los Oidores y los diputados de las juntas de Sevilla y Galicia y los cabildantes entrantes y salientes. El resultado de la deliberación fué conformarse Liniers á dimitir el mando para evitar la efusión de sangre y mantener la integridad del virreinato, substituyéndolo la persona más caracterizada en el orden jerárquico, pero con la condición de que no se insistiera en la creación de la proyectada junta, contraria á las leyes y funesta para la América, y que todos se comprometiesen á rechazarla y resistirla hasta el último extremo. Esta proposición fué aceptada por unanimidad, pues lo mismo valía para los españoles una junta que un substituto de su

devoción designado por ellos. Este triunfo fué de corta duración.

«Impuesto de esta ocurrencia, dice el principal ac»tor de este drama políticomilitar, la hice saber á mis »compañeros, y acordamos marchar con precipitación »á la plaza á disolver con nuestras fuerzas aquel aten»tado.» Formada la terrible columna de los cuerpos nativos y con las mechas de los cañones encendidas, desembocaron en son de guerra y á paso redoblado por la calle que hoy lleva el nombre de Defensa. Marchaba resueltamente á su cabeza don Cornelio Saavedra, quien penetrando en la plaza mandó desplegar en batalla con la espalda á la antigua Recoba, y haciendo colocar en batería ocho piezas de artillería con las bocas asestadas al Cabildo, incorporó á su línea el cuerpo de Andaluces, que compuesto en su mayor parte de hijos del país, había permanecido indeciso durante el día, bloqueado en su cuartel. Al anuncio de que los cuerpos nativos se acercaban otra vez á la Fortaleza en actitud amenazadora, el virrey mandó prevenir á Saavedra, por intermedio de su ayudante de órdenes don Miguel Marín, que se retirara inmediatamente. Este oficial, en vez de cumplir su comisión, le dijo: «El señor virrey está rodeado de hombres á »quienes interesará que sucumban los patricios, y co»mo hijo del país, es mi sentir que entre usted en la »plaza sin darle obediencia en este momento.» Estas palabras decidieron definitivamente á Saavedra, y fué entonces cuando mandó avanzar y desplegar su columna.

En seguida, dejando encomendado el mando de la línea al mayor don Juan José Viamonte, penetró inopinadamente á la cabeza de todos los jefes en el salón de gobierno, donde acababa de extenderse el acta de renuncia. Mudos de sorpresa quedaron todos con aquella inesperada aparición. El obispo Lue, que había violado su promesa fué el primero que recobró el uso de la palabra, y encarándose á Saavedra, le dijo: «Gra»cias á Dios, todo está concluído: Su Excelencia ama »mucho al pueblo, y no quiere exponerlo á que por su

»causa se derrame sangre. Se ha convenido en abdicar »el mando.» «¿Quién ha facultado á S. E. á dimitir un mando que legítimamente tiene?»—repuso Saavedra.—«¡Señor comandante, dijo el obispo en tono su»plicatorio, no quiera usted envolver este pueblo en »sangre!» «Ni yo ni mis compañeros, contestó el co»mandante de Patricios, hemos causado esta revolu»ción. He dicho y vuelvo á repetir, que no hay causal »que cohoneste tal violencia.» Oyendo entonces que el obispo decía que era la voluntad del pueblo que el virrey no continuase mandando, Saavedra le interrumpió diciendo: «Esa es una falsedad. En prueba de ello, »venga el señor Liniers con nosotros: preséntese al »pueblo, y si él lo rechaza y dice que no quiere su »continuación en el mando, yo y mis compañeros subs»cribiremos el acta de destitución»; y tomando con resolución al virrey del brazo en unión con don Martín Rodríguez, le dijo: «Baje V. E. á oir de boca del pueblo cuál es su voluntad.»

La noche se acercaba cuando Liniers rodeado de todos los jefes nativos atravesaba el puente levadizo de la Fortaleza. A su vista, el pueblo que llenaba la plaza, y las tropas que lo apoyaban, prorrumpieron en aclamaciones, gritando: «¡Viva don Santiago Liniers! ¡No queremos que otro nos mande!» y hubo negros esclavos que se desnudaron de la camisa que cubría sus carnes para ponerla de alfombra á sus pies. Ante esta manifestación popular, los españoles quedaron anonadados, y el impetuoso don Feliciano Chiclana, arrebatando el acta de las manos trémulas del escribano del Cabildo, la hizo pedazos en presencia de todos.

Mientras la animada escena antes descripta tenía lugar en el salón de gobierno, los directores de la asonada, sintiéndose perdidos ante la actitud imponente de los batallones criollos unidos á parte de los españoles, «acudieron á una demostración», dice un testigo presencial, «que en su concepto iba á ser el »último golpe para el pueblo, batiendo el «estandar»te real», que por señal de la conquista, estaba depo-

»sitado en el Cabildo, con más clamor de la campana.» Este fué el presagio siniestro de la próxima caída de la monarquía, simbolizado por aquel pendón secular, y uno de los últimos estremecimientos del partido español en el Río de la Plata. Pocos acudieron al llamado, y desde aquel día el estandarte real no volvió á desplegarse sino para solemnizar las festividades populares de la República, que pudieron ya presentirse. Pero como todavía se mantuviesen los batallones españoles al pie de los balcones del Cabildo en ademán de resistencia, mandóles intimar Liniers que depusieran las armas. Sostenida esta intimación por un amago de carga de los Patricios, se pronunció la derrota en las filas de los revoltosos, que huyeron, arrojando las armas por las calles ó rompiéndolas despechados contra los postes de ellas. Don Juan Ramón Balcarce á la cabeza de los húsares disipó los últimos grupos, y restablecióse el orden muy luego, aunque con el sacrificio inútil de algunas víctimas que cayeron bajo el sable de la caballería nativa.

A consecuencia de este movimiento, los cuerpos europeos fueron desarmados, y los americanos conquistaron el derecho casi exclusivo de llevar las armas de que tan noble uso habían sabido hacer en tres ocasiones. Su predominio militar quedó definitivamente establecido, y desde aquel día se hizo imposible la estabilidad de un gobierno que no contara con el apoyo de sus simpatías y de sus bayonetas. El nervio de la próxima revolución estaba constituído y solo faltaba la ocasión y la idea madura para que estallara, apoyada en su propia fuerza y en la opinión consciente. Por lo demás, el vencedor usó del triunfo con bastante moderación por una parte y con rigor por la otra: concedió una amnistía, y desterró administrativamente á Patagones á Alzaga y los miembros del Cabildo, inconsulto esta vez el tribunal de la Audiencia.

Liniers se dirigió con tal motivo al pueblo por medio de dos proclamas: la una, de mero palabreo, condenando el sistema de juntas como contrario á la Constitución de la monarquía; la otra, de fondo doctrinario

y explicación de lo sucedido, escrita con formas dialécticas y estilo retórico en la que, comparando á Alzaga con Lucifer precipitado de las alturas, confesaba su debilidad pasajera, condenaba las tendencias reaccionarias de la asonada, y reconocía deber su mantenimiento en el mando á la decisión de los batallones nativos, en que según él había radicado la autoridad real. Mal aconsejado en otro sentido, mandó instruir secretamente un proceso militar contra los fautores del movimiento, á quienes había ya condenado por sí y ante sí en la proclama, inconsulta la jurisdicción civil en el castigo, procediendo en sentido contrario, de como lo había hecho en la sublevación de Elío en que buscó el real acuerdo con la Audiencia.

El proceso contra la asonada del 1.° de enero, tomó repentinamente un sesgo inesperado. El antiguo sargento de la expedición de don Pedro Ceballos, llamado Juan Trigo, que había figurado como promotor activo en los trabajos de la reconquista, fué llamado á declarar, y dijo que nada sabía sobre el tumulto de 1.° de enero, pero que tenía que revelar cosas importantes respecto de don Martín Alzaga, y pidió que la superioridad le oyera en cuerda separada. Así se hizo, y paralizándose la causa principal, mandóse instruir un sumario secreto sobre este incidente, encomendándose su prosecución al mismo fiscal militar que entendía en aquélla. La revelación que hizo Trigo fué que Alzaga, desde 1806, tenía el proyecto de independizar los dominios del Río de la Plata de la autoridad soberana del rey de España, presentando por toda prueba palabras sueltas que decía haberle oído pronunciar en tal sentido. Liniers, inspirado por su enemistad hacia Alzaga, acogió la denuncia, mandó ocupar los papeles de Alzaga, y sobre esta base se formó el proceso conocido con la denominación de «causa criminal de Independencia» que hemos hecho conocer y explotado en lo que se relaciona con los sucesos de las invasiones inglesas. Por una coincidencia singular, esta causa se complicó con una información secreta que Alzaga formó por su parte, tendiente á presentar

á Liniers como abrigando el mismo propósito de que á la sazón era acusado él. La base de esta contraacusación eran las declaraciones relativas á los proyectos de independencia de Peña y Padilla, de acuerdo con Berresford, de que hemos hablado antes y que extensamente han sido expuestas. Atribuíale á Liniers ser conocedor de esos planes y aun favorable á ellos, lo que unido á la conducta equívoca que observó con motivo de la jura de Fernando VII y del enviado de Napoleón, daba á la suposición cierto colorido de verdad. En torno de estos dos núcleos inconsistentes se formó el proceso que al través de variadas vicisitudes tuvo un raro destino. La acusación primitiva contra Alzaga, con motivo de la asonada del 1.° de enero, que después se volvió contra Liniers, pasó en seguida á manos del virrey que sucedió al último, cuando se hallaba en desgracia, y su rival y cómplices gozaban del favor del gobierno, siendo resuelta en definitiva por el gobierno patrio que surgió de la revolución de mayo de 1810, quien la mandó archivar, quedando como un documento lleno de revelaciones preciosas para la historia y un testimonio de la ceguedad de las pasiones en las agitaciones políticas.

Mientras el proceso seguía su tortuoso curso, los confinados en Patagones fueron arrebatados de allí por un buque de guerra despachado por Elío desde Montevideo, donde fueron recibidos en triunfo como mártires de la causa de la lealtad al rey de España. Desde esta ciudad, Alzaga y sus cómplices, dirigieron á Liniers una representación, que más bien era un cartel, insistiendo en sus anteriores acusaciones de deslealtad, y refutando algunos conceptos de su proclama. En este documento, haciendo Alzaga una alusión á los sucesos de 1.° de enero, trata de sacudir la responsabilidad de haber promovido la formación de una junta contraria á las leyes, pero la acepta indirectamente, procurando justificar el hecho: «Aun »concedido que se aspirara á una junta de gobierno, »¿en qué alteraba ésta los principios de nuestra Cons»titución monárquica? ¿Deja de serlo por ventura la

»que nos rige bajo la protección científica y central de »España, y de las Indias? ¿Y por qué se ha de atri»buir á insurrección el deseo de uniformar el gobier»no?» En seguida, revolviendo la acusación de Liniers en su proclama, le echa encima toda la responsabilidad, arguyéndole de inconsecuencia, no sin fundamento: «Sobre V. E. mismo recaerá este crimen, »por aquel desprendimiento que hizo del mando: ha»biendo confesado que á no ser la energía y patriotismo »de los cuerpos militares y jefes que se opusieron, la »cosa se hubiera llevado hasta la perfección por la »pluralidad de votos. V. E., según esto, tuvo el áni»mo de alterar la Constitución monárquica y lo puso »en ejecución, y aunque no tuvo efecto, no fué por »falta de disposición, sino por la fuerza que se le hizo.»

La parte que como hombre influyente entre los nativos tocó á Belgrano en este desenlace y la circunstancia de ser íntimo amigo del doctor don Vicente Anastasio Echevarría, asesor privado de Liniers, lo acercó más al virrey, consiguiendo ejercer algún ascendiente indirecto sobre el carácter inconsistente de aquel hombre, que estuvo siempre á mayor altura de aquella en que podía mantenerse.

Aprovechándose de esta circunstancia, y noticioso de que sus trabajos sobre la Carlota habían trascendido, pues se llegó hasta formar causa al secretario Presas, se decidió á hablar con franqueza al virrey Liniers, procurando conquistarle á sus ideas. Liniers, que había reconocido la autoridad de la Junta Central, que presidía á la heroica resistencia de la España; que sabía que sus émulos trabajaban cerca de ella para removerlo, y que al mismo tiempo que podía creer probable el triunfo de las armas de Napoleón en la Península, no había desconocido explícitamente los derechos eventuales de la Carlota á un trono en la América Española, debió ser presa en aquel momento de las fluctuaciones que eran propias á su carácter indeciso, impresionable y ambicioso á un mismo tiempo. El resultado de esta conferencia fué, que Belgrano consiguió persuadir á Liniers á que abriese los puertos del

Río de la Plata al comercio de la Gran Bretaña, con el objeto de proporcionarse recursos para pagar las tropas y atraerse los pueblos del Perú por los alicientes del tráfico libre. Este proyecto debió sonreir á Liniers, escaso á la sazón de recursos, y á cuya imprevisora prodigalídad no había caudales que bastasen.

Aquí vemos á Belgrano perseverando en su antigua idea del comercio libre, pero con tendencias más altas que cuando era secretario del consulado. El veía en esta medida el primer paso en el sentido de la independencia. Un año más tarde Moreno debía arrancar esta concesión á otro virrey, explotando como él la codicia de los mandatarios españoles y justificando con el resultado el alcance de sus previsiones. En momentos en que ponía en manos de Liniers su informe sobre el comercio libre, llegó un ayudante de don Baltasar Hidalgo de Cisneros, jefe de una de las divisiones navales que se habían batido gloriosamente en Trafalgar y que acababa de arribar á Montevideo en calidad de nuevo virrey nombrado por la Junta Central. Lejos de desanimarse Belgrano por este contratiempo, varió de plan y concibió la atrevida idea de poner á Liniers al frente de la resistencia nacional, procurando decidirle á que desconociera la legitimidad de la autoridad que le deponía, y se negase en consecuencia á resignar el mando. Un carácter más resuelto habría adoptado esta idea salvadora; pero Liniers, que carecía de las grandes calidades del mando, y que por otra parte no quería identificar su causa con la de los americanos, á pesar de ser ellos su único sostén, retrocedió con timidez ante el ancho camino que se le abría, y siendo el árbitro de la situación se resignó á obedecer humildemente.

Este nuevo obstáculo tampoco desalentó á Belgrano. Conociendo el carácter de Liniers, que aceptaba todos los hechos consumados que refluían en bien suyo, se propuso mantenerlo en el mando á pesar de su timidez, combinando este plan con el establecimiento de la infanta Carlota en el Río de la Plata. Esta negociación, abandonada por algún tiempo, había

vuelto á reanudarse con motivo de la llegada de don Felipe Contucci á Buenos Aires, el cual con sus maneras insinuantes y cierto poder de seducción que le acompañaba, había hecho revivir el antiguo entusiasmo en favor de la princesa de que era inteligente emisario y favorito. Belgrano lo presentó á todos sus amigos y lo puso en relación con los jefes militares que se hallaban á la cabeza de fuerzas, á excepción de D. Cornelio Saavedra, de quien estaba alejado hacía algún tiempo.

Nada podía hacerse entonces en Buenos Aires sin contar con el apoyo de Saavedra. Después de Liniers, era el hombre que más poder tenía, debiendo la influencia de que gozaba á la circunstancia de haber sido el domador de la revolución de 1.° de enero, y estar á la cabeza del temible regimiento de Patricios, de cuyas voluntades era dueño. Belgrano tenía dos cartas autógrafas de la princesa Carlota para él, y se decidió á entregárselas en esta circunstancia, comunicándole su proyecto y sus vistas sobre la situación. Saavedra, aunque acogió favorablemente sus ideas, le contestó con la reserva y la mesura que le era habitual, que lo pensaría, que á la oración del día siguiente le daría su contestación.

Al obscurecer del siguiente día, Belgrano esperaba con impaciencia la llegada de Saavedra, de cuyos labios pendían los destinos de la situación. En vez de Saavedra vió entrar en su habitación á D. Juan Martín Pueyrredón, que se había hecho ya notable por sus empresas en la Reconquista, dándole mayor popularidad la circunstancia de haber dado su nombre á un cuerpo de caballería levantado por él, y cierta expectabilidad, una misión que el Cabildo le había confiado cerca de la Corte de España. Pueyrredón le comunicó que á las once de la noche debía celebrarse en su casa una Junta de comandantes, agregando: «Es preciso »no contar sólo con la fuerza sino también con los »pueblos, y unidos con usted arbitraremos los medios.» Estas palabras fueron para él un rayo de luz. «Cuan»do oí hablar así,» nos dice él mismo, «y tratar de

»contar con los pueblos, mi corazón se ensanchó, y »nuevas ideas de un proyecto favorable vinieron á mi »imaginación.»

La Junta tuvo lugar esa misma noche. A pesar de lo dispuesto que se manifestó Saavedra á resistir á la recepción de Cisneros y del apoyo que encontró en el comandante D. Martín Rodríguez, no se uniformaron las opiniones, y el plan abortó. Los jefes españoles se manifestaron irresolutos, y los patriotas participaron de esta influencia desmoralizadora, que es lo que sucede siempre que no hay unidad de pensamiento, ó cuando un carácter enérgico no subordina todas las voluntades á la suya.

Se ha creído que hubo un traidor en esta reunión, á consecuencia de lo cual fué perseguido y preso Pueyrredón. Todos creyeron que su prisión sería la señal de un estallido; pero Belgrano que no se alucinaba, y á quien el espectáculo de la Junta de comandantes había convencido de la imposibilidad de combinar un plan coherente de conmoción, se ocupó activamente en los medios de salvar á su amigo de la posición en que se encontraba. Ayudado por D. Nicolás Vedia, D. Cornelio Zelaya y por otros patriotas, facilitó su fuga, proporcionándole un buque para transportarse á Río de Janeiro, con comunicaciones para la Carlota, en las que la invitaba nuevamente á que se trasladara al Río de la Plata, pues había llegado la oportunidad. No hay duda que si en aquellas circunstancias la infanta se hubiese decidido á venir á Buenos Aires, habría encontrado apoyo, pues todos los jefes de cuerpos, incluso D. Cornelio Saavedra, se habían comprometido á sostener su proclamación, indignados por la parcialidad de la Junta Central en favor de los revoltosos del 1.° de enero, que había ordenado sobreseer en su proceso.

Este fué el último paso que dió Belgrano en tan errado camino. Los sucesos le hicieron variar de dirección, corrigiendo sus ideas políticas y lo empujaron al ancho camino que debía conducirle á la inmortalidad.

CAPITULO VIII

Síntomas revolucionarios

1809-1810

Los dos virreyes.—Situación general.—Entrada triunfal de Cisneros.—Su conducta.—Revoluciones de Chuquisaca, La Paz y Quito.—Arenales y Monteagudo.—Crueldades de Goyeneche.—Odio contra Cisneros.—Comercio con los neutrales.—Famosa representación de los hacendados.—Datos estadísticos.—Desaliento de los patriotas.—Noticia sobre los orígenes de la prensa argentina.—Belgrano promueve una asociación patriótica.—Es encargado de redactar un periódico.—El *Correo de Comercio*.—Influencia de este periódico.—Progresos de la opinión.—Conducta prudente de los patriotas.—La revolución se prepara.—Fin de la época colonial.

La destitución de Liniers fué el resultado de los activos trabajos de la reacción española, concentrada en Montevideo bajo la protección de la Junta disidente. Su principal director, el infatigable Alzaga, no había perdido momentos en ponerse en comunicación con la Junta Central, despachando al efecto un emisario provisto de una credencial en que decía: «Es necesario »cambiar empleos en todo el reino, para que mude de »aspecto y de semblante la justicia.» El nombramiento de Cisneros en reemplazo de Liniers era, pues, un acto reaccionario tendiente á decapitar al partido criollo como lo había pretendido Alzaga, y tenía por principal objeto devolver á los españoles-europeos su perdida influencia y hacer prevalecer los intereses de la metrópoli sobre los de la Colonia, no obstante satisfacer en parte sus legítimas aspiraciones, reconociéndoles en general nuevos derechos, franquicias y garantías. A esto último respondieron la concesión del comercio libre con los extranjeros, y la representación política de las colonias americanas en las cortes con las mismas prerrogativas de la metrópoli «como parte

»esencial de la monarquía, habitadas por hombres li»bres.» A lo otro, respondía el empeño de desarmar los cuerpos criollos, ó por lo menos refundirlos en la masa de la población europea, á fin de que perdiesen su carácter nativo que tenía ya la consistencia de un sentimiento nacional. Mientras tanto, la verdadera fuerza pública estaba radicada en éstos, y eran árbitros de sus destinos, así como de la más ó menos eficacia de la autoridad metropolitana.

En tal situación, el nuevo virrey venía sin más fuerza moral que la lejana y debilitada influencia del gobierno vacilante de la metrópoli, ni más fuerza material que el apoyo militar de Elío, cuyo odioso nombre en el país más lo debilitaba que lo favorecía. El nuevo virrey, sin darse aún cuenta exacta de esta situación complicada, reconocía la existencia de dos elementos antagónicos, que creía indispensable amalgamar para prevenir una catástrofe, que ya se presentía como precursora de una revolución. Así dice él mismo haber hallado «dos temibles partidos en la capital, convul»so todo el distrito del Virreinato, especies sediciosas, »diversidad de opiniones, presentimientos de indepen»dencia y otros males que había originado el estado de »España.» Esta situación revolucionaria en el hecho, y más profundamente en el orden moral, era confusa, empero estuviese definida por el curso fatal de los acontecimientos y por la gravitación natural de las voluntades. Los directores patriotas titubeaban en cuanto á la oportunidad y á los medios, y no tenían una conciencia clara en cuanto á los fines inmediatos. Los españoles, considerándose vencedores oficialmente, comprendieron no tener de su parte la fuerza moral de la opinión nativa, ni la fuerza material de las armas. La masa criolla, poseída de un verdadero espíritu nacional, obedecía á la impulsión recibida, pero se dejaba guiar por sus cabezas visibles, sin las cuales nada serio podía intentarse. La autoridad, llena de incertidumbres y temores en medio de tal situación, verdaderamente revolucionaria, sin un punto de apoyo y sin fuerza propia para imponerse, procuraba mante-

ner un equilibrio instable entre los partidos, contemporizando con ellos, haciéndoles concesiones, procurando su amalgama, pero con tendencia siempre á una reacción á fin de consolidar su incierto poder.

Bajo estos auspicios y pronósticos llegó Cisneros al Río de la Plata, con órdenes de disolver la Junta de Montevideo, pero colmándola previamente de encomios y distinciones; con instrucciones para sobreseer en el proceso de los sucesos de 1.° de enero, y poner en libertad á los deportados, haciendo en su favor declaraciones honoríficas; y por último, para hacer que Liniers marchase inmediatamente á España, mientras se premiaba á Elío con el nombramiento de inspector de las fuerzas del Virreinato. Así es que, el nuevo virrey se acercó á Buenos Aires con todas las precauciones que habría empleado para reconocer una plaza enemiga. Desembarcó en Montevideo, de allí envió emisarios para sondear la disposición de los comandantes patricios, en seguida pasó á la Colonia con algunas fuerzas, en la persuasión que Liniers se resistiría á entregar el mando.

Liniers por su parte, cuya fuerza moral no estaba en relación con la fuerza material de que podía disponer, en todo pensaba menos en resistir, como se ha visto ya. Demasiado fiel á la metrópoli para declararse contra ella, con el apoyo de los elementos americanos que lo sostenían, y desprovisto de las grandes calidades del caudillo de una causa popular, prefirió entregarse á discreción á sus enemigos, entregando al mismo tiempo la bandera del partido que lo había levantado y le reconocía como su jefe natural. En consecuencia, en vez de esperar la llegada de su sucesor, se resolvió á salir en persona al encuentro de él, cediendo á su injuriosa exigencia, para hacer ostentación de su fidelidad á las autoridades de la metrópoli y protestar indirectamente contra los trabajos de sus amigos. Apenas se divulgó esta noticia, el pueblo se puso en conmoción y se agolpó tumultuosamente al pie de sus balcones para oponerse á su partida. La palabra prestigiosa del héroe de la Reconquista y la Defensa,

logró calmar aquella agitación, y el pueblo se dispersó dando vivas al virrey D. Santiago Liniers.

Para substraerse á estas manifestaciones populares que lo comprometían, tuvo que embarcarse en medio de las sombras de la noche, envuelto en una capa, y acompañado de corto séquito. Al día siguiente á las nueve de la mañana, D. Santiago Liniers acompañado de D. Martín Rodríguez golpeaba la puerta de la casa de D. Baltasar Hidalgo de Cisneros en la Colonia. A la noticia que dieron á este último: «Ahí esá Liniers,» preguntó con ansia: «¿Solo?»—«Solo, le contestaron.»—Entonces respiró con libertad, porque se imaginaba que Liniers no podía salir á su encuentro sino á la cabeza de fuerzas respetables para apoderarse de su persona. Los dos virreyes se abrazaron cordialmente, y después de una larga conferencia secreta, el virrey caído se retiró, habiendo convenido entregar el mando de las armas á un delegado de Cisneros en Buenos Aires, pues á pesar del paso caballeresco de aquél, el espíritu del último estaba lleno de sospechas, y no se atrevía aún á poner el pie en la capital. Liniers entregó el mando de las armas al mariscal Nieto, como el representante del nuevo virrey, y preparóle así el camino que pudo haberle cerrado, resignándose á su desgracia con más aturdimiento que dignidad.

El 30 de junio de 1809 entró el virrey Cisneros en Buenos Aires, en medio de las aclamaciones entusiastas de la población europea que saludaba en él la última sombra de la autoridad española en el Río de la Plata. El venía en nombre de la madre patria á poner paz entre los españoles y á dominar la situación de la Colonia agitada, conciliando al mismo tiempo los ánimos de todos. Este encargo requería un hombre de grandes calidades, y Cisneros carecía de ellas. Aun cuando las hubiese tenido, no habría podido hacer más que prolongar la crisis, pues no estaba ya en la mano del hombre detener el curso de los acontecimientos.

La proclama con que se hizo preceder Cisneros, fué

pacífica y conciliadora. En ella decía al pueblo de Buenos Aires: «Desde este día, desde este momento, »debe desaparecer de entre vosotros cualquiera leve »sombra de espíritu de partido y de rivalidad (si es »que haya podido caber en pechos tan nobles y gene»rosos), y reunirnos en una sola familia.» Bajo estas palabras de paz y de concordia se ocultaba un plan de hostilidades contra los patriotas, cuyo primer paso debía ser el desarme de los cuerpos americanos, á más del envío de Liniers á España. Cisneros comprendió desde luego que estaba á merced de los cuerpos que tenía orden de desarmar; y que Liniers, despojado del mando, tenía en Buenos Aires más elementos para resistir, que él para hacerse obedecer. Tuvo, pues, que contemporizar con las circunstancias, y dejar que Liniers eligiese el lugar de su residencia; que el pueblo conservase las armas, que eran su única garantía contra las exageradas pretensiones del partido español, y suspender el nombramiento de Elío para inspector de armas, por lo odioso que se había hecho á los americanos.

No eran estas las únicas causas que obligaban á Cisneros á contemporizar con el espíritu revolucionario. Existían otras, que aunque más lejanas, á la par que aumentaban las dificultades de su precaria autoridad, ejercían mayor imperio sobre su imaginación, fuertemente impresionada por el espectáculo de un gobernador de Cartagena, asesinado y arrastrado por las calles, á quien hacía poco había relevado. Este sangriento recuerdo del furor popular le perseguía como un fantasma, y le hacía temer por su suerte al menor amago de conmoción.

Coincidieron con su entrada al gobierno las revoluciones que casi simultáneamente estallaron en varios puntos de la América, con tendencias visibles hacia la independencia, y con el propósito confesado de hacer predominar la influencia de los nativos. En el transcurso del siglo XVIII tuvieron lugar algunas tentativas en este mismo sentido, las que fueron ahogadas en sangre, ó no pasaron de simples conatos

Reanudados algunos de estos trabajos á principios del siglo XIX, no llegaron por entonces á tener consecuencias, como sucedió con el proyecto de la coronación de la Carlota. Pero estas tentativas malogradas y estos conatos reprimidos, habían contribuído á despertar el espíritu público de los criollos, á sugerirles ideas nuevas y á disponerlos favorablemente á un cambio que pudiera mejorar su condición. La invasión de la España por los franceses, y el ejemplo de la actitud asumida por los nativos de Buenos Aires, determinó la oportunidad de este cambio.

La docta ciudad de Charcas ó Chuquisaca, fué la primera que dió la señal de la insurrección, el 25 de mayo de 1809, aunque sin levantar resueltamente el estandarte de la reforma. Este movimiento tuvo su origen en una desinteligencia entre el arzobispo y el Senado del clero. El gobernador presidente tomó partido por el primero, y la Audiencia por el segundo, convirtiendo en cuestión política lo que al principio no había sido sino cuestión de amor propio. La Audiencia supo captarse la voluntad de la plebe, siempre poderosa en aquella ciudad, y halagando las tendencias de los criollos, puso de su parte el elemento americano, acusando al presidente, que lo era el general Pizarro, que los quería entregar á la corte de Portugal, y que para substraerse á este destino era indispensable deponer á la autoridad que los traicionaba. El tumulto popular estalló al fin, y el presidente, atacado en su palacio, fué obligado á abdicar y encerrado en un calabozo, constituyéndose un gobierno independiente de hecho presidido por la misma Audiencia. Aunque esta corporación se declaraba dependiente del virrey de Buenos Aires y protestaba de su adhesión á Fernando VII, la circunstancia de ser americanos los que habían tomado parte en el movimiento, le imprimía un carácter distinto del que había tenido en Montevideo el acaudillado por Elío. En esta revolución apareció por la primera vez figurando como comandante de armas D. Juan Antonio Alvarez de Arenales, español de origen, que más tarde debía ilustrarse en las guerras

de la revolución, por sus notables hazañas y sus virtudes espartanas; y D. Bernardo Monteagudo, que se ensayaba, muy joven aún en las turbulentas luchas de la democracia.

El movimiento de Chuquisaca, aunque limitado en sus objetos y tímido en su marcha, fué seguido por la revolución de la populosa ciudad de La Paz, que estalló el 16 de julio del mismo año, poniéndose á su cabeza hombres audaces que levantaron con más resolución el pendón de la emancipación de los criollos, á los gritos de «¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los chapetones!» (los españoles). Bajo la denominación de «Junta tuitiva» organizaron un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos; se dieron una nueva constitución; reformaron el régimen administrativo; levantaron ejércitos, y se apercibieron al combate. Son notables las palabras que se leen en una de sus proclamas: «Hasta aquí—decían,—hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de »nuestra patria: hemos visto con indiferencia por más »de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad, al »despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que »degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos, etc. Ya es »tiempo de sacudir tan funesto yugo... Ya es tiempo »de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado »en los intereses de nuestra patria... Ya es tiempo, en »fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas »desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía.»

Casi al mismo tiempo (el 9 de agosto de 1809) estalló en Quito otra revolución con iguales tendencias, jurando fidelidad á Fernando VII, al deponer á las autoridades españolas, dando por razón que querían entregar la América á Napoleón.

Apenas se supieron en Lima y Buenos Aires estos movimientos, dictáronse las más activas medidas para reprimirlos. Cisneros preparó una expedición contra Chuquisaca, bajo las órdenes del mariscal Nieto, á quien nombró presidente en lugar de Pizarro. El virrey

Abascal, del Perú, por su parte, dispuso que el brigadier D. José Manuel Goyeneche, que á la sazón estaba de presidente del Cuzco, marchase á la cabeza de un ejército contra los insurrectos de La Paz. Era Goyeneche, natural de Arequipa, quien después del doble papel que le hemos visto representar en Montevideo y Buenos Aires en los sucesos de 1808, habíase dirigido al Perú en su calidad de emisario de la Junta Suprema de Sevilla. Hombre lleno de ambición personal, aunque sin grandes calidades que la justificasen, no carecía de resolución, ni de inteligencia, y á trueque de engrandecerse no vaciló en hacerse el verdugo de los americanos, á los que debía mirar como hermanos, y con cuya causa debió simpatizar en su calidad de tal. Reuniendo activamente una fuerte división de las tres armas, atravesó con ella el Desagüadero y marchó á sojuzgar La Paz. Las tropas revolucionarias, que no alcanzaban á mil hombres, aunque resueltas al sacrificio, eran bisoñas y mal armadas; y desmoralizadas por las divisiones de sus jefes y por sus propios excesos, no podían oponer una seria resistencia. Así es que fueron derrotados completamente en los varios combates que presentaron, cayendo en manos del vencedor los principales caudillos del movimiento, algunos de los cuales fueron degollados en el campo de batalla, adornándose con sus cabezas las horcas en que debían perecer sus compañeros de causa. Los que sobrevivieron á la derrota fueron condenados á muerte por el inhumano Goyeneche, quien sin sujetarse á ninguna forma de juicio hizo ahorcar á nueve de ellos, mandando clavar de firme sus miembros ensangrentados en las columnas miliarias, que en aquel país sirven de guía al caminante.

Casi al mismo tiempo que esto sucedía en La Paz, llegaba á Tupiza el mariscal Nieto al frente de la expedición enviada desde Buenos Aires contra Chuquisaca, la cual se componía en su mayor parte de algunas compañías de patricios que, engañados en parte y en parte por corresponder á las condescendencias del virrey, se prestaron á formar parte de ella. Desalenta-

dos los revolucionarios de Chuquisaca, con el trágico fin de La Paz, se sometieron al nuevo presidente, á pesar de la oposición de Arenales que estaba por la resistencia. Arenales fué enviado á los calabozos de las casamatas del Callao con otros compañeros de causa; los demás, y entre ellos la mayor parte de los oidores de la Audiencia, fueron confinados á varios puntos. Como el carácter de esta revolución no había sido tan pronunciado, y como ella había sido presidida por funcionarios españoles, los vencedores se contentaron con estos castigos y no mancharon con sangre su victoria.

Consultado Cisneros por Goyeneche sobre la suerte de los que habían quedado prisioneros en La Paz, envió en vez de un togado que se le pedía para sentenciar la causa, la autorización para ejecutar á aquéllos cuya muerte se había suspendido, y para juzgar militarmente á los demás. Esta aprobación de las matanzas de La Paz, contribuyó á hacer más odioso el nombre de Cisneros entre los americanos, y sin mejorar su situación, puso de manifiesto la política parcial del gobierno peninsular, que castigaba con el destierro y el último suplicio en una parte, el mismo hecho que había alentado y premiado en Montevideo, sólo porque unos eran americanos y otros eran españoles.

Pero estos sucesos no tuvieron su desenlace sino á principios del año diez, habiendo acaecido en el transcurso del año nueve, algunos otros de no menor importancia, que contribuyeron poderosamente á madurar la revolución á la par de los ya indicados. Necesitamos, pues, volver algunos meses atrás para tomar de nuevo el hilo de nuestra narración.

Desde que Cisneros se posesionó del mando del virreinato pudo convencerse, que si las dificultades políticas de que estaba rodeado su gobierno eran muy serias, no lo eran menos las dificultades financieras. Los gastos extraordinarios á que había sido necesario hacer frente con motivo de las invasiones; la prodigalidad y el desorden de la anterior administración; el mantenimiento de un cuerpo de tropas numeroso, que no era prudente disolver, y el estado de guerra en que

se encontraba la Península, lo que le impedía atender debidamente á la explotación mercantil de sus colonias, eran otras tantas causas que, á la vez que aumentaban los gastos del erario, agotaban las fuentes de la renta pública. La tesorería de Buenos Aires necesitaba para sufragar sus gastos en el año de 1809, la cantidad de «doscientos cincuenta mil» pesos mensuales, ó sean «tres millones» al año. Todas las rentas reunidas, incluso los estancos, las alcabalas y los tributos, no alcanzaban á producir «cien mil» pesos al mes. Quedaba por consecuencia un déficit de «un millón ochocientos mil» pesos al cabo del año, déficit que recargándose con una deuda postergada iría aumentándose á medida que transcurriese el tiempo. No era posible imponer nuevas contribuciones á un país que se conservaba con las armas en la mano, y en que por otra parte la estagnación de sus frutos, consecuencia natural del monopolio mercantil, había hecho padecer todas las fortunas. En tal situación, Cisneros se dirigió á los comerciantes españoles para levantar entre ellos un empréstito; pero los comerciantes le cerraron sus cajas. No quedaba sino un recurso: el libre comercio con los neutrales, la idea por que había combatido Belgrano en el Consulado, la que más tarde había sugerido á Liniers, y la que popularizada al fin entre los nativos, era el pensamiento dominante de los productores y de los consumidores del país. Años hacía que los ingleses, ya en paz y aliados con los españoles, con motivo de la invasión de Napoleón á la Península, golpeaban las puertas del Río de la Plata ofreciendo vender á bajo precio sus mercaderías, y comprar con estimación los productos nacionales, y esta oferta robusteciendo la opinión, obligó al virrey á adoptar el único arbitrio que se le presentaba, para salir de las dificultades financieras que le rodeaban.

Antes de dictar una medida de tanta trascendencia, Cisneros quiso consultar el voto de las corporaciones, y para el efecto pidió su dictamen al Cabildo y al Consulado, los que se declararon abiertamente contra el libre comercio, traicionando los intereses del país y

los del erario. Los comerciantes españoles, apoyados por todos los que participaban de sus provechos ó de sus preocupaciones, se pusieron en agitación, presagiando la ruina del país y la desaparición del numerario, en la competencia de que iban á ser víctimas los artesanos con la abolición de los derechos prohibitivos de la metrópoli, si se abrían al comercio universal las hasta entonces cerradas puertas.

Los hacendados de ambas orillas del Plata, que eran los inmediatamente interesados en la apertura de sus mercados, salieron al encuentro de los monopolistas, y constituyeron por su parte un apoderado general para que sostuviera sus derechos ante la autoridad. Fijáronse para el efecto en el doctor Mariano Moreno, cuyos talentos empezaban á llamar la atención pública, y cuya elocuencia viril hacía presagiar al tribuno de una democracia. De aquí tuvo su origen la famosa «Representación de los hacendados» monumento imperecedero del genio de su autor, en que la valentía del lenguaje campea á la par de las más sanas ideas económicas.

Moreno en representación de sus comitentes no se limitó á pedir una gracia, sino que combatiendo de frente el sistema restrictivo de la España respecto de sus colonias, reclamó con entereza un derecho natural, que sin injusticia no podía negárseles, apoyándose para ello en los intereses de la generalidad. «La justicia »—decía,—pide en el día que gocemos un comer»cio igual al de los demás pueblos que forman la mo»narquía española.» Citando en seguida unas palabras de Filangieri, en que anatematizando el comercio exclusivo, lo calificaba de un atentado contra la libertad humana, añadía: «Nosotros tenemos más fuertes de»rechos, que elevan á un alto grado la justicia con que »reclamamos un bien, que aun en el Estado Colonial »no puede privarse sin escándalo.» En seguida, contestando al apoderado de los comerciantes de la Península, apostrofa al virrey, y le recuerda sus deberes para con el pueblo que gobierna. «No confirió el sobe»rano á V. E.—le dice,—la alta dignidad de virrey

»de estas provincias para velar sobre la suerte de los »comerciantes de Cádiz, sino sobre la nuestra, etc. Era »un tirano monopolio el que los comerciantes de »Cádiz habían usurpado, y los clamores de esta »ciudad resuenan por todas partes fomentando amargas »quejas, que nada más obtuvieron que el desprecio del »monarca, y el conocimiento general del poco pundo»nor con que aspiraba á una riqueza usurpada á pue»blos que en nada le cedían. Manda V. E. un gran »pueblo: obre, pues, la justicia en todo su vigor para »que empiecen á brillar los bienes que la naturaleza »misma nos franquea pródigamente.» Establecido este punto de partida, desenvuelve un vasto sistema de argumentación, en que llama en su auxilio la ciencia, la historia, los hechos, los números; refuta una por una las ideas erróneas sobre el libre cambio, pinta con riquísimo colorido los bienes que debían esperarse de la libertad comercial, consigue cautivar la imaginación, convencer el entendimiento, interesar el corazón, y poner de su parte hasta la avaricia fiscal haciéndole hábiles concesiones, y acaba por exclamar en uno de esos raptos de independencia, que brillan como otras tantas chispas en cada una de las páginas: «Sostengo la causa de la patria, y no debo olvidar »su honor cuando sostengo los demás bienes reales que »espero justamente.»

La influencia de este notable escrito fué decisiva, y sus doctrinas no tardaron en convertirse en hechos, declarándose por el virrey el comercio franco con los ingleses, en contravención de las instrucciones que tenía. Los resultados de la reforma correspondieron á las previsiones de sus sostenedores, y confundieron á los que habían vaticinado la ruina del Virreinato si ella era llevada á cabo. Abierto el comercio, no sólo se sufragaron los gastos y se abonaron las deudas atrasadas, sino que quedó en caja un remanente de «doscientos mil» pesos mensuales, produciendo por consecuencia la renta al cabo del año un total de «cinco millones cuatrocientos mil» pesos fuertes, ó sea un aumento de «cuatro millones doscientos mil» pesos

sobre el monto de la renta ordinaria, hecho sin ejemplo en los fastos económicos del Río de la Plata. Las mercaderías ultramarinas abundaron en el mercado á bajo precio; los cueros, despreciados hasta entonces, tomaron un gran valor, llegando á exportarse cerca de un millón y medio de ellos, cuando en los tiempos de su mayor prosperidad la España apenas había conseguido exportar poco más de la mitad de este número. El bienestar se difundió en todas las clases de la sociedad, las buenas ideas económicas se acreditaron, los nativos pudieron apreciar la extensión de sus recursos, y todos se convencieron de que el único obstáculo que hasta entonces se había opuesto á la consecución de tan grandes bienes, había sido la dominación tiránica de la España, y el sistema de restricciones inmorales impuesto á sus colonias. Esta revolución económica, en que la Colonia se emancipó comercialmente de la madre España, fué el primer paso atrevido dado en el sentido de la independencia. Así fué como triunfaron y se convirtieron en realidades las ideas adelantadas iniciadas por Belgrano diez y seis años antes, y sostenidas constantemente por él con tanta inteligencia como perseverancia.

La declaración del comercio libre, que salvó por el momento al virrey de las dificultades financieras con que luchaba, contribuyó á aumentar su aislamiento en medio de su precaria autoridad á la vez que á organizar el partido de los patriotas. Abandonado ó mal sostenido por los españoles, que lo consideraban como á un traidor de sus intereses, hallóse á merced de los que podía reputar sus enemigos, cuya fuerza no había podido quebrar, y cuya voluntad no había sabido ganar. Es tal, sin embargo, la alucinación de los pueblos en ciertas épocas críticas de su vida, que en los momentos en que están próximos á consumarse los grandes sucesos, es cuando precisamente su vista se turba, y cuando las fantasmas de la imaginación se convierten en realidades. Con la llegada de Cisneros habían creído los españoles que las cosas volverían á su antiguo ser; que la metrópoli recuperaba por el

hecho sobre las colonias su debilitada influencia, y que los americanos quedaban nuevamente reducidos á la antigua condición de que habían pretendido salir. Los patriotas lo creyeron también así, y cuando más próximos se hallaban de fundar la independencia de la patria y proclamar su libertad, se resignaron desalentados á vegetar en la esclavitud, hasta que la Providencia viniese á redimirlos.

Belgrano participó al principio de este desaliento casi general de los patriotas, y para consolarse de sus pesares públicos se trasladó á la banda oriental, con el objeto de contraerse á sus trabajos literarios, interrumpidos por sus tareas políticas. Allí, teniendo á la vista las floridas islas del Uruguay y aspirando los perfumes de los bosques del Río Negro, su alma enferma debió templarse, y adquirir su antiguo resorte al calor de las meditaciones que le ocuparon. Algo restablecido de su enfermedad moral, regresó Belgrano á Buenos Aires, donde se puso en relación con sus fieles amigos, cuyas esperanzas se habían despertado nuevamente. Los progresos de la invasión francesa en España, las concesiones hechas por Cisneros á la opinión pública y el deseo que manifestaba en atraerse la confianza de los argentinos más influyentes, habían contribuído á este cambio favorable. Los patriotas veían en todo esto, la debilidad de la autoridad metropolitana y la relajación de la autoridad colonial, al mismo tiempo que iban adquiriendo la conciencia de su fuerza y de su poder. Todos ellos se acercaron al virrey, el cual para propiciarse su voluntad, promovió la fundación de un nuevo periódico redactado por hijos del país.

Las causas destinadas á sucumbir encuentran siempre hombres que, pretendiendo salvarlas, no hacen sino acelerar su caída. Cisneros era uno de esos hombres. Sea fatalidad, sea efecto de la fuerza invencible de las cosas, todas sus inspiraciones eran nuevas armas que ponía en manos de sus enemigos, para ser vencido con ellas el día de la lucha. Lo único que faltaba á los patriotas para organizarse y dar tono á la

opinión, era un centro común, y el virrey se encargó de dárselo con la idea de la fundación de un periódico. Todos se fijaron en Belgrano para realizar el pensamiento del virrey, explotándolo en el sentido de los intereses del país. Su reputación de hombre de letras y su experiencia en este género de publicaciones, le llamaban naturalmente á dirigir esta nueva empresa político-literaria, que era una continuación de los trabajos en favor del comercio libre, de la industria, de la agricultura, de la educación pública, de la independencia y de la libertad á que desde 1794 se había consagrado, con inteligencia y perseverancia.

Ya en 1801 había cooperado Belgrano á la fundación del primer papel periódico que se publicó en el Río de la Plata, bajo el título de «Telégrafo Mercan»til, rural, político, económico é historiógrafo del Río »de la Plata», dirigido por el coronel don José Antonio Cavello, uno de los fundadores del «Mercurio Peruano», en 1791. La Junta de Gobierno del Consulado había fomentado esta publicación, y bajo sus auspicios se formó una «Sociedad Patriótica, Literaria y Económica», que después tomó el nombre de «Sociedad Argentina», de la que fueron miembros los más notables literatos argentinos de la época, contándose entre ellos Labarden, el padre de los poetas argentinos. El Consulado, por acuerdo de 30 de mayo de 1801, había nombrado á Belgrano para que unido á Cavello formase los estatutos de la asociación, poniendo su archivo á su disposición.

El «Telégrafo Mercantil», que cesó á fines de 1802, fué seguido por el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio», cuyas materias eran un desarrollo de las ideas popularizadas por Belgrano en sus Memorias económicas. Vieytes, su correligionario y su amigo, fué el director de esta publicación, que se suspendió con motivo de la primera invasión inglesa. Reconquistada la ciudad de Buenos Aires, y habiéndose levantado como queda dicho, la nueva entidad de la opinión pública, fuéle necesario á Liniers buscar un medio de ponerse en contacto con ella y apeló á la

prensa. Uno de sus primeros trabajos después de la Reconquista, fué resucitar el «Semanario», é invitando á Vieytes á ello, le decía en una carta: «Los periódicos »de usted no respiran sino el más puro patriotismo, »amor á las artes y más acendradas ideas morales, y »en este momento los miro más necesarios que nunca, »cuando acabada su Reconquista tememos vernos de »nuevo atacados y necesitamos que los moradores de »esta ciudad y sus dependencias se inflamen de un »nuevo celo para rechazar los esfuerzos de los ene»migos empeñados en nuestra ruina.»

El pensamiento que contribuyó entonces á la gloria de Liniers, fué el que aceleró la ruina de Cisneros, no obstante ser los mismos los hombres encargados de realizarlo. Esto manifiesta el inmenso camino que habían hecho las ideas en poco más de tres años, á la par que los grandes progresos de la opinión. Una minoría pensadora era lo que constituía el nervio de esa opinión, y esa minoría fué la intrépida cabeza de columna de la Revolución Argentina. De su organización dependía, pues, el triunfo, y esta organización fué la que facilitó ciegamente Cisneros, y la que llevó á cabo Belgrano por medio de la publicación del nuevo periódico.

A la sombra de una sociedad literaria meditó Belgrano establecer un club político para llevar adelante los planes de los patriotas, y este fué el núcleo que sirvió más tarde para organizar la comisión directiva del movimiento revolucionario. En consecuencia, acercándose á Cisneros le previno, que no extrañara las juntas que en adelante habría en su casa, pues ellas serían tendientes á la confección del nuevo periódico que iban á publicar bajo sus auspicios; con lo cual quedaron plenamente autorizados para reunirse y organizarse, sin despertar las sospechas de los cautelosos mandones. Este rasgo y la manera hábil con que después desempeñó su papel de redactor, manifiestan que Belgrano era, á la vez que un carácter recto y candoroso, un espíritu sagaz y previsor, que sabía vestirse según las circunstancias, con la piel del zorro ó del cordero. Era

tal la impaciencia de Cisneros por ver publicado el periódico, que quiso se diera á la prensa para no perder tiempo, el prospecto de un periódico de Sevilla, mudándole el título y la fecha.

A fines de enero de 1810 dió Belgrano á la prensa el prospecto del nuevo periódico, á que puso el título de «Correo de Comercio de Buenos Aires.» Concebido bajo el mismo plan del «Mercurio Peruano» (molde en que se habían fundido todos los periódicos anteriores), su principal objeto era el estudio de las ciencias, de las artes y de la historia, dando preferente atención á la filosofía de la historia, á la geografía y á la estadística. Cisneros circuló el «Prospecto» por todo el Virreinato, incitando á las corporaciones á subscribirse, diciendo que «le merecían toda la pro»tección y fomento que podía dispensarse, los objetos »del nuevo periódico, deseando que se empleasen los »medios que se habían propuesto sus redactores en la »propagación de las luces y conocimientos útiles, por »cuanto jamás podían obtenerse esos objetos, sin la »ilustración y educación de los pueblos.» Así es como Cisneros, imitando sin discernimiento el ejemplo de su antecesor, aguzaba inocentemente las nobles armas de los patriotas.

«Hice el prospecto—nos dice Belgrano,—del «Co»rreo de Comercio» que se publicaba en 1810, antes de »nuestra revolución: en él salieron mis papeles que »no eran otra cosa sino una acusación contra el go»bierno español; pero todo pasaba, y así veíamos ir »abriendo los ojos á nuestros paisanos.» En efecto, el «Correo», ocupándose de ilustrar materias científicas y literarias, y teniendo por principal objeto fomentar los intereses materiales y popularizar los sanos principios de economía política, no podía menos que formar contraste con el atraso del país, con el sistema despótico de la España y con sus leyes restrictivas de industria y de comercio. Para llenar los objetos que los redactores se habían propuesto, el periódico tenía que enseñar lo contrario de lo que las leyes españolas mandaban, y despertar por este medio en los naturales la

aspiración hacia un ideal desconocido; y las imaginaciones se precipitaban á su encuentro atraídas por un encanto irresistible. Además de esto, que resultaba naturalmente del simple estudio de aquellas materias, todos los escritos de Belgrano tenían según él, un doble sentido y una doble intención. Aquellos trabajos literarios que más aceptación merecían de parte del virrey, eran precisamente los que más influencia ejercían sobre el pueblo, que comprendía las alusiones y reticencias, que escapaban á la censura previa, bajo el velo transparente que las envolvía. Las palabras escritas ó habladas, sin exceptuar las más memorables, tienen su significado y alcance en los contemporáneos, no tanto por lo que son en sí, cuanto por las circunstancias en que se pronuncian, por la predisposición de los oyentes, y hasta por las inflexiones de la voz ó la anfibología de los conceptos que obran en su ánimo predispuesto, y cuyos efectos se propagan como la onda sonora, para repercutir después en el oído de la posteridad, vacías al parecer de sentido y despojadas del prestigio que tuvieron en su tiempo. Así sucedió que, poco antes de la revolución, publicóse en el «Correo» un artículo con el título de «Origen de la grandeza y decadencia de los imperios», en el que, á pretexto de estudio sobre la filosofía de la historia, indicaba á los pueblos la marcha que debían seguir para elevarse, en el cual los españoles no vieron sino consejos prudentes para prevenir los males que podían nacer de la desunión. Fué ésta una conspiración sorda aunque anodina, llevada á cabo por medio del instrumento de la publicidad, que contribuyó á minar los cimientos del poder colonial. En su dirección desplegó Belgrano mucho tino, gran prudencia, cierto caudal de ideas y de conocimientos prácticos, á la vez que un espíritu metódico, sagaz y perseverante.

Esta preparación de los ánimos, cooperaba indirectamente á los trabajos de otro orden que ocupaban á los patriotas. Sintiéndose fuertes y en gran mayoría, no se apresuraban ni se dejaban seducir por esas combinaciones dramáticas, que tanto sonríen á los políti-

cos noveles que por la primera vez se ensayan en las conspiraciones. Ellos tenían la conciencia y la dignidad del papel que representaban, comprendían que no eran unos conspiradores vulgares, sino los directores de una revolución consumada por la fuerza de las cosas, que sólo esperaba alcanzar su desarrollo normal para manifestarse coronada de luz y majestad. Admira verdaderamente, el buen sentido, la cautela y la perseverante energía con que este plan fué concebido y ejecutado, con una simplicidad de medios y una fortaleza de espíritu que haría honor á un pueblo en toda la fuerza de su virilidad.

Desarmados los europeos que podían contrabalancear su influencia, conservaron una actitud firme y moderada, que sin ser arrogante bastó para hacerse respetar de la autoridad, y mantener á raya al partido español. Observando que el poder se había radicado en el Cabildo, y que el pueblo miraba esta corporación con más respeto y simpatía que á las demás (sobre todo después de la importancia que había adquirido con motivo de su actitud en la Reconquista y la Defensa), consiguieron que las sillas del Ayuntamiento se dividiesen por mitad entre los españoles y los americanos, conquistando á la vez un pretorio y una tribuna popular. Declarado el comercio libre por la influencia de los hacendados y de las claras demostraciones de Moreno, no hicieron ostentación de su triunfo y se contentaron con sus resultados. Atraídos por el virrey, autorizados en sus juntas y dueños de la prensa, usaron de estas ventajas con cordura, por temor de comprometerlas. Así, marchando de posición en posición, y fortificándose en ellas, llegaron con paso firme y tranquilo hasta el punto en que los hombres y las cosas encontrasen su equilibrio.

Este vasto horizonte no debió abrirse desde luego á las miradas de los patriotas. La humanidad no procede á saltos, y los pueblos adelantan sus jornadas en el camino de la libertad, guiados más bien por sus instintos que por su razón. Precédenlos en esa vía, naturalezas privilegiadas, que presienten los

acontecimientos futuros sin tener su clara inteligencia, y que más atrevidos ó más generosos marchan á la vanguardia de las revoluciones, explorando el terreno en procura del bien desconocido. Las revoluciones son como las grandes montañas que tienen sus distintos puntos de vista, en que los horizontes se ensanchan á medida que se van remontando, hasta que se llega á su cumbre y se domina desde ella toda una situación, comprendiéndose sólo entonces el alcance de los pasos que se han dado, y viéndose en lontananza el camino que aun queda por recorrer.

Los patriotas se hallaban próximos á remontar esa cumbre de las revoluciones, y antes de efectuarlo debieron sentirse poseídos de ese recogimiento que se apodera del ánimo en la víspera de los grandes acontecimientos que se presienten. Belgrano participó sin duda de esa emoción, y como si tuviese el presentimiento de sus trabajos futuros, á fines del mes de abril se retiró por algunos días al campo á descansar de sus pesadas fatigas y á prepararse para las que le esperaban.

La meditación, la lectura, la soledad, la voz de la naturaleza que habla al hombre con más elocuencia cuando el alma está poseída de una pasión generosa, debieron predisponer su ánimo para llevar á cabo la empresa atrevida que los patriotas meditaban. Así es que, cuando á principios del mes de mayo vió llegar á la mansión de campo en que se hallaba, un emisario portador de una carta de sus amigos de Buenos Aires, encontróse preparado para tomar su puesto en las filas de los revolucionarios, próximos á entrar en campaña. En la carta le decían: «Véngase, »que lo necesitamos: es llegado el momento de tra»bajar por la patria para adquirir la libertad y la »independencia deseada.» Tales son sus palabras textuales en este momento solemne, y añade con tal motivo: «Volé á presentarme y á hacer cuanto estuviese á mis alcances.»

Había llegado en efecto el momento de deponer á las autoridades españolas, cuya caída estaba hacía

largo tiempo decretada en las juntas secretas de los patriotas. Varias causas habían retardado hasta entonces este movimiento maduramente preparado, que muchos han considerado como una aventura sin plan y sin vistas ulteriores, improvisada en vista del estado de España. Los sucesos que hemos narrado y los trabajos perseverantes de los patriotas en el sentido de la independencia y de la libertad, prueban que era un hecho que venía preparándose fatalmente, como la marea que sube impulsada por una fuerza invisible y misteriosa, obedeciendo á las eternas leyes de la atracción. Los trabajos que precedieron á la Revolución de mayo, que hasta hoy son casi desconocidos y muchos de los cuales se han salvado por la tradición oral, pondrán de manifiesto esta verdad.

La parte principal que ocupó Belgrano en los preliminares y en el triunfo de la Revolución de mayo, pertenecen ya á otra época de su vida. Desde este momento deja de ser el obscuro colono de España, y pasa á ser el ciudadano ilustre de un pueblo libre, que reivindica sus derechos con la majestad del fuerte y con el sentimiento profundo de la justicia que le asiste.

¡La estrella de las Provincias Unidas del Río de la Plata va á levantarse en el horizonte!

CAPITULO IX

La Revolución.—El Cabildo abierto

1810

Ojeada retrospectiva.—Consideraciones generales.—Sociedad secreta de los patriotas.—Actitud de Saavedra.—Disolución de la Junta Central.—Agitación precursora de la revolución.—Maniobras de los patriotas.—Reunión de los jefes militares.—Requerimiento al virrey.—Escena entre el virrey y los revolucionarios.—Agitación popular.—Cabildo abierto del 22 de mayo.—Los tres partidos—Discusión memorable.—El obispo Lue.—Discurso de Castelli.—El fiscal Villota.—Discurso de Passo.—Passo y Castelli.—Votación.—Resolución de la asamblea popular.—Triunfo de la soberanía del pueblo.

En lo que va corrido de este libro, hemos podido estudiar el desarrollo progresivo de la idea revolucionaria, y de las causas complejas que la han venido ensanchando gradualmente. «Esto nos da la idea de »un pueblo que marcha, no para cambiar simplemente »de lugar, sino para cambiar de estado, y cuya condición se extiende y se mejora.» Los hechos morales y latentes, que constituyen la vida íntima de los pueblos, nos han hecho presenciar, por decirlo así, la transformación de la conciencia individual, operada por la lenta elaboración de las ideas y de los sentimientos, y por el desarrollo de las facultades intelectuales. Los hechos visibles y tangibles, que constituyen la vida externa, y cuya acción es más evidente, nos hacen ver cómo esos hechos han reaccionado sobre la vida pública, modificando profundamente la condición civil y alterando en lo substancial la constitución política y económica de la Colonia.

Tales fueron en general las causas eficientes de la Revolución Argentina: el desarrollo armónico de las fuerzas morales y de las fuerzas ma-

teriales, de los hechos y de las ideas, del individuo y de la sociedad. La acción simultánea de este doble movimiento combinado, que obra á la vez sobre la parte y sobre el todo, es lo que explica la relación de los sucesos entre sí, el vínculo que los une, la causa originaria que los produce y el resultado que es su consecuencia lógica. Así hemos visto progresar las ideas económicas, al mismo tiempo que el pueblo se enriquecía por el trabajo; fortalecerse el poder militar de la sociedad, al mismo tiempo que se desenvolvía el espíritu público en los nativos; generalizarse las ideas de buen gobierno á medida que se conquistaban mayores franquicias políticas y municipales; surgir teorías revolucionarias de gran trascendencia del hecho de la desaparición del monarca; afirmarse el imperio de la opinión á medida que el pueblo se ilustraba por la irradiación luminosa de las ideas y sobreponerse definitivamente los americanos á los europeos, el día en que, con la conciencia de su poder, adquirieron la plena conciencia de su derecho.

Esto explica cómo, al empezar el año de 1810, la Revolución Argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres, y en las tendencias irresistibles de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objetivo determinado. Este objetivo era el restablecimiento de un gobierno propio, emanación de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos. Para conseguirlo era indispensable pasar por una revolución, y esa revolución todos la comprendían, todos la sentían venir. Como todas las grandes revoluciones, que, á pesar de ser hijas de un propósito deliberado, no reconocen autores, la Revolución Argentina, lejos de ser el resultado de una inspiración personal, de la influencia de un círculo, ó de un momento de sorpresa, fué el producto espontáneo de gérmenes fecundos por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas. Una minoría activa, inteligente y previsora, dirigía con mano invisible esta marcha decidida de un pueblo hacia destinos descono-

cidos y que tenía más bien el instinto que la conciencia; ella fué la que primero tuvo la inteligencia clara del cambio que se preparaba, la que contribuyó á imprimirle una dirección fija y á darle formas regulares, el día en que la revolución se manifestó con formas caracterizadas y fórmulas definidas.

Una sociedad secreta elegida por los mismos patriotas, era el foco invisible de este movimiento. Los miembros de esta meritoria sociedad, cuya existencia es poco conocida, eran: Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Agustín Donado, Passo, Manuel Alberti, Vieytes, Terrada, Darragueira, Chiclana, Irigoyen y Castelli, teniendo por agentes activos á French, Beruti, Viamonte, Guido, y otros jóvenes entusiastas que eran como sus brazos. Estos eran los que tenían en sus manos los hilos de la revolución. Ellos eran los que ponían en contacto á los patriotas, hablaban á los jefes de los cuerpos, hacían circular las noticias, y preparaban los elementos para cuando llegase el momento de obrar. Reuníanse unas veces en la fábrica de Vieytes ó en la quinta de Orma; pero más frecuentemente en la de Rodríguez Peña, que era el nervio de esta asociación, de la que Belgrano era el consejero, que reflejaba unas veces el entusiasmo de Castelli ó la prudencia de Vieytes ó la alta razón de Passo. Así preparados todos los elementos de la revolución, su triunfo definitivo era una simple cuestión de tiempo ó de oportunidad.

Como cuando se trató de coronar á la princesa Carlota ó se intentó resistir á Cisneros, el poderoso Regimiento de Patricios era la columna fuerte con que se contaba. No se dudaba de la tropa, y tanto los capitanes como los comandantes de los demás cuerpos nativos estaban de acuerdo en apoyar el movimiento; pero don Cornelio Saavedra, no del todo bien avenido con sus directores, era el árbitro en cuanto á la oportunidad. A este respecto había divergencias, y para ponerse de acuerdo sobre punto tan importante, D. Juan Martín Pueyrredón de vuelta ya de su destierro, convocó sigilosamente á su casa á todos los

jefes militares, entre los cuales se contaban algunos españoles. Era la repetición de la junta que nueve meses antes había tenido lugar en la misma casa, y de su composición heterogénea, no se podía esperar una resolución decisiva. Sin esta circunstancia la revolución habría estallado al día siguiente. Belgrano era uno de los que se inclinaban á que desde luego se levantara decididamente la bandera de la revolución: otros menos audaces ó más prudentes, estaban por que se aplazara el movimiento para tiempos más propicios. Don Pedro Andrés García, jefe español que ejercía grande influencia sobre Saavedra, y que llevaba la voz en la junta, pertenecía á los últimos. Eran las cuatro de la mañana y aún no se había arribado á nada, á causa de la oposición de los jefes españoles á todo paso atrevido. Saavedra dominó tranquilamente todas las opiniones, declarando que él se pondría á la cabeza de los patricios para apoyar al pueblo así que Sevilla cayese en poder de los franceses, cuyos ejércitos amagaban, según las últimas noticias, el antemural de Sierra Morena. Así quedó acordado. Desde entonces todos esperaron con impaciencia que sonase la hora que el reposado comandante de Patricios había señalado con el índice inflexible del destino.

Esperando que llegase esa hora, Belgrano salió á gozar algunos días de campo, según queda dicho, como si un presentimiento secreto le anunciara que ya no descansaría más en la vida, y que debía prepararse para las duras fatigas que le esperaban. Iban ya corridos algunos días del mes de mayo cuando recibió el aviso en que se le llamaba á ocupar su puesto de combate. La hora de la revolución había sonado.—«¡La España había caducado!» tal era la palabra de orden. Los ejércitos franceses habían forzado Sierra Morena, penetrando hasta Andalucía, entrado triunfantes en Sevilla y amenazaban á Cádiz, último baluarte de la independencia española. La Junta central se había disuelto por la fuga, y refugiado en la Isla de León, era el objeto de la execración universal: en consecuencia ya no había autoridad, y no había metrópoli, y las

colonias españolas podían considerarse independientes de hecho y de derecho. El momento de obrar había llegado, pues, y los patriotas se prepararon á la acción con la serenidad de espíritu y la fortaleza de ánimo de un pueblo que se considera dueño de sus destinos.

Adueñados los patriotas de la fuerza armada, y contando con el apoyo de la opinión, eran los árbitros de la situación. Como lo ha dicho un escritor argentino: «la mayoría americana no tenía sino dar una voz »para ser luego obedecida: sin embargo, conserva la »moderación que es peculiar al que se siente con justi»cia: no rompe en tumultos; no apela á la amenaza ni »á la fuerza, pero muestra que quiere asegurar sus »derechos por un arreglo saludable.» Esta actitud digna y moderada de los patriotas en el año 1810, es la que ha impreso á la Revolución de mayo ese sello de grandeza que la distingue de todas las demás revoluciones. Ejecutada sin bayonetas y sin violencias, por la sola fuerza de la opinión; triunfante por su razón en el terreno de la ley y de la conveniencia pública, sin aparato de tropas, sin persecuciones, sacudió el pueblo con dignidad sus cadenas, asumiendo su actitud de soberano con un aplomo y una moderación de que la historia presenta muy pocos ejemplos.

Ella se operó por medios de acción adecuados á sus fines; la transición entre el nuevo y el viejo sistema se produjo sin convulsiones, y tomaron los hombres y las cosas su colocación natural cual si se cumpliese una ley fatal por la fuerza de la gravitación. Eligió por teatro de sus operaciones el terreno legal y por tribuna la de sus representantes consuetudinarios, y allí puso en problema la existencia legítima de sus autoridades políticas, sometiéndose éstas á la discusión é inclinándose ante la decisión del voto popular el pueblo y el gobierno. Fué una evolución pacífica iniciadora de una gran revolución, que con formas orgánicas y propósitos deliberados inauguró el régimen representativo en la democracia argentina. Como un

decreto del destino su hora había llegado, y hasta los sucesos lejanos concurrían á su consumación.

El 13 de mayo había llegado á Montevideo una fragata inglesa mercante anunciando el deplorable estado en que quedaba la Península Española. El día 14 empezaron á circular los primeros rumores. Los tres días siguientes, hasta el 17, fueron caracterizados por una agitación sorda, precursora de grandes acontecimientos. La fermentación crecía por momentos, y penetrados todos de que la autoridad del virrey había caducado, se preguntaban ¿qué harían? ¿qué autoridad subrogaría á la que iba á fenecer?

El virrey, mientras tanto, aislado en medio de su poder, al ver que había sucumbido la autoridad de que emanaba, y que la España parecía también próxima á sucumbir, hallábase sin medios para luchar, ni aun para sostenerse. Sentía estrecharse su círculo de acción, faltarle el terreno bajo sus pies, y más bien como un hombre que sacude un peso que le abruma, que como un gobernante que toma una resolución, apeló al único arbitrio que le quedaba: anticiparse en parte á los deseos del pueblo, para prevenir por este medio la revolución, y retardarla si era posible. En consecuencia, hizo publicar en hoja suelta todas las noticias venidas de España, y el día 18 expidió una proclama, que á la vez que importaba una abdicación en perspectiva, era tendiente á continuar en el poder mientras se recibían nuevas noticias y se ponía de acuerdo con los demás virreyes para establecer una representación de la soberanía real en América; pero todo esto, únicamente en el caso de que la España sucumbiese. Comprendiendo, sin embargo, que su continuación en el mando dependía de la voluntad del pueblo, terminaba después de recomendar el orden y la unión, con estas palabras que revelan su impotencia y sus temores: «Aprovechaos, si queréis ser felices, de los consejos de vuestro jefe.»

Los patriotas querían ser felices, pero siguiendo otros consejos que los del virrey. Guiados por una de esas inspiraciones salvadoras que brillan en los mo-

mentos supremos, se pusieron inmediatamente en movimiento, y eligieron por campo de sus maniobras el Ayuntamiento de la ciudad, única autoridad que no caducaba, y que debía sobrevivir á la ruina de todas las instituciones coloniales. En consecuencia, en el mismo día 18, D. Manuel Belgrano y D. Cornelio Saavedra se presentaron al alcalde de primer voto, que lo era D. Juan José Lezica (argentino) incitándole á nombre de los patriotas para que «sin demora alguna se celebrase un Cabildo abierto, á fin de que, »reunido el pueblo en asamblea general, acordase si »debía cesar el virrey en el mando, y se erigiese una »Junta Superior de Gobierno que mejorase la suerte »de la patria.» El alcalde Lezica manifestó repugnancia á acceder á la petición de Belgrano y Saavedra, pero éstos, hablando con energía en nombre del pueblo, vencieron el frágil obstáculo que se oponía al desenvolvimiento de sus planes. Al mismo tiempo que esto sucedía, el Dr. Castelli conquistaba el voto del doctor Julián Leyva, hombre profundo, que era al mismo tiempo el síndico procurador y el oráculo del Cabildo. Estos dos personajes fueron los encargados de hacer subir la Revolución á la tribuna capitular, para que hablase desde ella por la boca de sus corifeos.

A las doce del siguiente día 20 se presentó el alcalde Lezica en el despacho del virrey y le informó de que el pueblo estaba en convulsión, propalando la voz de que el gobierno de España había caducado, y que «estaba resuelto á reunirse por sí solo para tratar »sobre la incertidumbre de la suerte de las Américas, »si el Ayuntamiento no lo verificaba.» Aturdido Cisneros por esta declaración, procuró persuadir á Lezica que la España no estaba perdida como se decía, agregando que «los pueblos de América estaban seguros »bajo el gobierno y protección de sus virreyes, quienes »en el caso de una absoluta desgracia unirían su autoridad con la representación de las Provincias para »instalar un gobierno, cual conviniese á las circuns»tancias.» Convencido al fin de que tenía que optar

entre prestar su consentimiento ó un tumulto popular, se dió por vencido, pero sin dictar por el momento ninguna disposición que autorizase la convocatoria del Cabildo abierto.

Profundamente alarmado el virrey, quiso antes de decidirse explorar la opinión de los jefes militares, con el intento de oponerse á toda deliberación popular si encontraba apoyo en ellos. A este fin los convocó á la Fortaleza para las siete de la noche el mismo día 20 con asistencia de la Audiencia. Abierta la conferencia les manifestó, «que la situación era peli»grosa y las pretensiones de las facciones que se llama»ban pueblos, intempestivas y desarregladas; que en »virtud de las protestas y juramentos que le habían »hecho defender su autoridad y sostener el orden pú»blico, contaba con ellos para contener á los inquie»tos que pedían Cabildo abierto, acabando por exhor»tarles á poner en ejercicio su fidelidad en servicio del »rey y de la patria.» El jefe del Regimiento Fijo, contestó que estaba dispuesto á sacrificarse con su cuerpo del lado de la autoridad. El comandante D. Martín Rodríguez dijo con marcada intención inmediatamente: «¡Eso se verá mañana!» Cisneros que era sordo no le oyó; pero los oidores quedaron pálidos. Entonces se levantó el comandante de patricios, D. Cornelio Saavedra, y hablando en nombre de todos los demás jefes nativos declaró: «No cuente V. E. para eso, ni »conmigo ni con los patricios: el gobierno que dió auto»ridad á V. E. para mandarnos ya no existe: se trata »de asegurar nuestra suerte, y la de la América y por »eso el pueblo quiere reasumir sus derechos y conser»varse por sí mismo.»

La conferencia terminó sin que el virrey manifestase su decisión de tomar una resolución inmediata, y mostróse profundamente abatido, pues como él mismo lo dice: «Concluída así esta conferencia y debilitada »mi autoridad, sin el respeto de la fuerza, engreídos »con esto los sediciosos, no divisaba ya un recurso efi»caz, ni aun aparente á desbaratar el mismo proyec»to, y tuve que resignarme.» La resignación del vi-

rrey no fué empero inmediata: ella vino más tarde, cuando tuvo que ceder á la presión de las circunstancias y á las exigencias imperiosas de los revolucionarios. Hasta entonces, bien que se diera cuenta de los peligros de la situación y de su desamparo, su voluntad pasiva no reaccionaba, y prolongaba las incertidumbres de todos, sin decidirse definitivamente por ningún partido.

Una reunión patriótica se había verificado durante el día en la casa de D. Martín Rodríguez frente al Café de Catalanes, y allí se había acordado volverse á reunir en la casa de Rodríguez Peña, á espaldas del hospital de San Miguel, para imponerse de los resultados de la conferencia de los jefes militares con el virrey. Entretanto se dispuso que las fuerzas nativas permanecieran acuarteladas y municionadas después de la primera lista con sus jefes á la cabeza. Reuniéronse en la noche en la indicada casa, Belgrano, don Francisco Antonio Ocampo, Terrada, Thompson, don Matías Irigoyen, Beruti, Chiclana, Passo, D. Hipólito Vieytes y su hermano, D. Agustín Donado, á que se agregaron más tarde: Saavedra, Viamonte, don Juan Ramón Balcarce, Martín Rodríguez y otros jefes militares que habían asistido á la conferencia con el virrey, constituyéndose todos ellos en sesión. Esta junta revolucionaria que de su propia autoridad había asumido la dirección, mandando en los cuarteles y en las calles, sin que el pueblo conociese su existencia, era obedecida en todas partes, y de su centro partían todas las decisiones que imprimían á la masa popular su movimiento. El resultado de la conferencia del alcalde Lezica y de los jefes con el virrey, respecto de la cuestión del día, que era la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, no debió satisfacer á sus miembros, visto que después de tres días de agitación, la situación no se definía por ningún acto ni declaración oficial. Para poner término á estas incertidumbres y fijar las vacilaciones de Cisneros, resolvieron asumir una actitud decidida que comprometiese á todos en la acción. A este fin acordó, que una diputa-

ción de su seno fuese á requerir al virrey en nombre del pueblo y de las tropas la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, dando así el último paso en el sentido de allanar los obstáculos que se oponían á la reunión del Congreso popular, que el partido español quería evitar á todo trance, por cuanto dueños los patriotas de la opinión y de la fuerza, su consecuencia necesaria tenía que ser la deposición del virrey.

El Dr. Juan José Castelli y el comandante Martín Rodríguez fueron nombrados para desempeñar esta delicada comisión. Estos dos animosos patriotas la aceptaron sin vacilar, exigiendo únicamente que el comandante Terrada fuese á ponerse á la cabeza de los Granaderos de Fernando VII, cuerpo nativo formado por Liniers, pero mandado en parte por oficiales españoles, el cual estaba acuartelado al pie de los balcones del virrey en la Fortaleza y daba la guardia de palacio.

Castelli, Rodríguez y Terrada se dirigieron en el acto á la Fortaleza. Terrada se puso á la cabeza de sus Granaderos y los otros dos subieron las escaleras que conducían á las galerías superiores. Entraron en el salón de recibo del virrey, el cual en medio de sus incertidumbres y pavores, se entretenía en jugar á los naipes con el brigadier Quintana, el oidor Caspe y su edecán Guaicolea. Aquella visita intempestiva á altas horas de la noche (serían como las diez) debió sorprender al virrey. Los dos emisarios de la revolución, que venían á anunciarle que la última hora de su poder había sonado, se acercaron á él con gravedad y respeto. Castelli tomó la palabra y dijo que venían en nombre del pueblo y del ejército que estaba en armas, á requerirle que habiendo cesado de derecho en el mando del Virreinato, competía al pueblo reunido en Congreso deliberar sobre su suerte. El efecto de estas palabras fué terrible. Todos se pusieron de pie, y Cisneros con los ojos chispeantes y aire amenazador, como cuando se batía valerosamente en Trafalgar, se dirigió á Castelli, diciéndole: «¿Qué atrevimiento es »éste? ¿Cómo se atropella así la persona del rey en su

rrey no fué empero inmediata: ella vino más tarde, cuando tuvo que ceder á la presión de las circunstancias y á las exigencias imperiosas de los revolucionarios. Hasta entonces, bien que se diera cuenta de los peligros de la situación y de su desamparo, su voluntad pasiva no reaccionaba, y prolongaba las incertidumbres de todos, sin decidirse definitivamente por ningún partido.

Una reunión patriótica se había verificado durante el día en la casa de D. Martín Rodríguez frente al Café de Catalanes, y allí se había acordado volverse á reunir en la casa de Rodríguez Peña, á espaldas del hospital de San Miguel, para imponerse de los resultados de la conferencia de los jefes militares con el virrey. Entretanto se dispuso que las fuerzas nativas permanecieran acuarteladas y municionadas después de la primera lista con sus jefes á la cabeza. Reuniéronse en la noche en la indicada casa, Belgrano, don Francisco Antonio Ocampo, Terrada, Thompson, don Matías Irigoyen, Beruti, Chiclana, Passo, D. Hipólito Vieytes y su hermano, D. Agustín Donado, á que se agregaron más tarde: Saavedra, Viamonte, don Juan Ramón Balcarce, Martín Rodríguez y otros jefes militares que habían asistido á la conferencia con el virrey, constituyéndose todos ellos en sesión. Esta junta revolucionaria que de su propia autoridad había asumido la dirección, mandando en los cuarteles y en las calles, sin que el pueblo conociese su existencia, era obedecida en todas partes, y de su centro partían todas las decisiones que imprimían á la masa popular su movimiento. El resultado de la conferencia del alcalde Lezica y de los jefes con el virrey, respecto de la cuestión del día, que era la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, no debió satisfacer á sus miembros, visto que después de tres días de agitación, la situación no se definía por ningún acto ni declaración oficial. Para poner término á estas incertidumbres y fijar las vacilaciones de Cisneros, resolvieron asumir una actitud decidida que comprometiese á todos en la acción. A este fin acordó, que una diputa-

ción de su seno fuese á requerir al virrey en nombre del pueblo y de las tropas la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, dando así el último paso en el sentido de allanar los obstáculos que se oponían á la reunión del Congreso popular, que el partido español quería evitar á todo trance, por cuanto dueños los patriotas de la opinión y de la fuerza, su consecuencia necesaria tenía que ser la deposición del virrey.

El Dr. Juan José Castelli y el comandante Martín Rodríguez fueron nombrados para desempeñar esta delicada comisión. Estos dos animosos patriotas la aceptaron sin vacilar, exigiendo únicamente que el comandante Terrada fuese á ponerse á la cabeza de los Granaderos de Fernando VII, cuerpo nativo formado por Liniers, pero mandado en parte por oficiales españoles, el cual estaba acuartelado al pie de los balcones del virrey en la Fortaleza y daba la guardia de palacio.

Castelli, Rodríguez y Terrada se dirigieron en el acto á la Fortaleza. Terrada se puso á la cabeza de sus Granaderos y los otros dos subieron las escaleras que conducían á las galerías superiores. Entraron en el salón de recibo del virrey, el cual en medio de sus incertidumbres y pavores, se entretenía en jugar á los naipes con el brigadier Quintana, el oidor Caspe y su edecán Guaicolea. Aquella visita intempestiva á altas horas de la noche (serían como las diez) debió sorprender al virrey. Los dos emisarios de la revolución, que venían á anunciarle que la última hora de su poder había sonado, se acercaron á él con gravedad y respeto. Castelli tomó la palabra y dijo que venían en nombre del pueblo y del ejército que estaba en armas, á requerirle que habiendo cesado de derecho en el mando del Virreinato, competía al pueblo reunido en Congreso deliberar sobre su suerte. El efecto de estas palabras fué terrible. Todos se pusieron de pie, y Cisneros con los ojos chispeantes y aire amenazador, como cuando se batía valerosamente en Trafalgar, se dirigió á Castelli, diciéndole: «¿Qué atrevimiento es »éste? ¿Cómo se atropella así la persona del rey en su

»representante?» Castelli contestó con mansedumbre «que no había por qué acalorarse, que la cosa no tenía remedio.» Rodríguez, más impaciente, agregó: «Excmo. señor, cinco minutos es el plazo que se nos ha dado para volver con la contestación de V. E.» Caspe, intimidado en presencia de aquella resolución que se manifestaba por un representante de la opinión y otro de la fuerza pública, formulada en términos tan concisos y categóricos, llamó á Cisneros aparte.

Después de conferenciar ambos algunos minutos en el gabinete inmediato, salió el virrey con aire más tranquilo, y dijo á los emisarios en tono resignado: «Señores, cuánto siento los males que van á venir so»bre este pueblo de resultas de este paso; pero, puesto »que el pueblo no me quiere y el ejército me abando»na, hagan ustedes lo que quieran.» Los emisarios salieron á dar cuenta del resultado de su misión. Todos los patriotas, al saber que el virrey cedía por fin, empezaron á abrazarse arrojando sus sombreros al aire. Al dar cuenta de todo esto al Dr. Leyva, éste les preguntó: «¿Supongo que habrán dejado preso al virrey en la Fortaleza?» «No, señor» le contestaron. «Pues han hecho mal—repuso Leyva,—«y ustedes tendrán que arrepentirse.» Quien se arrepintió no fueron los patriotas, sino Leyva, como se verá después.

Los revolucionarios, que obraban con tanta resolución como prudencia, no habían descuidado, empero, las medidas de precaución que eran del caso. El virrey estaba cautivo en su propio palacio, aun cuando no se le hubiese intimado orden de prisión. El mismo decía con tal motivo en su informe á la corte, refiriéndose á los sucesos del día siguiente: «Entretanto yo ya »estaba en un arresto honroso, porque mi guardia era »de la tropa del mismo partido: estaba prevenida de »observar mis movimientos, y aun tenía aseguradas »las llaves de las entradas principales del Real »Fuerte.»

Al día siguiente por la mañana (21 de mayo) un gran tumulto se agolpó á la plaza pidiendo á gritos: «¡Cabildo abierto! ¡Cabildo abierto!» El Cabildo di-

putó dos de sus miembros cerca del virrey, conduciendo un oficio en que solicitaba «permiso franco para »la convocatoria de la parte sana del vecindario, que »un Congreso público expresase la voluntad del pue»blo, á fin de evitar la más lastimosa fermentación,» con orden expresa de exigir inmediata contestación, sin dar más término que «el muy necesario para escribirla.» El virrey otorgó el permiso que se le pedía por mera forma, con la prevención de que se apostasen guardias para prevenir tumultos, y que no se permitiera entrar en la plaza sino á los invitados con esquela, precauciones que traicionaban la inquietud de su espíritu, acabando por decir, que «siendo la »monarquía indivisible, debía obrarse en todo caso, con »conocimiento ó acuerdo de las partes que la consti»tuyen.» Luego se verá el alcance de esta cláusula.

En el mismo día, el Cabildo hizo la convocatoria del Cabildo abierto por medio de esquelas, invitando al efecto 450 vecinos notables. El 22 celebróse el Congreso anunciado, bajo la presidencia del Cabildo. Este, compuesto por mitad de españoles y americanos, mediador entre unos y otros, y deseando conciliar la subsistencia de los gobernantes españoles con los intereses y las exigencias legítimas del pueblo, representaba en aquella ocasión la imparcialidad reaccionaria, pues pretender equilibrar los partidos, era lo mismo que destruir la preponderancia de los patriotas. Su conducta posterior manifestó que á haber tenido los medios suficientes para dominar la situación, tal habría sido su política.

Tres partidos se encontraron frente á frente en la asamblea popular del 22 de mayo.—El partido metropolitano, que estaba por la continuación del virrey en el mando, con la sola innovación de asociar al gobierno á los principales miembros de la Audiencia pretorial. La misma Audiencia estaba á la cabeza de este partido y eran sus órganos los oidores de ella, apoyados por la autoridad moral del obispo y la falange de empleados españoles. — El partido conciliador, que obedecía á la influencia de los alcaldes

y regidores municipales, y que contaba con el apoyo del respetable general español D. Pascual Ruíz Huidobro, tendía á amalgamar las exigencias de la situación con las de los partidos extremos, como queda ya indicado, y resolvía la cuestión reasumiendo interinamente el mando superior en el Cabildo, hasta tanto que se organizase un gobierno provisorio, dependiente siempre de la autoridad suprema de la Península. Este partido arrastraba tras sí algunos patriotas, entre otros á D. Nicolás Rodríguez Peña, á don Feliciano Chiclana, Vieytes, Viamonte y Balcarce.

La mayoría del partido patriota estaba simplemente por la cesación del virrey en el mando y por la formación de un gobierno propio, cuyo mandato fuese conferido por el pueblo. Este partido se subdividía en dos fracciones: unos que delegaban en el Cabildo la facultad de organizar el nuevo gobierno, y otros que querían que él fuese el resultado de una votación popular. D. Cornelio Saavedra, que era una de las cabezas visibles de la Revolución, estaba por el primer temperamento. Castelli y otros ciudadanos más fogosos ó más previsores, estaban por el último.

Bajo estos auspicios se hizo la apertura de la asamblea popular en las galerías altas de la Casa Consistorial, con asitencia del obispo, de los oidores y de doscientos veinticuatro ciudadanos respetables, habiendo dejado de asistir como doscientos de los que habían sido expresamente invitados, en su mayor parte españoles, intimidados tal vez por la actitud decidida de los patriotas. Una gran mesa cubierta con un tapiz de terciopelo carmesí formaba la cabecera, y á sus alrededores sentados en altas sillas de brazos estaban los dignatarios que presidían la reunión. Para los concurrentes habíanse dispuesto escaños con respaldos, que se extendían de un extremo á otro en varias filas. Eran las nueve de la mañana cuando la asamblea empezó á reunirse. Un pueblo inmenso llenaba las avenidas de la Plaza Mayor, cuyas bocacalles estaban guardadas por piquetes de tropa armada, encargados de

conservar el orden. Un sol resplandeciente y tibio iluminaba aquella escena. La actitud de los concurrentes era circunspecta y concentrada.

Abrióse la sesión. El escribano del Cabildo leyó el discurso preparado por la corporación, incitando al congreso—como lo llamó,—«á hablar con toda liber»tad, evitando toda innovación peligrosa, teniendo pre»sente, que sin la unión de las provincias interiores »del reino todas las deliberaciones quedarían frustra»das, si no nacían de la ley ó del consentimiento ge»neral de los pueblos.» Imediatamente tomó la palabra el obispo Lue (asturiano), y en una especie de sermón, exhortando todos á la paz y á no innovar en el estado político, terminó por sostener esta proposición: «Que mientras existiese en España un pedazo »de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tie»rra debía mandar á las Américas; y que, mientras »existiese un solo español en las Américas, ese español »debía mandar á los americanos, pudiendo sólo venir »el mando á los hijos del país, cuando ya no hubiese »un solo español en él.» Reinó un profundo silencio, y luego levantóse un rumor en la asamblea, pues aun cuando las arrogantes palabras del obispo habían producido indignación y escándalo, «no se atrevían á ostentarse en aquel grandioso drama,» según las palabras de un testigo presencial. Todas las miradas se volvieron hacia el Dr. Castelli, y el capitán D. Nicolás de Vedia y el Dr. D. Cosme Argerich, tomándole de los brazos, lo incitaron á hablar, diciéndole con energía: «Hable usted por nosotros, señor doctor, ¿á quién teme usted?» Entonces Castelli, algo vacilante y variando de colores, rompió el silencio; pero á las primeras palabras que pronunció, cortóle el discurso el obispo, diciéndole: «A mí no se me ha llamado á es»te lugar para sostener disputas, sino para que ma»nifieste libremente mi opinión, y así lo he hecho.» Castelli, más entonado, continuó con la palabra, y trajo hábilmente la cuestión al punto en que la imprudencia del obispo la había colocado, á saber: «si el »virrey debía cesar en el mando, reasumiéndolo el Ca-

aspiración hacia un ideal desconocido; y las imaginaciones se precipitaban á su encuentro atraídas por un encanto irresistible. Además de esto, que resultaba naturalmente del simple estudio de aquellas materias, todos los escritos de Belgrano tenían según él, un doble sentido y una doble intención. Aquellos trabajos literarios que más aceptación merecían de parte del virrey, eran precisamente los que más influencia ejercían sobre el pueblo, que comprendía las alusiones y reticencias, que escapaban á la censura previa, bajo el velo transparente que las envolvía. Las palabras escritas ó habladas, sin exceptuar las más memorables, tienen su significado y alcance en los contemporáneos, no tanto por lo que son en sí, cuanto por las circunstancias en que se pronuncian, por la predisposición de los oyentes, y hasta por las inflexiones de la voz ó la anfibología de los conceptos que obran en su ánimo predispuesto, y cuyos efectos se propagan como la onda sonora, para repercutir después en el oído de la posteridad, vacías al parecer de sentido y despojadas del prestigio que tuvieron en su tiempo. Así sucedió que, poco antes de la revolución, publicóse en el «Correo» un artículo con el título de «Origen de la grandeza y decadencia de los imperios», en el que, á pretexto de estudio sobre la filosofía de la historia, indicaba á los pueblos la marcha que debían seguir para elevarse, en el cual los españoles no vieron sino consejos prudentes para prevenir los males que podían nacer de la desunión. Fué ésta una conspiración sorda aunque anodina, llevada á cabo por medio del instrumento de la publicidad, que contribuyó á minar los cimientos del poder colonial. En su dirección desplegó Belgrano mucho tino, gran prudencia, cierto caudal de ideas y de conocimientos prácticos, á la vez que un espíritu metódico, sagaz y perseverante.

Esta preparación de los ánimos, cooperaba indirectamente á los trabajos de otro orden que ocupaban á los patriotas. Sintiéndose fuertes y en gran mayoría, no se apresuraban ni se dejaban seducir por esas combinaciones dramáticas, que tanto sonríen á los políti-

cos noveles que por la primera vez se ensayan en las conspiraciones. Ellos tenían la conciencia y la dignidad del papel que representaban, comprendían que no eran unos conspiradores vulgares, sino los directores de una revolución consumada por la fuerza de las cosas, que sólo esperaba alcanzar su desarrollo normal para manifestarse coronada de luz y majestad. Admira verdaderamente, el buen sentido, la cautela y la perseverante energía con que este plan fué concebido y ejecutado, con una simplicidad de medios y una fortaleza de espíritu que haría honor á un pueblo en toda la fuerza de su virilidad.

Desarmados los europeos que podían contrabalancear su influencia, conservaron una actitud firme y moderada, que sin ser arrogante bastó para hacerse respetar de la autoridad, y mantener á raya al partido español. Observando que el poder se había radicado en el Cabildo, y que el pueblo miraba esta corporación con más respeto y simpatía que á las demás (sobre todo después de la importancia que había adquirido con motivo de su actitud en la Reconquista y la Defensa), consiguieron que las sillas del Ayuntamiento se dividiesen por mitad entre los españoles y los americanos, conquistando á la vez un pretorio y una tribuna popular. Declarado el comercio libre por la influencia de los hacendados y de las claras demostraciones de Moreno, no hicieron ostentación de su triunfo y se contentaron con sus resultados. Atraídos por el virrey, autorizados en sus juntas y dueños de la prensa, usaron de estas ventajas con cordura, por temor de comprometerlas. Así, marchando de posición en posición, y fortificándose en ellas, llegaron con paso firme y tranquilo hasta el punto en que los hombres y las cosas encontrasen su equilibrio.

Este vasto horizonte no debió abrirse desde luego á las miradas de los patriotas. La humanidad no procede á saltos, y los pueblos adelantan sus jornadas en el camino de la libertad, guiados más bien por sus instintos que por su razón. Precédenlos en esa vía, naturalezas privilegiadas, que presienten los

acontecimientos futuros sin tener su clara inteligencia, y que más atrevidos ó más generosos marchan á la vanguardia de las revoluciones, explorando el terreno en procura del bien desconocido. Las revoluciones son como las grandes montañas que tienen sus distintos puntos de vista, en que los horizontes se ensanchan á medida que se van remontando, hasta que se llega á su cumbre y se domina desde ella toda una situación, comprendiéndose sólo entonces el alcance de los pasos que se han dado, y viéndose en lontananza el camino que aun queda por recorrer.

Los patriotas se hallaban próximos á remontar esa cumbre de las revoluciones, y antes de efectuarlo debieron sentirse poseídos de ese recogimiento que se apodera del ánimo en la víspera de los grandes acontecimientos que se presienten. Belgrano participó sin duda de esa emoción, y como si tuviese el presentimiento de sus trabajos futuros, á fines del mes de abril se retiró por algunos días al campo á descansar de sus pesadas fatigas y á prepararse para las que le esperaban.

La meditación, la lectura, la soledad, la voz de la naturaleza que habla al hombre con más elocuencia cuando el alma está poseída de una pasión generosa, debieron predisponer su ánimo para llevar á cabo la empresa atrevida que los patriotas meditaban. Así es que, cuando á principios del mes de mayo vió llegar á la mansión de campo en que se hallaba, un emisario portador de una carta de sus amigos de Buenos Aires, encontróse preparado para tomar su puesto en las filas de los revolucionarios, próximos á entrar en campaña. En la carta le decían: «Véngase, »que lo necesitamos: es llegado el momento de tra»bajar por la patria para adquirir la libertad y la »independencia deseada.» Tales son sus palabras textuales en este momento solemne, y añade con tal motivo: «Volé á presentarme y á hacer cuanto estuviese á mis alcances.»

Había llegado en efecto el momento de deponer á las autoridades españolas, cuya caída estaba hacía

largo tiempo decretada en las juntas secretas de los patriotas. Varias causas habían retardado hasta entonces este movimiento maduramente preparado, que muchos han considerado como una aventura sin plan y sin vistas ulteriores, improvisada en vista del estado de España. Los sucesos que hemos narrado y los trabajos perseverantes de los patriotas en el sentido de la independencia y de la libertad, prueban que era un hecho que venía preparándose fatalmente, como la marea que sube impulsada por una fuerza invisible y misteriosa, obedeciendo á las eternas leyes de la atracción. Los trabajos que precedieron á la Revolución de mayo, que hasta hoy son casi desconocidos y muchos de los cuales se han salvado por la tradición oral, pondrán de manifiesto esta verdad.

La parte principal que ocupó Belgrano en los preliminares y en el triunfo de la Revolución de mayo, pertenecen ya á otra época de su vida. Desde este momento deja de ser el obscuro colono de España, y pasa á ser el ciudadano ilustre de un pueblo libre, que reivindica sus derechos con la majestad del fuerte y con el sentimiento profundo de la justicia que le asiste.

¡La estrella de las Provincias Unidas del Río de la Plata va á levantarse en el horizonte!

CAPITULO IX

La Revolución.—El Cabildo abierto

1810

Ojeada retrospectiva.—Consideraciones generales.—Sociedad secreta de los patriotas.—Actitud de Saavedra.—Disolución de la Junta Central.—Agitación precursora de la revolución.—Maniobras de los patriotas.—Reunión de los jefes militares.—Requerimiento al virrey.—Escena entre el virrey y los revolucionarios.—Agitación popular.—Cabildo abierto del 22 de mayo.—Los tres partidos—Discusión memorable.—El obispo Lue.—Discurso de Castelli.—El fiscal Villota.—Discurso de Passo.—Passo y Castelli.—Votación.—Resolución de la asamblea popular.—Triunfo de la soberanía del pueblo.

En lo que va corrido de este libro, hemos podido estudiar el desarrollo progresivo de la idea revolucionaria, y de las causas complejas que la han venido ensanchando gradualmente. «Esto nos da la idea de »un pueblo que marcha, no para cambiar simplemente »de lugar, sino para cambiar de estado, y cuya condición se extiende y se mejora.» Los hechos morales y latentes, que constituyen la vida íntima de los pueblos, nos han hecho presenciar, por decirlo así, la transformación de la conciencia individual, operada por la lenta elaboración de las ideas y de los sentimientos, y por el desarrollo de las facultades intelectuales. Los hechos visibles y tangibles, que constituyen la vida externa, y cuya acción es más evidente, nos hacen ver cómo esos hechos han reaccionado sobre la vida pública, modificando profundamente la condición civil y alterando en lo substancial la constitución política y económica de la Colonia.

Tales fueron en general las causas eficientes de la Revolución Argentina: el desarrollo armónico de las fuerzas morales y de las fuerzas ma-

teriales, de los hechos y de las ideas, del individuo y de la sociedad. La acción simultánea de este doble movimiento combinado, que obra á la vez sobre la parte y sobre el todo, es lo que explica la relación de los sucesos entre sí, el vínculo que los une, la causa originaria que los produce y el resultado que es su consecuencia lógica. Así hemos visto progresar las ideas económicas, al mismo tiempo que el pueblo se enriquecía por el trabajo; fortalecerse el poder militar de la sociedad, al mismo tiempo que se desenvolvía el espíritu público en los nativos; generalizarse las ideas de buen gobierno á medida que se conquistaban mayores franquicias políticas y municipales; surgir teorías revolucionarias de gran trascendencia del hecho de la desaparición del monarca; afirmarse el imperio de la opinión á medida que el pueblo se ilustraba por la irradiación luminosa de las ideas y sobreponerse definitivamente los americanos á los europeos, el día en que, con la conciencia de su poder, adquirieron la plena conciencia de su derecho.

Esto explica cómo, al empezar el año de 1810, la Revolución Argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres, y en las tendencias irresistibles de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objetivo determinado. Este objetivo era el restablecimiento de un gobierno propio, emanación de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos. Para conseguirlo era indispensable pasar por una revolución, y esa revolución todos la comprendían, todos la sentían venir. Como todas las grandes revoluciones, que, á pesar de ser hijas de un propósito deliberado, no reconocen autores, la Revolución Argentina, lejos de ser el resultado de una inspiración personal, de la influencia de un círculo, ó de un momento de sorpresa, fué el producto espontáneo de gérmenes fecundos por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas. Una minoría activa, inteligente y previsora, dirigía con mano invisible esta marcha decidida de un pueblo hacia destinos descono-

cidos y que tenía más bien el instinto que la conciencia; ella fué la que primero tuvo la inteligencia clara del cambio que se preparaba, la que contribuyó á imprimirle una dirección fija y á darle formas regulares, el día en que la revolución se manifestó con formas caracterizadas y fórmulas definidas.

Una sociedad secreta elegida por los mismos patriotas, era el foco invisible de este movimiento. Los miembros de esta meritoria sociedad, cuya existencia es poco conocida, eran: Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Agustín Donado, Passo, Manuel Alberti, Vieytes, Terrada, Darragueira, Chiclana, Irigoyen y Castelli, teniendo por agentes activos á French, Beruti, Viamonte, Guido, y otros jóvenes entusiastas que eran como sus brazos. Estos eran los que tenían en sus manos los hilos de la revolución. Ellos eran los que ponían en contacto á los patriotas, hablaban á los jefes de los cuerpos, hacían circular las noticias, y preparaban los elementos para cuando llegase el momento de obrar. Reuníanse unas veces en la fábrica de Vieytes ó en la quinta de Orma; pero más frecuentemente en la de Rodríguez Peña, que era el nervio de esta asociación, de la que Belgrano era el consejero, que reflejaba unas veces el entusiasmo de Castelli ó la prudencia de Vieytes ó la alta razón de Passo. Así preparados todos los elementos de la revolución, su triunfo definitivo era una simple cuestión de tiempo ó de oportunidad.

Como cuando se trató de coronar á la princesa Carlota ó se intentó resistir á Cisneros, el poderoso Regimiento de Patricios era la columna fuerte con que se contaba. No se dudaba de la tropa, y tanto los capitanes como los comandantes de los demás cuerpos nativos estaban de acuerdo en apoyar el movimiento; pero don Cornelio Saavedra, no del todo bien avenido con sus directores, era el árbitro en cuanto á la oportunidad. A este respecto había divergencias, y para ponerse de acuerdo sobre punto tan importante, D. Juan Martín Pueyrredón de vuelta ya de su destierro, convocó sigilosamente á su casa á todos los

jefes militares, entre los cuales se contaban algunos españoles. Era la repetición de la junta que nueve meses antes había tenido lugar en la misma casa, y de su composición heterogénea, no se podía esperar una resolución decisiva. Sin esta circunstancia la revolución habría estallado al día siguiente. Belgrano era uno de los que se inclinaban á que desde luego se levantara decididamente la bandera de la revolución: otros menos audaces ó más prudentes, estaban por que se aplazara el movimiento para tiempos más propicios. Don Pedro Andrés García, jefe español que ejercía grande influencia sobre Saavedra, y que llevaba la voz en la junta, pertenecía á los últimos. Eran las cuatro de la mañana y aún no se había arribado á nada, á causa de la oposición de los jefes españoles á todo paso atrevido. Saavedra dominó tranquilamente todas las opiniones, declarando que él se pondría á la cabeza de los patricios para apoyar al pueblo así que Sevilla cayese en poder de los franceses, cuyos ejércitos amagaban, según las últimas noticias, el antemural de Sierra Morena. Así quedó acordado. Desde entonces todos esperaron con impaciencia que sonase la hora que el reposado comandante de Patricios había señalado con el índice inflexible del destino.

Esperando que llegase esa hora, Belgrano salió á gozar algunos días de campo, según queda dicho, como si un presentimiento secreto le anunciara que ya no descansaría más en la vida, y que debía prepararse para las duras fatigas que le esperaban. Iban ya corridos algunos días del mes de mayo cuando recibió el aviso en que se le llamaba á ocupar su puesto de combate. La hora de la revolución había sonado.—«¡ La España había caducado !» tal era la palabra de orden. Los ejércitos franceses habían forzado Sierra Morena, penetrando hasta Andalucía, entrado triunfantes en Sevilla y amenazaban á Cádiz, último baluarte de la independencia española. La Junta central se había disuelto por la fuga, y refugiado en la Isla de León, era el objeto de la execración universal: en consecuencia ya no había autoridad, y no había metrópoli, y las

colonias españolas podían considerarse independientes de hecho y de derecho. El momento de obrar había llegado, pues, y los patriotas se prepararon á la acción con la serenidad de espíritu y la fortaleza de ánimo de un pueblo que se considera dueño de sus destinos.

Adueñados los patriotas de la fuerza armada, y contando con el apoyo de la opinión, eran los árbitros de la situación. Como lo ha dicho un escritor argentino: «la mayoría americana no tenía sino dar una voz »para ser luego obedecida: sin embargo, conserva la »moderación que es peculiar al que se siente con justi»cia: no rompe en tumultos; no apela á la amenaza ni »á la fuerza, pero muestra que quiere asegurar sus »derechos por un arreglo saludable.» Esta actitud digna y moderada de los patriotas en el año 1810, es la que ha impreso á la Revolución de mayo ese sello de grandeza que la distingue de todas las demás revoluciones. Ejecutada sin bayonetas y sin violencias, por la sola fuerza de la opinión; triunfante por su razón en el terreno de la ley y de la conveniencia pública, sin aparato de tropas, sin persecuciones, sacudió el pueblo con dignidad sus cadenas, asumiendo su actitud de soberano con un aplomo y una moderación de que la historia presenta muy pocos ejemplos.

Ella se operó por medios de acción adecuados á sus fines; la transición entre el nuevo y el viejo sistema se produjo sin convulsiones, y tomaron los hombres y las cosas su colocación natural cual si se cumpliese una ley fatal por la fuerza de la gravitación. Eligió por teatro de sus operaciones el terreno legal y por tribuna la de sus representantes consuetudinarios, y allí puso en problema la existencia legítima de sus autoridades políticas, sometiéndose éstas á la discusión é inclinándose ante la decisión del voto popular el pueblo y el gobierno. Fué una evolución pacífica iniciadora de una gran revolución, que con formas orgánicas y propósitos deliberados inauguró el régimen representativo en la democracia argentina. Como un

decreto del destino su hora había llegado, y hasta los sucesos lejanos concurrían á su consumación.

El 13 de mayo había llegado á Montevideo una fragata inglesa mercante anunciando el deplorable estado en que quedaba la Península Española. El día 14 empezaron á circular los primeros rumores. Los tres días siguientes, hasta el 17, fueron caracterizados por una agitación sorda, precursora de grandes acontecimientos. La fermentación crecía por momentos, y penetrados todos de que la autoridad del virrey había caducado, se preguntaban ¿qué harían? ¿qué autoridad subrogaría á la que iba á fenecer?

El virrey, mientras tanto, aislado en medio de su poder, al ver que había sucumbido la autoridad de que emanaba, y que la España parecía también próxima á sucumbir, hallábase sin medios para luchar, ni aun para sostenerse. Sentía estrecharse su círculo de acción, faltarle el terreno bajo sus pies, y más bien como un hombre que sacude un peso que le abruma, que como un gobernante que toma una resolución, apeló al único arbitrio que le quedaba: anticiparse en parte á los deseos del pueblo, para prevenir por este medio la revolución, y retardarla si era posible. En consecuencia, hizo publicar en hoja suelta todas las noticias venidas de España, y el día 18 expidió una proclama, que á la vez que importaba una abdicación en perspectiva, era tendiente á continuar en el poder mientras se recibían nuevas noticias y se ponía de acuerdo con los demás virreyes para establecer una representación de la soberanía real en América; pero todo esto, únicamente en el caso de que la España sucumbiese. Comprendiendo, sin embargo, que su continuación en el mando dependía de la voluntad del pueblo, terminaba después de recomendar el orden y la unión, con estas palabras que revelan su impotencia y sus temores: «Aprovechaos, si queréis ser felices, de los consejos de vuestro jefe.»

Los patriotas querían ser felices, pero siguiendo otros consejos que los del virrey. Guiados por una de esas inspiraciones salvadoras que brillan en los mo-

colonias españolas podían considerarse independientes de hecho y de derecho. El momento de obrar había llegado, pues, y los patriotas se prepararon á la acción con la serenidad de espíritu y la fortaleza de ánimo de un pueblo que se considera dueño de sus destinos.

Adueñados los patriotas de la fuerza armada, y contando con el apoyo de la opinión, eran los árbitros de la situación. Como lo ha dicho un escritor argentino: «la mayoría americana no tenía sino dar una voz »para ser luego obedecida: sin embargo, conserva la »moderación que es peculiar al que se siente con justi»cia: no rompe en tumultos; no apela á la amenaza ni »á la fuerza, pero muestra que quiere asegurar sus »derechos por un arreglo saludable.» Esta actitud digna y moderada de los patriotas en el año 1810, es la que ha impreso á la Revolución de mayo ese sello de grandeza que la distingue de todas las demás revoluciones. Ejecutada sin bayonetas y sin violencias, por la sola fuerza de la opinión; triunfante por su razón en el terreno de la ley y de la conveniencia pública, sin aparato de tropas, sin persecuciones, sacudió el pueblo con dignidad sus cadenas, asumiendo su actitud de soberano con un aplomo y una moderación de que la historia presenta muy pocos ejemplos.

Ella se operó por medios de acción adecuados á sus fines; la transición entre el nuevo y el viejo sistema se produjo sin convulsiones, y tomaron los hombres y las cosas su colocación natural cual si se cumpliese una ley fatal por la fuerza de la gravitación. Eligió por teatro de sus operaciones el terreno legal y por tribuna la de sus representantes consuetudinarios, y allí puso en problema la existencia legítima de sus autoridades políticas, sometiéndose éstas á la discusión é inclinándose ante la decisión del voto popular el pueblo y el gobierno. Fué una evolución pacífica iniciadora de una gran revolución, que con formas orgánicas y propósitos deliberados inauguró el régimen representativo en la democracia argentina. Como un

decreto del destino su hora había llegado, y hasta los sucesos lejanos concurrían á su consumación.

El 13 de mayo había llegado á Montevideo una fragata inglesa mercante anunciando el deplorable estado en que quedaba la Península Española. El día 14 empezaron á circular los primeros rumores. Los tres días siguientes, hasta el 17, fueron caracterizados por una agitación sorda, precursora de grandes acontecimientos. La fermentación crecía por momentos, y penetrados todos de que la autoridad del virrey había caducado, se preguntaban ¿qué harían? ¿qué autoridad subrogaría á la que iba á fenecer?

El virrey, mientras tanto, aislado en medio de su poder, al ver que había sucumbido la autoridad de que emanaba, y que la España parecía también próxima á sucumbir, hallábase sin medios para luchar, ni aun para sostenerse. Sentía estrecharse su círculo de acción, faltarle el terreno bajo sus pies, y más bien como un hombre que sacude un peso que le abruma, que como un gobernante que toma una resolución, apeló al único arbitrio que le quedaba: anticiparse en parte á los deseos del pueblo, para prevenir por este medio la revolución, y retardarla si era posible. En consecuencia, hizo publicar en hoja suelta todas las noticias venidas de España, y el día 18 expidió una proclama, que á la vez que importaba una abdicación en perspectiva, era tendiente á continuar en el poder mientras se recibían nuevas noticias y se ponía de acuerdo con los demás virreyes para establecer una representación de la soberanía real en América; pero todo esto, únicamente en el caso de que la España sucumbiese. Comprendiendo, sin embargo, que su continuación en el mando dependía de la voluntad del pueblo, terminaba después de recomendar el orden y la unión, con estas palabras que revelan su impotencia y sus temores: «Aprovechaos, si queréis ser felices, de los consejos de vuestro jefe.»

Los patriotas querían ser felices, pero siguiendo otros consejos que los del virrey. Guiados por una de esas inspiraciones salvadoras que brillan en los mo-

mentos supremos, se pusieron inmediatamente en movimiento, y eligieron por campo de sus maniobras el Ayuntamiento de la ciudad, única autoridad que no caducaba, y que debía sobrevivir á la ruina de todas las instituciones coloniales. En consecuencia, en el mismo día 18, D. Manuel Belgrano y D. Cornelio Saavedra se presentaron al alcalde de primer voto, que lo era D. Juan José Lezica (argentino) incitándole á nombre de los patriotas para que «sin demora al»guna se celebrase un Cabildo abierto, á fin de que, »reunido el pueblo en asamblea general, acordase si »debía cesar el virrey en el mando, y se erigiese una »Junta Superior de Gobierno que mejorase la suerte »de la patria.» El alcalde Lezica manifestó repugnancia á acceder á la petición de Belgrano y Saavedra, pero éstos, hablando con energía en nombre del pueblo, vencieron el frágil obstáculo que se oponía al desenvolvimiento de sus planes. Al mismo tiempo que esto sucedía, el Dr. Castelli conquistaba el voto del doctor Julián Leyva, hombre profundo, que era al mismo tiempo el síndico procurador y el oráculo del Cabildo. Estos dos personajes fueron los encargados de hacer subir la Revolución á la tribuna capitular, para que hablase desde ella por la boca de sus corifeos.

A las doce del siguiente día 20 se presentó el alcalde Lezica en el despacho del virrey y le informó de que el pueblo estaba en convulsión, propalando la voz de que el gobierno de España había caducado, y que «estaba resuelto á reunirse por sí solo para tratar »sobre la incertidumbre de la suerte de las Américas, »si el Ayuntamiento no lo verificaba.» Aturdido Cisneros por esta declaración, procuró persuadir á Lezica que la España no estaba perdida como se decía, agregando que «los pueblos de América estaban seguros »bajo el gobierno y protección de sus virreyes, quienes »en el caso de una absoluta desgracia unirían su auto»ridad con la representación de las Provincias para »instalar un gobierno, cual conviniese á las circuns»tancias.» Convencido al fin de que tenía que optar

entre prestar su consentimiento ó un tumulto popular, se dió por vencido, pero sin dictar por el momento ninguna disposición que autorizase la convocatoria del Cabildo abierto.

Profundamente alarmado el virrey, quiso antes de decidirse explorar la opinión de los jefes militares, con el intento de oponerse á toda deliberación popular si encontraba apoyo en ellos. A este fin los convocó á la Fortaleza para las siete de la noche el mismo día 20 con asistencia de la Audiencia. Abierta la conferencia les manifestó, «que la situación era peli»grosa y las pretensiones de las facciones que se llama»ban pueblos, intempestivas y desarregladas; que en »virtud de las protestas y juramentos que le habían »hecho defender su autoridad y sostener el orden pú»blico, contaba con ellos para contener á los inquie»tos que pedían Cabildo abierto, acabando por exhor»tarles á poner en ejercicio su fidelidad en servicio del »rey y de la patria.» El jefe del Regimiento Fijo, contestó que estaba dispuesto á sacrificarse con su cuerpo del lado de la autoridad. El comandante D. Martín Rodríguez dijo con marcada intención inmediatamente: «¡Eso se verá mañana!» Cisneros que era sordo no le oyó; pero los oidores quedaron pálidos. Entonces se levantó el comandante de patricios, D. Cornelio Saavedra, y hablando en nombre de todos los demás jefes nativos declaró: «No cuente V. E. para eso, ni »conmigo ni con los patricios: el gobierno que dió auto»ridad á V. E. para mandarnos ya no existe: se trata »de asegurar nuestra suerte, y la de la América y por »eso el pueblo quiere reasumir sus derechos y conser»varse por sí mismo.»

La conferencia terminó sin que el virrey manifestase su decisión de tomar una resolución inmediata, y mostróse profundamente abatido, pues como él mismo lo dice: «Concluída así esta conferencia y debilitada »mi autoridad, sin el respeto de la fuerza, engreídos »con esto los sediciosos, no divisaba ya un recurso efi»caz, ni aun aparente á desbaratar el mismo proyec»to, y tuve que resignarme.» La resignación del vi-

rrey no fué empero inmediata: ella vino más tarde, cuando tuvo que ceder á la presión de las circunstancias y á las exigencias imperiosas de los revolucionarios. Hasta entonces, bien que se diera cuenta de los peligros de la situación y de su desamparo, su voluntad pasiva no reaccionaba, y prolongaba las incertidumbres de todos, sin decidirse definitivamente por ningún partido.

Una reunión patriótica se había verificado durante el día en la casa de D. Martín Rodríguez frente al Café de Catalanes, y allí se había acordado volverse á reunir en la casa de Rodríguez Peña, á espaldas del hospital de San Miguel, para imponerse de los resultados de la conferencia de los jefes militares con el virrey. Entretanto se dispuso que las fuerzas nativas permanecieran acuarteladas y municionadas después de la primera lista con sus jefes á la cabeza. Reuniéronse en la noche en la indicada casa, Belgrano, don Francisco Antonio Ocampo, Terrada, Thompson, don Matías Irigoyen, Beruti, Chiclana, Passo, D. Hipólito Vieytes y su hermano, D. Agustín Donado, á que se agregaron más tarde: Saavedra, Viamonte, don Juan Ramón Balcarce, Martín Rodríguez y otros jefes militares que habían asistido á la conferencia con el virrey, constituyéndose todos ellos en sesión. Esta junta revolucionaria que de su propia autoridad había asumido la dirección, mandando en los cuarteles y en las calles, sin que el pueblo conociese su existencia, era obedecida en todas partes, y de su centro partían todas las decisiones que imprimían á la masa popular su movimiento. El resultado de la conferencia del alcalde Lezica y de los jefes con el virrey, respecto de la cuestión del día, que era la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, no debió satisfacer á sus miembros, visto que después de tres días de agitación, la situación no se definía por ningún acto ni declaración oficial. Para poner término á estas incertidumbres y fijar las vacilaciones de Cisneros, resolvieron asumir una actitud decidida que comprometiese á todos en la acción. A este fin acordó, que una diputa-

ción de su seno fuese á requerir al virrey en nombre del pueblo y de las tropas la convocatoria inmediata del Cabildo abierto, dando así el último paso en el sentido de allanar los obstáculos que se oponían á la reunión del Congreso popular, que el partido español quería evitar á todo trance, por cuanto dueños los patriotas de la opinión y de la fuerza, su consecuencia necesaria tenía que ser la deposición del virrey.

El Dr. Juan José Castelli y el comandante Martín Rodríguez fueron nombrados para desempeñar esta delicada comisión. Estos dos animosos patriotas la aceptaron sin vacilar, exigiendo únicamente que el comandante Terrada fuese á ponerse á la cabeza de los Granaderos de Fernando VII, cuerpo nativo formado por Liniers, pero mandado en parte por oficiales españoles, el cual estaba acuartelado al pie de los balcones del virrey en la Fortaleza y daba la guardia de palacio.

Castelli, Rodríguez y Terrada se dirigieron en el acto á la Fortaleza. Terrada se puso á la cabeza de sus Granaderos y los otros dos subieron las escaleras que conducían á las galerías superiores. Entraron en el salón de recibo del virrey, el cual en medio de sus incertidumbres y pavores, se entretenía en jugar á los naipes con el brigadier Quintana, el oidor Caspe y su edecán Guaicolea. Aquella visita intempestiva á altas horas de la noche (serían como las diez) debió sorprender al virrey. Los dos emisarios de la revolución, que venían á anunciarle que la última hora de su poder había sonado, se acercaron á él con gravedad y respeto. Castelli tomó la palabra y dijo que venían en nombre del pueblo y del ejército que estaba en armas, á requerirle que habiendo cesado de derecho en el mando del Virreinato, competía al pueblo reunido en Congreso deliberar sobre su suerte. El efecto de estas palabras fué terrible. Todos se pusieron de pie, y Cisneros con los ojos chispeantes y aire amenazador, como cuando se batía valerosamente en Trafalgar, se dirigió á Castelli, diciéndole: «¿Qué atrevimiento es »éste? ¿Cómo se atropella así la persona del rey en su

»representante?» Castelli contestó con mansedumbre «que no había por qué acalorarse, que la cosa no tenía remedio.» Rodríguez, más impaciente, agregó: «Excmo. señor, cinco minutos es el plazo que se nos ha dado para volver con la contestación de V. E.» Caspe, intimidado en presencia de aquella resolución que se manifestaba por un representante de la opinión y otro de la fuerza pública, formulada en términos tan concisos y categóricos, llamó á Cisneros aparte.

Después de conferenciar ambos algunos minutos en el gabinete inmediato, salió el virrey con aire más tranquilo, y dijo á los emisarios en tono resignado: «Señores, cuánto siento los males que van á venir so»bre este pueblo de resultas de este paso; pero, puesto »que el pueblo no me quiere y el ejército me abando»na, hagan ustedes lo que quieran.» Los emisarios salieron á dar cuenta del resultado de su misión. Todos los patriotas, al saber que el virrey cedía por fin, empezaron á abrazarse arrojando sus sombreros al aire. Al dar cuenta de todo esto al Dr. Leyva, éste les preguntó: «¿Supongo que habrán dejado preso al virrey en la Fortaleza?» «No, señor» le contestaron. «Pues han hecho mal—repuso Leyva,—«y ustedes tendrán que arrepentirse.» Quien se arrepintió no fueron los patriotas, sino Leyva, como se verá después.

Los revolucionarios, que obraban con tanta resolución como prudencia, no habían descuidado, empero, las medidas de precaución que eran del caso. El virrey estaba cautivo en su propio palacio, aun cuando no se le hubiese intimado orden de prisión. El mismo decía con tal motivo en su informe á la corte, refiriéndose á los sucesos del día siguiente: «Entretanto yo ya »estaba en un arresto honroso, porque mi guardia era »de la tropa del mismo partido: estaba prevenida de »observar mis movimientos, y aun tenía aseguradas »las llaves de las entradas principales del Real »Fuerte.»

Al día siguiente por la mañana (21 de mayo) un gran tumulto se agolpó á la plaza pidiendo á gritos: «¡Cabildo abierto! ¡Cabildo abierto!» El Cabildo di-

putó dos de sus miembros cerca del virrey, conduciendo un oficio en que solicitaba «permiso franco para »la convocatoria de la parte sana del vecindario, que »un Congreso público expresase la voluntad del pue»blo, á fin de evitar la más lastimosa fermentación,» con orden expresa de exigir inmediata contestación, sin dar más término que «el muy necesario para escribirla.» El virrey otorgó el permiso que se le pedía por mera forma, con la prevención de que se apostasen guardias para prevenir tumultos, y que no se permitiera entrar en la plaza sino á los invitados con esquela, precauciones que traicionaban la inquietud de su espíritu, acabando por decir, que «siendo la »monarquía indivisible, debía obrarse en todo caso, con »conocimiento ó acuerdo de las partes que la consti»tuyen.» Luego se verá el alcance de esta cláusula.

En el mismo día, el Cabildo hizo la convocatoria del Cabildo abierto por medio de esquelas, invitando al efecto 450 vecinos notables. El 22 celebróse el Congreso anunciado, bajo la presidencia del Cabildo. Este, compuesto por mitad de españoles y americanos, mediador entre unos y otros, y deseando conciliar la subsistencia de los gobernantes españoles con los intereses y las exigencias legítimas del pueblo, representaba en aquella ocasión la imparcialidad reaccionaria, pues pretender equilibrar los partidos, era lo mismo que destruir la preponderancia de los patriotas. Su conducta posterior manifestó que á haber tenido los medios suficientes para dominar la situación, tal habría sido su política.

Tres partidos se encontraron frente á frente en la asamblea popular del 22 de mayo.—El partido metropolitano, que estaba por la continuación del virrey en el mando, con la sola innovación de asociar al gobierno á los principales miembros de la Audiencia pretorial. La misma Audiencia estaba á la cabeza de este partido y eran sus órganos los oidores de ella, apoyados por la autoridad moral del obispo y la falange de empleados españoles. — El partido conciliador, que obedecía á la influencia de los alcaldes

y regidores municipales, y que contaba con el apoyo del respetable general español D. Pascual Ruíz Huidobro, tendía á amalgamar las exigencias de la situación con las de los partidos extremos, como queda ya indicado, y resolvía la cuestión reasumiendo interinamente el mando superior en el Cabildo, hasta tanto que se organizase un gobierno provisorio, dependiente siempre de la autoridad suprema de la Península. Este partido arrastraba tras sí algunos patriotas, entre otros á D. Nicolás Rodríguez Peña, á don Feliciano Chiclana, Vieytes, Viamonte y Balcarce.

La mayoría del partido patriota estaba simplemente por la cesación del virrey en el mando y por la formación de un gobierno propio, cuyo mandato fuese conferido por el pueblo. Este partido se subdividía en dos fracciones: unos que delegaban en el Cabildo la facultad de organizar el nuevo gobierno, y otros que querían que él fuese el resultado de una votación popular. D. Cornelio Saavedra, que era una de las cabezas visibles de la Revolución, estaba por el primer temperamento. Castelli y otros ciudadanos más fogosos ó más previsores, estaban por el último.

Bajo estos auspicios se hizo la apertura de la asamblea popular en las galerías altas de la Casa Consistorial, con asitencia del obispo, de los oidores y de doscientos veinticuatro ciudadanos respetables, habiendo dejado de asistir como doscientos de los que habían sido expresamente invitados, en su mayor parte españoles, intimidados tal vez por la actitud decidida de los patriotas. Una gran mesa cubierta con un tapiz de terciopelo carmesí formaba la cabecera, y á sus alrededores sentados en altas sillas de brazos estaban los dignatarios que presidían la reunión. Para los concurrentes habíanse dispuesto escaños con respaldos, que se extendían de un extremo á otro en varias filas. Eran las nueve de la mañana cuando la asamblea empezó á reunirse. Un pueblo inmenso llenaba las avenidas de la Plaza Mayor, cuyas bocacalles estaban guardadas por piquetes de tropa armada, encargados de

conservar el orden. Un sol resplandeciente y tibio iluminaba aquella escena. La actitud de los concurrentes era circunspecta y concentrada.

Abrióse la sesión. El escribano del Cabildo leyó el discurso preparado por la corporación, incitando al congreso—como lo llamó,—«á hablar con toda liber»tad, evitando toda innovación peligrosa, teniendo pre»sente, que sin la unión de las provincias interiores »del reino todas las deliberaciones quedarían frustra»das, si no nacían de la ley ó del consentimiento ge»neral de los pueblos.» Imediatamente tomó la palabra el obispo Lue (asturiano), y en una especie de sermón, exhortando todos á la paz y á no innovar en el estado político, terminó por sostener esta proposición: «Que mientras existiese en España un pedazo »de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tie»rra debía mandar á las Américas; y que, mientras »existiese un solo español en las Américas, ese español »debía mandar á los americanos, pudiendo sólo venir »el mando á los hijos del país, cuando ya no hubiese »un solo español en él.» Reinó un profundo silencio, y luego levantóse un rumor en la asamblea, pues aun cuando las arrogantes palabras del obispo habían producido indignación y escándalo, «no se atrevían á ostentarse en aquel grandioso drama,» según las palabras de un testigo presencial. Todas las miradas se volvieron hacia el Dr. Castelli, y el capitán D. Nicolás de Vedia y el Dr. D. Cosme Argerich, tomándole de los brazos, lo incitaron á hablar, diciéndole con energía: «Hable usted por nosotros, señor doctor, ¿á quién teme usted?» Entonces Castelli, algo vacilante y variando de colores, rompió el silencio; pero á las primeras palabras que pronunció, cortóle el discurso el obispo, diciéndole: «A mí no se me ha llamado á es»te lugar para sostener disputas, sino para que ma»nifieste libremente mi opinión, y así lo he hecho.» Castelli, más entonado, continuó con la palabra, y trajo hábilmente la cuestión al punto en que la imprudencia del obispo la había colocado, á saber: «si el »virrey debía cesar en el mando, reasumiéndolo el Ca-

»bildo.» Animado por la predisposición de su auditorio, habló con el nervio y la elocuencia fogosa que le era peculiar, basando su proposición en la teoría que españoles y americanos habían aceptado dos años antes al jurar á Fernando, teoría que, bien que conforme con el gobierno monárquico absoluto, era revolucionaria por las consecuencias que de ella podían deducirse. Con arreglo á este precedente histórico, según se explicó antes, la América no dependía de la España, sino del monarca á quien había jurado obediencia, y que en su ausencia caducaban todas sus delegaciones en la metrópoli; y el orador del pueblo, desenvolviéndola en tal ocasión ampliamente, la fundó en autores y principios, arribando en definitiva á esta conclusión: «La España ha caducado en su poder para »con la América, y con ella las autoridades que son su »emanación. Al pueblo corresponde reasumir la so»beranía del monarca, é instituir en representación su»ya un gobierno que vele por su seguridad.» Tal fué la palabra decisiva que condensó el gran debate, definiendo la situación, y tal la fórmula política de la Revolución de mayo, de que Castelli fué el heraldo y el elocuente expositor.

El síndico procurador del Cabildo, el Dr. Leyva, encaminando el debate, propuso como cuestión á considerar, que la votación debía resolver la iniciada por Castelli, «si se consideraba haber caducado ó no el gobierno supremo de España,» y los mismos abogados de la corona en América, tuvieron que adoptarla como base y discurrir en consecuencia, sin perjuicio de buscar en las leyes de la monarquía argumentos contra toda innovación. Los letrados coloniales no podían renegar una doctrina que los reyes de España habían consignado en el Código de Indias, y que ampliada por los comentadores y consagrada por la práctica, ellos mismos habían sancionado en odio á la posible dominación francesa, con el intento de fundar una España americana para continuar por cuenta de los españoles europeos el despótico sistema colonial. Por eso todos los togados de la audiencia, oráculos de la Constitu-

ción Colonial, viéronse obligados á colocarse en ese terreno, y el fiscal de ella, el Dr. Villota, que era su más profundo jurisconsulto, hubo de abundar hasta cierto punto en el sentido político de Castelli, coherente con la opinión dominante. Pero el consejero del docto tribunal colonial conocía mejor que el joven abogado criollo el arsenal del derecho histórico, y si bien con menos brillo, con más poderosa dialéctica que su contendor, salió en defensa de los derechos de la madre patria.

El fiscal Villota, aceptando hipotéticamente el punto de partida, de que perdida la España la soberanía del monarca retrovertía á los pueblos de hecho ó de derecho, colocóse resueltamente en el mismo terreno, pero sostuvo otras consecuencias que de tal premisa se deducían para los colonos con arreglo á sus leyes municipales. A la especiosa teoría de Castelli, que encerraba la soberanía de todos los pueblos del Virreinato en un solo municipio, opuso la sólida doctrina de la verdadera representación de los pueblos, la cual, aun admitiendo que la España se perdiese, no podía ejercerse por una sola provincia sino por todas las provincias representadas por sus diputados reunidos en congreso, abogando así por el derecho de las mayorías legales, y negó á una simple minoría la facultad de estatuir por sí en lo que á todos interesaba y competía, comprometiendo á la comunidad en una serie de trastornos radicales, por lo que concluyó aconsejando debía aplazarse el voto hasta tanto que todas las partes pudiesen ser consultadas, sin perjuicio de que se asocien al virrey dos miembros de la Audiencia, por ser una corporación que derivaba igualmente de la soberanía del monarca.

Esta sólida á la par que artificiosa argumentación, desconcertó á Castelli, hombre nervioso por naturaleza, al ver que, en vez de la radical oposición que esperaba encontrar, el orador contrario abundaba en su sentido por una parte, invocando por otro el derecho de la mayoría de los pueblos que él no podía negar sin contradecirse en principio, bien que bajo todo esto

se ocultara una burla y una celada. En efecto, ella no era hija de la improvisación, ni un mero recurso oratorio, y á la vez que se deducía rigurosamente de la antigua Constitución española, respondía á un plan reaccionario. En el fondo, era el derecho tradicional de los cabildos, que nombraban sus procuradores ó diputados municipales, para que en representación de las ciudades libres fueran á formar cortes ó congreso, y dictasen leyes en nombre del común y de la comunidad; era, pues, el mismo derecho que la España acababa de resucitar para hacer frente á la invasión napoleónica, y que la Audiencia reclamaba para todos los Cabildos del Virreinato, en cuanto le convenía, á la par de Buenos Aires y en igualdad de condiciones. Pero esta doctrina histórico-legal, que entrañaba el parlamentarismo comunal, la ley de las mayorías legales, el germen de una federación embrionaria, que respondía al derecho de todos y cada uno de los miembros de la república municipal, había sido invocada por el virrey Cisneros pocos días antes en su conferencia con el alcalde Lezica, según se ha visto, y le fué sin duda sugerida por el mismo Villota, que era su consejero. El Cabildo la había insinuado en términos precisos en el discurso de apertura, con los caracteres definitivos de una fórmula jurídica. Ella estaba, pues, en todas las cabezas del partido español, era la fórmula legal que oponían á la teoría revolucionaria, y contaban que así podrían contener el desenvolvimiento de los sucesos, ganar tiempo y mantenerse en el poder mientras la suerte de la España se decidía, proveyendo á lo futuro con la reunión de un Congreso General de todos los diputados de las provincias nombradas por los Cabildos, sobre los cuales podían ejercer una acción directa.

Esta hábil maniobra del fiscal Villota, cambiaba las posiciones. Los revolucionarios aparecían sosteniendo el absolutismo monárquico, á título de herederos de su soberanía para ejercerla á su nombre. Los conservadores españoles presentábanse abogando por la representación legal y los derechos de los pueblos, con

arreglo á los antiguos fueros municipales, y sosteniendo que debía ser el resultado del voto de todos lo que á todos interesaba igualmente. Teóricamente, la revolución no había salido del terreno del derecho colonial y manteníase en él invocando sus textos y obedeciendo á sus prácticas, y por eso había buscado el apoyo del Cabildo á fin de darle forma regular y fuerza de ley. La argumentación perentoria de Villota la desalojaba de esta fuerte posición, desautorizándola ante ese mismo derecho, y la presentaba como una usurpación que se abrogaba facultades que no le correspondían, en el hecho de pretender decidir de la suerte de todas las demás provincias del Virreinato sin consultarlas, y por el simple voto de una sola ciudad. La revolución quedaba así reducida á las mezquinas proporciones de una conmoción urbana y local, sin títulos legítimos para dictar la ley general. Las tradiciones centralistas del régimen colonial, la vida orgánica que gradualmente se había ido afocando en la capital, la expectabilidad que dieron á Buenos Aires los grandes sucesos de que acababa de ser teatro, la importancia que con tal motivo tomó su institución municipal, elevándola sobre todos los demás Cabildos, habían ocultado esta faz de la cuestión legal, y por lo mismo su revelación tenía que ser de grande efecto. Por esto el discurso de Villota produjo profunda sensación en la asamblea. Algunos patriotas creyeron perdida la votación si ella se iniciaba bajo su influencia. Entonces volvieron sus ojos hacia un extremo de la galería, en que se veía un grupo de personajes, que parecían colocados allí por la mano del destino.

En un largo escaño y cerca de la puerta de entrada, se veían sentados al elocuente doctor Castelli, emocionado aún por su reciente arenga, y al profundo abogado Passo, los dos tribunos del pueblo: su actitud parecía indicar el desaliento ó la paralización de sus facultades. Más lejos divisábase la austera cabeza de don Bernardino Rivadavia y puesto de pie, apoyado en el respaldo del escaño, al doctor Mariano Moreno en cuyo semblante no se traslucía ninguna agitación.

Belgrano y el joven teniente de infantería don Nicolás de Vedia, ocupaban el extremo del escaño. Belgrano era el encargado de hacer la señal con un pañuelo blanco en el caso en que se tratase de violentar la asamblea. Una porción de patriotas armados, estaban pendientes del movimiento de su brazo y prontos á transmitir la señal á los que ocupaban la plaza, las calles y las escaleras de la Casa Consistorial. En aquel momento decisivo levantóse de su asiento don José Antonio Escalada é incitó al doctor Passo á que replicase. R. Peña y Castelli le instaron en el mismo sentido. Passo se puso de pie y habló, al principio con cierta turbación; pero poco á poco su voz fué entonándose, su razonamiento se condensó, y cuando llegó á las conclusiones de su discurso todas las fibras del auditorio vibraban al unísono de su palabra grave, concentrada y vigorosa, que jamás tuvo mayor poder de convencimiento que en aquella ocasión.

Era que el doctor Passo había herido con mano firme la cuestión de actualidad, encarándola por su faz práctica y arribado á una conclusión de hecho, que establecía las verdaderas posiciones, resolviendo el problema. La primera parte de su discurso fué casuística, como un homenaje tributado á las formas consagradas. Presentó á Buenos Aires como una hermana mayor que en una grave emergencia de familia asume la gestión de sus negocios, con el propósito de ser útil á sus administrados cuyos intereses por lo mismo que son comunes son solidarios, y deben ser mejor consultados por los hijos de un común origen, sin perjuicio de consultar á todos oportunamente. Este argumento parásito, respondía á la dialéctica jurista del fiscal de la Audiencia. Abandonando luego el terreno convencional en que hasta entonces se mantenía el debate, afrontó prácticamente la verdadera cuestión política, dando su razón de ser á la asamblea y revistiéndola de la autoridad moral de que había pretendido despojarla Villota. Partiendo de la base de que las provincias y los pueblos de todo el Virreinato debían ser consultados y que sólo el voto de sus di-

putados congregados debía estatuir definitivamente sobre la forma de gobierno, sentó como premisa, que para que esta consulta fuese legítima y diera los resultados que de ella se esperaba, era indispensable que fuese «libre», y que no podía serlo si la elección se verificaba bajo la influencia de los empeñados en contrariar tales propósitos, y que por lo tanto, así como la situación era nueva, nuevos debían ser los medios que se empleasen. Sentada así la cuestión, y resuelta por el hecho mismo, el orador concluyó declarando que Buenos Aires haría la convocatoria del Congreso General, que la haría garantizando eficazmente la libertad de todos, y que en sus manos estaría más segura que en ninguna otra el depósito de la autoridad y los derechos comunes, lo que equivalía á proclamar el derecho supremo de la revolución en nombre de la necesidad de la conveniencia, ó sea de hecho. Esta fué la fórmula política de la Revolución de mayo, municipal en su forma, y nacional ó, más bien dicho, indígena en sus tendencias y previsiones. Y como esta argumentación viril, apenas velaba una amenaza, y los batallones criollos reunidos en los cuarteles sólo esperaban una señal para levantar sus armas y sostener las decisiones del Cabildo abierto, nadie replicó.

Un inmenso aplauso saludó la peroración de Passo. El partido español empezó á comprender que no teniendo la fuerza, el voto popular tampoco le daría la razón, y puesta así la cuestión en el terreno de los hechos, nada tenía que contestar á la argumentación. El oidor Caspe, inclinó la cabeza y guardó silencio. Su colega Villota, sea despecho, sea dolor por la melancólica suerte de la España en decadencia, no pudo contener sus lágrimas, y apenas le fué posible hacer una invocación al sentimiento, recordando las recientes glorias comunes de españoles y americanos á la sombra de una misma bandera. La opinión estaba definitivamente fijada y el resultado de la votación no podía ser dudoso. La alegría precursora del triunfo se dibujó en los semblantes de los patriotas decididos, y muchos nativos que hasta entonces habían permanecido

indecisos, rodearon á Belgrano ofreciéndosele para sostener las deliberaciones de la asamblea.

Inmediatamente procedióse á fijar una proposición para votar. No tomadas en consideración varias que se hicieron, ya en el sentido de las resistencias de la Audiencia, ya en el de las contemporizaciones del Cabildo, púsose á votación la siguiente proposición: «Si »se ha de subrogar otra autoridad á la superior que »obtiene el Excmo. señor virrey, dependiente de la »metrópoli, salvando ésta; é independiente siendo del »todo subyugada.» Fué casi unánimemente rechazada, por los patriotas, pór prudencia; por los españoles por patriotismo. Fijóse en seguida esta otra: «Si la auto»ridad soberana ha caducado en la Península, ó se »halla en incierto», poniendo por condición que debía ser votada en secreto. Esta fórmula respondía á las inspiraciones del partido español, y fué desechada por los patriotas, porque nada resolvía. Triunfó por fin una tecera proposición acordada por los patriotas y concebida en estos términos: «Si se ha de subrogar »otra autoridad á la superior que obtiene el Excelen»tisimo señor virrey, dependiente de la soberana; que »se ejerza legítimamente á nombre del señor don Fer»nando VII, y ¿en quién?» Tal fué la fórmula de la Revolución del 25 de mayo, que subsistió vigente por el espacio de seis años, hasta que se adoptó la primera sobre la base de «Independencia», rechazada en esta ocasión por prematura.

Siguióse la votación. Se dispuso que ésta fuera pública, que cada uno escribiese su voto y que el escribano de Cabildo lo publicara en alta voz. El primer voto que se estampó después de el del obispo, fué el del general español don Pascual Ruiz Huidobro. Este personaje respetable, que presidió á la empresa de la Reconquista y bajo cuyas órdenes se perdió Montevideo, había sido nombrado virrey hallándose prisionero en Inglaterra. Alejado por este motivo de Cisneros y en contacto con los patriotas que lo consideraban, su voto fué «que debía cesar el virrey y reasu»mir su autoridad el Cabildo como representante del

»pueblo, ínterin se formaba un gobierno provisorio de »pendiente del soberano.» Este voto, calurosamente aplaudido por los patriotas, fué saludado con aclamaciones por los que llenaban la plaza pública al pie de las galerías del Cabildo.

El voto de don Cornelio Saavedra fué el que arrastró tras sí la mayoría. Por él se declaraba caduca la autoridad del virrey, delegando en el Cabildo la facultad de nombrar la Junta de Gobierno que debía subrogarle «en el modo y forma que hallase más con»veniente, no quedando duda que el pueblo es el que »confiere la autoridad ó mando.» Castelli fué más explícito. Adhiriéndose en lo substancial al voto de Saavedra, opinó «por que la elección del nuevo go»bierno se hiciese por el pueblo, junto el Cabildo abier»to sin demora.» Belgrano inclinado siempre á la moderación votó simplemente con Saavedra, separándose por esta vez de su antiguo compañero el doctor Castelli. Más tarde tuvo lugar de arrepentirse de ello.

La votación continuó hasta altas horas de la noche, sin desamparar el pueblo su puesto. Faltando todavía veinte ciudadanos presentes por sufragar, el Cabildo resolvió suspender el acto, previniendo que al día siguiente se haría el escrutinio y firmarían el acta todos los votantes. El resultado no era empero dudoso, y el mismo Cabildo, reconociendo que la voluntad manifiesta del pueblo era que el virrey cesase absolutamente en el mando y se constituyese un gobierno propio que determinara sobre la forma definitiva, lo formuló en estos términos: «En la imposibili»dad de conciliar la tranquilidad pública con la per»manencia del virrey y régimen establecido, se faculta »al Cabildo para que constituya una Junta del modo »más conveniente á las ideas generales del pueblo, y »circunstancias actuales, en la que se depositará la »autoridad hasta la reunión de las demás ciudades »y villas.» Este resultado alarmó al partido español y asustó al Cabildo, que al fin se dieron cuenta que se hallaban en presencia de una revolución radical.

El reloj del Cabildo daba las doce de la noche al

tiempo de terminarse la votación. Aquella fué la última hora de la dominación española en el Río de la Plata. La campana que debía tocar más adelante las alarmas de la Revolución, resonaba en aquel momento lenta y pausada sobre las cabezas de la primera asamblea popular que inauguró la libertad y proclamó los Derechos del Hombre en la patria de los argentinos. El 22 de mayo de 1810, es el día inicial de la Revolución Argentina, con formas orgánicas y propósitos deliberados.

CAPITULO X

La Revolución.—El 25 de mayo

1810

Intervención del pueblo en la política.—Reacción del Cabildo.—El Cabildo reasume el mando supremo.—Nombra al virrey presidente de una Junta de Gobierno.—Bosquejo de Constitución.—Indignación pública.—Retratos de French y Berutti.—Los Chisperos.—Tumulto popular.—Reuniones de los patriotas en la noche del 24 de mayo.—Escenas en el cuartel de Patricios.—Nueva intimación al virrey.—Renuncia la presidencia de la Junta.—Lucha entre el pueblo y el Cabildo.—Revolución del 25 de mayo.—Origen de los colores nacionales.—Creación de la Junta Gubernativa.—Plebiscito.—Primera Constitución política del pueblo argentino.—Instalación de la Junta.—Carácter de la Revolución.

Un nuevo actor del drama revolucionario va á presentarse en la escena política: el pueblo de la plaza pública, que no discute, pero que marcha en columna cerrada apoyando y á veces iniciando por instinto los grandes movimientos que deciden de sus destinos. Su actitud había sido pasiva, aunque decidida, en las peripecias que habían tenido lugar. Esperaba tranquilo el resultado de las deliberaciones de sus representantes legítimos, y confundido en las masas compactas de los batallones nativos, esperaba la señal de sus jefes para intervenir con las armas, si fuere nenecesario.

Tanto los patriotas que encabezaban el movimiento revolucionario, como los españoles que en el Cabildo abierto habían cedido al empuje de la opinión, todos pertenecían á lo que podía llamarse la parte aristocrática de la sociedad. Las tendencias de ambas fracciones eran esencialmente conservadoras en cuanto á la subsistencia del orden público, y esto hacía que se encontrasen de acuerdo en un punto capital, cual era

de impedir que el populacho tomase en la gestión de los negocios públicos una participación activa y directa. El populacho era un pueblo que había formado el ejército de la Reconquista, el que había obligado al Cabildo y la Audiencia en 1806 á deponer al virrey Sobremonte, y el mismo que, después de aclamar á Liniers por su caudillo, había hecho la defensa de Buenos Aires y consolidado con su decisión la preponderancia de los nativos sobre los españoles europeos. Esta era la gran reserva de la Revolución. Los patriotas moderados temían los desórdenes á que podía entregarse un pueblo repentinamente emancipado, y juzgando por lo que había acontecido en otros países, creían que el triunfo de la libertad sería manchado por excesos, que sólo podrían evitarse manteniendo la agitación de las regiones superiores de la sociedad, para resolver la crisis por medios puramente pacíficos y parlamentarios. Esto explica por qué la mayoría había delegado en el Cabildo la facultad de nombrar la Junta de Gobierno.

Los españoles, aprovechándose de las tendencias moderadas del partido patriota, procuraron neutralizar el triunfo del pueblo el 22 de mayo, y combatirlo en el terreno pacífico que él mismo había elegido para evolucionar. Acercáronse secretamente á los miembros del Cabildo que les pertenecían, y éstos, influyendo sobre los demás, lograron fijar las vacilaciones de aquella corporación, decidiéndola á eludir la voluntad del pueblo claramente manifestada. Considerándose el Cabildo árbitro de la situación, creyó dominarla completamente, accediendo á los deseos del pueblo en apariencia y burlando en realidad sus esperanzas.

Reunióse el Cabildo el día 23 por la mañana, y suspendiendo la continuación del Congreso por «inconveniente é innecesaria», acordó «que sin embargo »de haber á pluralidad de votos cesado en el man»do el virrey, no fuese separado absolutamente, sino »que se le nombrasen acompañados con quienes hu»biese de gobernar hasta la congregación de los di»putados del Virreinato.» Esto era lo mismo que Cis-

neros había insinuado en su proclama del 18, y lo que los ministros de la real Audiencia deseaban, para mantener el poder y la influencia en manos del partido metropolitano. El Cabildo, después de haber obedecido momentáneamente al impulso de la opinión pública se ponía imprudentemente á la cabeza de la contrarrevolución, abusando de la confianza que el pueblo había depositado en él.

La resolución del Cabildo sorprendió al mismo Cisneros por su audacia, y temeroso de comprometerse con el pueblo, pidió al Cabildo que previamente se pusiese de acuerdo con los comandantes de los cuerpos de la guarnición. Llamados éstos declararon, que «lo que el pueblo ansiaba era que se hiciese pública la cesación del virrey en el mando», en consecuencia, el Cabildo pidió una compañía de patricios para publicar el bando que declaraba caduca la autoridad del virrey, preparándose mientras tanto á llevar adelante la premeditada contrarrevolución.

Estas disposiciones reaccionarias del Cabildo no escaparon al ojo vigilante de la comisión directiva de la revolución de que formaba parte Belgrano, y cuya existencia se había hecho pública ya. Mientras el virrey descendía y el Cabildo trabajaba por levantarlo, la comisión directiva sentía dilatarse su esfera de acción, y veía que podía contar con un nuevo elemento que hasta entonces no había entrado en los cálculos de los patriotas sino como entidad pasiva. Este elemento era el pueblo, que según el plan acordado debía apoyar el movimiento, pero sin tomar en él una participación directa. Pero en presencia del giro inesperado que iban á tomar los sucesos, vieron que no podían prescindir de poner en movimiento esta palanca irresistible de las nuevas ideas. Desatado el torrente popular, no era posible darle dirección sino confundiéndolo con él, y la comisión directiva al comprenderlo así, dejó de ser desde ese momento la junta secreta de la Revolución y se convirtió en el núcleo indisoluble del partido revolucionario, afiliando en ella á los patriotas que más se habían distinguido en los

días anteriores. Esta nueva organización dió mayor confianza á los patriotas y les hizo esperar con más tranquilidad la resolución definitiva del Cabildo.

El día pasaba, la noche se acercaba y el bando de la deposición del virrey no se publicaba. Mientras tanto, el Cabildo continuaba su sesión secreta á puerta cerrada. El pueblo reunido en la Plaza y en la calle, empezó á entrar en sospechas y á agitarse por esta inexplicable demora. Para prevenir un estallido popular, Belgrano y Saavedra se constituyeron en diputados del pueblo, y penetrando en la Sala Capitular en que tenía lugar la sesión, se apersonaron al Cabildo haciéndole presente, que el pueblo estaba agitado por su tardanza en reasumir el mando supremo y anunciar públicamente la destitución del virrey. Los cabildantes contestaron, que la demora prevenía de que, habían acordado que á un mismo tiempo se publicase el bando de la cesación del virrey y el de la creación de la nueva Junta de Gobierno que debía sucederle. Al saber Belgrano y Saavedra que acababan de ser nombrados vocales de la proyectada Junta, en consorcio del virrey y de los miembros exaltados del partido español, declararon formalmente que se oponían á aquel nombramiento, que ellos por su parte no aceptaban; porque no era la ambición del mando sino el interés público lo que los movía, y que en cuanto á los demás vocales, los rechazaban, porque no merecían la confianza del pueblo; que era necesario aquietar al pueblo, insistiendo en que se publicase inmediatamente por bando la cesación del virrey en el mando, para que los vecinos se retirasen tranquilamente á sus casas antes de que anocheciese; y por último, que se dejase para el día siguiente la proclamación de la nueva junta, que en ningún caso debía ser compuesta de las personas nombradas, porque esto podría dar lugar á consecuencias funestas. El lenguaje moderado y firme de estos patriotas, tan desinteresados como amantes de los derechos del pueblo y de la conservación del orden, impuso al Cabildo, y lo hizo desistir en consecuencia de su proyecto, ordenando que en el acto

se publicase el bando que declaraba caduca la autoridad del virrey.

El sol se ponía en el horizonte, al mismo tiempo que una compañía de patricios mandada por don Eustaquio Díaz Vélez, anunciaba á son de cajas y voz de pregonero que el virrey de las Provincias del Río de la Plata había caducado, y que el Cabildo reasumía el mando supremo del Virreinato, por la voluntad del pueblo. Dueño el Cabildo de la suprema autoridad, creyóse en estado de dictar la ley al pueblo, interpretando su voluntad. El vértigo se apoderó de esta corporación, y desde ese momento fué el juguete ó de sus veleidades de dominación ó del embate de las olas populares. Reunido el Cabildo el día 24, procedió á nombrar una Junta de cuatro vocales, de la que debía tener la presidencia el virrey, conservando el mando superior de las armas. Para satisfacer las exigencias de los nativos, se incluyeron entre los vocales á don Cornelio Saavedra y don Juan José Castelli; y con otras medidas que se dictaron simultáneamente, pensó haber dominado completamente la crisis.

Debe decirse en homenaje á la verdad histórica, que al proceder así, el Cabildo aducía razones plausibles, y que estando animado de un espíritu conservador que se confundía con la reacción, procuraba satisfacer las legítimas exigencias de la Revolución, previniéndola por medio de una reforma pacífica y legal. El decía (y con mucha razón del punto de vista del derecho municipal y aun de la ley de las democracias) que si el virrey fuese absolutamente separado del mando, podrían las demás provincias del Virreinato no sujetarse á esta resolución dictada por el sólo municipio de Buenos Aires, ó cuando menos suscitarse dudas sobre ella, de lo que podrían sobrevenir males de gravedad, conviniendo por lo tanto que el virrey continuase en su puesto, hasta que se reuniera la Junta General ó Congreso de Diputados de todo el Virreinato.

A la vez de estatuir sobre este punto, nombrando la Junta Provisional antes indicada bajo la presiden-

cia del virrey, en que se daba representación á los revolucionarios, proclamando una amnistía absoluta y sin condiciones por los sucesos del día 22, el Cabildo dictaba una serie de reglas de gobierno, primer bosquejo de la Constitución de un pueblo libre formulado en América, que contenía en embrión los principios proclamados por las antiguas comunidades españolas y los autores de la Magna Carta. Por ellas se reservaba el Cabildo, como representante del pueblo y «para satisfacción» de éste, vigilar las operaciones del gobierno, con la facultad de reasumir el mando en caso que faltasen á sus deberes, creando así un contrapeso y un poder moderador. Se determinaba la incompatibilidad de las funciones judiciales y ejecutivas, definiendo y dividiendo las dos. La publicidad mensual de las cuentas del eraro público era otra de las reglas que se consignaban allí. En lo relativo á contribuciones, pechos y pensiones, se disponía no pudieran establecerse sin previa consulta y conformidad del Cabildo, que asumía así respecto del poder provisional la actitud de los antiguos parlamentos franceses y cortes españolas ante la corona. Por último, que sin pérdida de tiempo se convocase un Congreso General de Diputados, nombrados en Cabildos abiertos en todas las provincias, en representación de cada ciudad ó villa, los cuales, provistos de poderes municipales, estableciesen la forma de gobierno que consideraran más conveniente. Aquí se ve cómo habían cambiado los tiempos y progresado las ideas de buen gobierno.

Don Cornelio Saavedra, siempre inclinado á evitar los extremos, adoptó de buena fe el temperamento del Cabildo, y su voto arrastró el de los demás jefes de la fuerza armada, que se comprometieron á sostener la nueva autoridad que el Cabildo iba á instituir, interpretando ó falseando su mandato popular.

Fuerte el Cabildo con este apoyo y considerándose omnipotente, procedió á instalar la nueva Junta, devolviendo al virrey por medio de una intriga el poder que el pueblo le había arrebatado por una revolución pacífica y legal. Los repiques de campanas

y los cañones de La Fortaleza saludaron esta restauración del poder colonial, que debía ser de muy corta duración.

En el primer momento los patriotas quedaron desconcertados en vista de este resultado, que dejaba burladas sus esperanzas. Reposando sobre sus laureles se habían entregado á una ciega confianza, y repentinamente se veían casi inermes para vencer las nuevas resistencias, á causa de la circunstancia de haberse puesto Saavedra de parte de la nueva autoridad. La actitud del pueblo vino á resolver la dificultad. Levantándose espontáneamente á la altura de la situación, él fué quien restableció la lucha, alentando á los tímidos, comunicando nuevo brío á los valientes y removiendo con mano vigorosa las resistencias que se oponían á la marcha triunfante de la Revolución.

Apenas se supo la resolución del Cabildo, un sordo rumor de descontento, precursor de una tempestad, empezó á circular por las plazas y las calles. El día estaba opaco, lluvioso y frío, y sin embargo una gran concurrencia llenaba la Plaza. Chiclana, con rostro airado y talante amenazador, recorría los apiñados grupos de ciudadanos reunidos en la vereda ancha, que es hoy la Recoba Nueva. Encontrando á su paso á Beruti, E. Martínez, French, Melián y otros que hablaban con exaltación, se dirigió á ellos y les dijo en altas voces: «¿Por qué hemos de dejar que quede el virrey? ¿Por qué?» Aquellas palabras predispusieron á la multitud á hacer una manifestación de su fuerza. Sin embargo, su actitud fué por el momento pacífica, y poco á poco se dispersó para volver con nuevos bríos al terreno de la lucha, que era la plaza pública.

De entre aquella multitud vibrante de indignación y de entusiasmo se vió surgir una nueva entidad, activa, inteligente y audaz, que á la manera de las guerrillas que preceden la marcha de los ejércitos, era precursora del pueblo próximo á moverse en masa. Esta entidad era la juventud, que sin voz en los consejos, obedecía al impulso que le comunicaban los di-

rectores del movimiento. Organizados los jóvenes bajo la denominación de «Chisperos», que se había hecho popular en esos días, ellos eran los encargados de propagar el incendio revolucionario, haciéndose los heraldos de las buenas nuevas, constituyéndose en agentes oficiosos de la política popular, y transformándose en tribunos improvisados que elegían por campo de sus maniobras los cafés y los cuarteles, que eran entonces los centros de la opinión y de la fuerza. Distinguíase entre todos ellos D. Domingo French, carácter impetuoso y expansivo, á propósito para acaudillar grupos populares, y D. Antonio Luis Beruti, verboso, lleno de petulancia y animado por una chispa del fuego sagrado que iluminaba su fisonomía y calentaba su palabra. French era el agente popular de Belgrano, y Beruti lo era de Rodríguez Peña. A estos dos agitadores subalternos de la Revolución se deben las dos inspiraciones más hermosas del 25 de mayo como se verá más adelante.

Con tal disposición de parte del pueblo y con tales combustibles, el incendio se propagó rápidamente por toda la ciudad, y la nueva autoridad quedó aislada dentro de los muros de La Fortaleza. Cisneros, inerte y taciturno como de costumbre, veía á los patriotas invadir los cuarteles y apoderarse nuevamente del espíritu de las tropas, mientras él con el mando nominal de las armas, no podía contar sino con la fidelidad de los regimientos de Fijos y Dragones, cuerpos que estaban casi en esqueleto. Los españoles, intimidados ante la actitud decidida del pueblo y recordando la lección del 1.° de enero, no se atrevían á salir de sus casas. Sólo el Cabildo aparentaba energía, persistiendo en su error de considerarse árbitro de los destinos de un pueblo en fermentación. La agitación fué creciendo por grados, al mismo tiempo que los grupos de gentes se iban condensando en la Plaza Mayor. Por la tarde formóse una reunión numerosa de ciudadanos al pie de los balcones de las Casas Capitulares, protestando contra la resolución del Cabildo y pidiendo que se anulase la nueva autoridad.

En seguida reuniéronse los órganos más caracterizados de la agitación en la casa de Peña, que, durante aquellos días de crisis, fué el laboratorio de los planes revolucionarios. Veíase allí á Moreno, que hasta entonces había tomado poca parte en la agitación; á D. José Darragueira, D. Matías Irigoyen. D. Martín Thompson, D. José Tomás Guido, D. José Moldes, D. Juan R. Balcarce, D. Vicente López, D. Eustaquio Díaz Vélez, D. Enrique Martínez, D. Francisco Antonio Ocampo, D. Juan José Viamonte y D. Manuel Moreno, colaboradores activos en los trabajos de la comisión directiva. El alma bien templada de Peña daba tono á aquellas reuniones, que tenían para sus autores el interés dramático de una situación nueva. Castelli, que por la mañana había aceptado el puesto de vocal de la nueva Junta, poseído de una energía febril, estaba ahora por los partidos extremos y dominaba á todos con su elocuencia nerviósa. Vieytes, habitualmente reposado, manifestaba una resolución reconcentrada que imponía á sus amigos. El terrible Chiclana, hombre de acción espontánea y de buen sentido á la vez, respondía de la Legión Patricia, en la cual mandaba una compañía que estaba pronta á su voz; apoyado por los demás oficiales y contando con la cooperación de los cuerpos nativos, era el único que podía equilibrar la poderosa influencia de Saavedra. Belgrano, contra su costumbre, era de los más exaltados, y comunicaba su espíritu á los jóvenes que recién se ensayaban en aquellas agitaciones precursoras de la vida borrascosa de las repúblicas. La opinión estaba sin embargo dividida, aunque la mayoría se inclinaba á levantar resueltamente las armas para hacer cumplir las voluntades del pueblo. Otros más prudentes estaban por que se procurase hacer renunciar al virrey.—«¿Y si no renuncia?»—preguntó uno. Al oir aquella interrogación, Belgrano, que vestido de uniforme se hallaba reclinado en el sofá de una sala contigua, postrado por las vigilias de la Revolución, se levantó súbitamente, y «con el rostro encendido por la sangre generosa,» según la

expresión de un testigo presencial, dijo, paseando una mirada arrogante en torno suyo y llevando la mano á la cruz de su espada: «Juro á la patria y á mis com»pañeros, que si á las tres de la tarde del día de maña»na el virrey no ha renunciado, lo arrojaremos por las »ventanas de La Fortaleza abajo.» Estas valientes palabras hicieron profunda sensación, y fijaron todas las irresoluciones. El joven Vedia, que con otros varios de su misma edad había sido introducido en aquella noche al Club Patriota por la primera vez, dijo dirigiéndose á Belgrano: «Eso corre de nuestra cuenta,» llevando también la mano al puño de su espada y señalando á los militares que se hallaban presentes, que imitaron su gesto decidido. Esta escena animada que tenía algo de teatral, colmó la medida del entusiasmo.

Peña, aunque dotado de una gran energía, era un hombre positivo que aceptaba el entusiasmo como un auxiliar poderoso, pero que daba más importancia á las combinaciones políticas y á la sólida organización de los elementos materiales que debían apoyarlas. El fué uno de los primeros que puso su fortuna al servicio de la Revolución, iniciando la idea de una subscripción patriótica para asegurarse de las tropas; y el que, sintiendo la necesidad de contar con un núcleo de fuerza, imaginó construir en su quinta un palomar gigantesco, que les permitía tener reunido un número considerable de peones, los cuales componían la guardia de la comisión revolucionaria. Estos dos rasgos pintan al hombre generoso y valiente á la par que cauto. Por eso se inclinaba á que se buscara un medio pacífico y seguro, antes de apelar á las armas, y persuadía en este sentido á Belgrano y Chiclana, cuando supieron que los cuarteles estaban en grande agitación, y que el Regimiento de Patricios estaba próximo á salir formado á la Plaza y resolver la cuestión á balazos. La reunión diputó en el acto á Moreno, Irigoyen y Chiclana para que fuesen á contener aquel estallido de la indignación popular.

El cuartel de Patricios era al mismo tiempo el tea-

tro de otra escena no menos animada. La reunión popular de la Plaza, exaltada con la primera manifestación de descontento público al pie de los balcones del Cabildo, se había dirigido en masa al cuartel de Patricios, situado á espaldas de la iglesia del Colegio. Este cuartel había sido durante todo el día el punto de reunión de los patriotas. Los capitanes estaban al frente de sus compañías, y los oficiales de los demás cuerpos habían acudido allí para decidir á la tropa con su ejemplo. A los gritos del pueblo indignado, las compañías de Patricios acuarteladas fraternizaron con él con demostraciones de entusiasmo. Los oficiales del regimiento, unidos á los demás militares allí presentes y á los agitadores de la plaza pública, se reunieron en asamblea permanente en el salón de la mayoría. Casi todos estaban por que se pusiese inmediatamente la tropa sobre las armas y se resolviera la cuestión por la fuerza de las bayonetas, derribando la autoridad instituída por el Cabildo. Tal habría sido el resultado, si no hubiesen llegado á tiempo Chiclana, Irigoyen y D. Mariano Moreno, quienes consiguieron templar los ánimos acalorados, reduciéndolos á que al siguiente día se elevase una «Representación» al Cabildo, en que se exigiese el cumplimiento de la voluntad del pueblo legalmente expresada.

Esta variación en las ideas de Chiclana, tenían por origen una conferencia que había tenido con D. Cornelio Saavedra. Atado éste por su compromiso ante el Cabildo, por su posición de miembro del nuevo gobierno, y persuadido que el pueblo debía contentarse con el triunfo obtenido, dejando para más adelante el desarrollo de sus planes revolucionarios, se manifestó resuelto á oponerse á los proyectos de los que no se conformaban con la nueva combinación; pero convencido de la imposibilidad de luchar con el pueblo, y viendo el estado de efervescencia de su regimiento, ganado ya por la Revolución, exigió de Chiclana y de sus demás amigos que suspendiesen todo proceder violento, comprometiéndose él á arrancar del virrey y de los demás vocales una renuncia.

Don Cornelio Saavedra, asociado de Castelli, se presentó en la misma noche al virrey, intimándole que era forzoso dejase el mando, si no delegaba al menos el de las armas, porque el pueblo así lo quería. Cisneros, viéndose abandonado de todos, y que le faltaba su brazo fuerte, extendió en el acto su renuncia «que »firmaron con él sus nuevos colegas, diciendo que con»sideraban que este era el único medio de calmar la »agitación y efervescencia que se había renovado entre »las gentes.» Nadie durmió aquella noche en Buenos Aires, esperando con impaciencia las luces del nuevo día, que debía ser el más memorable de la historia argentina. La «Representación» que debía presentarse al Cabildo, circuló esa noche por toda la ciudad y se llenaba de firmas, mientras que French reuniendo los manolos del barrio del alto y Beruti encabezando á los ciudadanos más decididos, tomaban en la Plaza Mayor sus posiciones tácticas. Esta era la valiente vanguardia de la Revolución. Las tropas mientras tanto permanecían acuarteladas con los jefes y oficiales patriotas á la cabeza. Lo que se quería era hacer triunfar la Revolución sin emplear las bayonetas.

Amaneció por fin el 25 de mayo de 1810. El cielo estaba opaco y lluvioso como en el día anterior, y veíanse á lo largo de la vereda ancha, grupos de gentes envueltos en largos capotes, armados de estoques y pistolas, en cuyos rostros estaban dibujadas las fatigas del insomnio. El punto de reunión era una posada situada sobre la misma vereda, donde los ciudadanos se guarecían de la lluvia. French y Beruti dirigían las operaciones de esta reunión, en cuyos movimientos se notaba cierta organización que manifestaba estaban bien preparados para la lucha.

Reunióse temprano el Cabildo para tomar en consideración la renuncia del virrey y la representación del pueblo, manifestaciones del poder colonial que abdicaba en su impotencia y de la soberanía popular que se inauguraba. El Cabildo, con esa energía ficticia que es propia de las corporaciones que no son impulsadas por sus principios fijos, y que suplen la falta de me-

dios por la entereza de resoluciones que no han de ejecutar ellas mismas, había contestado verbalmente al virrey en la noche anterior, que no debía hacerse lugar á la petición del pueblo, y que á él le tocaba reprimir con la fuerza de las armas á los descontentos, haciéndolo responsable de las consecuencias.

Al mismo tiempo que en las galerías altas de la Casa Capitular se celebraba la sesión del Cabildo, una escena más animada se realizaba en la Plaza. Como la reunión se engrosara por momentos y fuese necesario darle una organización, imaginó French la adopción de un distintivo para los patriotas. Entró en una de las tiendas de La Recoba y tomó varias piezas de cintas blancas y celestes, colores popularizados por los patricios en sus uniformes desde las invasiones inglesas, y que había adoptado el pueblo como divisa de partido en los días anteriores. Apostando en seguida piquetes en las avenidas de la Plaza, los armó de tijeras y de cintas blancas y celestes, con orden de no dejar penetrar sino á los patriotas, y de hacerles poner el distintivo. Beruti fué el primero que enarboló en su sombrero los colores patrios que muy luego iban á recorrer triunfantes toda la América del Sur. Instantáneamente se vió toda la reunión popular con cintas celestes y blancas pendientes del pecho ó del sombrero. Tal fué el origen de los colores de la bandera argentina, cuya memoria se ha salvado por la tradición oral. Más tarde veremos á Belgrano ser el primero que enarbole esa bandera y el primero que la afirme con una victoria.

El pueblo, vestido con los colores del cielo, se dirigió en masa á los corredores de la Casa Capitular, acaudillado siempre por French y por Beruti. Estos dos tribunos, presidiendo una diputación, se apersonaron en la Sala de Sesiones y exigieron con firmeza que se cumpliese la voluntad del pueblo deponiendo al virrey del mando, increpando al Cabildo por haberse excedido de sus facultades, y acabando por anunciar que el tiempo era precioso y que la paciencia se agotaba. El Cabildo no creía en el pueblo. Le

parecía sin duda un sueño que en una colonia esclavizada surgiera repentinamente esta nueva entidad. Así fué que, en vez de acceder á sus deseos, mandó llamar á los comandantes de la fuerza armada para reprimir por medio de las armas lo que en su ceguedad consideraba como una asonada pasajera. Los comandantes hicieron caer la venda que cubría los ojos de los cabildantes. Todos ellos, á excepción de tres que guardaron un tímido silencio, declararon terminantemente que ni podían contrarrestar el descontento público, ni sostener al gobierno establecido, ni aun sostenerse á sí mismos, pues sus tropas estaban por el pueblo; que no veían más medio de impedir mayores males que la deposición del virrey, «porque así lo exigía la suprema ley.»

En aquel momento oyéronse grandes golpes dados sobre las puertas por la mano robusta del pueblo, dominando el tumulto las voces de French y de Beruti que repetían: «El pueblo quiere saber de lo que se trata.» Tuvo que salir el comandante D. Martín Rodríguez á aquietar á sus amigos asegurándoles que todo se arreglaría como lo deseaban. Don Martín Rodríguez era uno de los pocos comandantes que tenían la confianza del pueblo, y sus palabras contestadas con vivas serenaron la multitud. El Cabildo intimidado diputó dos de sus regidores, acompañados por el escribano de la corporación para «requerir al virrey »á que hiciese absoluta dimisión del gobierno, sin tra»ba ni restricción alguna, porque de lo contrario no »respondía de su vida ni de la tranquilidad pública.» Cisneros se sometió; pero queriendo protestar de violencia y fuerza, no se le admitió que lo hiciera.

Disponíase el Cabildo á acceder á los deseos manifestados por el pueblo; pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse á una nueva contrarrevolución. En el intervalo el fogoso Beruti iluminado por una de esas inspiraciones súbitas que definen una situación, tomó una pluma y escribió varios nombres en un papel. Era la lista de la futura Junta revolucio-

naria, que fué aceptada por aclamación popular, nombrándose una nueva diputación para que la impusiese al Cabildo.

Los diputados del pueblo comparecieron nuevamente á la barra del Ayuntamiento, no como peticionarios sino como embajadores del nuevo soberano. Declararon con entereza, que el pueblo había reasumido la soberanía delegada en el Cabildo; que era su voluntad se nombrase una nueva Junta compuesta de Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Passo y Moreno, decretándose en el acto una expedición militar para las provincias del interior, para que fuese portadora de las órdenes de la nueva autoridad. Esta misma petición fué presentada por escrito.

El Cabildo obcecado persistía en no creer en el pueblo, y exigía que se congregase en la Plaza para convencerse de que tal era su voluntad. Salió el Cabildo al balcón, y French y Beruti desplegaron al pie de él su batallón patriótico, que en aquel momento á causa de la lluvia y de lo avanzado de la hora, solamente contaba poco más de un centenar de hombres. No correspondiendo aquel número á la idea que el Cabildo se había formado de aquella entidad desconocida para él, gritó el síndico procurador: «¿Dónde está el pueblo?» A lo que contestaron varios, que se tocase la campana de Cabildo para que la población se congregara, y que si no se hacía por falta de badajo, ellos tocarían generala y abrirían los cuarteles, y que entonces vería el Cabildo dónde estaba el pueblo.

Cediendo á la presión popular, creyó al fin en el pueblo, é inclinándose ante su soberanía, proclamó bajo su dictado la nueva Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, con la precisa condición de que debía prepararse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para auxiliar á las provincias del interior, á fin de que eligieran libremente sus diputados. En seguida el Cabildo, desde lo alto de sus balcones, propuso al pueblo las bases constitutivas del nuevo orden de cosas, que fueron dis-

cutidas y votadas á la manera de las democracias antiguas, declarando que aquella «era su voluntad.» Inmediatamente se instaló la Junta Gubernativa, prestando juramento, promulgándose como Constitución las mismas reglas antes formuladas por el Cabildo, que establecían la división de los poderes, la responsabilidad de los funcionarios, la publicidad de las cuentas, la seguridad individual, el voto de las contribuciones por el municipio y la inmediata convocatoria del Congreso general que debía estatuir sobre todo, en nombre del pueblo, determinando definitivamente la forma de gobierno. Tal fué la primera Constitución política que tuvo el pueblo argentino. Hija de una revolución trascendental, y votada por un solo municipio; fundada sobre la base del derecho colonial, admitiendo como principio la representación de los Cabildos y haciendo intervenir la fuerza para promulgarla, ella contenía los únicos elementos de gobierno orgánico que por entonces poseyese la Colonia, y entrañaba los dos principios que debían pugnar hasta dar leyes coherentes apropiadas á su naturaleza, á aquel gigante informe que se llamaba el Virreinato del Río de la Plata.

El presidente de la nueva Junta, después de prestar el juramento de conservar fielmente su cargo y de mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII, guardando las leyes del reino, exhortó al pueblo al «orden,» á la «unión» y á la «fraternidad,» recomendándole estimación y respeto por la persona del virrey depuesto y su familia.

La Junta patriótica se instaló en La Fortaleza, morada de los antiguos mandatarios de la Colonia, y empezó á funcionar revolucionariamente invocando el nombre y la autoridad del rey de las Españas D. Fernando VII.

CAPITULO XI

Propaganda revolucionaria

1810

Belgrano como hombre de revolución y de gobierno.—Paralelo entre él y Moreno.—Biblioteca pública y Escuela de Matemáticas.—Bocetos de los miembros de la Junta Gubernativa.—La revolución se propaga.—Trabajos reaccionarios de los realistas.—Expedición á las Provincias del Interior.—Muerte de Liniers.—Expedición al Norte.—Estado de la opinión en el Paraguay.—Belgrano es nombrado representante de la Junta en la expedición al Norte.—Entusiasmo con que es recibido.—Organiza las fuerzas expedicionarias.—Funda los pueblos de Mandisovi y Curuzú-Cuatiá.—Abre su campaña sobre el Paraguay.—Proclama á los pueblos de Misiones.—El paso de la Candelaria en el Paraná.—Victoria de Suipacha en el Perú.

El nombramiento de vocal de la Junta revolucionaria fué para Belgrano una verdadera sorpresa, pues la confección de la lista había sido obra verdaderamente espontánea y popular. Así dice él: «Apareció »una Junta de la que era yo vocal, sin saber cómo ni »por dónde, en lo que no tuve poco sentimiento. Pero »era preciso corresponder á la confianza del pueblo y »me contraje al desempeño de esta obligación, asegu»rando, como aseguro á la faz del universo, que todas »mis ideas cambiaron, y ni una sola concedí á un obje»to particular, por más qué me interesase: el bien pú»blico estaba á todos instantes á mi vista.»

Belgrano no era un hombre de gobierno para épocas revolucionarias. Exento de ambición, manso por naturaleza y modesto por carácter, carecía de las calidades férreas que se requieren para dominar en los consejos ó para reprimir en la política el sello de sus ideas. Hombre de abnegación más bien que hombre de estado, tenía la fortaleza pasiva del sacrificio y del

deber, que impulsa al hombre á trabajar con tesón por el bien de sus semejantes, aspirando tan sólo á la satisfacción estoica de merecer la aprobación de su conciencia. Así vemos eclipsarse su figura en la Junta gubernativa, y brillar en primer término la gran figura política de D. Mariano Moreno, el omnipotente secretario del nuevo gobierno y el verdadero numen de la revolución democrática.

Moreno subordinó la revolución á su genio y Belgrano, infatigable obrero de la libertad y del progreso, se puso á su servicio. El uno era el hombre de las grandes vistas políticas, de las reformas atrevidas, de la iniciativa y de la propaganda revolucionaria en todo sentido: el otro era el hombre de los detalles administrativos, de la labor paciente, dispuesto igualmente á ser el héroe ó el mártir de la revolución, según se lo ordenase la ley inflexible del deber. Belgrano era ya el yunque de la Junta, Moreno el martillo. Entre los dos forjaban la espada de la revolución. Un vínculo común unía á estas dos naturalezas opuestas: el interés por la instrucción pública. Mientras Moreno fundaba la Biblioteca Pública y trazaba á grandes rasgos un programa de educación popular, para impedir, según decía él, que la sociedad se barbarizase por la tendencia invencible que la arrastraba á los campos de batalla, Belgrano, reanudando sus antiguas tareas, promovía en el gobierno la creación de una Academia de Matemáticas para ilustrar á los militares, la que se estableció en el mismo salón del Consulado, donde antiguamente había organizado su Escuela de Náutica y su Academia de Dibujo. Belgrano, nombrado protector de ella, decía en su discurso inaugural: «En este »establecimiento hallará el joven que se dedica á la »honrosa carrera de las armas, por sentir en su cora»zón aquellos efectos varoniles, que son los introducto»res al camino del heroísmo, todos los auxilios que »puede suministrar la ciencia matemática, aplicada al »arte mortífero, bien que necesario de la guerra.»

Belgrano y Moreno eran la más alta expresión de los elementos constitutivos del nuevo gobierno, armoni-

zados por el interés común. Sus demás colegas, ó reflejaban sus calidades ó cooperaban á sus trabajos ó corregían las exageraciones que eran propias de sus calidades. Castelli, era el patriotismo inteligente y exaltado; Passo, la razón tranquila y elevada; Larrea, el hombre práctico de negocios; Matheu, el representante vulgar de los españoles decididos por el nuevo orden de cosas; Alberti y Azcuénaga, el reflejo de las distintas clases de la sociedad conmovidas por las ideas liberales. Saavedra era el poder moderador de esta memorable corporación, que echó los fundamentos del gobierno democrático en el Río de la Plata.

El nuevo gobierno así compuesto, no perdió momentos en propagar la revolución por todo el Virreinato, invitando á los pueblos á seguir el ejemplo de Buenos Aires, á reunirse en asambleas populares y á nombrar diputados para formar un Congreso que decidiese de su suerte futura. Allí donde los pueblos pudieron expresar libremente su opinión, el pronunciamiento fué unánime. Maldonado y la Colonia en la banda oriental; las Misiones, Corrientes, la Bajada y Santa Fe á lo largo de ríos superiores; San Luis al interior de las Pampas; Mendoza y San Juan al pie de los Andes; Salta y Tucumán en las fronteras del Alto Perú, respondieron al llamamiento de la capital, siguiendo Chile poco después el mismo ejemplo.

El partido metropolitano no permanecía en la inacción, y reaccionaba á su vez contra la irrupción revolucionaria. Los jefes españoles del Alto Perú, que habían ahogado en sangre las revoluciones de La Paz y Chuquisaca en el año anterior, consiguieron apagar las chispas que iban á incendiar de nuevo á aquellos pueblos. Montevideo, que al principio pareció adherirse al movimiento revolucionario de Buenos Aires, se declaró al fin en abierta disidencia con la Junta gubernativa, reconociendo al Consejo de Regencia de la Monarquía española, cuya instalación se supo poco después de la revolución de mayo. El Paraguay asumió una posición equívoca, que el ejemplo de Montevideo transformó en una resistencia abierta. Liniers levantó

en Córdoba el estandarte real, dando á la reacción un jefe popular, y neutralizando con el prestigio de su nombre el pronunciamiento de aquel centro de población y de luces, profundamente conmovido por los trabajos revolucionarios del Deán Funes, el historiador del Río de la Plata. Mientras tanto, la marina española dominaba las aguas del Plata y sus afluentes, y la capital, sin fuerzas organizadas, carecía de medios militares para auxiliar á los pueblos y llevar hasta los confines del Virreinato el pendón revolucionario enarbolado el 25 de mayo.

Todo parecía haberlo previsto el pueblo el 25 de mayo. En la petición que elevó al Cabildo en aquel día, se pedía entre otras cosas, según queda explicado, que la Junta gubernativa debía establecerse «bajo la »expresa y precisa condición de que una vez insta»lada, se había de preparar en el término de quince »días una expedición de 500 hombres para auxiliar á »las provincias interiores, la cual debería marchar á »la mayor brevedad.»

A los doce días, una expedición de mil ciento cincuenta voluntarios á las órdenes del comandante de Arribeños, don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo y costeada por donativos espontáneos de los patriotas, partía de Buenos Aires para llevar los mandatos del pueblo en la punta de sus bayonetas. A los tres meses, la reacción del interior estaba completamente sofocada, y á los cuatro meses Liniers, el héroe de la Reconquista y la defensa vencido y prisionero, moría fusilado en la Cabeza del Tigre, decapitándose así la resistencia, y se extendía por todas partes el terror que el nuevo gobierno infundía á sus enemigos al ver sacrificada tan ilustre víctima. A los cinco meses, el ejército expedicionario de la Junta, reforzado en su marcha, invadía el Alto Perú, y don Antonio González Balcarce, su general en reemplazo de Ocampo, alcanzaba la primer victoria de la revolución en los campos de Suipacha el 7 de noviembre de 1810, y el Alto Perú se insurreccionaba en masa. Dominada la situación por estos medios vigorosos, la Junta envió un representante

de su seno para que dirigiese las operaciones políticas del Alto Perú. La elección recayó en el doctor Juan José Castelli, hombre de energía nerviosa, que acababa de presidir la trágica ejecución de la Cabeza del Tigre, quien inauguraba su comisión, copiada de la revolución francesa, junto con su terrorismo, mandando perecer en un cadalso, en ejecución de sus instrucciones, á los jefes militares y civiles de la resistencia española en el Alto Perú, Nieto, Córdoba y Sanz, en señal de que la guerra entre realistas y patriotas era á muerte. La revolución había laureado su bandera y teñídola en sangre.

Arregladas las primeras operaciones del interior, y preparadas las sucesivas, la Junta volvió sus miradas hacia la banda oriental, foco poderoso de reacción que amenazaba la existencia de la revolución. Necesitábase allí un gobernante prudente y un general experto, y Belgrano fué investido con este doble carácter (4 de septiembre de 1810) con el encargo de proteger los pueblos de la banda oriental, y levantar en ellos nuevas fuerzas. Muy luego (el 24 del mismo), se extendió su autoridad á Corrientes y al Paraguay, acordándose definitivamente que abriría su campaña sobre esta provincia.

Un emisario de la Junta le había informado, que en el Paraguay era poderoso el partido en favor de la revolución, y que bastarían doscientos hombres para derribar al gobernador Velazco y á los mandones que lo oprimían. Nada de esto era cierto.

Aunque al principio el Paraguay no se resistiese á reconocer á la Junta de Buenos Aires, la elección del emisario, el coronel de milicias don José Espínola (paraguayo), había variado completamente las disposiciones de los habitantes. Era Espínola universalmente odiado por sus paisanos, por haber sido el principal agente del bárbaro despotismo del gobernador don Lázaro de Rivera, antecesor de Velazco. La administración de éste era por el contrario suave y mansa, como lo era la índole de los hombres que gobernaba; y por su parte se inclinaba más bien á re-

conocer el nuevo orden de cosas, que á ponerse en pugna con él, pues estaba persuadido que la España había sucumbido. Pero los principales jefes de las tropas nativas, tanto en odio á Espínola cuanto por espíritu de localismo, se declararon contra la Junta gubernativa, y dominando al Cabildo hicieron que esta corporación se sobrepusiera á la autoridad del gobernador, exigiendo que ella tomase participación en el mando, á lo que Velazco accedió, quedando así rotas las relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay. Por consecuencia, aun cuando el partido de los nativos fuese preponderante, no era cierto que estuviese oprimido, ni que hubiera entusiasmo por la causa de la revolución.

Así dice Belgrano al hablar de su campaña al Paraguay: «Esta expedición sólo pudo caber en cabezas »acaloradas que no veían sino su objeto, y para las »que nada era difícil, porque no reflexionaban, ni te»nían conocimientos.» El mismo participó, empero, de estas ilusiones, persuadido que al solo nombre de libertad se conmoverían los pueblos y volarían á engrosar sus filas.

Como plantel del nuevo ejército revolucionario, se destinaron 200 hombres de la guarnición de Buenos Aires, entresacados de los cuerpos de Arribeños, Pardos y Morenos y del batallón de Granaderos de Fernando VII. Estas fuerzas, reunidas á diversos piquetes diseminados en las costas del Paraná, y á las milicias de Misiones y de Corrientes, se pusieron á disposición de Belgrano. General improvisado por la revolución y animado de su heroico espíritu, salió Belgrano á tomar el mando que se le confiaba, y el 28 de septiembre llegó á San Nicolás de los Arroyos. Allí encontró 357 hombres, de los cuales sólo 60 eran veteranos, pertenecientes al famoso Regimiento de Blandengues de la Frontera, que acababa de tomar el título de Regimiento de Caballería de la Patria. El resto eran milicianos, de los que dice él mismo en su oficio á la Junta: «Los soldados todos son bisoños y los más

huyen la cara para hacer fuego.» Del armamento dice: «Las carabinas son malísimas, y á los tres tiros quedan inútiles.»

De San Nicolás trasladóse á Santa Fe, y después de revistar como general otro piquete de 40 Blandengues que allí existía, pasaba á inspeccionar como representante del gobierno la escuela de la ciudad. Notando la poca asistencia de los niños, reconvino por ello al Cabildo, recomendándole amonestase á los padres de familia para que no distrajesen á sus hijos del cultivo de sus tiernas inteligencias, pues la patria necesitaba de ciudadanos instruídos. Al mismo tiempo escribía á la Junta, haciéndole presente, que habiendo observado que aun se enterraba en las iglesias, debían tomarse medidas para cortar este abuso. Estos rasgos manifiestan cuánta era su solicitud por la educación y por el bienestar de la sociedad, aun en medio de sus acontecimientos militares. En el curso de su carrera, veremos repetirse en escala mayor esos mismos rasgos, característicos en él.

El pueblo de la Bajada del Paraná era el punto de reunión de las fuerzas expedicionarias. Allí llegó el representante de la Junta el 16 de octubre y fué acogido con verdadero entusiasmo, recibiendo del vecindario un donativo de 700 caballos, promovido por el alcalde don Juan Garrigó. Pocos vecinos dejaron de llevar su ofrenda al altar de la patria, distinguiéndose principalmente los más pobres. Una señora de mediana fortuna, llamada doña Gregoria Pérez, le escribió una carta, en la cual le decía: «Pongo á la »orden y disposición de V. E. mis haciendas, casas y »criados, desde el río Feliciano hasta el puesto de las »Estacas, en cuyo trecho es V. E. dueño de mis cor»tos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al ejér»cito de su mando, sin interés alguno.» Belgrano le contestó de su puño y letra: «Usted ha conmovido todos »los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, »al manifestarme los suyos tan llenos del más gene»roso patriotismo. La Junta colocará á usted en el »catálogo de los beneméritos de la patria, para ejem-

»plo de los poderosos que la miran con frialdad.» Así eran las mujeres en aquellos tiempos.

Habiéndose reunido en la Bajada una división de 750 hombres, entre los que se contaba un escuadrón de nueva creación de milicias del Paraná, y una batería de artillería de cuatro piezas de á 2 y dos de á 4, recibió el general en jefe oficio de la Junta, anunciándole el envío de 200 Patricios más, por considerar la empresa más ardua de lo que se había creído. Con este refuerzo, el total del ejército expedicionario completó un efectivo de 950 hombres, de los cuales una mitad era de caballería y la otra de infantería. El general organizó su pequeño ejército en cuatro divisiones con una pieza de artillería cada una, equilibrando en ellas las otras dos armas. Desde entonces, empezó Belgrano á manifestar su aptitud como administrador y organizador militar, y á desplegar las calidades de mando de que estaba dotado por la naturaleza. Su espíritu metódico y su carácter inflexiblemente recto, adquirió mayor rigidez en el ejercicio del mando, y contrájose con tesón á establecer la más severa disciplina en las tropas. Impregnado de las reglas disciplinarias de la antigua milicia romana, se propuso tomarla por modelo, y formar á su ejemplo soldados dignos de un pueblo libre; y llegó á conseguirlo empleando alternativamente la persuasión y el castigo, y sobre todo, vigilando constantemente sobre el cumplimiento de sus órdenes. Esto le granjeó el respeto de sus subordinados y le dió sobre ellos esa autoridad moral, que sólo los caracteres bien templados saben conquistar y mantener en los campamentos.

A fines de octubre, las fuerzas expedicionarias se pusieron en marcha con dirección á Curuzú Cuatiá, punto céntrico del vasto territorio que limitan los grandes ríos Paraná y Uruguay. Al llegar á Curuzú Cuatiá supo que una columna de observación de 1.200 portugueses se había situado en Ibirapuitá, sobre las Misiones orientales, al mismo tiempo que una escuadrilla de faluchos salida de Montevideo, con 300 hom-

bres al mando del capitán de navío Michelena, se había apoderado del Arroyo de la China.

Desde Curuzú Cuatiá ordenó el general al coronel Rocamora, teniente gobernador de las Misiones, que se le incorporase con las milicias de su jurisdicción, las cuales nunca llegaron á tiempo de entrar en campaña. Belgrano, en el interés de ocultar á los paraguayos el punto preciso del Paraná, por donde pensaba efectuar su invasión, había elegido el punto céntrico de Curuzú Cuatiá, y con el mismo objeto trazó el itinerario de Rocamora, desde Yapeyú hasta el paso de Capitá-Miní en el río de Corrientes, alargando inútilmente su camino, con lo que se privó del auxilio de 400 hombres, que más tarde echó de menos.

Mientras se consolidaba la organización del ejército en Curuzú-Cuatiá, su general en jefe siempre solícito por la suerte de los pueblos, señalaba su tránsito por aquella comarca con nuevos beneficios. Durante su permanencia en el campamento trazó los pueblos de Mandisoví y Curuzú Cuatiá, decretando su fundación como representante de la Junta. Las calles fueron delineadas á medios vientos, con el ancho de veinte varas, divididas en manzanas de 100 varas, con dos leguas de ejido, y ordenó que del producto de la venta de solares se formase un fondo para el fomento de las escuelas, poniendo el capital á réditos, «sin perjuicio »de obligar á los pudientes á que hayan de satisfacer »cuatro reales al maestro por cada uno de sus hijos, »hasta que se doten bien de fondos públicos.» Reconcentró la población diseminada en la campaña, la reunió alrededor de la escuela y de la iglesia, que eran sus dos piedras angulares de la civilización y la libertad, y redujo á los estancieros á tener casas en los pueblos, pues como lo dice él mismo: «No podía ver sin »dolor que las gentes de la campaña viviesen tan dis»tantes unas de otras lo más de su vida, ó tal vez en »toda ella estuviesen sin oir la voz del pastor eclesiás»tico, fuera del ojo del juez, y sin un recurso para »lograr alguna educación.» Y como si estos beneficios que derramaba á lo largo de su camino, no bastaran

á satisfacer su anhelo por el bien, pedía poco después una cantidad de virus vacuno para prevenir la epidemia de viruelas, que en el año anterior había diezmado los pueblos de Misiones.

De este modo velaba sobre la felicidad común, sin descuidar sus deberes militares, siendo digno de notarse que en el mismo día que pedía el virus vacuno para prevenir la muerte de sus semejantes, pedía la última pena contra los desertores de su ejército, dos de los cuales había hecho ya pasar por las armas, previas las formalidades de ordenanza. Así se dividían el imperio de esta alma rígida y sensible al mismo tiempo, el amor del bien y el espíritu de orden, que fueron las dos austeras pasiones de su vida.

A fines de noviembre se puso en marcha el pequeño ejército expedicionario, que entonces contaba poco más de mil hombres, y recorriendo campos desiertos y retardado por las lluvias, despuntó Pay-Ubre, atravesó el río Corrientes á nado por el paso de Caaguazú; y por el camino del centro salvó los esteros que desaguan en la famosa laguna Iberá, llegando el 4 de diciembre á la costa del Paraná, frente á la isla de Apipé. Desde este punto expidió una proclama á los naturales de Misiones, en que habla á los pueblos emancipados, el lenguaje de un libertador. «La Excelentísima Junta gubernativa, á nombre de S. M. el señor don Fernando VII, me manda á restituiros á vuestros derechos de libertad, propiedad y seguridad de que habéis estado privados por tantas generaciones, sirviéndole como esclavos á los que han tratado únicamente de enriquecerse á costa de vuestros sudores, y aun de vuestra propia sangre.» Aquí vemos ya al defensor de los derechos del hombre, en sus ilusiones y aspiraciones, anatematizar en nombre del rey absoluto la larga tiranía de tres siglos que había pesado sobre la América.

Con anticipación (20 de diciembre) había ordenado al teniente gobernador de Corrientes, don Elías Galván, pusiese 300 correntinos sobre el paso del Rey ó de Itatí en el Paraná, lugar poco distante del punto

donde el río Paraguay derrama sus aguas en el Paraná. El objeto de esta medida era llamar la atención de los paraguayos por aquel lado, impidiendo así que su escuadrilla remontara el río y viniera á dificultar su pasaje más arriba. Con estas precauciones estableció definitivamente su cuartel general en la Candelaria, antigua capital del extinto imperio jesuítico. Por allí se decidió el general á efectuar el pasaje, á pesar de que una división de quinientos hombres al mando del comandante paraguayo, don Pablo Thompson, guardaba la margen opuesta.

Los paraguayos habían retirado todas las embarcaciones del río; así es que tuvo que construir una escuadrilla compuesta de un gran número de botes de cuero, algunas canoas y grandes balsas de madera del bosque, capaces de contener sesenta hombres formados cada una; y una, mayor que todas, á manera de batería flotante, calculada para poder soportar un cañón de á 4 haciendo fuego: pues se esperaba que el desembarco se efectuaría á viva fuerza. La empresa era ardua. El Paraná tiene frente á la Candelaria novecientas varas de ancho, y el caudal de las aguas dando más rapidez á las corrientes en aquel punto, hace que con balsas sólo pueda atravesarse recorriendo diagonal mente una extensión como de legua y media, á fin de poder tomar puerto en un claro del bosque llamado el Campichuelo, único punto accesible de la costa, que era precisamente la posición que ocupaba la avanzada paraguaya.

Tomadas estas disposiciones, se preparaba á abrir la campaña que iba á poner á prueba el temple de su alma y el de sus soldados.

CAPITULO XII

Paraguay

1810-1811

Noticias históricas sobre el Paraguay.—Descripción topográfica del país.—Comunicaciones entre Belgrano y las autoridades paraguayas.—Se rompen las hostilidades.—Belgrano pasa el Paraná con sus fuerzas.—Combates parciales.—Errores de Belgrano.—Plan defensivo de los paraguayos.—El gobernador Velazco.—Obstáculos que encuentran los invasores.—Refriega de Maracaná.—Se avistan los dos ejércitos.—El cerro de la Fantasma.—Resolución heroica de Belgrano.—Preparativos de combate.—Batalla de Paraguary.—Muerte de Espínola.—Retirada del campo de batalla.—Hace alto en el Tacuary.—Mala situación en que se coloca.

El Paraguay, cuna de la civilización del Río de la Plata, era ya en 1810 el país más atrasado y más oprimido de la América del Sur. Poblado en 1536 por los restos de la expedición de don Pedro Mendoza, escapados á las llamas y al hambre que puso término á la primera población de Buenos Aires, tuvo por progenitores, la raza varonil cuya fisonomía hemos bosquejado ya, la que fundó una colonia turbulenta, despedazada por las facciones. Según se dijo antes, un hombre de genio, del temple férreo de los Corteses y Pizarros, hizo surgir el orden del seno de aquella sociedad embrionaria, siendo Domingo Martínez Irala quien dotó al Paraguay de sus primeras instituciones, despertando por medio de ellas el espíritu municipal de la colonia, y operando al mismo tiempo la fusión de la raza indígena y de la raza europea.

El espíritu municipal, la fusión de las razas, y la influencia teocrática de las misiones jesuíticas, forman como se ha visto el gran nudo de la historia del Paraguay. Esta colonia, tan pacífica al tiempo de

estallar la revolución, que había vivido antes en perpetua agitación, sosteniendo sus fueros y franquicias en pugna con las tendencias invasoras del poder real y del espíritu teocrático; que había tenido sus comuneros y su Padilla decapitado en un cadalso, era á la sazón un pueblo sin vitalidad y sin energía moral. La sangre indígena había predominado al fin sobre la sangre europea, y la disciplina teocrática domado sus instintos de libertad. Las madres americanas, transmitiendo á sus descendientes su índole suave, su idioma y su temperamento, inocularon en sus venas la pereza. Esta acción, combinada con la influencia del clima tropical, había enervado la raza primitiva, que conservaba empero algunos rasgos de su noble origen y de su fecundo consorcio. Los dones espontáneos de la naturaleza, derramados en toda la extensión de aquel suelo privilegiado, despojando al trabajo de sus enérgicos estímulos, acabaron por entregar aquella población indolente y mediterránea á la avaricia rapaz de los explotadores de la madre patria.

Aun mucho después de haberse modificado el régimen colonial en una gran parte de la América Española, el Paraguay se hallaba sometido á los más inmorales monopolios y á los más duros servicios personales. Al tiempo de estallar la revolución en Buenos Aires, el régimen administrativo era allí el mismo, aunque suavizado por el carácter blando del gobernador Velazco, y los naturales, á la vez que se quejaban de los abusos de que eran víctimas, estaban agradecidos á las bondades que su jefe les dispensaba y soportaban su suerte con paciencia. En un país socialmente constituído de este modo, no eran de esperarse las explosiones de entusiasmo con que se alucinó la Junta gubernativa, y con que se halagaba Belgrano al tiempo de abrir su campaña.

La naturaleza del terreno en que iba á operar hacía más difícil la empresa. El territorio del Paraguay es una especie de delta, en cuanto á su configuración general circunscripto por los grandes ríos Alto Paraná y Paraguay, que se unen en su extremidad sur, for-

mando un ángulo al derramar juntos sus aguas en el Bajo Paraná. Estos dos ríos, son sus fronteras naturales en más de cuatro quintas partes de su extensión por el sur, el este y el oeste. Una espesa cortina de bosques , que se prolongan al interior, limita por todas partes aquella misteriosa región que la naturaleza ha adornado con todas las galas tropicales, y que el Creador ha colmado con sus dones. Largas cadenas de esteros y pantanos, producidos por la horizontalidad del suelo y poblados por millares de cocodrilos («yacarés») y de víboras ponzoñosas, se extienden á lo largo de las costas del Paraná, impregnando la atmósfera de emanaciones enervantes, que engendran fiebres palúdicas.

De las montañas del Brasil, que limitan uno de los tres grandes sistemas hidrográficos que se desenvuelven al este de la Cordillera de los Andes, se destaca á la manera de un extenso contrafuerte un cordón de sierras bajas, que al dividir longitudinalmente el Paraguay, determina á su vez otros dos sistemas secundarios que corresponden á las cuencas de los dos grandes ríos que lo limitan. El caudal de aguas que corresponden á las corrientes que se derraman en el Paraguay, es formado por una red de ríos y de arroyos caudalosos en que los bosques ocupan el espacio que dejan libre sus corrientes. Entre el Paraná por la parte de Corrientes y de las Misiones y la capital de la Asunción, el más considerable de estos ríos es el Tebicuary-Guazú que trae su origen de la mencionada cordillera que corre paralelamente al Alto Paraná y corta por consiguiente el país de este á oeste. El Tebicuary-Miní, que es uno de sus más ricos tributarios, y que se precipita perpendicularmente en él, determina otra subdivisión del país desde la altura de la capital, formando así un sistema natural de defensas, que hacen peligrosísimas las operaciones de todo invasor, aparte de las dificultades que ofrecen sus fronteras fluviales, sus costas inaccesibles, bajas y anegadizas, sin puertos y sin caminos practicables hacia el interior.

Tal es el país que iba á servir de teatro á las operaciones del reducido ejército de la Junta gubernativa, que al tiempo de abrir su campaña, apenas contaba ochocientos hombres sobre las armas.

Desde que llegó á la costa del Paraná, el primer paso del general en jefe fué proponer un armisticio á las fuerzas que guarnecían la margen opuesta, y escribir al gobernador Velazco, al obispo y al Cabildo de la Asunción, invitándolos á someterse á la Junta, á fin de que se nombrase el diputado que debía concurrir al Congreso general. En su oficio á Velazco (diciembre 6) le decía: «Traigo conmigo la persuasión y »la fuerza, y no puedo dudar que V. S. admita la pri»mera, excusando la efusión de sangre entre her»manos, hijos de un mismo suelo y vasallos de »un mismo rey. No se persuada Vuestra Señoría que »esto sea temor: mis tropas son superiores á las de »V. S. en entusiasmo, porque defienden la causa de »la patria y del rey bajo los principios de la sana »razón, y las de V. S. sólo defienden su persona.» El conductor de estas comunicaciones, D. Ignacio Warnes, secretario de Belgrano, fué remitido con una barra de grillos á la Asunción; y á pesar de las órdenes de Velazco para que lo aliviasen de ellos, sus guardianes, que eran naturales del país, agravaron sus padecimientos, violando las leyes de la humanidad y de la guerra. Esto prueba lo que hemos dicho ya respecto de la disposición de los naturales.

Al tiempo de declarar el armisticio, escribía al jefe enemigo (diciembre 6) de la banda opuesta, incluyéndole copia de los oficios que dirigía á la Asunción, y le decía: «Traigo la paz, la unión, la amistad en mis »manos para los que me reciban como deben; del »mismo modo traigo la guerra y la desolación para los »que no aceptaren aquellos bienes.» El comandante Thompson, contestaba con fecha 12 de diciembre estas palabras bíblicas, aceptando el armisticio mientras se recibía la contestación del gobernador Velazco. En el mismo día que se aceptaba este compromiso solemne por parte de aquel jefe, una partida de paraguayos

atravesaba el Paraná y cometía varias hostilidades en el territorio ocupado por el ejército patriota. En consecuencia, Belgrano declaró roto el armisticio el 17 de diciembre previniendo: «Que hiciese entender á todos, »que iba á pasar por el Paraná, y que el europeo que »tomase con las armas en la mano ó fuera de sus ho»gares sería inmediatamente arcabuceado, como lo se»ría igualmente el natural de Paraguay ó de cualquier »otro país que hiciese fuego sobre las tropas de su »mando.» Al hacer esta intimación, Belgrano obedecía las instrucciones de la Junta, cuya política terrorista era, como se ha visto, una reminiscencia de la revolución francesa. Thompson contestó el 18 desde su campamento de Itapuá, rechazando con dignidad la inculpación de haber quebrantado el armisticio. El jefe de la estacada del Campichuelo, á quien dirigió igual intimación en nombre de Fernando VII, contestó con mucha propiedad «que nada tenía contra su muy amado soberano sino defender sus Estados.»

Declaradas las hostilidades, dispúsose el general á efectuar el pasaje del gran río. El 18 por la tarde hizo bajar las tropas al puerto, revistándolas y proclamándolas, según el lenguaje convencional adoptado por los revolucionarios, en nombre de Fernando VII y en contra de los agentes de Napoleón, como se llamaba á los españoles realistas. Todo esto se realizaba á la vista del enemigo. A las once de la noche hizo adelantar una partida de doce hombres, la que logró sorprender una guardia avanzada del enemigo, tomándole dos prisioneros, arrebatarle las armas é infundir el terror en todos sus puestos, en la persuasión que todo el ejército patriota pisaba ya el territorio paraguayo. Aprovechándose de esta primera impresión, emprendió el pasaje á las tres y media de la mañana, y al despuntar el alba del día 19 una gran parte de las fuerzas expedicionarias tomaba punto en la orilla opuesta.

Era urgente reunir las fuerzas diseminadas en el bosque, antes que el enemigo reparase en ello, y aquella operación no podía verificarse sino en el Campi-

chuelo, que era el terreno que defendía la avanzada paraguaya, fortificada con tres piezas de artillería. Belgrano ordenó al mayor general Machain que forzase la posición, pero antes de que este jefe hubiese podido reunir 27 hombres, el impetuoso joven D. Manuel Artigas, ayudante del general en jefe, seguido de D. Manuel Espínola, de D. Jerónimo Elguera y de siete hombres que le acompañaban, avanzó denodadamente sobre los cañones enemigos, sufriendo siete disparos, y poniendo en fuga á 54 hombres que lo sostenían, los ametralló por la espalda con su propia artillería, y apoderóse de una bandera sin perder un solo hombre. Mientras tanto, el resto de la fuerza patriota reunida en el Campichuelo apoyando el atrevido avance de Artigas, marchaba sobre el campo enemigo y se apoderaba de él sin resistencia, poniéndose Thompson con su división en retirada hacia el pueblo de Itapuá, distante cuatro leguas, el que evacuó en el acto. El mayor general, con la vanguardia, se posesionó del pueblo en el mismo día, atravesando los pantanos que lo defienden, apoderóse de 60 canoas, un cañón pequeño y algunas armas y municiones.

Belgrano dió á la jornada de este día más importancia de la que realmente tenía. Era su primer ensayo militar como general en jefe, y era natural que graduase su mérito por los afanes que le había costado el pasaje del río. Esto le hizo descuidar las precauciones y cometer dos graves errores militares. El primero fué no esperar la incorporación del coronel Rocamora, que venía á reforzar su columna con cuatrocientos hombres de las milicias de Misiones y dos piezas de artillería; y el segundo desprenderse de una compañía de caballería de línea que dejó cubriendo el paso de la Candelaria, fuerzas que echó de menos el día del peligro. Contribuyó á esto el que, no conociendo el plan de defensa del enemigo, había esperado encontrar las mayores resistencias en la frontera, y estaba en la persuasión de haberlas superado en su mayor parte.

Las fuerzas paraguayas que guarnecían el Paraná

desde Nambucú hasta Itapuá, eran simples divisiones de observación. El general de los Paraguayos era un militar bastante entendido para cometer el error de pretender cerrar con tropas bisoñas la barrera del Paraná, exponiéndose por la larga línea que tenía que abrazar, ó ser batido en «detall», ó á tener que combatir en un campo elegido por el enemigo. Velazco había hecho la guerra del Rosellón contra los franceses, y habíase distinguido por su valor en defensa de Buenos Aires, por lo tanto tenía sobre su competidor la ventaja de la experiencia en las grandes operaciones de la guerra. El comprendió desde luego, que cuanto más se internase el ejército patriota, y más se alejara de su base de operaciones, mayores serían las dificultades que tendría que vencer y más desairosa sería su retirada ó su derrota. Abandonándole, pues, una extensión de territorio despoblado por la emigración en masa, cortado por ríos y pantanos henchidos por las copiosas lluvias de la estación, y totalmente desprovisto de recursos, le oponía por primer enemigo á la naturaleza misma; mientras que él, tomando una posición central más á retaguardia, podía contar con mayores recursos; cubría mejor la capital, que era el objetivo estratégico, y lo obligaba á la batalla en el terreno que él eligiera de antemano.

La línea natural de operaciones del ejército paraguayo era el Tebicuary-Guazú, y esta fué precisamente la que meditó ocupar el gobernador Velazco; pero careciendo de los medios suficientes de transporte para ello, reconcentró su defensa, y se situó en el punto llamado Paraguary, antiguo colegio de los jesuítas, á diez y ocho leguas de la Asunción. Desde este punto cubría la capital y cerraba la entrada de los valles. Esta posición, fuerte por la naturaleza, estaba resguardada por el flanco derecho y asegurada por la retaguardia por el Caañabé, caudaloso tributario del Paraguay, defendido por una cadena de pantanos intransitables, que borda su margen izquierda.

El ejército paraguayo, fuerte de 7.062, ó de «más de 6.000 hombres,» según el mismo Velazco, se hizo fuer-

te en esa posición, y apoyó su espalda en el Yuquery, gajo del Caañabé, escondiendo su izquierda en la espesura de los bosques que limita la planicie que se extiende delante del Paraguay. Diez y seis piezas cubiertas por fortificaciones pasajeras defendían los pasos del Yuquery y barrían la planicie, las que eran sostenidas por 800 infantes de fusil, europeos en su mayor parte, y á más por dos divisiones de caballería, que bajo las inmediatas órdenes de Velazco formaban el núcleo de las líneas del Paraguay. El resto del ejército, dividido en dos cuerpos, se componía do las milicias de caballería del país, y ocupaba los pasos y las nacientes del Caañabé, prontas á replegarse á su reserva y apoyar sus flancos ó su espalda en la fuerte posición elegida. En esta disposición esperaba Velazco la invasión de Belgrano, quien necesariamente debía encontrarse con el ejército paraguayo en su camino á la capital, que distaba cerca de cien leguàs de Itapuá, donde á la sazón se hallaba el pequeño ejército patriota.

Belgrano emprendió su marcha el 25 de diciembre con dirección al Tebicuary-Guazú, en el punto en que el Tebicuary-Miní forma barra con él, con el objeto de evitar el pasaje de este río, acercándose lo más posible á la capital por el camino más corto. Desde el Tacuary, río que se derrama en el Paraná entre San Cosme é Itapuá, había empezado á comprender que se hallaba en país enemigo, y que no debía contar con más recursos que los que llevaba. Los pueblos estaban desiertos, las casas de campo abandonadas y los ganados habían sido retirados: las poblaciones habían emigrado en masa barriendo el terreno que pisaban los invasores.

En precaución de los obstáculos que le esperaban, Belgrano había hecho montar en ruedas el gran bote de cuero, de modo que, la capitana de la escuadrilla formada en la Candelaria, se vió seguir las marchas de la columna expedicionaria arrastrada por ocho yuntas de bueyes. A esta precaución, que hizo murmurar á algunos militares noveles, debió más tarde el ejér-

cito su salvación. Desde Tacuary empezó á prestar el bote sus servicios, y ya todos comprendieron que aquella fácil navecilla que atravesaba los ríos y los bosques solitarios, llevaba consigo las armas de la revolución y su fortuna.

En marcha el ejército, supo el general en jefe que Rocamora había llegado al paso de Itapuá con 400 milicianos de las Misiones y dos piezas de artillería. Le ordenó que pasara el Paraná, y que continuase á marchas forzadas hasta incorporársele. Pero cuando llegó al Tebicuary (7 de enero de 1811) y vió nuevas casas abandonadas, y que no se le presentaba ni un hombre, ya empezó á pensar en asegurar un camino militar en el caso probable de una retirada y cometió el error de esterilizar aquel refuerzo destinándolo á conservar franco el paso del Tebicuary, donde dejó una parte de sus carretas.

Mientras tanto, las fuerzas de observación que se replegaban de las costas del Paraná, siguiendo por los flancos de la columna patriota, le obligaban á marchar reconcentrado, y le impedían extenderse en el país para buscar los recursos de que carecía. A pesar de estas dificultades, logróse reunir un número de 750 caballos, con lo cual pudieron desprenderse algunas gruesas partidas de caballería y de infantería montada, que ensanchaban el círculo de acción de los invasores.

Antes de emprender el paso del Tebicuary, se empeñó en el bosque de Maracaná una refriega entre una compañía de Patricios de Buenos Aires al mando de D. Gregorio Pedriel y un destacamento paraguayo. Los Patricios, echando pie á tierra forzaron el bosque, dispersándose los paraguayos en la espesura después de hacer una descarga, y dejaron en el campo algunas armas y dos prisioneros. De estos prisioneros uno era español, y por la circunstancia de encontrársele armado de sable y pistolas, fué pasado en el acto por las armas, según las órdenes de la Junta intimadas por Belgrano. Esta ejecución bárbara es la única mancha de su campaña al Paraguay, y la explica, ya que

no la disculpa, el odio contra los españoles, que la revolución había hecho estallar. En el paso del Tebicuary huyeron 400 realistas, de una partida de 50 hombres mandados por D. Ramón Espínola y por el teniente de granaderos D. Manuel Correa.

Estos triunfos parciales, cuya importancia se exageraba Belgrano, atribuyéndolos al terror de sus armas, le estimulaban á perseverar en su empresa, luchando con la naturaleza y la soledad, esos dos terribles enemigos que los paraguayos le oponían como una vanguardia inerte, precursora de un desastre.

Así marchaba Belgrano, ignorante de la situación y de los planes del enemigo, esperando encontrarle en el camino que seguía hacia la Asunción y que pasaba precisamente por el centro de la posición de Paraguary. Los enemigos, mientras tanto, observaban sus movimientos desde la espesura de los bosques, y Velazco recibía por momentos avisos que le instruían de su situación y de los progresos de su marcha. Así es que cuando supo (el 11 de enero) que, evitando los pantanos del Caañabé se dirigía á despuntar el río, hizo replegar á Paraguary los dos cuerpos de ejército que había situado á vanguardia, y que eran mandados por el coronel D. Pedro García, uno de los principales promotores de la resistencia, y por el comandante D. Manuel Atanasio Cabañas, que más tarde debía serlo de la revolución Paraguaya. Los Patriotas, por el contrario, marchaban fraccionados en dos divisiones: una á vanguardia, de 500 hombres, que dirigía Belgrano en persona, y otra de 200 hombres, que, con intervalo de una jornada, cubría la retaguardia y custodiaba los bagajes pesados. Este fraccionamiento imprudente, cuando debía suponerse próximo al enemigo, muestra en el nuevo general más temeridad que conocimiento de la regla de la guerra.

En esta disposición avanzaba el pequeño ejército de la Junta revolucionaria, cuando en la tarde del 15 de enero la partida exploradora que le precedía, dió con un destacamento paraguayo situado en el arroyo de Ibáñez, que huyó precipitadamente á su vista. Era

una guardia avanzada del campamento de Paraguary, que distaba de él poco más de dos leguas. Con este aviso y con el que se divisaba mucha gente reunida más adelante, apresuró Belgrano su marcha, y haciendo echar el bote al agua, atravesó el arroyo de Ibáñez, que estaba á nado y se adelantó con su escolta y su estado mayor en la extensa llanura despejada que se extiende hasta el Yuquery. A su frente, y como á distancia de dos millas, veíase iluminado por los rayos oblicuos del sol un cerro cubierto de bosque, que los naturales llaman de Mbaé, que en lengua guaraní significa «fantasma», y que los españoles llaman del Rombado. Allí subió Belgrano, y con el auxilio de su anteojo pudo ver el ejército paraguayo que le esperaba formado en varias líneas fortificadas por el arte y por la naturaleza. Este espectáculo habría hecho decaer un ánimo menos resuelto que el suyo; pero él, lejos de desalentarse, comprendió que en la difícil posición en que se encontraba no le quedaba más recurso que batirse para salvarse. Ninguna alteración se notó en su semblante grave y reposado, y cerrando su anteojo con la mayor sangre fría, dispuso que el ejército acampara á la margen izquierda del arroyo de Ibáñez; y cuando todos creían que se disponía á retirarse, recibió orden el mayor general de aprontar una división de 200 hombres con dos piezas de artillería, para atacar en la noche el campamento enemigo. Esta operación, más atrevida que bien combinada, tenía por objeto efectuar una sorpresa nocturna por uno de los flancos del enemigo, para producir la confusión en su campo, y dar ocasión á que se le incorporasen los adictos á la causa de la revolución que él suponía en aquellas filas. Afortunadamente la opinión no tuvo efecto; pero en una circunstancia desesperada, era una temeridad que la misma prudencia había aconsejado, y que prueba el ánimo del general Belgrano.

Al anochecer retiróse Belgrano á su tienda, y estando á solas con su secretario D. José Mila de la Roca, español que le había acompañado en calidad de amigo, el general patriota le confió sus impreciones

y propósitos. «Es menester convenir,» le dijo, «en que »los enemigos son como moscas, pero en la posición »en que nos encontramos hallo que sería cometer un »grande error emprender ninguna marcha retrógra»da.» Como le observara Mila de la Roca la desproporción considerable del número y la lejanía de su base de operaciones, circunstancias que agravarían las consecuencias de un contraste, él le repuso con el tono del que ha tomdo una resolución y se da cuenta razonada de ella: «Más le digo á usted, y es que para »nosotros no hay retirada, sin que primero tratemos »de imponerles atacándolos, si es que ellos no nos ata»can antes.» Y añadió: «Esos que hemos visto esta »tarde no son en su mayor parte sino bultos: los más »no han oído aún el silbido de una bala, y así es que »yo cuento mucho con la fuerza moral que está á nues»tro favor. Tengo mi resolución tomada, y sólo aguar»do que llegue la división que ha quedado á retaguar»dia, para emprender el ataque.» Tranquilo, como queda el hombre después de tomar una gran resolución, pasó la noche en vigilancia, y antes de amanecer el día 16, situó su campo en el cerro de la Fantasma, que algunos llaman de Los Porteños, lo mismo que otro de que se hablará después.

El día 16 se comprometieron algunas guerrillas, que pusieron de manifiesto la superioridad de los Patriotas, en cuanto á moral y disciplina. Con esta superioridad moral contaba Belgrano, y mientras los soldados se acostumbraban á despreciar al enemigo, él escribía á la Junta desde la cumbre del cerro, donde había establecido su observatorio, lo siguiente: «He »llegado á este punto con póco más de quinientos hom»bres, y me hallo al frente del enemigo, que está si»tuado en la banda norte del Yaquery, según unos »con cinco mil hombres, y según otros con nueve mil. »Desde que atravesé el Tebicuary no se me ha presen»tado ni un paraguayo, ni menos los he hallado en »sus casas; esto, unido al ningún movimiento hecho »hasta ahora á nuestro favor, y antes por el contrario, »presentarse en tanto número para oponérsenos, le

»obliga al ejército de mi mando á decir que su título »no debe ser de auxiliador sino de conquistador del »Paraguay.» Esta comunicación, que de su puño y letra tenemos á la vista, manifiesta la tranquilidad de su pulso y la serenidad de su espíritu en aquel momento, que debió ser para él lleno de zozobras. Al día siguiente se levantó un altar portátil en la cumbre del cerro, el capellán del ejército dijo la misa militar, y el ejército paraguayo, que llevaba adornados con cruces sus sombreros, en la persuasión que iba á combatir contra herejes, la oyó arrodillado desde la planicie.

Así permaneció tres días al frente de las líneas enemigas, haciendo sobre ellas algunos reconocimientos parciales. El ejército paraguayo, que permanecía inmóvil en sus posiciones, al menor amago de parte de los Patriotas rompía un vivo fuego de cañón y de fusilería. Estos ensayos decidieron á Belgrano á forzar las posiciones enemigas, y habiéndosele incorporado la división de 200 hombres que esperaba, en la tarde del 18 reunió al mayor general y á los capitanes en junta de guerra, más bien que para pedirles parecer, para hacerles saber su resolución. Al mandato supo unir la persuasión. Les manifestó la necesidad en que se hallaban de atacar, por lo mismo que el número de los enemigos era considerable; por cuanto emprender una retirada con tropas bisoñas y diminutas, era exponerse á desmoralizarlas y á ser devorados en la persecución; que era preciso pelear para salvarse; y aprovechando el buen espíritu en que estaba la tropa, pelear con el propósito de alcanzar la victoria; pues con soldados como los que iban á combatir, que nunca habían oído silbar una bala, era de esperarse que se amedrentaran si se les cargaba con resolución.

El discurso de Belgrano convenció y entusiasmó á todos los jefes de cuerpo, que salieron en el acto de la junta á hacer poner á la tropa sobre las armas. El general recorrió la línea á caballo arengándola, recordando á los soldados los triunfos recientes de sus hermanos en el Perú, y que en aquel día cumplía un

mes de su glorioso paso del Paraná; que era preciso dar otro día de gloria á la patria, y portarse como dignos hijos de ella, haciendo esfuerzos de valor; y después de recomendarles la unión, que despreciaran las ventajas parciales que se obtuviesen, y no se separasen en el campo de batalla, terminó con estas palabras: «Jurad alcanzar la victoria y la obtendréis.» La tropa quedó electrizada con esta arenga y ansiosa de marchar al enemigo. En seguida, dispuso al ejército en dos columnas de ataque, é impartió sus órdenes, previniendo que á las dos de la mañana se pusiera la tropa sobre las armas. Su plan era caer sobre el enemigo antes de amanecer, contando con la sorpresa que produciría en unas tropas bisoñas un ataque inesperado, y evitar al mismo tiempo en la obscuridad los fuegos de su artillería. El resultado probó en parte la exactitud de su cálculo.

A las dos de la mañana se levantó el general y recorrió el campamento en persona, despertando amistosamente á la tropa, y alentándola con esas palabras breves y familiares que tanta influencia tienen sobre el soldado. Las columnas de ataque se formaron del modo siguiente: La primera división fuerte de 220 infantes y dos piezas de artillería, destinada á iniciar el combate, tomó la cabeza. La segunda dvisión, compuesta de 250 infantes y otras dos piezas de artillería, destinada á apoyar á la primera, tomó su posición á retaguardia. Una partida exploradora las precedía, y 130 hombres de caballería cubrían sus flancos, confiando el mando de toda la fuerza á su mayor general. El, con 70 hombres de caballería, dos piezas de artillería, algunos pocos milicianos y los peones de las carretas armados de palos para figurar armas á la distancia, se encargó de mantener el campamento, fortificado en las carretas del parque y del hospital. En esta disposición, á las tres de la mañana rompió la marcha la columna de ataque, y á las cuatro sonaron los primeros tiros de la partida exploradora, que había caído improvisamente sobre el enemigo precediendo á la primera división, la que rompió pocos mo-

mentos después un vivo fuego de fusilería y de cañón, que duró más de media hora.

La aurora empezaba á despuntar en aquel momento, y antes de que el sol iluminase aquella escena, el centro del ejército realista, compuesto en su mayor parte de infantería, estaba en completa dispersión, rota en dos partes su línea y abandonada la principal batería del paso del Yuquery, que se componía de cinco piezas de grueso calibre. Velazco, cortado de los suyos, abandonó el campo de batalla y arrojó su uniforme, dándolo todo por perdido. La noticia de la derrota transmitida en pocas horas á la Asunción, puso en conmoción á toda la ciudad.

Por una coincidencia casual, al mismo tiempo que la primera columna de ataque caía sobre el enemigo, éste se movía para ir á atacar á los Patriotas en su campo. La sorpresa y la derrota fué completa, y el mismo Velazco la confesó en su parte. «La falta »de cuidado y vigilancia, dice, que es inevitable entre »unas tropas compuestas del paisanaje y no ejercita»das en la guerra, dió motivo á que en los primeros »momentos de la marcha se viese asaltada la divi»sión del coronel García por el ejército enemigo, que »á muy corta distancia rompió el fuego sobre ella. A »pesar de la sorpresa que debió causar en nuestro ejér»cito este movimiento inesperado de los enemigos, se »le contestó con viveza y valor por la infantería y ar»tillería de dicha división: sostuvo media hora el fue»go, y ella hubiese derrotado á los insurgentes, si la »primera impresión de la sorpresa no hubiera disper»sado la mayor parte de las tropas de que se compo»nía, las cuales se incorporaron en las otras divisiones »con la artillería, á excepción de un cañón desmonta»do que se clavó, y otras salieron del campo, especial»mente la caballería.»

Si el mayor general hubiera sabido aprovechar aquel momento, lanzando las dos columnas simultáneamente sobre las alas rotas del ejército enemigo que vacilaba conmovido por el primer choque, la victoria habría sido completa; pero lejos de esto, cometió el error

de destacar su caballería y algunos infantes en persecución de los dispersos, que huían despavoridos hacia la capilla del Paraguary, situada como á 700 varas á retaguardia de la línea enemiga, donde los Patriotas en vez de perseguir se entretuvieron en saquear los equipajes del cuartel general que allí encontraron. Debilitada así la columna de ataque y dividida su atención sobre tres puntos á la vez, quedó reducida á la impotencia para obrar decisivamente, y hostigada en todas direcciones por las fuerzas enemigas vueltas de su primera sorpresa en vista de la inacción del grueso de los Patriotas. Las alas del ejército paraguayo como los dos pedazos de una serpiente que se enrosca en el pie que la divide, rodearon las divisiones Patriotas, asestando sobre ellas once piezas de artillería que les habían quedado. El combate se hizo más recio, y por el espacio de tres horas se mantuvo el fuego con actividad por una y otra parte, quemando los Patriotas hasta el último cartucho de cañón. Mientras tanto, el mayor general hacía tocar reunión, para que se le incorporasen las fuerzas que se habían adelantado hasta Paraguary; pero éstas, sordas al llamamiento, continuaban en el pillaje, ó se embriagaban con los licores que allí encontraron, ó se entretenían en perseguir dispersos considerando ganada la batalla. En esta situación, el mayor general mandó al general en jefe el parte de que se le habían agotado las municiones. El parque distaba como dos millas del campo de batalla. En el acto remitió una pieza de artillería con un carro de municiones, escoltado todo por un destacamento de caballería formado en ala. A la vista de aquel grupo la pavorosa voz: «¡ Nos cortan !» salió de las filas patriotas, y persuadido el mayor general de que eran en efecto enemigos que procuraban interceptar sus comunicaciones con el campamento de reserva, tocó la retirada y abandonó el campo, dejando desamparados los 120 hombres que habían avanzado hasta la capilla de Paraguary.

La retirada se efectuó con orden y sangre fría bajo el fuego de artillería del enemigo, quien al mismo

tiempo que reorganizaba su línea, caía con furor sobre la tropa abandonada en Paraguary. Al observar Belgrano aquel movimiento retrógrado, bajó del cerro á gran galope y á la mitad de su camino contuvo la retirada. En aquel momento oíanse á lo lejos las descargas de los que atacaban y se defendían en Paraguary. El general, dirigiéndose á la tropa le dijo que era preciso volver al ataque para librar á sus hermanos que iban á ser sacrificados, y ordenó al mayor general que procurase retomar el paso del Yuquery para abrirles un camino de salvación. Observándole Machain que la gente estaba desanimada, Belgrano le contestó con sequedad: «Yo mismo la conduciré de nuevo al ataque.» «A mí me corresponde como segundo jefe, continuarlo» repuso Machain ofendido, y se puso de nuevo á la cabeza de la columna, que avanzaba sobre la línea enemiga. Era aquel un ataque desesperado; pero el deber de salvar á los que se defendían en Paraguary lo ordenaba imperiosamente, y el general en jefe debió dirigirlo en persona. La circunstancia de haber intentado los paraguayos atacar el parque, gritando: «Vamos al campamento de los porteños,» le persuadió que su presencia era más importante en aquel punto, y cedió el mando á su mayor general, á quien según las reglas militares de aquella época, le correspondía en efecto llevar personalmente el ataque en todo caso.

Apenas la columna entró bajo el tiro de cañón de las baterías paraguayas, observóse que las punterías eran más certeras y que los soldados patriotas flaqueaban hasta perder su formación. Convencido el mayor general después de un cuarto de hora de tiroteo de la inutilidad de aquel esfuerzo, y notando que el fuego había cesado en Paraguary, lo que aunciaba la rendición ó el exterminio de los que iban á salvar, determinó replegarse al campamento, como lo verificó. Hacía cuatro horas que el combate duraba y la tropa estaba postrada de fatiga.

Mientras tanto, los 120 hombres aislados en Paraguary habían sucumbido bajo la muchedumbre de sus

contrarios y fueron rendidos casi todos á discreción, contándose entre los prisioneros un sargento santafecino llamado Estanislao López, que más tarde debía encontrarse con Belgrano en el campo de la guerra civil. Algunos más animosos intentaron abrirse paso al través de la muchedumbre enemiga, entre ellos D. Ramón Espínola, quien habiéndose avanzado en persecución de Velazco, al que logró cortar de sus tropas, se vió repentinamente atacado por un número considerable de paraguayos. Se defendió con denuedo por largo tiempo abriéndose paso con su espada, pero al fin cayó víctima del número. Su cabeza dividida del tronco fué paseada en triunfo en la punta de una pica á lo largo de los caminos. Velazco escribió con tal motivo: «Entre los muertos lo fué ignominiosamente Ramón Espínola, cuya cabeza me presentaron.»

Replegadas á su campamento las reliquias del ejército Patriota, se vió que había perdido más de la quinta parte de sus fuerzas, dejando en el campo 120 prisioneros y diez muertos, y salvado en hombros todos sus heridos, que llegaban á quince. La pérdida del enemigo no alcanzaba á setenta, entre los cuales se contaban 30 muertos, 16 prisioneros y varios heridos. No por esto Belgrano desistía de su intento. A pesar de haber conseguido su objeto, que era imponer al enemigo, el cual permanecía inmóvil en sus líneas, le costaba abandonar una empresa, cuyo triunfo había visto tan cercano; pero una junta de guerra que reunió nuevamente, le convenció del desaliento que se había apoderado especialmente de los oficiales, y ya sólo pensó en emprender su retirada.

Antes de abandonar aquel campo, en el que se había creído vencedor, escribió el parte de la batalla, que terminaba con estas palabras: «Saldremos dentro de dos horas para volver por el camino que trajimos. Mi ánimo es tomar un punto fuerte en la Provincia en donde pueda fortificarme hasta mejor tiempo, y hasta observar el resultado de las medidas que medito, para que se ilustren estos habitantes acerca de la causa de la libertad que hoy miran como un

»veneno mortífero, todas las clases y todos los estados »de la sociedad paraguaya.»

A las tres y media de la tarde levantó su campamento y tendió su línea al frente del enemigo, pasándola personalmente en revista, y la arengó en términos enérgicos, imponiendo pena de la vida al que se separase veinte pasos de la columna. Hizo pasar á vanguardia el gran bote de cuero, las carretas, la artillería, los ganados y caballadas, y en seguida emprendió su marcha desfilando al frente de los vencedores de Paraguary, que no se atrevieron á seguirle. A la oración se hallaba á dos leguas del enemigo, y continuando su marcha con la luna, atravesó los ríos y arroyos que estaban á nado, con el auxilio del bote de cuero, sin el cual habría sido imposible la retirada y el ejército todo hubiera sucumbido.

Así marchó hasta el Tebicuary, donde le esperaba un refuerzo de 150 hombres de las milicias de Misiones y el escuadrón de caballería que había dejado en la Candelaria, cuya falta echó de menos el día de Paraguary. Tres días tardó en atravesar el río Tebicuary, al cabo de los cuales empezaron á aparecer las cabezas de las columnas paraguayas, que venían en su persecución, limitándose á observar sus movimientos á distancia. Después de descansar dos días en la banda sur del Tebicuary, trasladó su campamento á Santa Rosa, á donde llegó al finalizar el mes de enero. Allí recibió un correo de Buenos Aires, que le anunciaba haber sido elevado al rango de brigadier, empleo recién creado por la Junta, y que esta corporación cometió la inmoralidad de repartir entre tres miembros de su seno, uno de los cuales era Belgrano. Así dice él: «Sentí más el título de brigadier que si me hubiesen dado una puñalada.» Por una coincidencia singular, Belgrano era nombrado brigadier general en Buenos Aires el mismo día que se batía en Paraguary.

La primera idea de Belgrano había sido conservar toda la provincia de Misiones, cuyo límite era entonces el Tebicuary; pero en vista de las comunicacio-

nes recibidas, en que se le anunciaba la llegada de Elío á Montevideo en calidad de virrey, y las operaciones que probablemente iban á desenvolverse en la banda oriental, resolvió aproximarse más al Paraná, siempre con el ánimo de volver sobre sus pasos, luego que recibiese mayores refuerzos. Los enemigos, que hasta entonces se limitaban á picarle la retaguardia, empezaban á condensarse por sus flancos y amagaban interceptar sus comunicaciones con el Paraná, ocupado ya por la escuadrilla sutil del Paraguay, tripulada por los miñones catalanes de la Asunción. Se apresuró en consecuencia á continuar su retirada y atravesó el Aguapey y el Tacuary á nado, haciendo alto á la margen izquierda de este último río, donde se consideró seguro.

Allí resolvió esperar los refuerzos que había pedido. Fué este un error, y mayor lo fué el fraccionamiento que hizo de sus fuerzas, situando á Rocamora con sus milicias en Itapuá, nueve leguas á retaguardia, desprendiéndose de 100 hombres que situó en la Candelaria al sur del Paraná, á once leguas del cuartel general, y quedándose con una escasa división de 400 hombres á guardar la línea del Tacuary, que consideraba inexpugnable. A estos errores militares deben, empero, las armas argentinas uno de sus hermosos hechos de guerra que, aun cuando no fué un triunfo, dió á Belgrano la ocasión de mostrar el temple heroico de su alma.

CAPITULO XIII

Tacuary

1811

Descripción del río Tacuary.—Posición del ejército de la Junta.—Errores de Belgrano.—Persecución de las fuerzas paraguayas.—Belgrano es atacado en su campamento.—Memorable combate del Tacuary.—Heroicidad de Belgrano en este día.—Su situación desesperada.—Los paraguayos le intiman rendición.—Su contestación.—Carta al enemigo con las reliquias de sus fuerzas.—Obtiene un armisticio honroso.—El Cerrito de los porteños.

La línea del vado único del Tacuary traza sobre el terreno una curva, que á la manera de un arco de flecha guaraní ligeramente tendido, presenta la circunferencia al enemigo que avanza por la margen derecha, quedando la cuerda en poder del que ocupa su izquierda. Esta configuración le da algunas ventajas defensivas, que son, sin embargo, fáciles de neutralizar. Este río nace en la extremidad de la serranía que atraviesa el Paraguay longitudinalmente, y se prolonga en la misma dirección. En la época de las crecientes, es navegable para embarcaciones menores, y sus aguas se derraman en el Paraná, corriendo por entre dos anchas fajas de bosque al parecer impenetrable, que sombrean sus orillas y dificultan sus aproches. Un poco más arriba de su confluencia con el Paraná, se ve una brecha abierta por la mano del hombre en la enmarañada selva, á manera de un pliegue recogido en aquella espléndida cortina de vegetación tropical. Este claro es el camino que conduce al único paso que tiene el río, el cual es de fácil acceso por ambas márgenes. Allí fué donde Belgrano resolvió hacer alto con su pequeña división.

Su objeto al ocupar esta posición fué no perder el paso del Paraná, para el caso en que, recibiendo los

refuerzos que esperaba, tuviese que abrir nueva campaña sobre el Paraguay; y al desprenderse de los 100 hombres que colocó en Candelaria, se propuso mantener francas sus comunicaciones con Corrientes, que podían ser interceptadas por cuatro pequeñas cañoneras paraguayas que se habían hecho sentir en el Alto Paraná. Al desprenderse de la división de Rocamora y colocarla en Itapuá, tuvo en vista no sólo abrazar una mayor extensión de territorio, sino también mantener libres sus comunicaciones con las Misiones occidentales del Uruguay, á la vez que cortar los recursos de la escuadrilla, á cuyo efecto había hecho ocupar por los correntinos los pasos frente á Corrientes. Dada la posición que ocupó en el paso del Tacuary, estos errores tienen su atenuación; pero el error capital fué, ocupar esa posición, en vez de reunir su ejército en masa sobre la costa del Paraná frente al paso que deseaba mantener franco, y llenar así más cumplidamente y con menos riesgo los objetos que se había propuesto.

Al general Belgrano le costaba abandonar un país en que había esperado alcanzar la victoria, y en cuyo sometimiento estaba doblemente empeñado como patriota y como militar. Así es que, su primera idea fué hacer alto en Santa Rosa, manteniendo en jaque la línea del Tebicuary, y sólo renunció á este propósito en vista de las fuerzas paraguayas que avanzaban á interponerse entre él y la costa del Paraná. El primer capitán del siglo en circunstancias análogas, se obstinaba en no perder el terreno conquistado, cometiendo en escala mayor el mismo error, que tan funesto fué al éxito de su campaña en Rusia. Como lo observa el general Paz en sus Memorias: «Todo le aconsejaba hacer lo contrario de lo que hizo, y sólo una fatalidad pudo cegar hasta tal punto al ilustre general.»

La posición del paso del Tacuary, (aunque defectuosa por las razones expuestas, era militarmente fuerte, y en su elección se reconoce el golpe de vista del general que empieza á dominar el campo de ba-

talla, utilizando hasta los menores accidentes del terreno. Colocadas las reliquias del pequeño ejército patriota sobre la margen izquierda del Tacuary, apoyaba su derecha en un bosque impenetrable y extenso. Al frente de su línea y sobre el paso, colocó el general dos piezas de artillería en batería y dos en reserva, barriendo en su prolongación el camino de la margen opuesta que conducía al paso, el cual, limitado por bosques espesísimos, hacía imposible todo despliegue de fuerzas enemigas. A la izquierda, se extendía un bosquecillo de arbustos y renovales, en cuya espesura situó dos piezas de artillería emboscadas, con el objeto de hacer frente á la fuerza naval enemiga, que ya cerraba con sus botes armados la línea del Tacuary. A la espalda se desenvolvía una planicie horizontal, matizada de verdes isletas de árboles enmarañados, que eran otros tantos puntos de apoyo en una defensa; y cerca del paso se elevaba un montículo, que podía servir de castillo y que desde entonces tomó el nombre de «Cerrito de los Porteños», lo mismo que el de Paraguary. El aspecto general del paisaje era apacible y pintoresco. Tal era la posición en que los restos del ejército Patriota hicieron pie firme, después de una retirada de setenta leguas, operada al frente de un enemigo catorce veces superior en número.

Después de proveer á la seguridad de su ejército, Belgrano condolido de la miserable suerte de sus habitantes, contrájose á la administración de la provincia de Misiones, á cuyos naturales había prometido restituir á la dignidad de hombres. Con tal objeto, dictó (el 30 de diciembre de 1810) un reglamento constitutivo para el gobierno de los treinta pueblos, organizándolos sobre bases diametralmente opuestas á las que habían presidido á la fundación del célebre imperio jesuítico, cuyos abusos continuaron perpetuándose aún después de la desaparición de la Compañía de Jesús. «A consecuencia de la proclama que expedí,» decía en el preámbulo, «para hacer saber á los naturales de los pueblos de Misiones que venía á restituirlos á sus derechos de libertad, propiedad y se-

»guridad, de que tantas generaciones han estado pri»vadas, víctimas de las rapiñas de los que han gober»nado, como está de manifiesto, no hallándose una so»la familia que pueda decir: «Estos son los bienes »que he heredado de mis abuelos;» y cumpliendo con »las intenciones de la Excelentísima Junta, he venido »en determinar los artículos, con que acredito que mis »palabras no son las del engaño con que hasta ahora »se ha abusado de los desgraciados naturales mante»niéndolos bajo un yugo de hierro, tratándolos peor »que á las bestias, hasta llevarlos al sepulcro entre »los horrores de la miseria.» Por los artículos del Reglamento se declaraba á los indios misioneros, la libre disposición de sus bienes, que antes se les había negado; los libertaba de tributos por diez años; concedía el libre y franco comercio de todas las producciones con las demás provincias, lo que estaba prohibido por la España; los igualaba civil y políticamente á los demás ciudadanos: mandaba reconcentrar las poblaciones; distribuir las tierras públicas; arreglaba los pesos y medidas, y aboliendo los gravosos derechos parroquiales, arreglaba la administración de justicia; organizaba la milicia de los treinta pueblos; determinaba la forma de la elección para su diputado al Congreso; proveía á la conservación de los hierbales; prohibía los castigos crueles, y por último, mandaba formar en cada pueblo un fondo destinado al establecimiento de escuelas do primeras letras, artes y oficios. Este monumento de su filantropía, que pone de manifiesto sus ideas prácticas sobre la igualdad de los hombres, fué distribuído con proclamas escritas en lengua guaraní. Mientra Belgrano arreglaba pueblos en teoría, los paraguayos marchaban sobre él con fuerzas considerables para destruirlo.

Cuando los Patriotas emprendieron su retirada del campo de batalla de Paraguary, salió en persecución de ellos la vanguardia del ejército paraguayo, mandada por don Fulgencio Yedros, la que se mantuvo siempre á respetuosa distancia á pesar de la superioridad numérica. En el río Tebicuary hizo alto para esperar la

incorporación de la división Cabañas, y ambas fuerzas reunidas continuaron su marcha sobre los restos del ejército Patriota, posesionados ya del paso del Tacuary. Reconocida esta posición por Cabañas la halló tan ventajosa, que temió aventurar un pasaje á viva fuerza, no obstante contar con más de dos mil hombres y con una artillería superior á la de Belgrano. En consecuencia, pidió refuerzo al gobernador Velazco, quien le envió al comandante Gamarra con 400 hombres y tres piezas de artillería, reuniéndose de este modo un total de más de dos mil quinientos á tres mil hombres, á más de las tripulaciones y tropas de la escuadrilla que debían obrar en combinación. Estas tímidas precauciones, en presencia de 400 soldados en retirada, manifiestan el respeto que habían sabido infundir al enemigo en la jornada de Paraguary.

Hacía un mes que Belgrano ocupaba el paso del Tacuary, y sea que confiase por demás en lo inexpugnable de su posición, ó que lo reducido de sus fuerzas no le permitieran extender mucho su zona de vigilancia, ello es, que no tuvo conocimiento de la aproximación del enemigo hasta el 9 de marzo al rayar la aurora, en que se vió improvisamente atacado por tres puntos á la vez, por las fuerzas navales y terrestres del Paraguay, tres minutos después de haberle dado parte sin novedad sus guardias avanzadas. El jefe paraguayo había ejecutado la operación que la circunstancia aconsejaba, combinando su plan con gran prudencia, y aprovechándose con bastante habilidad de los errores cometidos por su enemigo.

Mientras esperaba la llegada del refuerzo pedido, había Cabañas abierto una larga picada en el bosque, dos leguas más arriba de donde se hallaba el campamento patriota, construyendo con los mismos árboles cortados un puente sólido sobre el río. El día 7, se le incorporó el comandante Gamarra con sus 400 hombres; y en la noche del 8, de acuerdo con las fuerzas navales del Paraná, destinó una parte considerable de sus tropas á llamar la atención por el paso ó á forzarlo si era posible, mientras él en persona, con

una división de mil seiscientos hombres y seis piezas de artillería (según Velazco), y más de dos mil según otros, atravesaba el puente para tomar á los patriotas por la espalda.

Al amanecer del día 9, el estruendo del cañón anunció la presencia del enemigo, poniendo en alarma el campamento patriota. A esa hora los paraguayos rompieron un vivo fuego de artillería sobre el paso con piezas de á 8 y de á 6, el que, á pesar de la superioridad del calibre, fué vigorosamente contestado por las dos piezas de á 2 que lo defendían. Hacía una hora que duraba el cañoneo, cuando recibió parte el general Belgrano, de que cuatro botes tripulados y armados en guerra, seguidos de algunas canoas con gente de desembarco, remontaban el río, amagando el flanco izquierdo de su línea, y que al mismo tiempo una fuerte columna avanzaba por la retaguardia.

En aquel momento el sol se levantaba sobre el horizonte. El general Belgrano, de pie sobre la barranca del río al lado de los cañones que hacían fuego recibió el parte que le anunciaba el triple ataque con mucha sangre fría. Sin vacilar un momento, ordenó que el mayor del detall, don Celestino Vidal, marchase en el acto á rechazar el ataque de la izquierda; mientras el mayor general Machain, á la cabeza de ciento cincuenta hombres de infantería y caballería y dos piezas de á 2, salía para ganar tiempo, al encuentro de la columna que venía á tomar la retaguardia; previniendo al último que sólo se adelantara lo suficiente para practicar un reconocimiento, y se replegara al campamento en el caso de cerciorarse ser el grueso del ejército enemigo el que avanzaba por aquel punto.

El general en jefe en persona, con cuatro piezas de artillería, dos compañías de naturales de Misiones, una de Arribeños y algunos Granaderos, que en su totalidad apenas alcanzaban á 250 hombres, quedó en sostén del paso, haciendo frente á las fuerzas navales y terrestres que lo atacaban. Era necesario aprovechar los momentos antes que el ataque por la espalda se pronunciara, á fin de no ser tomados entre dos fuegos,

incorporación de la división Cabañas, y ambas fuerzas reunidas continuaron su marcha sobre los restos del ejército Patriota, posesionados ya del paso del Tacuary. Reconocida esta posición por Cabañas la halló tan ventajosa, que temió aventurar un pasaje á viva fuerza, no obstante contar con más de dos mil hombres y con una artillería superior á la de Belgrano. En consecuencia, pidió refuerzo al gobernador Velazco, quien le envió al comandante Gamarra con 400 hombres y tres piezas de artillería, reuniéndose de este modo un total de más de dos mil quinientos á tres mil hombres, á más de las tripulaciones y tropas de la escuadrilla que debían obrar en combinación. Estas tímidas precauciones, en presencia de 400 soldados en retirada, manifiestan el respeto que habían sabido infundir al enemigo en la jornada de Paraguary.

Hacía un mes que Belgrano ocupaba el paso del Tacuary, y sea que confiase por demás en lo inexpugnable de su posición, ó que lo reducido de sus fuerzas no le permitieran extender mucho su zona de vigilancia, ello es, que no tuvo conocimiento de la aproximación del enemigo hasta el 9 de marzo al rayar la aurora, en que se vió improvisamente atacado por tres puntos á la vez, por las fuerzas navales y terrestres del Paraguay, tres minutos después de haberle dado parte sin novedad sus guardias avanzadas. El jefe paraguayo había ejecutado la operación que la circunstancia aconsejaba, combinando su plan con gran prudencia, y aprovechándose con bastante habilidad de los errores cometidos por su enemigo.

Mientras esperaba la llegada del refuerzo pedido, había Cabañas abierto una larga picada en el bosque, dos leguas más arriba de donde se hallaba el campamento patriota, construyendo con los mismos árboles cortados un puente sólido sobre el río. El día 7, se le incorporó el comandante Gamarra con sus 400 hombres; y en la noche del 8, de acuerdo con las fuerzas navales del Paraná, destinó una parte considerable de sus tropas á llamar la atención por el paso ó á forzarlo si era posible, mientras él en persona, con

una división de mil seiscientos hombres y seis piezas de artillería (según Velazco), y más de dos mil según otros, atravesaba el puente para tomar á los patriotas por la espalda.

Al amanecer del día 9, el estruendo del cañón anunció la presencia del enemigo, poniendo en alarma el campamento patriota. A esa hora los paraguayos rompieron un vivo fuego de artillería sobre el paso con piezas de á 8 y de á 6, el que, á pesar de la superioridad del calibre, fué vigorosamente contestado por las dos piezas de á 2 que lo defendían. Hacía una hora que duraba el cañoneo, cuando recibió parte el general Belgrano, de que cuatro botes tripulados y armados en guerra, seguidos de algunas canoas con gente de desembarco, remontaban el río, amagando el flanco izquierdo de su línea, y que al mismo tiempo una fuerte columna avanzaba por la retaguardia.

En aquel momento el sol se levantaba sobre el horizonte. El general Belgrano, de pie sobre la barranca del río al lado de los cañones que hacían fuego recibió el parte que le anunciaba el triple ataque con mucha sangre fría. Sin vacilar un momento, ordenó que el mayor del detall, don Celestino Vidal, marchase en el acto á rechazar el ataque de la izquierda; mientras el mayor general Machain, á la cabeza de ciento cincuenta hombres de infantería y caballería y dos piezas de á 2, salía para ganar tiempo, al encuentro de la columna que venía á tomar la retaguardia; previniendo al último que sólo se adelantara lo suficiente para practicar un reconocimiento, y se replegara al campamento en el caso de cerciorarse ser el grueso del ejército enemigo el que avanzaba por aquel punto.

El general en jefe en persona, con cuatro piezas de artillería, dos compañías de naturales de Misiones, una de Arribeños y algunos Granaderos, que en su totalidad apenas alcanzaban á 250 hombres, quedó en sostén del paso, haciendo frente á las fuerzas navales y terrestres que lo atacaban. Era necesario aprovechar los momentos antes que el ataque por la espalda se pronunciara, á fin de no ser tomados entre dos fuegos,

y poder obrar con la fuerza reconcentrada sobre el punto más peligroso. En consecuencia, contrájose con ardor á dominar el ataque del paso, logrando Vidal rechazar la flotilla enemiga con un fuego nutrido de mosquetería, poner en fuga á los botes, matar parte de la gente armada que montaba las canoas y apoderarse de ellas, mientras Belgrano, dirigiendo personalmente la artillería, apagaba el fuego de las baterías enemigas situadas en la margen opuesta, y hacía retroceder á las fuerzas que las sostenían. En este estado, recibió parte del mayor general de habérsele desmontado una pieza de artillería, la que inmediatamente hizo reemplazar por una de las que tenía sobre el paso, quedándose él con sólo tres piezas útiles. El momento era crítico, y la salvación de los patriotas dependía del éxito de las operaciones emprendidas por la espalda. El verdadero combate iba á empezar, y Belgrano, desembarazado de la atención del paso, podía dar frente á retaguardia y oponer al enemigo una fuerza compacta y entusiasmada por el triunfo parcial.

Al mismo tiempo que estos sucesos tenían lugar, la columna mandada por el mayor general se encontraba con la cabeza de la división Cabañas, en el momento en que, saliendo ésta de la espesura del bosque, se presentaba en corto número. Contando seguro el triunfo y olvidando las órdenes que había recibido, tendió imprudentemente su línea en la planicie, apoyando sus costados en dos espesas isletas de bosque que guarneció de tiradores. El enemigo se engrosaba por momentos, y al ver que no podía flanquear á los patriotas en la posición que ocupaban, les opuso por el frente su infantería y artillería ínterin la caballería, que aun no se había descubierto y se adelantaba á cortarles la retirada, ocultó su movimiento con el bosque. Así se ejecutó, y los patriotas fueron á un tiempo atacados con vigor por el frente y por la retaguardia, viéndose obligados á concentrarse en las isletas en que se apoyaban sus flancos, donde después de una «resistencia obstinada», tuvieron que ceder al número, y se rindieron con dos piezas de artillería, un carro capuchi-

no y una carretilla de municiones. De esta derrota se salvaron tan sólo dos oficiales y algunos soldados, que abriéndose paso al través de la línea enemiga, fueron á dar al general la triste nueva de la pérdida de la mitad de su ejército.

El general Belgrano recibió la noticia con serenidad y entereza. Los que le rodeaban, creyeron que nada quedaba por hacer sino rendirse á la primera intimación del enemigo, y todos estaban persuadidos que tal sería su resolución, cuando vieron avanzar á gran galope un oficial enemigo con bandera de parlamento. Él parlamentario se presentó á Belgrano, intimóle por tres veces que se rindiera á discreción, pues de lo contrario sería pasado á cuchillo él y toda la poca fuerza que le restaba. El general patriota contestó con dignidad y con la noble sencillez de Leónidas: «Por primera y segunda vez he contestado ya que las armas del rey no se rinden en nuestras manos: dígale usted á su jefe que avance á quitarlas cuando guste.»

Las columnas enemigas permanecían inmóviles á la distancia, y así que el parlamentario dió cuenta del resultado de su misión, se les vió ponerse en movimiento. Todos creyeron que el general Belgrano se limitaría á una defensa en el círculo del campamento, á fin de obtener condiciones menos humillantes que las que se le habían propuesto; pero con sorpresa le vieron disponerse á salir al encuentro del enemigo, y la sorpresa no tardó en convertirse en entusiasmo. Las resoluciones animosas en los momentos supremos se transmiten más fácilmente al alma de los que obedecen, á medida que ellas son más audaces y más sorprendentes. Así, la resolución de Belgrano fué un golpe eléctrico para todos, por lo inesperada y atrevida, produciendo esa reacción súbita que levanta al último soldado á la altura del héroe.

Tan decidido como prudente, el general patriota hizo situar dos cañones á vanguardia para contener el avance del enemigo, mientras tomaba sus disposiciones para salirle al encuentro. Su primer cuidado fué asegurar la retaguardia, dejando para defender el pa-

so, un cañón de á 4 y un corto destacamento de 26 milicianos de Misiones. Habiendo huído cobardemente los oficiales que estaban á la cabeza de esta tropa, llamó al sargento de artillería Raigada, y le confió como al más digno el mando del puesto.

En seguida, recorrió el general su línea, formada en ala á fin de aumentar el frente, y haciendo su reseña, vió que le quedaban 135 infantes, como 100 hombres de caballería, de los cuales sólo 18 eran veteranos, y dos piezas de artillería de á 4 con mediana dotación. Colocó la infantería en el centro, la caballería en las alas y la artillería en los intervalos, arengando á la tropa con palabras resueltas á que todos contestaron con gritos de entusiasmo, dispuestos á marchar hasta el sacrificio.

Formada la pequeña columna de ataque y dada la señal de marcha por los pífanos y tambores, el general se puso á la cabeza, á pie y con la espada desenvainada. En aquel momento, el capitán don Pedro Ibáñez, que era el oficial más antiguo de los ocho de infantería y cuatro de caballería que habían quedado, se acercó respetuosamente á Belgrano diciéndole: «Señor general, como al oficial más antiguo y como segundo jefe, »á mí me corresponde este puesto.» Belgrano, comprendiendo aquella valerosa reclamación de alma, le cedió el puesto, pasando á tomar el que le correspondía á retaguardia. Al tiempo de poner el pie en el estribo para montar á caballo se volvió á su leal amigo Mila de la Roca, para encargarle quemase todos sus papeles reservados, á fin de que no cayeran en poder del enemigo muchas cartas que podían comprometer á personas que residían en el Paraguay. Luego, despidiéndose de él, le dijo con naturalidad: «Aun confío que se nos »ha de abrir un camino que nos saque con honor de »este apuro, y de no, al fin lo mismo es morir de »cuarenta años que de sesenta», y montando á caballo, pasó á tomar su puesto de combate.

La intrépida columna, compuesta de 235 soldados, se puso en movimiento sobre el enemigo, que en número de cerca de dos mil hombres con seis piezas de

artillería, avanzaba con la arrogancia que le inspiraba la superioridad numérica y su reciente triunfo. La infantería, formada en pelotones en ala, marchaba gallardamente con las armas á discreción, al son del paso de ataque que batía con vigor sobre el parche un tamborcillo de edad de doce años, que era al mismo tiempo el lazarillo del comandante Vidal, que apenas veía; pues hasta los niños y los ciegos fueron héroes en aquella jornada. La caballería, dividida en dos pelotones de 50 hombres cada uno, marchaba sobre los flancos sable en mano, haciendo tremolar la última enseña del ejército expedicionario del Paraguay. Los cañones con las bocas ennegrecidas por un fuego de cerca de seis horas, eran arrastrados á brazo por los artilleros. Ibáñez conducía el ataque, y el general Belgrano, observando con atención al enemigo, dirigía los movimientos de aquel puñado de soldados.

Luego que la pequeña columna patriota entró bajo el tiro de cañón, rompióse el fuego de artillería por una y otra parte; pero siendo muy superior en número y en calibre la de los paraguayos, éstos continuaban ganando terreno. Entonces Belgrano ordenó á Ibáñez que se adelantara con la infantería y artillería hasta ponerse dentro del tiro de fusil del enemigo, y llevase el ataque hasta rechazarlo ó contenerlo. Los 135 infantes eran dignos de recibir aquella orden. Avanzaron desplegados en batalla sin disparar un solo tiro, hasta ponerse dentro de la distancia de punto en blanco. La columna paraguaya, en presencia de este avance temerario, había detenido su marcha, desplegando su línea con sus seis piezas de artillería al centro, y apoyaba los costados en dos isletas de bosque, de las que matizaban la planicie. Las dos líneas rompieron el fuego casi á un mismo tiempo, y por espacio de doce minutos no se oyó en todo el campo sino el estruendo de la fusilería y del cañón. El fuego graneado de los pelotones patriotas era nutrido y secundado por la metralla de las dos piezas de artillería, abría anchos claros en las filas paraguayas, que en aquel corto espacio de tiempo perdieron 14 muertos y 16 heridos. Repentinamente

so, un cañón de á 4 y un corto destacamento de 26 milicianos de Misiones. Habiendo huído cobardemente los oficiales que estaban á la cabeza de esta tropa, llamó al sargento de artillería Raigada, y le confió como al más digno el mando del puesto.

En seguida, recorrió el general su línea, formada en ala á fin de aumentar el frente, y haciendo su reseña, vió que le quedaban 135 infantes, como 100 hombres de caballería, de los cuales sólo 18 eran veteranos, y dos piezas de artillería de á 4 con mediana dotación. Colocó la infantería en el centro, la caballería en las alas y la artillería en los intervalos, arengando á la tropa con palabras resueltas á que todos contestaron con gritos de entusiasmo, dispuestos á marchar hasta el sacrificio.

Formada la pequeña columna de ataque y dada la señal de marcha por los pífanos y tambores, el general se puso á la cabeza, á pie y con la espada desenvainada. En aquel momento, el capitán don Pedro Ibáñez, que era el oficial más antiguo de los ocho de infantería y cuatro de caballería que habían quedado, se acercó respetuosamente á Belgrano diciéndole: «Señor general, como al oficial más antiguo y como segundo jefe, »á mí me corresponde este puesto.» Belgrano, comprendiendo aquella valerosa reclamación de alma, le cedió el puesto, pasando á tomar el que le correspondía á retaguardia. Al tiempo de poner el pie en el estribo para montar á caballo se volvió á su leal amigo Mila de la Roca, para encargarle quemase todos sus papeles reservados, á fin de que no cayeran en poder del enemigo muchas cartas que podían comprometer á personas que residían en el Paraguay. Luego, despidiéndose de él, le dijo con naturalidad: «Aun confío que se nos »ha de abrir un camino que nos saque con honor de »este apuro, y de no, al fin lo mismo es morir de »cuarenta años que de sesenta», y montando á caballo, pasó á tomar su puesto de combate.

La intrépida columna, compuesta de 235 soldados, se puso en movimiento sobre el enemigo, que en número de cerca de dos mil hombres con seis piezas de

artillería, avanzaba con la arrogancia que le inspiraba la superioridad numérica y su reciente triunfo. La infantería, formada en pelotones en ala, marchaba gallardamente con las armas á discreción, al son del paso de ataque que batía con vigor sobre el parche un tamborcillo de edad de doce años, que era al mismo tiempo el lazarillo del comandante Vidal, que apenas veía; pues hasta los niños y los ciegos fueron héroes en aquella jornada. La caballería, dividida en dos pelotones de 50 hombres cada uno, marchaba sobre los flancos sable en mano, haciendo tremolar la última enseña del ejército expedicionario del Paraguay. Los cañones con las bocas ennegrecidas por un fuego de cerca de seis horas, eran arrastrados á brazo por los artilleros. Ibáñez conducía el ataque, y el general Belgrano, observando con atención al enemigo, dirigía los movimientos de aquel puñado de soldados.

Luego que la pequeña columna patriota entró bajo el tiro de cañón, rompióse el fuego de artillería por una y otra parte; pero siendo muy superior en número y en calibre la de los paraguayos, éstos continuaban ganando terreno. Entonces Belgrano ordenó á Ibáñez que se adelantara con la infantería y artillería hasta ponerse dentro del tiro de fusil del enemigo, y llevase el ataque hasta rechazarlo ó contenerlo. Los 135 infantes eran dignos de recibir aquella orden. Avanzaron desplegados en batalla sin disparar un solo tiro, hasta ponerse dentro de la distancia de punto en blanco. La columna paraguaya, en presencia de este avance temerario, había detenido su marcha, desplegando su línea con sus seis piezas de artillería al centro, y apoyaba los costados en dos isletas de bosque, de las que matizaban la planicie. Las dos líneas rompieron el fuego casi á un mismo tiempo, y por espacio de doce minutos no se oyó en todo el campo sino el estruendo de la fusilería y del cañón. El fuego graneado de los pelotones patriotas era nutrido y secundado por la metralla de las dos piezas de artillería, abría anchos claros en las filas paraguayas, que en aquel corto espacio de tiempo perdieron 14 muertos y 16 heridos. Repentinamente

cesó el fuego, y disipándose las nubes de humo que obscurecían el campo de batalla, se vió á la línea paraguaya recogerse sobre sus costados, guarecióse del bosque y abandonó en medio del campo los cañones con que hacía fuego. La fuerza moral había triunfado de la fuerza numérica.

Sospechando Belgrano que aquello pudiera ser una celada, y llenado el objeto que se había propuesto, que era hacer comprender que los patriotas estaban resueltos á morir antes que rendirse, ordenó á la infantería que se replegara al cerrito que dominaba la planicie. Era la una del día y hacía más de siete horas que duraba el fuego, en cuyo intervalo se habían dado cuatro combates distintos en un mismo campo, peleando los patriotas uno contra diez, con la pérdida de 23 hombres entre muertos y heridos. La tropa estaba exhausta de fatiga, y el sacrificio de vidas ya no tenía objeto, desde que era materialmente imposible triunfar de un número tan considerable de enemigos. El avance de Belgrano había sido una decisión reflexiva, que en la circunstancia en que se encontraba, puede considerarse como un acto de animosa prudencia de que dependía la salvación de las últimas reliquias de su ejército. Era, con menos elementos y en trance más duro, la repetición de la hazaña de Paraguary. Habiendo conseguido imponer al enemigo, había, pues, obtenido la única victoria que era de esperarse: y aprovechándose del asombro causado por el valor de sus tropas, envió á su vez un parlamentario al jefe paraguayo, quien lejos de pensar en hacer efectiva su arrogante amenaza de la mañana, sólo pensaba en precaverse de una derrota. Así consta del mismo testimonio del enemigo.

Mientras el parlamentario se dirigía al campo enemigo, los soldados patriotas descansaban orgullosamente sobre sus armas. Belgrano, de pie en lo alto del «Cerrito de los Porteños», pudo entregarse á la satisfacción viril de haber salvado con su fortaleza de ánimo la gloria de las armas revolucionarias, y con ellas, las últimas reliquias de su pequeño ejército.

CAPITULO XIV

Armisticio del Tacuary

1811

Armisticio del Tacuary.—Negociaciones que fueron su consecuencia. Habilidad diplomática de Belgrano.—Entrevista de Belgrano y Cabañas.—Correspondencia entre ambos.—Alzamiento de la Banda Oriental.—La revolución gana prosélitos entre los paraguayos. —Los restos del ejército de la Junta repasan el Paraná.—Juicio crítico de la campaña del Paraguay.

El parlamentario patriota se presentó al jefe paraguayo manifestándole en nombre del representante de la Junta «que las armas de Buenos Aires habían »ido á auxiliar y no á conquistar al Paraguay; pero »que, puesto que rechazaban con la fuerza á sus liber»tadores, había resuelto evacuar la provincia, repa»sando el Paraná con su ejército, para lo cual proponía »una cesación de hostilidades que contuviese para »siempre la efusión de sangre entre hermanos.» Cabañas, á quien el esfuerzo vigoroso de los patriotas había impuesto, y que, como se ha visto, dudaba de la victoria, se sintió cautivado por aquel lenguaje conciliatorio y firme al mismo tiempo; así es que contestó en el acto por escrito conformándose en un todo con las proposiciones, y añadió que, «la cesación de hostili»dades fuese perpetua, con la condición de que el »ejército patriota se pondría en marcha al día siguiente »á las diez de la mañana.» Tal fué la capitulación del Tacuary, que algunos escritores han supuesto tuvo lugar en Paraguary, y que vulgarmente se cree fué un acto de generosidad de parte de los paraguayos; ella es uno de los timbres de gloria de los soldados argentinos, y hará siempre honor á la presencia de espíritu del general que supo aprovechar el momento oportuno para arrancarla al asombro del enemigo.

Pero él no podía contentarse con la gloria estéril de no pasar bajo las horcas caudinas: aspiraba á algo más grande, y era á hacer triunfar la revolución por la diplomacia, después de haber sido vencida por la fuerza de las armas. Esta resolución era digna del patriota que no se desalentaba por los reveses, y que para alcanzar sus fines, sabía vestirse en el combate con la piel del león, y en la paz con la del zorro, sin desmentir en ningún caso la elevación de su carácter para buenos fines.

Su contestación á Cabañas es un modelo de sencillez militar y de astucia diplomática, que manifiesta que en aquel momento de confusión, conservaba toda su sangre fría: «Me conformo en todas su partes», dice al jefe paraguayo, «con cuanto usted me significa »en su oficio de este día; y al efecto daré principio »á mi marcha mañana; pero si usted gustase que ade»lantásemos más la negociación para que la provincia »se persuada de que mi objeto no ha sido conquistarla, »sino facilitarle medios para sus adelantamientos, fe»licidad y comunicación con la capital, sírvase usted »decírmelo y le haré mis proposiciones.» Cabañas se prendió en las redes que le tendía su astuto competidor, con el cual no podía luchar ni por la fuerza, ni por la sagacidad. He aquí su respuesta: «Proponga »V. E. lo que le parezca, según me dijo en el de ayer, »á continuación de la conformidad en que quedamos »ya acordes.» Belgrano redactó las proposiciones en el sobre de una carta de Cabañas, remitiéndoselas en la mañana del 10 de marzo, día en que, con arreglo á lo pactado, debía emprender su retirada. Este documento, perfectamente calculado, era la tea de la revolución arrojada al campamento paraguayo, y fué más tarde el programa de su revolución. Esta circunstancia lo hace digno de una atención especial.

El representante de la Junta necesitaba hacer llegar al conocimiento de los paraguayos el estado en que la España se encontraba, y halagarlos al mismo tiempo con las promesas de franquicias comerciales, pues le constaba que los naturales estaban quejosos de la opre-

sión y de la inmoralidad de los monopolios de que eran víctimas. En consecuencia, hizo preceder las estipulaciones de un preámbulo en que concretaba todo esto, predisponía favorablemente el ánimo de los paraguayos, despertando sus celos, y promovía sus intereses halagando su amor propio, al asegurarles que «el »objeto de su venida había sido auxiliar á los naturales »del Paraguay, á fin de que, apoyándose en las fuer»zas de la Junta, recobrasen los derechos que les co»correspondían, y nombrasen un diputado, para que en »Congreso general se resolviese sobre la suerte común, »para el caso probable en que la metrópoli sucumbiese, »hallándose como se hallaba reducida al triste recinto »de Cádiz y de la isla de León; promoviendo al mismo »tiempo el libre comercio de sus producciones, especial»mente el del tabaco.» Conforme con estas premisas, redactó el artículo 1.° en los siguientes términos: «Ha»brá desde hoy paz, unión, entera confianza, franqueza »y liberal comercio de todos los frutos en la provincia »incluso el del tabaco, con las del Río de la Plata, y »particularmente con la de Buenos Aires.» Esto era poner el dedo sobre la llaga. El tabaco era producto estancado en el Paraguay, y los labradores no podían exportar ni vender sus cosechas mientras el estanco no se proveyese del que necesitaba, castigando como á contrabandistas á los que infringían esta disposición. La factoría establecida en la Asunción, pagaba dos pesos por cada arroba de tabaco elegido por ella, y lo revendía á 9 pesos 2 reales, comprando por segunda mano á precios ínfimos las mismas partidas que desechaba, y que el cosechero se veía en la necesidad de vender por lo que le ofrecieran; pues era de su cuenta conducir el producto hasta la factoría, corriendo el riesgo de que no fuera aceptado.

Los demás artículos eran no menos bien calculados para el efecto que se proponía producir, especialmente los artículos 3 y 4, que eran dos golpes maestros en la juntura de la coraza: el uno explotando el espíritu de la localidad, y el otro poniendo de su parte á los mismos paraguayos que habían sufrido á consecuencia

de la guerra. El artículo 3 era como sigue: «Elegido »el diputado, deberá la ciudad de la Asunción formar »su Junta, según previene el reglamento de 10 de fe»brero último que acompaño en la «Gaceta» de Bue»nos Aires del 14, siendo su presidente el goberna»dor don Bernardo Velazco.» El artículo 4 era así: «Para que se cerciore más la provincia del Paraguay »que no he venido á conquisarla sino auxiliarla, sin »embargo de que nada sè me ha dicho de los ganados »que he conducido pertenecientes á aquellos vecinos, »y de las caballadas que acaso se habrán perdido por »mi ejército, también correspondientes á los mismos, »me ofrezco á volver las mismas especies, ó su equi»valente en dinero, según convenio que celebremos.»

Belgrano comprendía bien el alcance de sus palabras, y la repercusión que ellas iban á tener en el Paraguay; así es que, al dar cuenta de esta negociación, decía á la Junta en nota de 14 de marzo: «Habiéndolos observado interesados hasta el último »punto, y sobre todo á sus vacas y caballos, traté »de firmar el papel que acompaño, sin embargo de »que hay en él cosas que á mí mismo me eran dolo»roso apuntarlas, por tal de atraerlos, ya que ni con »mis fuerzas, ni con las que he pedido á V. E. podía »vencerlos.»

El jefe paraguayo se encontró en una posición embarazosa con las proposiciones de Belgrano en su mano. No podía rechazarlas, sin traicionar los intereses de sus compatriotas, ni podía aceptarlas sin faltar á sus deberes; y colocado en esta disyuntiva, se veía moralmente vencido por el general patriota. Para salir del apuro contestó inmediatamente en una nota en que, inclinándose á la paz, asumía un tono más arrogante, diciendo: «He recibido el papel de hoy día de »la fecha, al que contesto, diciendo que mi autoridad »es limitada, y por lo mismo no puedo resolver á punto »fijo sobre ninguno de los artículos que contiene, y »sólo digo que mi patria merece se le dé una satis»facción por tantos males que ha sufrido en sus hijos »y frutos, sin haber dado mérito en ninguna forma á

»sus hijos ni á los ajenos, dando la leche con amor á »cuantos la gustan.» (sic). Viéndose prevenido por Belgrano en lo relativo á las haciendas tomadas á los paraguayos, le decía: «Mi limitada inteligencia, zozo»brando en la piedad que naturalmente poseo, me »hizo faltar ayer al pedido de las haciendas y demás »haberes en que hemos sido perjudicados todos los »individuos de este ejército, cuya justicia clama al »cielo, y Dios quiera que V. E. no tenga que responder »de ello en el Tribunal Supremo.» Refiriéndose en seguida á las proposiciones de Belgrano sobre «que no »se siguiera perjuicio ni fuesen tenidas en menos las »familias de los que siendo de la sagrada causa de la »patria habían servido en el ejército auxiliador.» Sobre la devolución de los prisioneros hechos en Paraguary y Tacuary, así como de sus armas, contestó Cabañas: «Me contraigo sumariamente en cuanto á lo »que me pide en el artículo 5 y 6, asegurándole tendrá »todo buen suceso, siempre que se sepulte toda inva»sión particular y general entre las dos provincias, »cuyo proceder no dudo suavizará la justicia que al»gunos merecen.» El jefe paraguayo quería tomar el tono de vencedor, pero no se atrevía á provocar, así es que al pedir la constancia de la capitulación lo hace con estas palabras: «Quedo deseoso de que V. E., á »continuación del papel de ayer de mi condescendencia »á su parlamentario, ponga el suyo, y firmado me lo »devuelva original, en cuyo proceder tendré gran prue»ba de su generosidad.»

Iniciadas de este modo las negociaciones, el ejército patriota se pone en marcha á las tres de la tarde del día 10 en número de 300 hombres, con cuatro cañones, 44 carretas y demás bagajes. El general Belgrano marchaba á caballo al frente de la columna, y á la salida del bosque se veía al ejército paraguayo formado en línea en número de 2.500 hombres. Los patriotas llegaron hasta la altura de la línea paraguaya y empezaron á desfilar en columna de honor á son de cajas y trompetas, tributando así un homenaje á su alta representación y á su coraje. El jefe paraguayo, rodeado

de su estado mayor, salió á gran galope á recibir á Belgrano, y en medio de la línea echaron ambos pie á tierra luego que se avistaron, y marchando el uno hacia el otro, se abrazaron fraternalmente en presencia de ambos ejércitos, permaneciendo por largo espacio estrechados en señal de reconciliación y de perpetua amistad.

La actitud de Belgrano en esta entrevista fué digna de su comportamiento en el día anterior. Manifestó á Cabañas lo doloroso que le había sido la sangre derramada entre hermanos, pertenecientes á la gran familia americana, á los cuales no había venido á hacer la guerra, sino á los nativos de España, por quienes los creía oprimidos. Añadió, que no pudiendo mirar con indiferencia la suerte de los paraguayos que habían muerto durante la lucha, pedía que de la caja militar de su ejército se aceptasen sesenta onzas de oro para que se distribuyeran entre las viudas y huérfanos que hubiesen quedado. Cabañas aceptó la oferta con muestras de enternecimiento, y entonces Belgrano, sacando de su bolsillo un magnífico reloj de repetición que había traído de España, le suplicó que lo aceptara también en memoria de aquel día y lo conservase como un recuerdo de su amistad. Estos actos de caballerosidad, realzados por el lenguaje persuasivo y las maneras cultas y afables del general patriota, cautivaron desde luego á Cabañas y á todos cuantos le acompañaban. En un momento se hizo el centro de la atención general, y aprovechándose con habilidad de la buena disposición de su auditorio, les impuso del triste estado á que se hallaba reducida la metrópoli, dominada casi en su totalidad por fuerzas enemigas, fundando en esta situación los justos y poderosos motivos que había tenido Buenos Aires para establecer un gobierno patrio que velara sobre su existencia; y concluyó por demostrar la necesidad y la conveniencia que había que todas las demás provincias de América imitasen aquel ejemplo. Este era el último dardo que arrojaba el partho en retirada. El general patriota continuó su retirada con dirección al

paso de la Candelaria, acompañado por el jefe paraguayo y toda su oficialidad hasta más de una legua de su campamento. Allí se despidieron ambos jefes, abrazándose de nuevo como dos antiguos amigos, quedando Cabañas tan atado por la elevación de carácter de Belgrano, como éste por la franqueza y la bondad de corazón que supo descubrir en él.

Los restos del ejército patriota se situaron en el paso de la Candelaria, por donde tres meses antes se había efectuado la invasión. Mientras se preparaban los elementos indispensables para repasar el Paraná la comunicación diaria entre el campamento patriota y paraguayo continuaba, y se conquistaban por este medio nuevos prosélitos á las ideas de independencia y libertad, despertándose por el ejemplo la ambición en los nativos. Belgrano por su parte, á la vez que cultivaba con esmero las buenas disposiciones de Cabañas, iniciaba á los oficiales que venían á visitarle en los misterios de la revolución, pulsando las cuerdas más sensibles del corazón humano. Poco á poco fué atrayéndose á los jefes más influentes del ejército paraguayo, haciéndoles varios presentes, encargándoles de hacer distribuciones de ganados entre los pobres de la comarca, y entregó á cada uno de ellos una cuartilla de papel escrita de su puño y letra, en la cual se exponían brevemente las ideas que Buenos Aires se proponía en su revolución. De este modo Belgrano llegó á ser el promotor de una verdadera conspiración, en la que el mismo Cabañas tomaba parte sin saberlo, obedeciendo al impulso de las influencias de que lo rodeaba el hábil general patriota.

Belgrano dirigiéndose á Cabañas con fecha 13 de marzo, le decía, al anunciar el envío de los medicamentos para curar los heridos: «Persuádase usted que »me hallaré pronto á corresponder á su finezas, y »que deseo tener la gloria de que la patria lo cuente »por el autor principal de la unión, de la fraternidad »y de la franca confianza de la noble provincia del »Paraguay, con las demás del Río de la Plata.» El jefe paraguayo le contestaba al día siguiente: «Yo que-

de su estado mayor, salió á gran galope á recibir á Belgrano, y en medio de la línea echaron ambos pie á tierra luego que se avistaron, y marchando el uno hacia el otro, se abrazaron fraternalmente en presencia de ambos ejércitos, permaneciendo por largo espacio estrechados en señal de reconciliación y de perpetua amistad.

La actitud de Belgrano en esta entrevista fué digna de su comportamiento en el día anterior. Manifestó á Cabañas lo doloroso que le había sido la sangre derramada entre hermanos, pertenecientes á la gran familia americana, á los cuales no había venido á hacer la guerra, sino á los nativos de España, por quienes los creía oprimidos. Añadió, que no pudiendo mirar con indiferencia la suerte de los paraguayos que habían muerto durante la lucha, pedía que de la caja militar de su ejército se aceptasen sesenta onzas de oro para que se distribuyeran entre las viudas y huérfanos que hubiesen quedado. Cabañas aceptó la oferta con muestras de enternecimiento, y entonces Belgrano, sacando de su bolsillo un magnífico reloj de repetición que había traído de España, le suplicó que lo aceptara también en memoria de aquel día y lo conservase como un recuerdo de su amistad. Estos actos de caballerosidad, realzados por el lenguaje persuasivo y las maneras cultas y afables del general patriota, cautivaron desde luego á Cabañas y á todos cuantos le acompañaban. En un momento se hizo el centro de la atención general, y aprovechándose con habilidad de la buena disposición de su auditorio, les impuso del triste estado á que se hallaba reducida la metrópoli, dominada casi en su totalidad por fuerzas enemigas, fundando en esta situación los justos y poderosos motivos que había tenido Buenos Aires para establecer un gobierno patrio que velara sobre su existencia; y concluyó por demostrar la necesidad y la conveniencia que había que todas las demás provincias de América imitasen aquel ejemplo. Este era el último dardo que arrojaba el partho en retirada. El general patriota continuó su retirada con dirección al

paso de la Candelaria, acompañado por el jefe paraguayo y toda su oficialidad hasta más de una legua de su campamento. Allí se despidieron ambos jefes, abrazándose de nuevo como dos antiguos amigos, quedando Cabañas tan atado por la elevación de carácter de Belgrano, como éste por la franqueza y la bondad de corazón que supo descubrir en él.

Los restos del ejército patriota se situaron en el paso de la Candelaria, por donde tres meses antes se había efectuado la invasión. Mientras se preparaban los elementos indispensables para repasar el Paraná la comunicación diaria entre el campamento patriota y paraguayo continuaba, y se conquistaban por este medio nuevos prosélitos á las ideas de independencia y libertad, despertándose por el ejemplo la ambición en los nativos. Belgrano por su parte, á la vez que cultivaba con esmero las buenas disposiciones de Cabañas, iniciaba á los oficiales que venían á visitarle en los misterios de la revolución, pulsando las cuerdas más sensibles del corazón humano. Poco á poco fué atrayéndose á los jefes más influentes del ejército paraguayo, haciéndoles varios presentes, encargándoles de hacer distribuciones de ganados entre los pobres de la comarca, y entregó á cada uno de ellos una cuartilla de papel escrita de su puño y letra, en la cual se exponían brevemente las ideas que Buenos Aires se proponía en su revolución. De este modo Belgrano llegó á ser el promotor de una verdadera conspiración, en la que el mismo Cabañas tomaba parte sin saberlo, obedeciendo al impulso de las influencias de que lo rodeaba el hábil general patriota.

Belgrano dirigiéndose á Cabañas con fecha 13 de marzo, le decía, al anunciar el envío de los medicamentos para curar los heridos: «Persuádase usted que »me hallaré pronto á corresponder á su finezas, y »que deseo tener la gloria de que la patria lo cuente »por el autor principal de la unión, de la fraternidad »y de la franca confianza de la noble provincia del »Paraguay, con las demás del Río de la Plata.» El jefe paraguayo le contestaba al día siguiente: «Yo que-

»do fijo en que su proceder será mirando á la posteri»dad, de manera que nuestros trabajos sean el último »sacrificio que afiancen la paz y la quietud presente y »venidera, pues de lo contrario sería vivir los hombres »en un vivo infierno, eterno desde esta vida.» La contestación de Belgrano en momentos en que recibía la noticia del alzamiento de los pueblos de la banda oriental, refleja el entusiasmo de que se hallaba poseída su alma. «Ya le he dicho á usted que haré cuanta especie »de sacrificios sean necesarios por la paz y la unión »de estas provincias con las demás del Río de la »Plata:» le escribía con fecha 15, á la vez que le remitía 58 onzas de oro para socorrer las viudas y huérfanos, añadiendo: «nada me importaría morir el día que »diese esta gloria á la patria; estoy seguro de que el »cañón, las campanas, el alborozo general de todos »nuestros paisanos, y por último, los votos al Dios »de los ejércitos harían memorable, mientras existie»se nuestra patria, un momento tan digno de las gra»cias del cielo y de los elogios de los hombres.» Y dándole noticias de los sucesos de la banda oriental, añade: «Mientras usted se preparaba á atacarme, »nuestros hermanos de la Capilla Nueva de Mercedes »han sacudido el yugo de Montevideo; á ellos se han »seguido los del Arroyo de la China, Paisandú y »hasta la Colonia, habiendo tomado en el primer pun»to cinco cañones, barriles de pólvora y fusiles; esto »puede probar la falsedad de los seis mil hombres de »Elío: pronto los nuestros se acercarán á las murallas »de aquella plaza, y también verá el Paraguay la fal»sedad de que los montevideanos iban á destruir la »capital: la capital es invencible y sujetará con las »demás provincias inclusa la del Paraguay, como yo lo »espero, á todos los infames autores de la pérdida de »nuestra tranquilidad.»

El jefe paraguayo, á quien Belgrano había inoculado la pasión de la paz, le contestaba á su vez con fecha 17: «Dios quiera fortalecerlo, y que tenga la gracia de ser el espíritu de nuestra conservación pacífica,» y refiriéndose á las noticias de la banda oriental le decía

con tanta moderación como delicadeza: «Sobre lo que »me dice de los sucesos de las fronteras de Monte-vi»deo, y de la fuerza de la capital, y que subyugará »todas las provincias inclusa la del Paraguay, veo un »no sé qué de amenaza que no quiero oir, y yo no lo »quiero para eso: ni para eso lo quiero preservar, sino »para mucho bien.» Una franca satisfacción sofocaba la blanda queja del jefe paraguayo, y Belgrano, al mismo tiempo que decía que no sabía cómo explicarse el cariño mezclado de respeto que Cabañas le profesaba, escribía á la Junta dándole cuenta de la negociación, y al hablar de este incidente se expresaba así: «Le »he contestado inmediatamente para desengañarle del »error en que estaba, que amenazaba á la provincia. »Este hombre angelical y digno de la estimación de la »patria, está empeñado en concluir la guerra civil y »hace los mayores esfuerzos para conseguir sus jus»tos intentos. ¡Dios seguramente se vale de medios »muy extraordinarios para darnos siempre glorias y »triunfos en la causa sagrada que defendemos.»

Así es como estos dos hombres que ocho días antes se hacían cruda guerra, y se amenazaban mutuamente con pasarse á cuchillo, fraternizaban animados por sentimientos elevados de humanidad y patriotismo, preparando por medios pacíficos el triunfo de la revolución, allí donde la revolución había sido rechazada por la fuerza de las armas.

Sabedor Velazco de todo lo que pasaba en el campamento paraguayo, se apresuró á presentarse en él para contener con su presencia los progresos de la revolución, neutralizando la influencia poderosa de Belgrano. Pero ya era tarde: las ideas revolucionarias se habían identificado con los hombres y Belgrano, el derrotado en Paraguay, el capitulado en Tacuary, tenía en el Paraguay más poder moral que su gobernador, y podía decir con propiedad: «venció, vencida Roma.»

Al dar cuenta Belgrano de esta situación, decía á la Junta con fecha 15: «La amistad va echando raíces, »que procuro cultivar. Según me dice Aldao, Cabañas

»está esperando que Velazco y los suyos reprueben la »conducta que ha tenido: otro tanto me ha asegura»do uno de los Yegros que está conmigo; pero están »resueltos á abandonar su partido si así sucediese.» Con fecha del día anterior había escrito: «V. E. ve »que ya está injertada nuestra causa en el Paraguay, »y bien; por consiguiente ella va á fecundizarse, y qui»tándome yo de la vista, hoy punto común á que se »dirigen, la volverán á su interior, y espero en ade»lante que sea obra de nuestros paisanos los paragua»yos presentar á V. E. el fruto de nuestros inmensos »trabajos.»

La llegada de Velazco al campamento paraguayo la supo Belgrano por la incomunicación que inmediatamente se estableció entre ambos ejércitos. Así decía con fecha 26 de marzo en carta á D. Elías Galván, teniente gobernador de Corrientes: «Desde el viernes »que llegó Velazco al Tacuary, según se supone, veo »que ya no vienen paraguayos como antes, que hasta »los oficiales se empeñaban en estar con nosotros: y »por consiguiente infiero que la venida de Velazco no »ha sido á cortar las desavenencias, sino á impedir la »propagación de ideas.»

Antes de finalizar el mes de marzo, el ejército patriota había repasado el Paraná en número de más de 700 hombres, inclusa la división de Rocamora. Allí recibió Belgrano las felicitaciones de todos los pueblos de su dependencia, que por algún tiempo le creyeron perdido con todo su ejército. El Cabildo del clero de Corrientes le decía refiriéndose al combate del Tacuary: «Tributamos á V. E. las más felices enhora»buenas por éxito tan feliz y portentoso, en que ha »permitido el cielo para alentar nuestra fe, se vea »cumplido segunda vez el sagrado texto: «Non est »difficile Domino salvare populum suum sive in paucis »sive in multis.» El contestaba modestamente á Galván: «Corrientes me ha ensalzado á donde yo no me»rezco: mi agradecimiento será eterno, y mucho más »por sus oraciones al Todopoderoso, que sin duda las »necesitamos para salir bien de la gran empresa en

»que estamos. La acción del 9 fué verdaderamente mi»lagrosa: esto lo publicaré á voz en cuello: en la si»tuación en que quedé con sólo 135 infantes y sesenta »y tantos de caballería, de los que apenas 18 eran vete»ranos, no podían haber salido con tanto aire de entre »una multitud de enemigos, ni menos haber fraterni»zado, y sobre todo contraer una amistad tan fina con »Cabañas, y cobrarme éste una afición mezclada de »respeto, que yo mismo no sé explicar.»

Los mismos enemigos no podían negar su admiración á la resistencia heroica del ejército patriota en el Tacuary, y á la fortaleza de ánimo y presencia de espíritu de su general. El Cabildo del Paraguay en nota de 22 de marzo, dirigida al virrey Elío, le decía lo siguiente: «Los enemigos se vieron atacados por don»de nunca lo esperaron; pero sin embargo hicieron una »resistencia que le sería muy honrosa si la hubieran »empleado en causa justa.»

Así terminó la expedición al Paraguay, tan poco conocida en sus detalles, como mal apreciada en sus consecuencias, sin duda porque no fué coronada ostensiblemente por la victoria. Ella es, sin embargo, una notable empresa de guerra, ya se estudie desde el punto de vista puramente militar, ya se considere con relación á sus resultados políticos.

Como campaña militar, la expedición del Paraguay merece la censura de los hombres de guerra, por los errores que en ella cometió el general que la dirigió; pero esos errores fueron tributos pagados á la inexperiencia, y dados los elementos con que la realizó, no puede asegurarse que ella habría dado un resultado distinto, si hubiese sido conducida de otro modo. Por lo demás, él supo reparar esos errores con sus inspiraciones atrevidas en el campo de batalla, salvando el ejército á la manera de Xenofonte en dos trances desesperados. Por eso, como empresa heroica que hace conocer el temple de su alma y la constancia del general, será una página honrosa en los fastos militares de la República Argentina, que la posteridad leerá

con respeto, porque nunca con tan mezquinos elementos se hizo más.

Como empresa política, la expedición dió en parte los resultados que la Junta se propuso al decretarla, puesto que el ejército dejó preparada la revolución que debía substraer más tarde al Paraguay á la dominación española, arrebatando un aliado poderoso á la reacción de Montevideo, y quitándose de encima una atención que habría paralizado sus operaciones sobre la banda oriental. Los copiosos documentos de que nos hemos valido para escribir esta página casi ignorada de la vida de Belgrano, prueban que él fué el verdadero autor de la revolución del Paraguay, y que á su firmeza como soldado y á su habilidad como diplomático, ya que no á su pericia como general, fueron debidos exclusivamente los felices resultados políticos que dió esta desastrosa campaña. Por esto dice con mucha verdad uno de los autores principales de la revolución del Paraguay, que «la única verdadera é inmediata »causa que influyó en ella, fué la inoculación que los »paraguayos recibieron en Tacuary.»

———

CAPITULO XV

Insurrección de la Banda Oriental

1811

Progreso de la revolución en América.—Resistencia que le opone Montevideo.—Elío es nombrado virrey.—Armamento naval de la Junta.—Es deshecho en el Paraná.—Insurrección de la Banda Oriental.—Marchan fuerzas en su apoyo.—Belgrano es nombrado para dirigirla.—Combate de Soriano.—La insurrección se hace general.—Actitud de los limítrofes.—Estalla en Buenos Aires un movimiento.—Belgrano es separado del mando.—Notable contestación suya.—Revolución del 5 y 6 de abril.—Sus causas.—Detalles sobre ella.—Los revolucionarios piden el juicio de Belgrano. —Demócratas y conservadores.—Testimonios en honor de Belgrano.—Condenación del movimiento del 5 y 6 de abril.

Al mismo tiempo que la expedición del Paraguay terminaba del modo que se ha visto, la revolución avanzaba por otros caminos, llevando más allá de los confines del virreinato sus banderas victoriosas, y amenazando extenderse por toda la América del Sur. Chile había consolidado su movimiento, y formando estrecha alianza con la Junta de Buenos Aires, le enviaba su contingente de tropas. El ejército del Alto Perú, triunfante en Suipacha, había sublevado todo el país, desde Chuquisaca hasta el Desaguadero, y en aquel momento se extendían por las márgenes del gran lago de Chucuito, amagando el pueblo del Inca, que defendían las reliquias del ejército español. A la espalda del ejército español, los pueblos impacientes por seguir el ejemplo de Buenos Aires, esperaban el momento propicio para insurreccionarse; y más allá, desde el Ecuador hasta Méjico, la revolución, señora de las costas del Atlántico y del Pacífico, levantaba ejércitos, reunía Congresos y daba batallas, proclamando los mismos principios que la revolución argentina

había inscripto en sus estandartes. Neutralizada la acción del Paraguay por las negociaciones de Belgrano, el virreinato del Bajo Perú y la banda oriental eran pues, los únicos focos de la reacción española.

Montevideo, que como queda dicho, se había declarado en disidencia con la capital, presidía desde lo alto de sus muros á la resistencia de la banda oriental. Dominada aquella ciudad por la influencia española y estimulada por los antiguos celos que la dividían de Buenos Aires, apresuróse á reconocer la autoridad del Consejo de Regencia, que había sucedido á la Junta Central.

Uno de los primeros actos del Consejo de Regencia fué nombrar gobernador de Montevideo al general Vigodet, soldado íntegro y firme, aunque de cortos alcances, con cuya fidelidad podía contar España. Este nombramiento, tenía por objeto oponer un obstáculo invencible á las intrigas de la princesa Carlota, que miraba con ojos enamorados la posesión de Montevideo. Pero luego que supo el movimiento de Buenos Aires, se apresuró á nombrar un nuevo virrey que reemplazara al que la revolución había derribado. El nombramiento recayó en D. Francisco Javier Elío, á quien se prevenía en sus instrucciones no hacer uso de la fuerza, sino después de haber ensayado todos los medios de conciliación. Mal se avenía este encargo con el carácter arrogante y fanfarrón del nuevo virrey, tan antipático á los americanos del Río de la Plata, cuyo sólo nombramiento era para ellos un ultraje. Así fué que, á la primera intimación que hizo á la Junta para que se le reconociera en su calidad de virrey, siguióse muy luego la ruptura de hostilidades (13 de febrero), declarando «rebelde y revolucionario al go»bierno de Buenos Aires, y traidores á los individuos »que lo componían,» así como «á todos los que lleva»sen armas «ú otros útiles» para sostenerlo y atacasen »á los que obraban bajo la verdadera divisa del es»tandarte del rey,» calificando la revolución de mayo de «sedición formada por cuatro facciosos» y mandando publicar el Bando «á usanza de guerra,» en señal

de desafío. La Junta revolucionaria por su parte aceptó el duelo á que era provocada, y á pesar de su inferioridad naval y de los contrastes de la expedición del Paraguay, se dispuso á luchar en la tierra y en las aguas, improvisando una escuadrilla de tres buques con 33 cañones, y reorganizó un nuevo ejército sobre la base de las fuerzas que militaban bajo las órdenes de Belgrano.

La escuadrilla tenía por principal objeto interceptar los auxilios que Montevideo podía proporcionar al Paraguay por la vía fluvial, conquistando por un golpe de audacia el dominio de los ríos, de que estaban en posesión los marinos españoles. El artículo 7 de las instrucciones dadas al jefe de la pequeña armada de la Junta (que lo era aquel Azopardo, que tomó el mando de la artillería en la memorable noche del 2 de julio), decía así: «Encontrándose nuestras fuerzas na»vales con las ya indicadas de Montevideo, entrarán »precisamente en combate con ellas, y lo continuarán »hasta hacerlas presa; procurando antes perecer que »permitir que se les escapen, ó caer en sus manos pri»sioneras.» La escuadrilla patriota fué completamente batida y apresada en las aguas del Paraná, después de un reñido combate al abordaje, en que los buques de la Junta se resistieron hasta el último trance, manteniendo la bandera encarnada de guerra á muerte, al tope de sus mástiles. La Junta, sin desalentarse por este revés, dirigió con tal motivo al pueblo una proclama (4 de marzo) en que se leían estas palabras heroicas, aunque pedantescas: «Si un ligero revés de la »fortuna nos arrojase en el abatimiento, les decía Cé»sar á sus soldados, esto sería no conocer sus favores. »Lo mismo os decimos á vosotros. Nueve meses de »triunfo nada deben á unos frágiles vasos que tuvimos »abandonados en total inacción: con ellos nada hici»mos; sin ellos llegaremos á coronarnos, teniendo la »gloria de quitar eso más al enemigo.»

Al mismo tiempo que el armamento naval de la Junta era deshecho en las aguas del Paraná, una parte de la campaña de la banda oriental se insurrecciona-

ba espontáneamente, levantando la bandera de la revolución. La miserable población de Belén fué la primera en dar el grito de insurrección. La humilde Capilla de Mercedes lo repitió, y se pronunció el 28 de febrero, levantando tropas que se pusieron inmediatamente á las órdenes de la Junta. Su ejemplo fué seguido por todos los pueblos situados sobre la margen izquierda del Uruguay, obligando á los españoles á encerrarse dentro de los muros de la Colonia. El instinto popular dirigía aquellas masas conmovidas por el soplo revolucionario, y de su seno surgían caudillos que se disputaban la supremacía, sin tener ninguno de ellos la capacidad ni la energía suficiente para dominarlas. Belgrano era el hombre indicado para encaminar aquel movimiento. La firmeza en el mando y el espíritu de orden, cualidades que poseía en alto grado, lo hacían á propósito para subordinar las inquietas ambiciones de aquellos obscuros caudillos, que presagiaban ya la anarquía que más tarde debía brotar de su seno. La Junta se fijó en él para confiarle esta nueva empresa, y con fecha 7 de marzo le ordenó atravesara el Uruguay y dirigirse á la banda oriental, en calidad de general en jefe, al mismo tiempo que le enviaba un refuerzo de 441 hombres á las órdenes del comandante D. Martín Galain y otro de 426 á las órdenes del coronel D. José Moldes. Belgrano recibió esta orden poco después del combate del Tacuary, y se dispuso en el acto á darle cumplimiento, haciendo que la columna de Galain se adelantase hasta la costa del Uruguay. En marcha ya, recibió un oficio de la Junta (de 4 de abril) en que le decía: «La marcha de »las tropas á toda costa debe acelerarse, por el interés »que V. E. concibe en la reunión con los pueblos ami»gos de la banda oriental, que sin orden ni discipli»na se juntan tumultuosamente, lo que podría segura»mente engendrar desórdenes, acaso difíciles de repa»rar, si no se pone eficaz y pronto remedio.» Parece como que la Junta presintiera que de aquella revolución debía nacer el caudillaje y la anarquía, que ya se anunciaba en sus primeros estremecimientos.

Belgrano llegó el 9 de abril á la Villa de la Concepción del Uruguay con los restos de su ejército. Este punto acababa de ser el teatro de escenas de violencia y de sangre, provocadas por la codicia de los nuevos caudillos de la democracia semibárbara, y su presencia le restituyó el orden y la seguridad de que tanto necesitaba.

La vanguardia de la columna de Galain había ocupado ya á Soriano á las órdenes del mayor D. Miguel Estanislao Soler, quien en unión con las milicias del país, rechazó victoriosamente un desembarco de los marinos españoles. El comandante D. José Rondeau, nombrado segundo jefe del ejército, venía en marcha con el resto de los refuerzos, D. José Artigas, jefe de las milicias orientales, ocupaba la Capilla de Mercedes con 150 Patricios de Buenos Aires y algunas milicias del país, y en desacuerdo con Soler, asumía ya el carácter de protector de la localidad, presagiando su genio inquieto y su ambición egoísta. D. Venancio Benavides, que había sido uno de los principales promotores de la insurrección, miraba de reojo la actitud de Artigas, mientras sus jefes subalternos, á los cuales se había sobrepuesto, continuaban entre sí sus reyertas sobre el puesto que les correspondía, según los méritos y servicios que cada cual se atribuía. Todos estos jefes comunicaban directamente con la Junta, acusándose los unos á los otros con un encono que hacía presagiar una guerra civil inminente. La correspondencia de todos estos caudillos, que original se conserva en el Archivo de Buenos Aires, es digna de estudiarse desde este punto de vista.

El nuevo general en jefe asumió el mando con actitud severa, dominando desde luego con su ascendiente los elementos rebeldes puestos bajo su dirección. Su autoridad inflexible en todo lo relativo al deber militar, se suavizó sin embargo para mediar en las disensiones en los jefes, y consiguió amalgamar las voluntades, que es la base del orden en los ejércitos y el secreto de la unidad de acción. Todos se subordinaron á él, y cuando estableció su cuartel general de

Mercedes, encontróse al frente de un ejército de más de tres mil hombres, entusiasmado y dispuesto á la obediencia. Desde este punto comisionó á su ayudante D. Mauuel Artigas, que tanto se había distinguido en la expedición al Paraguay, para que insurreccionase el norte de la campaña oriental, encomendando á don José Artigas con una columna de 500 hombres de las tres armas el alzamiento del centro, de modo de estrechar gradualmente á Montevideo con una línea de insurrección organizada. A la vez dispuso, que Benavides, á la cabeza de ochocientos hombres, se situara sobre la Colonia, ocupada por 450 españoles, extendiéndose á lo largo del Río de la Plata hasta ponerse en comunicación con D. José Artigas á la altura de Montevideo.

El alzamiento general de toda la campaña operado por los hermanos Artigas y por Benavides; la ocupación de Minas y más tarde la de Maldonado; la toma de Canelones; los dos triunfos de San José tomado á fuerza de armas y la capitulación del Colla, sucesos que dieron por resultado un aumento de más de quinientos hombres á las filas patriotas, y la toma de ochenta prisioneros y dos piezas de artillería, fueron las consecuencias inmediatas de estas acertadas operaciones preliminares, que presagiaban á Belgrano una campaña más feliz que la del Paraguay.

A la vez que se desenvolvían las operaciones militares, el general no descuidaba los trabajos diplomáticos con los países limítrofes, cuya actitud reclamaba de su parte una vigilante atención. Por medio de Yegros, continuaba preparando la revolución del Paraguay, y conseguía mientras tanto por su influencia y la de Cabañas, que esta provincia no suministrase á Elío los auxilios de fuerzas que le exigía, y que Velazco estaba dispuesto á dar. Con igual prudencia paralizaba la intervención de las fuerzas portuguesas situadas sobre la frontera, cuyo auxilio parecía Elío dispuesto á reclamar en vista del alzamiento general de la campaña. El general D. Diego de Souza, que mandaba aquellas fuerzas en calidad de capitán general

de Puerto Alegre, había escrito á Belgrano invitándole á una conferencia, lo que dió margen á que se estableciera entre ambos una correspondencia cordial, en que el general portugués llegó hasta ofrecer su mediación para un arreglo pacífico con los españoles, lo que el general patriota aceptó, pero sin comprometerse absolutamente á nada, y sin dejar por esto de activar sus operaciones militares para estrechar la plaza de Montevideo.

Un acontecimiento inesperado y de gran trascendencia política, vino á sorprender al general patriota en medio de sus trabajos. En la noche del 5 al 6 de abril, estalló en la capital un movimiento revolucionario, y en consecuencia se operó una modificación en el gobierno, el cual separó á Belgrano del mando, llamándole á dar cuenta de su conducta. Todo convidaba á Belgrano á la resistencia. El ejército le era afecto, los jefes orientales que habían encabezado la revolución lo apoyaban; las poblaciones veían en él una garantía de orden, podía contar con el ejército del Alto Perú mandado por Castelli; y si á esto se agrega que su continuación en el mando era de una gran conveniencia pública, se comprenderá que, aun sin contar por nada los estímulos de una ambición personal, su alma debió fluctuar entre los deberes de la obediencia y la responsabilidad de los altos intereses que le estaban encomendados. Al fin se resolvió á obedecer, dando así la primera muestra de abnegación y de elevado patriotismo en presencia del primer extravío que venía á deshonrar la revolución. Su contestación á la Junta es digna de transmitirse á la posteridad. Dice así:

«Tuve mis impulsos de obedecer y no cumplir la or»den de V. E. fecha 19 del pasado, que recibí á las 8 »de la noche: ya por las relaciones con el Paraguay, »ya con los portugueses, ya con esta campaña, y va»rias otras que había emprendido con los mismos ene»migos; pero el que no se graduase de ambición la fal»ta de cumplimiento por los que hayan movido al pue»blo para que se me llame inmediatamente á respon-

»der á los cargos que se me formen, y tal vez se pro»vocase un nuevo movimiento que á costa de todo sa»crificio se debe evitar, me estimuló á expedir mis ór»denes en aquella misma noche, que mandé abiertas »á D. José Rondeau, para que se le reconociese por »general del ejército al tiempo de emprender mi mar»cha al amanecer de este día, y evitar las reclamacio»nes que con sólo las noticias había entreoído, quitan»do así de la vista mi persona que habría podido aca»lorarlas: pues mis intenciones jamás fueron exponer »la patria al más mínimo vaivén, sino trabajar para »que con la unión logre concluir con sus enemigos y »establecer su sabio gobierno, si es posible, en el se»no de la tranquilidad.»

La destitución de Belgrano del mando del ejército fué un gravísimo error, y la revolución que dió origen á ella fué uno de aquellos crímenes políticos, que nada justificaba, y que sólo puede explicarse por el extravío de las pasiones tumultuosas, encendidas en el transcurso de un año de revolución.

La revolución conocida con el nombre de 5 y 6 de abril, fué la primera conmoción interna que tuvo lugar después del gran movimiento popular del 25 de mayo, y ella puso de manifiesto las pasiones rencorosas y las tendencias opuestas que trabajaban al partido patriota. Provocada por accidentes inmediatos, el trastorno tenía por origen causas más lejanas y profundas, que esta es la ocasión de dar á conocer, para que pueda comprenderse en su conjunto la marcha del movimiento revolucionario, que cada vez se hacía más precipitado y más difícil de gobernar.

Desde la instalación de la Junta gubernativa empezaron á diseñarse en ella dos partidos, que pueden calificarse por sus tendencias con las denominaciones de conservador y demócrata. Don Cornelio Saavedra, presidente de la Junta, era la cabeza visible del primero, y su secretario D. Mariano Moreno era el alma del segundo. Más activo, más inteligente y más en armonía con las necesidades de la época, el segundo dominaba en los consejos de gobierno, imprimien-

do á la política y á las operaciones militares el sello de su poderosa voluntad. La reunión de los diputados de las provincias en la capital, vino á destruir la preponderancia del partido demócrata, que más activo que numeroso, y más audaz que fuerte, no contaba con bases sólidas de poder en que apoyarse, á pesar del entusiasmo de la juventud, que lo sostenía decididamente. La voluntad de los jefes que mandaban fuerzas, las simpatías de las tropas, y la mayoría de la opinión pasiva, apoyaban al presidente de la Junta, cuya popularidad incontestable, y cuya moderación de carácter que contemporizaba hasta con las preocupaciones antiguas, reunía á su alrededor mayor número de voluntades y mayores elementos de gobierno. Los demócratas acusaban á los conservadores de aspirar á continuar la tiranía de los virreyes bajo otras formas, y los conservadores á su vez se ensañaban con el Dr. Moreno, acusándole de haber monopolizado la influencia gubernativa. La supresión de los honores de los virreyes que continuaban tributándose al presidente de la Junta, medida democrática propuesta por Moreno, vino á hacer más profunda la división, y á enconar los ánimos de los sostenedores de Saavedra.

Por este tiempo, hallábanse reunidos en Buenos Aires los doce diputados de las provincias, que debían formar el Congreso general decretado por el pueblo el 25 de mayo. Los diputados, ansiosos de tomar parte activa en el gobierno, y animados de ese espíritu federalista que se manifiesta en todos los pueblos cuando se rompen voluntariamente vínculos políticos que los ligan, se reunieron en torno del presidente, y apoyados en su partido, consiguieron ser incorporados á la Junta gubernativa en calidad de miembros de ella, dando así origen á un gobierno de diez y nueve cabezas, sin unidad y sin vigor, y retardando indefinidamente la reunión del Congreso que debía dar ser legal á la revolución. Este golpe de estado, que tuvo todas las apariencias de una intriga conducida por el célebre Deán Funes, nombrado diputado por Córdoba, dejó en minoría á Moreno y puso de manifiesto la de-

»der á los cargos que se me formen, y tal vez se pro»vocase un nuevo movimiento que á costa de todo sa»crificio se debe evitar, me estimuló á expedir mis ór»denes en aquella misma noche, que mandé abiertas »á D. José Rondeau, para que se le reconociese por »general del ejército al tiempo de emprender mi mar»cha al amanecer de este día, y evitar las reclamacio»nes que con sólo las noticias había entreoído, quitan»do así de la vista mi persona que habría podido aca»lorarlas: pues mis intenciones jamás fueron exponer »la patria al más mínimo vaivén, sino trabajar para »que con la unión logre concluir con sus enemigos y »establecer su sabio gobierno, si es posible, en el se»no de la tranquilidad.»

La destitución de Belgrano del mando del ejército fué un gravísimo error, y la revolución que dió origen á ella fué uno de aquellos crímenes políticos, que nada justificaba, y que sólo puede explicarse por el extravío de las pasiones tumultuosas, encendidas en el transcurso de un año de revolución.

La revolución conocida con el nombre de 5 y 6 de abril, fué la primera conmoción interna que tuvo lugar después del gran movimiento popular del 25 de mayo, y ella puso de manifiesto las pasiones rencorosas y las tendencias opuestas que trabajaban al partido patriota. Provocada por accidentes inmediatos, el trastorno tenía por origen causas más lejanas y profundas, que esta es la ocasión de dar á conocer, para que pueda comprenderse en su conjunto la marcha del movimiento revolucionario, que cada vez se hacía más precipitado y más difícil de gobernar.

Desde la instalación de la Junta gubernativa empezaron á diseñarse en ella dos partidos, que pueden calificarse por sus tendencias con las denominaciones de conservador y demócrata. Don Cornelio Saavedra, presidente de la Junta, era la cabeza visible del primero, y su secretario D. Mariano Moreno era el alma del segundo. Más activo, más inteligente y más en armonía con las necesidades de la época, el segundo dominaba en los consejos de gobierno, imprimien-

do á la política y á las operaciones militares el sello de su poderosa voluntad. La reunión de los diputados de las provincias en la capital, vino á destruir la preponderancia del partido demócrata, que más activo que numeroso, y más audaz que fuerte, no contaba con bases sólidas de poder en que apoyarse, á pesar del entusiasmo de la juventud, que lo sostenía decididamente. La voluntad de los jefes que mandaban fuerzas, las simpatías de las tropas, y la mayoría de la opinión pasiva, apoyaban al presidente de la Junta, cuya popularidad incontestable, y cuya moderación de carácter que contemporizaba hasta con las preocupaciones antiguas, reunía á su alrededor mayor número de voluntades y mayores elementos de gobierno. Los demócratas acusaban á los conservadores de aspirar á continuar la tiranía de los virreyes bajo otras formas, y los conservadores á su vez se ensañaban con el Dr. Moreno, acusándole de haber monopolizado la influencia gubernativa. La supresión de los honores de los virreyes que continuaban tributándose al presidente de la Junta, medida democrática propuesta por Moreno, vino á hacer más profunda la división, y á enconar los ánimos de los sostenedores de Saavedra.

Por este tiempo, hallábanse reunidos en Buenos Aires los doce diputados de las provincias, que debían formar el Congreso general decretado por el pueblo el 25 de mayo. Los diputados, ansiosos de tomar parte activa en el gobierno, y animados de ese espíritu federalista que se manifiesta en todos los pueblos cuando se rompen voluntariamente vínculos políticos que los ligan, se reunieron en torno del presidente, y apoyados en su partido, consiguieron ser incorporados á la Junta gubernativa en calidad de miembros de ella, dando así origen á un gobierno de diez y nueve cabezas, sin unidad y sin vigor, y retardando indefinidamente la reunión del Congreso que debía dar ser legal á la revolución. Este golpe de estado, que tuvo todas las apariencias de una intriga conducida por el célebre Deán Funes, nombrado diputado por Córdoba, dejó en minoría á Moreno y puso de manifiesto la de-

bilidad de sus elementos de acción. El secretario de la Junta comprendió que su carrera política había terminado por el momento, y se resignó á aceptar un destierro diplomático, dejando á sus rivales dueños del poder.

He aquí cómo juzga el mismo Deán Funes la medida de que fué el prinicpal autor: «Dando á los di»putados una parte activa en el gobierno, fué deste»rrado de su seno el secreto de los negocios, la cele»ridad de la acción y el vigor de su temperamento.» Fué este un verdadero desquicio del Poder Ejecutivo, y una confusión lastimosa de las nociones más vulgares del sistema representativo, en que según las enérgicas palabras de un contemporáneo, «los diputados sembraron viento para recoger tempestades.»

El partido de Saavedra no se contentó con este triunfo, y los demócratas no desesperaron por esta derrota. El primero continuó trabajando en hacer predominar la influencia de su jefe, quien exento de ambición, aunque algo pagado de su importancia, se dejaba, sin embargo, conducir por sus amigos en alas de una popularidad, que ya empezaba á declinar en su vuelo. Sus enemigos, entre los cuales se contaban algunos miembros del gobierno, tenían de su parte á la juventud entusiasta, y por único apoyo las bayonetas del regimiento de la Estrella, cuerpo formado después de la revolución de mayo, á cuya cabeza estaba el fogoso French con el grado de coronel; y por apoyo moral tenían la «Gaceta de Buenos Aires», redactada por el Dr. Agrelo, discípulo ardiente de Moreno. Estos elementos de oposición se condensaron en un club popular, en que sus miembros, bajo la denominación de «Sociedad Patriótica», se reunían públicamente en número considerable en el café conocido por de Marco, llevando por divisa un lazo de cintas azules y blancas. Aunque la actitud de este club fuese pacífica, y en sus sesiones sólo se tratasen asuntos de política general y mejoras administrativas, bajo las formas de una asamblea deliberante, los partidarios de Saavedra, creyeron ver el foco de un movimiento revolucio-

nario, en lo que no era sino el desarrollo natural de la democracia. En consecuencia, se prepararon á prevenir la revolución que temían, con otra revolución preparada por ellos, sin dar á su jefe ninguna participación en el plan. Sabían que Saavedra participaba de sus mismos temores, pero sabían también que él no autorizaría semejante escándalo con su nombre, aun cuando lo aceptara después de consumado. Sus precauciones para contrarrestar al regimiento de la Estrella en el caso de una sublevación, facilitaron los trabajos de sus amigos. Estos, de acuerdo con parte del Cabildo, y contando con todos los cuerpos de la guarnición, creyeron llegado el momento de consumar la victoria de su partido, para establecer definitivamente su preponderancia absoluta en el gobierno, y centralizar en el presidente de la Junta la influencia militar de que había sido despojado por la supresión de la Comandancia General de Armas.

En la noche del 5 al 6 estalló el movimiento preparado por lo saavedristas. A las 11 de la noche empezaron á reunirse en los corrales de Miserere grupos de gentes de los suburbios, que habían sido citadas en la mañana por el alcalde de las quintas D. Tomás Grigera. De allí se dirigieron á la plaza Mayor que ocuparon tumultuosamente, diciendo á grandes gritos que el pueblo tenía que pedir. Los cuerpos de Patricios, Arribeños, Pardos y Morenos, Artillería, Húsares y Granaderos, salieron en armas de sus cuarteles, y á tambor batiente se unieron á los revolucionarios. Mientras tanto, el gobierno, en unión del Cabildo, deliberaba en su sala de acuerdos, bajo la presidencia de Saavedra, quien tan sorprendido como sus enemigos por aquel movimiento, procuraba justificarse de toda participación en él. Los miembros del gobierno que no pertenecían á su partido le miraban con desconfianza en la persuasión de que aquel movimiento era obra suya. En este estado, oyóse en la plaza el ruido de los tambores y las bandas de música de los cuerpos militares que anunciaban su incorporación al pueblo, y poco después entraba tumultuosamente en

el salón de gobierno un grupo como de cuarenta hombres, pidiendo que se dejase en libertad al Cabildo, que el pueblo tenía que pedir. Acaudillaba esta multitud el coronel de Húsares D. Martín Rodríguez, que era el brazo de Saavedra, y le acompañaba el Dr. Joaquín Campana, abogado mediocre, que había sido la cabeza de la conspiración. El Cabildo retiróse entonces á la Sala Capitular, y el gobierno quedó en su Salón de Acuerdos esperando que el pueblo deliberase sobre su suerte. Al amanecer presentósele una diputación del Ayuntamiento, trayendo las peticiones del pueblo firmadas por los alcaldes de barrio y sus tenientes y por los jefes de los cuerpos militares, en que representaban la urgente necesidad de acceder á ellas, y protestando que la tropa no dejaría las armas de la mano mientras todas sus exigencias no fuesen satisfechas.

Si la reunión de la Sociedad Patriótica había sido una reminiscencia de los clubs de la revolución francesa, la revolución de 5 y 6 de abril fué una imitación de aquellas escenas de 1793, en que la Convención francesa atropellada por la multitud, sacrificaba bajo la presión popular una parte de sus miembros, estableciendo para lo futuro un funesto precedente. Á imitación de las sesiones de París insurreccionadas, el pueblo reunido en la plaza pedía que los miembros de la Junta gubernativa, D. Nicolás Peña, D. Hipólito Vieytes, D. Miguel Azcuénaga y D. Juan Larrea «fuesen separados absolutamente de ella,» los dos primeros por haber sido «nombrados sin intervención y »conocimiento del pueblo, ordenando su salida inme»diatamente fuera del territorio de la provincia,» y los dos últimos, según decían, «por ser notorio que se ha»bían mezclado en facciones que habían comprometido »la seguridad pública.» La mayoría de la Junta accedió cobardemente á esta exigencia, sacrificando á sus colegas en aras de una multitud extraviada por falsas nociones de libertad, y movida por intrigantes que no tenían más objeto que hacer predominar en el gobierno la influencia absoluta de una facción.

A esta exigencia seguían otras no menos imperiosas, entre ellas la expatriación de varios miembros de acción y de pensamiento del partido demócrata, la concentración del mando unipersonal de las armas en la persona de Saavedra, la prohibición de dar empleos á individuos que no fuesen naturales de la provincia en que debían ocuparlos, y por último, esta petición que se registra bajo el número 13: «Quiere el pueblo que »el vocal D. Manuel Belgrano, general de la expedi»ción destinada al auxilio de nuestros hermanos los »paraguayos, sea llamado y comparezca inmediatamen»te en esta capital á responder á los cargos que se le »formen.» El gobierno, mutilado de cuatro de sus miembros, sancionó esta decapitación de un ejército al frente del enemigo, escribiendo al pie de ella: «Concedido enteramente;» y para agregar la afrenta á la injusticia, exigió además que se recogiese al héroe del Tacuary, el despacho de brigadier general con que había sido honrado, lo que también fué acordado sin dificultad.

Tal fué el movimiento que, iniciando la serie de escándalos que debían deshonrar á la revolución, dió por resultado inmediato la suspensión inmerecida de Belgrano como miembro de la Junta gubernativa, y su destitución como general en jefe del ejército de la Banda Oriental. Ya se ha visto su contestación, en la que, bajo la noble dignidad del lenguaje, se deja notar la primera duda que le asaltaba sobre los altos destinos de la revolución argentina. «Que la patria »logre concluir con sus enemigos y establecer su sabio »gobierno, «si es posible,» en el seno de la tranqui»lidad,» dice Belgrano. «¡Si es posible!» ¡Esta duda fué toda su venganza!

El ejército y las poblaciones de la banda oriental vengaron el ultraje hecho á su modesto general de una manera no menos digna. Los vecinos del pueblo de Mercedes, foco de la revolución oriental, se dirigieron al nuevo gobierno con fecha 8 de mayo diciéndole: «¿Qué podíamos temer teniendo al frente á su digno »jefe don Manuel Belgrano? Nada; su nombre era

el salón de gobierno un grupo como de cuarenta hombres, pidiendo que se dejase en libertad al Cabildo, que el pueblo tenía que pedir. Acaudillaba esta multitud el coronel de Húsares D. Martín Rodríguez, que era el brazo de Saavedra, y le acompañaba el Dr. Joaquín Campana, abogado mediocre, que había sido la cabeza de la conspiración. El Cabildo retiróse entonces á la Sala Capitular, y el gobierno quedó en su Salón de Acuerdos esperando que el pueblo deliberase sobre su suerte. Al amanecer presentósele una diputación del Ayuntamiento, trayendo las peticiones del pueblo firmadas por los alcaldes de barrio y sus tenientes y por los jefes de los cuerpos militares, en que representaban la urgente necesidad de acceder á ellas, y protestando que la tropa no dejaría las armas de la mano mientras todas sus exigencias no fuesen satisfechas.

Si la reunión de la Sociedad Patriótica había sido una reminiscencia de los clubs de la revolución francesa, la revolución de 5 y 6 de abril fué una imitación de aquellas escenas de 1793, en que la Convención francesa atropellada por la multitud, sacrificaba bajo la presión popular una parte de sus miembros, estableciendo para lo futuro un funesto precedente. A imitación de las sesiones de París insurreccionadas, el pueblo reunido en la plaza pedía que los miembros de la Junta gubernativa, D. Nicolás Peña, D. Hipólito Vieytes. D. Miguel Azcuénaga y D. Juan Larrea «fuesen separados absolutamente de ella,» los dos primeros por haber sido «nombrados sin intervención y »conocimiento del pueblo, ordenando su salida inme»diatamente fuera del territorio de la provincia,» y los dos últimos, según decían, «por ser notorio que se ha»bían mezclado en facciones que habían comprometido »la seguridad pública.» La mayoría de la Junta accedió cobardemente á esta exigencia, sacrificando á sus colegas en aras de una multitud extraviada por falsas nociones de libertad, y movida por intrigantes que no tenían más objeto que hacer predominar en el gobierno la influencia absoluta de una facción.

A esta exigencia seguían otras no menos imperiosas, entre ellas la expatriación de varios miembros de acción y de pensamiento del partido demócrata, la concentración del mando unipersonal de las armas en la persona de Saavedra, la prohibición de dar empleos á individuos que no fuesen naturales de la provincia en que debían ocuparlos, y por último, esta petición que se registra bajo el número 13: «Quiere el pueblo que »el vocal D. Manuel Belgrano, general de la expedi»ción destinada al auxilio de nuestros hermanos los »paraguayos, sea llamado y comparezca inmediatamen»te en esta capital á responder á los cargos que se le »formen.» El gobierno, mutilado de cuatro de sus miembros, sancionó esta decapitación de un ejército al frente del enemigo, escribiendo al pie de ella: «Concedido enteramente;» y para agregar la afrenta á la injusticia, exigió además que se recogiese al héroe del Tacuary, el despacho de brigadier general con que había sido honrado, lo que también fué acordado sin dificultad.

Tal fué el movimiento que, iniciando la serie de escándalos que debían deshonrar á la revolución, dió por resultado inmediato la suspensión inmerecida de Belgrano como miembro de la Junta gubernativa, y su destitución como general en jefe del ejército de la Banda Oriental. Ya se ha visto su contestación, en la que, bajo la noble dignidad del lenguaje, se deja notar la primera duda que le asaltaba sobre los altos destinos de la revolución argentina. «Que la patria »logre concluir con sus enemigos y establecer su sabio »gobierno, «si es posible,» en el seno de la tranqui»lidad,» dice Belgrano. «¡Si es posible!» ¡Esta duda fué toda su venganza!

El ejército y las poblaciones de la banda oriental vengaron el ultraje hecho á su modesto general de una manera no menos digna. Los vecinos del pueblo de Mercedes, foco de la revolución oriental, se dirigieron al nuevo gobierno con fecha 8 de mayo diciéndole: «¿Qué podíamos temer teniendo al frente á su digno »jefe don Manuel Belgrano? Nada; su nombre era

»pronunciado con respeto hasta por nuestros mismos »contrarios; Montevideo, que en sus papeles públicos »tantas veces le había publicado derrotado y preso por »los paraguayos, confesaba tácitamente que no podía »soportar sin susto su cercanía; los portugueses le »respetaban, el Paraguay le temía: nuestras tropas »tenían puesta en él su confianza, y este numeroso »vecindario descansaba en sus sabias disposiciones, con »tanto mayor gusto cuanto que habíamos empezado á »sentir sus favorables resultados. Desde que se au»sentó el señor Belgrano no ha dejado de representar»nos nuestro corazón, que en un tiempo en que la li»bertad bien entendida es la divisa de los americanos, »éramos reos de lesa patria si por una cobarde timidez »no exponíamos la necesidad tan grande en que nos »hallamos de tener á nuestro frente un hombre de re»presentación, valor y demás bellas cualidades que »adornan al señor Belgrano. Su presencia es uno de »los objetos más interesantes para llenar nuestros vas»tos designios.»

Los jefes y oficiales de las fuerzas, representando á su vez en el mismo sentido, decían en la misma fecha: «Los oficiales del ejército patriótico que habién»donos reunido para la defensa de este territorio, tanto »por el bien particular que de ello resulta como por el »general de la sagrada causa que sostenemos, hacemos »presente que es muy precisa la persona del señor vo»cal Manuel Belgrano, á quien consideramos los nece»sarios conocimientos para terminar la cuestión de los »enemigos de la patria y del bien común. Nuestros con»trarios le temen y le quieren por su rectitud.»

Estas manifestaciones hechas en favor de Belgrano, caído y perseguido, ponen de manifiesto los medios de resistencia con que habría podido contar, si tomando consejo de su ambición más bien que de su patriotismo, hubiese querido desobedecer la orden del gobierno.

La revolución de 5 y 6 de abril que así era reprobada indirectamente por la voz del patriotismo imparcial, tuvo de notable, que fué igualmente conde-

nada por amigos y por enemigos internos y externos. He aquí cómo la juzga un ardiente enemigo de la revolución americana, que lo era especialmente de los caídos en ese día. «El día 6 de abril había de ser de »la más fatal trascendencia, y había de amaestrar á »otros genios bulliciosos en la carrera de despreciar »las leyes y de entronizar la del más fuerte. La fuerza »se hizo superior á toda reflexión política, y salió triun»fante en aquella conmoción, aunque con escándalo de »las personas más sensatas, que veían en tamaño aten»tado el germen de nuevos alborotos, capaces de sepul»tar en las ruinas aquel naciente estado.» El mismo don Cornelio Saavedra, en cuyo favor se hizo la revolución, la condena con estas sencillas palabras: «Ni »en aquel entonces traté, ni ahora trato de justificar »el suceso de 5 y 6 de abril. Fuese cual fuese la in»tención de los que lo hicieron, de él resultaron males »á la causa de la patria y á mí la persecución dilatada »que sufrí.»

Esta es la única revolución de la historia argentina, cuya responsabilidad nadie se ha atrevido á asumir ante la posteridad, á pesar de haber triunfado completamente; y esta es la condenación más severa que pesa sobre la cabeza de sus autores. ¡Triste lección que nos enseña la esterilidad del triunfo que no beneficia á todos y no es coronado por la mano de la justicia!

FIN DEL TOMO PRIMERO

el salón de gobierno un grupo como de cuarenta hombres, pidiendo que se dejase en libertad al Cabildo, que el pueblo tenía que pedir. Acaudillaba esta multitud el coronel de Húsares D. Martín Rodríguez, que era el brazo de Saavedra, y le acompañaba el Dr. Joaquín Campana, abogado mediocre, que había sido la cabeza de la conspiración. El Cabildo retiróse entonces á la Sala Capitular, y el gobierno quedó en su Salón de Acuerdos esperando que el pueblo deliberase sobre su suerte. Al amanecer presentósele una diputación del Ayuntamiento, trayendo las peticiones del pueblo firmadas por los alcaldes de barrio y sus tenientes y por los jefes de los cuerpos militares, en que representaban la urgente necesidad de acceder á ellas, y protestando que la tropa no dejaría las armas de la mano mientras todas sus exigencias no fuesen satisfechas.

Si la reunión de la Sociedad Patriótica había sido una reminiscencia de los clubs de la revolución francesa, la revolución de 5 y 6 de abril fué una imitación de aquellas escenas de 1793, en que la Convención francesa atropellada por la multitud, sacrificaba bajo la presión popular una parte de sus miembros, estableciendo para lo futuro un funesto precedente. Á imitación de las sesiones de París insurreccionadas, el pueblo reunido en la plaza pedía que los miembros de la Junta gubernativa, D. Nicolás Peña, D. Hipólito Vieytes, D. Miguel Azcuénaga y D. Juan Larrea «fuesen separados absolutamente de ella,» los dos primeros por haber sido «nombrados sin intervención y »conocimiento del pueblo, ordenando su salida inme»diatamente fuera del territorio de la provincia,» y los dos últimos, según decían, «por ser notorio que se ha»bían mezclado en facciones que habían comprometido »la seguridad pública.» La mayoría de la Junta accedió cobardemente á esta exigencia, sacrificando á sus colegas en aras de una multitud extraviada por falsas nociones de libertad, y movida por intrigantes que no tenían más objeto que hacer predominar en el gobierno la influencia absoluta de una facción.

A esta exigencia seguían otras no menos imperiosas, entre ellas la expatriación de varios miembros de acción y de pensamiento del partido demócrata, la concentración del mando unipersonal de las armas en la persona de Saavedra, la prohibición de dar empleos á individuos que no fuesen naturales de la provincia en que debían ocuparlos, y por último, esta petición que se registra bajo el número 13: «Quiere el pueblo que »el vocal D. Manuel Belgrano, general de la expedi»ción destinada al auxilio de nuestros hermanos los »paraguayos, sea llamado y comparezca inmediatamen»te en esta capital á responder á los cargos que se le »formen.» El gobierno, mutilado de cuatro de sus miembros, sancionó esta decapitación de un ejército al frente del enemigo, escribiendo al pie de ella: «Concedido enteramente;» y para agregar la afrenta á la injusticia, exigió además que se recogiese al héroe del Tacuary, el despacho de brigadier general con que había sido honrado, lo que también fué acordado sin dificultad.

Tal fué el movimiento que, iniciando la serie de escándalos que debían deshonrar á la revolución, dió por resultado inmediato la suspensión inmerecida de Belgrano como miembro de la Junta gubernativa, y su destitución como general en jefe del ejército de la Banda Oriental. Ya se ha visto su contestación, en la que, bajo la noble dignidad del lenguaje, se deja notar la primera duda que le asaltaba sobre los altos destinos de la revolución argentina. «Que la patria »logre concluir con sus enemigos y establecer su sabio »gobierno, «si es posible,» en el seno de la tranqui»lidad,» dice Belgrano. «¡Si es posible!» ¡Esta duda fué toda su venganza!

El ejército y las poblaciones de la banda oriental vengaron el ultraje hecho á su modesto general de una manera no menos digna. Los vecinos del pueblo de Mercedes, foco de la revolución oriental, se dirigieron al nuevo gobierno con fecha 8 de mayo diciéndole: «¿Qué podíamos temer teniendo al frente á su digno »jefe don Manuel Belgrano? Nada; su nombre era

»pronunciado con respeto hasta por nuestros mismos »contrarios; Montevideo, que en sus papeles públicos »tantas veces le había publicado derrotado y preso por »los paraguayos, confesaba tácitamente que no podía »soportar sin susto su cercanía; los portugueses le »respetaban, el Paraguay le temía: nuestras tropas »tenían puesta en él su confianza, y este numeroso »vecindario descansaba en sus sabias disposiciones, con »tanto mayor gusto cuanto que habíamos empezado á »sentir sus favorables resultados. Desde que se au»sentó el señor Belgrano no ha dejado de representar»nos nuestro corazón, que en un tiempo en que la li»bertad bien entendida es la divisa de los americanos, »éramos reos de lesa patria si por una cobarde timidez »no exponíamos la necesidad tan grande en que nos »hallamos de tener á nuestro frente un hombre de re»presentación, valor y demás bellas cualidades que »adornan al señor Belgrano. Su presencia es uno de »los objetos más interesantes para llenar nuestros vas»tos designios.»

Los jefes y oficiales de las fuerzas, representando á su vez en el mismo sentido, decían en la misma fecha: «Los oficiales del ejército patriótico que habién»donos reunido para la defensa de este territorio, tanto »por el bien particular que de ello resulta como por el »general de la sagrada causa que sostenemos, hacemos »presente que es muy precisa la persona del señor vo»cal Manuel Belgrano, á quien consideramos los nece»sarios conocimientos para terminar la cuestión de los »enemigos de la patria y del bien común. Nuestros con»trarios le temen y le quieren por su rectitud.»

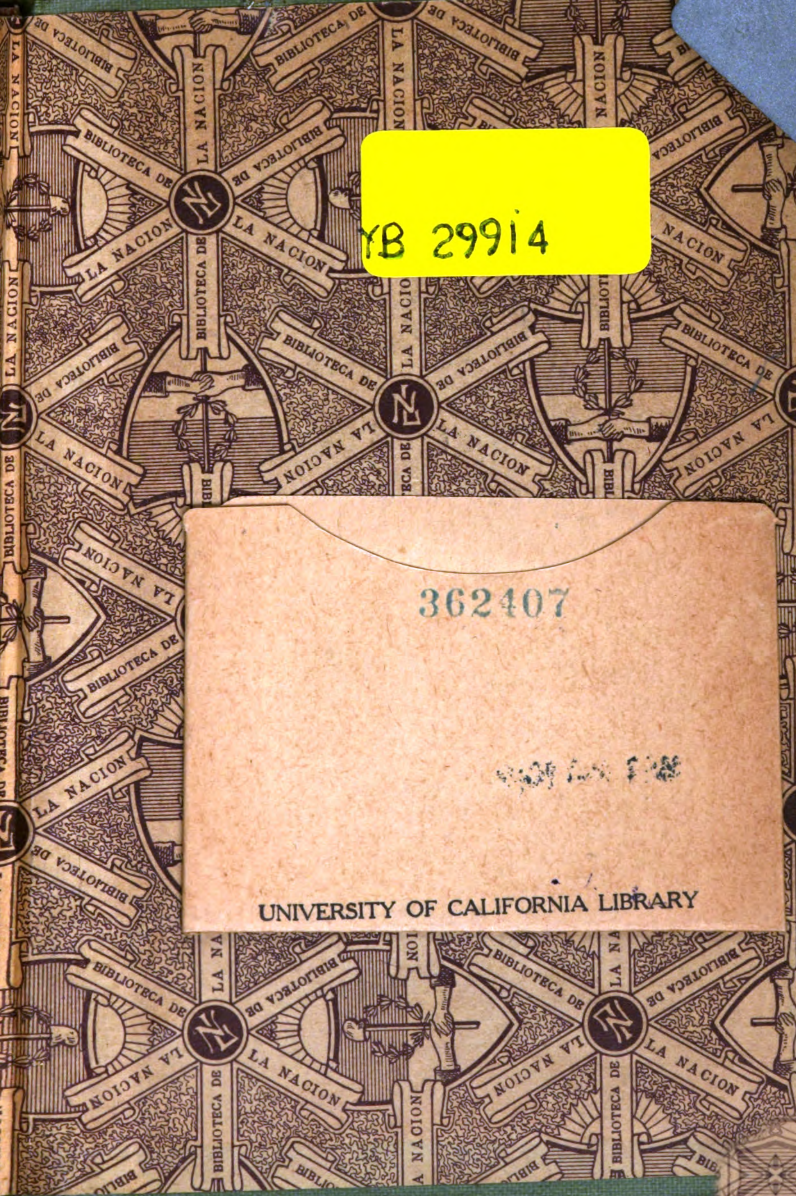
Estas manifestaciones hechas en favor de Belgrano, caído y perseguido, ponen de manifiesto los medios de resistencia con que habría podido contar, si tomando consejo de su ambición más bien que de su patriotismo, hubiese querido desobedecer la orden del gobierno.

La revolución de 5 y 6 de abril que así era reprobada indirectamente por la voz del patriotismo imparcial, tuvo de notable, que fué igualmente conde-

nada por amigos y por enemigos internos y externos. He aquí cómo la juzga un ardiente enemigo de la revolución americana, que lo era especialmente de los caídos en ese día. «El día 6 de abril había de ser de »la más fatal trascendencia, y había de amaestrar á »otros genios bulliciosos en la carrera de despreciar »las leyes y de entronizar la del más fuerte. La fuerza »se hizo superior á toda reflexión política, y salió triun»fante en aquella conmoción, aunque con escándalo de »las personas más sensatas, que veían en tamaño aten»tado el germen de nuevos alborotos, capaces de sepul»tar en las ruinas aquel naciente estado.» El mismo don Cornelio Saavedra, en cuyo favor se hizo la revolución, la condena con estas sencillas palabras: «Ni »en aquel entonces traté, ni ahora trato de justificar »el suceso de 5 y 6 de abril. Fuese cual fuese la in»tención de los que lo hicieron, de él resultaron males »á la causa de la patria y á mí la persecución dilatada »que sufrí.»

Esta es la única revolución de la historia argentina, cuya responsabilidad nadie se ha atrevido á asumir ante la posteridad, á pesar de haber triunfado completamente; y esta es la condenación más severa que pesa sobre la cabeza de sus autores. ¡Triste lección que nos enseña la esterilidad del triunfo que no beneficia á todos y no es coronado por la mano de la justicia!

FIN DEL TOMO PRIMERO


BIBLIOTECA DE
LA NACION
YB 29914
362407
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

